This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LENOX LIBRARY

TIOSA FACIT

ck Collection.
ented in 1878.

13

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO XXXVII.

TESORO

DE

NOVELISTAS ESPAÑOLES.

—

TOMO SEGUNDO.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odéon.

J. PEREZ DE MONTALVAN

TESORO

DE

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,
3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,
CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847.

TESORO

DE

NOVELISTAS ESPAÑOLES

ANTIGUOS Y MODERNOS

CON UNA INTRODUCCION Y NOTICIAS

DE

DON EUGENIO DE OCHOA.

—

TOMO SEGUNDO.

La Villana de Pinto, los Primos Amantes, dos novelas por **J. Perez de Montalvan.** — El Donado Hablador, por el doctor **Geronimo de Alcara.** — El Curioso y Sabio Alejandro, por **Alonso Geronimo de Salas Barbadillo.** — El Castigo de la Misseria, la Fuerza del Amor, el Juez de su Causa, Tarde llega el desengaño, novelas de **doña Maria de Zayas.** — La Garduña de Sevilla, por **Alonso de Castillo Solorzano**; y dos novelas por el mismo.

PARIS.

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,

3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,

CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

—

1847.

LENOX LIBRARY
NEW YORK

PROLOGO.

Mayor interés que el primero ofrece, en nuestro sentir, este segundo tomo del *Tesoro de novelistas españoles.* Las obras que comprende pertenecen todas á la primera mitad del siglo XVII, época floreciente tanto para las letras como para las artes, como para las armas españolas, y en que al mismo tiempo que nuestra grandeza, como nacion, llegó á su apogeo, nuestra hermosa habla castellana alcanzó el período de su mayor pureza y lozanía. Ese particular encanto que causa siempre al lector un lenguage fluido, castizo y elegante, no faltará pues seguramente en el libro que ahora ponemos en sus manos: los extrangeros, además, tendran en él un modelo seguro en que observar y aprender los primores de nuestro idioma. Obras de mayor antigüedad los cansarian esterilmente, pues lo que en ellas aprendieran no les daria los medios de apreciar y saborear en toda su extension el mérito de nuestros grandes escritores del siglo de Cervantes; obras mas modernas extraviarian mas ó menos su gusto. Esto, considerada la cuestion bajo un punto de vista puramente filológico. Como materia de recreo, tambien este segundo volúmen nos parece preferible al primero: hay en él mas variedad y una lectura mas entretenida, aunque no es grande, como dijimos en la introduccion del tomo primero, el interés de ninguna de las novelas que lo componen, circunstancia que comparten desgraciadamente con cuantas posee nuestra literatura, excepto el *Quijote.*

Como tipo de la novela antigua española puede considerarse el *Donado hablador* de Gerónimo de Alcalá. Lo que de ella digamos es extensivo á las demás: se diferenciarán en los argumentos, no en el modo de manejarlos por parte de sus autores. ¿En que se parece dicha composicion á las novelas modernas? En nada absolutamente, como no sea en la circunstancia, que les es comun, de tratar unas y otras de asuntos imaginarios. Leido el *Donado hablador*, novela buena entre las antiguas, se ha pasado un rato divertido, pero nada queda en la cabeza, ni un solo momento ha latido el corazon mas aprisa de lo acostumbrado, ni una sola idea nueva se ha cogido al vuelo en aquellas páginas ya olvidadas; leida una buena novela del dia, mas de una vez se han asomado las lágrimas á los ojos, algo se ha aprendido, ya de tal ó cual hecho histórico oscuro, ya de tal ó cual costumbre perdida, ya de esta ó la otra teoría social ó política, presentada bajo un aspecto nuevo y seductor entre los incentivos de una accion interesante; alguna idea nueva, alguna opinion atrevida, erróneas tal vez esta y aquella, tal vez luminosas y fecundas, han penetrado en el cerebro y germinado en él sorda-

mente, dándole materia á mas ó menos profundas reflexiones, consoladoras ó amargas, útiles ó nocivas: en una palabra, y dígase de esto lo que se quiera, en todas las novelas modernas que la opinion pública califica de buenas y que todos leen (sancion suprema del mérito en esta clase de obras), hay principios, deletereos tal vez, es cierto, hay un objeto, abominable con harta frecuencia, no lo negaremos, y de seguro que nadie nos gana á lamentarlo, pero es incuestionable que ese vivo y punzante interés, esa fuerza de intencion, digamoslo así, siquiera sea impotente, que campean en primera línea y son un rasgo distintivo y un mérito á nuestro parecer, mas aun, una condicion vital en las novelas modernas, faltan absolutamente en las antiguas. La causa de ello, tal como nosotros la comprendemos, manifestada queda en la *Introduccion* de este *Tesoro*. Dicho se está pues que lo mismo que en el *Donado hablador*, faltan en el *Curioso y sabio Alejandro*, de Salas Barbadillo, y en la *Garduña de Sevilla*, de Castillo Solorzano.

Pero en cambio, ¡cuantas bellas dotes se encuentran en estas producciones! ¡Qué pinturas tan fieles, qué caractéres tan diestramente delineados y bien sostenidos, particularmente en la última! En este punto, quien se lleva la palma entre los autores comprendidos en este tomo, es seguramente doña María de Zayas, y entre sus novelas la mas notable bajo este concepto es, á no dudarlo, el *Castigo de la Miseria*. Doña María de Zayas tiene la gloria de haber suministrado argumentos á varios de nuestros poetas cómicos, y de haber inspirado al mismo Molière, no solo en la novela citada, sino en otras. Lástima es que tan feliz ingenio no desplegase sus alas en mas ancho campo. Al género de las de doña María de Zayas, pertenecen las novelas, todas muy breves, de Juan Perez de Montalvan, cuyo modelo sin embargo no fué aquella ilustre escritora, sino el gran Lope de Vega. Ni uno ni otro empero acertaron á brillar en el género novelesco; de sus novelas á sus comedias media una distancia grande, pero esto no impide que tambien en aquellas se trasluzcan el elevado ingenio y la rara facilidad de elocucion que admiramos en todas las obras de sus autores. La *Villana de Pinto* es un lindísimo estudio de costumbres.

Temeriamos desvirtuar el agrado que promete al lector la lectura de estas novelas, deteniéndonos á analizar su argumento y á hacer mas amplias reflexiones sobre su carácter y contextura. Ya de por sí no es grande el interés que ofrecen en su accion; si la recopilamos aquí para analizarla, aquel interés en la lectura se reducirá á nada. Tratándose de novelas en general, el placer de la sorpresa es el mayor que pueden dar de sí; tratándose de novelas españolas, creemos que es el único, fuera del que produce en todas las personas de gusto delicado una elocucion elegante y fácil, y este mérito, ya lo hemos dicho, no falta en ninguna de las que insertamos á continuacion. Acaso es este su mérito mas real y positivo. El lector juzgará.

SUCESOS

Y

PRODIGIOS DE AMOR,

NOVELAS COMPUESTAS

POR

El licenciado JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

(1624.)

LA VILLANA DE PINTO.

AL DOCTOR DON GUTIERRE,

MARQUES DE CAREAGA, CORREGIDOR DE ALCALA DE HENARES.

Cuando me puse á escribir estas novelas, no habia visto en Francisco Petrarca el diálogo sesenta y cuatro, donde, tratando de los que con poca experiencia y estudio dan sus obras á la imprenta, dice: *Omnes sibi usurpant scribendi officium, quod paucorum est.* Bien sé que me atrevo á mucho, y que alguno me pagará el deseo de entretenerle con murmuraciones y sátiras, que son las injurias del entendimiento: con razon injurias pues por eso lo son, segun Ulpiano, *quoniam sine jure fiunt.* Desaire y aun poca nobleza parece ofender á quien desea acertar, y mas cuando no yerra en todo. Verdad es que algunos lo merecen, porque tienen á los demas tan ofendidos su lengua y presuncion, que solo se espera á que tomen la pluma para margenarles sus escritos. Estos tales no pueden tener queja, porque á los agravios no corresponden encomios; consejo es de Séneca: *Si vis amari, ama.* Yo tengo muy gran consuelo en saber que hablo de todos con tanta modestia, que nunca he llegado á presumir que compito con el menor: á todos alabo, estimo y reverencio; plegue á Dios que me valga. Esta novela escribí estando en la villa de Alcalá de Henares, donde vuestra merced es Licurgo y Apolo, gobernándola con tanta cordura y acierto, que en porfecía lloran su ausencia los que merecen comunicarle (justo afecto á su sangre, virtud y letras). Cuando quisiere vuestra merced malograr algun rato, puede pasarla, siquiera porque ha querido valerse de su autoridad, no sin misterio, pues con tal asilo tendrá por el dueño lo que desmerece por el padre. Guarde Dios á vuestra merced largos años.

Su aficionado servidor,

El licenciado JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Vestido estaba el cielo de diversos diamantes, y el hermoso planeta que es lisonja de la noche y tiene segundo lugar en las esferas se mostraba tan liberal de rayos, que parecia que el sol no se habia despedido ó que

empezaba otro; la noche estaba en brazos de su sosiego, y el dia daba lugar á que heredase su presencia el que le seguia en la sucesion, siendo fénix de breves horas, cuando Albanio, dejando un pequeño rebaño de ganado que apacentaba á los regalos de la yerba, se quejaba tiernamente de su corta dicha, regando á los piadosos cielos le quitasen un amor justo que tenia, ó le diesen ejercicio mas á propósito para poder gozarle. Amaba á una pastora que le dió el cielo por compañera, víase léjos de sus brazos, amante de sus ojos y ausente de su hermosura, que el amor tambien visita los campos y suele vivir entre las peñas. Sentóse junto á la orilla de un arroyuelo, que con piés de plata iba por márgenes de rosas pisando arenas de oro, siendo vida de unos pequeños árboles, que en confianza de su corriente pensaban ser gigantes á pocas primaveras. Divirtióse con las imaginaciones de su gloria, que el pensamiento es un hechizo para quien quiere bien y no ve lo que quiere; y estando entretenido con las hermosas flores y traviesos cristales, sintió no muy léjos do donde estaba una voz que con lástimas y suspiros llamaba la muerte y enamoraba los aires. Púsose Albanio en pié, y enterneciόle el alma, que no tenia tan rústico el pecho que huyese la cara á la piedad, ni era de tan humilde corazon que se consintiese rendir al miedo: era alentado aunque pastor, y compasivo aunque villano. Y empezando á discurrir por la márgen de aquella sucesiva plata, se acercó á la parte en que le parecia que estaba el dueño de aquellas ansias. Llegó á una pequeña isleta, tan coronada de espesos árboles que apenas en su distrito tenia jurisdicion el dia, y entrando por el apacible bosque vió una dama de gallarda presencia, que, desmayada con los dolores de un recio parto, casi se iba olvidando de su propia vida. Acercóse á ella, y vióla sin mas compañía que el infinito número de sus congojas y el lado de un ángel que poco ántes habia tenido lugar en sus entrañas, y ya gozaba de menos abrigo entre las esmeraldas de la yerba. Tomóle en los brazos dándole algun calor con su pobre capa, porque los agravios de la noche no se atreviesen á su tierna vida, y acudiendo á la casi difunta madre, la despertó de la breve muerte preguntándola quien era, y animándola con las razones que le habia enseñado una discreta piedad y una cristiana cortesía. Reparó la dama en el caritativo pastor y atribuyó á clemencia del cielo haberle enviado en aquella ocasion, y esforzándose cuanto pudo le rogó que la acompañase hasta dejarla donde habia salido. Hízolo así Albanio, y ella, agradecida á su piedad, le dijo en la distancia del camino desta suerte:

Yo soy una mujer que me puedo calificar de hermosa, si acaso es cierto que las desdichas acompañan á la belleza; nací de nobles padres, aunque demasiadamente crueles conmigo, porque desde mis tiernos años se determinaron de ofrecerme á la religion, consultando este pensamiento, no con mi inclinacion, sino con mi obediencia, diciendo que no ha de haber en el gusto de los hijos mas eleccion que el albedrío de sus padres; y la razon no fuera desatino, si el cielo atendiera á estas leyes y las voluntades tuvieran una misma calidad, pues aunque se forman en una turquesa, suelen inclinarse á diferentes fines; yo nací con otra estrella, y aunque lo intenté, jamas pude alcanzar de mi voluntad

que se dejase sacrificar al deseo de mis padres. No aprovechaba con ellos la disculpa de mi contrario pensamiento, pareciéndoles que en defenderme los ofendia, y aun enojaba á Dios, pues llevaba tan mal los consejos de ser su esposa : atribuyeron á liviandad mi resistencia, y resolviéronse en no darme estado alguno con gusto mio, pues tan poco les obedecia en el suyo. Pasábase con estas discordias la lozanía de mi juventud, sin deberles la menor memoria de lograrla, y erraban verdaderamente, pues no advertian que estamos en tiempo que las mujeres apenas lo son cuando se casan ellas : víame desesperada, porque esto sucedia en tiempo que ya yo habia empleado los ojos en un caballero, que merecia por su persona cualquiera estimacion, y la que yo hacia de sus prendas pasaba de amor á locura (que las flaquezas tambien se atreven á mujeres principales, porque el alma no puede excusarse de las pasiones comunes). Era mi amante callado en sus intentos, prudente en sus determinaciones, afable con todos, enamorado conmigo, galan sin preciarse de serlo y discreto sin haber nacido desgraciado ó pobre : tenia ocasion bastante para verme á todas horas, porque de dia estaba en frente de mi casa y de noche dentro della. Creció la voluntad porque creció la comunicacion (que es peligroso en la mujer mas recatada estar siempre con quien la adora ó por lo menos se lo dice). Víame perseguida de mis padres y rogada de quien yo queria : en las manos estaba cualquiera liviandad, si lo es hacer á un hombre absoluto dueño de mi honra con seguridad de ser mi esposo : gozóme una noche, quedando yo con mas amor y él con mayores obligaciones. Su padre era natural de Salamanca, ciudad insigne, madre de las ciencias y gloria de Castilla; queríale casar con una deuda suya, que los padres no tienen por casamiento acertado el que no se determina con su consejo : mi esposo los entretenia con palabras, y por mi ocasion dilataba su partida. Sucedió pues que á mi padre por sus muchas letras y continuos estudios le dió su magestad una plaza en Granada, que fuera de la corte es de los mejores premios. Tuvo á dichosa suerte la mejora de estado, y empezó á tratar de su ausencia, cuando mi esposo no se podia resolver á efetuar lo mismo que deseaba, por haber venido su padre á solicitar su partida y tratar juntamente el casamiento con aquella dama que le habia escrito tantas veces : yo tampoco me atrevia, porque los mios eran de tan terrible condicion y escuchaban tan mal las cosas mias y mas enderezadas á casamiento, que fuera muy posible quitarme la vida si supiesen que disponia de mi voluntad, menos que con un hábito y una celda : y lo que mas me afligia era el verme con algunas señales de preñada ; lloré mi poca ventura, tanto que en mil ocasiones quise matarme, y pienso que lo hubiera hecho, á no mirar que peligraba con mi vida la de mi esposo, que me adoraba, y la de ese ángel, que apenas conozco, aunque me cuesta infinitos dolores. Entretuve la partida cuanto me fué posible fingiéndome enferma de otros achaques de mujeres, contando al médico la verdad para que ayudase mi fingimiento y pudiese disimular en la cama lo que no seria tan fácil encubrir de otra manera : pero mi padre, que se desvelaba poco en mi regalo y le afligia menos mi falta de

salud, informándose de mi cara, no de mis pulsos, y pareciéndole que mi achaque mas era melindre de dama que disposicion de enferma, ordenó su viage, y sin darme mas lugar para despedirme de mi dueño que la brevedad de un papel, en el cual mas á fuerza de lágrimas que de razones encarecí mi desgracia, mi triste ausencia, mi corta dicha y los peligros que me aguardaban, hizo de modo que hoy á medio dia salimos de la corte, dejando en ella no menos que la libertad y el gusto. Despedíme de mi amante con los ojos, y harto le dije, si me quiso entender, con ellos. Llegamos esta noche á Pinto, que aunque no es derecho camino para nuestro viage, fué forzoso para la disposicion de un pedazo de hacienda que en él tenemos; y apenas los de mi casa se habian vencido del primer reposo, cuando sentí algunos dolores que me parecieron menos de lo que eran, por tener otros que me afligian el alma: pero crecieron de manera que conoci declaradamente que eran premisas ciertas de mi parto, y dejando á una criada que sabia mis flaquezas en mi cama, por si acaso despertaban mis padres, sola turbada y animosa remití mis congojas al campo, y en este aposento de flores, que sin duda le hizo el cielo tan oculto porque estuviese mas callado mi delito, sin mas ayuda que la de un árbol y sin mas descanso que mis suspiros, animándome la necesidad, he dado envuelto en púrpura ese parto de mis entrañas, y estando á tiempo que la mucha falta de sangre me tenia casi entre los brazos de la muerte, llegaste piadoso y compasivo para remedio de dos vidas, y lo que mas es, para que con tu ámparo pueda encubrir la falta de mi honra, volviéndome á la parte donde salí, si acaso me dieren lugar las pocas fuerzas de mi ánimo, para que ya que me quiten la vida mis desdichas, no sea con infamia de mi opinion y menoscabo de mi decoro.

Todo esto escuchaba Albanio tan enternecido como la misma que lo decia, porque desdichas, lágrimas y mujer pondrán piedad hasta en las mismas piedras, y preguntándole la dama su nombre y adonde residia, sacó un bolsillo con algunos escudos, y se los dió diciendo hiciese criar aquella hermosa prenda, que tendria cuidado de avisar á su ausente esposo para que acudiese con puntualidad á satisfacer el presente favor y la crianza de aquel ángel. Prometió obedecerla con infinito cuidado, y dejándola en la parte que por las señas decia era su casa, se despidió admirado del peregrino suceso, y particularmente del gran valor que habia tenido sola y en tan conocido peligro; pero ¿qué no hará una mujer porque no se entiendan sus flaquezas? ¿Qué imposible no intentará porque viva incubierta su deshonra? Llegó el pastor á su pobre casa, y refiriendo á su esposa lo que habia sucedido, diera materia para algunos maliciosos zelos, si no la desengañara el oro que traia, que en todas ocasiones es el crédito que tiene mas juridicion en los oidos, y acordándose que una vecina suya habia parido pocos dias ántes tan desgraciadamente que apenas un hijo que le dió el cielo pisó los umbrales de la vida cuando acrecentó el número á los ángeles, fueron al punto para que intentase criar la belleza de una niña que pudiera el cielo codiciarla por serafin en la inocencia y hermosura, y dejándola en sus brazos trataron á siguiente ía de comprar las cosas necesarias para el adorno forzoso de su limpieza.

Ya su padre en este tiempo, viendo que faltaba de sus ojos su adorado dueño, habia dado la vuelta á Salamanca, y sabiendo por cartas ciertas el suceso de aquella noche, escribió á Albanio, enviándole bastante agradecimiento de su diligencia, y aunque por una desgracia que en ella le sucedió le fué forzoso pasar á Italia, dejó primero á cargo de un amigo el cuidado desta obligacion, el cual lo hacia tan liberalmente, que en pocos años se halló Albanio contento y rico, gozando una vida descansada. Creció Silvia, que así se llamaba la disfrazada labradora, y apenas tenia cumplida la necesaria edad para poder usar del matrimonio, cuando los que valian mas en el lugar la amaban y obligaban para mujer propia. Era tan blanca, que la nieve perdia delante de su cara la opinion que habia cobrado en la region del aire; los cabellos pudieran serlo del sol, y acercábanse tanto á la tierra que parecia, como eran oro, que querian volverse otra vez á su centro; tenia los ojos alegres, aunque negros, tan señores en lo que miraban que pocas veces pagaron lo que debian; las mejillas no consentian artificio; porque con naturales rosas se mezclaba graciosamente el alabastro con la púrpura y la plata con los claveles; la boca era una pequeña herida que remataba con hermosa sangre el animado cristal donde estaba hecha; las manos eran dos azucenas vivas que dejaron de ser nieve porque no se les atreviese el sol en nada. Era de condicion agradable y llana, si bien tenia unos pensamientos tan hijos de su nobleza que se espantaba de verse con alma tan cortesana teniendo engaste tan humilde. Parecíale bien la bizarría de muchos caballeros que pasaban de camino, no por liviandad, sino porque la decia el corazon, aunque confusamente, su ilustre nacimiento (que tambien con la sangre suelen heredarse las inclinaciones). Y estando una tarde de verano dejándose gozar del fresco viento que para llevar olor á las flores se favorecia de su boca, acertó á pasar un caballero de Madrid, llamado don Diego Osorio, en compañía de amigos y criados, y miró aquella deidad, que aunque guarnecida de paredes toscas, daba lugar al entendimiento para que reparase en sus divinos rayos: pasó adelante, y aunque mil veces quiso volverse, se resistió, pareciéndole poco valor rendirse á una villana, como si el diamante perdiese de su precio porque estuviese guarnecido en plomo ó cercado de piedras falsas. Venció en fin por entónces aquel deseo, que era firmeza de la voluntad, y llegó á Aranjuez, donde negoció lo que pretendia con mas brevedad que imaginaba, por volverse á Madrid ó quedarse en Pinto (que allí está la corte para un hombre donde está su gusto). Fué á ver á Silvia para que juzgasen sus amigos si tenia disculpa; informáronse de un labrador honrado que se tuvo por dichoso en servirlos, y sabiendo que estaba entretenida en una huerta con otras amigas suyas, fueron todos á verla. Salió Silvia cuando ya el sol con una noche demasiado oscura habia desamparado el dia: saludóla don Diego con el respeto debido á su recato, y viendo que la noche animaba su cortedad, se atrevió á decirla alguna parte de su cuidado: pero aunque á Silvia no le desagradaban las personas de su porte, no quiso dar ocasion respondiéndole á parecer, sino liviana, por lo menos bachillera, que en habiendo desigualdad, la conversacion parece des-

compostura, porque no hay intento que la disculpe ni fin honesto que la acredite. Fuése sin volver los ojos, por cumplir con su recato y no dar venganza á muchos, que como conocian su demasiada tibieza, quisieran que resbalara en algo, para que no fuese mas señora de su voluntad que todas ellas. Quedó don Diego por una parte contento de haber visto lo que deseaba, y por otra desconfiado de su fortuna; mas advirtiendo en que aquel disfavor no seria desprecio de su fortuna, sino estimacion de su vergüenza, se determinó á probar si con menos testigos se mostraba mas piadosa, y en la mitad de la noche con los instrumentos que habia buscado la curiosidad de su deseo, arrimado á las paredes de Silvia y alabando entre las demas perfecciones de su cara su hermosa boca, que lo era tanto que para rendir los corazones apenas habia menester sus ojos, cantó, ayudándole otros dos criados músicos, desta suerte:

Clavel dividido en dos,
Tierna adulacion del aire,
Dulce ofensa de la vida,
Breve concha, rojo esmalte,
Puerta de carmin por donde
El aliento en ámbar sale
Y corto espacio al aljófar
Que se aposenta en granates,
Depósito de albedríos,
Hermosa y purpúrea imágen
Del murice que en la concha
Guarda colores de sangre,
Cinta de nácar con quien
Tiro se muestra cobarde,
Y aun sentida, porque el cielo
Puso mas en menor parte,
Justo aplauso de los ojos,
Hermosa y pequeña cárcel,
Muerte disfrazada en grana,
Si hay muerte tan agradable,
Tiranía deleitosa,
Cuyo vergonzoso engaste
Es mudo hechizo á la vista,
Siendo un imperio suave.
Guarnicion de rosa en plata
Y de nieve entre corales,
Discreta envidia á las flores
Que un mayo miran constante,
Y en fin cifra de hermosura,
Si permitis que os alabe,
Decidme vos de vos misma
Porque os sirva y no os agravie.
Mas la empresa es infinita,
Yo muy vuestro, perdonadme,
Porque solo sé de vos
Que habeis sabido matarme.

Oyóle Silvia y conoció que era el caballero que la habia hablado aquella noche; quisiera abrir la ventana por no acreditarse de villana en la cortesía, pero tenia miedo á alguno que lo pudiera ver, y aun dijera mas de lo que habia visto; agradábala en don Diego el talle, la cortesía y el entendimiento, y parecíale que estuviera empleada á gusto suyo si el que llegara á merecerla fuera de aquellas partes; pero acordándose de su humilde nacimiento, despidió de la memoria estas imaginaciones, y remitió, aunque no tan presto, estos desvelos al olvido. Confirmó don Diego su desgracia, pues aun oyendo alabanzas suyas, habia disimulado el agradecimiento; fuése á su posada mas inquieto que prometia su buen juicio, pidiendo á la industria alguna traza para vencer aquel desden y no la hallaba, porque quedarse en el pueblo era publicarse por amante suyo, y ofenderla con lo que pudiera obligarla; porque en un lugar corto está peligroso el secreto destos cuidados, y una mujer suele rendirse á los deseos de quien la adora viendo que solamente el cielo sabe su delito, mas

cuando conoce que aquellos pensamientos son públicos, se va á la mano en agradecerlos por librarse de los rigores del vulgo, que está aguardando que tropiece en su facilidad, para tener conversacion á costa de su fama: irse á Madrid, que era el mejor medio para olvidarse de todo, no se lo consentia su amor y la belleza de Silvia. En efeto el enamorado caballero discurria en estas cosas tan desesperado y perdido, que se puso á imaginar si mudando traje la agradaria mas, pues era posible que la hacia desdeñosa no su talle, sino su diferente calidad, que si una esperanza es desigual, no abre de buena gana la puerta al agradecimiento, y parecióle que si le viera Silvia no adornado de locas galas, sino vestido de humildes paños, por su igual siquiera le amaria: durmió sobre este pensamiento, y resolvióse á buscar por todos caminos remedio: llamó al dueño de la casa, y contándole su mucho amor y la poca esperanza que le daba la tirana condicion de Silvia, le refirió el intento que habia pensado para conquistarla, y que advirtiese que habia de ser con su favor, que él le prometia satisfacérselo: decia esto con tanto afecto y tan verdaderos suspiros que el viejo obligado de la promesa y enternecido á sus pesares le prometió hacer de su parte cuanto le fuera posible, y acordándose que habia tenido un hijo que apenas conoció la primavera de sus años cuando dejó su patria, sin tener hasta entónces nuevas de su fortuna, le dijo que él echaria fama de que habia venido, y desta manera podria seguramente pretender el dichoso fin que deseaba. Agradecióle don Diego con infinitos abrazos la merced, y avisando á sus compañeros desta transformacion, se partió á Madrid á componer sus cosas, y haciendo vestidos curiosos aunque villanos, y mudando el nombre de don Diego en Cardenio, volvió una noche á la casa de su nuevo padre, el cual divulgó por todo el lugar la venida del no esperado hijo, y todos le dieron mil parabienes, viendo que despues de haberse librado de los trabajos de criarle le hallaba tan mejorado y tan hombre. Empezó Cardenio á darse á conocer con los mejores del lugar, y como sabia tan bien los términos de la cortesía, y era tan galan en aquello que permitia la humildad del traje, todos le envidiaban y de todos se llevaba la voluntad. Vivia alegre y satisfecho de su buena suerte, porque en efeto á todas horas podia mirar á Silvia, á quien servia con recato y zelaba con seguridad, y con la ocasion de recien llegado la visitaba algunas veces: dieron en decir algunos curiosos de las acciones agenas (que en todas partes sobran) que Cardenio amaba á Silvia, porque los ojos disimulan poco, y á cualquiera parte que ella iba seguia sus pasos como sombra de su resplandor. Advirtiólo tambien ella con algun cuidado, no porque se le hizo novedad el verse amada, sino porque ninguno merecia con tanta razon ser correspondido. Era Silvia discreta, y como tal conocia las gracias y entendimiento de su nuevo amante; parecíale bien, porque lo bueno imaginado como tal es imposible que desagrade, y así poco á poco iba olvidando su natural esquivo, descubriendo su corazon, que si no amaba por lo menos agradecia, que viene á ser lo mismo, porque quien empieza á agradecer no agradece para despreciar: consideróse igual á Cardenio, querida de Cardenio, y envidiada de muchas que en su presencia le alababan; pa-

recióle que seria delito tratar mal á quien la queria bien : muchas veces podia Silvia haber hecho esta consideracion con muchos que la adoraban, pero nunca una mujer se lastima de lo que padecen otros hasta que ella pasa por el propio desasosiego : ya Silvia amaba, y como amaba se compadecia : y estando una noche tratando estos cuidados solamente con su pensamiento, su viejo padre (que hasta entónces en su opinion Albanio merecia este nombre) habiéndose informado de que Cardenio y otros muchos la estimaban, temiendo no hiciese alguna locura con que mal lograse su nobleza, para que se librase del peligro que podia tener, la contó el verdadero suceso de su historia, y enseñándola algunas cartas de las que habia recibido, la dió por nuevas, que cuando menos imaginase se habia de ver en diferente estado, y así mirase lo que hacia porque no la culparian á ella de cualquier desatino que intentara, sino al poco cuidado que él habia puesto en defenderla, y que pues habia nacido con tal ingenio como hermosura, y sobre todo con muestras de natural virtud, la rogaba que se acordase siempre de la sangre que habia heredado, y le pagase el amor que la tenia con no dejarse conquistar de quien neciamente la solicitaba, pues ninguno la merecia. Con notable suspension escuchó Silvia las verdades de Albanio y su secreto nacimiento, y prometiéndole obedecer sus consejos, le aseguró de sus sospechas, quedando tan confusa como desengañada. Acordóse de Cardenio, y viéndose con algun estorbo para ser suya, sintió el perderle, mas considerando que amarle era enojar á Albanio y ofender su sangre, se determinó (aunque no con mucho gusto) á olvidar aquella apariencia de deseo, y esperar el dia en que se conformase su inclinacion con su calidad : y estando Cardenio adorando una tarde las paredes de su casa, la vió salir sola, y que enderezaba su camino hácia el hermoso y alegre prado, ó á divertirse de algun desvelo que traia, ó á entretener las dilatadas tardes del apacible mayo; fuése por otra parte para cogerla descuidada, haciendo de modo que el encontrarla pareciese que habia sido premio de su deseo, y no curiosidad de prevencion : llegó la disfrazada Diana, y sentóse entre un jardin de comunes flores que la naturaleza sin cuidado habia producido con el ayuda de un arroyuelo que tenian por vecino, que acaso lo era porque siempre murmuraba, y admirada de lo que aquella noche la habia contado Albanio por su desdicha, consideraba la poca ventura que tenia, pues cuando pudo emplearse en un caballero que la estimaba y merecia, la sirvió de impedimento el verse tan inferior á sus prendas, y cuando la agradaba Cardenio, igual suyo y digno de cualquier cuidado, la estorbaba el estar advertida de su nobleza; y viéndola Cardenio tan divertida que no habia reparado en que le tenia delante, quiso decirla su voluntad, de manera que ella la supiese, sin que imaginase que se la decia, y disimulando haberla visto, y pidiendo licencia á su turbacion, dulce y enamorado cantó así :

Selvas, no vengo á quejarme;
Alegre y contento vengo,
Que si está en necios la dicha,
En mi vida fuí mas necio,
Quiéroos contar mis venturas,
Y no es poco si las cuento,
Que estoy tan hecho á desdichas,
Que á mí mismo no me creo.

Amor tengo, selvas mias,
Pero es tan divino el dueño,
Que solo en haberle amado
He parecido discreto.
Bien conocereis á Silvia,
La que con dos soles negros
Todo cuanto mira rinde,
Mas direis tales son ellos.
Aquel hechizo del valle,
A quien pienso que dió el cielo
La comision de matar,
Y á mí me topó el primero.
No penseis que os miento, selvas,
Que en viéndola direis luego:
Bien haya tanta hermosura;
Buen gusto tiene Cardenio.
Mírame con buenos ojos,
Aunque no es favor muy cierto,
Pues si mira con los suyos,
Claro está que han de ser buenos.
Silvia en fin me abrasa el alma,
Y aunque muero si la veo,
Por hacer gusto á mi amor
Sus estrellas miro y muero.
Y así cuantos verla quieren,
Lástima me dan y zelos:
Lástima porque los mata
Y zelos porque la quiero.
Háceme salir colores
Cuando á sus ojos me atrevo,
Que como la quiero mucho
La tengo mucho respeto.
Es un ángel, selvas mias,
Y como no la merezco,
Mientras se duele de mí,
Con quererla me contento.
Selvas, aquesto es verdad,
Esto paso, aquesto siento;
Prestalde mi amor á Silvia
O quitadme el que yo tengo.

Cantó tan sentido el enamorado Cardenio, que puso en cuidado á Silvia y no quiso volverse á su casa sin hablar con el dueño de la voz y de los pensamientos; salióle al paso Cardenio, como admirado de la novedad de verla; y Silvia se rezeló como temerosa del peligro que la amenazaba su voluntad. Parecióle mas galan, porque le miraba como imposible de gozarle, y preguntóle si era él acaso quien tan dulcemente habia referido sus ansias á las selvas. Bien sabia Silvia que era Cardenio, porque él mismo habia dicho su nombre, pero estaba ya de manera que por escucharle segunda vez se lo preguntaria muchas. Respondió que él era, aunque desgraciado; quiso irse Silvia, por no escuchar cosas que la pudieran hacer salir colores, y aun obligarla á que se perdiese mas de lo que estaba. Detúvola Cardenio, aunque fué menester poco, y advirtiéndola que se daria por pagado de su amor si le escuchaba parte de su sentimiento, la dijo desta suerte: Silvia, si pensara que amándote habia de ofenderte, así en la opinion como en el gusto, sabe Dios que me quitara yo mismo esta triste vida (si acaso no es tuya) para que me faltara con ella la ocasion de enojarte, pero como tengo por cierto que el amor de un hombre cuando no es con perjuicio no ofende, me animo á llevar adelante mis pensamientos sin comunicarlos mas que al secreto destos árboles, que son amigos que no hablan. Yo estaba, como has visto, cantando ó llorando, que en quien ama tan cierto es lo uno como lo otro, y pienso que me oíste, mas si es así no te pese, que bien puedes pasar por el gusto de ser querida, pues yo paso por el tormento de amar, siendo mal pagado. No te pido, Silvia mia, que me quieras, pero solo te suplico que no te enojes de que te ame, pues se precia mi amor de tan poco interesado, que apenas tengo atrevimiento para desearte, porque pienso que el amor que no llega á los brazos, si no es el mas gustoso, por lo menos es el mas perfeto. Ya estaba Silvia tan enternecida á las razones de Cardenio

que confiaba poco de su desden, y aunque queria no acertaba á irse; mas resistiéndose con valor de mujer principal, le respondió tan rigurosa que no pudiera hacer mas si la hubiera dicho que la aborrecia: fuése en efeto llorando por lo que dejaba, y huyendo de lo que apetecia: ya le pesaba de haber sabido su desdichado aunque ilustre nacimiento. ¡Ay Cardenio! decia por el camino, volviendo los ojos algunas veces, ¿quién pudiera pagarte esa voluntad sin aventurar la nobleza que tengo heredada? y ¿quién pudiera recabar con el cielo que te diera la calidad que te falta, para que yo te ofreciera un alma que me sobra? Así se ausentaba y se quejaba tan piadosa que quiso atreverse á su vergüenza y volver á consolar al que quedaba con mas amor, aunque con menos esperanza. No la quiso seguir Cardenio por no enojarla, pensando que se habia ofendido de veras. Era discreto por ser des confiado, y como amaba temia, y como temia tuvo por cierto el desden de Silvia. Confirmó su poca ventura considerando que no hallaba modo para agradarla, pues siendo caballero a habia ofendido, y viéndose villano la habia enojado. Bien quisiera poder quitarse la noble sangre con que habia nacido, para poder con mas libertad pedirla por suya; mas procurando consolarse, remitió á sus ojos su sentimiento: y viendo entre los demas árboles uno que habia sido tan desgraciado parto de la primavera que como si hubiera probado los rigores de diciembre estaba falto de galas y hermosura, pareciéndole que habia hallado con quien hablar y contar sus lástimas, pues era compañero suyo en las desdichas, cantó con envidia de las aves desta suerte:

Arbol que en tus verdes años
Fuiste blanco de venganzas,
Pues te faltan esperanzas
Y te sobran desengaños:
Ten á ventura tus daños,
Que en fin tu suerte acabó
Y el cuidado te quitó
De temer lo que has dudado,
Pues no teme un desdichado
Cuando ve lo que temió.
En tí mis desdichas ví,
Pues yo tambien esperé,
Aunque mi tormento hallé
Donde menos le temí:
Lo mismo pasa por tí,
Pues la primavera trata
De tu muerte y te maltrata
Cuando puede darte el ser,
Que es en efeto mujer
Y no se libró de ingrata.
Apenas fuiste del suelo
Lisonja cuando un rigor
Fué injuria de tu verdor,
Fué parca de tu desvelo:
Desdeñoso anduvo el cielo,
Aun ántes de castigarte,
En lucirte y adornarte,
Pues pudiste sospechar
Que te gustaba de dar
Para tener que quitarte.
Tú estas con muerta esperanza
Y yo con vivo cuidado;
Tú lloras el bien pasado,
Yo la presente mudanza
No hay humana confianza
Estable, firme y segura;
Dióte el cielo esa hermosura,
Y fuera mucha extrañeza
Vivir con tanta belleza
Y tener mejor ventura.
El cielo á tí te quitó
La vida, pero yo á mí,
Pues quise ver lo que ví,
Y ví lo que me mató:
En mi pena solo yo
Me doy el mayor castigo,
Yo mismo á mí me persigo,
Aunque mi muerte rezele,
Que tal vez un hombre suele
Tratarse como enemigo.
Cuando lloras tu caida,
Yo siento mi suerte triste;

Tú la esperanza perdiste;
Yo la esperanza y la vida;
Los dos la vemos perdida,
Que el cielo lo quiso así;
Tú fuiste lo que yo fuí,
Gozaste lo que gocé,
Tú viviste, yo esperé,
Tú acabaste, yo caí.

Llegó la noche, y Silvia estuvo aguardando á Cardenio, sin quitarse de la ventana, el cual apenas vino cuando encerrándose en su aposento y dejando el grosero hábito, se vistió las mejores galas que tenia entre muchas que trujo, por lo que pudiera sucederle, y cuando todos estaban entregados á la quietud de la noche, salió de su casa y fué á la de su ingrata Silvia, que con el calor del tiempo y el que habia cobrado aquella tarde no podia alcanzar del sueño que la divirtiese de aquella agradable pesadumbre. Acercóse Cardenio con intencion de saber segunda vez si mudando traje se mejoraba su fortuna; reparó Silvia en él, y viendo que no pasaba adelante, sino que daba á entender que la esperaba para hablarla, consultando con su recato la respuesta, se dispuso á cerrar la ventana y cumplir con la obligacion que á sí se debia, y antes que lo hiciese la dijo Cardenio, mirase que por escucharle dos palabras no perdia tanto que fuese menester valerse de sus tiranías, y por no perder la ocasion que tenia entre las manos prosiguió diciendo: Yo soy, señora, un caballero que pasando por este lugar ví vuestra divina hermosura; pluguiera á Dios hubiera nacido sin ojos, para que me excusara de lo que por su ocasion padezco; víla en fin por mi desdicha, que desdicha parece amar un hombre á quien sabe que no le paga, y volviendo á veros os hablé una noche en mi cuidado, y hallé tan poco lugar en vuestros ojos que aun no les debí que por descuido me mirasen: procuré divertir esta voluntad en la corte, y lo hubiera hecho si vos fuérades menos hermosa; mas hallando por imposible olvidaros, quise volver á saber de vos si acaso gustais de que me empeñe con mas fuerza en quereros, dándome alguna esperanza, ya que no de amarme, siquiera de agradecerme una voluntad tan noble: este desengaño espero de vuestra boca, que aunque salga contrario á mi deseo me servirá de saber que nací para llamarme vuestro, pero no para mereceros por mia. Oyóle Silvia, mas por ver si se olvidaba de Cardenio, que porque gustaba de escuchar agenos cuidados: y como quien ama tiene hecho el gusto á las palabras de su dueño, acordándose del que lo era suyo, la desagradó cuanto escuchaba entónces. ¡O fuerza de la pasion de quien quiere bien! Cardenio fué el que habló á Silvia la pasada tarde y el que la habla agora; entónces villano y agora caballero; el mismo entendimiento tiene, y aun mejor, porque está en hábito mas á propósito para la inclinacion de Silvia: ¿pues cómo le desagrada el mismo que le ha parecido bien? Milagros son de la voluntad que todas las cosas que mira en el sugeto que estima las califica por acertadas y cuerdas: en un hombre querido todo es gracia, los errores son aciertos, los disparates agudezas y las ignorancias donaires: el ejemplo tenemos en las manos, pues Silvia estaba tan pagada de su Cardenio que, con ser el mismo el que la estaba hablando, solo porque le imaginaba como otro la ofendia, y tanto que le respondió resueltamente no se cansase, porque

fuera de que su calidad era desigual á su estado, en un lugar corto está tan sobrada la malicia que cualquiera cosa, por limitada que viesen, habian de atribuir á liviandad; y lo que mas la quitaba las esperanzas de pagarle era verse cautiva de una voluntad que no la dejaba admitir otra en su honesto pecho, porque ella amaba, y un corazon con poco gusto lleva sobre sí mas de un cuidado, que repartirle en diferentes dueños es no tenerle de ninguno, y así la perdonase y procurase, si la queria, no venir tercera vez donde ella le viese y los demas le notasen, y despidiéndose cerró la ventana. Quedó Cardenio tan desengañado de su corta dicha que ya le pesaba de haber sabido tan á su costa lo que habia de ser principio de su muerte. Mirábase no solo amando sin ser correspondido de Silvia, sino que escuchaba della que tenia voluntad y que no seria á él, pues le trataba con tantos rigores; y como si el vestido fuera causa de sus penas, le hizo pedazos por testigo de sus ofensas y por no haber sacado con él sino desengaños que le atormentaban. Maldecia su fortuna y pedia al cielo le quitase la vida, porque aunque Silvia le habia muerto, era de manera que le dejaba vivo para el sentimiento y difunto para la esperanza: y viendo que estaban cerrados todos los pasos para agradarla, y que con ruegos no se obligaba, porque no era noble, ni con finezas, porque se preciaba de ingrata: con galas no, porque habia nacido grosera: con vestirse de sayal tampoco, porque era altiva; con amores menos, porque queria en otra parte, se acordó de las veces que los zelos han hecho milagros en la voluntad mas tibia, porque una mujer suele descuidarse amada y amar aborrecida: resolvióse á obligarla con agravios, ya que no se dejaba conquistar con verdades, y procurar conocer el labrador venturoso que la merecia, como si no fuera él solo el dueño de su albedrío, pues él solo era á quien amaba, y con él mismo le daba zelos; y para esto ordenó mostrarse públicamente agradecido á una labradora de gentil brio, de mucha riqueza y de razonable calidad, que se preciaba de entendida y, habiéndole escuchado algunas veces, se habia aficionado á su entendimiento y en cualquiera ocasion que podia hablarle daba á entender que no le queria muy mal. Empezó Cardenio á mostrarse amante suyo y ella á tenerse por dichosa en pensar que merecia sus desvelos; escribíala discreto, aunque mentiroso, y ella respondia bachillera, aunque agradecida: y esto á tiempo que ya Silvia, olvidada de su fuerte condicion, le amaba con tantas veras que lo pagaba su salud, porque advirtiendo que era noble se le hacia lástima juntar su sangre con quien habia de mancharla, y mirándole á él la parecia imposible pasar la vida sin sus brazos; de manera que ni se atrevia á quererle ni se determinaba á olvidarle. Así estaba la hermosa Silvia cuando llegó á sus oidos el nuevo empleo de su mudable amante, y como la halló tan dispuesta para cualquiera desdicha, fué mucho que la dejasen con vida los zelos. Quiso castigar su amor y trocarle en aborrecimiento, mas no pudo, que el amor con nuestra voluntad se toma, mas no se deja. Quisiera darle á entender su pesadumbre en viéndole, y no se atrevia, porque si amaba á otra era poner en contingencia su estimacion: en fin la pareció mejor callar su sentimiento (si pudiese) aunque sufrir los zelos sin dar voces era dema-

siada mortificacion en el gusto : y una tarde que porque saliese á honrar los campos la convidaba un fresco viento, se fué á comunicar con la soledad sus congojas, y á dar parte á las aves de sus pensamientos, porque si se preciaban de parleras le dijesen á Cardenio lo que padecia; y volviendo los ojos hácia la falda de un pequeño monte que servia de diádema hermosa á lo demas del campo, vió que tres hombres alevosamente injuriaban la vida de uno solo que bizarro se defendia, y animándose cuanto pudo fué á impedir con sus ruegos y su hermosura el riguroso fin que prometian tan desatinados atrevimientos, y por mucha prisa que se dió para cumplir con la piedad de su deseo, ya cuando llegó fué tan tarde que los enemigos del valiente mancebo, aunque heridos peligrosamente, iban huyendo por dejarle á su parecer muerto ó con ¡poca esperanza de vida. Llegó Silvia, y vió entre los brazos de una hermosa zagala al triste mozo, que bañado en su sangre con un mortal desmayo daba á entender que le faltaba poco para rendirse á la muerte. Reparó Silvia ántes de preguntar el trágico suceso en que la mujer que le acompañaba era la causa de sus zelos, y volviéndose al dueño de la vertida sangre vió que era no menos que su traidor amante, su falso Cardenio y su querido ingrato. Bien tomara por partido que pudiera tanto el sentimiento de la presente desdicha que la matase con brevedad, para que sus zelos duraran menos, y preguntando á la enemiga de su sosiego la ocasion de aquella desgracia, respondió turbada y llorosa que Cardenio, á quien amaba con extremo, estando con ella á la sombra de aquellos árboles, habia tenido cierto disgusto con un hombre mas poderoso que bien nacido, sobre envidia de su fortuna y zelos de su voluntad, y pareciéndole que era disparate sufrir que un hombre humilde y recien venido se aventajase á todos y fuese causa de que no le amase, habiéndole visto salir con ella aquella tarde, le siguió cautelosamente, y cuando estaban mas seguros de su traicion le acometió con otros dos que le acompañaban, y sin que bastase ponerse ella misma delante de las espadas, para defenderle de sus crueldades, le habian dejado en sus brazos de la manera que miraba. Disimuló Silvia, no el sentimiento que la rasgaba el corazon, sino los zelos que la abrasaban el alma, y díjola que fuese al momento y avisase de aquella desgracia en el lugar, para que se procurase su remedio. Quedóse Silvia sola y cercada de mil pensamientos, porque con los zelos que tan claramente tenia averiguados deseaba la muerte á quien era su misma vida : y por otra parte como sabia de sí que le adoraba, mirábale con el ansia de verle padecer, y venia á pesar mas el amor que la enternecia que los zelos que la enojaban. Alzó Cardenio los ojos, y conociendo á Silvia, espantado de verse libre de quien habia sido causa de aquella tragedia, casi estimó el rigor que con él habian usado sus enemigos, por parecerle que Silvia de lástima siquiera habia de olvidarse por entónces de sus asperezas, pero acordándose de que tenia secreto dueño de su gusto, deseaba que las heridas fuesen tales que bastasen á quitarle la vida, pues con la muerte por lo menos no hay fortuna que se tema : mas viendo que solo en la cabeza tenia la herida que habia esparcido tantos granates, porque de los demas le defendió un coleto que traia debajo

de aquel disimulado traje, se determinó á vengarse de los ofensores por el agravio que le habian hecho en dejarle vivo, sin duda para que le matase mas poco á poco el martirio de su sospecha y el tormento de su desengaño. Y despues de satisfacerse Silvia de que la herida de la cabeza era sola la que producia aquella caliente púrpura, y no de tanto peligro como se imaginaba, aunque para quien le amaba como ella, cualquiera dolor suyo, por pequeño que fuese, la atravesaba el pecho, habiéndole limpiado con sus manos alguna sangre que estaba detenida en el rostro y apretádole un lienzo en la parte por donde el rojo humor fugitivamente salia, le preguntó el suceso diciéndole que se espantaba que teniendo de su parte á un ángel que le defendia, se hubiese atrevido la menor ofensa, porque si ella viera á su galan en semejante estado, ó le habian de dejar sin agraviarle, ó habia de probar ella primero los aceros, para que si despues le acertasen al pecho pareciese favor y no venganza. Tuvo Cardenio á novedad que á Silvia le pesase tanto de su desgracia, que la compasion está muy cerca de parecer amor, y para confirmar mas bien esta verdad la refirió lo mismo que Silvia habia escuchado, aunque la historia no era para oida dos veces, pues zelos para matar basta que de repente se imaginen : dijo no que amaba á la labradora que habia visto, sino que ella con una honesta voluntad le queria, porque lo primero fuera agravio para Silvia y lo segundo era crédito para Cardenio : y si dijera que la amaba diera ocasion á Silvia para cualquier desprecio, que aunque muchas con zelos y desdenes aumentan su amor, otras suelen resfriar el deseo : y advirtiendo Silvia que si callaba lo que padecia, seria fuerza que Cardenio prosiguiese en aquel cuidado antes que viniese gente que la estorbase, fingiendo una disimulada risa, que si fueran necesarias lágrimas no habia menester fingirlas, le dijo desta suerte :

Prométote, Cardenio, que me suele dar ocasion á que me ria ver en los hombres en tan poco tiempo tan diferentes y varios pareceres, y que habiendo nacido con alma poco firme y voluntad menos constante, os andeis quejando de nosotras toda la vida : ¿por ventura hay mudanza en alguna mujer que no proceda de culpa vuestra ? Trato de las mujeres principales, que en las demas la inconstancia no es novedad porque es costumbre. ¿Has oido decir alguna vez que una mujer admitiese otro cuidado siendo bien correspondida? No por cierto, porque la que aventura su recato ó es por amor ó por interes : desto segundo se libra la que es noble, pues queriendo bien y teniendo amor á su gusto, ¿qué mujer hay tan necia que le quiera perder, y mas estando su reputacion de por medio ? Dirasme que como se ve por la experiencia que la que es mas noble no suele permanecer en un empleo : y á eso respondo lo que al principio, pues no tienen ellas la culpa, sino quien las obliga á que intenten desatinos. ¿Qué culpa tendrá la mujer que se ve ofendida de un ingrato en la honra y en el gusto, si por verse libre de su memoria se olvida tal vez de su nobleza ? ¿Qué ha de hacer la que, llevada de su amor y movida de las lágrimas de un hombre, le da lugar en el pecho, y de ahí pasa á cuanto desea (que una vez rendida la voluntad todo lo demas es fácil), si despues de gozar lo que alcanzaron ruegos y lástimas, como se ve querido y tiene

segura á la desdichada que le adora, apetece cuanto mira, y lo peor es que no pára hasta matarla á pesadumbres y dejarla con las ofensas á los ojos? Pregunto, Cardenio, ¿esta mujer tendrá disculpa en intentar cualquier flaqueza? ¿Acaso las mujeres nacimos con obligacion de sentir vuestros agravios, sin buscar la venganza dellos? No teneis vosotros vergüenza de ofendernos, ¿y hemos de regatear nosotras el vengarnos? Quien tiene mas entendimiento, que es el hombre, no huye de ser inconstante, ¿y quieres que una mujer tenga cordura para sufrirle? y sino, díme por tu vida, ó por la de aquella dama que te quiere tanto, que consiente que te la quiten, ¿acuérdaste que no ha muchos dias que te hallé contando á las selvas no sé si mis cuidados ó tus mentiras, y despues no me encareciste que te debia suspiros y te costaba desvelos? ¿No me dijiste que si se dilatara tu vida á infinitas edades ni podias dejar de quererme ni acertarias á saber olvidarme? Pues si esto es cierto, como lo sabes tú y aquesos árboles, y agora te hallo en brazos de otra hermosura que por lo menos te cuesta sangre y mas lo que está encubierto; dime ¿qué confianza se puede tener del mejor hombre, ó qué mas hicieras si hubieras estado ausente algunos años, y yo despues de haberte querido te dejara? ¿Tan presto te he parecido fea, y sin haberme gozado? ¿Tan presto te cansaste de rogar á quien muchos ruegan? ¿Piensas acaso que vives en la corte, donde en el pedir y el conceder no hay mas distancia que la falta de ocasion? ¿Presumiste que era alguna mujer comun, que me habia de rendir á los primeros engaños (que todas las palabras lo son cuando está á los principios la voluntad)? Y si por dicha no pensaste tan mal de mí, dime, si, como era posible, aunque no ha sucedido, despues de haber escuchado tus mentiras, me hubiera agradado de tu talle y sobre todo de tu ingenio, ¿parécete que quedara buena, y parécete que tuviera culpa en vengarme de tus sinrazones y en publicar que eras ingrato, fácil y desconocido? ¿Fuera entónces yo la mudable en agraviarte ofendida, ó tú en ofenderme sin agraviarte? Cardenio, Cardenio, mira que es peligrosa cualquiera ofensa en las mujeres que son honradas, porque como sienten con mayor fuerza la injuria, intentan con menos piedad el castigo: lástima tendré de aquí adelante á la pobre que te quisiere, porque yo, aunque te tuviera en mis brazos, temiera que alguna vez habias de amanecer ageno. ¡Ay de mí! si te hubiera creido, ¡qué de disgustos me prometiera! Libre Dios mi voluntad de tus engaños, que pueden salirle á una mujer á los ojos: mucho te importara, ya que eres tan discreto, estar menos confiado de tus méritos, que á muchos les echa á perder no el entendimiento que tienen, sino el saber que le tienen; y no creas que eres tan perfeto que has de rendir cuanto mirares, que visto de espacio tienes muchas faltas que no conoces, porque te ves en el espejo de tu propia pasion.

Ya Silvia se iba enojando, aunque tan amorosamente que con lo que le ofendia le enamoraba: pidióse Cardenio albricias no de que Silvia le quisiese, porque los zelos que tenia y lo que habia oido aquella noche no le dejaban creer cosa en provecho suyo, sino de verla tan afable

humana, y por satisfacerla de su firmeza y darla á entender que ella habia sido la primera ocasion de su mudanza, la dijo: ¿Para qué, Silvia, puede ser bueno encarecerme que todos los hombres son ingratos? Por decirme que yo lo he sido. En eso saben los cielos que hay mucho que averiguar. Es verdad que me hallaste repitiendo á estos campos lo que me debes, y aun lo que agora tan poco me pagas, pero no es verdad ni lo puede ser que me haya olvidado de aquella primera voluntad, aunque te digan otra cosa tus sospechas, que yo que la siento sé que te engañas, y pluguiera al cielo, hermosa Silvia, que fuera verdad lo que has imaginado, pues á tí te importara poco y yo viviera con mas descanso. Dices que estás contenta de no haberme creido ni querido, porque agora te hallaras tan mal pagada como bien quejosa. ¡Ay ingrata! no lo creas, ni hagas ese agravio á mi voluntad, que si te parece que he sido mudable, puede ser que lo haya hecho por darte gusto, que cuando una mujer quiere bien, suele agradecer que no la traten de otros cuidados. Yo sé, Silvia, que tienes amor: yo sé que te desvelan otras penas, y esto de tan buen original que hay quien lo ha escuchado de tu boca: pues dime, ¿es mucho que yo me entretenga de burlas si tú me estás ofendiendo de veras? No sé como te has lastimado tanto desta pequeña herida, y tienes ánimo de darme la muerte por mil caminos. ¿No bastaba quererte, Silvia? ¿No bastaba ser despreciado por quien tú sabes, sino querer que prosiguiera en amarte, y me viera perdido, cuanto ni tú me pudieras remediar, ni mi cordura me pudiera favorecer? Vete á la mano y advierte que no es gallardía dejar que un hombre se vaya encendiendo cada dia para darle con el desengaño en los ojos, á tiempo que no tenga mas consuelo que su desesperacion. Déjame probar si puedo olvidarte, pues te importa poco que yo te ame.

Confusa escuchaba la enamorada Silvia á Cardenio, y cuando iba á satisfacerle de aquel indigno pensamiento, la estorbó alguna gente, que con las nuevas del suceso venia á saberle con mas certidumbre, para que se previniese su remedio: y contentos todos de que la herida no era demasiada, si bien la falta de la sangre hacia mayor su desgracia, llegaron al lugar donde con general tristeza fué sentida porque su cortesía le habia hecho tan bien quisto que solo los zelos (que ni miran á la piedad ni atienden á la razon) tuvieran ánimo para ofenderle. Estuvo en la cama algunos dias, regalado de Silvia y tan agradecido á sus favores que con no tenerlos por seguros, hizo por ella una fineza que al parecer de Silvia era muy grande, y fué escribir un papel á la que habia sido causa de su divertimiento, diciéndola que él era en aquel lugar mas forastero que natural, porque aunque habia tenido en él la primera cuna, la ausencia le habia hecho extraño, y así no queria disgustar á las personas con quien era fuerza vivir; y en efeto la desengañó claramente de que no habia de proseguir en su amor: y Silvia quedó tan gustosa que le envió á decir con una criada de quien ella hacia confianza, que en hallándose con fuerzas para salir de casa le queria hablar acerca de muchas cosas que pudiera ser que no le pesase de escucharlas. Contaba Cardenio las horas, deseando el dichoso dia para pedirla descubiertamente que le desenga-

ñase : Silvia tambien rogaba por la mejoría de Cardenio, para hablarle menos esquiva y mas amorosa, porque ya le queria de suerte que con ver que si sus padres supieran que se empleaba tan bajamente, no la habian de admitir por hija y se habia de quedar toda su vida en aquel humilde traje, estaba resuelta á ser suya y á vivir con él, aunque perdiera mayores intereses. Y una noche que estaba el viejo Albanio riñéndola porque no daba crédito á la nobleza que no conocia, llamó á la puerta un hombre que preguntaba por Albanio, diciendo que un caballero le queria hablar. Bajó Albanio, y quedóse Silvia tratando con su pecho de la gallarda determinacion que tenia; y apenas llegó el viejo á preguntar quien le buscaba, cuando una dama de lindo talle y gentil presencia se fué á sus brazos, y con mas admiraciones que palabras le dió á entender que era la madre de Silvia, que como la habia heredado la belleza no fué dificultoso conocerla presto : y luego su esposo que la acompañaba, con el deseo de ver á su hija, sin detenerse en otros cumplimientos rogó le llevasen á conocerla : subieron todos, y hallaron á Silvia que espantada de aquella novedad casi no consentia en los amores que la hacia su padre; y despues de haber solenizado con regocijos y admiraciones aquella ventura tan deseada y lo mucho que debian á Albanio, le dijo la madre de Silvia cómo, despues de haberla dejado del modo que sabia y haberle salido todo á satisfacion de su deseo, estuvo muchos años sin ver á su esposo, si no es por la comunicacion de papeles y cartas, que son las visitas de los ausentes, porque dió muerte en Salamanca á un caballero de los mas principales della, y así le fué forzoso ausentarse á parte donde pudiera estar sin peligro, hasta que con un perdon de su majestad habian cesado sus pleitos y destierros, y que volviendo á su patria y viéndose con la nobleza de un hábito y con hacienda suficiente para poder honrarle, movido de su voluntad, que, si es verdadera, no conoce al olvido, y confesando sus obligaciones, se habia ido á Granada para ver si habia remedio de gozar su esposa, y viendo los dos que su padre perseveraba en su desatino, se resolvieron en dejar una noche á Granada, y venirse á Madrid llevando de camino á Silvia. Y encareciendo el peligro en que estaban si se detenian, porque su padre ó sus deudos fuera posible que los alcanzasen, dijeron á Albanio que sin mas prevencion era fuerza que Silvia se fuese con ellos, para llegar á Madrid ántes que amaneciese. Nuevas fueron estas que desmayaron á Silvia tanto, que tuviera por muy gran dicha haber nacido de humildes padres, si la habia de costar el verse no solo desigual de quien adoraba, sino en parte que no habia de pagarle aun con los ojos. Replicó Silvia á tan rigurosa y fuerte determinacion, pero no la valió, porque sus padres estaban con temor y amor; el temor no les consentia detenerse, y el amor no les daba lugar á que la dejasen; y obedeciendo á la cruel sentencia, bañada en lágrimas y llevando traspasado el corazon por lo que dejaba, se despidió de Albanio en compañía de aquella criada que sabia sus develos, para descansar con ella y tratar de que Cardenio supiese la triste causa de su ausencia, y procurase verse con quien tanto le amaba. Quedó Albanio encargado del secreto, aunque Silvia le rogó al despedirse, por el amor que la tenia, dijes

á Cardenio de su parte lo que habia pasado, y él por consolarla se lo prometió, aunque despues, viendo que no podia estar bien á su calidad, le pareció que acertaria en no decirlo. Llegó Silvia á Madrid como se puede creer de quien iba muriendo, y con cada paso miraba mas léjos de sus ojos á quien era alma de sus pensamientos. Consideraba cuán al reves se habia cumplido el deseo de verse con su dueño; imaginaba tambien cuán injustamente ofenderia su voluntad, sabiendo su ausencia. Apenas faltó Silvia, cuando todos echaron menos su hermosura, como era la joya de mas importancia: y estando Cardenio cuidadoso del descuido grande que tenia en avisarle de la ocasion en que la habia de hablar, porque ya se miraba con bastantes brios para hacer valentías en su salud, le vinieron á decir cómo faltaba de la casa de su viejo padre, y que se imaginaba que se habia ido con un hombre que la gozaba de secreto (que el vulgo nunca se contenta con decir lo que pasa). No quiso Cardenio dar crédito á estas nuevas por no agraviar á Silvia, que pensar mal del recato de una mujer sin informacion bastante es ofenderla en el honor y hacer poca confianza de su virtud: pero viendo que todos lo murmuraban y que en su casa no parecia, tuvo por cierta su imaginacion y sospechó que el decirle que le tenia que hablar habria sido para consultar á solas el fiero desengaño de su determinacion, yéndose con el oculto merecedor de su belleza. Volvíase loco, quejábase al cielo, llamaba á la muerte, y maldecia no solo á Silvia, sino á las demas mujeres, que en semejantes casos la mudanza de una la pagan todas. ¡Ay, decia ciego de su pasion, crueles homicidas, rigurosas para quien os ama, y apacibles para quien os aborrece! ¡Quién pudiera vivir sin vosotras, para librarse de vuestros engaños y mudanzas! Siempre me acuerdo de aquellas palabras que decia Marco Aurelio hablando contra vuestra malicia: Mujeres, en acordarme que nací de vosotras desprecio la vida, y en pensar que vivo con vosotras amo la muerte: habló como discreto y como filósofo, y mas si pasaba entónces por la ingratitud de Faustina. Decis siempre que somos mudables y estoy por creerlo, no porque cabe en el hombre delito de ingratitud, sino porque lo pudimos aprender en el tiempo que estuvimos en vuestras entrañas. Vosotras sois siempre las quejosas y nosotros los ofendidos, que como teneis fuerza en los ojos para mover á lástima, acreditais con lágrimas lo que disimulais con engaños. De todos nosotros decis infamias, y á cada uno de por sí haceis halagos. Yo te oí, Silvia, decir una tarde tantas injurias contra quien admitia mas de un desvelo en su corazon, que pensé que habia resucitado Lucrecia, ó que vivia Penélope: mas ya conozco que fué solamente querer acreditarte de buen gusto, porque como al vicioso, aunque lo sea, le agrada la virtud, así vosotras, aunque seais mudables, os parece bien la firmeza, y os quereis preciar de lo mismo que os falta. ¡Ay Silvia! eres mujer y no puedes olvidar tu naturaleza; si amabas á otro, ¿para qué te entretenias conmigo? Si te desvelaban otras ansias, ¿para qué te lastimabas de mis heridas? Y si pasabas por tanta mudanza, ¿porqué culpabas mi poca firmeza? ¿Es posible que amando una mujer en una parte aun le queda ánimo para querer en otra? Yo confieso que tuve

por cierto que me amabas, pero engañéme ó tú me engañaste, que no tiene un hombre obligacion de estar advertido de que las mujeres principales mienten: ¿y quién habia de pensar que no era muy seguro tu amor, si te ví casi llorar de zelos? Mas dime, ¿cómo fué posible confesarte zelosa y librarte de tenerme amor, pues lo uno presupone lo otro? Mas paréceme que no fueron zelos, sino envidia, pues á tí no te debió de pesar de verme con otra porque me amabas á mí, sino porque te parecia que era desestimarte á tí. ¡Ay ingrata, qué mal cumpliste con la obligacion que debias á mi voluntad! Por tí, Silvia, dejé gustos, amigos y nobleza, pues me olvidé de lo que soy, por igualarme á tu ser; por tí viné á estas soledades convertido en villano, que Ovidio y el amor me animaron á semejantes desatinos: pues alguna paga merecia esta fineza, pero ya veo que soy loco en pedir agradecimiento á quien nunca supo conocer los beneficios. Así se quejaba el ausente Cardenio de su adorada Silvia, aunque sin razon, porque le amaba con tanta verdad que no vivia un punto sin su memoria, si bien desconfiada de su amor, porque como los agravios se toman mas atrevimiento en cualquier ausencia, y á Cardenio no le aborrecian en el lugar, temia, y con razon, no fuese ingrato al mucho amor que la debia. Solia ir Albanio á la corte, y preguntábale si habia dicho á Cardenio que estaba en Madrid, y él respondia (por apartarla de aquel pensamiento) que sí, y que ya se cansaba de rogarle viniese á verla, porque vivia tan divertido en cuidados nuevos que apenas le daba respuesta. Creyóle fácilmente Silvia, y empezó á injuriar la fácil condicion de Cardenio, vengándose con infinitas lágrimas de sus hermosos ojos, que como ellos son los primeros que tropiezan para que caiga la voluntad, son tambien los que sienten con mayor afecto la culpa de su caida. Ya todo esto sucedia en ocasion que los padres de Silvia andaban muy cerca de desposarse, y ella habia trocado el traje de villana por las costosas galas que pertenecian á su calidad, con las cuales estaba tan hermosa y desenfadada como si toda su vida se hubiera criado en ellas. Tambien Cardenio vivia en Madrid, porque en viendo que faltaba Silvia dejó de ser villano y volvió á su centro; y bajando acaso una noche hácia el Prado en compañía de cierto amigo suyo que sabia reñir de noche y callar de dia, vieron una dama que iba sola y con algun susto. Llevaba en la cabeza un tafetan leonado, que la defendia la cara para no ser conocida, y descubierto un faldellin que no se supo de que era, porque la mucha guarnicion no daba lugar á que se manifestase la tela; el olor daba á entender que era principal, ó por lo menos de buen gusto. Y llegándose á ella, la preguntaron si mandaba que la fuesen sirviendo. Que me sigais entrambos quisiera, respondió la dama, porque me importa dar unos zelos á un hombre que me ha hecho cierto pesar en la comedia, y me holgara que me le pagase en otro tanto, hiriéndole por los mismos filos. Cogiéronla en medio, y dieron vuelta por todo el Prado, sin hallar á quien buscaban, y cuando ya se venian á su casa, les obligó á pararse un coche, que con cuatro músicos y otros tantos caballeros estaba junto al monasterio del Espíritu Santo, cantando á cuatro voces extremadamente.

Sentáronse en las gradas de la iglesia por escucharlos con mas comodidad, y despues de haber puesto fin á la música, y que ya el cochero guiaba á las fuentes de San Gerónimo, uno de los que venian dentro, que acaso reparó en la dama, mandando que parase, se echó del coche y fué á reconocerla. Levantóse Cardenio y detúvole, diciendo que aquella demasía no la enseñaba la corte. Yo me precio, respondió el caballero, de tan compuesto y cortesano, que ninguno me ganará en esa materia, pero el amor, y mas si se aconseja con los zelos, no repara en esos puntos; la dama que viene con vos lo es mia; si por cierto disgusto que la he dado quiere dármele, ya está conocida la treta. Lo que yo sé, replicó Cardenio, es que agora está conmigo, aunque no es mia. ¿Pues qué importa, dijeron los que venian en el coche, que esté ó deje de estar con él? Váyase agora solo á su casa, y agradezca que no es á la de un barbero. Parecióle á Cardenio y á su amigo que era mucha cordura sufrir tantas demasías, y sacando las espadas se empezó la pendencia, dándoles, aunque eran tantos, bien en qué entender. Cúpole á Cardenio reñir con dos, mas á pocos lances el uno cayó á sus piés, diciendo á voces que le habian muerto. Empezaron los unos y los otros á rezelar el peligro de la justicia (que en Madrid es milagro haber pesadumbre donde no se halle) y pareciéndole á Cardenio que el huir era dar ocasion á que le siguiesen, dejando aquella calle hizo sagrado de la primera casa, y se entró en ella, pidiendo le diesen favor para poder deslumbrar á los que le quisieran ofender. Entónces un criado de la misma casa que habia sido testigo de su valentía, le llevó al último cuarto que estaba algo apartado, y tenia una puerta por la cual se podria pasar al de sus señores, para que si la justicia hiciera diligencias en buscarle, pudiera con facilidad defenderse de sus intentos, y dejándole cerrado se volvió á ver el fin que habia tenido la pendencia para prevenirle de lo que habia de hacer. Quedó Cardenio algo temeroso del suceso; vióse á escuras y solo sin saber adonde estaba, y despues de considerar su adversa fortuna, y las desdichas en que le iba poniendo cada momento, vino á parar en la liviandad de Silvia y en el tiempo mal empleado que le costaba, y estando aconsejándose á sí mismo que olvidase un amor tan necio, sintió cerca de donde estaba pasos, y escuchando con atencion oyó que una mujer con ansias y suspiros daba licencia á sus tristes ojos para sentir alguna lastimosa tragedia. ¡Ay! decia anegada en diluvios de perlas, ¿de qué me ha aprovechado mi hermosura, si acaso la tengo, habiéndome sujetado á quien la trata tan descuidadamente? ¿De qué ha servido mi resistencia honrada á tantos ruegos y finezas si en fin acaba en querer bien á quien me paga tan mal? ¿Qué me ha importado disimular mi amoroso desvarío, si al cabo le confesé para quedarme con la vergüenza de haberme rendido y vivir sin el premio de haber amado? ¡Ay Cardenio mio! (si acaso lo puede ser quien está tan ageno de escucharme y de corresponderme) ¿quién pensara que mujer que pagó con desprecios tantas verdades, se hubiera de sujetar tan fácilmente á tus mentiras? Discreto eras para persuadir, pero muy necio te hallo en agradecer; noble pareces en las palabras, pero como villano has procedido en las obras. Castigo es este que merece mi condicion in-

grata, que siempre la que se precia de tratar mal á todos, llega á tiempo que la desprecia quien menos imagina. Admirado quedó Cardenio de oir su nombre en tan extraña parte, pero bien echó de ver que otro seria la causa de aquellas quejas, que tuviese su nombre aunque no su fortuna. Volvió el criado para avisarle que podia salir seguramente, porque la justicia se habia contentado con prender á uno de los contrarios, y Cardenio, agradecido á la merced que le habia hecho, despues de pagarle su cuidado con algunos escudos, le preguntó el dueño á quien servia, y él entónces le respondió que á un caballero que venia á desposarse con una dama á quien habia años que amaba y confesaba obligaciones, y que traia consigo una hermosa hija que se habia criado tres leguas de la corte, viviendo siempre encubierta, hasta que sus padres pudieran seguramente llamarla suya.

Todas estas cosas escuchaba Cardenio tan fuera de sí como admirado de la historia de Silvia, y volviéndose al criado, le dijo : Sin duda es esa dama una que poco ha oí quejarse tiernamente. Sí seria, le respondió, porque despues que vino del lugar donde estaba son tantas las locuras y sentimientos que hace, que con ser mucha su virtud no ha faltado en casa quien piense que sus tristezas nacen de algun amor que deja en Pinto, porque aunque ella dice que solamente el verse sin Albanio, que es á quien ha tenido en lugar de padre, la tiene descontenta, yo creo otra cosa, porque algunas veces la he oido quejarse de un hombre que llama Cardenio, y por esto presumo que no es solo el amor de Albanio el que la tiene tan triste. Harto fué que Cardenio pudiese sufrir el gusto de tan alegres nuevas, pero disimulando cuerdamente, le rogó que si fuese posible llevara un recaudo de su parte á aquella dama, diciendo que un caballero que habia vivido muchos años con Cardenio la suplicaba le diese lugar para poder verla, y darla una carta suya. Bien echó de ver el criado que era atrevimiento ir con este recaudo á su señora, pero como sabia que cualquiera cosa disimula una mujer por escuchar á quien la trata en su amor, fué á Silvia, que ya se llamaba doña Juana, y la contó el suceso. Admiróse Silvia, y viendo que aventuraba poco, y que podia desengañarse en mucho, hizo que se abriese aquella puerta y fué á verse con él.

Igual fué la suspension de entrambos cuando llegaron á verse en tan distinto hábito : el amor le decia á Silvia que el que tenia presente era su dueño, mas el traje no la consentia que lo creyese. Tambien Cardenio, viéndola en tan diferente hábito, se suspendia; mas Silvia, con agudeza de mujer, imaginó que sin duda sabiendo Cardenio su nueva nobleza, para no desenamorarla, habia hecho aquella transformacion, y así empezó luego á encarecer lo poco que la obligaban aquellos disfraces, porque ella se habia inclinado no á las humildes galas sino al noble corazon, no á la corteza villana sino al entendimiento cortesano, no al pobre vestido sino á la rica voluntad, y que no se desvelase en las exteriores apariencias, que son accidentes para quien ama, pues mas le quisiera villano y constante que galan y falso, y así que se volviese á entretener con quien él sabia, que ella procuraria que le diese poco de un hombre que no la merecia, pues con su humilde nacimiento la des-

honraba y con su inconstante trato la ofendia, pero que advirtiese que no le dejaba por verle tan inferior á su sangre y á su fortuna, sino porque le hallaba tan desigual á su honesto amor y firme correspondencia, aunque se consolaba con que sabria morir, sufrir y callar sus penas, por no llegar á verse en los brazos de un hombre que, avisándole cada dia de donde estaba, y rogándole que la viniese á ver, no solo no lo hacia, sino que respondia con desprecios á quien le trataba en ello.

Mas dijera Silvia si la dejaran sus hermosos ojos, porque con la fuerza grande del sentimiento reventaba por descansar llorando. Suspendióse Cardenio, viendo las injustas quejas que tenia de su voluntad, pues desde el dia que se ausentó de Pinto, ni habia tenido recaudo suyo ni por parte de Albanio habia sabido donde estaba, y así la respondió que si queria emplearse en quien mejor la mereciese, no era menester valerse de excusas, que él viviria muy contento con verla, aunque fuese en otro poder, como supiese que era gusto suyo: pero que se desengañase de que él ni era Cardenio ni villano, aunque tanto tiempo lo habia parecido, sino don Diego Osorio, que para crédito de su nobleza bastaba decir que tenia alguna sangre en la casa de Lemos, y que él era quien pasando por Pinto se enamoró de su hermosura, y la habló cierta noche, aunque por ser demasiado oscura no le habia conocido, y que despues por verla y por obligarla á su amor se habia disfrazado de aquella suerte, y que cómo podia quejarse de su descuido, pues nunca supo la mudanza de su estado, porque al punto que se murmuró que faltaba, viendo que Albanio ni otra persona daban nuevas della, sino que todos se encogian de hombros y respondian suspirando, como no le tenia en el lugar mas que su belleza, y acabándose el fin cesa la voluntad de los medios, se habia venido á la corte, y saliendo aquella noche con un amigo le sucedió un disgusto, y huyendo del rigor de la justicia se habia favorecido de su casa, en la cual oyendo su nombre entre suspiros y lágrimas se habia informado de tan peregrino suceso, y así no la queria obligar á nada que no fuese con mucho gusto suyo, ni queria pedirla mas que licencia para pretender servirla: y para informarse de su mucho amor considerase quién habia hecho mas, él en olvidarse de su nobleza y quererla imaginándola tan desigual, ó ella en querer librarse de su amor, por imaginarle villano. A lo cual respondió Silvia que, aunque un honrado viejo á quien tenia en opinion de padre la habia dicho la nobleza que tenia, con todo eso, sin reparar en este inconveniente ni en los consejos que le daba su recato, su virtud y su calidad, le habia amado siempre; que la noche que escuchó de su misma boca decir que tenia amor era muy cierto, porque si queria acordarse habian estado toda aquella tarde juntos, y desde entónces empezó á tener principio su voluntad; y para que echase de ver cómo habia podido mas con ella su amor que su calidad, leyese aquella carta que tenia escrita para que se la llevase Albanio, y sacándola por abono de su firmeza se la dió, y Cardenio vió que decia:

«Si con el nuevo hábito hubiera perdido el amor que te tengo, yo pienso que me lo agradeciera mi sangre, mas ha sido tan al reves que

nunca estuve tan resuelta á ser tuya. Quien te diere esta te dará razon de mi casa y calidad, que aunque hay entre los dos tanta distancia, mi amor *te* hará noble, que bien podrá con lo que tiene de rey. DONA JUANA *Osorio.* »

No tuvo Cardenio con tan verdaderos desengaños que dudar, ni á Silvia con amor tan conocido la quedó que temer, y quedándose Cardenio aquella noche en el mismo cuarto, por el peligro que podia tener si salia, y porque la voluntad de Silvia no llevaria bien otra cosa, á la mañana habló Silvia á sus padres, y les refirió toda la verdad del suceso, y como ellos tenian tan fresco el suyo y sabian los desatinos que causa querer impedir á una mujer su voluntad, lo recibieron con mucho gusto, y su padre conoció á Cardenio, que por sus costumbres y nobleza lo era en la corte. Vinieron de Granada los que imaginaban sus enemigos, y viendo no solo empleada tan noblemente á su hija, sino hallando una nieta tan hermosa que se llevaba los ojos de cuantos la miraban, trocaron en paz el enojo y en contento la pesadumbre. Gozó Cardenio de su amada Silvia, y publicándose por la corte una invencion de amor tan nueva, celebraron la mucha ventura de Cardenio y la divina belleza de Silvia, ya hermosa dama de la corte si algunos años humilde villana de Pinto.

LOS PRIMOS AMANTES.

AL LICENCIADO FRANCISCO DE QUINTANA.

Cuando á vuestra merced no le amara por amigo y contemporáneo, por su virtud y divino ingenio lo hiciera: y así llegándose á lo primero esto segundo, viene á ser interes mio que se conozca el afecto que á vuestra merced y á sus padres he tenido siempre. Por diosa veneraron los antiguos á la amistad, y aunque en la eleccion de dioses fueron bárbaros, pues cada cosa que habian menester tenian el suyo diferente, tanto que afirma Hesiodo poeta que pasaban de treinta mil los que habia en Roma, aquí anduvieron menos ciegos por ser la amistad útil y aun forzosa en la naturaleza. *Ad usum vitæ necessaria* la llamó Aristóteles en el octavo de sus Éticos, y mas claramente lo dijo Manilio en el libro segundo de Astronomía:

Idcirco nihil ex semet natura creavit
Pectore amicitiæ majus, nec rarius unquam.

Gran suerte es de un hombre hallar amigo verdadero: y aunque Tulio en lo que escribió desto mismo no quiere confesar que le haya, paréceme que no lo negara por imposible, sino por dificultoso, pues yo pudiera desengañarle y él tambien viniera á contradecirse tácitamente, como se puede colegir de la amistad que tuvo con Pomponio Atico. Entre otras cosas que admiro en vuestra merced despues de sus muchas letras, así divinas como humanas, la que mas me enamora es su humildad y natural desconfianza, ornamento de los hombres entendidos. Siempre se lleva los ojos esta virtud, y mas cayendo en quien tiene dadas fianzas de sus méritos, no como muchos que apenas saben escribir una carta, y por milagro han acertado una vez en su vida, cuando su soberbia no les deja caber en el mundo y no se pagan de cuanto los otros escriben. ¡Qué lástima siendo ellos ignorantes! Destos son los que por fuerza quieren que les tengan por doctos, andándose por las librerías con un lugar estudiado que encajan á cualquier ocasion, aunque no esté cortado para ella. Pero no les tengamos envidia, que en fin la presuncion y la hipocresía son vicios, y la verdad los suele pagar de contado, que no siempre pasa por desatinos. De sus muchas prendas de vuestra merced tratara de espacio si no me hiciera sospechoso mi amor, fuera de ser peligroso decir alabanzas en cartas, donde para loar á uno se habla atrevidamente de los demas, desafiando á todos los ingenios (¿quién lo creyera siendo tantos?). Pero ¿qué importa que se diga, si quien lo lee ó se enfada ó se duerme? La disculpa de Horacio comun es, mas viene á propósito, *pictoribus atque poetis*, y esto basta. Esa novela de *los Primos amantes* remito á vuestra merced para que en su aposento la corrija y en la calle la defienda. El caso es verdadero, y por esta razon digno de leerse con mas piedad. Vuestra merced me desengañe de lo que le pareciere todo el libro, que aunque le han aprobado personas doctas, como he vivido con vuestra merced, me ha pegado la desconfianza, no la ciencia. Yo he procurado ajustarme con todos los que hubieren de leerle, hablando en un lenguage que ni á los discretos ofenda por humilde ni á los vulgares por altivo. Los versos he puesto como para novelas, dejando otros de mas ingenio y estudio por no venir tan

á propósito. Los avisos, sentencias y conceptos van mezclados de modo que sin apartarse de la narracion hacen su oficio. Y aunque, por ser los gustos tan diferentes, pudiera temer lo que Crispo, cuando rehusaba el magistrado: *Si male administravero, deos; si bene, cives habebo iratos*, imagino que ha de agradar á cualquiera por la razon dicha, como no sea de los mal intencionados, que con los tales no quiero crédito, y pues san Agustin llama en sus Confesiones *dimidium animæ* al perfeto amigo, vuestra merced tome á su cargo el mio como propio. Y déle Dios la vida que deseo en campañía de sus padres.

Amigo de vuestra merced,

El licenciado Juan Perez de Montalvan.

En la ciudad de Avila, edificio que en grandezas y antigüedad no debe nada á cuantos se alistan en la jurisdicion de España, nació Laura de padres nobles (porque como las armas suelen dar principio á la nobleza, y en aquella ciudad ha florecido tanto la milicia, tuvieron sus pasados ocasiones bastantes para ilustrar con su propia sangre la que habia de proceder en sus decendientes). Eran moderadamente ricos y amaban á Laura con extremo, por ser única prenda suya, y porque sus muchas partes merecian cualquier afecto. Tenia una hermosura tan honesta que á un mismo tiempo se dejaba querer con la belleza y se hacia respetar con la compostura. Era tan bien entendida que pudiera preciarse de fea, á no desmentirla las perfecciones de su cara. Mirábanla muchos con intento de merecerla por esposa, unos fiados en su fortuna, otros en su gallardía y algunos en su riqueza, que si hay confianza discreta, esta pudiera tener el primer lugar en la disculpa: pero Laura ofendíase de escuchar alabanzas suyas, si se encaminaban á que reconociese alguna voluntad. No le sonaban bien conversaciones de casamiento, que no es poco milagro en mujer hermosa y que tenia cumplidos diez y seis años. Aumentábanse con su resistencia los extremos de sus amantes, que el desden nacido del recato, y mas en la que ha de ser mujer propia, en lugar de entibiar el deseo pone espuelas á la voluntad. No era de las doncellas que al caer el sol dejan la almohadilla, visitan la ventana, y á media noche aguardan la música y reciben el papel que suele ser el primer escalon de su deshonra. Laura ni escuchaba ni apetecia, pero ¿qué mucho si tenia en el alma quien se lo estorbase? Laura amaba, Laura estaba perdida, y Laura era principal, que basta para no admitir nuevos empleos, habiendo puesto los ojos en quien la merecia. Tenia su padre un hermano recien viudo que de muy rico pasó al extremo de la necesidad, y para dar á entender su pobreza baste decir que casó con mujer gastadora, que era noble y hacia fianzas. Vióse tan alcanzado que con una licencia para las Indias desamparó su casa, pensando mejorase en donde no le conociesen: y para hacerlo mejor dejó un hijo que tenia, llamado Lisardo, encomendado á su hermano, el cual le recebió como á sangre tan suya, haciendo cuenta que le habia dado el cielo un hijo para que

despues de dar estado á Laura quedase en su compañía y le consolase en los trabajos que suelen seguir á la senectud. Tendria Lisardo cuando se ausentó su padre la misma edad que Laura; era hermoso, bien criado, de ingenio vivo, y tan gracioso en las travesuras que ya su tio apenas le diferenciaba en el amor que tenia á su hija, con la cual se crió en igualdad de hermanos y con amor de primos. Queríanse los dos con aquella voluntad que permite la inocencia: no hacia Laura cosa sin gusto de Lisardo, ni Lisardo tenia pensamiento que no comunicase con ella, y en los dos parecia que se ensayaba la voluntad para mayores finezas. Dejó de ser niña Laura, y Lisardo empezó á descubrir su divino ingenio, aventajándose á todos, así en las bizarrías de caballero como en las acciones de entendido. Era galan y brioso, y tan cortés y bien hablado que se hacia querer aun de los mismos que le envidiaban. Amaba á su prima mas de lo que pedia su cordura; mirábala ya con otros ojos, atrevíansele los deseos, dábale voces la voluntad, y finalmente la pasion iba creciendo al paso de los años. Laura tambien por otra parte se dejaba llevar de su natural inclinacion, vivia con esperanza de gozarle, aunque tenia miedo á su padre, porque era viejo y estaba cerca de codicioso, y sobre todo tenia un amigo y el mas poderoso de aquella tierra, el cual procuraba que un hijo suyo gozase la hermosura de Laura, porque era su amor tan demasiado que se rezelaba algun peligro en su salud. Su padre hácia buena cara á esta pretension, porque Octavio (que este era el nombre del enfermo amante) era hombre de conocida nobleza, y cuando le faltara esta calidad, se pudiera suplir fácilmente con dos mil ducados de renta. Temia Laura no le venciese á su padre el oro, que es peligroso su poder, y tiene particular imperio en todos. Decia ella que harto rico era quien no deseaba riquezas y se contentaba con su fortuna, pero estas filosofías no hallan acogida en las personas que con los muchos años se han olvidado de amar. A Laura la movia le voluntad, y á su padre le desvelaba la ambicion. A ella quitaban el sueño cuidados de Lisardo, y él le inquietaba el verse con mayores aumentos. Oíale hablar muchas veces en su remedio (si se llama con este nombre quitar á una mujer el gusto) y aunque no se lo decia á Lisardo, por no darle pesadumbre, en viéndose á solas lloraba como amante. En efeto, despues de pasados algunos dias, se determinó el viejo en darla á Octavio, que para ella fuera mas apacible á un sepulcro, y viendo en su sobrino tantas muestras de prudente, quiso primero aconsejarse con su entendimiento, y una vez que estaban los dos en el campo sin mas testigos que los árboles y el agua, le dijo desta suerte:

Bien sabes, Lisardo, la grande voluntad que me debes, pues, ya que no eres mi hijo, en la naturaleza yo he sido tu padre en la crianza; en mi casa quedaste de pocos años, y en ella has vivido con el respeto y regalo que todos saben, pues nadie te juzga sino por hijo propio, y sabe el cielo que me tengo por dichoso en esta imaginacion, porque todos conocen tu ingenio, alaban tu virtud y estiman tu persona. Dígote todo esto para que adviertas lo mucho que me ha obligado tu cordura, pues no me he querido fiar de mis años y me dejo aconsejar de tu discrecion; siéntome

viejo, y con achaques esperando por puntos el último término de mis dias; desvélame el ver sin estado á tu prima, y quisiera que no me hallara la muerte en tiempo que fuera forzoso dejarla sin dueño, y muriera con escrúpulo de no haberla remediado pudiendo. No tengo tan sobrada hacienda que pueda descuidarme con seguridad de su ventura: el dote que tiene es moderado, si bien su mucha virtud es bastante crédito de su remedio, pero en este tiempo anda tan poco válida que suele ser en un casamiento lo postrero que se pregunta. Así discurria el padre de Laura, y Lisardo escuchaba la tragedia lastimosa de su voluntad, sin poder responderle como quisiera; retiró algunas lágrimas que habia llamado el sentimiento, y calló algunos suspiros, guardándolo todo para que en mejor ocasion Laura lo viniese á saber y los dos se ayudasen á llorar: disimuló cuanto pudo, y luego su tio ó su homicida prosiguió diciendo: Has de saber, pues, que ha muchos dias que Octavio quiere á Laura, esto con tanto extremo que su mismo padre con ruegos y regalos me alienta para que se efetúe: tiene la riqueza que sabes, y hágole pocas ventajas en la nobleza; no quisiera perder esta ocasion porque no tengo de hallar otra tan á propósito. Yo pienso hacer mañana las escrituras, que bien tengo entendido de la obediencia de Laura que no tiene mas gusto que mi albedrío, ni mas ley en su pecho que mi voluntad, pero primero he querido comunicarlo contigo, porque aunque sé que acierto, por lo menos tendré mas seguridad de mi eleccion.

Tan lastimado escuchaba Lisardo á su tio que apenas tenia aliento para apelar de su sentencia. Quisiera dar voces y llamar al cielo, que es el último alivio que tiene un desdichado, pero no le dejaba ni su obligacion ni su desdicha: víase morir, y sin poder quejarse, pues le cerraba la boca el mismo que le ofendia en el alma. Pero aprovechándose de su buen juicio, le respondió con la mayor blandura que pudo (advirtiéndole los daños que suelen traer consigo las repentinas resoluciones) que parecia temeridad dar un hombre palabra que no estaba en sus manos el cumplirla, pues aunque Laura tenia tan de su parte la obediencia, muchas veces no puede una mujer conformarse con lo que contradice el cielo, y pues era ella la que habia de hacer vida con él, lo mejor era darle parte, saber su pensamiento, entender su gusto, y prevenirla del aumento que se le seguia.

Decia esto Lisardo con ánimo de fiar en la dilacion el remedio de la desdicha que le aguardaba. No le desagradó á su tio el parecer, y así se resolvió á declararse con Laura, aunque haciendo de manera que en el proponer y el ejecutar no se gastase mas de un tiempo. Quedó Lisardo tan confuso que le parecia que cuanto habia oido era ilusion de su descuido ó sueño de su fantasía: fuése á casa batallando con sus pensamientos, y recibióle Laura con los brazos, pero estaba de suerte que no le agradó el favor, por parecerle que tenia algo de despedida: solian hablarse por el aposento de una criada, la cual, en viendo á sus señores dormidos, avisaba á los dos amantes y se gozaban hasta que llegaba el dia, sin que Lisardo tomase en sus amores mas licencia de la que le permitia una voluntad honesta y un amor desinteresado. Dijo Lisardo á su

prima que aquella noche queria verse con ella, y cuando lo hizo, pensando que ya la tenia perdida, y considerándola en otros brazos, sin poder hablarla, porque el dolor no se lo consentia, la empezó á decir con infinitas lágrimas la determinacion de sus padres, y ántes que él acabase, le salió ella al camino, y dijo todo lo que sabia. Sintiéronlo entrambos justamente, porque es un tormento sin piedad dividir dos almas que nacieron para un lazo. Pero corrida Laura de haber dudado lo que era imposible á su voluntad, consoló á Lisardo y le aseguró que primero se dejaria quitar aquella triste vida que consentirlo. Despidiéronse los dos, llevando el dolor mas templado: llegó la mañana, y sus padres la llamaron, porque casi toda la noche se habian entretenido en dar trazas contra la voluntad de la pobre Laura. Empezaron á obligarla, diciendo el cuidado y solicitud que tenian de darla estado: dijéronla tambien que la tenian casada con Octavio, hombre que la merecia por muchas causas. Oyólo Laura y procuró desviarlos de aquel intento diciendo que por ningun marido se aventuraria á dejarlos: fuera de que su edad era muy poca, y queria servirlos y gozar de su juventud sin tener que contentar á un hombre que no conocia, y sin entregarse á tantos desvelos como siguen al matrimonio, donde los cuidados de los hijos, el amor del esposo, y el gobierno de una casa la habian de obligar á no gozarlos como quisiera, porque, en casándose una mujer, aun con sus mismos padres es ingrata, y mas si el marido sale á gusto. Bien quisiera decirles la principal ocasion que la movia, pero temia que atribuyesen á liviandad lo que habia sido fuerza de inclinacion, y temia tambien no les enojase su resolucion, y le quitasen de los ojos á Lisardo. En fin lo dispuso con tal ingenio que sus padres la dejaron por entónces, y ella quedó satisfecha de su amor, y pagada de lo bien que se habia defendido. Contóselo á su primo, el cual pagó en abrazos la honrada resistencia: pero apenas se habia levantado el viejo cuando vieron entrar al padre de Octavio quejoso y determinado, diciendo que su hijo estaba loco, y se temia de su desesperacion su muerte. Disculpa tenia Octavio, que amaba donde no le admitian, y parecíale demasiado rigor del cielo que para un hombre rico hubiese imposibles: tuvo por cierto el padre de Laura que el haberse escusado ella seria vergüenza de su recato, no verdad de su disgusto, y fiado en la obediencia y virtud de su hija le dió palabra de que al otro dia habian de quedar hechas las escrituras. Erró como ambicioso, pues no hay ley que obligue á obedecer en las cosas que tiene peligro el gusto. ¡O codicia indigna del corazon de un hombre noble, qué de disgustos has causado! Bien te llama Séneca enfermedad fuerte y peligrosa que no tiene remedio ni admite yerbas para curarse. Yo quisiera saber qué pretende un padre necio, que dispone de la voluntad que ignora. ¿Acaso esta potencia del albedrío sufre violencias? ¿Hay ingenio que basta para obligar á que parezca bien lo que se aborrece? ¿Por ventura las inclinaciones sujétanse á mas dueños que al cielo y á quien las ejercita? y cuando no hubiera otra informacion, ¿no bastaba mirar que el mismo Dios, *con* ser absoluto dueño de todo, parece que en el albedrío del hombre se limitó el poder, pues nunca le fuerza aunque siempre le inclina? Volvió pues

el desconsiderado padre á tratar con mayor fuerza destas cosas, y Laura volvió á defenderse con palabras y razones (que el amor suele enseñar retórica). Túvose fuerte y su padre se mostró algo enojado, aunque lo procuró desmentir por no disgustar á quien habia menester. Parecióle que seria mejor camino hablar á Lisardo, que como discreto y que podia tanto con Laura, seria fácil alcanzarlo de su terrible condicion: llamóle aparte y contóle la necedad de su prima, aunque era tal que á Lisardo le parecia de perlas. Rogóle que la fuese á ver y riñese, trazándolo de modo que no hubiese menester usar de otras diligencias y rigores, porque á todo estaba dispuesto. Prometióle Lisardo hacer cuanto pudiese por reducirla, mas no se contentó con esta promesa, sino que quiso dos cosas: la primera, que lo pusiese luego á ejecucion, y la segunda que el mismo lo habia de oir para ver el cuidado que ponia en sus cosas y el intento que tenia Laura: y para esto imaginó un engaño discreto, aunque peligroso, y fué hacer que una criada la llamase diciendo que su primo la queria hablar, y él se escondiera detras de las cortinas de una cama para oirlos y salir de sus dudas. Replicó Lisardo como corrido de que hiciese dél tan poca confianza; pero el viejo porfió como tal, y sin escuchar respuesta envió á llamar á Laura, la cual vino bien agena de aquel engaño, y Lisardo empezó á volverse loco, viéndose tan confuso que no hallaba salida conveniente á su amor y á sus obligaciones. Con el silencio se hacia sospechoso; con la obediencia se daba la muerte; dar á entender su voluntad era perder á Laura: pues decirla que diese la mano á otro dueño ¿quién lo pudiera acabar consigo queriendo bien y sabiendo sentir? Quisiera avisar á su prima con alguna seña hurtada, y no era posible, porque su padre le estaba notando las acciones. Espantóse Laura de aquella novedad, y ofendida de su silencio le iba á decir algunas injurias que entre amantes suelen pasar por requiebros, y Lisardo, mirando lo que podia resultar, la estorbó diciendo:

Ya sabes, hermosa Laura, de cuánta importancia es en los hijos para que se logren la obediencia y el agradecimiento, particularmente cuando los padres les procuran estado conveniente á su calidad. Yo he sabido de los tuyos el deseo que tienen de remediar tus años, para que, faltando ellos (como es fuerza), ya que sientas su muerte, no eches menos la falta de su ámparo, sustituyendo á sus canas el amor de un marido que te estime. Quéjanse de que respondes con alguna tibieza á sus intentos, y yerras verdaderamente, porque Octavio te ama y te merece: toda esta ciudad le mira con particular amor: tu edad no es muy desigual á la suya: su entendimiento respetan cuantos le tratan, y su grande hacienda le acredita mas: partes todas que le hacen digno de tí: y cuando no hubiera de por medio ninguna destas razones, basta ser gusto de quien te ha dado el ser. Tu padre te casa, tu padre ha dado la palabra á Octavio, y quiere darte un estado tan venturoso que pueda una vez la belleza desmentir á la desdicha. Esto ha de ser, y esto te conviene; toda la ciudad espera el dia de mañana, y yo con las mayores veras que puedo te suplico des este gusto á tus padres, que para mí será la mayor lisonja que puedes hacerme. Todo esto decia Lisardo tan fuera de sí que cada palabra era veneno

y con cada razon se daba la muerte; pero ¿qué mucho si está pidiendo y aconsejando lo que habia de costarle la vida? Mirábale Laura tan confusa que le parecia que cuanto escuchaba era sueño, porque habia creido que su primo la amaba, y amarla y rogar que quisiese á otro no parece que se conciertan. Sosegóse Laura, y volvió á pensar en lo que habia oido; dió mil vueltas á las palabras de Lisardo, y decia consigo misma: ¿Pues cómo, cuando yo atropello el respeto de mis padres y paso por el martirio de tantas amenazas, Lisardo habla tan libre y me pide que ame á otro? ¿pues esto qué puede ser sino poca estimacion mia? Quien tiene ánimo para decirme que me deje gozar de Octavio no se mata demasiado por perderme. Quien me aconseja que le olvide claro está que se ofende de que le ame. ¿Pues cómo una mujer principal y de entendimiento se ha de morir por quien tiene ánimo de vivir sin ella? ¿Quién duda que Lisardo se habrá cansado de mis finezas? que cuando un hombre está seguro de que le estiman, como tiene el temor dormido, procede en sus amores menos galan y mas descuidado. Los hombres se mudan, la voluntad se resfria, y todo vive sujeto en su género á la variedad y á la inconstancia: Lisardo es hombre, vese querido, y habrá hecho como los demas: sabe que le adoro y que estoy loca, y prueba mi paciencia con desprecios y pesadumbres: y lo peor es que sin duda debo de tener poco lugar en su memoria, porque hombre que habla tan cuerdo y me consuela tan prudente, claro está que se sabrá consolar á sí propio. Pues viven los cielos que esta vez me he de vengar de su ingratitud y le han de salir los consejos á los ojos, yo haré verdad lo que no imaginé posible, que las mujeres principales nunca se olvidan de lo que son. Esto es sin duda dársele poco de mí, esto es despreciarme conocidamente; mal haya yo si no me lo pagare. Gózeme Octavio, gózeme un enemigo, que por lo menos quedaré vengada, aunque á costa mia. ¡O pobre Laura! detente y mira que te pierdes, y pierdes á quien te ha obligado con lo propio que te ha ofendido. ¿Quién pudiera decirte lo que padece Lisardo, y avisarte de que te está escuchando tu padre ó tu verdugo? Laura, vete á la mano, Lisardo es firme, Lisardo te adora, pero ¿quién podrá meter por camino á una mujer enojada y que se le habia puesto en la cabeza aquella injusta imaginacion? y para acreditarla mas sucedió haber sabido que una dama de aquella ciudad no de las menos hermosas queria bien á Lisardo, porque ella misma la habia comunicado su deseo, pareciéndola que como amiga suya y prima de Lisardo alcanzaria cualquiera cosa de su amante. Bien conocia Laura que Lisardo, aunque sabia esta voluntad, no habia tenido primero movimiento de agradecerla, pero coligió que pues él mismo la persuadia á que diese la mano á Octavio, seria la causa haber visto alguna cosa en la otra que le agradase, y así deseaba verse libre para gozarla. Vinieron estos zelos en ocasion fuerte, confirmaron las sospechas, é hicieron verdad lo que hasta entónces apenas tenia opinion de apariencia. Echólo todo á la peor parte, y atropellando su mismo gusto, negando los oidos á cualquier desengaño, sin mas interes que su venganza, le dijo á Lisardo que estaba muy pagada del nuevo empleo, que bastaba quererlo él para allanar el mayor inconveniente, que á Octavio

queria, que á Octavio estimaba, y así les dijese á sus padres que se daba por muy contenta de aquel amor, pues aunque le habia resistido no era por no quererle, sino por el sentimiento que habia de tener de verse sin ellos. Y despidiéndose de Lisardo, sin esperar respuesta, se retiró á llorar su poca ventura, unas veces pagada de lo que habia hecho, y otras arrepentida por haberse hecho á sí misma la ofensa, pues habia de entrar en poder de un hombre que, aunque no le aborrecia, bastaba para vivir muriendo querer á otro y no gozarle. Salió su padre dando mil abrazos á Lisardo, y partióse al punto á referir aquestas nuevas á sus deudos y á los de Octavio: previniéronse fiestas y galas, y Lisardo quedó como se puede imaginar de un hombre que queria bien y miraba perdido en una hora lo que habia grangeado en tantos años. Parecióle facilidad en Laura haberse determinado tan presto, pero bien conoció que fué mas cólera de su pasion que fuerza de su voluntad. Quisiera ir á hablarla y á decirle la causa que le habia movido para rogar lo que habia de ser espada rigurosa contra su triste vida, mas ya era tarde: fuése al campo á llorar, que es el sitio mas acomodado para sentir bien una tristeza: vino el padre de Laura á su casa, loco del contento, y con el novio á gozar de la divina presencia de su esposa. Recibióle Laura con los ojos en el suelo; Octavio entendido que era honesta vergüenza, pero los ojos de Laura no decian eso, porque estaban disimulando algunas perlas que ya que no salian por lo menos se asomaban. Alegróse Octavio con que á otro dia quedaria su esperanza en brazos de la posesion, y Laura llevando adelante su enojo huia de Lisardo, no porque no le amaba, sino porque estaba corrida de su ingratitud. Mil veces se dispuso Lisardo á hablarla, pero no se lo consentia ni su sentimiento ni la entereza de su prima. Pasóseles la noche á los dos amantes, como á quien miraba tan cerca su desdicha, y en tres dias de fiesta, que parece que la desgracia los habia traido juntos, para acabar mas brevemente á Lisardo, se hicieron las publicaciones. En este tiempo Lisardo y Laura apenas se habian hablado, si no es tal vez que los ojos se tomaban alguna licencia. Laura disimulaba, y Lisardo padecia; los dos callaban, y los dos reventaban por decir su tormento: acercábase el desposorio, murmurábanse los regocijos, y todos andaban inquietos con la prevencion de las galas, si no es Lisardo que llamaba á la muerte, que no venia porque la llamaba: y hallándose una tarde á solas con ella, dejándose llevar de la corriente de sus ansias y de la fuerza de sus penas, la refirió en breves palabras la firmeza de su amor y el engaño que trazó su riguroso tio para que él mismo fuese procurador de su muerte, y esto con tantas lágrimas y verdaderos suspiros que cuando no fuera tan verdad lo creyera Laura. Luego empezó á estar su dolor mas vivo viendo cuán injustamente le perdia; disculpáronse los dos y repasaron algunos gustos que habian tenido; que cuando se pierden siempre se acuerdan. Abrazóse Laura de Lisardo pareciéndola que era sagrado para defenderse de un padre que la perseguia y de un marido que no la agradaba; despidiéronse casi sin hablarse, porque las muchas visitas y el demasiado alboroto no les dejaba lugar aun para sentir lo que habian de perder. Llegó el dia mas infeliz para Lisardo, y reparó en

que aquella noche habia de merecer Octavio los brazos de Laura : consideracion que fué milagro dejarle vivo; salióse de casa y fuése á la de un amigo llamado Alejandro, que era secretario de sus desdichas, y refiriéndole aquella desgracia, le pidió un caballo de algunos que tenia, para huir del golpe, diciendo que queria sentir la herida, pero no ver la mano que se la daba, y que estaba determinado de irse á Sevilla para negociar alguna órden de embarcarse, y llegar á la ciudad de los Reyes, en donde habia sabido que su padre asistia; porque un hombre noble y que amaba no habia de mirar en otros brazos prendas que habian merecido los suyos. Parecióle á Alejandro que no erraba en ausentarse, pues la ausencia suele ser el comun remedio contra la memoria : y ántes que se partiese, porque le quedase á Laura alguna de quien habia querido tanto, la envió una banda negra que tenia, con cifras de su nombre, y para darla á entender cómo quedaba, y sin decir que se partia, tomó la pluma y le escribió estos versos, que para mas crédito de su desdicha los sabia hacer con algun acierto; el caso los pedia mas tiernos que cultos, y así decian :

Recibid, hermosa Laura,
En este triste color
De mi esperanza la muerte,
De mi muerte la ocasion.
Negro el favor os ofrezco,
Para que os diga el favor,
Que el alma se viste luto
Porque su dueño murió.
Si lo negro penas dice,
De negro sale mi amor,
Porque es la mayor librea
Para un triste corazon.
Yo quedo sin vos, bien mio,
Porque mi suerte gustó
Que otros brazos os merezcan,
Que no hay desdicha mayor.
Y así mi nombre os envio
En ese triste blason,
Pues que ya de lo que he sido
Solo el nombre me quedó.
Tristes los dos viviremos,
Pues esperamos los dos
Vos el veros sin ser mia,
Y el estar sin veros yo.
Mas consuélame, bien mio,
Ver que puede tal rigor
Obligarme á no gozaros,
Pero á no quereros no.
No nacistes para mí,
Que era, Laura, mucho error
Pensar que merezca un ángel
Quien tan poco mereció.
Y así dice el alma mia,
Viéndose morir sin vos,
Que la ha costado bien caro
El teneros tanto amor.
Dícenme que algun disgusto
Recebis por mi ocasion,
Y deso me pesa mas
Que de mi propio dolor.
No tengais vos pesadumbre,
Mi bien, aunque muera yo,
Porque me veré sin vida
Si con pena os miro á vos.
No lloreis, señora mia,
Que matais al corazon,
Y le bastan sus desdichas
Sin que sienta las de dos.
Vos no perdeis en perderme,
Pues tendreis dueño mejor,
Yo sí que pierdo la vida
A manos de mi pasion.
Mas os quisiera decir,
Pero las lágrimas son
Tantas que las letras borran,
Y no puedo mas, á Dios.

Diéronle á Laura el recaudo de su primo, y leyó el papel enternecida, que bien lo merecian las verdades con que venia escrito; reparó de

espacio en la triste vida que la aguardaba sin Lisardo; consideró que amarle y estar en ageno poder era peligroso en su recato; acordóse de la dama que le queria y echó de ver que si ella se casaba, era fuerza que Lisardo pagase su cuidado, ó movido de amor ó con intento de darla pesadumbre: cogióla con estos pensamientos la noche; miró la casa llena de ruido y de infinita gente; sus deudos eran muchos porque era noble, y los de Octavio mas porque era rico: preguntó por Lisardo y dijéronla que estaba en casa de aquel amigo que ella conocia; apretósele el corazon y parecióle imposible aventurarse á querer á un hombre que no fuese Lisardo; dió en este pensamiento, aconsejóse con su deseo, que la decia se pusiese en manos de su primo, pues de aquí se seguia vivir con gusto, gozar de su primo, huir de la muerte, y pagar con una mano tantos años de buena voluntad. No le desagradaba á Laura lo que la prometia su esperanza, pero temia el rigor de sus padres y el escándalo que suelen causar sucesos semejantes; mas luego volvia en sí diciendo: Yo soy hija única, y no hay padre tan cruel que con el tiempo no se deje vencer de la piedad y ruegos: ¿qué puede decir el vulgo viéndome en poder de quien es mi esposo? ¿Por ventura no será peor ponerme á riesgo de que me murmure despues de casada? porque una mujer sin gusto está muy cerca de hacer cualquier locura: ánimo pues, corazon, que no tengo de consentir otro dueño en tu monarquía: de Lisardo eres, para Lisardo naciste, y no han de ser bastantes respetos necios á quitarme de una vez la vida y el gusto: y resuelta gallardamente á morir con Lisardo, primero que vivir con el tirano que la esperaba, viendo que la gente que habia acudido era mucha, tomó de presto su manto, y recogiendo en un pañuelo las joyas que tenia, sin ser vista de alguna persona se metió entre las disfrazadas que habian venido, y casi sin imaginarlo se halló en la calle, y fué á la casa de Alejandro, al cual halló mas triste que quisiera; preguntóle por su esposo, que ya no le llamaba primo, porque quien venia á buscarle y con alguna muestra de facilidad habia menester otro nombre que la disculpase mas. Respondióle Alejandro que habia tres horas que en un caballo, hijo del viento, se habia partido á Sevilla, huyendo de su patria y desconfiando de tanta ventura. Oyólo Laura, y fué mucho que la dejasen con vida nuevas que de justicia pedian cualquiera desesperacion: hurtó un desmayo algunas rosas á su ...ra, que se preciaron de azucenas habiendo pasado opinion de claveles. Quiso Alejandro remitir á dos caballos el consuelo de Laura, pero no se atrevió porque á ella le faltaba poco para difunta, y habia menester mas repararse de aquella pesadumbre que poner en contingencia su vida, fuera de que en conociéndose la falta era forzoso acudir á los caminos, y seria muy posible caer en manos de sus enemigos, y así le pareció mas seguro llevar á Laura (como lo hizo) á casa de una parienta suya que por su prudencia merecia confianza, la cual la recebió y regaló con infinito gusto, porque era muy grande amiga suya, y cuando no lo fuera su cara aun tenia jurisdicion en las mujeres para mover á voluntad. Hizo esta diligencia Alejandro con intento de partirse de allí á dos

otros dias en busca de Lisardo, para que no prosiguiese su viage y volviese á conocer que no era tan desgraciado como presumia. A este tiempo ya la casa de Laura estaba revuelta, Octavio loco, sus deudos corridos, los padres de Laura confusos, y todos haciendo diligencias sin provecho; mas advirtiendo en que faltaba tambien Lisardo, lo atribuyeron á traicion suya y confirmaron que era la principal ocasion de aquella desdicha. Determinóse el padre de Laura de vengarse buscándole para hacerle castigar rigurosamente, conforme á la gravedad de su delito. Quiso acompañarle Octavio, por ver si su amor se dejaba vencer de desengaños tan manifiestos, y porque habia dicho Lisardo que tenia gran deseo de ver á la insigne villa de Madrid, corte de Felipe Cuarto, dignísimo monarca de las Españas, se resolvieron de venirle á buscar en ella, cuando á él le llevaban sus ansias á la muerte, y sus pensamientos á Sevilla. Holgóse en extremo Alejandro de que fuesen tan encontrados, y despidiéndose de Laura la dijo que queria ir á buscarle, porque tenia por cierto que si se detenia seria posible no hallarle adonde imaginaba. Parecióle á Laura muy bien la fineza de Alejandro, pero no quedarse ella sin acompañarle, y así concertaron salir de la ciudad (como lo hicieron) caminando de noche por el riesgo que habia en ser conocidos. Llevaba Alejandro un criado solo de quien se fiaba, y bien prevenido de dineros, por si acaso la jornada no se acabase con la brevedad que quisieran.

Bien léjos estaba Lisardo desta gloria, porque iba tan cansado de su vida que parece que el cielo movido de sus ruegos se la quiso quitar, pues á la entrada de un lugar pequeño tropezó el caballo tan desgraciadamente, que cogiéndole descuidado cayó sobre una pierna, y se la atormentó de manera que rezeló alguna notable desdicha, porque fué imposible poderse menear, hasta que unos labradores compadecidos de sus muchas quejas desampararon el trabajo y le llevaron en los brazos á solo un meson que habia, en el cual se curó, y fué tan riguroso el golpe que en mas de ocho dias no se pudo poner en camino, hasta que sintiéndose con fuerzas bastantes volvió á proseguirle á tiempo que ya Laura y Alejandro le llevaban dos jornadas de ventaja, y aun habian pasado por el mismo lugar en que se quedaba curando: y estando cierta noche en una posada, tan triste como la causa lo pedia, tomó una guitarra y refiriendo su historia á las paredes de su aposento comenzó á cantar aquestos versos:

A llorar su amarga ausencia
Salió Lisardo una tarde,
Enamorado y zeloso,
Dos desdichas harto grandes.
Y viendo que ya le espera
El tormento de ausentarse
De aquel bien que tanto quiso,
Y es fuerza siempre adorarle.
A Dios, patria, dice á voces,
Que madrastra es bien llamarte,
Pues despues de veinte abriles
Como á extraño me trataste,

A Dios, campos, en quien Flora
Viste perlas y corales,
Espira olores y arenas,
Brota claveles y azares.
A Dios, deudos, que del alma
Alcanzastes tanta parte,
Que en mí tuvistes amigo
Y en vosotros hallé padre.
A Dios, divinos ingenios,
Sin fortuna que os levante,
Que es maldicion de discretos
No tenerla de su parte.
A Dios, bellísimas damas,
Ante cuya hermosa imágen
Fea parece la diosa
Que en Chipre adornan altares.
A Dios, academia ilustre,
Fénix de aquestas edades,
A quien debe mi ignorancia
El no parecer tan grande.
A Dios, calles apacibles,
Donde Narcisos galanes
La noche pasan y el dia
Por bellezas Ananartes.
A Dios, estrecho aposento,
Que tantas veces me hallaste
Llorando esperanzas vivas
Que murieron sin gozarse.
A Dios, queridos amigos,
Que la Fortuna inconstante
Quiere por matarme presto
De vosotros desterrarme.
A Dios, pasados placeres
Que vivis para matarme,
Pues solo de tantos gustos
La memoria me dejastes.
Y en fin, patria, campos, deudos,
Academia, ingenios, calles,
Damas, aposento, amigos,
Y gustos que ya pasastes,
Sentid mis penas y llorad mis males,
Pues muero ausente cuando adoro un ángel.
Y tú, Laura, Laura mia,
Aunque no es razon te llame
Mia, sabiendo que ya
Goza tu cielo otro Atlante.
A Dios, que ya me dividen
De tus ojos celestiales
Mis desdichas envidiosas
Quizá de que los gozase.
Yo muero, aunque no quisiera,
Porque temo que te mate

La muerte, si muero yo,
Que en mí estás y ha de toparte.
Huye del pecho, bien mio,
Vive tú, muera quien nace
Indigno de tanta luz,
Incapaz de glorias tales.
Yo moriré porque pongan
En mi sepulcro: Aquí yace
Un hombre que supo amar,
Aunque á costa de su sangre.
Nadie culpará mis penas,
Y mas, Laura, los que saben
Que me voy para no verte,
Cuando vivo con mirarte.
Y por si acaso, señora,
Mis desdichas son tan grandes
Que sea esta vez la postrera
Que en tus ojos me mirare.
Abrázame, Laura mia,
Y á Dios, que mil años guarde
Tu vida porque yo viva,
Si puedo ausente y amante.

No podia Lisardo acabar con su memoria que le dejase de atormentar un instante: acordábase de Laura (¿quién lo duda?); considerábala en brazos de Octavio, y sin hacer memoria de su amor, que al mas fuerte en habiendo ausencia de por medio, se le atreve cualquier olvido, llegó á Adamuz una tarde temprano, y no quiso acostarse, aunque lo habia menester, què no hay descanso para quien tiene siempre vivas sus congojas. Salió del lugar en la mitad de la noche, la cual era tan demasiado oscura, que aun no permitia á los ojos que conociesen distintamente la tierra por donde caminaba: la luna se habia recogido con vergüenza de una nube que se quiso oponer á su resplandor, que á la misma luz se atreven las tinieblas, mas no sin castigo, pues luego conocen, aunque á costa de su menoscabo, que son vapores de la tierra, y que se opusieron á la claridad del cielo; pero ¿qué no intentará la ignorancia apasionada de su misma idea, ó lo que es mas cierto envidiosa de los méritos que no alcanza? ¿Quién no se rie de ver á un hombre (que porque no sabe mas de un poco de gramática, se puede llamar gramático simple) satisfecho de su buen juicio y pagado de sus buenas letras, hablar y tomar la pluma contra quien alaban todos? Hombre, ó gramático, ó lo que fueres, que bien poco puede ser quien se deja vencer de su envidia, ¿de qué te sirve deslucir al sol y oponerte á sus divinos rayos, si naciste nube, y es fuerza que su mismo calor te venga á deshacer? ¿Qué importa que se atreva tu ingenio (si acaso le tienes) á vituperar los escritos que todo el mundo estima, si nadie te escucha, porque no tienes autoridad sino para contigo? Escribe algo; intenta algun poema, que no se gana la opinion propia solo con censurar los trabajos agenos; pero Séneca te disculpa, porque un envidioso ¿qué ha de hacer sino consumirse y ladrar, porque le

falta á él lo que mira en otros? mas dejemos esto, que los desengaños por lo que tienen de verdades no agradan todas veces. La noche finalmente era tan oscura, que Lisardo se halló con algun rezelo por saber que aquella tierra era peligrosa, y estando en esta confusion, sintió cerca de sí ruido que por ser á tal hora, le alteró el ánimo, y obligó á que arrojándose del caballo se previniese de la espada, y en breve espacio descubrió un bulto que con el favor de la noche se pudo ocultar mas cautelosamente entre unas ramas, y preguntarle quién era y ponerle la espada á los pechos fué en Lisardo una misma accion; pero el hombre sin alterarse le dijo que si queria conservar la vida se dejase quitar cuanto llevaba, porque hacer otra cosa era perderse y dar ocasion á que le hiciesen pedazos sus compañeros, que eran mas de los que imaginaba: parecióle á Lisardo que podia ser estratagema del ladron la amenaza de ser muchos para hacer su hecho, y remitiendo la respuesta á su espada y á su valiente corazon le empezó á tirar con tan gallardo brio que le fué forzoso retirarse para defenderse, y en poco tiempo á la seña de un silbo y al ruido de las espadas se juntaron mas enemigos que presumia. Acudieron todos á ofenderle, y el pobre caballero empezó á resistir sus intentos retirándose y defendiéndose con la destreza que la necesidad le enseñaba; y uno de sus mismos enemigos, viendo en Lisardo tantas muestras de valor, y pareciéndole que era lástima que muriese violentamente quien tan bien sabia defender su vida, se puso á su lado, deteniendo con la espada y las voces á sus compañeros: y volviéndose á Lisardo le dijo que el intento principal de todos los que miraba era robar la hacienda pero no quitar la vida, aunque cuando la resistencia era con exceso la codicia se convertia en venganza y la ambicion en declarada injuria: y así le suplicaba porque le habia aficionado su generoso ánimo no se precipitase á su muerte, y se viniese con ellos aquella noche, siquiera por huir de las amenazas del cielo, y porque le curasen una pequeña herida que en la propia mano de la espada le habian dado. Lisardo entónces le respondió que no estimaba la vida tanto que tuviese á demasiada suerte que se la dejasen, pero que por no acreditarse de ingrato con quien se la daba tan noblemente, recebia por infinita merced el partido, y rindiéndole su espada y señalando hácia la parte en que dejó el caballo, se fué con ellos considerando los lances en que su contraria estrella le iba poniendo, aunque como estaba acostumbrado á pasar por la desdicha de perder lo que amaba, todo le parecia breve tormento. Llegaron á unas secretas cuevas, edificio que habia labrado la misma naturaleza para casa de algunos pastores que por diciembre son blanço de los diluvios del cielo, y por julio se consienten abrasar del sol, y metiéndole en una dellas aplicaron á la herida un poco de bálsamo (remedio general y saludable para todas las ocasiones repentinas). Quitáronle tambien cuanto tenia, que la piedad de un ladron llega á permitir la vida, pero no á descuidarse con la hacienda. Quedó el pobre Lisardo solo y acompañado de sus continuos pensamientos, y viendo tantas desdichas juntas decia: ¡Ay Laura! ¿quién pensara que no solo me habia de ver sin la gloria de merecerte, sino que me habia de perseguir tan rigurosamente mi fortuna? Yo me ví en tus brazos

yo escuché de tu boca mil ternuras, yo gozé tus favores, y fuí sin duda el primero que estuvo contento con su estado, aunque me quiera contradecir Ovidio diciendo que la voluntad del hombre no quiere consentir sosiego, porque siempre le falta que alcanzar y le sobra que apetecer. Enternecíase con esto Lisardo y llamaba á Laura diciendo: Deja, prima querida, esta vez los regalos de tu esposo; excúsate á los amorosos lazos de quien te merece; olvida el blando sueño, y ven á consolar á un hombre que fué desgraciado aun en merecerte, porque gozar la dicha para perderla es vincular un sentimiento para toda la vida. Así llamaba Lisardo á Laura, aunque la consideraba bien léjos, mas no erraba mucho en llamarla, porque estaba tan cerca que pudiera escuchar sus quejas y responder á sus voces, pues entre los dos no habia mas distancia que el pedazo de una peña que los dividia. A los dos habia seguido una misma fortuna, que como las dos almas vivian en su voluntad, no podia el cielo injuriar á Laura sin ofender á Lisardo, ni atreverse á Lisardo sin enojar á Laura, la cual pasando la noche ántes por aquel mismo sitio en compañía de Alejandro, con el ansia de llegar á verle, les salieron seis hombres al paso, y sin poder Alejandro revolverse, para dar á entender que habia nacido caballero, aunque en tales casos la defensa es temeridad y no valentía, le quitaron la espada y lo demas que llevaba, y cuando pensó que hicieran lo mismo con Laura, sucedió que uno de los que les acometieron y el mas alentado de todos puso los ojos en ella, y pareciéndole que era obligarla no usar con ella la violencia que se podia temer de su codicia, no consintió que ninguno se atreviese á quitarla ninguna cosa, y volviéndola á poner en la mula guió hácia su sitio con intento de gozar aquella noche su belleza, la cual viéndose sin su Lisardo y en poder de aquella infame gente, llamó con mas veras á la muerte, y volviendo los ojos al cielo decia locuras, haciendo tantas lástimas y llorando tan graciosamente, que viendo su enemigo que aun estando enojada no habia perdonado el ser hermosa, se encendió con mas fuerza y se previno de su impiedad para cualquier injusto atrevimiento. Llegaron al desabrido albergue, que era el que estaba vecino á la prision de Lisardo, y luego el lascivo amante la empezó á regalar con algunas cosas que á costa de los vecinos lugares tenian sobradas, vínose Alejandro con ellos, que aunque pudo tener libertad no la quiso, viendo á Laura de la manera que quedaba; tratáronle con alguna cortesía por no disgustarla á ella, que habia dicho que era su hermano. Temblaba la hermosa doncella de verse en poder de tiranos, y que si aquel hombre intentaba alguna violencia, era forzoso matarse ó perderse, pero tuvo tanta dicha (si acaso la podia tener quien se via de aquella suerte) que el capitan de todos ellos, hombre de resolucion y de muchas manos, se aficionó tanto de su cara, que viéndose envidioso y que no podia merecerla, por no haber sido presa suya, y porque el que la tenia consigo era casi tan poderoso como él, se dispuso á defenderla, para estorbar que la gozase otro, ya que él no podia, atribuyendo á piedad de ánimo lo que era envidia ó zelos de su camarada. Holgóse Laura desta competencia, porque el uno la defenderia del otro, hasta que el cielo trazase por algun camino el remedio de su li-

bertad : y estando los dos cosarios de aquella tierra procurando alegrar y divertir sus divinos ojos, la llevaron á ver sus ranchos, asegurándola primero el capitan de cualquier miedo, en cosa que no fuese mucho gusto suyo; llegaron á la parte en que estaba Lisardo que vencido de un piadoso sueño daba licencia al descanso forzoso, y estando la cobarde dama atendiendo á algunas cosas que la enseñaban, mas por contentar á los dos amantes, que por tener gusto en lo que miraba, les vino nueva de que la justicia de un lugar que no les debia ninguna buena obra, procuraba su destruicion. Alborotáronse todos y acudiendo á la defensa olvidaron el amor, y fueron á reconocer el campo, que donde tiene riesgo el honor ó la vida, pocas veces persevera la voluntad, y mas cuando no tiene echadas raices con el trato, aunque en habiendo de por medio amor de años ó de obligaciones, no hay imposible que no intente ni temeridad á que no se oponga. Quedó Laura sola, aunque no tanto que á pocos pasos no pudiera hallar cuanto quisiera pedirle su deseo : entró mas adentro, considerando la miserable vida de aquellos hombres, pues libraban su felicidad en la desventura agena, parecidos en esto á los envidiosos, de quien solo se libran los desdichados, porque no tienen fortuna que los dé pesadumbre : aunque no debe de ser mala, pues viven seguros de sus dañadas entrañas. Así estaba discurriendo cuando sintió junto á los piés un bulto que la hizo tropezar (aunque pienso no era la primera vez). Reparó Laura y vió un hombre que pagaba el necesario tributo á su cansado cuerpo; bajó la luz para reconocerle (que el pecado de la curiosidad jamas deja á una mujer, aunque se mire en el extremo de sus pesares); miróle y alteróse, volvió á mirarle con mas atencion, y hallóle en las manos un pequeño retrato; quitósele dellas y llevóle á los ojos, los cuales hallaron á su mismo dueño; dióle mil vueltas, pensando que el naipe tenia por encima algun pedazo de cristal que la retrataba. Volvióse al que dormia para que le dijese la verdad, reconoció su prenda, halló á Lisardo. Pidióse albricias y temió por sospechoso el nuevo contento, acordándose de las veces que ha quitado la vida un placer ni esperado ni prevenido. Sentóse junto á su primo, el cual al ruido de algunos abrazos mezclados con suspiros de alegría, despertó y tuvo por novedad el ver luz en parte que pocas veces se comunicaba el sol. No habia reparado Lisardo en Laura, que si esto dijera despues de verla fuera agraviar sus ojos : cubrióse ella el rostro con una toca, que era velo de plata para su hermosura y nube de seda para su resplandor, por darle el contento menos repentino. Extrañó Lisardo la nueva compañía, y advirtiendo en que el trage y los adornos prometian alguna nobleza oculta, la rogó que se descubriese ó por lo menos le contase el rigor de fortuna que la habia puesto en tan miserable estado, que él se obligaba á satisfacerla el favor, refiriendo si ella gustase el infinito número de desdichas que le atormentaban, que eran tantas que la menor le parecia verse en poder de aquellos bárbaros, teniendo la vida al albedrío de su voluntad. Entónces ella por no deberle el contento que podia darle se descubrió y abrazó dél : y Lisardo quedó mirándola tan suspenso que se puso á imaginar si era cierto que habia despertado. Unas veces daba crédito á los ojos, y otras no se podia persuadir aun á lo mi

mo que tocaba; pero venciendo la verdad sus discretas dudas, estuvieron los dos muy gran rato, sin que el contento les diese licencia para preguntar la causa de verse en aquel lugar, y despues de haber hecho cada uno memoria de sus trabajos, dijo Lisardo que pues estaban solos seria acertado huir de tan conocido peligro, y cuando empezaban á salir de la cueva para avisar á su amigo Alejandro que estaba bien ageno de aquella novedad, volvieron los temerosos ladrones asegurados de que el aviso habia sido incierto, aunque se engañaron, porque la justicia de Córdoba los habia buscado toda la noche, y por ser tan oscura y espantosa se habian perdido sin poderse encontrar los unos ni los otros, hasta que con el dia dieron la vuelta, y llegando hácia la parte que estaban informados, oyeron ruido y conocieron que allí era sin duda la defensa de los atrevidos salteadores, y cercándolos, los prendieron, sin que pudiesen huir ni ampararse de la menor defensa. A este tiempo ya el uno de los amantes de la infelice Laura, que era el capitan, vencido de su apetito y confiado en su mucho imperio la habia llevado á la cueva donde estaba Alejandro, poniendo primero una pistola al pecho de Lisardo, que como galan la amaba y como honrado la defendia. Pero viendo el tirano capitan que le amenazaba una desastrada muerte, si se dejaba poner en manos de la justicia, tomó una yegua que tenia prevenida para semejante fortuna, y saliendo por una secreta parte de la misma cueva que hacia correspondencia á un valle, cogió á Laura, que por estar sin sentido y haber visto á Lisardo en tan manifiesto peligro aun no tenia ánimo para defenderse, y corriendo por el campo dejaba burlados á los que le seguian. Lisardo fué tan desgraciado que iba en el número de los presos sin que aprovechase decir su nobleza, porque algunos de los delincuentes procuraron librarse, diciendo que no eran ellos de los ofensores, sino de los desdichados á quien habian quitado la hacienda y tenian en aquellas cuevas para quitar la vida: y la justicia, por no poner en contingencia la verdad de los unos y la culpa de los otros, haciéndolos iguales, los llevó al primer lugar, y de allí á la cárcel pública de la ciudad de Córdoba: en la cual se vió el pobre Lisardo disculpando su inocencia y dando voces por su justicia: pero como no tenia ni amigos que le acreditasen, ni dineros que le favoreciesen, su pleito estaba mudo, los procuradores sordos y los jueces mal informados. Afligíale tambien el no tener nuevas de su amada Laura, ni de su fiel amigo Alejandro, tan amigo en todo que viendo al atrevido bandolero llevar con tan resuelta tiranía á la hermosa Laura, movido de su nobleza y sufriendo mal que un infame profanase su hermosura, tomó el mismo caballo que habian quitado á Lisardo, y por la propia parte que vió salir al codicioso ladron, le empezó á seguir tan bizarro como animoso, y como llevaba de su parte la razon, y á los ladrones sigue siempre el temor y la cobardía, le alcanzó aun con mas brevedad que él imaginaba. Y apenas el injusto Atlante de aquel cielo con alma vió que Alejandro venia en su seguimiento, cuando advirtiendo que si se detenia á defender el hermoso tesoro era dar lugar á que la justicia le alcanzase y lograse su deseo, para poder huir con mas comodidad arrojó de sí á Laura, como suele el castor que advertidamente se hace pedazos

lisonjeando á los cazadores con lo que desean para que no le persigan, mas no le aprovechó, porque á pocos pasos le cogieron unos labradores y llevaron con los demas compañeros para que con una muerte satisficiese tantas.

Imposible será decir los encarecimientos con que Laura agradeció al animoso Alejandro aquella gallardía, mas baste saber que era discreta y que no sabia ser ingrata. Llegaron los dos al lugar, é informándose de como Lisardo iba con los demas culpados, tomaron el camino de Córdoba, y estando Lisardo una mañana discurriendo sobre sus desdichas, que eran tantas que ya tenia por novedad el no tenerlas, y pensando el dia en que la fortuna se cansase, vió que un hombre y una mujer tapada se llegaron con voluntad igual á darle infinitos abrazos; conoció á Alejandro y despues coligió fácilmente quien podia ser la que le acompañaba; echóse á los pies de entrambos (que los hombres en las desdichas suelen estimar mejor los beneficios) y hablando los tres largamente, trataron de la soltura de Lisardo, para lo cual y para otras cosas necesarias dió Laura á Alejandro algunas joyas de las que traia, rogandole procurase venderlas. Hízolo así Alejandro, aunque perdiendo mucho del precio en que se habian comprado (pension de quien vende con necesidad y en la platería); la informacion quedó hecha aquella noche por ser cosa tan conocida y haber dinero, que es la mejor espuela para los que escriben : y cuando Lisardo estaba ya para salir de la cárcel porque los jueces advirtieron la bellaquería de tener afrentosamente á un caballero en la cárcel pública, vino un auto en que le mandaban embargar por otras causas. Admiróse Lisardo, lloró Laura de nuevo, afligióse Alejandro, y quedaron todos confusos y temerosos, pero sacólos desta duda Lisardo, que reparando en dos hombres que entraban por la puerta, conoció que eran Octavio y el riguroso padre de Laura, la cual rindiéndose á un temor justo, nacido de su respeto y vergüenza, quedó difunta, pero de mucho si via presentes tantos males: por una parte á Lisardo con mas prisiones, en tierra agena, y sin mas favor que la disculpa de su voluntad; por otra á su padre, que con el enojo que vendria era fuerza atropellar las honradas disculpas de Lisardo, y lo que mas la afligia era ver á Octavio por haber sido el principio de su desventura : dudaba del intento que les traia, aunque bien echaba de ver que como los dos faltaron en un dia coligirian que Lisardo la traia robada. Lo cierto es que el viejo, tanto por el amor de su hija como por la venganza de su sobrino, en compañía de Octavio los habia ido á buscar á la corte, y no hallando aun señas de ninguno, quiso acercarse á la Andalucía, buscándole por las principales ciudades della : y entrando aquel mismo dia en Córdoba y hallando en ella á un grande amigo suyo que en sus tiernos años vieron á Flándes juntos, le preguntó por algunas novedades de aquella ciudad, y entre otras le dijo que estaba en la cárcel un caballero á quien unos salteadores habian robado, y que seria fuerza conocerle porque en sus confesiones decia que era natural de la ciudad de Avila. Alteróse el viejo, é informándose mas particularmente, supo que el caballero preso era el enemigo que buscaba, y sabiendo que estaba ya para salir de la cárcel, habló á los jueces, querellándose de su

sobrino, y contando la traicion que habia cometido contra su sangre, y así mandaron luego no solo que no le diesen libertad, sino que le pusiesen en parte que estuviese mas seguro. Y despues de haber hecho esta diligencia, venia con Octavio á visitarle para saber lo que respondia; y Laura aprovechándose de su discrecion (si acaso la hay cuando vienen las desdichas tan aprisa) se encubrió lo mas que pudo, y Alejandro hizo lo mismo apartándose de Lisardo, y poniéndose á conversar con otros presos. Llegaron los dos, y despues de saludarle le preguntaron por Laura, y él respondió que no solo no la habia traido, pero que en su vida se habia atrevido á tal imaginacion, y decia bien, porque aunque la quiso siempre con tanto amor nunca tuvo ánimo de anteponer su gusto á su respeto, huyendo de parecerse á muchos que se precian de querer á una mujer, y por lograr su gusto intentan cosas en que es forzoso aventurar con su vida su reputacion. Decia Lisardo que estos tales no atienden al honor de la dama, sino á la comodidad de su gusto, y así no pueden tener amor verdadero, porque amar tan inconsideradamente que por gozar de una mujer atropellen su opinion y consientan en su deshonra, no es estimarla sino aborrecerla. Finalmente Lisardo negó porque en todo caso es lo mas seguro, y miéntras se prueba se gana tiempo. Encolerizóse el viejo pareciéndole que aquello era preciarse de darle pesadumbre, y Octavio le dijo algunas injurias, porque los zelos, el amor y el ver á su enemigo de manera que no se podia defender, le daba ánimo y aun disculpa, y remitiendo entrambos á la fuerza de la justicia la confesion de lo que negaba se fueron, y Lisardo contó lo que le habia sucedido, y Alejandro les aconsejó que se resolviesen á desposarse, pues así cesarian las pretensiones de Octavio y enojos de su padre: parecióles bien á los dos, pero dificultaron el estorbo de la sangre y la falta de las diligencias. Mas Alejandro dijo que se animasen, que todo habia de tener feliz suceso, porque aquel dia era de ordinario, y él tenia en Madrid un tio que era oidor del real consejo de su majestad, al cual escribiria hiciese la diligencia de la dispensacion con brevedad. Hízolo así Alejandro, encareciendo á su tio el peligro en que estaban los dueños de aquella causa. Luego el padre de Laura empezó el pleito bien solicitado de entrambas partes, porque en cualquiera sobraba el dinero. Dejó Alejandro á Laura en casa de una señora principal, que por forastera y por dama le favoreció, y tomando una mula se partió al lugar en que Lisardo habia estado tan peligroso de la caida, y haciendo una informacion muy honrada, en que juraban todos el tiempo que estuvo indispuesto sin traer en su compañía mas de su persona, se vino y la entregó al procurador, el cual aconsejó á Alejandro que se escondiese, porque los salteadores en sus dichos habian declarado que ellos cogieron una noche á una mujer que se llamaba Laura, pero no en compañía de Lisardo, sino de un caballero cuyo nombre no sabian, porque siempre se habia recatado de decirle. Parecióle á Alejandro que corria peligro su persona, y escondióse en un monasterio, porque de la amistad que tenia con Lisardo fuera fácil colegir que él era el dueño de aquella empresa. Duró el pleito algunos meses, y viendo el padre de Laura tan resuelto á Lisardo en negar aquello

que en su opinion era cierto, se determinó á que confesase en el tormento lo que con engaños y traiciones disimulaba. Tenia el viejo mas autoridad con los jueces, y no faltó quien por debajo de la cuerda informase contra Lisardo, y como los indicios eran grandes se determinaron (Dios sabe si con justicia) á darle tormento ó dársele á Laura, que deshaciéndose en lágrimas la faltaba paciencia para sufrir tantos rigores, y así se resolvió (ántes que llegase la ejecucion injusta) á manifestarse, diciendo que ella sola sin mas favor que su voluntad y sin mas causa que la de huir de un marido que aborrecia, se habia ausentado de su casa, teniendo á mas fortuna dejar su opinion al albedrío del vulgo, que vivir con quien era forzoso desearse la muerte para tener algun descanso, y que el hombre con quien la toparon no le conocia de mas que haberla amparado por mujer y sola.

Así estaba Laura contando los instantes de las horas con el temor de ver injuriado por su causa á Lisardo, y él con los brios del valor que tenia heredado dispuesto á cualquier exceso de desdicha; pero el cielo tuvo lástima de tan justo amor, y lo dispuso de otra suerte, porque Alejandro envió un recaudo con su procurador avisando á Laura de que la dispensacion habia venido con los demas papeles, y dando Lisardo un poder le desposaron, y luego se notificó á la parte contraria cómo Lisardo era marido de Laura, y así la podia tener donde le pareciese, y llevando un escribano consigo, que daba fe de que la habia visto, y enseñando juntamente la dispensacion, y lo demas, se quedó el viejo tan corrido y afrentado que negándose á la piedad que debia tener con su propia sangre, y considerando la riqueza que perdia en Octavio por su sobrino, le empezó á seguir con mayores veras, encareciendo á los jueces la ofensa que su casa habia recebido, aunque fuese con intento de ser su esposo, y entónces Alejandro, presumiendo que ya no tendria peligro, pues Lisardo habia confesado que la tenia, y el desposorio estaba concluido, salió públicamente, y fué á contradecir la nueva acusacion del vengativo viejo, el cual apenas lo supo cuando le hizo una causa criminal que le obligó á quedarse con Lisardo, porque luego trujo informacion de que habia él sido el instrumento principal que ayudó al escalamiento de su casa, y él fué á quien toparon con su hija, y esto encareciéndolo con tantos accidentes y palabras que lo que habia sido fuerza de amistad hicieron delito de traicion (que la calidad de las culpas suele consistir en las circunstancias con que se acusan, porque hay palabras que las hacen mayores).

Quedóse Alejandro con su amigo, casi agradecido á la nueva ofensa, por mostrar mas bien lo que le estimaba: los dos lo pasaban mejor, porque Laura tambien parecia presa, y en todo el dia no salia de la cárcel, que la voluntad la habia enseñado esta fineza, que no es pequeña para una mujer de sus años, de su hermosura y de su modestia, pero quien tiene amor poco se debe en las cosas fáciles. Crecieron los pleitos y los gastos, acabáronse las joyas de Laura, con ser muchas, y descuidáronse los parientes de Alejandro, pareciéndoles que mas tenia de locura que de amistad gastar su hacienda con quien no podia pagarle aquella liberalidad. Vióse Lisardo perseguido de quien pensaba ser amparado, en la cárcel y

pobre, tres cosas que cualquiera basta para quitar la vida: miraba á su amigo Alejandro en tan diversas fortunas por su causa, y no sentia menos el ver á su esposa llena de trabajos, aborrecida de su padre y sin mas regalo que pesadumbres, y en fin habia llegado á tiempo que fué necesario quitarse ella las galas que traia, vistiéndose mas humildemente para defenderse de la mala intencion de su padre. Todo lo miraba Lisardo, y todo lo remitia á su sentimiento. Laura le consolaba y aun se ofendia de verle tan apasionado, diciéndole que no se afligiese por ella, porque no podian ser sus desdichas más que su voluntad, y que la quedaba ánimo para sufrir aun mayores rigores como fuesen enderezados á servirle.

Escuchóla Lisardo y dióla infinitos abrazos; alabó su hermosura, encareció su firmeza, y confirmó á las mujeres por agradecidas y constantes: y si se ha de decir verdad no les neguemos que en determinándose á querer bien, son ellas las que olvidan con mas dificultad: á lo menos Laura mucho acreditó esta verdad, porque amar á un hombre cuando le persiguen trabajos, prisiones y pobreza, es un milagro que pocas veces se ve en el mundo.

Así lo pasaban los amantes primos, y una tarde quiso Laura probar por todos caminos á conocer si era tan desdichada como hermosa, y con el deseo que tenia de que tuviesen remedio las temeridades de su padre, rogó á una señora que se habia dado por amiga suya que enviase á decir á Octavio que en una parte determinada del campo le esperaba una mujer que aficionada de su gallardía queria saber si el alma correspondia al talle y la lengua á la persona. Quiso Laura con esto tener ocasion de hablar á Octavio y obligarle por el atajo de la cortesía, para que se cansase de perseguirla. Parecióle buen medio á la amiga, y le envió con una criada un papel muy á propósito. Leyóle Octavio y juzgó que seria aquel favor verdad infalible (que las desconfianzas, y mas en esta materia, no tienen entrada con un hombre que se preciaba de galan y tenia opinion de rico); fueron las dos en un coche, y Octavio contó su buena suerte al padre de Laura, y aun le llevó consigo para que le acompañase, por si acaso no venian, y habia sido engaño de alguna dama que queria burlarse dél por forastero, pero presto conoció que era él que habia tardado, y viendo ellas que llegaba solo le rogaron se entrase en el coche, y luego Laura con suspiros y razones le encareció los trabajos y disgustos que padecia por su causa, advirtiéndole que no le habia ofendido en no quererle, por haber dias y aun años que tenia dueño, y que á no tenerle le confesaba que fuera cierto ser suya, porque sus partes merecian mayor empleo. Díjole tambien el extremo á que habia venido de necesidad, pues si no fuera por aquella dama y las joyas que habia traido, aun no hubiera sido posible sustentarse, y que actualmente Lisardo estaba preso, pobre y sin mas esperanza que su piedad, y así se lastimase de su amor, y mostrase lo que habia querido en no ayudar á su ingrato padre, el cual viendo que tardaba Octavio, se acercó al coche, y conociendo á su hija, y acordándose de las pesadumbres que le costaban sus infamias (que así llaman los viejos lo que en otro tiempo atribuian á mocedades, que como no hay espejos que representen lo pasado, sue-

len juzgar de los delitos temerariamente) y acordándosele tambien de lo mucho que perdia en Octavio, que este era el paradero de sus cóleras (que la ambicion de la hacienda suele venir con los muchos años), quiso atreverse á su hija, remitiendo á las manos la venganza que no habia conseguido con pleitos y prisiones: dió voces Laura, amparóla Octavio, y la señora en cuya compañía venia se ofendió justamente del poco respeto que la habia tenido: y en fin era tanto el ruido que hacian todos, que obligó á un caballero que pasaba en un coche de camino con su esposa á que se apease, y con él algunos criados, que acudieron á saber la causa de aquella discordia. Llegó el caballero, que era hombre de gentil presencia; y con alguna libertad de soldado, viendo las demasías que hacia el padre de Laura, y con mujeres, que es cosa tan aborrecible para los hombres que nacen con términos honrados, se abrazó con él para que no pasasen adelante. Volvió el viejo á conocer quién le detenia, y volvieron todos, porque su disposicion gallarda podia mover á respeto, y suspenso el padre de Laura le miró con algun sobresalto; pero el caballero, que como estaba sin cólera tenia obligacion á conocerle mejor, echó de ver que el que miraba era su hermano, y la que tenia presente Laura su sobrina; y con un rendimiento noble (efeto de su amor), viendo sangre que lo era tan suya, los abrazó á los dos, aunque el viejo no le recibió muy apacible: y entónces el padre de Lisardo le preguntó qué causa podia ser bastante á recebirle con aquel desabrimiento despues de tantos años de ausencia, y en tiempo que de tantas leguas le venia buscando, que no era poco para un hombre que venia rico. Llegóse Laura á su tio, y refirióle todo lo que habia sucedido, y cómo ella por haberse criado con su primo, le habia querido con tanto extremo que le obligó á lo que hemos visto. Entónces el piadoso tio con mil abrazos agradeció tan honrada voluntad, y contó brevemente cómo él se fué á la ciudad que en las Indias llaman de los Reyes, porque ciudad de plata bien merece tan ilustre nombre, y que allí sirvió á un cacique de agente de su hacienda (que pasaba de ochenta mil ducados) con fidelidad, que suele ser el mejor caudal de los que no tienen, y despues muriendo él y quedando su esposa viuda, y con alguna aficion á su persona, se determinó á que ocupase el lugar del difunto esposo, y viéndole con deseo de volverse á España, dejó patria y parientes por venir con su esposo, y que pasando su coche con alguna prisa para llegar á Córdoba, oyeron el ruido, y habia salido á ver lo que no imaginaba. Volviéronse todos á abrazar, y bajando á su sobrina del coche, fué con los demas á ver á la hermosa indiana, que lo era en demasía, que los muchos regalos y la vida descansada disimulan muchas veces los años. Vieron tambien un hijo que traia, que habia nacido para aumentar aquella tan justa correspondencia; luego la pasaron al coche de la amiga de Laura, la cual los llevó á su casa, y contenta de su buena suerte, quiso gozarla, regalando tan honrados huéspedes. Todos iban contentos, y solo el padre de Laura corrido de que su hermano hubiese reparado en la tiranía que usaba con su sobrino, y apenas se apearon cuando fueron á avisar á Lisardo de la venida de su padre. Agradeció al cielo tan nuevo beneficio, advirtiendo

la ventura tan grande que habia tenido, pues cuando menos esperaba se compadecia de sus desdichas. Vinó á verle su padre, y lastimado de mirarle en tanta miseria, aunque tan hombre, y de las partes y gracias que ya le habian informado, sin detenerse á contarle nada de sus cosas hasta verle libre de la cárcel, fué al momento con los demas, é hicieron tan buena diligencia, que saliendo por fiador su mismo padre, le dieron libertad aquella misma noche, en compañía de su amigo Alejandro, y en viéndose libre fué á ver á Laura y á su nueva madre, la cual, mirando la nobleza de todos, no estaba arrepentida de haber dejado su propia patria. Gozó Lisardo de su amada prima, pues le costaba llegar á sus brazos tantos disgustos. Consolóse Octavio viendo que el no gozar de aquella dicha no era falta de méritos, sino voluntad agena. El padre de Laura quedó contento, por haber salido todo tan á gusto de su deseo, y advirtiendo Lisardo las obligaciones que tenia á su amigo, y sabiendo que venia en compañía de su padre una hermana de su esposa, á quien miraba Alejandro con algun cuidado, trató de casarle con ella, que por ser hermosa y su dote de mas de treinta mil ducados, fué amistad y no castigo. Tomaron el camino de Avila, en donde vivió Lisardo con su prima tan amante como pagado, dándoles á entrambos el amor hermosos hijos, y teniendo á ventura haber pasado tantos trabajos, llegando á gozar tan felizmente el fin que deseaban, porque cuando lo que se intenta se alcanza, todo viene á parar en aumento del gusto, confirmacion del deseo y descanso de la voluntad.

EL DONADO HABLADOR.

VIDA Y AVENTURAS

DE ALONSO,

MOZO DE MUCHOS AMOS,

COMPUESTA

Por el doctor GERONIMO DE ALCALA, YAÑEZ Y RIVERA,

NATURAL DE LA CIUDAD DE SEGOVIA (1).

PRIMERA PARTE.

PRÓLOGO DEL AUTOR,

Este viandante, piadoso lector, no ignora cuan riguroso has de ser con él, por mas humillaciones y ruegos que te haga; pero así como quien ha dado al traste con su navichuelo, y se echa al agua sin esperanza de otro remedio, forcejeando contra la furia del viento y soberbia de las olas, entreteniendo la vida como puede; de la misma manera este atrevido mozuelo sale hoy en público, con ánimo de sufrir cuantos naufragios y fortunas le vinieren. Bien pudiera estar ya escarmentado, y no en cabeza agena, sino en la propia, y dejar de dar velas al viento en el piélago de murmuraciones, peligroso y tempestuoso mar, adonde tantos se han anegado (2);

(1) Nació en Segovia, año de 1563 : fueron sus padres Fernando Yañez y doña Petronila de Ribera. Estudió la medicina en Valencia. Escribió varias obras sobre asuntos religiosos, de escaso mérito.

La novela del *Donado hablador*, única obra suya de este género que conocemos, fué muy bien recibida del público, como se ve por los elogios que preceden á las dos partes de que consta, publicadas, la primera en Madrid en 1624, y la segunda en Valladolid, en 1626. Despues no se ha hecho de ella mas edicion que la que nos ha servido de texto para la nuestra, que es una muy correcta dada á luz en 1804, en Madrid.

El doctor Alcalá falleció en su patria en 1632.

(2) Alude á la crítica que hicieron de la obra que dió á luz ántes de esta, con el título *Milagros de nuestra Señora de la Fuencisla.*

mas podrà darle por disculpa, lo que le fuera de notable consuelo á una persona grave, que yo conocí; el cual habia casado con un caballero principal una sola hija que tenia, y dádola en dote la mayor parte de su hacienda: el novio, como se vió con tanto dinero, incitado de la mala costumbre, ó de la abundancia y sobra en que jamas se habia visto, una tarde se puso á jugar mas largo de lo que fuera razon, con personas que no debiera, por ser como eran ejercitadas en todo género de fullería, de suerte que en poco tiempo le cogieron tres mil y quinientos ducados: lleváronle la nueva al padre de la dama; y dándole el pésame algunos deudos y amigos suyos, afeando el mal término de su inconsiderado yerno, les respondió: En verdad, señores, que no me pesa tanto de la grande pérdida que ha hecho don Fernando, sino de que procurará ahora con muchas veras desquitarse, y probar la mano. Un dia de estos, en que confia tener mas favorable fortuna, este será el postrero, con propósito firmísimo de que no ha de escribir mas libros, si no fueren tocantes á la facultad que profesa, pues ya de veinte y seis años de experiencia con algun linage de atrevimiento, podrá alguno salir á luz, y mas habiendo hecho orejas de mercader, y acostumbrádose á los riesgos y peligros que se pone el que escribe en estos tiempos, donde está en su punto el bien decir, la elegancia, el lenguage y modo de hablar por términos tan levantados y subidos, que los que los escuchan y leen, en lugar de animarse y cobrar esfuerzo para imitarlos, encogen los hombros y arquean las cejas, maravillados de la agudeza de los ingenios, y de la fertilidad de los entendimientos, que produce nuestra florida España. Pero advierte, lector, que no pueden todos escribir de una serte; ni por una igualdad repartió el cielo sus dones y gracias, porque si eso fuera, no se hallara diferencia entre lo muy bueno, y lo que tiene algun vicio; y si tú le tuvieres en no agradarte de cosa que veas, déjala, y no pases por ella los ojos, que mejor es no tenerlos, para mirar lo que no te ha de dar gusto, quitando la ocasion para decir mal de lo que leyeres, que ser basilisco con tu vista, enojoso con tus razones, y aborrecido por tu lengua. Y pues sabes que los afables y benévolos son de suyo amables, recibe este mozo amigablemente, que viendo tu virtud y buen natural, estará contentísimo en tu casa, publicando por el mundo tu buen pecho y liberal ánimo, quedando siempre agradecido al bien que le hicieres. Vale.

EL DONADO HABLADOR.

VIDA Y AVENTURAS DE ALONSO,

MOZO DE MUCHOS AMOS.

CAPITULO PRIMERO.

Siendo Alonso donado de cierto convento, sale á pasearse con el vicario de su órden, y le cuenta su vida, dando principio desde su nacimiento.

VICARIO. Antes que viniese á este santo convento, hermano Alonso, de su buen natural, de los trabajos que pasó en el siglo con los amos que tuvo, del buen proceder y traza con que los sirvió, y del mal pago que recibió de ellos, oí decir grandes cosas, y así, para estas tardes, en que se acostumbra salir á recrearse los religiosos por este campo, recibiré mucha caridad en que me dé cuenta muy en particular de su vida, sin que deje ninguna circunstancia: que lo que yo le puedo ofrecer es una gran atencion á cuanto me quisiere decir, y mucho mayor gusto al oirle.

ALONSO. Así es verdad, y que la órden nos da estos dias, como por asueto, para que en ellos se tome algun alivio, y sirva por descanso de un tan largo y contínuo trabajo como se pasa en nuestro convento: y pues la verdura de estos campos nos convida, y vuestra paternidad gusta á que algo mas libre hable un donado como yo, sin temor de los zeladores y guardas de nuestra religion, y muy por extenso le cuente los varios sucesos mios y trabajosa vida, habré de hacerlo, dando cuenta de quien fueron mis padres, cual mi patria, y motivo que tuve para venir á este santo monasterio, cuyo hábito estimo en mas que las telas y finos brocados de los monarcas y príncipes del mundo. A solas estamos en este desierto, y sin testigos que nos escuchen; defiéndennos del universal padre de los vivientes, y de sus rigurosos y ardientes rayos, estos copados y frondosos árboles, que para tener mayor descanso y gusto nuestro, y regalo de esta siesta, proveyó la naturaleza los arroyuelos que vienen despeñándose de estos encumbrados y soberbios montes que nos cercan. Paciencia tenga vuesa paternidad, pues manda que hable, y escúcheme atento, que si los donados no hablan, yo he de ser esta vez el hablador donado, y dé gracias á Dios que hablo en la soledad, y que no hay pare-

des que me escuchen, que en efecto, no teniendo oidos, le faltará lenguas para contar mis faltas.

Yo, padre mio, nací en una villa de Andalucía: mis padres, que Dios haya, aunque no los conocí, me dicen que fueron personas de cuenta en mi pueblo, y téngolo por cierto, por mis buenos respetos, y no haber sido jamas inclinado á cosas bajas, y que desdicen de honrados términos, señal evidente y clara de la buena sangre que me dejaron. A veinte dias me faltó el padre, cierto pronóstico de mis desdichas, pues en la cuna me pusieron luto. Mi madre, deseosa de que me criase con algun recogimiento, temerosa del daño que puede causar el regalo, poco respeto y libertad de mozos, ántes con ántes me llevó á la casa de un hermano suyo, cura de una aldea bien apartada de mi tierra, por ventura, porque no me volviese de adonde me dejaba. Lo que pasé con este mi tio vaya en descuento de mis pecados: el poco dormir, el mucho madrugar, el andar de dia y de noche, era insufrible y desproporcionado á la terneza de mis años. Tenia el cura en su casa una ama setentona, colmilluda, mas natural para esqueleto que para el gobierno de una casa, compuesta de huesos, y tan seca de carnes como de condicion áspera, desabrida, de quien jamas oí una buena palabra, sino cuando me llamaba á comer. Era yo inocente, que á ser gran pecador, bien pudiera servirme de purgatorio, por enormes que fueran mis culpas; pero estos trabajos eran llevaderos con la buena acogida y regalo de mi buen tio. No querria acordarme de tantas desdichas, pues aunque suele decirse agua pasada no muele molino, él me traia tan molido y cansado, que con haber tantos años que salí de su jurisdiccion, cuando por mi desdicha se me acuerda de él y de su ama, pierdo los estribos de la paciencia, representándoseme su mal tratamiento, y lo mucho que pasé en su casa, sin tener ningun género de alivio. Era mi buen clérigo algo allegador y amigo de andar por el modo ahorrativo, natural condicion de clérigos, y mas si son viejos como el mio, vicio verdaderamente digno de reprehension. Hase vivido lo mas, y hales dado Dios cuanto han habido menester, y para el poco tiempo que queda de vida, estan temerosos si les ha de faltar, pues en verdad que no lo allegaba para su sobrino, queriendo fundar en él algun mayorazgo, aplicando los bienes y rentas de la Iglesia, como si fueran castrenses, ganados en buena guerra, ni lo dejaba por temor de que no habia de parar en heredero tercero ó cuarto: ni tampoco era persona que se regalaba, buscando á costa de su dinero los mejores bocados, ántes de puro desdichado se pudiera decir por él lo que de un hombre rico, que habiendo muerto y dejado veinte mil ducados, dijo un vecino: Gran lástima la de fulano, que haya muerto tan de repente y con tantas deudas. Oyólo un su amigo, y replicóle diciendo: ¿Qué es lo que decis? ántes deja muy gran hacienda, y sin tener deudos á quien dalla. No lo entendeis, hermano, le respondió el otro, sabed que cuanto deja lo debe á su cuerpo, á quien le ha quitado cuanto era necesario para su sustento, y debilitado y flaco vino á salir de este siglo.

VICARIO. ¿Pues para quién podia querer cuanto iba allegando?

ALONSO. Eso, padre, dejábalo al gobierno de la divina providencia.

VICARIO. ¿Qué quiere decir en eso?

ALONSO. Era el bueno de mi tio como la picaza, que todo cuanto halla lo esconde y entierra, y topa con lo que escondió el que está mas descuidado. Así él escondia y atesoraba para quien el cielo determinase; y con este propósito el miserable avariento, viéndome á mí de buena disposicion y cuerpo razonable, procuró de excusarse de sacristan, y para esto dióme mucha priesa para que deprendiese á leer, ayudar á misa, cantar en la tribuna y tañer las campanas, haciendo en ellas diferentes sones. Bien dicen, padre, que la letra con sangre entra, y que caro me costó el saber lo poco que ahora sé: no habia, juro, mas cierto que una docena de azotes para mí en saliendo el alba, ó por no saber la leccion de la noche ántes, ó por no traer la plana tan buena como habia de venir, ó si no habia madrugado con el cuidado y diligencia que queria mi tio: en efecto, era una vida la que pasaba insufrible y tan trabajosa, que determiné de poner tierra en medio. Ya yo era mozuelo de quince á diez y seis, leia bien, y escribia razonablemente; de la gramática era lo que sabia mas que moderado, pudiéndome con justo título llamar *Petrus in cunctis*. Viéndome pues con la suficiencia, á mi parecer bastante, salí una noche de la casa de mi cura, solo y sin blanca, fiado en la caridad de Castilla la Vieja. Habíanme acabado de hacer un vestidillo negro, hábito propio de estudiante gorron; y con mi cuello bajo podia competir con cualquiera sacristan de aldea, por curioso que fuese. Alcé aldas en cinta, púseme en camino, y anduve aquella noche cinco leguas, llegando á una venta, como buen cazador, muerto de hambre, seco de sed y muy cansado: encontré en la posada cuatro mancebos de buena edad, gentil presencia y bien aderezados. Preguntáronme dónde iba. Respondíles que adonde Dios fuese servido, porque no tenia determinada mi jornada, ni intencion mas de ver mundo, y andar algunas tierras, fuesen donde la ocasion me llevase. A buen tiempo llegais, dijo el uno de ellos, porque nosotros vamos á estudiar á Salamanca, y si gustais, á ratos os llevarémos á caballo, y os darémos un pedazo de pan, que segun me parece no vais muy sobrado, y podria ser que como habemos de recibir un criado que nos compre de comer, os quedeis vos en nuestra compañía, y dándoos estudio, volvais á vuestro pueblo de otro modo del que salistes. Agradecí su ofrecimiento con un millon de gracias, aceté su envite, y concertado con ellos, llegada le mañana, salimos de la posada: lo que pasé en este largo viage no podré encarecer, porque como no estaba yo enseñado á ser mozo de mulas, á la primera jornada no podia dar paso, quedábame muy atras, echaba menos el poco andar de mi casa á la iglesia; pero para animarme mis compañeros, hiciéronme subir á las ancas de un mal rocin, que debia de ser el de don Quijote, segun estaba de flaco, salido de espinazo y de cuadriles, el andar de la madre que le habia parido; de suerte que me enjuagó las tripas en breve tiempo, y en las asentaderas me puso en cada lado una gran llaga. Podia competir con algun disciplinante alquilado ó vanaglorioso hipocriton, que por dar que decir á la gente que le mira, se desuella las espaldas vertiendo su sangre, no en servicio de Dios, sino por cumplimiento y gusto de los mayordomos de la cofradía, y no

se vea nadie como yo me ví de condicion, que me fué forzoso apearme, habiendo de escoger de dos grandes males el menor; no hay para que cuente á vuestra paternidad las travesuras que por el camino hacian, y en las posadas el buscar de las gallinas, y el hurtarlas, haciéndome á mí encubridor de todos sus delitos, y que yo las sacase del gallinero metidas en los gregüescos: el acostarse en la cama con espuelas y botas, no mirando al lodo que se les habia pegado por el camino. Un real se pagaba de cada uno, y diez se le hacia de daño al pobre mesonero: y no se podia decir por nosotros que ganábamos indulgencia plenaria hurtando al ladron, porque verdaderamente era cargo de conciencia lo que se hurtaba de cada posada. Por nosotros debió de decirse que era tanto lo que sentian en la casa de donde saliamos, que siempre quedaban llorando los dueños de ella por nuestra partida. Con estas y otras desdichas llegamos á la ciudad de Salamanca, madre de los ingenios del mundo y princesa de todas las ciencias. Fuimos á escuelas, juntándonos con los demas estudiantes, que pasaban de cinco mil de matrícula; pero mi desdichada fortuna, que no se contentaba con los pasados trabajos, á cada paso me iba guardando nuevos merecimientos. Conociéronme luego por novato: pusiéronme cerco gran cantidad de aquellos estudiantes, comenzando á descargar em mí mas saliva que suelen arrojar granizo las mas preñadas nubes por el mes de marzo; y teniéndome en medio como á blanco de sus travesuras, me preguntaban cómo quedaba mi señora madre y los señores hermanos, si lloré al partirme de ellos, y si habia traido algunas pasas ó confites para desayunarme. Hiciéronme que subiese en la cátedra, no dejándome bajar hasta que les leyese alguna cosa, y al cabo me dieron por libre, de tal modo que mi negro ferreruelo salió mas blanco que la nieve. Maravilléme yo de que unos mozos tan grandes como sus padres diesen en aquellas boberías, mas dábanme por respuesta que era costumbre antigua, y que todos pasaban por aquel rasero, como si disparates semejantes no se pudieran evitar y dejarlos, pues en efecto el viejo primero fué mozo, y para ir de un lugar á otro es forzoso pasar por un medio: dejado á parte que en buena cortesía, á los forasteros que llegan á un pueblo, los naturales de él, y ya antiguos, los han de agasajar y recibir con amor, no maltratarlos con palabras ni obras, que lo demas es de gente bárbara, inconsiderada, sin razon ni término. Acuérdome que en el aldea donde mi tio estaba, tenian por costumbre los labradores ir en procesion á una ermita del glorioso mártir san Sebastian, y para haber de ir pasaban por unos prados tan llenos de agua y lodo, que el pobre sacristan y clérigo se ponian de suerte que las sobrepellices que llevaban, con justo título se podian comparar con las gualdrapas mas arrastradas por el mes de noviembre. Y viendo la gran incomodidad del camino, el cura rogó á los alcaldes y regidores torciesen por una vereda, buscando un atajo que se descubria, siquiera para excusarse de tan trabajosos pasos como los que veian presentes. Los aldeanos, en lugar de ser agradecidos al buen consejo que les daban, con gran cólera respondieron: La costumbre del consejo se ha de guardar, y la procesion ha de ir por donde ha ido otros años; pero mi

tio, enojado con la respuesta impertinente, con no menor enojo les dió por respuesta: A la mala costumbre quebrarla la pierna: por el hábito de san Pedro que se han de ir ellos solos, porque yo á mi casa me vuelvo. Querellaron de él, costóle su dinero; pero otro año procuró el pueblo remediar aquellas pesadumbres.

Vicario. Eso es irremediable, estudiantes nunca dejan de hacer las suyas como mozos libres.

Alonso. En efecto, padre, volví en busca de mis amos, que habian salido de semejante refriega como la mia, sino peor, y aunque dicen que mal de muchos es gozo, no lo fué para mí, porque tuve que limpiar todo el dia cuatro manteos y bonetes, sin mi sombrero y ferreruelo: pasóse el nublado, comenzóse á leer, iban á escuelas los de mi casa, y yo acudia á comprar lo necesario para nuestra comida, y despues íbame por los generales, y oia al catedrático que mas gusto me daba: unas veces entraba en leyes, otras en medicinas, otras en artes y sagrada teología, sin dejar los retóricos y matemáticos; oia á los unos, escuchaba á los otros, y pegábanseme de cada uno de ellos algunos principios: de suerte que quien me oyera hablar ó disputar, entendiera que era yo la misma sabiduría, siendo la propia confusion, y el símbolo de la ignorancia, de las ciencias de quien hablaba y arguia. ¡O cuanto vale un fanfarron presumido, y una falsa apariencia, y representacion de lo que no es! ¡y cuántos se engañan con una buena presencia, escogiendo lo peor no mas de por la vista! Acuérdome que un dia iba un letrado con su mula y gualdrapa, con un lacayo delante, y dos pages detras, con la gravedad y compostura posible, pero no de la opinion y letras que debiera. Estaban en un portal por donde él pasaba algunos gentiles hombres tasadores de vidas agenas, y gobernadores de la república, gente libre, que no perdonan á nadie, y mirando al pasagero, el uno de ellos dijo á los otros: ¿No veis lo que pasa? ¿quién dirá que aquello no es verdad? Yo con ser un zote habia cobrado con todos nombre de buen estudiante, y como calificaban mis cosas personas graves, cobraba cada dia mayor opinion. Tenia ya crédito, presumia, y lo que peor es, sin tener de qué ya me preciaba de dar consejos á mis amos, reprehendiendo sus travesuras, el salir de noche á correr los tostadores de las castañeras, los pasteles, el pan y la fruta, el poco acudir á escuelas, el quedarse en la cama en viendo llover ó nevar, el demasiado juego. Ellos me llamaban el procurador de los embargos; pero yo lloraba con justa razon el tiempo perdido, la hacienda de los pobres padres ausentes, engañados con una loca esperanza de ver á sus hijos medrados en saber, puestos en dignidades y gobiernos: mas acabado el curso, vuélvense como se fueron, gastado en devaneos el tiempo, consumida la hacienda y sin letras. Venidos los mártes y sábados acudian mis estudiantes á la estafeta, recibian las cartas, y encendida una vela, las iban leyendo y quemando, hasta llegar á la letra que decia: El arriero lleva dineros, tocino, etc. Entónces era el matar el fuego, guardar las cartas, y esperar por horas el venidero amparo de sus trampas. Consideraba yo qué remedio podria ponerse á la demasiada libertad de estos mozos, pues como libres de la su-

jecion de los que respetaban, y con dineros, y sin tener quien les vaya á la mano, gastan á su albedrío, no les bastando para un mes lo que era suficiente para todo un curso. Echaba de ver cuan prudentes eran los que á sus hijos daban lo necesario para su gasto, por órden de los padres de la compañía de Jesus, pues con su cordura y buenos consejos les estorban impertinentes gastos, evitando ocasiones que la demasiada sobra y abundancia les ofrece tan ordinario. Esta era mi continua fatiga, via que mis estudiantes podian estar descansados y quietos, estudiando para remedio de sus viejos padres, que por ventura lo dejaban de comer para que ellos anduviesen lucidos, y no con menos adorno que los que tenian mayores rentas, y obligados con tantos beneficios, de que debian dar gracias á Dios, hacíanlo como tengan el sueño. Hay padres que son causa de la perdicion de sus hijos por las malas costumbres con que los criaron, ciegos con el amor y aficion de hijos, no poniendo freno á sus libertades, dejándolos seguir el camino de los vicios, adonde como libres, sin órden ni gobierno vienen á perderse, siendo la causa de todo el poco remedio y cuidado que pusieron en su crianza, perdido el respeto que de derecho se les debe á los padres. Bien lo echaba de ver un discreto viejo, el cual como estuviese ya cercano á la muerte, tan cargado de años y enfermedades como de riquezas, estrecho de bolsa y de condicion, enemigo de que su hijo gastase un solo maravedí, aun en lo necesario y forzoso que hubiese menester. Entrándole á visitar una mañana el mancebo, le preguntó: ¿Cómo ha pasado usted la noche? ¿cómo va de dolores? ¿ha dormido usted algo mejor? Mas á su comedida pregunta respondió el anciano: Hame ido, he dormido, y estoy como vos me quereis y habeis menester para salir de padre, y hacer de las vuestras. Acudian á nuestra posada algunos valentoncillos de lampa, viva quien vence. Sacaban á rondar á mis llorados andaluces, y como suele decirse dime con quien andas y decirte he quien eres, á dos dias los ví cargados de broqueles, espadachines de noche y de dia, coleto de ante, cota hasta la rodilla, mejores para escuela de Marte, que para las de Bartulo y Baldo. No habia cuchilladas en que no se hallasen, ni se cometia delito en que no estuviesen. Si se habia de retular, ellos eran los retulantes, los Hércules de los bandos, los Anibales de las pendencias. Cada dia la justicia seglar y eclesiástica en casa, siempre á sombras de tejados, sacándonos para las costas procesales hasta los colchones de la cama. Veisnos aquí sin estudio, sin dineros, y con mala opinion de nuestros naturales: pues qué remedio ha de haber? Irnos á nuestra tierra, será pesadumbre para los ancianos padres, dejado aparte, que no hay blanca para el camino, y nos será muy mejor que el Señor nos abra los ojos, y nos metamos en religion, que con esto taparémos á todos la boca, viendo tan loable vuelta de una vida tan libre y desalmada. Este fué el paradero de mis amos, los cuales, temerosos así de la justicia como de sus padres y deudos, y mas de sus deudas, porque hasta los manteos tenian empeñados, porque cuanto trujeron lo habian puesto en cobro. Como el otro hijo de un buen hidalgo, á quien enviándole su padre á Salamanca para que estudiase, dándolelo mas que pudo para su curso, al

salir de casa le dijo : Ya ves, hijo mio, la poca hacienda que tenemos, y que entre tantos hermanos como tienes, no es posible sino que tengas muy poca hacienda de tu parte. Pídote por el amor que te tengo, o como padre, á quien debes obedecer, que estudies y trabajes, como persona que va á Salamanca, no á otra cosa, y que gastes con prudencia lo que fuere necesario. Partióse el mozo, entró en escuelas, cursó algunos dias. Paseando por la ciudad, acertó á ver una negra mujer que le llevó los ojos. Dió en festejarla, servirla y pretenderla, gastando en esto mas horas y tiempo que en los baldos; y consumiendo el dinero que habia traido para seis meses, afligido por verse sin blanca, escribió á su padre, suplicándole le socorriese con cincuenta ducados, y que no entendiese que habia echado á mal lo que le habia dado, pues en Dios y en su conciencia que lo habia gastado con prudencia : verdad, pues así se llamaba su dama. En efecto mis licenciados en una de las religiones que mejor les pareció recibieron el hábito, y yo viéndome huérfano, solo y desamparado, que el Señor no me llevó por ese camino frailesco, busqué modo de vivir, y viendo que un capitan de infantería levantaba gente para Italia, le fuí á hablar para pedirle me llevase en su compañía, prometiéndole de servirle en todo cuanto me mandase. No se hizo mucho de rogar el capitan, y pareciéndole que le estaba á cuenta el recibirme, haciéndome grandes ofertas si con él me iba, me recibió, y yo quedé con él con demasiado contento.

CAPITULO II.

Cuenta la jornada que hizo con el capitan, y los sucesos que tuvo en su compañía.

Alonso. Ya yo entendí, padre mio, que habia echado un clavo á la rueda de la fortuna, y que despues de tantos trabajos habia aportado al puerto del verdadero sosiego, y cuan engañado estaba, mostrómelo bien presto el mal proceder de mi capitan; pero estará vuestra paternidad cansado, y será mejor dejarlo para otro dia.

Vicario. No, hermano, que le prometo que gusto de oirle, y pues es temprano, acabe ese discurso, que aun no son las cuatro, y nos falta mas de hora y media para tañer á completas.

Alonso. En efecto el bueno de mi amo hacia de mí mas transformaciones que un Ovidio : porque unas veces queria que le sirviese de soldado para las pagas, otras de muchiller para servirle, que como ya crecido de cuerpo sabíame aplicar á su gusto, y á lo que mayor necesidad tenia de mi persona. Era el buen hombre ancho de conciencia, nada escrupuloso, todo lo remitia á la misericordia de Dios, y nada dejaba para su justicia : de suerte que con ser yo algo mas libre de lo que debiera, podíame dar quince y falta. Llegamos una tarde á un lugarcillo de pocos vecinos, adonde estando alojados, los soldados echaron ojo á unos carneros que pacian en una cerca no muy apartada del pueblo, y llegada la

noche que fué oscura, y acomodada á su propósito, cuatro compañeros fueron á visitarlos, trayendo consigo á la vuelta al cuerpo de guardia ocho de ellos. Venida la mañana, vino el dueño á quejarse á mi amo con notables extremos, por el hurto que le habian hecho, diciendo como de diez y siete carneros no le habian dejado mas de nueve, y que él sabia que soldados suyos se los habian tomado aquella noche. Mi capitan, muy enojado con el pobre pastor, le dijo : Sois un villano mal nacido, y mentís, que no traigo yo en mi compañía gente de ese modo : si mis soldados fueran, no dejáran ninguno, y harta probanza se ha hecho en su favor en lo que habeis dicho, que no son ellos hombres de tan buen contento, que os dejáran, no digo yo nueve, ni aun uno solo. A este modo iba despachando no pocas quejas que de su gente le traian los huéspedes adonde nos alojaban. Y llegando á pedir justicia otro pobre labrador, diciéndole : Señor, tengo en mi casa un huésped tan mal acondicionado, y tan terrible, que no le puedo contentar con los regalos que le pongo en la mesa : pídeme imposibles y lo que no se halla en esta tierra : trátame mal y ha puesto en mí las manos, usted me ampare y remedie estos daños. Oíale el bueno de mi amo y vuelto para el querellante, que estaba tan lleno de temor como de lágrimas, haciendo burla de él, con una falsa risa le despachó, diciendo : Sois un grosero ignorante ; ¿ no echais de ver que ese hombre os pide dineros ? dádselos, que con ellos le volvereis pacífico amoroso y mas blando que una cera.

Vicario. No debia de ser cristiano ese hombre.

Alonso. ¡ O cuantas veces tomábamos boletas para tres y no era mas de uno el que habia de ir á la posada, y las demas las íbamos acomodando á veinte y cuatro reales ! No habia gallina, por voladora que fuese, que pudiese escapar de nuestras manos. De modo que, llegando á una aldea, adonde los alcaldes nos alojaron, un vecino del pueblo que tenia experiencia de nuestro mal trato, puso en cobro aquella noche todas las aves : y en unas tinajas grandes que tenia las fué metiendo, cubriéndolas con estopas y algunas libras de lino : en otra tinaja puso al gallo, disimulándole como á sus mujeres. Llegamos á esta sazon nosotros deshambridos, y que no nos hartara con una vaca, y en entrando en su posada le dimos las buenas noches (que malas fueron para él). Ea, huésped, de cenar, matad unas aves, que no somos mas de cuatro amigos y tres criados, y con seis que se asen y unos torreznos con huevos, y otras zarandagillas que se añadan, pasarémos lo mejor que pudiéremos. De buena gana lo hiciera, respondió el labrador, si en mi casa lo hubiera ; pero, señores, desengáñense, que estan en la mas pobre posada del pueblo : cinco hijos tengo, mi mujer ha dos meses que no se levanta de la cama de un mal parto. Nuestra comida ordinaria es un poco de oveja en cecina, con unas migas ; si esas quieren, sebo hay, aunque con el tiempo estará rancio ; vino, no es muy bueno por estar algo vinagre ; pero con todo se podrá beber, que mas vale que agua, aunque es poco ; otro dia habrá mas. Mis compañeros empezaron á alborotarse pidiéndole ave fénix empanada, ó sino que los guisase los higadillos de sus hijos y las orejas de su mujer, mas yo que de mi natural condicion era mas piadoso y blando,

los apaciguaba, diciéndoles que no estábamos en la China, adonde se come carne humana, que se buscasen algunos huevos, que con ellos y sopas en queso podríamos pasar; pues donde no hay, derecho se pierde. En esta pendencia estábamos, y como ya debia de ser tarde, ó por lo menos la media noche, reloj certísimo para los gallos, al que estaba escondido en la tinaja le pareció que ya era hora de recordar, y poniéndose en pie alzó el cuello, meneó las alas, abrió el pico, y diónos señas de que estaba escondido. Yo, que aun me habian quedado algunos lucidos intervalos de las artes, hice aquesta consecuencia: ¿hay canto de gallo? luego gallo hay; pues no estará solo, que adonde él está, gallinas suele haber. Con esto nos levantamos los huéspedes de la lumbre adonde estábamos sentados, y fuimos en seguimiento y busca del desdichado pregonero, al cual sacamos de su tinaja, que como si él hubiera de hilar estaba con gran cantidad de lino, y pasándole á cuchillo fuimos buscando sus concubinas, que del propio modo estaban repartidas, que en todas eran veinte y tres, y cinco gansos, y por la rebeldía fueron todos condenados á muerte, sin admitir apelacion ni ruegos, y aunque á deshora se pelaron y asaron, llegando con nuestra cena casi al amanecer, con sobrada comida para otros dias, todo á costa de nuestro pobre huésped. No habia echarnos dado falso, todo género de malicia alcanzábamos, aunque una vez me costó bien caro. Porque como un dia nos alojasen en casa de una pobre viuda, lo primero que hicimos fué visitarla el gallinero y aposentillos que tenia la casa (aunque pequeña); dimos la vuelta á los trastos y alhajas, pero tan necesitado debia de ser el dueño, que no hallamos estorbo que nos fuese de provecho, ó ella esperando los lobos que la venian por convidados, con tiempo lo habia puesto en cobro. Ya empezaba á hacer frio, por estar en los meses de invierno, y echando nuestra cuenta, sacamos en limpio que no era posible, sino que nuestra huéspeda, ó tuviese algun tocino ó cecina, de que á falta de que comer algunos dias se remediase con ello. Yo que de la mala compañía de mis amigos se me habian pegado algunas tretillas, y ya podia ser perro de busca, metí bien la cabeza por la chimenea, y ví en lo alto del humero colgado un entrelomo y algunas morcillas, que aunque muy altas no las tuve por negocio perdido, ántes en viéndolas pudiera apostar que habian de ser mias. Llegóse la noche, fuimos á dormir (aunque para mí no habia de haber sueño, sino velar, siendo vigilante y cuidadosa centinela), y estando sosegada la gente, dejé mi cama, busqué por la posada una escalera, mas fuéme imposible el hallarla, y así viendo unos esconces y agujeros por la pared, arrimando unos bancos fuí trepando á lo alto del humero ó cañon de la chimenea hasta llegar junto de mi adobado. Al ruido que truje trasegando por la posada, despertó la viuda, y sospechando lo que podia ser, se levantó medio desnuda de la cama, viniéndose hácia donde yo estaba, maldiciendo á los soldados y á quien se los habia echado, á los alcaldes y regidores del pueblo que tal consintieron: y escuchábamela yo con mas miedo que vergüenza, y por no ser descubierto estaba yo quedo esperando se volviese mi gruñidora vieja á su aposento, mas no quiso mi desdichada fortuna que sucediese

conforme deseaba, porque, ó que para querer calentar agua para amasar, ó sospechando que yo estaba en lo alto de la pared del cañon, ó por quererlo así mi poca suerte, ella tomó cantidad de paja y leña y encendió una gran lumbre, subiendo al punto el humo á mis narices, y con la repentina llama comencé á sentir demasiado calor, de modo que si mas me detengo, saliera abrasado; pero por evitar semejante peligro escogí el menor, teniéndole por mas seguro, aunque perdí el premio de mi trabajo, y así dando una gran voz, diciendo: Alla voy, vieja hechicera, y me dejé caer. Al ruido comenzó la viuda á dar voces no dejando santo del cielo que no llamase en su ayuda. Pedia socorro á la santísima Trinidad, á todos sus vecinos llamaba por su nombre que la valiesen, no tardando en venir con sus muchos gritos todo un barrio entero, con mis tres compañeros soldados que yo habia dejado durmiendo, y bien descuidados de mi desgraciado suceso, que, sin darles parte, yo habia intentado. Halláronme mas negro con el ollin y humo que un etiope, chamuscado el cabello y cejas, oliendo el vestido á chamusquina, de modo que no me podian sufrir. Soseguélos, contándoles mi desgracia, y la ocasion de estar de aquella manera. Riéronse mucho á mi costa, contáronselo á mi capitan y á los demas soldados, que no poco solemnizaron la fiesta, trayendo por refran de allí adelante: Decidle á Alonso que alcance morcillas. Fué Dios servido que quedase bueno, y que con el humo abriese los ojos para echar de ver el mal estado en que estaba. Y queriendo suplir los defectos y faltas pasadas, de allí adelante fuí siempre el amparo y favorecedor de mis huéspedes, corrigiendo á mis compañeros cuando veia hacer algun agravio á los labradores; poníales delante el gran trabajo que pasaban desde su sementera, hasta el coger el trigo: el rigor del erizado invierno, sus insufribles frios, nieves y escarchas: el intolerable calor del sol, su poco regalo, pues contentos con una cabeza de ajos ó cebolla, y cuando mucho con un poco de cecina mal curada, se ponen á la inclemencia de los cielos, y con su continuo cansancio sustentan al regalado rico, que en su cama blanda se vuelve del otro lado, cuando sale él á ver las resplandecientes estrellas. Decíales: Señores, advertid que estos que nos tienen en sus casas no son herejes, ni enemigos de nuestra santa fe católica, sino fieles cristianos viejos, y que la guerra que vamos á hacer no es contra ellos, ni su majestad gusta que de ningun modo se les haga agravio, ántes en su favor con justa razon cada dia promulga pragmáticas y libertades, echando de ver el provecho y utilidad que se saca de su ordinario y continuo trabajo; y estimarlos en poco, es contra toda justicia; pues nuestros primeros padres labradores fueron, y con su continuo trabajo y sudor pasaron los años de su vida, cultivando la tierra y descubriendo sus entrañas, obligándola á que les diese algun fruto para su sustento y comida, y que lo que ahora hacen las bestias y brutos del campo algun dia lo hicieron los hombres, juntándose dos de ellos y tirando de un arado, hasta que la industria y buen discurso humano halló que los animales podian hacer lo que hacian los hombres, y los excusasen de tan intolerable fatiga. Poníales delante las ofensas de Dios, y la obligacion que tenian á restituir los daños que cau-

saban, y que no cumplian con decir comer tengo, en su defensa voy, por mí tendrán hacienda y vida, pues pongo la mia á riesgo para que ellos esten seguros; pues la naturaleza con poco se contenta, y si los dan de comer lo que es suficiente y justo no pidan gollerías: y si los defienden no los destruyan y acaben, procurando asolar su hacienda y beber su sangre: demas que no se cumple con decir no lo tengo, para restituir lo que hurté: pues ya que no lo hay para volverlo, penar lo tiene, y pagarlo, ó que en este mundo, ó que en el otro. Contábales lo que ví á un buen labrador arrojando la semilla de trigo; decia á voces: Una para Dios, otra para nos, y ciento para los soldados: y así sucede muchas veces, que el pobre no se atreve á remediar de pan: y por tener contento al soldado, y que no le maltrate, no sabe regalos que hacerle. Estas y otras cosas les amonestaba á mis compañeros, y mejor tengan ellos el sueño que lo hacian, y aun me atreví á decírselas al capitan, que no le eran de mucho gusto, por parecerle que era atrevimiento un mozuelo particular dar consejo á quien no me lo pedia: y pluguiera á Dios él le tomara, que yo aseguro que no le sucediera la desdicha que por él vino, y fué que llegando á un lugar de Castilla la Vieja, nos alojaron los alcaldes, adonde no nos hicieron aquel agasajo, ni trataron con el amor y regalo que mi capitan y soldados quisieran: y como de su condicion eran soberbios, y venian mal acostumbrados de los alojamientos pasados, desmandáronse un poco, tratando muy mal á los alcaldes y regidores del pueblo. Los vecinos, que vieron lo que pasaba, apellidaron libertad y favor de las demas aldeas. Tocaron la campana, á cuyo sonido, como enjambres de abejas, acudieron innumerables labradores, que los mas viejos no llegaban á veinte y seis años, gentiles mozos y robustos: cual con honda, cual con chuzo, y otros cargados de piedras, empezaron á disparar sobre nosotros tan espeso granizo, que en poco rato no quedó soldado que no pusiese pies en polvorosa, y muchos de ellos mal heridos; fueron siguiendo su alcance aquella gente indómita. Y viendo tan gran rebelion mi desgraciado capitan, recogiendo sus soldados, queria darles alguna satisfaccion y sosegarlos, para cuyo efecto, haciendo algunas señales al campo contrario con un pañuelo blanco, comenzó á llegarse á ellos. Poco sabian de guerra los aldeanos, que viendo venir su mortal enemigo, como rabiosos perros arremetieron para él con chuzos y ahijadas, y derribándole en tierra, la menor tajada vino á ser la oreja. De modo que el pobre caballero hubo de acabar miserablemente á manos de su soberbia, pues no poniendo nada de su casa, costándole tan poco de hablar bien, pudiera estorbar tantos desasosiegos y pesadumbres, tantos gastos y asolamientos de casas y haciendas, causado todo por no haber querido darme crédito, y tener en poco los consejos que cada dia le daba.

Vicario. ¿Y en qué paró el negocio?

Alonso. Muerto el capitan, los soldados desmayaron, huyendo cada uno á mas correr, procurando poner en salvo la vida de los que ya nos venian en los alcances, como hombres perdidos y rematados, que á voces decian: No quede ninguno; mueran, mueran, que tanto han de co-

tar todos como el muerto. Bien pudiéramos, aunque mas temerosos estábamos, resistir á los que iban en nuestro seguimiento, con seis arcabuces que habia entre nosotros, pero sucedióno la mas notable travesura que se puede imaginar (si es licito llamarla así) habiendo sido gran atrevimiento y desvergüenza de los que tal hicieron. Y fué que una noche (como soliamos otras) entramos en una cerca de un labrador buscando alguna ropa blanca, ó sayas que suelen tender de dia, y dejarlas hasta que se enjuguen, que no reparamos mucho en ello, pues mojadas, ó como estuvieran, las aplicáramos á nuevo poseedor y dueño. Fuimos buscando de una parte á otra, y no hallamos cosa alguna en que poder pecar, y por habernos quitado la ocasion de entre las manos, tentamos las puertas circunvecinas, pero estaban tan atrancadas y fuertes que no nos fué posible derribar ninguna, aunque mas diligencia pusimos en ellos. Echando de ver nuestra poca ventura, y la mucha de nuestros descuidados y dormidos dueños, y apesarados del mal lance, miramos á un esconce del cercado, y hallamos ocho colmenas arrimadas á una pared, y para no volvernos á la posada sin alguna presa, y tan sin algo como habíamos venido, convidados de la mucha claridad de la luna, semejante en su luz á la del dia, una á una les quitamos sus cubiertas, con mucha facilidad, por ser invierno, y estar las abejas como entorpecidas con la demasiada frialdad, que á ser verano ellas sirvieran de nuestro alguacil. Fuimos sacando de cada corcho los panales que mejor nos parecian, echándolos en algunos lienzos, y por no perder nada, vaciando la pólvora de los frascos, los hinchimos de miel, deseando tener alguna cosa con que desayunarnos, negro licor, y golosina cara, pues cuando tuvimos necesidad de defensa, nos faltó municion con que poder dar fuego. Al fin escogimos por mas seguro el correr por aquellos pinares, que aguardar á enemigos, que rogándoles mas se embravecen, y determinados rompen montes de dificultades.

Vicario. ¿Es posible que tan mal término tengan los soldados con los labradores?

Alonso. No se entiende, padre, que todos han de tener un mismo proceder, una mala correspondencia, y un mal trato para sus huéspedes, que como hay hijos de muchos padres, así tambien son diversos en condicion, en costumbres y naturaleza: de buenos y de malos se compone una república: y en el mas cultivado jardin, si nacen apacibles y olorosas flores, á veces tambien nace la malva y la vengativa órtiga: sino que es el trabajo, que por un malo pierden muchos, que verdaderamente son virtuosos, justos y buenos: y despues que yo salí de la soldadesca he conocido de todo género de gente, á unos que su buen trato obligaba á darles la sangre, y á otros que sacársela parecia ser obra de caridad; á lo menos fuera quitar un escándalo de la república, y un estorbo de la paz y quietud de los pueblos adonde habitaban. De ejemplo podria servir lo que nos sucedió un dia, que llegamos á un lugar de los mas ricos de la Andalucía, y á la fama de estar tan sobrados los labradores, era poco para mis compañeros prometerse montes de oro, y no se contentaron los mochileros con sombrero, medias y zapatos, despues de haberse sa-

tisfecho regaladamente los estómagos. Alojáronnos á mí, y á otros tres soldados, en la casa de una recien desposada, moza de buen parecer, aseada, rica y huérfana. Llegada la hora del comer, puso la huéspeda la mesa con mucha limpieza, y con tanta curiosidad y aseo, como si ella nos hubiera convidado, ó nos hubiera traido á la posada con muchos ruegos. Miró uno de mis amigos lo que habia traido, y llamando á la mujer con mucha ira la dijo: Villana, mal nacida, esta es mesa para soldados; si cojo un garrote, yo os enseñaré como habeis de tratar á los hombres de bien como nosotros. ¿Pues qué les falta á ustedes? replicó la labradora: manteles he puesto limpios, servilletas cogidas, pan, cuchillos y salero; lo asado y cocido luego vendrá, que ya lo sacan. Sois una descomedida grosera, respondió mi amigo, y si me levanto, yo os enseñaré lo que no sabeis. Lo primero que habíades de hacer, en tendiendo los manteles, era poner á cada uno un doblon, ó por lo menos un real de á ocho en cada comida que nos diérades, y con esto no dirán nada, que este era el principio para entrar con buen pié. Alborotóse la desposadilla, y al ruido acertó á llegar el novio con otros cuatro deudos suyos, mozos robustos, fuertes y de pocos años, y tomando la demanda por la mozuela, fué ventura y misericordia de Dios no quedar allí todos perdidos, de modo que en lugar de defendernos, tuvimos necesidad, para que nos dejasen, de apaciguarlos, echándonos á amor de cabildo.

Vicario. Muy bien es que en las casas agenas sean los hombres comedidos: y no me espanto que una sinrazon haga perder á un hombre la paciencia. Y en efecto, hermano, ¿en qué vinieron á parar, luego que murió su capitan, y ellos fueron huyendo?

Alonso. Cada uno, padre, tiró por su parte, sin aguardarnos los unos á los otros, y yo por la mia vine á dar á una villa diez leguas del lugar adonde nos sucedió la desgracia, y andúvelas en menos de ocho horas: adonde podrá vuesa paternidad colegir cuanto puede el temor, pues no hay posta que así corra. Tenia yo que andar en aquel camino otro tiempo, en dos dias, y aun no pudiera, segun era delicado y espacioso, y sin cansarme y con ánimo de andar otro tanto en tan breves horas le anduve entónces. Nunca habia dejado mi media sotanilla, ferreruelo largo y cuello bajo, hábito decente, mas propio de estudiante que de soldado. Y así con algun disimulo, por si acaso venian tras mí, pues aun no estaba seguro, dí una vuelta por el pueblo, y fuíme á la iglesia, adonde hice una devota y larga oracion á Dios, suplicándole me librase de tantos peligros como me amenazaban: y en verme tan devoto y afligido, le dió deseo al sacristan de saber quien yo era, y lo que pretendia, y llegándose á mí, me preguntó cual fuese la causa de mi melancolía, de adonde era, qué buscaba, y si habia menester alguna cosa que él pudiese hacer por mí. Visto su buen término, le dí las gracias, diciéndole como buscaba adonde acomodarme por algun tiempo, y miéntras mis deudos me favorecian para pasar mis estudios, el venidero curso, pues ya era tarde para poderle ganar aquel año. A buen tiempo habeis venido, me dijo el sacristan, porque habrá ocho dias que se me fué de casa un mozuelo que yo habia criado, y en su lugar (si es que gustais) podeis entrar vos, que

lo que toca á trataros bien, pagándoos lo que se concertare, correrá por mi cuenta; y sé que no os quejareis de mi : solo reparo en si teneis alguna persona en esta villa que os acredite y conozca, para que yo os pueda fiar el tesoro y riqueza de esta santa iglesia, con lo poco que vereis en mi posada. Eso, señor, respondí, de pedirme fiador, será imposible, porque mis padres fueron de muy léjos de esta tierra, y no sé que haya persona que me conozca : á mis obras me remito, á quien doy por abono del buen servicio que prometo haceros, y no os pesará de haberme recibido. Ahora bien, en el nombre de Dios yo quiero meteros en mi casa, dijo el buen hombre : en buen pié vais, y encomendaos al Señor, y tocad á la plegaria, que pues son las doce, ya es hora de comer si nos lo quiere dar nuestra huéspeda. Y pues ya tambien es hora de recogernos, si fuera gusto de vuesa paternidad, pues estamos léjos de nuestro convento, y el sol va ya algo de caida, nos podemos ir acercando mas hácia casa, que vuesa paternidad anda algo enfermo, y el sereno de la noche no le puede hacer ningun provecho : dejado á parte que el rocío que cae á estos tiempos hace notable daño á la cabeza.

Vicario. Bien dice, hermano, vuelva la hoja, y tenga memoria adonde lo dejamos, porque no se pierda punto de nuestro cuento.

Alonso. Vuesa paternidad descuide, que interes mio es acertar á servirle.

CAPITULO III.

Entra Alonso en casa del sacristan, y cuenta al vicario lo que le sucedió con él en la iglesia, y en lo tocante al servicio del templo.

Vicario. Bien me acuerdo, hermano, que quedamos anoche en la casa del sacristan, y que ya era hora de comer, cuando ningun mozo suele faltar de la posada. Ahora proseguid con vuestro discurso, que por lo que me da de contento, me obliga á que os esté con mucha atencion.

Alonso. Nunca tuve amo á quien sirviese con mayor voluntad y cuidado, y á no ser él tan áspero conmigo, verdaderamente, padre, jamas le dejara : pero como yo de cuando en cuando le decia algunas cosas que él no quisiera oir, enojábaseme mas de lo que fuera justo, queriendo andar conmigo como con el adelantado, jugando puño en rostro, que en efecto, aunque sean verdades las que se dicen, siempre traen consigo algun mal sabor y desabrimiento. Madrugaba los dias de fiesta ántes que amaneciese, á tañer al alba, y con las campanas mudaba de sones, de modo que se podia danzar, cuando yo tañia, como si fuera mi son el de la mas templada campana ó vihuela; tenia fama en el lugar de buen músico campanil, y aun por esto me iba aborreciendo el negro de mi amo ; que en efecto la envidia hasta en el pecho de un sacristan halla asiento y morada. Cantábamos los dos á coros los *Kyries*, la *Gloria* y *Credo* con

tanta suavidad como unos gansos : pues que si mi dueño daba en hacer de garganta, podia gastar media hora cada paso, y como siempre andaba acatarrado y ronco, sonaba como una noria; no digo de la mia desabrida y áspera, pues basta para disculparme el conocer mi falta, y confesarla yo por mi boca. Decíale muchas veces no cantase el *Laudate Dominum*, ni la *Magnificat anima mea*, pues tales cantos para dar gusto á quien los oye, hanse de dejar para aquellos á quien repartió el cielo con mano liberal sus gracias y dones. Enojábase mi sacristan en ver que yo le iba siempre contra su inclinacion, y por quitarme de pesadumbres dejábale cantar dias y noches á costa de los pobres que forzosamente le habian de estar oyendo. Enfadábame de ver el modo que tenia de andar por la iglesia, el poco respeto á los altares y á las sagradas imágenes, y mas pasando por delante del altar mayor, adonde estaba el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Señor : llaméle un dia que le ví de buen humor, y díjele : Entró en una iglesia, digamos como esta que tenemos, por sacristan de ella un mozuelo de mi traza, y como nuevo ejercitábase en todo género de curiosidad y limpieza, así para el servicio del altar como de su sacristía; andaba por el templo con todo recato y reverencia, en llegando á alguna imágen de Cristo nuestro Señor, de la sagrada Vírgen, ó que fuese de algun santo, limpiábale haciendo su humillacion y acatamiento con una profunda humildad y devocion, deuda debida á su grandeza. Acabóse el año de noviciado, y creciendo así en humor, como en presuncion, no se curaba de medir los pasos poco á poco, y para danzante no era de provecho, pues no sabia con qué modestia habia de andar por la casa de Dios. Corria de una parte á otra del altar, y tal vez hubo que se llevó de un paso cuatro escalones. Sacudiendo el polvo de los santos llegaba al rostro y barba sin género de comedimiento ni respeto : y si ponia los frontales, sábanas ó palia, si antes iba como á nivel, ya andaba todo como de prestado, caido de un lado, tuerto del otro, arrastrando, sin guardar proporcion ni órden en la compostura y adorno. Reíame de puro enfadado de su mal modo de proceder, decíaselo para que se enmendase y corrigiese, pero dábame por disculpa ser ya sacristan antiguo, y como muy de casa no reparar en niñerías, ni hacer caudal de aquello en que cuando era moderado y nuevo reparaba. A tan disparatada respuesta le repliqué diciendo : Hermano mio, los muy antiguos y privados de los reyes, que estan en su servicio, de ninguna suerte les han de perder, ni pierden el respeto, que con justo título se debe á su grandeza y majestad, ni por antigüedad que tengan en palacio se conoce en ellos desenvoltura, ni accion que contradiga al respeto debido á la real presencia. Pues si en los príncipes de la tierra hay este miramiento y cortesía, ¿cuál será el que debe tener un gusanillo como vos, ó por mejor decir, una nada, con el que es la cifra de la grandeza y máquina de la tierra y cielos? Aplicacion, señor sacristan : usted anda de suerte algunas veces por la iglesia, que mas parece correo de á las quince, que persona que está en servicio de Dios y su culto divino. Veo tratar las cosas sagradas no con el miramiento que se debe, pues en verdad que me acuerdo haber leído que castigó Dios al sacerdote Helí, porque sus hijos sacaban la carne

que se cocia para los sacrificios : y á Oza, que fué á tener el arca que se iba á caer, mató repentinamente. Estas razones tomábalas mi señor unas veces con paciencia, otras con enojo, y vuelto para mí con mucha cólera, me decia : Mancebito predicador, yo no os pido consejos, ni vos sois persona para darlos. Idos á pasear, y si no estais contento, mudad de posada y no os enfadarán tanto mis cosas. Por quitarme de pleitos, dejábale sin volverle respuesta, que verdaderamente es cordura en viendo á uno enojado, no darle mas ocasion con réplicas, pues con esto se atajan muchas pesadumbres. Ibame á mi iglesia, y allí no me faltaban, cuando hallaba algunas reverendas viudas con tanto entretenimiento y plática como si estuvieran en su casa ó en su estrado. Muy de propósito con sus visitas, como yo habia menester poco, llegábame á ellas y decíales : Señoras mias, adviertan que dice Dios por su profeta que su templo es casa de oracion y no de conversacion, y que el venerable Beda enseña que el que habla en la iglesia no habla él, sino el diablo en él. Y para que lo entiendan, les quiero contar lo que le sucedió al gran padre San Benito, el cual como una vez estuviese en oracion en el coro, alzando los ojos, vió sentado en una cabeza del madero que salia de la pared del templo un espantoso y feo demonio; reparó en lo que se ocupaba, y vió que muy apriesa estaba escribiendo en un pergamino lo que hablaban dos viejezuelas que estaban sentadas por bajo de donde él estaba, y dábanse tanta priesa en su plática, que aunque el escribano no lo hacia mal, ni era perezoso, ni escribia por hojas, metiendo la mas letra que podia, alargando renglones y usando de abreviaturas, vínole á faltar en que escribir, y enojado con el poco recado que habia traido, asió con los dientes del pergamino para estirarle, y que diese de sí; pero como tenia colmillos agudos, tirando con mucha fuerza rompióse el pergamino y él se dió una gran calabazada en una esquina de la pared, que no fué de poca risa para el glorioso abad; los monges viendo aquella no usada descompostura en su prelado, deseosos de saber la causa, se la preguntaron, y el santo les respondió como por ver descalabrar al demonio habia sido su risa de aquel modo. Bajó al cuerpo de la iglesia, reprehendió á las buenas viejas por lo mucho que habian parlado, dando ocasion al enemigo del linage humano para que de todo cuanto entre las dos habian comunicado, el acusador suyo lo tuviese puesto por memoria para el dia del juicio, adonde ni una sola palabra se les perdonaria. No se recibió mi cuento de buena gana, antes llamándome procurador de los embargos, me hicieron que lo dejase á mal de mi grado; pero lo que mas me hacia perder la paciencia era el ver que hubiese atrevimiento en algunas personas para hacer sus conciertos y tratos ilícitos en la casa y templo de Dios. Acordábame del que edificó aquel tan rico como prudente y sabio rey, al modelo y traza del señor, figura y sombra del que ahora tenemos, mandándole que le labrase costosa y ricamente, con un soberano artificio, que sus paredes fuesen todas aforradas con planchas de lucido y finísimo oro, y que todo el tejado y chapitel suyo estuviese lleno de levantados, juntos y agudos asadores del mismo metal, de suerte que ninguna ave se pudiese sentar en él : y si acaso descortesmente no respetase el lugar sagra-

do como sin razon ni entendimiento, de ninguna manera aquello habia de ser, ni permitir, sino de vuelo, no deteniéndose en lugar adonde tanta limpieza y adorno se pedia. Pues si aun los pensamientos inevitables que tocan á la ofensa del Señor no es justo que los tengan los hombres, y si acaso les vienen sin darles posada ni asiento alguno, los han de dar de mano: ¿con cuánta mas razon á las palabras y obras ilícitas? Quisiera yo que se usara en los templos lo que se acostumbra cuando riñen dos personas: tienen palabras, hanse injuriado, hay mucha gente de por medio que no los deja llegar á las manos, estan coléricos, dan algunas voces, disimulan por entónces, y fian su pendencia para otra parte. Enojar á Dios y ofenderle de cualquiera suerte siempre es malo, y como fuere la ofensa será el pecado; pero circunstancias hay que agravan mas la culpa y merecen mas pena: y razon fuera, no á los ojos de Dios, ni en su casa ya que el mal ha de ser, sino en diferentes lugares solos y apartados, tratar de semejantes conciertos, si algunos se tratan. Acuérdome del modo con que la gentilidad entraba en el templo de sus ídolos, y aun dicen que los moros guardan hasta ahora inviolablemente en algunas partes aquella ceremonia, y es que cuando entran en sus mezquitas ó casas de oracion dejan á la puerta los zapatos, entrando descalzos á pedir á sus dioses los favorezcan y los amparen. Habia de llegarse Moises á ver aquel maravilloso cuanto prodigioso milagro de la zarza que se ardia y no se quemaba, y mándanle que se descalce y vaya con respeto, porque está allí Dios: y acá en nuestra iglesia, que sabemos que está allí por presencia, asistencia y potencia, real y verdaderamente, no sé como vamos, y ya que calzados y poco advertidos, no con el miramiento y respeto que se debe. Una persona curiosa y devota para cierta fiesta pintó un ingenioso y vistoso geroglífico sacado de lo que enseña Plinio en su natural historia, y fué que pintó un dragon á una parte, y puesto de rodillas ante él á un hombre, las manos juntas y los piés descalzos, los ojos en él con mucha devocion. En otra parte pintó una cruz, y á otro hombre bien aderezado y compuesto, su rosario en la mano, hincada en tierra una rodilla como cazador, vuelto el rostro como que hablaba con otro, ó que miraba á los que venian: tenian los dos rezadores su título. El del gentil decia: Gentil, y el del cristiano decia: Cristiano, y abajo estaban escritos estos versos, que decian así:

Quizá viendo la figura
De los dos que ves rezar,
Podríase bien dudar
Si fué yerro de pintura.
Mas puse el letrero llano
Por no responder á mil
Si el cristiano era gentil,
O el gentil era cristiano.

Al que en el palacio real inconsideradamente echa mano á la espada, tiene por pena el cortársela, por no haber respetado el lugar, que con tanta

razon se le debe todo miramiento y respeto. ¿Pues qué castigo merecerá el que donde asiste y está verdaderamente con el mismo poder y majestad que en el cielo, atrevidamente se arroja á lo que delante de un hombre particular no se atreviera, ni aun lo intentara? Pena de muerte puso por castigo la pragmática real, contra los agresores de la casa del rey; y pena de muerte tambien puso el Eclesiástico, capítulo treinta y ocho, para aquellos que ofenden á Dios en su casa, diciendo: El que peca en la presencia de aquel que le hizo, cae en las manos del médico, pone lo porvenir por presente, porque para Dios todo es de una manera, lo que es y lo que ha de ser. Y dice el sabio: El que no guarda respeto á la presencia de su Dios y á su casa, caerá en las manos del médico, y ya que le conozca la enfermedad, no le curará, porque ha de tener al Señor por su contrario, de adonde procede toda salud y remedio: y cuando no, hará que le yerre la cura, para que no se libre de la enfermedad que le causó su culpa y pecado. Entre las atrevidas refriegas que el demonio, enemigo nuestro, tuvo con el Salvador del mundo, Cristo nuestro bien, la segunda fué en aquel famoso templo de Salomon, pidiéndole que si era hijo de Dios, se arrojase de lo alto del pináculo ó chapitel, que cierto estaba que no se haria mal ninguno, cosa maravillosa que le llevase á lugar sagrado pudiéndole llevar á otra torre de las muchas que tenia la ciudad santa de Jerusalen: mas no sin causa, pues era aquel lugar dedicado á Dios, y en él buscaba alguna ofensa contra su majestad. Bien consideraba esto un santo prelado de nuestros tiempos, el cual puso excomunion en que luego incurriesen los que hablasen cosas ilícitas, hiciesen señas ó provocasen á las mujeres que estaban en los lugares y templos sagrados á algun género de deshonestidad y desenvoltura: asimismo quitó el representar comedias profanas y lascivas en las iglesias: hecho por cierto muy justo, y mandamiento con mucha razon ordenado, digno de su prudencia, cristiandad y cordura. No menor era la pena que me afligia en ver la costumbre que tienen algunos gentiles hombres de ponerse á las puertas de los templos, para ver y juzgar las damas que entran ó salen, hechos aranceles, ó aduanas de la buena ó mala compostura, hermosura ó fealdad de las señoras de la parroquia: bien diferente modo y trato del que se guardaba en aquella república de los Hebreos, pues en los actos públicos y juntas que tenian, por una parte iban las mujeres y por otra los hombres, y volvian ellos y ellas á sus casas sin verse ni hablarse: que esta fué la ocasion de haberse perdido Cristo Señor nuestro en su sagrada niñez, porque la madre Señora nuestra entendia que habia ido con su sagrado esposo, y el santo José imaginaba que á su sagrado niño Jesus, como á criatura, la santísima María su esposa le habia llevado consigo. Volvieron á casa los celestiales esposos, y halláronse sin él, y sin culpa de su dolorosa falta. Los que han de estar á las puertas de las iglesias con justa razon y título han de ser no los gentiles hombres y galanes, sino los pobres y necesitados que piden limosna, faltos de salud, desamparados de todos, para que en entrando á pedir mercedes al rey del cielo, entren primero por la limosna y caridad, porque cuadra muy bien, y es maravilloso modo de obligar al Señor para alcanzar de su ma-

jestad lo que se le pide, limosna y oracion. El andar los pobres y ciegos en las iglesias y dentro de ellas pidiendo, enfadábame, y estorbaba cuanto podia aquella mala costumbre, diciéndoles que á la puerta del templo se podian salir á pedir, pues andar de persona en persona, verdaderamente no sirve sino de estorbar á los que estan encomendándose á Dios, y ser justo lo que les amonestaba, parece que lo decia aquella antigua costumbre de los romanos, los cuales á las puertas de sus iglesias y templos mandaban se pusiesen los pobres, y que allí pidiesen limosna, no adentro, porque no fuesen estorbo á los que estaban adorando sus fingidos y falsos dioses, como consta de los actos de los sagrados apóstoles, porque como un dia entrasen en un templo de la gentilidad en Roma los gloriosos santos san Juan Evangelista, y san Bernabé, al entrar por las puertas comenzaron los pobres enfermos á pedirles que les socorriesen, dándoles alguna limosna con que remediar su trabajo y necesidad. Los santos apóstoles, mirándoles, dijeron : Hermanos, nosotros somos tambien pobres como vosotros, oro ni plata no lo tenemos, ni acostumbramos á traerlo; pero lo que os podemos dar, eso os daremos de buena gana. Levantaos y recibid la sanidad que deseais, en el nombre de Jesucristo, señor nuestro y verdadero Dios, milagrosa palabra y virtud divina, que así al punto pudo hacer tanto bien á los que tan necesitados estaban de remedio, dejándolos con entera salud, así del cuerpo como del alma, pues cierto habian de reconocer la merced que se les habia hecho y confesar ser falsos los dioses que adoraban, y el verdadero y cierto el que predicaban los santos apóstoles : así que su lugar de los pobres derechamente es el estar en los portales de las iglesias, que así lo acostumbraban tambien en aquella república hebrea, donde en los portales del templo estaban á recibir limosna innumerables necesitados enfermos : y de razon, tambien á las puertas habian de estar los ciegos rezadores, para que con sus voces no divirtiesen á los que van á encomendarse al Señor. Y aun esto y lo otro sufriera de buena voluntad, y con sobrada paciencia; pero ha llegado ya la desdicha á tanto, y por nuestros pecados la libertad de los hombres está en su punto, que ya en las iglesias, ermitas y templos no hay cosa segura, no hay cáliz, candelero, cruz, frontal, frontalera ó sábana, que si se descuida el sacristan no se hurte : pues que si hay alguna fiesta, y se aderezan las paredes, y cuelgan sedas, ahí es ello, el echar sus trazas, el desear que anochezca, para coger la lámpara, tafetan ó damasco, ó cuadro que se colgó algo bajo; ó por lo menos ya que no se puede descolgar, sacar un giron, y aproveche lo que aprovechare, que será para ligas.

Vicario. Notable maldad y atrevimiento, hurto y sacrilegio, que de cometer semejante pecado habian de temblar los hombres : y por mas necesidad que tuviesen, ántes coser su boca con la pared y perecer de hambre que intentarle, cuanto mas ponerlo por obra.

Alonso. Bien echo yo de ver, padre mio, que estas cosas y otras semejantes no las hacen gente de bien ni honrada, sino desalmada, ruin, y personas que no les falta mas que morirse para irse sin réplica á los calabozos y cárceles del infierno; pero la lástima no es sino que sean cristianos

(si lo son) y que haya habido algunos tan desalmados, que llegue á tanto el atrevimiento y desvergüenza, que á la misma reina de los cielos y tierra, de su sacrosanta cabeza la hayan quitado la corona, joyas, sartas y vestidos, y que lo que no se atrevieran á hacer los mismos demonios, haya manos sacrílegas que lo intenten : y que háyamos visto en nuestros dias hurtar de la iglesia los vasos de plata donde se guarda el santo óleo y crisma, y que forzosamente se habia de echar á mal, con tan poca reverencia y desacato que si las cosas anduvieran como habian de andar, cada uno de los fieles habia de ser guarda del templo, procurando su ornato, adorno y limpieza, sin haber mas sacristan que los de la parroquia : y el cerrarse no se habia de hacer sino por la decencia, no por temor que en él se cometiesen hurtos ni sacrilegios. Todas estas cosas, padre, se las decia á mi amo con ansia y lástima de mi corazon, y él mirábame, y muerto de risa me respondia : Hijo Alonso, presto os llevarémos al hospital de podridos, por vida vuestra que mudeis la hoja, y no os metais en gobernar el pueblo, que no es dado á vos, ni yo he menester criado que me enseñe, sino que haga lo que yo le mandare : ya teneis cuerpo y años para aprender oficio, dos meses ha que estais en mi casa, veis aquí lo que os debo, idos con Dios que no os he menester. No poco enfadado quedé con el mal término de mi sacristan; pero eché de ver que no podia hacer otra cosa, ni que habia de aprovechar el replicarle : le respondí que de muy buena gana dejaria su posada, y así, dándome mi amo catorce reales, porque siete ganaba cada mes, alabando á Dios de verme con algun dinero para poder caminar, salí del pueblo un viernes de mañana, y tomé el camino de Toledo. Pero pues ya se va á poner el sol, y es justo vuesa paternidad se recoja, dejémoslo ahora, que ahí nos queda otro dia en que podamos proseguir con nuestro discurso, pues todo este tiempo es el que nos da la órden para que tengamos alguna recreacion.

CAPITULO IV.

Cuenta Alonso como llegó á Toledo, y entró á servir á un gentil hombre recien casado, y lo que le sucedió.

Alonso. Quedamos ayer, padre vicario, en el camino de Toledo, ciudad de las mas famosas de España, cabeza de reino, ilustre y rica, adonde llegué con los trabajos y penas que no podré encarecer, ni contar á vuestra paternidad; era tiempo de invierno, habíanse hecho á una las cataratas del cielo con las nubes : habia entrado el sol en el signo Acuario, y así venia agua á la tierra, que era bendicion de verla caer. La tierra mostraba campanillas; á cada paso sacaba á luz el arco del apóstol, vestido de maravillosas colores, verdadera señal de la tormenta que nos seguia, y á mí principalmente, porque iba á pié con tanto lodo y tan mojado que podia dar paso adelante. Deparóme Dios, para alivio de mis trabajos,

un carro de mulas de los manchegos, que en ser grandes y bien aderezados pueden llevar una casa. Enfadado ya de andar dos veces al camino con cada pié, volviendo atras cuanto echaba adelante, agua arriba y agua abajo, pues las nubes se me habian conjurado, y la tierra era un mar, segun los arroyos cruzaban de una parte á otra, acordábame de aquel decir de los poetas, encareciendo el modo del correr de las fuentes y arroyuelos; muchas veces los llaman sierpes de cristal, mas para mí eran venenosos dragones, y no fingidos, pues así martirizaban mis carnes; cansado de tantas cuitas, sin poder dar paso, aborreciendo el poco dinero que llevaba, me llegué al carretero, que sobre el yugo iba picando á las mulas, con deseo de llegar presto al parador del pueblo, que ya estaba cerca, á quien con humildes y amorosas razones le dije: Suplico á usted, señor hidalgo, porque voy con poca salud y muy cansado del trabajo de dos dias que ha de camino, se sirva por mi dinero de llevarme hasta Ocaña, pues segun veo, usted camina hácia allá, que en hacerlo recibiré merced, y no perderá nada en favorecerme. Oyóme el manchego, y aunque se hizo de rogar un poco, con todo eso viendo al ojo el interes y premio, tan poderoso para todos, me respondió que subiese enhorabuena en el carro, y dándome la mano tomé la posesion que deseaba, aunque fué por poco tiempo, porque aquella tierra de la Mancha, en lloviendo mucho, parece de suerte tan pegajosa y blanda, que no es posible dar un paso á pié, y á caballo aun es peor por los atolladeros que se hacen, con ser como es aquella tierra de su naturaleza enjuta y seca. Bien se echaba de ver en mi carro, pues el carril estaba tan abierto que se cubria en él todo el cubo, y cada momento era menester apearme, vocear y animar las mulas, yo con gritos y mi compañero con votos y juramentos: renegaba de los pechos de su madre y de la leche que habia mamado; su padre no mondaba nísperos, ni aun se echaba menos la soldadesca, que en buena mano estaba, aunque yo le iba bien á la mano, si es que se puede corregir una mala costumbre. Suele traer por dicho comun, para encarecer el mal término que alguno tiene en jurar, fulano jura como un carratero, y el mio no degeneraba del oficio, ántes pudiera dar quince y falta al mas desalmado desuella cara. Sabe Dios con el miedo y pena que yo estaba, considerando el castigo que Dios suele hacer en los juradores blasfemos, y que no me llevase á mí de calles, pues en cualquier borrasca el que mejor libra tiene que contar toda la vida. No le quedó vara á mi Boótes terrestre que no la hiciese pedazos en las orejas de las desdichadas mulas, y compadecido yo del mal tratamiento le pregunté que no debiera: ¿Dígame, señor, el carro y las mulas son de usted? ¿Eso pregunta? me respondió; pese á mi ánima, si mias fueran ya las hubiera quemado. No son sino de un ladron herege de mi amo, que para que me vaya al infierno me tiene en su casa. Bien se echa de ver, le dije, en verdad que un ciego lo viera, y un mudo lo hablara. ¿Pues qué le parece, reniego de quien le parió, replicó el enojado carretero, que por el cielo de Dios que estoy para hacer del carro, de las mulas y de él un disparate, y que no ha de subir mas á él, aunque reviente? Como fuere servido lo hará vuesa merced, le respondí, por verle ya tan

borracho de cólera, como lo debia de estar de vino, y era cierto desfogar conmigo su enojo, como si yo hubiera llovido, hiciera los lodos, y atascara las ruedas; pero debíase de decir por mí, por culpa de la bestia mataron al obispo. A buen partido lo tuve el irme á pié, pues en subir y bajar del carro se me habia de ir la tarde, saliendo como salian á cada paso tantos atolladeros. Ahorréme de gasto, guardé mi dinero, aunque era poco lo que me habia quedado, y animándome lo mejor que pude, llegué á Toledo: no vengan trabajos por un hombre como se pasan. Sentencia es de las madres viejas que buen corazon quebranta mala ventura. En mí se pudo verificar, pues pareciéndome imposible poder acabar mi jornada con el cansancio y fatiga que llevaba, al cabo vine á salir con mi intento, y á verme libre de tanto lodazal y atolladero. ¡Qué de veces que me acordé de aquellas palabras de Cristo Señor nuestro, que enojado con aquellos ingratos y desconocidos de su pueblo, previniéndolos de los trabajos y miserias en que se habian de ver, les dice: Rogad al Señor que vuestra huida no sea en sábado, ni en invierno; y da la razon el sagrado texto diciendo: Porque en invierno son muchas las aguas, y los caminos no estan acomodados para poder huir, y en el sábado, por ser dia de fiesta para los hebreos, era vedado el poder caminar, sino señaladamente tanta distancia de pasos. Llegué á Toledo un lunes de mañana, alegre de verme en aquella imperial y noble ciudad; consideré su maravilloso sitio y fuerte muralla, su admirable alcázar, su rica iglesia mayor, maravillosa y nombrada en el mundo por tantos y tan grandiosos títulos como tiene. Entré en la plaza de Zocodover, teatro un tiempo de galanes andaluces, descendientes de Agar, y ya por la misericórdia de Dios de fieles cristianos. Anduve de una calle en otra embelesado, mirando la riqueza de los mercaderes, sus grandiosas tiendas, su proceder y trato tan honrado y noble. Mirábanme algunos considerando en mí la atencion con que notaba todas aquellas cosas, y entre los que pusieron en mí los ojos fué un gentil hombre, bien aderezado al uso de ahora, cuello azulado y abierto, calza entera de obra, sombrero con plumas, espada dorada, ferreruelo aforrado en felpa, guante de ámbar, y al cuello una vuelta de cadena de oro de moderado peso, el cual llegándose á mí me preguntó de qué tierra era, qué buscaba, pues al parecer era extrangero, si estaba acomodado, ó si queria servirle. Respondí que de buena gana estaria con un amo que me tratase bien, pues estaba con razonable vestido, para no echarle luego en costa, como otros criados mal aderezados. Díjele que era andaluz, que el deseo de ver á Toledo me habia traido desde mi tierra: encarecíle el cuidado con que acudiria al servicio del dueño que tuviese, y de suerte le supe obligar que, aficionado á mi buena traza y plática, me respondió: Hermano, hallado habeis lo que buscábades; Dios os ha venido á ver, y si gustais de iros conmigo, que yo tengo de recibir criado, y porque me pareceis hombre de bien, os quiero recibir para que me sirvais de page. Muy enhorabuena, le dije, y así los dos nos fuimos juntos á su posada, que no era muy léjos de la plaza, y á poco espacio de tiempo me metió en una casa, que me dijo ser la suya; subimos una escalera, pasamos un corredor, una cuadra y otra. Llegando á una espaciosa sala, ra-

zonablemente aderezada de guadamaciles, cuatro sillas, tres taburetes, un bufete, una alfombra mediada con seis almohadas de terciopelo carmesí, estrado de alguna moderacion para una señora ordinaria, dió una voz mi amo, diciendo: Señora, ¿estais acá? ¿no hay quién me responda? Y de otro aposento correspondiente á la sala, salió una mujer, si lo era, porque á mí mas me pareció monstruo ó fantasma para asombro de los hombres que persona humana. Bien echo de ver, padre mio, que para la religion y observancia de los oidos de vuestra paternidad no son estas cosas, pues las palabras que escuchan siempre son puras, honestas y recatadas; pero con todo eso, sin recelo alguno las puede oir, pues representacion y memoria de mujer tan fea, ni habrá disciplina ni cilicio de tanto provecho para refrenar los incendios y carnales apetitos. Salió, pues, mi deseo de dama vestida á lo grave, alta de cuerpo, muy derecha, sobre media vara de chapines, con sus varillas de plata de un gran geme: lo que le faltaba de gruesa y corpulenta, sobraba de enjuta y reseca: tenia el rostro como el de María de Peñaranda la barbuda, y tanto que se pudiera alzar los bigotes y dormir con bigoteras; carilarga, la nariz apia, quintada, y vuelta al lado derecho, los ojos, uno mayor y mas crecido que el otro, no iguales en el asiento, cuyas niñas, aunque no menores de edad, miraban á dos parroquias: cejijunta, cabello negro, tosco y grueso, frente corta y estrecha, boquihundida y de oreja á oreja, dientes anchos y apartados unos de otros al modo de almenas, verdadero retrato del que pintó un poeta mi conocido en estos versos:

Nunca tal novia se vea,
Flaca, negra, tuerta y fea,
Y nuestro novio traidor,
La mostraba mas amor
Que Calisto á Melibea.

Mirónos con gravedad y algo risueña, con el novio, á quien le dió el bien venido, y quitándose los guantes mostró la mano semejante á la de un osa, negra, vellosa y seca. Don Fernando (que así se llamaba mi señor) vuelto para mí me dijo: Veis aquí el dueño de mi vida; conocedla, y de hoy en adelante haced lo que os mandare, que ese será mi gusto. Y dando cuento á su esposa de quien yo era, alabando mi ingenio, modo de proceder y habilidad, tomándola de la mano se entró con ella en una cuadra, dejándome á mí en la sala solo aguardando me diesen órden de lo que habia de hacer. No tuve por bueno tanto silencio, ni sentir ruido de otra gente; aguardé buen rato, quitéme la capa y sombrero, y poniéndolo sobre una silla, muy de espacio me puse á considerar las desdichas de algunos hombres, la ceguedad y mal gusto de su eleccion, pues estando en su mano el casarse con mujer de buena suerte y traza, eligen para toda su vida lo que forzosamente ha de ser su martirio. Malo es dejarse llevar un hombre de un apetito desenfrenado, y temerariamente arrojarse á lo que no debe por una vana y breve hermosura, que hoy es y mañana se pierde: pero si hay disculpa para un yerro, este parece que

la tiene. Pero en este mi amo, no sé que pueda decir, pues en su negra esposa estaban con justo título las cinco efes, y no tenia el nombre de Francisca. Notaba los varios efectos de naturaleza, pues con ser Toledo milagrosa, criando bellísimas mujeres, sacó aquel espanto de la humana belleza; hallaba ser falso lo que dicen de las aguas del Tajo, atribuyendo á ellas el color y tez de las toledanas, pues tambien en sus orillas se habria criado aquella mas que morena ó mulata. Veníaseme á la memoria la opinion de Galeno, que habia oido en Salamanca, que enseña por lo exterior del cuerpo quién es cada uno, qué condicion tiene, qué costumbre natural y término. Quejábame de mi fortuna pronosticando, con justa razon, el mal paradero de mis desdichas, ¿pues de tal cara qué podia esperar? En estas imaginaciones estaba ocupado, cuando mi amo me salió á llamar, diciendo: Alonso, ven aca, que ya es hora de comer. Vamos á la plaza, comprarémos algo, pues son dadas las doce: y dándome dos cestas, tomando mi capa y sombrero, salimos los dos de la posada, contándome en el camino como habia tres dias que se habia desposado con aquella tarasca, aunque contra voluntad de sus padres, y que aunque no le hablaban, esperaba en Dios, metiéndose gente principal de por medio, todo pararia en bien: pues en efecto él se habia casado muy á su gusto, y principalmente con una dama de tan buenas partes, como la que habia escogido para su regalo y descanso. Así tengas el sueño, dije yo entre mí: ¿qué es posible que haya hombres tan bárbaros como este, tan sin ojos que no vean con el sol lo que es mas claro que su misma luz? Y que sea tan grande la providencia del Señor, que en naciendo la escoba no falte un jumento que guste de comerla, y que sea tanta la fuerza del santo sacramento del matrimonio, que casándose algunos con furias infernales, al punto se despachen ángeles que alcoholen los ojos de los desdichados que no vieron, para que miren las cosas muy al contrario de lo que verdaderamente se echa de ver, juzgando lo negro por lo blanco, lo verde por azul, el cautiverio por libertad, y el tormento y congoja por descanso, quietud y sosiego. Culpé entónces, con justa causa, á los mozos libres; que sin voluntad de sus padres, sin guardarles el respeto que se les debe, movidos de una loca y vana aficion, atropellan con todo, errando siempre en una de tres cosas, ó en la persona, ó en la calidad, ó en la hacienda, y cuando en esto no, disgustando á quien deben estar sujetos, y considerar que ellos mirarán mucho mejor lo que les está bien, como personas desapasionadas, maduros en consejo y experiencia, y deseosos del aumento y prosperidad de su casa: por leyes justas de muchos reinos se prohiben las herencias á los hijos que escogen mujeres sin dar parte á sus padres, perdiéndoles el debido respeto y obediencia, no echando de ver los trabajos, las importunidades, los continuos cuidados, los gastos y costas que con ellos se tiene para su educacion y crianza, ántes pienso imaginan que todo se les debe, siendo tan al contrario, pues no hay pago para un padre, ni puede haber en la tierra mayor obligacion y deuda tan debida, ni tan mal pagada. El mayor contento que puede tener un viejo padre, cansado ya de vivir, y con la prolijidad de sus años, lleno de enfermedades y dolores, es ver con su gusto y voluntad puesto

en estado á su hijo, entrar por su casa, visitar á su mujer, esperar de ellos nueva sucesion y aumento de su linage: y si esto todo se le quita, ¿qué podrá sentir, qué alivio tendrá, ó qué contento, si lo que es á disgusto y contra voluntad, por bueno y rebueno que sea, causa pesadumbre y enojo? Mi don Fernando por todo habia pasado, no reparando galas, ni en las que habia menester la señora su esposa. Andaba en pleito con su viejo padre, pidiendo alimentos, y alegando ser principal, y no tener oficio, ni modo alguno de ganar de comer, aunque las ganas todos las teníamos, pues con ser cerca de las dos de la tarde, aun no habíamos traido la comida: plaga ordinaria de las casas de los señores, que para hacer diferencia de la demas gente, hacen del dia noche, y de la noche que se hizo para quietud y sosiego de los hombres, quieren que sea perpetua vigilia, y que sus criados anden hechos continuas centinelas. Compró mi amo un cuarto de cabrito, fruta, pan, vino y carbon, porque como caballero noble, no tenia en la posada cosa por junto, movido por ventura por aquel antiguo refran, que vale mas tienda cara que casa harta. Vueltos con nuestra porcion, me dijo mi señor: Alonso, por tu vida haz lumbre, y pon á asar ese cabrito, que no tenemos otra persona que lo pueda hacer sino tú, que querrá Díos que otro dia estemos con mas dineros que ahora, y recibirémos una criada para que nos sirva. Yo, que de mi condicion siempre fuí amigo de dar gusto á todos, y me aplicaba á cualquier obra manual de estas, en poco tiempo puse en órden la comida, hice el pebre, y poniendo la mesa, llamé á mis amos, diciendo ser ya mas de las tres de la tarde. Tomaron asientos, llegando con su comer y pláticas hasta mas de las cuatro. Diéronme á mí mi racion y parte en verdad no escasa, sino muy suficiente, que como no éramos mas de as, y dos, y tres, no era menester gastar mucho para comer bien todos, principalmente con algunas zarandajillas que acompañaban, ya de principio, ya de postre. Muy ufano y alegre estaba yo con los señores novios, sirviéndolos de fregata, cocinero, mayordomo y page, y aun si pudieran hacerme dueña de tocas, tenian talle de que lo fuese, hallando en mí, para todo, el sugeto que puede desearse, que nunca pierde un hombre por acomodarse á lo que se le ofrezca, principalmente en ocasion y necesidad tan urgente como la que teníamos nosotros entónces.

Vicario. Así lo digo, hermano, que bien es que los hombres sepan de todo.

Alonso. Muy alegre me hallaba con mis amos, y mas no teniendo vieja con quien pendenciar, ni moza que me fuese á los alcances de si hacia, ó no hacia, pero como el gasto fuese ordinario, y el recibir nunca, dímonos tan buena maña como si se esperara algun juro para ayuda de nuestro sustento, que ya muy apriesa nos iba faltando, para cuyo remedia se acomodaban algunas alhajuelas y joyas de mi señora, sortijas y cadena, de ellas vendidas y de ellas empeñadas, con harto disgusto y pesadumbre de su merced. Acabóse el pan de la boda, andando nuestra casa como la de un esgrimidor, ó escudero el mas pobre, que aun pan no teníamos, ni con que comprarlo, y la señora mi ama pedia gollerías; volvíase para su marido muy colérica, diciéndole cuan mal la trataba, el

poco regalo que la hacia, no estimando una persona de tantas prendas como las suyas. Y tanto venia á decir contra mi buen Juan, que con tener una condicion noble, y ser de suyo pacífico y quieto, enemigo de pendencias, obligado de tantas sinrazones como le decia, de cuando en cuando alzaba la mano, emparejando entrambos carrillos. Aquí era ello, alza Dios tu ira, los gritos llegaban al cielo. Juntábase el barrio, aunque por tener yo cuidado de cerrar las puertas de la calle, no podia subir persona á despartirlos y ponerlos en paz: y para sosegar los vecinos, y que no me hundiesen las puertas con las aldabas. Abria las ventanas, asomábame á los balcones, diciendo: No tengan pena, no son mas que puñadas, no será nada, que no hay sangre, ni se verá espada fuera de su lugar, y con todo iba creciendo mas la guerra entre los dos, porque mi señora era libre, y don Fernando ligero de manos, y no se descuidaba á menudo de dar en ella como en real de enemigos. Y yo que me los miraba, y me estaba quedo, acordándoseme que quien desparte lleva la peor parte, y tambien del otro dicho comun, entre dos muelas molares, nunca metas tus pulgares, hacíame cuenta, marido y mujer son; si ahora riñen, á la noche dormirán juntos, parar tiene la pendencia de una manera ó de otra, callando ella, ó cansándose él de pegarla.

Vicario. Eso me parece, hermano, á lo que le sucedió á un caminante que yo conocí, por extremo flemático, el cual como viniese á nuestro convento en tiempo trabajoso de hielos, por ser cerca de Navidad, viendo el camino de los angostinos, camino muy peligroso é inexcusable á nuestro convento, temiéndose no desliciase en él la bestia en que venia, y diese con él el monte abajo, parecióle ser mas seguro apearse, y pasar lo que le quedaba de puerto á pié, y acertó en hacerlo, porque, en apeándose, la cabalgadura lo hizo tan bien que sin poderse detener comenzó á rodar de un peñasco en otro por la ladera del monte, llevándose consigo cojin y portamanteo. Y viendo tan desgraciado suceso, el bueno de mi caminante, puesto en lo alto del camino, mirándole decia con mucha paciencia: Parar tienes, que no es eterna la cuesta; fin ha de tener tu caida, suelo llano ha de haber para tí.

Alonso. Así es la verdad, que no hay pendencia que bien ó mal no tenga su fin. Pero, padre, confieso mi culpa, que me bañaba en agua rosada cuando veia que la daban los mayores golpes y mojicones, que hacia esta cuenta conmigo: mala cara y sin dote, y gruñidora, descomedida y mal hablada, sacúdanla el polvo, poco es, por Dios que no os tengo de quitar. Bien duraba el nublado mas de una hora, dejando en rehenes mucha parte de sus cerdosos cabellos por la sala. Ibase mi señor fuera, molido de andar á caza, y mi casada recogíase á llorar sus desdichas á su retrete, y yo poníame á considerar el poco juicio de algunas personas, que se atreven á tomar mujer, y á una obligacion tan grande de mantenerla, sin tener oficio, renta, ni modo de vivir, ¿quién vió locura semejante? No puede pasar un hombre solo, sin obligaciones ni respetos humanos, y busca compañía y nuevos gastos; cuidado ordinario, pesadumbre y fatiga continua, y mas si por dicha carga de hijos. Tú que no puedes, llévame á cuestas, se podrá decir por esto, y revienta con la

carga que tomaste como impertinente majadero. Acuérdome de cierta letrilla, que cuando mozo oí cantar á este propósito, que decia en esta forma :

Que se case un don Guillote
Con una dama sin dote,
Bien puede ser.
Mas que no dé en pocos dias
Por un pan sus damerías,
No puede ser.

Procure mudar estado el caballero mozo que tiene renta, busque mujer el que tiene oficio con que sustentarla, y el que no le aprendió, ni tiene habilidad para ganar de comer, éstese solo, que mejor es llorar con un ojo que con dos, y no dar materiales para edificios de obras pias, hospitales, y casas de huérfanos desamparados : y no es bien que responda el que en semejante materia pecare. Esta fué mi suerte, mi fortuna lo quiso, que todo es mentira, que adonde está el entendimiento y razon, no hay estrellas qne fuercen el libre albedrío, conforme á lo que enseña en su Extravagante el pontífice Sixto Quinto, si no es que hayamos de decir lo que dijo aquel enfadado estudiante.

Vicario. Gustaré de oirlo ; cuéntalo, hermano.

Alonso. Ahorcaban en Salamanca á un ladroncillo, y para verle morir, estaba llena la plaza de gente, así en las ventanas como en todo el sitio del lugar donde se ajusticiaba. Estaba ya el reo en la escalera de la horca haciendo gran llanto, llorando su poca suerte, la deshonra de su linage y deudos, el poco favor de sus amigos y conocidos, sus mal logrados años y cortedad de vida. Entre los que miraban al afligido mozo, estaba una buena vieja viuda, de reverendas tocas, y enfadada de verle llorar de aquel modo, con mucho enojo á grandes voces comenzó á decir : Ello habia de ser, esa era tu suerte ; paciencia, que nadie puede huir de lo que su estrella le tiene señalado ; repitió esto no pocas veces. De modo que enfadado un estudiante gorron, que estaba á su lado, de oirla, alzó la mano y dióla una gran bofetada, diciéndola : No se afliga ni llore, tenga paciencia por su vida, que ello habia de ser, y de lo que está determinado nadie se escapa. Casa de mantener, castillo de guerrear se suele decir, y con justo título : pues como para una guerra son necesarios tantos gastos, tantas máquinas y aparatos, así para el gobierno y sustento necesario y ordinario, conviene que tengan los casados algun género de arrimo, para sobrellevar las cargas de tan pesado yugo como es el del matrimonio. Habiendo celebrado ya sus funerales obsequias y planteando sus desdichas, mi mal acondicionada dueña veníaseme para mí, como quien busca compañía con quien consolarse, ayudándola á recoger las lágrimas que por aquel rostro de san Onofre caian : pedíame parecer, culpando el mal trato y término de su velado : mas yo, como amigo de decir verdades, y que la conocia muy bien quien ella era, como si la hubiera parido, la comencé á decir palabras semejantes, exhortándola á que no se arrojase tanto de lengua, pues en mujeres de bien y principales, es

este un caso y vicio muy digno de reprehension. Díjela como despues que el glorioso apóstol y predicador de las gentes san Pablo, dejó hecha una larga y copiosa exhortacion á los casados, amonestándoles á que quieran entrañablemente, y estimen á sus mujeres, diciéndoles que se han de querer y amar como amó Dios á su iglesia, que por su respeto se puede dejar el padre y madre, que no se aparten de su lado, que dos cuerpos que son y dos voluntades, se haga una voluntad, un cuerpo, un sí, un no, sin haber en ellos contrariedad ni cosa que desdiga de un perfecto y santo querer y aficion. Y despues de hecho este largo preámbulo á los casados, acaba el apóstol cerrando su discurso con solas dos palabras, diciendo : Las mujeres teman á sus maridos. Bien echo de ver que fué disparate el dicho de un hablador, que decia haber de ser las mujeres como las lámparas, de dia y de noche colgadas; y cuando las hubiesen menester mandar alguna cosa, bajarlas, pero por tiempo limitado : así, señora, que mi señor don Fernando estime y quiera á vuesa merced, que la dé gusto y la regale es mucha razon : y tambien lo es que se le guarde su respeto, y que con él nadie se vaya del pié á la mano, pues es consecuencia bien clara que todo ha de llover sobre vuesa merced, que en efecto por lo mas delgado ha de quebrar la soga. Yo conocí una mujer que los mas dias podia ser padre santo, por andar tan acompañada de cardenales rostro y brazos, y muy consolada decia á sus vecinas : El bellaco muy bien me pegó de golpes, y bien señalada me dejó, pero á fe, que le dije cuanto queria, y que mi lenguita la dejé bien lavada en sus libertades y traiciones. Toledana me dicen que era una vecina de una casada, que la mayor parte del año habia menester cirujano que la curase, y compadecida de sus trabajos, un dia que la fué á ver, la preguntó ¿qué fuese la causa de tanto mal, y poca paz como siempre tenia? La mujer soltó la maldita, y hecha un lucifer, la dijo : ¿Qué puede ser, sino estar yo sujeta á un tan mal hombre, amàncebado, jugador, mal cristiano, y de malos respetos? Pues para todo eso yo os daré un remedio eficacísimo, que tengo guardado con gran secreto, la respondió la amiga, y no lo digais á nadie por vuestra vida; porque importa mucho el estar callado, y es negocio de mucha estima, y habeis de quedar con él, libre de todas vuestras persecuciones y desventuras. Codiciosa la casada de semejante oferta, no la quiso dejar, hasta que la entregó su vecina una redomilla de agua, diciéndola : Hermana mia, en entrando que entre vuestro marido, riñendo ó dando voces, como tiene de costumbre, sin deteneros un punto, id volando, y tomad un trago de esta agua, y por cosas que os diga, no la echeis de la boca, porque tiene tan gran eficacia, que os defenderá de la cólera y mala condicion de ese mal hombre, de modo que jamas se atreva á poner manos en vos; volviéndole apacible, amable, y de un demonio que es ahora, un cordero, un ángel para cuantos con él trataren. Agradeció el presente la dama, recibió la redoma con su agua de virtudes, y aguardó la hora de cenar. Despedida la vecina, vino el amo de casa, y dando á su mujer un poco de cabrito, la dijo : Tome eso y aderécelo luego, porque quiero cenar; conténtese con la comida que hoy me dió, y no tengamos mas en que entender. La casada que vió á su marido

algo enojado, y que habia menester poco para echarlo todo á rodar, tomando su redoma, se la echó á pechos, guardando una gan bocanada de ella, y cerrando su boca de suerte que no se la perdiese gota de agua, asó su cabrito, puso la mesa, llamó á su marido por señas, dióle de cenar, sin hablarle palabra, y acabada la cena, alzó los manteles con tanto silencio, que el buen hombre quedó admirado de ver semejante milagro, como el que habia experimentado con su palabrera mujer. Al siguiente dia sucedió lo mismo, no sabiendo á qué poderse echar el bien que tenia, y dando gracias á Dios, la dijo : Si así fuésedes siempre, otro gallo os cantaria, y no tendrian que contar los vecinos de lo que con vos paso. Entónces la dueña, pareciéndole que ya era tiempo de reventar, y salir de madre, volviéndose á lo que de ántes, le respondió : Mal hombre, bien se echa de ver la lástima que todos me tienen y quien vos sois, pues movida de compasion doña Juana me dió una redomilla con agua, que de ángeles debe de ser sin duda, pues tal efecto y obra ha hecho con vos; pues con solo tenerla en la boca ha mudado vuestra infernal cólera en un silencio tan grande estos dos dias, y de un tigre rabioso, en un hombre apacible y manso. Y harta desdicha mia es que me haya yo de aprovechar de estas destilaciones, quintas esencias y mezclas de yerbas, para poder vivir con quien mi desventura y pecados mios hubieron de juntarme para acabar mi vida miserablemente. ¡ O loca y simple mujer! la respondió el marido, ¿no echas de ver que esa tu amiga, con eso que te aconsejó, dándote esa redomilla de agua, que tuvieses en la boca sin tragarla, ni echarla, fué decirte que no fueses respondona, mal hablada, sino que con un callar y santo silencio vencieses los mayores enojos y pesadumbres que yo trujese? ¿ Es posible que no ves los grandes bienes que has sacado con ese poco callar que has tenido estos dias, y los grandes daños que te acarrean tus malas palabras, y el pretender que no quede por tí el campo? Así que, señora, aplicacion á la obra, el ejemplo está en la mano. Toda la culpa de la poca paz de casa, vuesa merced la tiene, y de esta perpetua guerra es siempre la causa; tijeras han de ser, aunque se hunda el mundo. Como la otra, á quien no la pudiendo sufrir su marido, la arrojó en el rio, y aunque se ahogaba, y el raudal de la corriente la llevaba, dando vueltas con ella, de cuando en cuando sacaba la mano afuera, y juntando los dos dedos, y apartándolos, ya que no podia con la lengua, por señas daba á entender tijeretas : y dé usted gracias á Dios, la dije, que no tiene suegra en casa, que aquí fuera ello, pues la mejor, con haberla hecho de azúcar, dicen algunas nueras que amargaba : y una de barro, con estar en un almario, descalabró á su nuera, queriéndola mudar á otra parte. Contéla un cuentecillo á este propósito, que por no cansar á vuesa paternidad le dejo.

Vicario. Bien puede referirle, hermano, que temprano es, y la tarde tenemos por nuestra.

Alonso. Pues gusta de ello vuesa paternidad, habré de hacerlo. Casóse un caballero andaluz con una dama de Castilla la Vieja, moza, noble y rica : y para efectuar el casamiento, entre las condiciones que se pusieron, fué una que el marido no sacase en tiempo alguno á su mujer de la ciu-

dad, por ser voluntad suya el haber de vivir con sus deudos, y adonde tenia la hacienda de sus padres. El caballero prometió de hacerlo así, como lo hizo, viviendo como buenos casados en recíproco amor algunos años. La dama, que sabia ya que su marido tenia madre, deseosa de verla, y de traerla á su casa, por ventura, por asegurar mas su partido, un dia que con su marido mas que otras veces trabó larga conversacion y plática, muy encarecidamente le rogó que por darla gusto la trujese á su madre, pues era razon que correspondiendo ella á las muchas obligaciones que le tenia, para pagarle en algo con particulares veras, sirviese ella y estimase á su señora, pues una viuda sola, y ausente de su hijo, y de tanto tiempo, aunque muy rica, no era posible, sino pasar muchos trabajos y pesadumbres, lances forzosos de la soledad y ausencia. Agradeció el caballero las buenas razones de su bien intencionada mujer, y respondióla: De muy buena gana, señora, hiciera yo lo que me pedis, pero tenemos paz, por la misericordia de Dios; y si mi madre estuviese en vuestra compañía, no sé como os llevaríades con ella: dos tocas á un fuego siempre tienen discordia, y mejor os está vivir vuestra suegra cincuenta leguas de vuestra casa que dentro de ella; no os canseis, que no ha de vivir con vos. Pues no es vuestro gusto el dármele, respondió la dama, para mi consuelo, haced que traigan un retrato de mi señora, pues ya que no merezco el verla y servirla, á lo menos, considerando su imágen, podre hacer cuenta que la miran mis ojos. De muy buena gana haré lo que pedis, respondió el caballero, y poniendo la mayor diligencia que pudo, hizo que con brevedad le trujesen un retrato de su madre, tan bien acabado y con tanta perficion como si naturalmente fuera el mismo original. Recibióle con sobrada alegría, y para muestra del grande respeto que guardaba á su suegra, y en lo que le estimaba, hízole hacer un costoso cuadro; doróle, y púsole frontero de su estrado, y en parte donde jamas le perdiese de vista. Mirábale siempre cuando se levantaba y sentaba, ó salia, haciéndole una gran reverencia y cortesía, bien como si fuera la imágen de algun santo. Pasaron dias y algunos meses, y como todo cansa, fuéla enfadando tanta sobra de crianza. Tan impertinente miraba ya á su retratada señora, con tanto desamor y enfado, que á no dar que decir la echara en el pozo: buscaba ocasion para ponerla en otra parte, pero no se atrevia por el respeto de su marido; y como una tarde estuviese merendando con sus criadas en el estrado, antojósela que la pintada suegra la estaba mirando, á quien con una desenfrenada cólera la dijo razones semejantes: Cauteloso testigo, enfadoso huésped, espía ordinaria, amigo fingido, ¿qué me quieres? Si como, me miras; si lloro, no te apartas de mí, y sin ser Dios te tengo presente; pero pues la venganza está en mi mano, yo la tomaré de tus agravios. Y diciendo esto, con el cuchillo que en la mano tenia, la dió una gran cuchillada por la cara, de modo que rompió media vara de lienzo. A esta refriega, acertó á entrar el discreto marido, y viendo semejante pleito, y tan sin ocasion, riéndose de su loca mujer, la dijo: Bien te lo decia yo, que no era bien traer contigo á mi madre por conocer tu condicion y término, y ser todas vosotras poco mas ó menos de un mismo natural y término; mal sufriera el vivo original quien no pudo su-

frir el traslado: no tienes que pedirme otra vez que te traiga á tu señora, pues aun pintada no la tengo de dejar en tu compañía.

VICARIO. No me parece mal el cuentillo, y el consuelo que la daba á su toledana.

ALONSO. Tambien la dije: Cuando uno no quiere, dos no barajan. Ello es cierto que si dos coléricos andan juntos, ha de haber poca paz en su compañía, principalmente si no hay en ellos prudencia y amor. Para un desabrido y mal acondicionado, necesario ha de ser un pacífico, cuerdo, sufrido y prudente, que sobrevelle las impertinencias que se ofrecieren, no que las regule, ejecutándolas por mal término, adelgazando las cosas que han de ser de enojo y pesadumbre. Este era mi ordinario sermon, y oíale la señora mi ama, como si la predicara alguno de los vecinos de Argel; mas poco hacia al caso, que al fin venia á llover todo sobre su cabeza, y cuando andaban los dos á sal acá traidor, y via que se levantaba alguna gran borrasca y polvareda, pidiendo favor á los cielos, amparo á los santos, y remedio á la justicia y vecinos, retirándome á otro aposento seguro y libre, decia entre mí: Allá darás rayo en las costillas de mi ama, pues ella se lo busca, y buena cabeza tiene para chichones. ¡O qué bueno que era para adivino, pues como quinta carta de participantes, todas aquellas bendiciones venian á caer sobre la pobre señora! Luego alzaba la voz pidiendo confesion y cirujano, y tan en tanto venia el barbero á tomar la sangre, aunque no llevaba mas el uno que el otro: buenas razones sí, y cortesías en abundancia, que dinero para pan lo tomáramos de muy buena gana el señor mi amo y yo, pues habia de esto la necesidad que puedo encarecer, pues los mas dias amanecíamos sin blanca, y comíamos sobre tarja de fiado, hasta que el padre de mi señor, movido de compasion y ruegos, ó que por quitarse de pleitos, que tambien le pusimos demanda, pidiéndole alimentos, atento á su nobleza, y no tener órden de ganar de comer, y el mucho gasto que tenia en su casa, con las obligaciones de mujer y criados, y esperanza de hijos, que aunque no los habia hubimos de añadir una mentira, diciendo que mi ama estaba preñada, que era como si hubiera de parir un elefante, pues aun hasta las peticiones tienen trazas que realzan mas lo que se pide, para mover á lástima y compasion á los jueces, inclinándolos á que favorezcan con mayores veras á la parte que pone la demanda. Hubo de señalar para cada año doscientos ducados, que eran como cuatro maravedís para la condicion de mi señora, segun el ánimo que tenia de gastar, y grandes confianzas de la misericordia y providencia divina, á quien todo queria dejarlo, sin mirar á noche ni á mañana: principalmente, como era tan cumplida de narices, olió luego el dinero que le daba el suegro, y sin reparar en el gasto de casa, ni en las muchas deudas que se debian, fuélo aplicando para un faldellin de damasco, con unos franjones de oro. Aquí perdí yo, padre, la paciencia, y como si lo hubiera de pagar tomé la demanda por mi señor. Dí muchas voces, reprehendí con palabras retóricas su poco miramiento, afeé su mal proceder, pues viéndonos morir de hambre, lo que habia de ser nuestro remedio y sustento de todo un año, lo queria hundir en una gala, y trage de tan poca importancia, gas-

tando mas en hechuras que su merced trujo de dote. Entonces, padre mio, eché de ver el trabajo y miseria á que se obliga el hombre casado con una mujer impertinente, que solo por su gusto atropella con tantas obligaciones forzosas á quien necesariamente habia de acudir, dando de mano á cosas que ni van ni vienen. Y para alivio de mi demasiada cólera, respondíame mi ama: No veis, Alonso, que las señoras como yo han de andar al uso, y el ser quien soy me obliga á quitármelo de la boca, por el qué dirán. Decidme por vuestra vida, y hemos de ser todos iguales, no ha de haber diferencia del vestido de la mujer ordinaria al de la que es noble y principal? Bueno fuera por cierto que una persona como yo, de tan buenas partes y prendas, hubiese de andar como una pobretona mal nacida y de humildes padres. Yo entónces, aunque enfadado de su mucha simpleza y bobería, no dejaba de darla bastantes satisfacciones, diciéndola: Las que no son nobles, y tienen que gastar en galas, triunfen y adornen su persona y casa, pues fué Dios servido de darles renta para ello: mas las que tienen necesidad y pobreza, acomódense con los tiempos, que no siempre son unos, y haile para correccion de gastos, y para alargarse con prudencia en ellos. No todos los nobles son ricos, ni con la buena sangre vinieron los tesoros del mundo, porque el tener ó no tener gracia es de por sí, y don que le da Dios al que es su Majestad servido: y aunque es verdad que las riquezas y bienes temporales son guarda y adorno de la nobleza y buen nacimiento, y con ellos se aumenta y conserva mejor, son sin número los que tienen necesidad, y seria mala consecuencia, soy noble, luego rico, y el que lo fuere trátese como tal, que justo es que use de los bienes que le ha dado el Señor, pero el que no, aunque su descendencia sea de los godos, razon será no se alargue á mas de lo que puede, ni el qué dirán le obligue á salir de compas y término; hable el que hablare y diga el que dijere, que por una mala lengua y mal decir, no ha de hacer uno mas de lo que sus fuerzas alcanzan. Y para confirmacion de lo que la decia, conté á mi ama el presente cuento, que hace á propósito, padre vicario, para lo que cada uno quiere decir, como no se debe andar con tantos gustos y pareceres, como de ordinario hay en los hombres.

Vicario. Holgaré de oirle.

Alonso. Fué en esta manera: caminaban un dia de verano un pobre hombre, ya de buena edad, y una mujer con un muchacho de pocos años. Llevaban delante consigo un jumentillo, que servia de llevarles un poco de ropa que tenian, carga tan moderada y poca, que podia ir bien á la ligera: acertó á pasar cerca de ellos un caminante, y mirando á los tres que iban por el camino, y el jumento desembarazado, algo enojado les dijo: ¿Hay tan poco saber de personas que lleven ahí una bestia holgando y sin carga, y que una mujer de su natural para poco, delicada y flaca, vaya á pié? Tened juicio, buen viejo, que yo os ayudaré, y suba en ese jumento esa buena mujer, que mejor irá en él, que no reventando por las asperezas de este monte. Parecióle bien al casado lo que el pasagero le habia dicho, y llegándose á una peña, hizo que su mujer fuese caballera, y los dos siguiéndola iban á pié.

Poco anduvieron, cuando otro que venia por el mismo camino les salió al encuentro, y saludándoles, les dijo: Harto mejor fuera, padre honrado, que un hombre como vos, de tantos dias, que es milagro poderos tener en pié, fuera caballero, y ocupara aquel animal, y no la mujer que llevais en él, pues las de su género de suyo son inclinadas á pasearse, y esta era ocasion en que pudiera sacar los piés de mal año, habiéndosela ofrecido de caminar á pié, y como buen bailador menearlos apriesa. Bajad, hermana, y suba ese buen viejo, que sus años y canas estan pidiendo lo que yo os digo. A tan buenas razones obedeció la casada; apeóse y subió su marido en el jumento, prosiguiendo su viage, adonde de allí á poco rato encontraron unos caminantes, que mirando al hombre caballero, y á la mujer y mozuelo en seguimiento suyo, con muy grandes risadas empezaron á hacer burla de él, diciendo: Salvage, apeaos, y tened vergüenza; ¿no veis que va ese niño despeado, sin aliento, y con tan grande calor, y que vos tan grande como vuestro abuelo, sin reparar en nada, vais hecho una bestia, pudiendo andar harto mejor, y con mas descanso que ese pobrecito que os sigue? Confuso el padre, bajó de su jumento, poniendo en él al hijuelo, y siguiéndole los dos casados, hasta que viniendo nueva gente, le dijeron: Subid en esa bestia con ese muchacho, que poca carga será, y la que lleva ahora es casi nada, y á ratos ireis mudando de personas, y no reventando, en seguimiento de quien camina tan sin pesadumbre, por verse holgado, y con tan poco peso. Cuadróle al anciano el consejo que le daban, y poniendo al muchacho delante, subió él atras, con ánimo que de allí á un rato bajaria él, y podria ir caballera su mujer, y así con algun descanso, mudándose, acabar su jornada. Mas duróle poco su sosiego, porque como viniesen otros pasageros, y viesen al padre, y al hijuelo sobre el jumento, comenzaron á darles matraca, diciendo: Buen año, no veis, dos van caballeros, ¡y con qué conciencia! alquilado debe de ser el asnillo, pues á ser propio, no lo hicieran con él de la suerte que vemos, ni tan mal le trataran. Hi de puta, buen hombre, que buen alma tiene, buena llegará la bestia á la posada, ápostaré que del gran cansancio no puede comer bocado. Bajad en hora buena, ó en la otra, que buenos cuartos teneis, y cerca está el pueblo, y no quiteis la vida á ese jumento, siquiera porque es vuestro próximo. Estas razones le dijeron al labrador, y conociendo entónces bien á la clara los varios pareceres y natural condicion que guardan los hombres, en materia de su gusto y opinion, vuelto á su mujer y al hijuelo, los dijo: No hay que reparar en lo que pueden decir de nosotros, que el qué dirán de las gentes es bobería, si no es locura. Cada uno se acomode como pudiere, y alargue el pié conforme á la sábana, que si á mí me falta, el que dice, ó murmura, ni lo da, ni lo presta, y él se queda con su dicho, y yo con lo que tengo entónces, ó me falta. Vase él á su casa, dejándome á mí en la mia: vámonos como pudieremos con nuestro jumento, y diga lo que le agradare cada uno. ¿Qué le parece á usted del cuento? ¿Cuádrala por ventura, ó enfádola con lo que la he dicho? pregunté á mi señora, y respondióme: Bien está, pero veamos lo que se ha de

hacer, que lo que se usa dicen que no se excusa. ¿Qué remedio pondré yo en los vestidos, hechos en tiempo de doña Jimena? Cada dia hay nuevos trajes, la guarnicion que ayer se echaba hoy no se echa, y es fuerza haberme de acomodar al estilo y traza de tantos gustos, y vestirme del modo que las demas señoras de Toledo. Razon y justicia fuera, la dije, si usted tuviera con qué, pero es lástima no tener un real en casa, y cuando le hubiera, valiera mas para comer que para bien parecer, que donde fuerza hay derecho se pierde. ¿Qué imagina usted que es uso, ó por mejor decir abuso, qué principio tuvo? ¿quién son sus valedores? ¿y quién le sustenta? Pues yo se lo quiero decir, pues veo que está algo dudosa. Llega un galan ó dama á una iglesia, ó entra en una conversacion donde hay algunas amigas, ó que no lo sean, pues no nos hace al caso; imaginó la noche ántes el vestirse una ropa ó saya; ó si es hombre, ponerse un cuello, ferreruelo, ó sombrero, con la traza y hechura que le dió la veleta; míranla las otras, ó los otros, alaban su trage, suben á las nubes su buen gusto, proponen de imitarle, cortan por aquel modelo otro dia de vestir, y veis aquí metido en casa el uso nuevo. Así que, señora, dé usted en no usar lo que las otras, y quiebre una vez el ojo al diablo, y verá como no falta quien siga sus pisadas, y alabe su buena determinacion y propósito. No decis bien, Alonso, replicó mi ama, al cabo de haberme yo quebrado la cabeza con mi larga arenga: todas traen lo que pido á don Fernando, ello ha de ser, falte donde faltare. Terrible caso, é insufrible resolucion es, padre vicario, la de una mujer impertinente: nones dijo, y nones fueron: aunque se hundiera el mundo habia de ser lo que pedia, no bastando, para apartarla de su parecer é injusta demanda, razones eficaces, ni el vernos que habíamos de morir de hambre todo un año, ni la poca esperanza de nuevos alimentos. En efecto se hubo de hacer el negro faldellin, ó manteo azul, guarnecido á las mil maravillas de oro de Milan, á costa de nuestro venidero y perpetuo ayuno. Púsosele un dia de pascua, que fué lo mismo que si se le pusieran á un dromedario ó camello, y lo peor es que imaginaba la pobre dueña que salia muy vistosa, y fuéralo sin duda á salir puesta con una carátula, y no con su cara. Todas estas cosas llevábalas mi señor don Fernando con una paciencia para alabar á Dios que le crió, porque verdaderamente algunos dias podian hacer de él cuanto quisieran, y el salir de sus casillas jugando de puño, era á mas no poder, forzado ya de las malas palabras de la que escogió por su esposa y compañera, y echábalo yo de ver manifiestamente, pues no habiendo comido en todo aquel dia, sino un poco de pan, y unas amacenas, y con ser dia de Pascua no tener en casa bocado de carne, ni con que comprarle. Muy alegre se bajaba á un escritorio que tenia, adonde muy de espacio se ponia á escribir algunos sonetos, romances, y redondillas, que esta mercadería tenia grangeada en el tiempo de sus locos desvelos. ¡O qué de veces perdido el juicio, escribió mas mentiras y desatinos que en sus Transformaciones el ingenioso Ovidio! No habia estrellas para los ojos de su dama, plata para la frente, carmin para mejillas, ni oro para

cabellos. Los dientes podian comprar los boticarios para hacer tabletas, pues eran orientales perlas, y los de Africa y Persia venir por arcos para sus saetas. Pues que si sacaba al moro Gazul á jugar cañas, ponía le tan lleno de plumas como si fuera pavo real, con mas gallardetes y banderillas que navío de alto borde, con mas divisas que dechado de niña, que se muestra á labrar, y con mas motes y rótulos que cajas de confiteros. Hízonos Dios merced de que en este tiempo saliese la cédula real del católico rey don Felipe Tercero nuestro señor, en que mandaba desterrar los moriscos de España, arrancando de nuestra tierra tan perniciosa semilla, y con esta nueva mudó de sujeto, dejando á los devotos del falso profeta por seguir las humildes chozas de los pastores; bajábase á los arroyuelos á buscar las sierpes y cristales; sacaba á cantar los zagalejos, que verdaderamente era cargo de conciencia, que en mitad del invierno, y echando el Señor chuzos de nieve y hielo, á media noche estuviesen cantando al son de su viguelilla de arco ó rabelejo, sin temer el frio, y sin quebrarse cuerdas del instrumento, y si se quebraban, al punto las ponian, por la mucha abundancia, y por estar todo tan á mano, y la tenian, aunque mas helaba para templarlas. Hacia algunos romances tan derretidos de las crueldades de los pastores y de sus desdenes, que moviera á risa á cuantos le oyeran. Allí convidaba á los montes á que le escuchasen, á los rios y fuentes á que detuviesen el raudal de su curso, á las estrellas contaba sus cuitas, y á los animales de las selvas llamaba á que le hiciesen compañía, y á mí, que tenia mas gana de cenar que de escuchar semejantes locuras, me los leia, encareciendo los versos, el modo de decir, los altos conceptos, traidos tan á punto que á ser de calza de aguja fueran de mas provecho; recitábalos con tantas acciones, así de ojos como de boca y manos, que mas parecia organista que poeta, vicio ordinario de algunos músicos, y costumbre digna de reprehension, pues siendo la música de suyo tan apacible y gustosa al sentido de oir, la desdoran de modo, haciéndola tan aborrecible á la vista, que fueran mas propios para espantaniños ó matachines que para dar alegría y contento con su canto, debiéndose decir por los tales: ¡Quien no os viese y os oyese! y ya que mas de una hora habia estado oyendo sus locuras y amorosas quejas, preguntábame: ¿Qué te parece, Alonso, pudiera decir mas Lope de Vega, ó algunos de los que le igualan en su agudeza y modo de decir? ¿qué me dices de estos pensamientos? ¿Qué quiere vuesa merced que le diga, le respondí, sino que quisiera mas tener que comer? Estas cosas, señor, eran buenas para sobre cena, satisfecho el estómago, y á la hambre, que con tanto desmayo y sin esperanza de tener que llegar á la boca, ni hace provecho, ni entra en gusto. Paréceme, le dije, que vuesa merced hace conmigo lo que un montañes hidalgo con sus hijos. Llegábase la hora de comer ó cenar, y no habia pan en casa, y para acallarlos, abria una arca y sacaba de ella un gran libro donde tenia escrita toda su descendencia, desde sus tatarabuelos, así por línea recta como transversal, refiriendo mas parentela que tuvo nuestro primer padre. Y habiéndoles quebrado la cabeza con su ge-

nealogía, decíales: Gracias á Dios, hijos mios, que teneis buen padre, y que sois hidalgos; ninguno os podrá decir que es mejor que vosotros. Y oyéndole uno de los muchachos le respondió: Mas quisiera ser villano y tener que comer muy bien. No es la miel para la boca del jumento, ni las perlas y piedras preciosas se han de dar á los animales cerdosos, me respondió el señor don Fernando, con cuya respuesta, algo enfadado, por estarlo ya y muy mucho de sus cosas, y de ver el poco sentimiento que tenia de nuestros trabajos, procuré de allí adelante dar de mano á sus pesadumbres, ó por mejor decir á las mias propias, y dejarle cuando mas descuidado estuviese: y así un dia de fiesta, sin hablar palabra, ni dejar dicho adonde me iba, salí de Toledo para Madrid, con harto poco dinero, y á pié, que siempre en esto fuí gran discípulo del seráfico padre san Francisco, aunque contra mi voluntad. Y porque me parece que ya vuesa paternidad querrá que nos vayamos al convento, pues el sol se quiere poner, quédase aquí nuestro discurso, que otro dia daré razon de lo que me sucedió en la corte.

Vicario. Prométole, hermano, que gusto tanto de oirle, que gustara que nos quedáran otras cuatro horas de la tarde; mas el tiempo corre, y la obligacion nos fuerza á dejarlo todo por la obediencia: para mañana se quede, que buen dia me aguarda de entretenimiento y gusto con su jornada.

CAPITULO V.

Prosigue Alonso contando lo que le sucedió en Madrid, y como entró á servir á un letrado, que iba por alcalde mayor de Córdoba.

Alonso. Quedamos en el camino de Madrid, doce leguas de Toledo, y no muy cortas, para quien las habia de andar á pié como yo, con el continuo trabajo que solia andar mis jornadas, no faltándome en todo mi viage conjuracion de nubes, torbellinos de agua y piedra, y tantos lodos que para andar una legua era necesario un dia entero. Llegué con no pequeña pesadumbre á Illescas, y sin irme á meson, de puro devoto, me fuí derecho á visitar el sagrado santuario de tanta estima, y con mucha razon tan famoso en toda Castilla, de la sagrada imágen de la madre de Dios, señora nuestra. Adoré en aquel suntuoso templo de la caridad á la Emperatriz de los cielos, consideré sus riquezas, visité su grandioso hospital, remedio de tantos pobres necesitados del favor humano, y habiéndome encomendado al Señor, y á su divina providencia, salí á buscar un pedazo de pan; porque de Toledo no saqué sino algunos cuartos, y tan pocos, que no eran suficientes para poder llegar con ellos á la villa de Madrid, adonde caminaba. Preciéme siempre de ser fiel, y con haber servido á don Fernando algunos meses, y de todo cuanto estuve en su casa, no haber recibido sino unos zapatos, con todo eso no le fuí en

cargo valoría de seis reales, porque en efecto, padre, esto de tener que restituir es negocio grave, y es mucho mejor que le deban á un hombre, que no tener que volver, y la restitucion ha de ser como la excomunion que justa ó injusta se ha de temer. Y aquel príncipe de los publicanos, tan generoso de ánimo como pequeño de cuerpo, el Zaqueo, dando cuento de su vida á Cristo, señor nuestro, le dijo: Si tengo para mí, ó sospecho que por mi mal trato engañé á alguno, y lo llevé mas de lo que era razon, en pago de mi delito le vuelvo cuatro veces mas de lo que le habia llevado. Bien quisiera quedarme por algunos Dias en el hospital de la villa, fingiéndome enfermo, y descansar del gran trabajo que habia pasado, pues verdaderamente yo era propio para imágen de agua, pues en saliendo á campo raso, se oscurecia el cielo, condensábanse las nubes, alborotábase el aire, y conjurados contra mí todos cuatro elementos, habia de llover sin réplica, aunque fuese contra mi voluntad. Pero temíme, padre, no me sucediese lo que á un pobre con el gran obispo de Turon, el cual deseando sacarle algun dinero (que aun hasta los pobres tienen sus estratagemas), como supiese que el glorioso san Martin era tan caritativo y limosnero, llamando á otro compañero suyo, tal como él, le dijo: Tendeos en ese suelo, y yo os cubriré con esta capa, y cuando pase el obispo, diré que os habeis caido muerto, y pedírlehe que me socorra para ayuda á vuestro entierro, y él como persona que sabe bien hacerlo, con generosa y liberal mano, nos dará una gran limosna. Como lo dijo, lo hicieron; mas pensando burlar al santo, el fingido muerto se murió de veras, que no quiere Dios que se burlen con sus siervos y amigos y burlas semejantes jamas fueron buenas, ántes aborrecí juegos y entretenimientos, en que se lastiman, y dan golpes unos á otros, quedando con aquellos bárbaros pasatiempos, ya sin ojos, piés, brazos, ó por lo menos lastimados, los que así juegan. En efecto temí, imaginando, si por ventura yo me finjo enfermo, podria ser que me quedase por tal, y para mi condicion era prebenda demasiado costosa, y no poco aborrecida. El ser pedigueño, y aunque pobre, no del modo de un ciego de Andalucía, el cual como fuese algo corto de vista, y no totalmente sin ella, de modo que no pudiera trabajar y ganar de comer de otra suerte, tentóle la codicia, y procuró pasar la plaza de ciego, y para esto buscó un muchacho, tomó un palo en que arrimarse, y á grandes voces comenzó á pedir limosna, obligándose él á qué rezaria la oracion de san Gregorio, la del justo Juez, el apartamiento del cuerpo y el alma, y la de las once mil vírgenes, con su gloriosa reina santa Ursula. Los demas ciegos de su lugar tuvieron notable envidia, y querellaron del nuevo opositor, por quitarles su ordinario sustento, teniendo, como tenia, bastante vista para cualquier oficio, y ganar con él su comida. Oyó las partes el juez, y arrimándose á la voluntad de los contrarios, desterró del pueblo al fingido Longinos, el cual saliendo á cumplir la sentencia, llamando á su Lazarillo, y consolándose con él, le dijo: Anda acá, niño, no se te dé un cuarto, que yo espero en Dios que ántes de un año tengo de estar muy ciego, para vengarme de mis enemigos. Así yo, dilaté y desistí de aquella cátedra para otra ocasion de mayor

necesidad, pues es posada de las tres que no pueden faltar á los pobres, cárcel, iglesia ó hospital. Bien echaba de ver el gusto que habia de tener por algunos dias, sabiendo nuevas de Italia, de Constantinopla, de las Indias, el modo que se ha de tener en el real palacio, para buen gobierno de todo el reino: pues todas estas cosas, los pobres las tratan y comunican cada dia en los hospitales y tabernas, como cuentos de horno. Pero al fin, animándome con la consideracion del breve camino que me quedaba de solas seis leguas, salí á pedir entre gente caritativa algun dinerillo; que siempre el Señor socorre á los necesitados en tales ocasiones, con gente buena, y contento con la moderada limosna que allegué, seguí mi jornada á Madrid, aunque siempre el cielo me negó su cara, y en lugar de su luciente luminaria, tenia cuidado de cuando en cuando quitarme el polvo de los zapatos, regando la tierra con sobrada abundancia (propio tiempo para que no se perdiese don Beltran con la mucha polvareda), y así proseguí hasta entrar en la grandiosa villa de Madrid, que con el adorno de tan maravillosas fuentes como tiene, no fueron necesarias las que tan acosado y afligido me traian. Entré en la corte, adonde admirado de ver tan gran número de gente por todas las calles, dí mil gracias á Dios, considerando su gran providencia, que con tanta facilidad da para todos tan bastante sustento á manos llenas, sin que se pueda temer falta de cuanto se pueda pedir y desear, así de regalos de la mar como de la tierra. Fuíme derecho al real palacio, allí consideré su grandeza, notando tantos señores como andaban por aquellos patios de una parte á otra, la muchedumbre de los pretendientes, cada hora esperando lo que por tantos meses y años no acaba de llegar, acabándose ántes muchas veces la vida, cansada ya y con justa razon de tan prolijas esperanzas. Consideré, entre los muchos letrados que allí andaban, á uno de buen talle, no poco alegre y contento, á quien otros muchos daban mil parabienes, y él, en correspondencia de las muchas ofertas que le hacian, agradecido, les volvia amigables respuestas. Por saber qué fuese me llegué á un mozuelo que cerca del corro estaba, á quien le pregunté diciendo: Por vida de usted, señor hidalgo, que me diga ¿porqué le dan tantos parabienes estos señores á este letrado, que tan alegre está en medio de ellos? ¿por ventura hase casado? ¿tráele algo la flota que ha venido de Indias? ¿ó ha heredado algun mayorazgo? Cuerpo de tal con él, me respondió el mancebo, y no los ha de recibir de muy buena gana los parabienes que le dieron, pues su majestad le ha hecho merced de la vara de Córdoba, que la tomáran mas de diez y ocho de los que estan á su lado, aunque les costara mil ducados, siendo como es el oficio que lleva de teniente mayor de mucha ganancia y de mayor honra: y mas de cuatro estarán envidiosos de su buena fortuna. Dios nos la dé á todos, le dije, que bien la habemos menester: y despidiéndome del mancebo, estuve imaginando cuan bien me estaria entrar á servir á aquel teniente, pues era forzoso haber de recibir criados para entrar en Córdoba con alguna autoridad, conforme el cargo y dignidad que llevaba, y por no perder la ocasion que se me habia ofrecido, detúveme un poco,

hasta ver á solas á mi letrado, queriendo ya irse á su posada, y llegándome á él con mucha cortesía, le dije: Esta mañana entré en esta corte á procurar acomodarme con algun caballero para servirle; he sabido que usted ha de ir á Córdoba por juez, y si acaso ha de recibir algun criado, y mi persona fuere necesaria para el servicio de usted, iré de buena voluntad en su compañía, que en lo que toca á saber agradar y dar gusto en cuanto se me mandare, ninguno podrá hacerme ventaja: sé leer, escribir y contar, y algun poco de latin, para cuando se ofreciere algun texto, mirarle ó interpretarle. Parecióle bien á mi letrado, y contentóle mi plática, y no era mucho, porque venia yo razonablemente vestido, que no era poco alivio para mi amo no tener que gastar en componerme, y mas para salir de Madrid (dragon que consume tantas haciendas de pretendientes y negociantes), y así me respondió: Yo tengo de recibir dos criados, y por parecerme vos hombre de bien, sereis el uno, si me dais quien os conozca y fie. Eso, señor, será imposible, le dije; soy forastero, estoy de mi tierra muy léjos, y aunque la corte es madre de tantos advenedizos, no sé quien haya en ella de mi patria, cuanto mas que ni tengo necesidad de que usted gaste ninguna cosa en vestirme por el presente, ni me ha de dar tanta cantidad de dinero que me obligue á volver las espaldas, y dejar de servir á usted, dejado aparte que mas peco de fiel que de ladron. Agradóle á mi teniente lo que le respondí, y muy satisfecho me dijo: Por vida del rey que os tengo de llevar conmigo; venga lo que viniere, que á vos os he menester yo, que soy hombre de humor. Con esto quedé recibido por page, y fuimos apercibiendo nuestra partida, que fué tambien en breve tiempo, despues de haber jurado en el consejo. Partímos de Madrid un lunes de mañana, con muy buena comodidad, así de mulas como de regalos para nuestro camino, que no sé que se tiene esto de ir á gobernar, y estar puestos los hombres en alguna dignidad y grandeza, que luego hallan quien los preste, quien los sirva y regale: y con ser mi amo un pobre letrado, sin mil ducados de renta, ni aun ciento de principal, luego en viéndole con vara, salieron mercaderes á fiarle, y amigos á prestarle, y lo que no pudiera hallar veinte dias ántes, entónces lo traian á su casa á pedir de boca, y medida de su deseo. En cinco dias llegamos á Córdoba, donde los señores regidores dieron la posesion á mi amo, y empezó á gobernar muy á gusto de aquellos, por cuyo arancel y determinacion se gobernaba la república; porque como poderosos, así en calidad como en cantidad, hacian lo que querian, y salíanse con ello: y con los tales, por ánimo que tenga un juez, y riguroso que se quiera mostrar, anda falto en irles á la mano, y á los delitos que cometen: y si lo sabe y entiende, disimula y calla, como si no lo supiese y oyese.

Vicario. Antes que pase adelante, deseo saber porque se dijo el potro de Córdoba, que aunque toda mi vida lo he oido decir, no sé la causa.

Alonso. Tiene la ciudad de Córdoba, entre otras muchas cosas grandes que tiene, una anchurosa y bien dispuesta plaza, y en medio de ella una admirable fuente, de adonde sale un levantado pilar, y en su remate con un pedestral maravilloso de jaspe, un bien labrado potro

del grandor de un becerro, hasta de seis meses : y como otras ciudades tienen insignes obras, maravillosos edificios, como Segovia su puente, Roma sus agujas, Egipto sus pirámides, y Rodas en un tiempo su coloso, así por estar hecho con tanto primor aquel potro, tiene fama por todo el mundo, dejando á parte, que por tierra tan fertil, y adonde se le crian á su majestad los mejores caballos que se traen para su servicio, para decir bien de un potro, decimos : El de Córdoba; como, para engrandecer un buen paño, decimos : El de Londres, y el buen refino y negro de Segovia, por labrarse en ella los mejores paños que se fabrican en toda España. De aquí se tomó denominacion de un equívoco maravilloso, para la una y otra ciudad, pues cuando sale un mozúelo travieso, mal inclinado y de depravadas costumbres, suele llamarse por epíteto : Vos, hermano, potrico sois de Córdoba : refino podeis ser de Segovia. Y aun aquel divino y admirable ingenio, natural de Córdoba, guardó este modo de decir en unos versos que hizo, adonde dando á entender que pecaba mas de malicia que de ignorancia, dijo en una sátira : Busquen otro, que yo he nacido en el potro : y es, porque en aquel barrio y plazuela, como en el azoguejo de Segovia, se crian mozuelos que pueden dar quince y falta á los que mas se precian y presumen de saber, entender, y penetrar las cosas mas arduas y dificultosas, así para bien como para todo género de vicio : y dejado todo esto á parte, es lástima grande que la pena y rigor, el castigo y condenacion padezcan los pobres, y que poco pueden, y los poderosos y ricos, sin ningun tomar, á rienda suelta anden de noche y de dia, como si no hubiese justicia para ellos. Yo, pues, como procurador de embargos, en todo me metia, todo lo murmuraba; y á lo menos, por decirlo no habia de quedar. De modo que tenian que hacer mas conmigo los de la audiencia, para que callase, que con el teniente mi señor, para que disimulase sus faltas. Estábamos un dia de buena conformidad, así algunos escribanos, como regidores de Córdoba, y mirándome á mí uno de ellos, con mucha risa dijo á mi amo : Ahí está Alonso, que yo apostaré que en pocos meses ha de perder la vista, como la judía de Zaragoza, llorando duelos agenos : es persona de grand caridad, mucho gobierno; es procurador de enfadados, ó él lo está de todos : da consejo á quien no se los pide ni agradece. Ya yo lo veo, respondi entónces, que sin remedio ha de ser todo cuanto he dicho y pudiere decir de aquí adelante : pues mudar lás cosas por diferente órden y estilo que siempre han tenido, seria detener al sol en su curso, quitar al fuego que no queme, y á la piedra que no baje á su centro. Ya veo cumplida aquella fábula, que verdaderamente parece que habla con nuestra república, como si en realidad de verdad hubiera visto lo que en ella pasa, y se consiente tan de ordinario. Fabulita tenemos, bueno, dijo el teniente, por vida de Alonso, que por dar gusto á estos caballeros la cuente, en pago del atrevimiento que tienes en hablar tan libre en presencia de sus mercedes. Pues usted lo manda, va de cuento, le respondí, y es en esta forma : Llegóse el tiempo en que los animales querian hacer bastante satisfaccion de los delitos y culpas en que habian caido, confesando sus yerros con persona tan hábil y suficiente, como era necesario

para este ministerio; y así por ser en todas sus cosas tan astuta, como por tener noticia de todos los culpados, fué elegida para juez la raposa, y llegando ante ella, como cabeza de todos los animales, el leon, y habiendo hecho largo preámbulo de quien era, de su fortaleza, majestad y dominio que tenia sobre todas las bestias, propuso sus culpas, diciendo: Un cierto dia me hallé con un cierto género de hambre, aunque no con sobrada necesidad, que me forzase á hacer lo que hice; y fué, que habiendo cerca de mí un rebaño de carneros, que descuidadamente pacian cerca de mi cueva, salí para hacer alguna presa en ellos. Sintióme el pastor, que venia en su guarda, y temeroso de mi vista, no quiso aguardarme; ántes en lugar de defender su ganado, echó á correr; yo entónces mas á mi salvo, sin tener estorbo que me fuese á la mano, así de un carnero, y comíle: luego dí tras otros tres, y aunque ya harto, y demasiadamente satisfecho mi estómago, despedacé otros seis, ó siete, solo por hacer mal, llevado por la inclinacion de mi naturaleza y crueldad: y aun estoy por decir que á no haberse idó la mala guarda, que medroso se puso en cobro, no saliera bien de mis dientes y uñas. Esto es lo que me sucedió de pocos dias á esta parte, de que puedo hacer memoria y acusarme. Decidme, pues, lo que os parece. Poco hay que decir en eso, respondió la raposa, ni habrá nadie que pueda culpar caso semejante, siendo como es el leon cabeza y dueño de todos los animales, su rey, y señor absoluto, así por ser el mas fuerte, como por tener ya el señorío de todos ellos: y á un poderoso todo le es lícito; que sean diez los comidos, ó veinte los hurtados, no hay en qué reparar, guárdense ellos, y no se pusieran donde les quitáran la vida, dando ocasion, y como convidándose á que les comiesen, pues el leon comer tiene lo que hallare á mal recado. Llegó luego el oso, y dijo: Hermana, hartas cosas tengo que decirte, y de que acusarme, y entre las que mas agravan mi conciencia, es una travesura que hice una noche de estas, y fué que entré por las bardas de una cerca, y hallé arrimadas á una pared cuatro colmenas de una pobre labradora, tan llenas de miel como las habia menester mi apetito desenfrenado que llevaba conmigo; así de las dos debajo de mis brazos, y caminé á mi cueva con ellas, y habiéndolas dejado en puerto seguro, volví por las que estaban en depósito, haciendo de ellas lo que de las otras pasadas. Arrepentido vengo, quisiera volverlas, aunque será quitarme el comer por algunos dias: ¿ qué os parece por vuestra vida? Lo que os puedo responder, dijo el juez, será lo que comunmente se dice, de una colmena ciento, y de cien colmenas ninguna. No hay grangería en el mundo con menos carga ni escrúpulo: son bienes los de las abejas que Dios los da y Dios los quita: haga cuenta el dueño que se murieron de una helada, acabando con ellas el rigor del invierno, pues perdellas por aquí, ó por otra via, todo se sale allá, y todo es perder: cuanto mas que usted comer tiene, y no ha de morir de hambre, que pues el Señor le crió, sustento ha de tener de cualquier suerte que lo hallare: no tenga pena, goce de su miel, y buen provecho le haga, que cosas de comer llevaderas son, y no para tenerlas por negocio de mucha importancia. En estas razones llegó el lobo apresurado

por extremo de los continuos robos, en que de ordinario se ejercita, y acusóse de no haber dejado oveja que no robase, yegua ni buey que no hubiese muerto; y muchas veces, aun los mismos pastores haberse atrevido, á quien hallándolos con poca defensa, habia quitado la vida, y á otros mordido y maltratado. Pero la astuta raposa le animó, diciendo: Harto trabajo teneis, hermano lobo, en haber de andar siempre á sombras de tejados, de dia metido entre las peñas, de noche afligido, ya con el perro, ya con el pastor que os persigue. Válgaos vuestra ventura, comed lo que hallaredes, y cada uno mire por su hacienda, pues vos haceis vuestro oficio, que vuestros padres no os dejaron mas renta, que el valeros por vuestro pico, y el tiempo que dejaredes de saltear los ganados habeis de perecer. Quéjese quien quisiere, cado uno mire por sí conforme su obligacion. Despachado fué el lobo, cuando llegó el jumento, y contando sus cuitas, dijo al juez : Yo soy un animal, verdaderamente criado para un continuo trabajo y ordinaria pesadumbre; estoy con un amo tan pobre, que los mas de los dias de cada semana me da la racion en dinero, ó con el medio celemin en los cascos. Que color tenga la cebada, no lo puedo saber, ni aun de solo paja no quiere satisfacer mi deshambrido vientre, procurando ponerme en un continuo ayuno. De mi mal tratamiento no espero enmienda, ni tengo esperanza de que se han de acabar mis congojas, porque de cualquier modo salgo maltratado de toda refriega. Si ando mucho llevo palos; si no aguijo, palos; si me echo, los tengo ciertos, siendo en mí la mas liviana culpa un grave y facineroso delito (que aun hasta las bestias es necesario que tengan ventura). Iba los dias pasados tan cargado de ropa, como cansado del mucho trabajo y poco comer, y acertando á pasar por un sembrado de un verde y crecido alcocer, bailóme en el ojo, y deseoso de tan buen refresco, no quise perder la ocasion, sino meterla en casa : alargué el cuello, y mordí de él, sacando entre los dientes algunos pocas y mal logradas espigas, que ya estaban en cierne. ¡O ladron! respondió el juez, ¿pues cómo, siendo ageno, tanto atrevimiento? que os den muchos palos, que reventeis con la carga, pues nacistes para eso : ¿al sembrado que estaba para granar echásteis vos vuestros atrevidos dientes? fuego en ellos, y en tal descompostura y atrevimiento. Bien semejante es la fábula á lo que vemos cada dia : para el poderoso y rico, blandura y amor, sobrellevar sus defectos, el castigo moderado, la correccion entre compadres, como si no fuese : al pobre, al sin favor, al desamparado y solo, en cogiéndole en algun desman y travesura, la menor tajada sea la oreja. Pocas son galeras, aunque se eche por diez años al que merece muerte, que en efecto para los desgraciados se hizo la horca. Han notado vuesas mercedes la vara de un alcalde de corte, la de un corregidor ó juez ordinario, y las de sus alguaciles y porteros, pues entendian que no es sin misterio los unos traerlas delgadas, y los otros gruesas : y es la diferencia que el alguacil ó portero cumple con poner en ejecucion lo que su superior le manda; pero la del juez ha de ser vara que tan presto se incline para el necesitado y pobre, como para el poderoso y rico, que haga á todas partes, sin exceptuar personas, ni

guardar respetos á calidades, ni señoríos, que verdaderamente no son delgadas la varas de los jueces, por lo que dijo un poeta en unas coplas de un *romance*, en esta forma:

¡Qué de varas han torcido
Codicia, amistad y miedo,
Por ser ellas muy delgados,
Y asir de la puenta el peso!

Y no quiero decir con esto que sean desabridos y mal acondicionados los jueces, ni vocingleros, pues lo que se puede hacer con blandura y amor, mal hecho será llevado por violencia y fuerza de armas. De Filipo, rey de Macedonia, padre de aquel grande emperador Alejandro, se cuenta que llegó una mujer viuda á pedirle la hiciese merced de perdonar á su hijo, que estaba condenado á muerte: y el piadoso monarca se puso á llorar con ella: los grandes que con él estaban, viendo semejante extremo en la majestad de su rey, le dijeron: Señor, si tanto es el sentimiento de ver que muere ese mancebo, bien se lo podeis dar libre á su madre, que en vuestra voluntad está su vida ó su muerte. Y si no quereis sino que muera, no hay para que llorarle: pero respondióles Filipo: Ya que no se le puedo dar libre, pues seria ir contra justicia el no quitarle la vida, doyle á su madre lo que puedo, que son lágrimas: evidente señal y muestra del sentimiento que tengo de no poder hacer lo que me pide. En el reino de Aragon se tenia por costumbre, cuando de noche rondaba la justicia, en llegando á alguna esquina de la calle por donde pasaba, dar uno ó dos golpes con el baston que llevaba, para que se entendiese que iba por allí la justicia, pretendiendo con esto gobernar la ciudad mas con blandura que con aspereza. A un juez conocí yo, que cuando sentenciaba ó condenaba á alguno, lo hacia con una boca tan de risa, y tan buenas y comedidas palabras, que obligaba á no apelar, por mas rigorosa que fuese la sentencia que habia ordenado, aunque le costaba al reo dos tantos mas de lo que debia pagar por el delito que le acusaban. Tanto como esto puede el buen término y comedimiento de un juez, y no puedo dejar de contar lo que ví en cierto pueblo de este reino, por si acaso hubiese enmienda en lo que tienen ya establecido por ley los señores jueces: de modo que cuando les hacen cargo de semejantes sinrazones, responden: Convenir así por via de buen gobierno. Y que de otra suerte era imposible verificarse las causas, ni poder castigar los delitos: aunque yo pudiera responderles que todas las leyes se han de entender con un buen discurso y distincion, porque lo demas es confundirlas, y agraviar á los inocentes, que ni se hallaron en la casa cuando sucedió aquella desgracia, ú estaban en parte donde no podian ser testigos de semejantes culpas. Hubo, pues, cierto dia en una plaza de un pueblo de este reino una gran pendencia entre los hijos de vecinos y gente forastera; al ruido de las armas y al poner paz acudió gran número de los que por allí se hallaron, y entre los que salieron de sus casas á la refriega, fué un barbero, que tomando la horquilla con que solia colgar las hacías á su puerta, cuando

sacaba la tienda, vino á mas correr entre los que se acuchillaban, diciendo á voces : Paz, paz : pero eran tantos los de la riña, y andaba el negocio de suerte que no pudieron dejar de salir algunos heridos; dióse noticia á la justicia, acudió luego con escribano y fiscal, haciendo averiguacion de la causa, y como suele ser de ordinario, llevaron á la cárcel casi los mas vecinos del barrio, los mas cercanos de adonde habian sucedido las cuchilladas, y entre los presos hubo de ser el barbero que salió con el palo : en la prision cada uno por su procurador alegó de su derecho dando su descargo, y averiguada la culpa, los que no la tenian fueron condenados á que pagasen á doce reales, y saliesen libres : el barbero que por solo haber salido veia que le llevaban su dinero, aunque contra su voluntad, por salir de la prision hubo de pagar; y no pasaron muchos dias cuando otra tarde se levantó otra gresca como la pasada, frontero de la casa del barbero, y él, que se preciaba de asistir á su oficio, como hombre de bien, que lo era, asió de su vara, y metiéndose en medio de los que reñian á grandes voces comenzó á decir : Mueran, mueran; no tardaron en venir juez, escribano y alguaciles, y prendieron los delincuentes; llevaron tambien al barbero á la cárcel, y como en la pendencia no hubiese algun herido, con facilidad salieron de la prision, aunque no sin costas, pues vino á pagar el barbero veinte y cuatro reales por la mortandad que habia gritado, mas como en casa del tahur dure poco la alegría, y él en sintiendo algun alboroto no podia dejar de salir como la gansa de cantipalos, ofrecióse otra riña, y salió á dar en que entender á los alguaciles, y como ya escarmentado de las cosas pasadas mudó de estilo, y jugando de su horcon á modo de montante, á grandes voces repetia : Paz, guerra, mueran, guerra, paz : prendió la justicia á los del alboroto, y no se quedó en la posada nuestro barbero, el cual saliendo á visitarle, y siendo preguntado porque le habian preso, respondió : Señores, yo soy desgraciado : y de serlo, y de no tener quien me favorezca me ha costado mas que yo ganaré en seis semanas por mas que trabaje; por meter paz me condenaron en doce reales; despues viendo que con la paz me habia ido tan mal, en la segunda pendencia dije : Mueran, mueran, y tambien aunque no hubo sangre fuí condenado en gastos de justicia; ahora me trujeron á la prision por decir : Paz, guerra, mueran, paz. Suplíco á ustedes me digan ¿qué he de hacer? ¿qué diré? ¿ó cuando viere matarse los hombres adonde tengo de irme? porque no hay que dudar, sino que será menester alguna renta para tantas condenaciones como cada dia me hacen. Dió mucha risa á los jueces el modo de proceder del buen hombre, y mandaron que saliese libre y sin costas, y de allí adelante se fueron á la mano en semejantes causas, aunque presto se cansaron volviéndose á lo que ántes solian. ¿Qué me responderán de este cuento? les pregunté á los que me escuchaban; pues verdaderamente es lo que sucede en este lugar: si lo oiste ó lo dejaste de ver, págalo, y salga de donde saliere, que las diligencias que se hacen ó hicieren no será razon queden sin premio, y el escribano y fiscal llevar tienen sus derechos, que por eso compraron semejantes oficios, y dieron su dinero. Y aun esto bien pudiera sufrir á no haber de por medio algunos malos tratamientos,

y algunas palabras injuriosas, indignas con justa razon de los que gobiernan la república; no le basta su desdicha á un pobre hombre, y verse preso en una cárcel cargado de hierro, sino que para alivio de sus trabajos ha de ver indignado contra sí al juez, terrible al escribano, y al fiscal insufrible, y al alcaide y porteros de la cárcel no de mejor condicion que los demas. Estaba el desdichado rico avariento abrasándose en vivo fuego, muriendo de sed y deseoso de una gota de agua, y llama para que le socorra á Abrahan, pidiéndole que le envie á Lázaro, y para obligarle le da nombre de padre, y el santo viejo patriarca, pudiéndole decir que mentia, pues tan ruines hijos y miserables nunca él los tuvo, por no afligirle y desconsolarle mas le responde : Hijo, en el mundo tuviste los regalos posibles, y Lázaro estuvo lleno de miserias y trabajos; trocóse la suerte, tú ahora padeces, y Lázaro descansa; grande es la distancia de un lugar á otro, y así no es posible lo que pides : ya que no le socorre, no le trata mal, ni se enoja con él, ni es bien que el juez jamas se enoje con el reo, ántes se compadezca y duela de sus miserias, y considere cuan frágil y de cuan poca consideracion es el hombre, pues por la flaqueza y mal natural suyo deja la virtud y el bien, y se arroja precipitadamente á la torpeza y perdicion suya, sin temer la pena y castigo que le aguarda, y no deje de admitir apelacion cuando se la pidieren, si por ventura hay lugar para no ejecutar la sentencia, que harto mejor es vaya visto el negocio que fuere grave, por muchos ojos, y que no se atropelle la vida de un hombre : si merece azotes, ó galeras, sentenciese en ellas en hora buena; pero qué importa que otro mayor tribunal lo confirme, pues con esto se satisface el reo, y el juez cumple con su conciencia, y se libra de muchas pesadumbres con decir, otros lo vieron, justificadamente está vista su causa, y se ejecutó lo que merecia, no todo se ha de entender de una manera, distincion quieren las cosas, que aunque tiene peso la justicia, razon es siempre se incline á la piedad y compasion : rico en misericordia se llama Cristo Señor nuestro, por preciarse tanto de misericordioso, y no por eso deja de ser infinita su justicia : llega á venderle Judas, y dándole la paz que no traia, le pregunta : Amigo, ¿á qué vienes? pudiéndole condenar al punto á los infiernos, como juez universal que era de vivos y muertos, y mas que tardó poco en irse á los abismos, prision bien merecida á quien él era y habia sido. Aquella vara del profeta con tantos ojos, esto significaba que quien vela todo lo mira, y tantea las cosas con razon y prudencia. Este es el camino carretero por donde han ido las personas cuerdas, y echar por vereda ó atajo diferente será para que se diga aquel comun refran, á los viejos hasta los codos, y á los mozos hasta los hombros.

Vicario. Recibiré merced y caridad que me declare ese adagio, porque verdaderamente no puede dejar de tener encerrado en sí alguna buena sentencia.

Alonso. En tiempo de muchas aguas, como las que yo solia pasar, padre vicario, se suele humedecer tanto la tierra, que con ser de su naturaleza fria y seca, parece estar tan deleznable con demasiada humedad, que por todas partes arroja arroyos y fuentes de agua : los hombres

ya de edad que no miran en galas, en saliendo á sus negocios, no reparando en el lodo que se les ha de pegar en zapatos ó medias, sino en ir mas seguros, echan por medio de la calle á costa de mojarse mas de lo que querrian, pero los mozuelos pisaverdes, á quien no es razon que ni aun los elementos se les atrevan, ántes les veneren y guarden respeto, echan por diferente senda, arrímanse á la pared, ponen la punta del pié en una y otra piedrezuela, y como mal fundamento cuando mas descuidados, al mejor tiempo toman la paja con el celebro, y con las espaldas miden el suelo, como don Bueso. La necesidad suele decirse que hace maestros, pero yo no diré sino la experiencia, y que es madre del saber y del buen gobierno; por eso dice Tulio que el entendimiento, la razon y consejo estaba en los viejos, porque como ya caidos en las cosas, y ejercitados en todo, podian gobernar las repúblicas, lo que no tienen los mozuelos de pocos años. Estas y otras cosas les contaba á aquellos señores de la audiencia que me escuchaban con mi amo, y como eran hijos de tantas madres, así tuvieron varios los pareceres, culpaban unos mi libertad, otros quisieran que el teniente me hiciera llevar á la cárcel por el atrevimiento que habia tenido; aunque no faltó entre ellos quien volvió por mí, diciendo que mi intento habia sido bueno, y que debian agradecerme los buenos consejos que los habia dado.

Vicario. Si ello va á decir verdad, hermano Alonso, demasiado anduvo; no está el mundo para ese lenguage, verdades apuradas no se escuchan, desengaños no se reciben, priva la mentira, gobierna la lisonja y adulacion, y la doblez y mal trato está en su punto; yo no me maravillo sino como no le dieron el pago que merecian tan libres razones como les dijo.

Alonso. De eso procuré yo guardarme, porque viendo que ya me traian sobre ojo, llamándome el hablador, y que casi los mas de Córdoba me señalaban con el dedo, determiné de dar cantonada á mi señor, y quitarme de malas lenguas, pues sin dar ocasion, mi merecerlo yo, ni mi buen trato, así taberneros como gente de la plaza me llamaban el soponcillo, oficio de que jamas no solo no me precio, sino que le aborrezco; válgales á los que lo son el interés que quisieren, siquiera anden á medias ó á tercias partes con la justicia y escribanos, indigna cosa de hombres de bien, y yo como me preciaba de serlo, procuraba siempre huir de semejantes negociaciones y ganancias; aguardé una noche que salí de ronda con mi teniente, y habiendo visitado tabernas y bodegones, pasteleros y casas de posadas, llegamos á un meson donde hallé un hombre con dos machos, que estaba de partida para Sevilla, habiendo de salir de la posada al amanecer; ví el cielo abierto, y con tan buena ocasion asíla por el copete; porque de mi natural inclinacion fuí siempre amigo de andar los piés altos del suelo, principalmente por tierra tan cálida como Andalucía: tres meses habia que estaba en servicio del teniente mi amo, y en todo este tiempo no me habia dado siquiera un par de zapatos, de modo que le consideraba de que jamas podria sacar de él un real, procurando como buen cobrador que se fuese comido por servido: órden que suele guardarse ahora en algunas casas, no dando salario á

los criados, sino aprovechándolos en los negocios que se ofrecen, y que de allí saquen ellos lo que su industria y modo pueda grangear, así de la una parte como de la otra, haciendo á dos manos como buen oficial. Habíame dado mi señor el dia ántes para el gasto de toda la semana cuarenta y cuatro reales, que echando bien la cuenta de tres meses de servicio, venia yo á salir á razon de á catorce reales, dos mas ó menos que sobraban, y habiendo hecho el cómputo con mi conciencia, me dí por libre, pareciéndome que todo se salia allá, tomar lo que se me debia, ó pedirlo á mi señor, pues casi se era uno; no hay para que trate ahora si pequé ó no en hacer lo que hice; que en negocio de opiniones no faltará quien me defienda, pero en efecto dejéme de cuentos, y dejando acostado á mi dueño dí la vuelta al meson, que á tardar algo mas no fuera de provecho, porque el arriero habia ya aparejado sus machos, y hecha la cuenta con la huéspeda, estaba ya fuera del portal para ponerse en camino. Disimuléme, y no le hablé palabra, porque no me conociesen los huéspedes, y habiendo salido de la ciudad buen rato, y yo en su seguimiento, llegándome á él le dí los buenos dias, diciéndole como habia oido decir que su viaje era el mismo que yo llevaba, y si no lo tenia por pesadumbre le serviria en su jornada, pagándole la merced y buena obra que me hiciese de á ratos llevarme caballero, pues iban desembarazos dos mulos. Agradeció mi ofrecimiento, y diciéndome que no repararia en la paga, me dió el pié para que subiese en uno de aquellos dromedarios, que segun estaban albardados podian ser acémilas de algun grande. Proseguimos nuestro camino con algun sosiego y contento, dando vaya á los pasageros que encontrábamos, engañando con risa y voces el gran trabajo y cansancio del camino, que no era poco en tiempo de tanto calor, y por tierra que parecia ser hija del sol, segun era de calorosa, que no sin causa la llaman sierra Morena. Un mártes, aciago para mí, llegamos por la tarde á una venta, con ánimo de dormir aquella noche en ella, y tomar la madrugada como otras veces habíamos hecho, pero volvióseños el sueño del perro: porque como por nuestra ventura tuviese una hijuela de buena edad el ventero, y yo fuese mozo barbiponiente, y aunque no muy demasiado bien vestido, no de mal parecer, bailéla al ojo al demonio de la moza, y llegándose á mí me dijo: Mancebito, bien veo que no le es lícito á una doncella como yo soy atreverse á echar en corro lo que por terceras personas fuera bien se tratase; pero aunque con justa causa puede culpar mi desenvoltura, y el ser tan demasiadamente libre, el amor que le he cobrado en este poco de tiempo que le he visto, es de suerte que me fuerza á que atropelle con todo, y habiendo de ser yo la rogada venga á rogarle; fuerzas son de estrellas y oculta inclinacion, que no se puede alcanzar la causa de adonde procede tan gran mudanza como la que vengo á ver: en mí hallará mujer que le estime, y adore sus pensamientos; si gusta de quedarse conmigo en casa, hija soy del huésped, no hay otra heredera para lo poco ó mucho que se ganare, el puesto es admirable y acreditado, y con su buena ayuda nos ha de hacer el Señor mil mercedes. Atónito escuché las razones de la mozuela, y á ser inclinado al santo matrimonio no me estuviera

mal responderla: pero aunque mozo, hice una breve consideracion: mujer de buena cara, moza, y con hacienda, y que me ruega, y á mí, que aun casi no me ha visto, no es ello demasiado bueno, ni aun mediado: mejor me será llorar con un ojo, que con dos; y así, mostrándome agradecido á mi amartelada doncella, la dije: Por cierto, señora, yo quisiera ser una persona de mayor caudal del que tengo, para serviros; pero soy tan pobre, que me parece que os hago mucho bien en deciros que no. Dos árboles secos tarde dan fruto; yo estimo vuestra voluntad, y quedaos con Dios, que es muy tarde: y para quien ha de madrugar como nosotros, necesario será tomar un poco de sueño.

Vicario. Demasiado de buena respuesta para tan loca desenvoltura y libertad. ¿Y que le respondió la loquilla?

Alonso. Aquí fué Troya, pues como si la dijera que nació en las malvas, alzó la voz pidiendo socorro, y que la valiesen, defendiéndola de mí, que estaba hecho otro casto José, con su aficionada ó inficionada señora. No hay ira como la de mujer, dice el sabio, y púdelo yo experimentar en mi persona, bien á mi costa, pues con estar la venta tres leguas de poblado, en un punto me cercaron seis hombres como unos filistéos, sin el padre y la madre de mi gritadora muchacha. Esas teneis, la dije, guarda diablo, líbreme el Señor de vos, como del infierno: bien, que no estoy debajo del pesado yugo del matrimonio; libertad tengo, pues en mi mano está el perderme ó ganarme. Yo miraré por mí, siguiendo el consejo del sabio, que dice: Harto mejor es vivir el hombre en una soledad y desierto, que hacer vida con una mujer mal acondicionada, pendenciera y gritona. Hermano, hermano, poco ruido, y menos voces, me replicó el padre de la moza, y dé gracias á Dios que no le molemos á palos, por el atrevimento que ha tenido de inquietarme la muchacha: ya le conozco, que no es la vez primera ni la cuarta que ha venido á mi casa, y pues callo, dé la mano, y quédese con ella, que haré cuenta que tengo dos hijos. Aquí de Dios que me casan, pudiera responderle, como cuando daba voces el otro poeta: mas viéndome cercado, y sin persona que me pudiese favorecer, y sin esperanza de remedio, algo mas tierno, mirando al viejo padre, y á los alanos que me tenian asido, les dí por respuesta: Déjenme vuesas mercedes, que no soy aguja que me tengo de perder. Si yo soy el que gano en hacer lo que me mandan, no hay que replicar, sino obedecer, y darles gusto: solo aviso, porque despues no se quejen de mi mal término y proceder, que soy un pobre mozo, sin tener adonde Dios envie su celestial rocío, no amigo de trabajar, aplicado al descanso y sosiego, mas desabrido que bien acondicionado, puesto el ferreruelo al hombro; todo el mundo es mio, porque no tengo viña ni hogar: si con estas faltas me quieren, alto al agua, y cada uno nade lo que pudiere y supiere.

Vicario. A lo menos sus padres no podian pecar de ignorancia, pues los desengañaba, diciéndoles aun mas de lo que le preguntaban.

Alonso. Aquí, padre, se podia echar de ver manifiestamente la ceguedad de algunos padres, pues teniendo en su vecindad y barrio personas convenientes para meterlos en su casa, van á buscar léjos de su tierra á

quien ni conocen en costumbres, ni en calidad, ni hacienda, pareciéndoles que como vengan de fuera es lo mejor, debiendo considerar aquella comun sentencia de las madres viejas: al hijo de tu vecino quítale el moco, y métele en tu casa. Espantoso caso; ¿quién imaginara sino que habian de responderme: Sois un bellaco pícaro, mal nacido; salíos de la venta, y no os vea yo en todos los dias de vuestra vida, que si por acá volveis os sacaré el hígado? pero no lo hicieron de esta suerte, sino que con mucho amor y blandura me prometieron de hacer por mí cuanto les fuese posible, como por un hijo que de nuevo les habia dado Dios: no obligados, ni con mi buen modo de proceder, ni buenas palabras, quedé recibido por su yerno, celebrando su buena suerte, y dando los huéspedes el parabien á mi nueva y aborrecida esposa, y yo desde aquel punto empecé luego á ser presumido, haciéndome grave, y representando lo que no era, ni en ningun tiempo esperaba ser, pues aunque delante de tantos testigos dí la mano de marido á mi engañada novia, solo fué por librarme de algun mal tratamiento, ó por lo menos de entrar por algunos dias en una cárcel, pagando los delitos que no habian cometido mis culpas.

Vicario. Pues bien, ¿cómo se libró de tan grande aprieto?

Alonso. Eso y mas puede hacer una disimulada apariencia: con fingir una alegría y contento, el que tiene una tristeza interior, y una infernal melancolía, ¡oh cuántos venden á los que tratan y comunican como amigos con unas palabras amorosas y blandas! ¡Cuántos prometen hacer bien y favor, que son los principales contrarios y fiscales, de los que estan llenos de esperanzas de ser defendidos y amparados! ¡Cuantos, engañados con esperanzas fingidas, han gastado su salud, su tiempo y hacienda, sin haber podido ver logrados sus deseos!

Vicario. Eso que dice, hermano, lo enseñó el santo y real profeta David, en el psalmo ciento y treinta y dos, que dice: Los que con capa de paz engañan á sus hermanos, disimulando el veneno que tienen sus dañadas entrañas, etc.

Alonso. Habíamos gastado, padre, en demandas y respuestas gran parte de la noche: de modo que con ser ya el postrer cuarto de la luna, en su menguante, ya habia mostrado su apacible rostro á los necesitados de su prestada luz, cuando mi compañero, deseoso de entrar en Sevilla aquel dia, pues para once leguas que le faltaban era forzoso tomar la madrugada, apercebia su recua, hecha la cuenta del gasto, que como sucesor de aquel nuevo trato, la hice admirablemente, y le dí finiquito de todo, entregando el recibo á mis señores y forzados suegros, que no fué de poco contento para ellos el ver con cuanta gracia me iba imponiendo en el nuevo oficio, esperando de mi habilidad un gran catedrático de venteros. Salió de casa con sus machos, despidiéndose de mí con alguna terneza, mas yo echéle el ojo al camino que tomaba, y habiendo bien como una hora que habia salido, como viese divertidos los de mi venta, los unos en aderezar la cena, y los otros en poner la mesa, como que me llegaba á cerrar la puerta, me salí fuera, en seguimiento de mi arriero, diciendo al salir de la posada lo que dijo una señora que entró en la religion al tiempo que la portera cerró las puertas del monasterio:

Quédate con Dios, mundo con tus criados; y yo dije: A Dios, mujer, el que te quisiere ese te lleve; y poniendo piés en polvorosa, comencé á correr de modo que no me alcanzara el mas ligero galgo; pero tal miedo habia yo cobrado á mi casamiento, y tales alas me ponia el temor en todos mis antojos, recelándome de los que me habian de seguir, aunque bien mirado, ni sé para qué, pues ninguna cosa les era encargo, sino el estar roncos de las voces que impertinentemente tuvieron como bárbaros, que los que mas gritos dan esos suele decirse que tienen mayor justicia. Ya el sol andaba bien á lo descubierto, mostrando sus rayos por toda la tierra, cuando vine en el alcance de mi antiguo compañero, que como me conociese de léjos, maravillado se detuvo para esperarme, y en llegando le dí los buenos dias. Preguntóme la ocasion de haber dejado mi esposa y suegros: mas yo le respondí que lo remitia para contárselo por el camino, que tuve harto que contar. Dióme el pié para que subiese en un macho, echando de ver cuan cansado estaria, pues le habia podido alcanzar. Pedíle que nos diésemos priesa: lo uno, por entrar con tiempo en Sevilla: lo otro, porque si alguno viniese en nuestro seguimiento, no pudiese alcanzarnos. El amigo era tan hombre de bien, que lo puso por obra, y así ántes de la oracion llegamos á la puerta de la ciudad. Lo que en ella me sucedió, y el amo que tuve, para mañana, siendo Dios servido, se lo contaré á vuesa paternidad, porque por ser tan largo este discurso, y ser ya hora de que nos recojamos al convento, será razon se quede para otro dia, pues nos quedan otros cuatro para recreacion ántes de entrar en cuaresma.

Vicario. Muy bien dice, hermano: que los religiosos parecen muy bien en el monasterio, ántes que la noche descoja su manto de oscuridad y tinieblas: para mañana se quede lo sucedido en Sevilla.

CAPITULO VI.

Cuenta Alonso como entró á servir en Sevilla un médico.

Vicario. Acuérdome, hermano, que quedó nuestro discurso en Sevilla, y á lo menos no podria culparme de que me falta memoria, señal cierta de que me da mucho contento su apacible conversacion, y el ver los varios caminos por donde le traia la fortuna. Bien puede proseguir, que yo le escucharé atento de buena voluntad.

Alonso. Llegamos, como dije, á la gran ciudad de Sevilla, madre de tantos extrangeros y archivo de las riquezas del mundo; acababa de llegar la flota, y entretúveme aquella noche en ver las luminarias y alegría universal de todos los ciudadanos, la salva de los galeones, y el regocijo de grandes y pequeños. Llegada la mañana, despedido de mi compañero, salí al rio, donde me fué de provecho mi buena diligencia y trabajo, ayudando á traer á la ciudad algunas cosas ligeras de las que desembar-

caban (ejercicio en qué se ocupan en aquellos tiempos innumerables holgazanes, con no pequeño interes y grangería), pero yo, como de mi natural fuese delicado, y mis fuerzas no tantas como las de Fierabras, sentia el traer carga; dolíanme los hombros, y cada brazo me pesaba mucho mas que los tercios que habia de traer sobre mis costillas: y considerando que no habia yo nacido para semejante trato, y que á costa de mayor ganancia, me seria mas saludable buscar otro modo de vivir con mas sosiego, dejé el arenal, y víneme á la lonja á buscar quien me diese de comer, sin que yo tuviese cuidado de prevenirlo: que en efecto una vieja costumbre mala es de olvidar, el bien hasta que se pierde no se conoce. Aquel no tener yo cuidado cuando servia, qué comeré mañana, no teniendo dineros, el no hallarlos por mas que los buscase con prendas, el ir de vecino en vecino, con mi rostro mas encendido que salserilla de color de granada, acordándome de aquel dicho antiguo, si quieres saber cuanto vale un real, pídele prestado. Tenia por negocio mas cuerdo quitarme de pesadumbres, y que todos estos cuidados, otros los llevasen, socorriendo mis necesidades; pues en efecto, aunque con el amo, por bueno que sea, se padecen no pocas prolijidades, por lo menos de él ha de colgar el saber como se mantendrá su casa, el sustento de su familia, el aderezo y vestidos de sus criados, el mirar por ellos, y si fuere menester quitarlo de sí para darlo á los que le sirven, á trueco de tenerlos contentos.

Vicario. Así es verdad que el vestido del criado y buen tratamiento, dicen quien es el señor, y un mozuelo mal intencionado, habladorcillo, podrá descomponer la casa de mas calidad y crédito, pues los criados suelen llamarse enemigos no excusados, siendo forzoso el servirse de ellos, y no poderlos dejar de ningun modo, si no es que se diga por cada uno: mandadlo, y hacedlo vos.

Alonso. Esa, padre, es la ocasion de ser los monasterios y casas de religiosos tan bien servidas, con tanta puntualidad, sin que jamas falte en su buena traza y órden una tilde. El padre fray Pedro es portero, fray Antonio refitolero, fray Francisco cocinero, cada uno en su oficio gente virtuosa y hombres de bien, que saben ya lo que han de hacer, y acude cada uno, sin tener ayo que le encamine, ni mayordomo ó maestresala que le corrija. En efecto, yo anduve á buscar á quien pudiese servir, que aunque ya tenia bastante edad y cuerpo para arrimarme á algun oficio, no sé qué hallaba de contradicion en mí para no aprenderle, pareciéndome ser demasiada sujecion y trabajo para un mozo como yo era, criado siempre con libertad y anchura, amigo de no sujetarme á la mala condicion desabrida de unos maestros, que sobre cualquier niñería tratan á un pobre aprendiz como si le hubiesen comprado para su humilde y perpetuo esclavo. Bien echaba de ver lo mal que lo hacia en dejar pasar el tiempo, la cosa mas preciosa de la vida y de mayor estima, y que me habia de suceder á mí lo que hallaba por experiencia en otros, que, olvidados de su vejez, de muchachos servian de pages á los señores, de mancebos de gentiles-hombres, de mayor edad de escuderos: llégase el tener muchos años, vienen con ellos la poca salud, madre de pocas fuerzas, y variedad

de enfermedades, sugeto aborrecible, aun de los mismos hijos: ¿pues qué se ha de hacer enfadando á los que habeis servido, y debeis agradar, ántes que dar pesadumbres, con tantas importunidades y miserias? El remedio es fácil, dando con vuestro cuerpo en un hospital, donde haya cama de incurables, que si hay males que no tienen cura, ¿quién jamas lo pudo hallar para no ser viejo? No se me escondia nada, y lo peor era que con entenderlo nunca me pude mover á ser oficial, trato y ejercicio loable, y digno de estimar en mucho, pues con un continuo trabajo, no solo aparta á sus dueños de innumerables vicios, que como de caudalosa fuente nacen de la ociosidad, sino que tambien los levanta, y da la mano para grandes bienes de fortuna. Quien tiene oficio tiene beneficio, dice el comun refran, y desdichado del hombre que está sin él, y sin renta, cargado de casa, familia y obligaciones: pero no tan malo, pues ya buscaba en que entretenerme por no andar perdido: y así, encomendándome á Dios, estuve mirando un rato á la mucha gente que pasaba de una parte á otra, por aquella calle donde yo estaba, que aun con ser tan anchurosa, unos á otros se estorbaban el paso. Ví entre los que estaban con atencion mirando, que pasaba un hombre de buena edad, gentil presencia, y bien aderezado, con una gruesa mula, con su gualdrapa (propio hábito de letrado ó médico), y reparé en que tras él no iba ningun criado, ni lacayo delante, y pareciéndome que el cielo me habia deparado aquella comodidad, sin que me costase mucho el buscarla: fuíme tras él hasta una casa, no muy léjos de allí, adonde se apeó, y yo llegué á tenerle del estribo, y con mucho comedimiento quitado mi sombrero, con demasiada cortesía le pregunté si tenia necesidad de recibir alguno en su servicio, porque yo habia llegado en aquel punto á la ciudad, y era persona que le podia servir con el cuidado y diligencia que echaria de ver, y á mí me fuese posible. Verdaderamente, hermano, me respondió el doctor, como mi arte y modo de vivir es tan trabajoso, y aunque contra mi voluntad, tan forzoso, de que andemos tres, como el oficio de tejedor, lanzaire, maestro, y quien haga las canillas; y en el mio, yo, mozo y mula, no puedo excusarme de recibiros: cansaros teneis, porque gracias á Dios tengo muchos que visitar: pero para eso es el pagaros bien, regalaros, y hacer de mi parte el mejor tratamiento que pudiere.

Vicario. Poco era menester para concertaros los dos, porque la mayor parte del camino ya estaba andado.

Alonso. Así es verdad, pues remitiéndole á lo que echase de ver de mi buen trato y servicio, dejamos el concierto para adelante, y acabando de visitar nuestros enfermos á medio dia, fuimos á casa donde nos tenian ya apercibida la comida, que bien la habíamos menester despues de tan largo paseo como el que habíamos traido. Gane de comer el médico cuanto quisiere, tenga el crédito y opinion que pudiere desear, todo es poco para el continuo trabajo y cuidado de su vida, el no tener hora segura, de dia, ni de noche, fiesta ni pascua para su descanso y quietud, cosa concedida al mas trabajado oficial, y al mas vil sujeto esclavo, pues hasta los galeotes tienen invierno en que las galeras no salen del puerto, esperando al apacible tiempo de la primavera: mas el médico, aunque

se conjuren contra él las nubes, despidiendo temerosos rayos y mas agua que arroja el Nilo, cuando caudaloso riega los campos de toda Egipto, y la tierra envie de sí misma mas fuego que el volcan de Sicilia, ha de salir á visitar, y sufrir así la inclemencia del tiempo que corriere, ya del gran frio del invierno, ya del intolerable calor del verano, como las impertinencias y desabrimientos de algunos inconsiderados enfermos, que á trueco de su gusto no reparan en la grande incomodidad y fatiga que han de pasar los que los vienen á servir. Yo á lo menos, lo que sé decir de mí que si en el siglo estuviera, y cargado de hijos, á ninguno de ellos dejara estudiar semejante facultad, escarmentado de lo que ví pasar al bueno de mi amo. Dejo aparte las impertinentes razones del vulgo, aquel decirme cuando pasaba por alguna calle, detras de la mula: Veis allí al criado del mata sanos.

Vicario. Eso, hermano, es falta de poco saber, y tener gana de hablar, porque al médico no le llaman los sanos, ni él va á curar sino á los enfermos; á esos cura él, y no los mata, que de los buenos y sin enfermedad yo le absolveré y daré por libre.

Alonso. De sol á sol está señalado el trabajo de un cavador, sus horas tienen los oficiales para trabajar y para el descanso; solo para nosotros habrá de ser sin intermision alguna. Llegaba la luz del alba, y hecho vigilante centinela, me daba priesa mi dueño á que dejase de dormir, no satisfechos, ni aun mediados los ojos de lo que habian estado tanto tiempo abiertos. Llegaba á medio dia mi médico, hecho pedazos, harto de sufrir y padecer de unos y de otros, y con harta poca ganancia: porque lo que suele decirse que Galeno da riquezas, y Justiniano honras y dignidades, verdaderamente, padre, que es falso, pues de manifiesto los juristas en todo se aventajan, así en los gobiernos y preeminencias, como en aprovechamientos y ganancias. Ya se pasó el tiempo en que contaban que los médicos, pareciéndoles indigna cosa recibir paga por sus visitas, volvian la mano para atras, como teniéndolo por cosa indigna que se premiase con el dinero un deseo y una propia voluntad de procurar la salud del enfermo: pero ya en nuestros miserables tiempos, ántes es necesario abrir las manos y ponerlas delante, y aun pedir que los paguen; y con todas estas ceremonias sea el Señor servido, que tengan efecto la buena diligencia. Acuérdome de un médico, que pidiendo á un herido le pagase lo que le habia visitado y curado, le respondió: ¿Qué sedas ó paños me dió vuesa merced, ó qué mercaderías puso de su casa, que así quiere llevarme mi hacienda? Porque en efecto, padre, tres caras dicen que tiene el médico, una de ángel, otra de hombre, y otra de demonio: la de ángel, es cuando la enfermedad aprieta, los accidentes crecen, la sed fatiga, y la calentura atormenta; entónces venga el médico, dénle lo que pidiere, que todo es poco, como me dé remedio: mejórase la enfermedad, duerme el enfermo, come mejor, y en todo hay alivio, entónces si el médico viene á casa, entrará, no con aquel aplauso y gusto del enfermo que solia ántes, sino como una persona particular, que es de algun efecto para la pretension que tiene de señor que ya va convaleciendo: pero cuando salió de peligro con nota

ble mejoría, libre ya de aquellas pasadas congojas, si acaso viene el médico á visitar, como ha de llevar la paga de su trabajo, entónces es el mostrarle mal rostro, y de modo, que si tiene buen juicio, echará de ver cuan de mala gana reciben su visita, que esto quiso decir aquel poeta en sus versos latinos:

Dum locus est morbis,
Medico promittitur orbis;
Morbo fugiente,
Medicus recedit a mente.

Mientras hay enfermedad se le promete al médico cuanto oro y plata encierra la tierra, pero en llegando uno á estar bueno, olvida el bien que recibió, y al que fué causa de su salud: y esto es lo de menos, si se llega á continua murmuracion, y mal hablar del vulgo, aquel entender que está en mano de los médicos que no se mueran los que curan, dependiendo, como depende la verdadera salud y vida, del autor de ella.

Vicario. Así dice el profeta, cuanto preguntado propone al pueblo: ¿Por ventura los médicos podrán resucitar? Y en otra parte: Yo mataré, y haré que vivan; heriré, y los daré sanos.

Alonso. Pues es lo bueno que no saben hacer distincion del que sabe y es docto, del ignorante y de poco juicio, dando mas crédito á un ensalmador, y al dicho de una mujer, que en su vida supo mas que andar en los cuidados de su casa y familia, que á los mas expertos y cursados en la facultad de medicina. Acuérdome que un dia, para ir á ver á un enfermo dos leguas de Valencia, llamaron á un catedrático de la universidad, de los mas graves y de mayor opinion: el que iba con el que habia venido á llamarle, al salir de la puerta de la ciudad, le dijo: Señor doctor, yo querria, con su buena licencia de vuesa merced, ántes que nos alejemos de la ciudad, que quedase concertado con vuesa merced lo que me ha de llevar por este camino y visita, que en efecto, quien destaja no baraja. Sea como quisiéredes, respondió el médico, dos leguas son adonde me llevais, bien merezco cincuenta reales, y mas haciendo el tiempo riguroso que hace de calor. Rióse el hombre, y haciendo mofa y burla de él, le dijo: Bueno por Dios, ¡cincuenta reales! ¿pues para eso mas vale llevar uno bueno; y era el que llevaba el catedrático de aforismos, la lectura mas grave de las escuelas.

Vicario. ¿Y en qué paró el negocio?

Alonso. Gustó tanto de la simple respuesta el bueno del doctor, que con mucha risa le respondió: No se trate mas de precio, vamos en hora buena, que lo que me diéredes quiero tomar, y quedaré muy contento, sin daros pesadumbre por la paga. Llegados al lugar, entró á ver el enfermo, y hallóle tan cercano á la muerte, que á lo que mas se atrevió, fué á ordenarle una untura para el corazon, y un cordial para que pudiese alentar un poco y recibir el santísimo sacramento de la eucaristía y confesarse, porque habian hecho poco caso de la enfermedad, siendo

como era de suyo tan grave. Entróse á descansar un rato el médico, mas no fué por mucho tiempo, porque llamándole muy apriesa hubo de salir luego del aposento donde estaba, y por muy preste que salió, halló muerto al enfermo. La mujer que estaba presente á tan desgraciado suceso, salió al encuentro al doctor, y tomándole por la mano, le llevó á la cama donde estaba su difunto marido, y mostrándole grande cólera, le dijo: Venga acá, mire le que ha hecho, á esto le trujeron á mi casa á matarme mi marido, y á llevarme mi hacienda. Bien haya Roma, que no quiso que en setecientos años hubiese médicos en la ciudad, porque entendian, y con justa razon, los romanos, que ellos eran la verdadera peste de la república. Con estas razones tan desbaratadas de la inconsiderada mujer, quedóse mi catedrático como fuera de sí, y bajándose al portal de casa, pidió la mula, y sin despedirse, ni aguardar á que le pagasen, tomó el camino de Valencia, maldiciendo su jornada, á quien le habia traido, y á los maestros que tan trabajosa ciencia le habian enseñado.

Vicario. Y en efecto, hermano, ¿tanto tiempo como esa mujer dijo, estuvo Roma sin tener quien curase los enfermos y heridos? ¿y á los médicos, que entónces estaban en la ciudad, los desterró el senado?

Alonso. La gente docta, virtuosa, y de buen trato, siempre fué estimada de su república, que los que Roma, como personas inútiles, y de ningun fruto, echó de su imperio, fueron charlatanes, hombres sin fundamento ni razon, salta en bancos, que curaban como dicen: Dios te la depare buena, no mirando edad, tiempo, ocasion, ni sugeto, cosas tan necesarias para poder curar, que sin ellas sería como poner una espada en las manos de un hombre loco. Y aun Galeno, reprehendiendo á Tesalo, dice las mismas palabras, por haber dicho que en seis meses sacaria él un médico consumado, con tal que él fuese su maestro, y decia: Bien dice Galeno, porque no digo yo en seis meses, sino en seis dias podrás hacer que sepa lo que tú sabes: porque quien no guarda indicacion ninguna, ni repara en cosas que contradicen á la curacion, desde luego cure, sin estudiar ni ver libro; estos tales eran los que salieron de Roma, no obstante que siempre tuvieron los romanos discretos y sabios cirujanos que los curasen, pues era forzoso el haber de curar los heridos en las continuas guerras que de ordinario tenian: y por consiguiente nunca faltó entre ellos médico. Pues para ser uno buen cirujano, forzosamente ha de saber medicina, ó no poder ejercitar bien su arte.

Vicario. Así me parece á mí que sin un buen discurso y modo de proceder, mal se podrá gobernar un hombre en un caso de tanta importancia como es la salud humana.

Alonso. Dejo aparte, padre, lo que enseña el Eclesiástico en el capítulo XXXVIII, en el versículo 1°, donde dice: Honra al médico, pues tienes necesidad de él; críole el Altísimo, y toda medicina viene de la mano de Dios; la paga y premio recibirá del rey, su saber y prudencia le levantará, y delante de los grandes y gente ilustre será alabado. La mano poderosa de Dios crió de la tierra la medicina y remedios, y el varon cuerdo y prudente no los ha de despreciar. Y en otra parte dijo: Hijo

cuando estuvieres malo, mira por tí, y no desmayes, sino ruega al Señor que él te curará, y si á él con oracion y sacrificios le pides la salud, y juntamente con las limosnas que hiciéredes, llama al médico que te visite, y repara que le crió el Señor, y que es razon estimarle, y que te visite y cure, porque sus obras son necesarias, y sin él no se puede pasar. Forzoso es haber de estar los hombres enfermos, y forzoso es tambien haberlos de curar los médicos, y los que los curan procuran su sociego, su alivio en los dolores y trabajos que los ven pasar, y rogarán á Dios por su salud y por sabiduría para alcanzarla. Hasta aquí el sabio rey; veamos pues lo que podrán decir los que se alargan mas de lo que debieran contra una sentencia tan necesaria, provechosa y de tanta virtud: pero este daño y trabajo, padre, no está de parte de la medicina, sino de muchos indignos de preciarse de ella, y por los tales vienen á perder, ó á lo menos tienen mal nombre, acerca de ignorantes, y que poco saben, los que son doctos y prudentes médicos. ¡O cuantos se han desvelado, así en dicho como por escrito, en decir mal de esta divina ciencia, y de sus secuaces, y han culpado la incertidumbre de las enfermedades interiores, diciendo que ¿cómo en una arca cerrada se puede acertar y saber lo que está dentro; como las pasiones del alma se podrán remediar por conjeturas, siendo el conocimiento de ellas reservado á Dios, infinita y verdadera sabiduría, á quien nada se le esconde, hasta los mas secretos y ocultos pensamientos? y así es verdad, que no todas las enfermedades se dejan conocer: y por discreto y docto que sea un médico, no todo lo puede alcanzar, que tambien hay cosas que de suyo son incurables, y mas cuando interviene la voluntad del cielo de que padezca el enfermo, y que no le aprovechen de ningun modo los remedios que le aplican, que esto es lo que suelen decir con muy justa causa los filósofos: Aquí está encubierta alguna cosa divina; y verdaderamente tienen razon, pues cuando se aplica á un hombre que está afligido, doloroso, y fatigado con una calentura ardiente, con una sed insaciable, que con tener la cama de manera que para otro cualquiera habia de ser de mucho regalo, es para él de gran fatiga, pues aun caber en ella no puede, á quien para remediarle y darle algun género de alivio, no hay en la botica medicina, ni bastan las fuentes mas frias, ni la abundancia de los mas caudalosos rios, para mitigar y aplacar su rabiosa sed. ¿Quién podrá negar sino que este tal que así padece, por celestial y oculto juicio reservado al cielo, conviene estar en aquel terrible é inevitable potro á que le condenó la naturaleza humana, por la culpa de nuestro mal entendido padre? Pero con todo eso, por la mayor parte bien manifiesto está, y la experiencia ordinaria cada dia lo muestra, de cuanto provecho sea en el mundo la medicina, y que el Señor la instituyó y ordenó para remedio de tantos males, á quien estamos sujetos, y que el negarlo es error manifiesto contra toda verdad. Pues la misma Sabiduría dice que el hombre sabio no la menospreciará. Estas y otras cosas peores afligian al pobre de mi amo; considerábale algunos dias sin paciencia, y mas cuando sus enfermos se partian contra su voluntad de esta vida miserable y corta,

á la otra eterna y perdurable : aquí era ello el afligirse, el melancolizarse, y verdaderamente tenia razon, porque siempre le echaban la culpa que le habia sangrado, ó no le purgó, ó le visitó tarde, y no cada dia dos veces.

VICARIO. Hermano, esa es plaga vieja de los médicos, porque en efecto ningun hombre murió, porque habia de morir de aquel mal, sino por la poca diligencia de quien lo curaba.

ALONSO. Aun si cuando muere uno se atribuyese á la divina voluntad, como cuando se sirve el Señor de enviar la salud, aun no era tan malo; pero es compasion que ordinariamente tiene Dios parte en la vida, como principal instrumento y autor de ella, y no quieren que la tenga cuando acierta á venir la muerte del enfermo. Si siempre los médicos curasen, y diesen remedio á los enfermos, que les faltara, eso era asimilarse al divino poder, en cuya mano está el alargar ó acortar la vida; que el médico no puede hacer mas que aplicar á su tiempo la medicina y remedio conveniente, y que obre Dios conforme su divina voluntad. Acuérdome haber oido contar de los que iban á Francia á que su rey les curase de lamparones (enfermedad trabajosa y rebelde) que en llegando á la presencia del rey, puestos de rodillas, les dice : El rey te bendice y te toca, Dios te sane. Asi que el tener bueno ó mal suceso de arriba ha de venir, y por eficaces remedios que aplique un hombre, no son bastantes á dar salud quando el cielo determina otra cosa, que entónces Hipócrates, Galenos ni Avicenas no son de provecho : y así lo dijo un cierto poeta en una redondilla, aunque con término grosero, de esta manera :

Cuando Dios se determina
A no remediar los males,
No aprovechan cordiales,
Ni el caldo de la gallina.

Y no es este el menor trabajo que se padece, pues aquí entran como principales pesadumbres las enemistades de los demas médicos, el procurar derribar los unos á los otros, la poca cortesía que algunos se guardan, el procurar aniquilar al compañero, para levantar de punto su opinion y letras : quien es de tu oficio es tu enemigo, se suele decir, y tiene razon el que lo dijo : pues es lástima la poca paz y amor que se suele tener entre los que ejercitan tan divina ciencia debiendo amarse y quererse, siquiera porque el desamor y poco crédito de los que atropellan redunda en agravio y daño de sus mismas personas, pues todos siguen una facultad, tienen un objeto, tiran á un blanco, y al cabo, al cabo, el que mas sabe es hombre, y puede engañarse. Pedíanle á mi amo algunos deudos y amigos de los enfermos que visitaba, cuando estaban ya cercanos para morirse, que los dijese á que hora de la noche acabarian, pareciéndoles que el médico experimentado y docto tiene obligacion de saber dia y hora en que ha de morir el enfermo, siendo como es engaño manifiesto, pues esto es negocio reservado á la eterna sabiduría del Señor, y por ma-

que un hombre pretenda alcanzar, es cierto el quedarse corto y engañado muchas veces, y la experiencia enseña que con ser algunas enfermedades peligrosas, y de suyo mortales, cuando los asistentes estan á la mira esperando el último fin del afligido paciente, entónces con una súbita é inopinada evacuacion, contra toda humana esperanza, se reparan las fuerzas, cobran aliento los pulsos, y el ya muerto en la opinion de todos, vuelve á nueva vida. Que esto es lo que dijo un autor grave de esta facultad, muchas veces en la medicina suceden monstruos, porque se han visto las enfermedades que de suyo parecian fáciles y de poca consideracion haber tenido desastrado suceso, y las que se tenian por incurables y sin remedio, con facilidad alcanzarle, que no todo lo pueden saber los hombres, por letrados que sean, y muchas cosas reserva el Señor para sí, que no es su voluntad que le entiendan, y así lo declaró, diciendo: Si se supiese la hora en que habia de venir el ladron, yo aseguro que estuviese alerta y con mucho cuidado el padre de familias, y que no dejaria, ni daria lugar á que derribase algun portillo, para robar el tesoro y riquezas que tenia.

Vicario. Eso, hermano, dícelo Cristo Señor nuestro, para amonestarnos á que siempre estemos prevenidos, pues no sabemos el tiempo ni la hora en que nos ha de llamar, ni qué muerte habemos de tener.

Alonso. Así es, padre, pero enfadábame yo de que mi amo señalaba no solo el dia, sino la hora, y la desmenuzaba y partia en cuartos, y si pudiera determinar minutos, en que el enfermo habia de morir, hiciéralo sin duda, segun era de presumido, y aunque sabia, y muy bien, lo mas ordinario era engañarse, y cobrar mala opinion con los que le oian, colgados de su lengua como de un oráculo: harto se lo reñia yo, pero era cansarme sin provecho, porque en lugar de agradecer mis saludables consejos, me decia: Anda en hora buena, ó en la otra, limpiad vos la mula, y tenedla á punto, y no os metais en lo que ni habeis estudiado ni sabeis.

Vicario. No decia mal vuestro amo.

Alonso. Andaba yo al uso de este tiempo, pues conocia que algunos presumidos que hablaban mas de lo que debian, eran los que menos sabian y entendian. ¡Qué de personas, padre, he visto entremetidos en negocios y oficios agenos, habladores de ventaja, jueces temerarios, sentenciando las causas á su albedrío, sin advertir ni reparar si hay culpa, ó está inocente el acusado! ¡Qué de cuidadosos de las vidas agenas, y qué de descuidados de las suyas propias! ¡Qué de gobernadores de la república que tienen destruida su hacienda y su casa por no saberla regir ni gobernar! El verdadero saber es el conocimiento de sí mismo, y entender la cortedad del entendimiento de los hombres, pues el que mas presume, ese yerra con mas facilidad. Que á esto hace aquel comun adagio:

Et aliquando bonus dormitat Homerus.

De cuando en cuando sabe dar su cabezada el buen Homero, y yo sé que insignes médicos muchas veces se han engañado, testigo de esta ver-

dad será María de Gradi, que á su mujer la aguardó dos años á que pariese, siendo enfermedad oculta para él, y mal entendida la grandeza del vientre; si no fué que el grande deseo que tenia de verse con hijos le cegase, aunque sabia que el buen viejo Hipócrates, cuando mas se alarga á un término de un preñado, es once meses, y no debiera él añadir otros trece, haciéndolo veinte y cuatro, y el mismo Galeno cuenta de sí que estaba engañado en el conocimiento de la enfermedad que padecia, y al cabo conoció su error, aunque en el modo de curar poco era la diferencia. Pasaderas eran todas estas cosas, y bien se pudieran llevar á mi amo; si no hallaba en él unas cóleras tan impertinentes, que, aunque de mi natural yo soy pacífico ni se las podia llevar, ni me bastaba la paciencia para poderlas sufrir, porque querer un hombre corregir á un vulgo, es pretender meter en un puño la grandeza del mar, y cifrar la máquina de la tierra en un pequeño y estrecho mapa. Harto le iba yo á la mano, poniéndole delante de los ojos mil verdaderas historias, así de la Escritura sagrada como de humanas letras, mas todo era predicar en desierto, cuando consideraba el crédito y opinion que tenian algunos del pueblo, á quien él conocia sin experiencia ni saber, y que estos eran los estimados y queridos de la república, á quien se escuchaba, y se les hacia aplauso, dando mas crédito á sus locuras que á los saludables y sabios consejos de los letrados, y bien entendidos médicos, pues cuando se venia á tratar de los ensalmadores y curadores, aquí era ello el perder el juicio, y como loco furioso dar voces al cielo, pidiendo remedio á tanta desenvoltura: y en parte no andaba muy descaminado.

Vicario. Pues, hermano, ¿qué siente acerca de eso?

Alonso. Lo que siento, padre, es que está un pobre médico harto de estudiar toda su vida sin tener otro modo de vivir, sino andar de casa en casa todos los dias, visitando á unos y curando á otros, y por muchos años, habiendo primero cursado las escuelas, practicado con insignes y experimentados maestros, y al cabo, como la ciencia es grande, la vida corta y peligrosa, el saber juzgar cada cosa como es, yerra, conoce mal, y no alcanza lo que pretende, que es el remedio y salud del enfermo. Pues si esto es así, como lo es, ¿cómo lo podrá hacer un charlatan, sin letras, sin haber visto libro, sin maestros que le hayan enseñado? Y la otra pobre vieja, rueca ó almohadilla, con mas remedios que Joannes de Vigo, mas retórica que Marco Julio, y mas habladora que un mal poeta, ¿cómo ha de poder curar lo que ni sabe, ni entiende, y todo lo aplica al ojo, embargo, ó lombrices? A esto va la proa, y fuerzas de su cura, de adonde diere, con una horma calzan á todos, siquiera sea el sugeto de seis, de veinte, de treinta, ó mas edad: la opinion nos sobra, ella nos dará de comer, aunque se yerre en cuanto se pusiere mano. ¡Oh ceguedad del vulgo novelero! Llamas al zapatero para que te calce, al sastre que te vista, y al maestro del oficio que tienes necesidad, y en lo que tanto te importa como tu salud y bien, dejas de llamar al médico, que por lo menos ha de conocer el mal que te aflige, y te ha de dar saludable remedio, por traer á tu casa á quien no lo entiende, ni sabe; y si presume, es por lo que vió, ó lo oyó decir: pero estas cosas son irremediables, y no es de ahora, que

de atras es, y tiene su orígen y principio tan enfadoso, que á Galeno le hacia perder el juicio, y á mi amo el poco ó mucho que tenia: y yo no andaba menos, pues considerando el trabajo que tenia tan de ordinario, la sequedad de mi médico, el no haber dia que pudiese dejar de salir á ser correo de á pié, y á las veinte, y aun era poco, segun se andaba, pero por enfadado que yo anduviese, mucho mas lo estaba mi amo, y como un dia le viese hacer grandes exclamaciones, le dije: Vuesa merced no tiene que cansarse, que mientras no tuviere las propiedades y condiciones de un maravilloso hieroglífico, donde se pinta por excelencia el buen médico, ni tiene porque quejarse, ni hay para que se queje. Oyólo mi doctor, y aunque algo sentido, me dijo: Ahora veamos tus bachillerías, y escucharé; dí lo que quisieres. Yo entónces viendo la puerta abierta para mi deseo, comencé á decirle de este modo: La antigüedad, para mostrarnos la propiedad y partes requisitas, que es forzoso tenga el sabio y prudente médico, la dibujó de esta suerte: Pintó al dios Esculapio, padre de la medicina, muy barbado, en la cabeza un sombrero, y por toquilla una guirnalda de laurel; tenia á su lado una hermosísima doncella, con unas alas muy ligeras; en la mano derecha tenia un cetro, en quien se enroscaba una culebra, junto de él una gallina y una lechuza, haciendo sombra al médico un dragon y un cuervo. Esta es la admirable pintura del perfectísimo médico, y él entónces riéndose, me rogó le fuese declarando.

Vicario. Y aun yo tambien gustaré de oirla.

Alonso. Pues escuche vuesa paternidad, que de buena gagna procuraré servirle. Lo primero, en figura del dios Esculapio, se pintaba el buen médico, porque los médicos tienen un no sé que de gracia y don del cielo mas que los otros hombres, pues rehacen lo que Dios hace. Por el dicho de Aristóteles: *Ejusdem est artis facere et reficere.* De un mismo arte es hacer, y rehacer. Rómpese un zapato, llámase para que le aderece un zapatero, y no á un sastre; cuando se cae una casa, á un carpintero pertenece el adobarla, y no á un platero; y cuando uno está malo, al médico se llama que le cure. ¿Quién hace al hombre? Dios. Cuando cae enfermo, ¿quién cura? el médico. Luego alguna cosa tienen de divinidad. Pintábase muy barbado, porque el médico ha de ser viejo en el oficio, y no puede ser bueno el que es nuevo en el arte, por fallarle la experiencia tan necesaria en la medicina. Nuevo médico, nueva peste en la patria, destruicion de sus padres, de todos sus deudos y de sus amigos. Demóstenes dijo que el entendimiento, la razon y el consejo estaba en los viejos: y en el hombre mozo la temeridad, poco juicio y menos saber. Recelábase aquella gloriosa mártir santa Agueda, de que llegase á curarla el divino príncipe de la iglesia san Pedro, y entre otras cosas que la dijo para sosegarla, fué decirla: Mira que soy viejo, y que el Señor me envia á que te cure y sane. La doncella hermosa significa la salud, que todos la aman y apetecen, y principalmente la honestidad y recato, que siempre debe guardar el médico, así en el hablar como en todas sus acciones, pues de él se hace tan gran confianza, dejándole entrar en los lugares y casas prohibidas á las demas personas, y en los

conventos de mayor recogimiento y clausura. Las alas significaban la presteza que ha de tener, no siendo perezoso para sus visitas, madrugando y trasnochando de dia y de noche, pues tiene oficio de tan gran cuidado, y que en perdiendo la ocasion todo se pierde. El sombrero mostraba el conocimiento que debe tener de los cielos, para saber en qué tiempo purga ó sangra, si es menguante ó creciente, si es conjuncion ó está llena, en qué signo hace su curso. El laurel por toquilla da á entender dos cosas; la primera, que ha de saber conocer las yerbas, sus propiedades y virtudes, entender de botica para la eleccion de las drogas y compuestos, así cordiales como ungüentos; la segunda, la victoria que se le debe al médico, si venció la enfermedad. El cetro muestra el imperio que ha de tener, aun con los mismos príncipes y reyes á quien curáre. La culebra enseña la sagacidad y prudencia por quien Cristo Señor nuestro dice: *Estote prudentes sicut serpentes*, sed prudentes como las serpientes; que con la cola tapan el un oido, y el otro le juntan con la tierra, para no oir la voz del encantador. La lechuza da á entender la vigilancia y cuidado para con los enfermos, que si tuvieren necesidad de tres visitas ó cuatro, que se las haga, y no los olvide, ni se descuide de ellos. La gallina era muestra de dos cosas: la primera, que debe proveer de mantenimiento saludable al enfermo, quitándole lo que le ha de hacer mal; la segunda, que sienta el médico que cura la enfermedad y fatiga del enfermo, como lo hace la gallina que con no ver sus hijuelos con ella, se conoce que los tiene, y que está criando. De quien el glorioso doctor san Agustin dice: *Etiamsi pullos non videas, matrem esse agnosces*. En ella se echa de ver su enfermedad, y que está criando, mirándola desalada, flaca, toda la pluma erizada, y tan inquieta, que no tiene un momento de quietud y sosiego: pues que si son enfermos pobres necesitados, así de salud como de sustento, aquí entra el favorecerlos y acariciarlos con mucho amor y blandura, no como el barbero que por amor de Dios quitaba la barba.

Vicario. No deje de contármelo, que yo le escucharé con mucho gusto.

Alonso. Venia de Salamanca un gentilhombre, estudiante gorron, de buen hábito, tan alcanzado de dineros como presumido, y queriendo entrar en su pueblo, en una villa por donde acertó á pasar, un dia se entró en la casa de un barbero, y viendo que el maestro se estaba mano sobre mano, le dijo que le hiciese merced de quitarle la barba. El barbero, que no vivia de otra cosa sino de su oficio, llamó á su mujer, pidió un peinador limpio, guarnecido; sacó un estuche dorado, afiló de presto una navaja, y aparejó la mejor tijera que tenia, y poniéndole una silla de caderas, le hizo sentar en ella: quitóse el estudiante el cuello, bajó el jubon, y el maestro le puso un paño tan limpio y tan oloroso como si fuera para servicio del altar; comenzó á quitarle el cabello curiosamente, tratándole con el respeto y crianza que su buena traza y talle merecia. El estudiante, que no estaba acostumbrado á que le tratasen con tanta cortesía, y para tan chico santo como él era, le parecia ser mucha aquella fiesta; porque su bienhechor no pecase de ignorancia, con

voz humilde y baja le dijo: Mire vuesa merced, señor, que estoy sin blanca, que pido limosna para poder ir á mi tierra, y que el trabajo que vuesa merced toma en quitarme el cabello, ha de ser por amor de Dios. Oyólo el barbero, y perdida la paciencia, vuelto para el pobre mancebo, con mucho enojo le dijo: Cuerpo de Dios con el gorron, y á eso venia ahora: ya yo me espantaba que tan de madrugada venia algo de provecho á mi casa, siéntese aquí. Alzóse pacíficamente el mozo de la silla en que estaba, sentáronle en un banquillo, y puestos otros lienzos de jerga, segun eran gruesos, y con el color de ollin: dejó la obra el maestro, y en su lugar entró el aprendiz á acabar lo que su amo habia comenzado, y por él debió de decirse: En la barba del ruin se enseña. La tijera era tal, y de modo la naveja, que á cada vuelta le iba desollando medio carrillo. Pero como el negocio era de balde, sufria y callaba. En esta ocasion estaba en un corredor alto de la casa aullando un galgo del barbero, y de suerte que era enfado para todos cuantos le oian, y el dueño que habia menester poco para enojarse comenzó á dar voces, diciendo: Subid arriba, y mirad qué tiene aquel perro, y porque está aullando. Oyólo el estudiante, y mirando al barbero le respondió: No se espante vuesa merced de que gruña y aulle, porque le deben de estar quitando el pelo de por amor de Dios, como á mí.

Vicario. No es malo el cuentecillo.

Alonso. Y ya sea caritativo y limosnero el médico, no ha de dar la limosna como el maldito Cain, lo peor de su casa, lo que no puede comer, ni aprovechar á sus criados, como solia hacerlo un gobernador de una villa, que yo conocí, el cual salia los viérnes á las tablas del pescado, para ver del modo que se traia, si era á sus horas, en abundancia, y de buen olor, y lo mismo, los dias de carne, acudia á las visitas de las carnicerías, procurando que siempre estuviese suficientemente proveido lo necesario para los de su pueblo: pero si algun carnero estaba muy flaco, ó algun pescado podrido, y de mal olor, este tal, con grandes voces y cólera mandaba que luego lo llevasen á los pobres de la cárcel. Mirábalo yo, y sin hablar palabra, decia entre mí: ¿ Estos pobres son personas? si este pescado es malo y dañoso, échese al rio, ó entiérrenlo, y no se coma, no se dé de limosna: pues en lugar de hacer bien, es dar ocasion de alguna grande enfermedad, y es cargo de conciencia que se permita semejante caso.

Vicario. Demasiada razon tiene, hermano Alonso.

Alonso. Pero volviendo á nuestro médico, dicen algunos que el glorioso apóstol san Pablo fué médico, fundándose en aquel aforismo que escribió á Timoteo su discípulo, diciéndole que usase de un poco de vino por la flaqueza que tenia de estómago, y como tal decia: *Infirmatur quis in vobis, et ego non infirmor?* ¿ A quién le duele la cabeza, que no sienta yo su dolor, y á quién la uña, que no me compadezca de él? El dragon y el cuervo significan dos cosas. La primera, que sepa de pronósticos, porque el dragon y el cuervo ántes que llegue la mudanza del tiempo, la conocen, y es bien que pronostique el suceso de la enfermedad, para que con el tiempo el enfermo pueda hacer cuanto le fuere ne-

cesario para su alma y para su cuerpo, recibiendo los santos sacramentos, y disponiendo de su hacienda y casa lo que mejor le estuviere. La segunda, que el cuervo y dragon se ceban siempre en carne podrida, condicion forzosa para el médico, que no ha de ser asqueroso, sino llegarse al enfermo, mirarle con amor cuantas llagas tuviere, sin hacer extremos de mal olor, compadeciéndose de su miseria; aquí tambien hace el ser caritativo y bueno, para que acierte en su curacion, y Dios le haga las mercedes y favores, que suele hacer á los suyos, pues es cierto que la divina sabiduría no entra en ánimo malévolo. Oyóme atentamente, holgóse con el cuento, alabó mi ingenio, y díjome que era habilidad la mia mal empleada, y que era costumbre y muy de ordinario estar en gente perdida. Enojéme del dicho, y fué milagro tener yo tanta paciencia, al cabo de haber sido escudo de trabajos y terrero de impertinencias, y echándome con la carga, le respondí: Vuesa merced busque quien le sirva y me pague seis meses que le he servido y he estado en su casa. Sintiólo en el alma, procuró aplacarme, y viendo que no era de provecho, y mas que por razon de estado lo tenia por caso de menos valer el rogarme, aunque le estaba bien que yo le sirviese, me dió cuatro ducados, y despidiéndome con algunas lágrimas de mi amo y de su familia, salí de su casa, deparándome Dios en breve tiempo cuanto pudiera desearse para no andar perdido, como otros muchos de mi condicion y trato. Mas segun veo, el sol se da tanta priesa á dejarnos que será forzoso se quede en este punto nuestra conversacion, hasta el dia siguiente, en que daré cuenta á vuesa paternidad de lo restante de mi vida, hasta el estado en que estoy, que pues vuesa paternidad me hace merced, y gusta de oirme, es muy justa razon que no le enfade, cuando ya es hora de irnos á nuestro convento.

Vicario. Muy bien dice, hermano, para mañana se quede lo que resta de su discurso, que yo le oiré de muy buena voluntad, que lícito parece en tiempo de recreacion no guardar el silencio que acostumbramos tener de ordinario.

CAPITULO VII.

Cuenta Alonso su jornada para Valencia y como entró á servir á una señora viuda valenciana.

Alonso. Trabajos, padre vicario, son juros de por vida para los hombres, y para mí no podian faltar, pues eran la primera condicion de mi vínculo y mayorazgo: y aunque ya pudiera tener hechos callos en sufrir, segun se me ofrecia cada dia, con todo esto no sé que se tiene el ser uno compuesto de carne y huesos, que á cada repiquete de campana luego orejea.

Vicario. No me maravillo, hermano, que se sientan las penas, dolores y congojas, que en efecto no somos piedra.

Alonso. Salí de mi médico, no poco cansado, pero tal es el oficio para no cansar al mas flemático y sufrido de los hombres, con su pan se lo coman lo que ganaron, que con harto sobrehueso lo llevan. Cuando mas mozo habia oido decir mil bienes de la ciudad de Valencia, y con deseo de ver puesto en práctica lo que por teórica me habian contado, con lo poco que habia adquirido de caudal, determiné de visitar aquel reino, no reparando en el inmenso trabajo que me habia de costar, así por el calor del verano como por el poco dinero que llevaba para tan largo camino; rompí dificultades, puse mi hatillo á cuestas, que como piedra movediza no criaba moho, y como el conejo andaba lo mas del año, sin temer que lo que estaba en el arca se apolillase, sin necesidad de sacar al aire la mañana de san Juan los vestidos de sobra, me puse en camino, y todo lo hallaba malo, y no era mucho, pues todo extremo tiene su vicio: no hay contento en esta vida, cuando por carta de mas, cuando por menos. Mis antiguas jornadas solian ser húmedas, y esta valenciana me salió reseca: centelleaba el sol, y sus rayos hacian aberturas en la tierra con su demasiada sequedad. ¡Oh cuántas veces deseé lo que otras estimé en poco, afligiéndome de carecer de un poco de agua, alivio suficiente á mi demasiado cansancio! Yo no puedo entender, padre, sino que iba dormido el que contó las leguas de la Mancha, pues verdaderamente no hay legua que no tenga legua y media de otras partes, y la razon pienso que es que como los manchegos usan tanto de carros para sus tratos y grangerías, métense en ellos cuando caminan, adonde como en cama vienen á dormirse, no despertando hasta llegar á la venta ó parador del pueblo, y de este modo no saben el tiempo que gastan en el camino, ni el término de pasos que contienen las leguas: ordinariamente llegaba á la posada con un cansancio mortal, y con tan poco refrigerio, que aun agua dulce no se hallaba en la venta, y el verme pobre y caminar á pié desacreditaba mi persona para con los huéspedes: de modo que si les pedia pan, tocino, huevos ó queso, era como si Dios no lo hubiera criado, aunque la posada estuviese suficientemente abastecida. Al fin, padre, para todo cuanto se ofreciere es bueno el tener, y estar en posesion de hombres ricos, pues á los tales el mundo los venera, celebra sus dichos, escucha sus razones, lisonjea su trato, y si algo han menester, aunque nunca lo pidan, es cierto el hallarlo, pues los han de convidar con ello. ¿Mas la pobreza y necesidad, y mas en el tiempo que ahora corre, á quién no es enfadosa? ¿Quién la muestra buena cara? Solos los santos, menospreciadores de las riquezas de la tierra, por alcanzar los bienes eternos las dieron de mano, echando de ver el peligro y daño que tenian encubierto poseyéndolas; pero yo como no era pobre de espíritu, no me pesara de tener mas y mas, para ser de algun provecho al individuo de mi pobre y necesitada persona. No vengan trabajos y penas como se pasan, que pues á mí no me acabaron congojas en tan largo viaje, sin duda que los hombres son á prueba de arcabuz; juzgue quien lo sabe lo que es caminar á pié con el rigor del sol, y por arena; el que ha sufrido sed, y no halló agua que beber cuando mas fatigado estaba de calor; digan su parecer los que no han hallado un pedazo de pan entre sus deudos y conocidos; podrán como

buenos testigos dar á entender lo que yo pasé y sufrí en esta mi jornada de venta en venta y de lugar en lugar, hasta que fué Dios servido de que llegase á las murallas de Valencia, segunda Roma, así por su grandeza de gobierno, noble en gente ilustre, como famosa en religion cristiana, rica en insignes reliquias, adornada de maravillosas virtudes, fuerte en sus altos y levantados muros, y mucho mas en tantos y tan ilustres caballeros, celebrada por el mundo por maravillosa, no solo madre de sus hijos, sino tambien acariciadora de extrangeros. Celebra, y con razon, la república de Génova el tener el sagrado plato en que celebró Cristo nuestro Señor aquel sagrado misterio de la cena, donde instituyó aquel celestial convite, asombro de los cielos, espanto de los hombres, cifra de su poder, y un *non plus ultra* de su amor: y mucho mas puede celebrar su grandeza aquella insigne ciudad, pues tiene entre sus tesoros el sagrado y precioso cáliz en que el Salvador del humano linage consagró, volviendo, en aquella misteriosa cena, la sustancia que era de vino en su preciosa sangre, como la sustancia del pan en su sacrosanto y precioso cuerpo: y el juéves santo, en que se celebran los misterios de nuestra redencion, con mas propiedad se hace en Valencia, pues dentro de esta sagrada joya se pone el divino cuerpo de nuestro Salvador, y se cubre con un pedazo de la piedra del santo Sepulcro, y de este modo le encierra en el arca el arzobispo, que es quien aquel dia celebra los divinos oficios.

Vicario. ¿Y de qué suerte es ese sagrado vaso, y qué grandeza tiene? ¿Es de plata, ó hecho de mas precioso metal?

Alonso. Aunque está guarnecido de fino oro, como son el pié y las asas, la calidad de él no es sino de una piedra como jaspe, cuyo color tira á una ágata, como tostada, no con las manchas que suelen tener semejantes piedras, que como la casa en que cenó Cristo, nuestro Señor, era de hombre principal y rico, tenia para su servicio semejantes joyas de mucha estima, que hubieron de salir entónces á vista, para muestra y ostentacion del dueño que tenian: dejado á parte que el huésped de casa echaba de ver el bien que tenia en ella, y que era obligacion servirle, y acariciarle lo mejor que pudiese, pues era el príncipe de los cielos, y heredero de las eternidades, absoluto señor de las riquezas y bienes de la tierra. Pero volviendo á nuestro propósito, entré en la ciudad, sin que me detuviese en el hospital de San Vicente: lo uno, porque las guardas no me conocieran por forastero; y lo otro, porque como pobre no veian en mí en que poder reparar, ni pecar, que en efecto el pobre seguro va de que le ofendan, ni maltraten salteadores. Anduve por una y otra calle, maravillándome de ver tantos oficios que ocupan sus barrios, todos distintos con tan maravillosa órden. Llegué al estudio general, de donde han salido y salen cada dia tan excelentes médicos, pues sin adulacion ni encarecimiento, en lo que es medicina, ni en los de Alcalá ni Salamanca los hacen ventaja. Visité el colegio del santo patriarca don Juan de Ribera, obra insigne y digna de tan ilustre y excelente prelado: pero como mi deseo fuese de acomodarme luego, y no andarme holgazan, atalaya perdida de casas agenas, preguntando por el padre de mozos, me fuí en su busca á pedirle me hiciese merced de darme alguna buena comodidad. A

buen tiempo llegais, me dijo, porque una señora vecina mia, que habrá dos meses que está viuda, anda buscando un mozo como vos, que esté razonablemente tratado, que sepa leer y escribir, para que la sirva en los negocios que se la ofrecieren, y sin que le respondiese cosa alguna, me llevó consigo dos ó tres casas mas abajo de la suya, adonde subimos por una escalera anchurosa y grande, pasando una y otra sala, hasta llegar á una cuadra donde estaba sentada en un estrado una venerable viuda de mediana edad y razonable parecer, á quien acompañaban dos mujeres, la una anciana y de tocas largas, y la otra de pocos años, y todas cargadas de luto. El ciudadano que conmigo iba habló con mucha cortesía á la señora de casa, proponiéndola los grandes deseos que tenia de servirla, y que su encomienda le habia tenido cuidadoso, hasta que su buena suerte me habia traido á su posada. Agradecia la dueña sus palabras cortesmente, preguntando si tenia yo quien me conociese, para poder fiar de mí lo que se me entregase, y el señor que me habia traido, asegurando sus dudas, allanando dificultades, me abonó de modo con mi ama, que dejándola muy satisfecha, y despidiéndose él, me quedé á servirla desde aquella noche, que lo fué para mí, segun los trabajos que me siguieron, la hambre que sufrí, y el mal galardon que saqué de mis buenos servicios.

Vicario. Verdaderamente, hermano, que parece que la fortuna en todas sus jornadas se le querria mostrar totalmente enemiga y contraria suya.

Alonso. Ya, padre, mi sufrimiento tenia callos, ó á lo menos los debiera tener para no sentir lo que en casa de esta viuda pasó por mí, pues por mucho que me alargue en contar mis desdichas, ántes quedaré corto que sobrado en referirlas. Acuérdome que oia decir algunas veces de la suerte que solian regalarse las viudas, su buen trato, el buen órden y gobierno que tenian en su comer, su olla pequeña, pero bien abastecida y llena, la comida á su hora, su comodidad en todas las cosas, el no desvelarse ni madrugar, sin que haya salido el sol por toda la tierra, habiendo ya caminado la tercera parte su curso, mas todo esto hallélo bien al contrario. Verdad es que los primeros dias que tomé la posesion de cuatro oficios que me aplicaron, mayordomo, ayo de un niño, y maestro (por ser solo y heredero de lo poco que habia), escudero de mi señora, dispensero, ó comprador, pasélo moderadamente, porque por miserable que sea la casa, el primer año del mortuorio nunca falta de que hacer dineros, ó ya se venda la joyuela, ó se empeñe la prenda, hasta que andando el tiempo se da con todo al traste, y mas si no hay quien lo gane como solia, pues sacando siempre con un ordinario gasto, presto se asuela todo. Era la casa de mi señora de muy poca renta, y tan poca que á los seis meses habíamos de comer de fiado, y con los gastos del entierro ayudó á que cayesemos mas apriesa de lo que habia de ser, llegando á lo sumo de necesidad y miseria, y lo peor era que, como éramos honrados y puntuosos, no se habia de pedir nada sino sufrir y callar, como dicen, pegando la boca á la pared: acordábame en mi perpetuo ayuno de las sobras y abundancia que otras veces habia te-

nido, sirviéndome aquellas memorias de mayor afligimiento y pena: pues si trabajaba y comia y todos los duelos con pan son llevaderos, y entónces no habia mas que mirarnos unos á otros, dándonos á entender nuestros pensamientos con la vista, como si fuéramos espíritus angélicos. Es Valencia tierra de grande caridad, y de grandes limosnas, virtud que destierra la ira y enojo de Dios, para no castigar los pecados y delitos que en aquel reino se cometen: y bien de manifiesto la experiencia me lo mostraba cada dia, en los milagrosos sucesos que via en mí, y en los de mi posada. Teníamos por vecinos algunos caballeros, y á otros ciudadanos ricos, gente tan sobrada, que de lo que se echaba á mal en sus casas, se pudiera sustentar muy descansadamente la de mi ama: y viendo el recogimiento y soledad que de ordinario guardaba, tenian cuidado de enviarla algun regalo de su mesa, que, aunque pocas veces, juntándose con la miseria que teníamos que comer, se venia á hacer algo para el socorro de aquel dia. Estas y otras cosas eran ocasion de nuevo llanto para mi afligida dueña, sacando á plaza cada momento al mal logrado que pudria la tierra. El sabio dice que es mejor ir á la casa del muerto, que á los convites y bodas. Pero, padre mio, esto de haber de ser siempre lágrimas, á comer y á cenar, sino para anacoretas, ó para demasiado espirituales penitentes, ¿cómo será agradable? ¿ó quién podrá sufrirlo? Yo, pues, para que mi señora se divirtiese algun rato, si es que la podian dar lugar sus continuas imaginaciones de sus pasados gustos, sacando yo tambien fuerzas de flaqueza de mi delicado estómago, que para hablar estaba como ética de segunda especie, la contaba algunos cuentos á las noches, cuando mas afligida estaba, entre los cuales la dije... pero vuesa paternidad se enfadará de oirme, mejor será dejarlo.

Vicario. No hay para qué; prosiga, que de muy buena gana le escucho; temprano es, para todo hay lugar, no le dé pena.

Alonso. En un lugar de Castilla la Vieja, un dia de Corpus, por la festividad y regocijo hicieron una representacion unos mozuelos labradores, y fué el auto de la cena de Cristo nuestro Señor: púsose en el tablado una mesa muy bien aderezada, sentáronse á comer los doce apóstoles con su maestro, sacaron un cordero en una gran fuente de plata, hízose pedazos, y fueron comiendo de él, y de tan buena gana, como la que tendrian de almorzar unos mozos en lo mejor de su vida; el que representaba la persona del glorioso evangelista san Juan, aunque estaba como dormido en el pecho del Señor, como via que los demas apóstoles comian, de la manera que podia, de cuando en cuando sacaba la mano, y cogia del mejor bocado del cordero, y ayudaba á sus compañeros. El que hacia el personage de Judas, enojado con el apóstol, viendo que no guardaba la propiedad que debia, con mucha cólera le dijo: O sois san Juan, ó no sois san Juan; si sois san Juan, dormid, y no comais, y si no lo sois, comed, y vaya otro á servir por vos. Esto mismo podria yo decir. Señora, la decia, el ser viuda trae estas penas, la soledad del encerramiento, la mortaja á los ojos, el luto, el llanto, lágrimas en casa, el negro y afligido estrado, señal de la muerte que se

está deseando ó esperando por la falta del adorado compañero y marido : honra á las viudas que verdaderamente son viudas, dice el Apóstol, de suerte que da á entender que hay viudas fingidas, y si lo son, no lo parecen; que en efecto, padre, en este teatro anchuroso del mundo, cada uno hace su personage, y representan muchos lo que no son. ¡Qué de ignorantes se tienen por discretos y doctos, que podrian volver á las escuelas y á primeros principios, y piensan ellos que son la cifra y suma del saber, en quien está encerrada como en depósito la verdadera ciencia y sabiduría! ¡Qué de fanfarrones pasean las plazas, habladores de ventaja y pesquisidores de vidas agenas! ¡Qué de pródigos y generosos en repartir los bienes que no son suyos, sino tan escasos y miserables, que aun viendo perecer á sus puertas á los pobres, no los saben dar un bocado de pan, ni aun una buena palabra, teniendo ánimo para gastar sus haciendas en juegos y devaneos impertinentes! ¡Qué de recogimiento fingido y mentiroso, siendo la clausura y encerramiento puertas del campo, soltura, libertad, y apetito desenfrenado! ¡Oh cuántos se precian de graciosos y decidores, hablando mas libremente de lo que debian, attribuyéndolo á discrecion y gracia, siendo como es poco respeto á los que lo oyen, murmuracion de los ausentes, por la mayor parte ofensa de Dios, quitando el honor y honra de su hermano, y descubriendo faltas que ni se sabian ni se supieran, á no estar de por medio una infernal y descomulgada lengua! Con estas cosas procuraba divertir á mi señora, animando su desconfianza y consolando su tristeza, aunque mis razones la eran de poco provecho, pues pareciéndola que para su condicion y poco caudal que de ella se hacia despues de la falta de su marido, determinó de irse á una granja ó alquería que era como casa de campo, una legua de la ciudad, recreo que en algun tiempo debia de ser de mucho gusto, por la mucha fruta que de su huerta se sacaba, y los muchos naranjos que tenia : pero como se fuesen descuidando sus dueños, y así los árboles como los edificios, de ordinario piden un continuo desvelo, labranza y reparo, y esto les hubiese faltado, ya no habia cosa con cosa, tan perdida y asolada la heredad, que era como un desierto páramo. En este sitio pues hubimos de hacer nuestra morada, mi señora, una moza de servicio, un niño, y yo, que servia de maestro, mayordomo y dispensero cuando habia que gastar, que era milagro haberlo, por ser la casa de la misma miseria y desdicha.

Vicario. ¿Pues cómo pasaban? ¿ó qué comian, hermano, tantas personas, si no habia con que traerlo?

Alonso. Los mas dias se cocian acelgas, otras veces granadas y membrillos eran nuestro sustento : y tal vez nos apovechábamos de las garrofas, fruta que en demasiada necesidad puede suplir la falta de mas generosos mantenimientos : y lo que mas me maravillaba era el ver la entereza de mi buena viuda, el sufrir sin quejarse, el esperar sin desconfianza, y el no tener con una apariencia y representacion y gravedad, como si sobráran en casa dos mil escudos en un talego, no habiendo los mas dias que llegar á la boca, y todo esto por no dar su brazo á torcer. Viendo, pues, una tan impertinente paciencia, tomando algunas alas de

verme hecho como el gallo de casa, pues casi casi en no traer éramos todos unos, cobrando brio con la antigüedad de algunos meses que tenia de servicio, mostrándome un poco libre, la dije estas razones: ¿De qué sirve, señora, al enfermo debilitado y flaco hacer bravatas, presumir de valiente, y sacar á otros á desafío, si no es posible tenerse en pié? ¿y al menesteroso y mendigo, qué le aprovechará formar torres de viento, fingir quimeras, y desvelarse con uno y otro imposible, sin remedio de poderle alcanzar, por mayor trabajo y diligencia que se ponga? Todos vivimos de milagro, y el de los cinco panes y dos peces no hay casa donde no se ejecute, y principalmente en la nuestra; pero no hemos de estar esperando al cuervo que nos traiga el pan, ni que la cervatilla traiga llenos los pechos de leche, para alivio del pobre caminante, seco de sed del demasiado cansancio y rigor del sol: ya que no hay que empeñar, véndase lo que ha quedado, y comamos, pues nosotros no somos espíritus, sino formados de carne y de hueso, cuyo alimento ha de ser cuotidiano, palpable, y no por obra de entendimiento. Vida es intolerable la que en esta casa sufrimos, y cuatro bocas que tenemos estan como si no fueran de provecho, pues por la demasiada abstinencia estamos ya tan adelgazados de cascos, que para poetas poco nos falta, y de desvanecidos hemos venido á estar con perpetuos vahidos de cabeza. Ponga vuesa merced órden en nuestra vida, pues no tiene mas de ese niño, y es de diez á once años; acomódele con algun caballero de los muchos que hay en este reino, ó vuesa merced y él esten juntos en alguna casa principal, que será cierto el hallarla, que de este modo se pasará con mas alivio y descanso del que tenemos, y cada uno de nosotros busque su remedio, y sino disponga de las posesiones que hay, y véndanse, que para eso son, cuando no hay otra suerte para poder pasar. Esto la dije, y cual pisada serpiente, vuelta para mí, soltó la maldita, y no acabó de encarecer mi atrevimiento, de modo que estuve despedido de su casa, y pluguiera á Dios entónces la dejara, y no me sucediera lo que despues ví, por mis pecados.

Vicario. Cuéntelo, hermano, que de buena gana le estoy atento, y no es tarde para irnos á casa.

Alonso. Era mi señora mujer de muy buena traza, de mediana edad, moza, entrada en años, y virtuosa, y aunque pobre, apartada de ocasiones, y de dar que decir á sus vecinas, y con todo eso no faltó quien diese un tiento á su mucha honestidad, por mas que estaba retirada en la soledad y páramo donde vivíamos, ó moríamos, por mejor decir, y fué el caso en esta manera. No muy léjos de nuestra alquería estaba una casa de un caballero, que aunque lo mas del tiempo vivia dentro de Valencia, para los negocios que tocaban á la labranza del campo, tenia con su heredad algunos esclavos, y entre ellos un mulato, mozo robusto de hasta veinte y seis años, gentil hombre y de buen rostro, el cual aficionado de mi viuda, buscaba ocasion de dárselo á entender, pareciéndole que por ser pobre y sola, podria tener mejor efecto su deshonesto amor. Mi casa no se abria sino salido el sol, y el cerrarse era cierto ántes que anocheciese, y como jamas de ella faltásemos, ó yo, ó la criada, ó el niño, que

ya era de razonable edad, no se podia lograr su deseo, y su pretension se iba alargando mas de lo que él quisiera; pero nuestra desdicha hubo de querer que un dia la criada y yo fuésemos juntos á la ciudad á traer algunas cosas necesarias para nuestra semana, que por ser dia de mercado entendíamos hallarlas mas baratas. Salimos del alquería algo tarde, y el cielo comenzó á negar su luz con tan pardas y espesas nubes, que manifiestamente dió á entender el gran turbion de agua que habia de enviar á la tierra, y granizo juntamente, comenzando á caer en tanta abundancia que las calles en breve rato parecian arroyos, los arroyos (que allá llaman acequias) rios, y el Turia, rio humilde, cobró tanta soberbia, que se atrevió á llegar á los muros con notable peligro de toda la ciudad. Confusos quedamos con el repentino asalto, el salir de Valencia era imposible, el dar aviso á mi ama no habia con quien, si quedarnos no teníamos adonde: al fin, la moza y yo tuvimos por bien de irnos aquella noche á recogernos á un meson, pues no habia otro remedio, hasta la mañana, y como lo determinamos lo pusimos por obra.

El pretendiente mulato, que no se descuidaba de pasear la puerta de su dama, como buen galgo, olió lo que pasaba, y no queriendo perder tan buena ocasion, aguardó á que entrase la noche, y por las paredes, que eran bajas, de la huerta, entró á una ventana de la sala, que por olvido se habia quedado abierta, y de allí llegó á un aposento donde estaba mi ama, bien descuidada de tan gran desdicha, quedando fuera de sí la pobre señora, viéndose sola, tan sin socorro ni favor humano, y teniendo delante de sus ojos á un mozo atrevido, en una mano desnuda la espada, y en la otra una daga, y como pudo, turbada y sin aliento le preguntó, diciendo: ¿Qué es esto, hermano, qué busca á tales horas en mi casa? Procuró el mulato animarla con amorosas razones, significándola el amor que la tenia, y el mucho tiempo que habia andado buscando semejante ocasion: propuso la soledad en que estaban, cuan sin testigos, pues su hijuelo, que podia serlo, estaba tan dormido: aseguróla el silencio, y que si no concedia con su gusto, estaba determinado de quitarla la vida, pues con ese propósito, desesperado ya, habia entrado en su casa. Mi ama, que verdaderamente tenia un buen discurso, y mas que razonable entendimiento, considerando la determinacion precipitada de su Macías, procuró amansarle, y con las mejores palabras que pudo, le respondió: En verdad, hermano, que no es de maravillar aficionarse un mancebo tan gentil hombre como vos sois de una mujer de mi traza y suerte, ántes os debo agradecer la aficion que sin yo merecerlo me habeis tenido, y perdonadme, porque no sabia yo el convidado tan bueno que habia de tener, que á saberlo de otro modo os tratara y regalara: pero la noche es tan trabajosa, y estamos tan á solas en este despoblado, que habreis de recibir la voluntad con que os recibiré, y contentaros con la pobre cena que tuviéredes; tomad esa luz, y vamos al portal, adonde estan unas aves que podrán suplir la falta de la poca prevencion, que miéntras vos las asais, yo podré apercibir lo demas que fuere necesario. Dióle el mulato á su dama muchas gracias por el comedido ofrecimiento; fuése con ella, mataron dos gallinas, y aderezadas hicieron lumbre, encargándose de asarlas

el esclavo. Mi ama puso la mesa, sacó pan, buscó cuchillos y salero, aderezó platos, y dando á entender que iba á sacar manteles y servilletas limpias de una arca, que cerca de allí estaba en otro aposento, entróse en él, y cerró con una aldaba lo mejor que pudo: al ruido del golpe, volvió el mulato la cabeza, y conoció quedar burlado; dejó el asador, y llegándose á la puerta la comenzó de rogar le abriese, porque si no, la prometia de matarle á su hijo, que junto á él estaba dormido, y luego quitarla á ella la vida, pues ya desesperado no repararia en los tormentos que le pudiesen dar, que al fin para un delito como el suyo era poco castigo la horca. Mas á sus amenazas, con varonil ánimo le respondió mi ama: Haz lo que quisieres, desventurado, y sé verdugo de ese ángel, y envíale al cielo para donde se crió, que si pretendes, por perdonarle á él, que yo pierda mi honestidad, vives muy engañado, que primero (á tenerlas) perdiera mil vidas, que consentir con tu torpe y deshonesto apetito. Con estas razones, quedó el mastinazo mas embravecido, y desesperado con una infernal rabia, asiendo al niño por un pié empezó á darle grandes golpes en la pared y puerta del aposento adonde su madre estaba encerrada, de modo que le quitó la vida.

Procuró luego quebrantar con su fuerza la puerta, mas por ser tan fuerte, trabajaba muy en vano: y así, llegándose á un tabique arrancó algunos ladrillos de la pared, haciendo en ella un gran agujero, por donde poder entrar, sirviéndole de azadon y pico el asador con que estaba asando, de modo que desmoronando con él pedazos de cal y ladrillos, hizo lugar suficiente para meter por él la cabeza y brazo, forcejando con lo demas del cuerpo para entrar en el aposento; mi señora, que se vió perdida, y tan cierta su muerte, cobrando algun ánimo en breve tiempo, entró en consejo consigo á solas de lo que habia de hacer, y buscando en la cuadra con que defenderse de su contrario, halló junto á sí una hacha ó destral, y tomándole con la mayor fuerza que pudo, dió con él en la cabeza de su amante, que la tenia metida, y casi el medio cuerpo por el agujero ó concavidad que habia hecho. El golpe fué de suerte que no tuvo necesidad de segundo, aunque por sí, ó por no, acudió con otro, con que luego murió, habiendo acabado de matar al hijuelo, y con tan buena y santa estacion, ¿quién habrá que ponga duda en su buena suerte y feliz tránsito? Llegada la mañana, mi moza y yo, tomamos la madrugada, y salimos de Valencia para nuestra alquería, adonde hallamos el buen recado referido; dímos noticia á la justicia, y enterada del caso, dió por libre á mi ama, alabando su mucha virtud y varonil pecho, y á mi y á mi compañera, por si teníamos alguna culpa, nos llevaron á la cárcel. Aquí fué Troya, padre vicario, porque no sabré decir los trabajos, las penas y desventuras que pasé en aquella impertinente prision, la hambre de dia, los malos tratamientos y culebras de noche, que los ya muy antiguos en la cárcel me echaban, el desasosiego de los ratones que hasta las orejas querian roerme, y era menester estar en centinela, para que me dejasen pestañas, el salir á la visita á oir un juez, sin para que airado, que me dijese: No es posible, sino que este bellaco lo sabia; concierto fué de entrambos, désele tormento, y si confiesa ahorcarle hemos: pues la

buena gracia del escribano, ó padre, y como son verdaderos los refranes, pleito bueno, pleito malo, de tu mano al escribano. ¡O como saben encarecer y disminuir los delitos! Suele decirse que entrar en la cárcel, si es, no es, un mes, y si algo un año, y si nada, una semana: mas yo, como desdichado, veinte y seis dias me llevé preso, y en un calabozo; mas tal procurador tenia yo asalariado, y letrado de limosna. No sé que se tiene esto del pagar, que todo lo facilita, y con este negro interés todos se mueven. Bien lo echaba yo de ver por experiencia, pues aun hasta ahora estuviera entre los galeotes, si mi señora en persona no fuera á hablar á los jueces, y los dijera de mí mas bienes que males habia padecido, y con este dicho y abono de algunos que me conocian, me dieron por libre, saliendo de Santarsis como Juan de las calzas blancas, en piernas, á lo soldado, sin capa, sin sombrero ni cuello, y trocada la ropilla, porque con la demasiada necesidad, me habia ido atreviendo á vender algunas prendezuelas, y como las costas del escribano, juez, fiscal y prision sean inevitables, hube de hacer pago en lo que tenia, y le hiciera con el pellejo, á no tener ótra cosa, á trueco de salir de tan mala posada. Fuíme derecho en casa de mi ama, y ella en viéndome lloró su hijo muerto, y yo mis pobres alhajas. Consolámonos los unos á los otros, ella mi desnudez, y yo á ella su soledad. En esto estábamos, cuando acertó á llegar á nuestra alquería un mayordomo del señor conde de Elda, deudo de mi señora, y dándole cuenta de sus trabajos y de los mios, me llevó consigo á Valencia, y en las casas del conde, que era su posada, me vistió, y no como quiera, pues si hubiera de comprar el vestido que me dió de limosna, no le sacara con cuarenta escudos. Viéndome, pues, de modo que podia parecer delante de cualquier señor, por grave que fuese, despidiéndome del mayordomo, y dándole innumerables gracias, determiné de salir de Valencia, y dar la vuelta otra vez á Sevilla, adonde á mi parecer me habia hallado mejor, por ser tierra mas rica y abundosa, y adonde por maravilla á ninguno le falta que comer.

Vicario. Hermano, baste por hoy, porque me parece que se va haciendo tarde, y es hora de recogernos al monasterio.

Alonso. Es muy justo, déjese nuestro discurso para otro dia, que en él le daré cuenta á vuesa paternidad de lo que me sucedió en Sevilla segunda vez cuando volví á ella.

CAPITULO VIII.

Cuenta Alonso la jornada que hizo á las Indias, y los grandes trabajos que padeció.

Vicario. Bien puede, hermano, empezar su cuento, que la tarde nos convida á entretenernos un rato.

Alonso. Una de las ceguedades que padecen los hombres en esta miserable vida, padre vicario, y lo que mas ha destruido y acabado el mundo,

es la ambicion y codicia de las riquezas, aquel adquirir y allegar con una sed insaciable, como si para siempre hubiéramos de ser moradores de este miserable suelo, siendo el término tan limitado y tan poco, que comparado con una eternidad no hay viento que así se pase, ni ave tan ligera, que con mayor presteza haga su curso: púdose con facilidad verificarse en mí esta proposicion, pues con tener ya pasado lo mejor de mis años, sabiendo manifiestamente lo poco que ya se vive, ciego y deseoso de valer, y subir con alas al levantado estado de las riquezas, no reparando en tantos inconvenientes y trabajos como se me ofrecian, atropellando con todo, me arrojé al agua, fiado en una incierta esperanza, y confiado en una casa de madera, por cimiento las aguas de un mar inconstante, sujeto á los vientos y yo á la voluntad de un mal entendido é ignorante piloto. Bien descuidado estaba en Sevilla una tarde, despues que volví de Valencia, en no pequeñas penalidades y trabajos, que nunca me faltaron, cuando á puestas de sol ví pasar cerca de mí un tropel de gente de buena capa, con mas regocijo y contento que yo tenia: porque aunque ya estaba hecho á padecer, con todo eso á cualquier piquete de campana se me ponian delante montones de dificultades, con una infernal melancolía. Por saber el regocijo de los pasageros, los fuí siguiendo, y acercándome á ellos de suerte que los pude escuchar la variedad de cosas de que iban tratando, y el uno de ellos respondiendo á un amigo suyo de los que allí iban, le dijo: En verdad, señor, que si yo hallara algun mozuelo de buena edad, que de muy buena gana le llevara en mi compañía, y que en Méjico hiciera por él cuanto me fuera posible, que en efecto un hombre con una vara de alguacil mayor, y mas en las Indias, visto está que ha de ser de mucho provecho para los que le sirvieren. Bien echo de ver que no ha de faltar quien me sirva, pero esto de haber de tuyo no sé que tiene, y el ser conocido y de una tierra, que en siendo español, bien se puede contar por natural en tierras tan remotas. Oí la plática, y como jamas tuve polilla en la lengua, no quise perder tan buena ocasion, y acercándome al que presidia, le dije: Paréceme, señor, que vuesa merced anda á buscar un criado, y si acaso soy de provecho, y usted gustase de que yo le sirva, aquí estoy para cuanto me quisiera mandar. No le parecieron mal mis razones al nuevo dueño que esperaba haberlo de ser mio: y contento de oirme, me respondió: De muy buena gana os llevaré conmigo á las Indias, y os prometo de favoreceros en lo que pudiere. Dile las gracias del ofrecimiento, y venida la noche, me fuí con él á su posada.

Vicario. Verdaderamente, hermano, que me maravillo considerando cuan fácilmente hallaba á quien servir, y con cuanta facilidad se acomodaba.

Alonso. Padre, la buena diligencia es madre de la buena ventura. Yo era entremetido y amigo de no andar hecho perdulario, como algunos que conocí en mi tiempo holgazanes, vagabundos, que con excusa de no hallo en que trabajar, mano sobre mano, andan de casa en casa, no habiendo seguridad en ninguna, y corriendo peligro todas aquellas que son participantes de su presencia, pudiéndolo todo remediar y quitar sos-

pechas con solo sufrir un poco de trabajo, y acomodándose de modo que sea agradable á todos. Llegada la mañana, mi amo don Fadrique me hizo un largo razonamiento, contándome la jornada que habíamos de hacer para las Indias, y que su majestad le habia dado la vara de alguacil mayor de Méjico, con que esperaba, si Dios era servido, volver muy rico á España, y que tenia licencia para llevar consigo dos criados : pero que primero era importante hacer informacion, así de sus padres como de las buenas costumbres, y de ser libres. Fácil negocio es ese, le respondí, porque si hay en Sevilla testigos para decir mal, quitando la fama, honra y crédito de quien ni conocieron ni oyeron decir, mejor los hallará para decir bien y acreditar á quien se lo pague : pues para semejantes ocasiones, el amistad, los regalos, ofertas y dineros, son de mucho provecho. Bien me parece, respondió mi señor; pon luego en ejecucion tu probanza, y mira que el lúnes ha de partir la armada. Y yo que tanto deseaba ver el nuevo mundo, dándome el parabien de las riquezas que en él habia, teniéndolas ya aplicadas para mi regalo y vejez, como si las poseyera y hubiera ganado, salí de la posada en busca de algunos amigos para mi abono y nueva informacion, deparándome mi buena suerte cuatro que á pretender hábito de Alcántara por sus dichos no le perdiera. Llegóse el lúnes, y metida nuestra ropa en el galeon San Francisco, con mucha alegría dando velas al viento, empezamos nuestro viage, con la prosperidad que se puede encarecer. Pero en la mar, padre, ha de haber de todo, y para saber de bien y de mal, en la mar se aprende. Ibamos en nuestro galeon con el mayor contento del mundo, metidos ya en el golfo; pero duró poco la alegría, con una inopinada tormenta que nos vino, aunque primero de nuestro venidero daño no nos faltaron innumerables presagios; como fué el ver descubiertos los delfines por el agua, siguiendo los unos á los otros, oscurecerse el cielo, negando la claridad del sol, con ser medio dia, y estar el aire como si fuera de noche, cubierto de negras y espesas nubes, alborotarse los vientos, encontrándose con tanta furia, que impedido el paso, como de zelosos toros eran los bramidos; con esto la mar descubria su centro, levantando sus olas hasta las estrellas, y nuestro pobre galeon subiendo á visitarlas, y en breve rato bajando á los abismos : pues para remedio y alivio de nuestro trabajo, no se olvidaban las nubes de cuando en cuando enviarnos su fresco rocío, y tan frio, que se aventajaba al mismo hielo, mezclándose con él un grueso y áspero granizo, de modo que si de alguna ola salíamos libres, no podíamos dejar de quedar remojados, y aun se podia todo esto llevar con sobrada paciencia, á no ver ya tan cercana á nuestros ojos la guadaña de la amarilla muerte. Aquí era el dar alaridos, confesando cada cual sus defectos á voces, llamando á san Telmo que nos socorriese. Quien no sabe rezar, métase en la mar, dice el comun adagio; y con justa razon en nosotros se pudiera ver la experiencia, pues no habia hombre que tratase de otra cosa, sino de hacer actos de verdadera contricion, pedir favor á los santos, prometer romerías, cual á Jerusalen, Santiago ó Guadalupe, cual de ser religioso en el mas recoleto monasterio : mirábamelos yo, y consideraba cuan discreto anduvo aquel Hércules Egipcio, que llegando á Cádiz, y

echando de ver tanta agua como se descubria, dejó escritas aquellas celebradas palabras *Non plus ultra*, de aquí no hay que pasar, como si dijera: Vengan trabajos y persecuciones por la tierra, pero en el agua ni por imaginacion son llevaderos. De la tierra se crió el hombre, ella le sustenta y cria, en ella vive, y á ella ha de volver, y que se halle mal sin ella es justa razon.

VICARIO. Segun veo, hermano Alonso, muy mal está con los navegantes, y á mucho riesgo ponen su vida.

ALONSO. Así es verdad, padre, pues hasta hoy ninguno ha navegado, que no haya sido con extremo peligro: fuera de aquel segundo padre de las gentes Noé, con el navío que anduvo sobre las aguas, como llevaba salvo conducto de Dios no pudo padecer naufragio: y los hombres, fiados en una inçierta esperanza, imitando al primer inventor, que con traza del cielo libró á sus hijos y tanto número de animales, arrojándose, como dicen, al agua, toman con sus manos la muerte, y codiciosos de humanas riquezas, vienen á dejar en la demanda lo que poseian, y á perder cuanto estaba ganado, justa paga de su ambicion y desenfrenada codicia.

VICARIO. ¿En efecto, hermano, el primer navegante fué Noé? ¿y el primero que anduvo sobre las aguas con estas casas hechas de madera?

ALONSO. Así es la verdad, padre, porque ántes del universal diluvio, no habia necesidad de esta trabajosa traza para la comun comunicacion y contrato de una parte á otra, porque la tierra estaba toda junta, sin haber division de mares que la apartasen y dividiesen. Los montes y alturas que ahora vemos, todo era llano; no habia estos cerros de bastas y duras peñas, con tantos altos y bajos; pero como los pecados de los habitadores del mundo irritasen á la divina justicia, abriéndose las cataratas del cielo, anegó todos los vivientes, quedando solos libres los que con Noé estaban en el arca, y acabado el diluvio, recogiéndose despues el agua, hizo division de tantas tierras, islas y montes, causados de las arenas que del raudal de la corriente eran traidas de una y otra parte, como amontonadas á un lugar y á otro. Movido, pues, el gran patriarca de la pobreza de sus hijos, deseando la muchedumbre y aumento de ellos, ó que por ser tantos en número, que la tierra en que habitaban no era suficiente, fueron discurriendo por diversas partes llevados por la divina providencia con nuevos navíos, fabricados á la traza y modelo de su viejo padre Noé. Y aun de aquí vino que llegando á Italia le llamaron Jano, pintándole con dos caras como persona que habia visto el tiempo pasado ántes del diluvio, y veia tambien el presente en que estaba, despues de tan infelice ruina.

Mas dejado esto á parte, que toca mas á los historiadores, despues de innumerables tormentas, hambres, necesidades, forzosos lances de los que navegan, llegamos á Méjico, adonde saltando en tierra, dímos mil abrazos á nuestra antigua madre, materia primera de nuestro comun enemigo y mayor contrario. Tomó en la ciudad el señor mi amo posesion de la vara de alguacil mayor, y ejercitó el oficio de tal modo, que dando gusto á todos ganaba de comer, y aun de cenar, que no se contradice el tener el mando y el palo para dar gusto y favor á sus amigos en

las cosas que no son contra justicia y buen gobierno de la ciudad: yo tambien de mi parte me iba acomodando con mi señor, imitándole en lo bueno su condicion y aplicando lo mejor que podia para gastos cuotidianos algunas niñerías que por sí eran de poca monta, y juntas subian á gran suma y cantidad, de modo que en breve tiempo, aunque entré en Méjico sin un cuarto, me vine á hallar con quinientos ducados, ganados en buena guerra, de pura industria y diligencia mia, prometiéndome, si así iba creciendo mi caudal, en breve tiempo dos mil ducados. No sé, padre, que se tiene esto de desear un hombre subir á mayor fortuna el verse metido en ocasiones de ganancias, el manosear cada dia el dinero, pues con ser yo persona de moderada conciencia, algo estítico, no tan perdido como algunos que yo conocia, que no dejaban roso ni velloso, y en viendo la suya, como buenos tiradores, mataban la caza al vuelo, se me iban abriendo los ojos, no para seguir la virtud, sino para el aumento de mi caudal y hacienda, con ánimo de hacer algun grandioso empleo en que doblase mi ganancia, y como lo imaginé, lo puse por obra, pues comprando unos fardos de lienzo, los entregué á un capitan conocido de mi amo, que pasaba al Perú, y con su buena correspondencia y trato, dentro de diez meses me envió diez mil reales, con que empezé á levantar cabeza, teniendo de mi parte á mi madrasta fortuna, tan amiga entónces, que cosa no intenté, ni en mercaduría puse mano, que los dos tercios no hallase de provecho y ganancia. Con tanta priesa fuí subiendo, que en breve tiempo llegué á lo que otro en muchos años, por mas cuidado que tuviera, no pudiera llegar. Yo, yo era el ejemplo de la buena suerte y ventura, el señalado con el dedo de los nobles de Méjico por la gran mudanza en tan pocos dias, el estimado por la riqueza, el que podia prestar y dar favor á mi amo, por verle no con aquella sobra y abundancia que yo quisiera, pues algunas veces le prestaba para el gasto de casa, porque aunque él llegó con buenos deseos de recogerse en la ciudad, y en el oficio que tenia ganar de comer, no los puso en ejecucion, ántes con dos desaguaderos de jugar y damas, fué polilla de lo que habia traido de España, y destrucion de cuanto entraba en su posada, viniendo á ser el negocio de suerte que andaba ya comido por servido: pero como yo hombre poderoso vivia ya en casa de por sí, tenia quien me sirviese, y mi señor acudia á mi posada, tratándome con respeto, como persona que me habia menester, que estos son los milagros que se ven muchas veces, y las vueltas que sabe dar la rueda de la fortuna; suben unos con alas de viento, de adonde precipitados vienen á caer otros hasta lo inferior de la tierra, y si vuelven á nuevas pretensiones son con piés de plomo. ¡Oh vidrio frágil y quebradizo! No son las Indias para todos: tantos perdularios andan por allá, como por España, quizá fiados en que la comida no cuesta dineros, y á ninguno le falta, y como no beba vino, en cualquiera casa se la daban. A muchos, padre, he visto ir á Indias, y volver tan rotos como cuando salieron de su patria, grangeando solo del viage algunos dolores perpetuos de brazos y piernas, tan rebeldes á la zarzaparrilla y palo santo, que ni bastan sudores ni azogue para echarlos fuera.

VICARIO. Ese, hermano, es el fruto que se coge de la sensualidad, y paga que se da luego de contado, por el breve deleite que tuvieron.

ALONSO. En efecto, padre, á mí podian contarme por el mas afortunado, mas rico, y de mas crédito de la ciudad, respetado de todos por mi riqueza, como si por tenerla yo les hiciera á mis vecinos alguna merced, los favoreciera en algo, los tratara con mas amor y caricia, ó para remediar sus necesidades los fuera á visitar á sus casas, ántes, en lugar de ser agradecido á las mercedes que Dios me habia hecho, sacándome de un humilde y bajo estado, para ponerme en el que otros tenian mejor merecido, habia cobrado un espíritu altivo, una arrogancia insufrible, un mirar á los pobres tan á lo señor y grave, que con justa causa los que me habian conocido se pudieran maravillar de mi poco saber, y demasiada locura. O cuantas veces por no llamar á uno de usted allá por rodeos decia: El señor fulano queria esto, y no ha lugar. Cuan poco me costaba una buena palabra, y ya que no tenia miel en la orza, la pudiera tener en la boca, y grangear voluntades y aficion de un vulgo! que no hay cosa de mayor estima, que ser amado y querido un hombre en el pueblo, donde ha de vivir el tiempo que Dios le diere de vida, ni cosa peor, ni que mas se haya de evitar, como cobrar nombre de mal criado, descortés y mal trato; como si el rico y noble, por ser afable y amoroso con todos, perdiese algo de ser quien es. Pero al fin, el tener es como el saber: la ciencia dicen que causa hinchazon, y que es hermana de la riqueza, pues engendra soberbia, bien al contrario de los dones y gracias del cielo, pues el mas rico de bienes espirituales, mas humilde, afable, amoroso y bien hablado, el mas docto del conocimiento, de mayor importancia, mas sabio y entendido en echar de ver sus principios, fundamento y orígen de adonde salió á la vida que tiene, cuya estabilidad y firmeza es un poco de aire, que en faltando se acaba todo. Ninguna de estas cosas se me ponia delante, y como el que sabe de mucho mal, poco bien le basta, con mis gananzuelas no habia como yo molino de viento. ¡Oh qué de vanidad criaron mis cascos, qué prolongadas esperanzas que tuve, y cuantas promesas me hice con mi buena suerte, como si estuviera en mi mano ir prosiguiendo de un mismo modo, y las cosas del mundo no tuvieran vaivenes! El que mas subido está en la cumbre, suele resbalarse, y dehacerse las cejas, y el mas levantado árbol con el tiempo se pierde, faltando quien le corte, retrato de mi dicha: tenia abundancia de bienes, amigos que me favorecian y acreditaban mis negocios, navegaba en la prosperidad que podia desearse, á vela y remo: y cuando mas descuidado estuve, dí con todo al traste, perdiendo en una hora lo que en muchos meses habia adquirido. Tuve noticia que iban unos amigos mios, con quien yo tenia particular amistad, á la China, y que llevaban lienzos, paños y otras mercaderías, que en aquel reino se gastan, con grande ganancia de los mercaderes. Yo, pues, deseoso de salir de una vez de cuidado, y quedar rico y poderoso para siempre, no contentándome con las mercaderías que tenia, busqué otra gran cantidad de ellas, que por mi buena opinion todos gustaban de fiarme, y encomendando á mis compañeros aquella hacienda, con la demas cargazon que ellos

traian, dando velas al viento hicieron su viage tan desdichado, y con tan poca ventura, como mis pecados y mi sed insaciable de riquezas lo merecian. En la mar no hay cosa segura, y por buen viento que se lleve, no falta otro contrario que se oponga, como lo tuvieron cierto mis navegantes, que saliendo con gran prosperidad, á pocas leguas corrieron fortuna, de modo que contentándose con las vidas, tuvieron por buen partido arrojar al agua cofres, fardeles, cajas, y la demas mercadería que llevaba la nave, que ya desembarazada de aquella máquina de riquezas de que iba preñada, ligera y libre, con mas seguridad de perderse, dió vuelta á Méjico, quedando con su venida cierto de mi desgracia y seguro de no tener que perder, pues cuanto tenia en un dia se acabó, mejor diré en un punto.

Cantabit vacuus coram latrone viator.

Dice el poeta que el caminante que no lleva dineros ni joyas que le quiten, que no tendrá que temer, y que viendo á los ladrones cantará sin pena, y yo tambien entónces pude decir: Ya no tengo que temer ni que perder, pobre era y pobre soy; la suerte se volvió al contrario: si representé rey siendo pícaro, pícaro me soy, venga lo que viniere.

Vicario. Gracias á Dios, hermano, que le dió tan buen corazon, para que así llevase tan grandes trabajos y penas.

Alonso. Pues no pararon en esto, porque sabida mi pérdida, empezaron á venir unas y otras demandas de mis acreedores, pretendiendo cada uno ser anterior su deuda, y yo, con un pecho varonil y fuerte, les respondia á todos: Vuesas mercedes acudan al golfo; que él hará pago, que hartos bienes tiene en depósito, y si no se contentaren con tan buen fiador, aquí está mi persona. Con esta respuesta, algunos movidos de compasion volvian las espaldas, otros procuraban cobrar de adonde era imposible, por ser sin número lo que debia, y nada lo que me habia quedado, mas con todo eso, quise ponerme en cobro, acudiendo á la iglesia, por no verme en otra cárcel como la pasada. Dí cuenta á mi amo, y por su órden me presenté al juez, haciendo dejacion de bienes, y tan pocos, que me hubieron de dar por libre, pues á quien no tiene el rey le hace franco. Veme aquí vuesa paternidad, solo, desnudo, desamparado de hacienda y de amigos, que en viéndome pobre ninguno me miraba á la cara, y si lo hacian era para deshonrarme, y con razon, pues fuí causa para que á muchos de ellos les alcanzase su ramalazo con mi pérdida, habiéndome algunos acreditado, otros prestado, y otros salido por mis fiadores, y todos ellos pagando por mí, y aunque recibida carta de lasto, para haber de cobrar, sin ninguna esperanza de jamas haberlo de recibir: pero ya que no los pagué, no fuí yo como algunos que se alzan con agenos bienes, que esconden lo mejor que tienen, y usurpando la hacienda que les dieron en confianza, retrayéndose à la iglesia, para que sus acreedores, componiéndose con ellos, á trueco de que los paguen, los perdonan por lo menos la mitad de la deuda, ó aguardan por doblado tiempo: pero yo, padre, ni lo tenia, ni lo jugué,

ni procuré perderla, que si fuera el negocio como yo esperaba, ninguno se pudiera quejar de mí.

VICARIO. A lo menos, hermano, ya que no pecó de malicia, su culpa fué el ser codicioso demasiado. Contentárase con una mas que razonable pasada, sin andar con tanta sed de bienes temporales, que era forzoso haber de perecer quien tan inconsideradamente se arrojaba en un piélago tan grande como era la codicia que traia.

ALONSO. Si lo pequé, ya lo pagué con el cuatro tanto, pues no hay mayor tormento como el haber tenido algun bien, y despues verse en extrema necesidad, como ciego que perdió la vista, estando con buenos ojos, sin memoria de nube ó catarata: pero solo el consuelo que me podia quedar era lo que cada uno podia decirme: por la mar lo ganaste, por la mar lo perdiste, y como mucho de ello mal ganado, llegó el fiscal del cielo, y quitótelo todo, que no fué poca misericordia el querer ejecutarte en esta vida, para despues hacer remision de tus deudas en la otra. Con estas consideraciones determiné de volverme á servir á mi antiguo amo el alguacil, á quien rogué me recibiese en su casa, que no hizo poco en aceptarlo, porque aunque sus ganancias eran muchas, estaba peor que yo, tan lleno de trampas y con tantas deudas, que no le alcanzaba la sal al agua, y en el gasto de casa andábamos siempre á sal acá traidor, mas no tenia otro remedio, ni adonde me pudiese recoger. Alabé á Dios con lo que tenia, que adonde fuerza hay derecho se pierde, y aun lo tuviera á mucha ventura, si aquella comodidad que me habia quedado, me durara hasta volver á España, que al fin ya sabia su condicion, y mal ó bien allá pasaba: pero para un desdichado no pueden faltar trágicos sucesos, y mas para mí, que era terrero de desdichas, pues cuando mas descuidado estaba del rayo que venia sobre mí, hubo de cogerme, dándole á mi señor un dolor de costado de tanta malicia, que al quinto dia pasó de esta miserable vida á la otra eterna, y con su muerte resucitaron todos los que de temor de la vara estaban muertos, y entrándose por casa, no dejaron estaca en pared (aunque, para decir verdad, harto poco habia). Quedé yo de este saco en la calle y en cuerpo, con mi espada debajo del brazo, como quien pide para el soldado, y á tiempo que los galeones de España acababan de llegar al cuarto, siendo para mí esta nueva de tal consuelo; y acudiendo á la mar, hablé á un capitan, suplicándole me recibiese por soldado en su compañía; prometió de hacerlo, y á pocos dias, habiendo hecho la embarcacion, partimos de Méjico y con próspero viento venimos á Cádiz, trayendo nuestro galeon innumerables indianos riquísimos, á quien Dios habia dado buena suerte, para traer á España tantos bienes, cuando yo venia tan pobre, que con solo haber comido, y con cien reales que alcancé de paga, llegué á Sevilla. Pero, padre, ya se va haciendo de noche, déjese aquí nuestra plática, que ya es hora de acogernos á nuestro convento.

VICARIO. Bien dice, hermano, que ya es tarde; vuelva la hoja, y acuérdese adonde dejamos el cuento.

CAPITULO IX.

Cuenta Alonso como llegó á Sevilla, entró á servir un autor de comedias, y lo que pasó con él.

Vicario. Quedamos, hermano, en Sevilla, despues de haber venido de Méjico, y bien echará de ver que le escucho de buena gana, pues no le pierdo punto de sus jornadas; prosiga con su discurso, que la tarde tenemos por nuestra.

Alonso. Con no poca pesadumbre, imaginativo y suspenso me ví á la orilla del rio de Sevilla, considerando mi contraventura, la mala traza que tenia de vivir, el modo que habia de guardar para adelante, adonde me podria acomodar para no dar al traste con el poco dinero que me habia quedado, cuando volviendo la cabeza, hallé cerca de mí un hombre de gentil presencia, bien aderezado, cuyo hábito obligada á tenerle algun género de respeto. Miróme con alguna aficion, y viéndome melancólico me preguntó : Hidalgo, ¿es de esta tierra? Sí soy, le respondí, y poco ha que llegué á esta ciudad, pues como desgraciado, aunque vine en la flota, lo que ella viene de rica estoy yo de necesitado y pobre, y tanto, que habré de buscar á quien servir, pues no tengo otro remedio, y no será de nuevo para mí el saberlo hacer, pues en este ejercicio he gastado mucha parte de los años que tengo, y no con disgusto de los amos que he tenido. Pues no llega á mal tiempo, dijo el gentilhombre, porque yo soy autor de una compañía de amigos que traigo conmigo en la representacion, y si gusta, podrá servirme para tener cuenta en el vestuario con la ropa y vestidos de la comedia : que dejando á parte que le trataré y pagaré muy bien, podria ser que fuese de tan buena gracia, que se quedase con nosotros por uno de los representantes. Yo, padre, que tenia alguna noticia del modo de vivir y trato con que se pasa en la comedia, no me pareció mal su ofrecimiento, y por no perder tan buena ocasion, le respondí : Antes, señor, recibiré mucha merced en quedar por su criado, y creo tengo de ser de mas provecho que otro, porque soy buen escribano, leo bien, y hago (aunque malos) algunos versos, peste que se me pegó de cuando fuí un tiempo estudiante de Salamanca.

Vicario. Tan bien avenidos los veo, que poco será menester para concertarlos.

Alonso. Así es, padre, porque diciéndole yo gustaba mucho de servirle, y habiéndome concertado con él de que me daria doce reales cada mes, nos fuimos los dos á la posada, y en el camino me leyó la cartilla de lo que habia de hacer, y fué el escribir cada dia los carteles, ir á la una á guardar la puerta, hasta que mi amo llegase á cobrar, y despues acudir al vestuario á tener cuenta con los cofres y ropa que habia de servir en la comedia. Parecióme trabajo moderado, y que para mi condicion y

natural, habia de ser muy llevadero. Prometí de hacerlo como se me proponia, y despues luego empecé á ejercitar mi nuevo oficio. ¡Oh cuánto puedes, necesidad, y á cuanto obligas! ¡Qué de torres has echado por el suelo, y cuantas dificultades has allanado! ¡qué de voluntades has torcido, y á qué de ignorantes has enseñado! Haces hablar los mudos, humillar los soberbios, das ánimo á los flacos; y á mí que poco tiempo ha me ví en el cuerno de la luna, y que, para que hablase una palabra, era menester primero ser lisonjeado, me trujiste á la miseria y desdicha á que pudo venir un hombre, para quien era poco la riqueza que en sus entrañas encierra la tierra, usurpa el mar, y el sol engendra en los mas ocultos é inhabitables montes. A todo me hube de poner: unas veces servia de dragon en algunas comedias de santos, otras veces de muerto, si habia representacion de alguna tragedia; tal vez de bailarin, cuando el baile era de á seis, que metido entre otros razonablemente podia pasar con mis malas piernas: en los entremeses tambien hacia mi figura, procurando siempre dar gusto á mi amo, porque si va á decir verdad, él lo merecia, y yo me preciaba de hombre de bien y agradecido. No se podia decir por mí lo que de otro mozo, á quien alababa su señor, por no conocerle su condicion, ni saber el intento con que hablaba con él. Pero paréceme que salgo de la materia, quédese para otro dia.

Vicario. No, hermano, dígalo, que de espacio estamos, y es muy temprano, que aun no serán las tres de la tarde.

Alonso. Pues vuesa paternidad gusta, va de cuento. Servia á un caballero de Andalucía un mozuelo de buena edad y de mejor traza, con tanto cuidado y diligencia, que con justa causa pudiera ser envidiado de los mas serviciales criados de su tiempo, y no contento con su continua puntualidad, en todo cuanto se le mandaba, tenia unas razones tan comedidas y tan bien dichas, que obligaba á tenerle particular amor y aficion. Su ordinario decir era: Dios quite de mis dias, y ponga en los de usted. El caballero, con estas cosas, tan agradecido y obligado, no se llegaba á corrillo, conversacion ó visita, que no hablase de la merced que Dios le habia hecho en depararle un tan buen mozo como el que tenia. Contaba sus gracias, su cuidado, su fidelidad, y sobre todo su grande amor, pues continuamente rogaba á Dios quitase de sus dias para poner en él, cosa bien contraria de lo que se usa en los criados de estos tiempos, pues son como enemigos domésticos inevitables, que se han de querer y buscar, aunque no querais, y no hay pasar sin ellos. Tuvo el caballero necesidad de hacer una breve jornada, y en su compañía hubo de llevar por lacayo ó mozo de espuelas á su criado, á quien tanto queria: el tiempo era por invierno, trabajoso, y el camino peor, por haber de pasar un puerto de grande aspereza: de modo que en la cumbre de él se levantó una borrasca, con tanto rigor, de un aire frigidísimo, que fué ventura con tanta ventisca no quedarse amo y mozo sepultados en aquella blanca y cuajada nieve. Animábanse los dos caminantes, ya con una bota que llevaban, ya con gritos que servian para que las mulas cobrasen esfuerzo, y no atollasen perdiendo la vereda, que ya estaba casi cubierta. Considerando, pues, el gran peligro en que estaban, y el trabajo que pa-

decian, dijo el mozo á su amo : Señor, señor, estos son los dias que yo suplíco á Dios quite de mí, y ponga en usted para que mejor se conserve el individuo. Quedó con esto el caballero desengañado del criado que tenia, y de allí adelante dejó de alabar las lisonjas con que le trataba. Pero mi autor hallaba en mi trato y modo con que le servia una llaneza y una admirable inclinacion á favorecerle en cuanto era posible : de suerte que cuando no fuera de tan buen entendimiento como era, manifiestamente echara de ver cuan sin doblez procedia en todas las cosas que estaban á mi cargo, que no eran de poca pesadumbre : ya en los caminos, porque habíamos de andar de quince en quince dias de un pueblo en otro, hechos gitanos, con nieves y aguas, de venta en venta, pasando las incomodidades que en semejantes caminos se padecen. Y no era el peor haber de contentar á tantos, adonde hay tan diferentes pareceres y gustos : cual decia mal de la música, cual del verso y mala traza de la comedia, de la pobreza de conceptos, del estilo y modo de decir tan llano y ordinario : si las mujeres eran ya de dias, poco airosas, los representantes mal aderezados, de poco cuerpo, arrogantes, de malas acciones, cual recitaba llorando, cual se turbaba por no acordarse del pié que le daban, sin haber falta que no se dijese, ni delito, por pequeño que fuese, que no se sacase al tablado : y lo que era peor, que los que mas mal hablaban y con mas libertad, eran, ó los que no lo entendian, ó habian entrado á oirnos de balde. No pocas dificultades pasan los pobres autores, ya en los ensayos, ya en si salen mal las comedias, que no todas veces los poetas aciertan, y por una mala representacion, aunque otras muchas hayan hecho buenas, enfadados los oyentes no vuelven otro dia, y con poca gente y menos ganancia, siendo mucho el gasto, que dan los pobres asolados y perdidos, y así no hay autor que no esté empeñado, lleno de deudas, y por maravilla alguno llegó á ser rico. Si hay mucho calor no se viene á la comedia. Si el invierno es riguroso, ó llueve, no se puede salir de casa. Si algun príncipe muere, quítase todo género de entretenimiento, y los comediantes han de dejar su trato, y buscar que comer ó modo de vivir.

Vicario. Yo me acuerdo, hermano, que estando en el siglo, entre personas doctas, oia decir mal de las comedias, por ser acto donde se ofende á Dios, aprendiéndose en él libertad, deshonestidad, y cosas que la malicia humana cada dia enseña.

Alonso. En eso, padre, lo que, puedo decir es que, reinando el sabio y prudente rey don Felipe segundo, por evitar algunos inconvenientes, y por mayor honestidad en las comedias se quitó el representar las mujeres por parecer que el verlas vestidas curiosamente, ya de su trage, ya del de varon cuando se ofrecia, incitaba á torpes y deshonestos deseos, y así se mandó que en su lugar fuesen los representantes muchachos de mediana edad, y de este modo se representó algun tiempo. Despues, pareciendo ser cosa tan impropia que á un varon se le dijesen palabras amorosas, se le tomase la mano ó llegase al rostro, se volvió la representacion á lo que de ántes; pero con algun límite, mandando á las mujeres, cuando se hubiesen de vestir de hombre, fuese el vestido de modo que cubriese la

rodilla, guardando en todas sus acciones honestidad y compostura, poniendo á las que tan justo mandamiento no obedeciesen rigurosas y muy graves penas. Y me acuerdo haber quitado á una mujer que no saliese al tablado, porque se decia de ella que no representaba con aquella compostura y gravedad que era lícito en semejantes actos, procurando siempre que no desdijese á la política honestidad que debe guardarse, así en público como en secreto. Verdad es que los gentiles, como gente sin razon ni Dios, como bárbaros, sujetos á sus torpes y bestiales deleites, en sus representaciones procuraban de hacerlas tan al natural y propio, que si en la tragedia (como es forzoso) habian de morir dos ó tres personas, en el mismo tablado les quitaban la vida los mismos representantes, y para esto sacaban de las cárceles los que estaban condenados á muerte, como se hizo muchas veces delante de los emperadores Daciano y Diocleciano: de suerte que, como fuese posible, se procuró siempre que la industria y arte se asimilase con naturaleza. Así le sucedió á san Ginés, representante, que, por hacer burla del sacramento del bautismo, en una comedia que representaba delante del emperador romano se vino á bautizar, si en el agua no, por faltarle al ministro idólatra la intencion de hacerle cristiano, despues en el martirio consiguió el efecto del sacramento, bautizándose en su misma sangre, por la confesion de Cristo Señor nuestro. En efecto, padre, en cuanto yo podia procuraba volver por mi autor, y á los que decian que era cargo de conciencia dejarle estar tiempo en algun pueblo, inquietando los oficiales de su trabajo, y llevándoles su hacienda, les daba por respuesta: Si la paga de la comedia fuese excesiva, y no se gastase en otras cosas mas impertinentes y de mayor perdicion y desasosiego, bien fuera estorbarlo. Pero si bien se mira un autor con tanta costa, tantos salarios, portes de viages, no salir jamas de un meson ó venta, ¿quién podrá imaginar lo que ha menester para cumplir su gasto tan excesivo? Pues ninguna cosa de estas se hace, sino á poder de dinero. Y á los que decian ser tiempo mal gastado dar oidos y vista á semejantes actos, llegándome á ellos los conté el siguiente cuento.

Vicario. Yo tambien holgaré de oirle.

Alonso. En Salamanca, por estar vaca una cátedra de vísperas, se opusieron á ella algunos doctores graves de la universidad, y habiendo leido por sus antiguedades los mas de ellos, como tienen de costumbre, uno de los opositores, dicha la licion, acabó, alegando de su justicia con decir á los oyentes de grandes méritos que tenian para la pretension que procuraba sus muchas letras, su antigüedad en los estudios, su mucha virtud, nobleza y recogimiento, y que el señor doctor fulano su contrario y opositor suyo, aunque era verdad que sabia y tenia partes para poderle hacer merced de la cátedra, pero que dejado á parte el no ser igual á sus méritos, era un hombre que jugaba, y habia echado á mal el tiempo que habia de gastar en sus estudios. El dia siguiente leyó el último opositor, y acabada su licion, hizo á los estudiantes un breve razonamiento, en esta forma: El señor doctor fulano, antecesor mio, en la lectura de ayer, con mucha razon alabó su ingenio, su nobleza y virtud, que son sin número y dignas de alabanza, á dejarme á mí que soy su hermano, pues tuvimos

un mismo padre, de adonde salimos todos los hombres del mundo : en lo demas, si he jugado, ó juego, tiene razon su merced que sé jugar : y así suplico á ustedes que los que no saben jugar, no voten por mi, y los que han jugado, ó juegan, me hagan merced de favorecerme. Cayóles tan en gracia el dicho á los que le oyeron, que sin faltarle un voto, le dieron la cátedra. Así que, señores, los que no gustan de oir comedias, los que tienen algun escrúpulo de escuchar algunas licenciosas razones, y sienten distraerse de su recogimiento y virtud, cuando van á oirlas, no las vean, que justo es apartarse de lo que les es dañoso y buscar lo bueno, pues es máxima del filósofo que ninguna cosa en razon de mala se ha de apetecer y buscar : cuanto mas que comedias se representan que se pueden oir de rodillas, como una de san Francisco, de la Concepcion, y otras de muchos santos, adonde verdaderamente se reprehenden los vicios, se exhorta á seguir las virtudes, y se toma ejemplo para la vida : y estas tales representaciones son las que alaba el glorioso doctor de la iglesia san Agustin, y el angélico doctor san Tomas, y permite el derecho.

Vicario. Para bien ser, hermano, así habian de ser, ejemplares, honestas, sin que se oyese en ellas ni se dijese cosa alguna mal sonante ni descompuesta : los cantares y bailes que se dicen y hacen, que sirviesen solo para un honesto entretenimiento, y que divirtiesen los continuos trabajos que se padecen de ordinario, no que inciten y muevan á torpes y deshonestos pensamientos.

Alonso. Está ya, padre, tan depravada la naturaleza y condicion de los hombres, que son como la asquerosa y aborrecida araña, que de las mas vistosas y saludables flores y olorosas yerbas, viene á tomar el mortífero veneno; y por nuestra desdicha, en no siendo la representacion de fabulosas, mentirosas, amorosas, enredos, invenciones y casos, que admiren los ingenios y entendimientos de los oyentes, no dan gusto, ni hay quien las vea, sacando, como se saca de su verdadero quicio y camino para lo que se inventaron y permitieron las comedias, que en otros tiempos eran la sal de la república, el espejo de la vida, la entrada y licion de los ignorantes, y el desangaño y luz de los que poco sabian. Víase en ellas un mozo libre, vicioso y perdido, sin respetar á padres, ciego tras sus locos devaneos, en breves años sin hacienda y salud, puesto en un hospital. La dama festejada del vulgo, servida de todos, enamorada de su hermosura y mocedad, como otro Narciso en la flor y verdor de sus años desengañada del tiempo á costa suya, olvidada ya de los que mas celebraron sus dichos, estimaron sus desvíos y desdenes, y como sin seso adoraron sus favores. Hallábase en ellas un criado mentiroso, un dispensero ladron, con mas bolsas que Judas, un amigo fingido, un gracioso desvergonzado, adulador y descubridor de faltas agenas y que no se sabian; un hablador maldiciente, mentiroso; un fingido hipócrita lloron; una casada descuidada de sus hijas, y un padre sin cuidado de criar bien, y refrenar la libertad de sus hijos; un gobernador que se descuidaba del aprovechamiento y buen gobierno de su república; y una criada destruidora del honor y hacienda de sus amos. Estas eran las comedias antiguas, representaciones ejemplares, libros que enseñaban á

bien vivir, y en cada palabra decian una sentencia, con que satisfecho el entendimiento, viendo á la vista ya el premio, ya el castigo, seguia el uno por evitar el otro, y si, en nuestros miserables tiempos, no se hacen ni representan con la rectitud y llaneza que solian, cuidado tiene el real consejo y las justicias de no permitir cosa que desdiga de la honestidad, buen nombre y virtud. Y en el reino de Aragon jamas se permite representar comedia ninguna, sin que primero no se haya censurado y corregido por el vicario ó provisor de aquel obispado, y en hallando alguna falta, se les manda á los autores que no la representen.

Vicario. Ahora dígame, hermano, acerca de los comediantes, ¿qué le parece? ¿Seria mejor que no los hubiese, ó son de provecho á las repúblicas? Porque en verdad que holgaria de oir lo que siente acerca de la representacion.

Alonso. Pregúntame vuesa paternidad una dificultad, y no pequeña, pues me ha de ser forzoso el responderle con la fábula del divorcio de la leona, cuyo testigo dicen que fué la raposa, y así me ha de dar licencia para que le diga.

Vicario. Yo le escucharé de muy buena gana. Bien puede decirla, que atento estoy.

Alonso. Enojada la leona con su marido el leon, viendo sus crueldades y desabrimientos que con ella tenia, y el poco amor que la mostraba, procuró de apartarse de él y dejarle: y como el casamiento y vínculo del matrimonio no se pueda dirimir, ni deshacer sin legítima causa, pareciendo ante un juez, que los dos eligieron de mancomun para este efecto y pleito, alegó la leona que su marido el leon era insufrible, mal acondicionado, intolerable; y sobre todo, que el mal olor de boca que tenia bastaba á inficionar un ejército. Corrióse mucho el leon con este capítulo, y para su descargo pidió tiempo en el cual queria presentar testigos, probando ser falso lo que la leona alegaba contra él; concediósele, y para su probanza, llamó al lobo á quien le dijo: Ya, hermano, sabreis el pleito que la leona me ha puesto, las sinrazones que conmigo usa, y la mala reputacion en que forzosamente he de quedar, si sale con lo que pretende; por vida vuestra que mireis por mi justicia, pues no perdereis nada en favorecerme, diciendo si es verdad que yo tengo mal olor de boca. Agradeció el lobo la buena voluntad que el leon le mostraba, y pidióle que abriendo la boca le echase el vaho, y haciéndolo así, le dijo: Señor, si va á decir verdad, la leona tiene justicia, y á vos os huele mal el aliento. ¡Oh mala bestia! respondió el leon, ¿y eso habeis de decir contra mí? pero no os ireis sin castigo, y alzando la mano con las uñas le hizo pedazos: y procurando de nuevo mas testigos, llamó al oso, á quien le costó caro el decir lo que sentia. Pero necesitado de buena probanza, y que los testigos hasta ahora no le habian sido nada favorables, se fué en busca de la raposa, á quien rogó, pues sabia bien la razon que tenia, no dejase de ser en su favor, y para que entendiese estar de su parte la justicia, él queria dar bastante muestra, y llegándose á ella la boca abierta, la echó el vaho, diciéndola que le oliese, para poder decir con verdad si tenia mal olor ó no. Atenta estuvo la ra-

posa á cuanto el rey de los animales habia dicho, y por no ser parcial en pleito de adonde no podia salir muy bien, le respondió: Prométoos, señor, que como soy tan desgraciada que de dia no me dejan un punto, sino que de noche tengo de andar para hacer mi vida: y estas noches pasadas han sido tan frias, y ha llovido tanto, que con las muchas frialdades me ha venido un romadizo tan grande, que no me ha dejado narices ni ojos, los unos para ver á qué parte vaya, y las narices para juzgar de olor, y así no os puedo servir en lo que me mandais, que á no estar tan arromadizada hiciera cuanto quisiérades. La fábula responde á vuesa paternidad, pues lo que veo, padre, es que van á verlas personas discretas, doctas y de buen gusto, gente virtuosa, recogida y buena, y que dicen que el oir una buena comedia es el mejor rato que se puede tener y de mayor entretenimiento, y lo que es peor, que de mí sé decir que si me fuera lícito con este hábito ver las representaciones, ninguna perdiera: mas en juzgar yo en pro, ó en contra, ni me determino, ni sabré dar mi parecer adonde hay tantos y tan buenos juicios de una y otra parte; cada uno siga lo que mas gustare.

Vicario. ¿En efecto, hermano, lo deja indeciso?

Alonso. Esto es lo mas seguro: y volviendo á nuestro cuento (que ha rato que me divertí de la materia que trataba), estuve con mi autor año y medio, que fué milagro para mí perseverar tanto tiempo, y causólo el ser mi señor tan hombre de bien como era: hacíame buen tratamiento, dábame bien de comer cuanto queria, y pagábame mi soldada, sin quedárseme con cosa alguna, negocio que obliga á un criado (si es que tiene buen juicio) á servir con mas voluntad y veras. Dejado aparte de que mi amo era virtuoso, gran limosnero, muy recogido, y en sus compañeros no consentia que hubiese mal trato, ni término que desdijese de una buena correspondencia. Las mujeres que venian con él, aunque de muy buen parecer, eran honestas, virtuosas, y si algunas ha habido en otras compañías de buena opinion y fama, eran las que venian con nosotros por excelencia de las mas recoletas: con estas cosas, y con tener yo amigos de mi humor y condicion, me hallaba muy bien, y me estuviera algunos años de este modo, porque ya me iba alentando á salir al tablado, y hacia algun papel de embajador, page ó guarda; otras veces en acompañamiento, tocaba el tambor si habia guerra, y tal vez hubo que dije una columna entera sin errarme, y de ver ensayar las comedias cada dia casi las sabia de memoria. Habíame prometido mi autor de que para el Corpus siguiente habia de representar, y darme racion como á los demas compañeros, diciéndome que tenia damasiada de buena gracia y buen talle para cuanto quisieran hacer de mí: y verdaderamente yo saliera con ser comediante, á no sucederle á mi amo una notable desgracia, y fué que habiendo de representar un dia la comedia del Mercader amante, de Aguilar el valenciano, y acudiendo mucha gente á la puerta, púsose mi amo á cobrar de los que entraban, y metióse entre los que iban pagando un mozuelo, con tanta priesa y fuerza, que sin poderse valer mi autor dió con él en el suelo, lastimándose un poco en la frente, y enojado del mal término y de verse herido, dijo al mancebo:

Cuerpo de tal con él, no mirara lo que hace, y entrara con seso. Para quien él es, demasiado traigo, respondió el mancebo. Pero mi amo, que no habia menester mucho, y que no sabia de burlas, ni sufrir semejantes desvergüenzas, diciendo y haciendo, con el talego del dinero que tenia en las manos le dió tal golpe en la cabeza, que le derribó muerto á sus piés. Alborotóse la gente, acudió la justicia, huyó mi dueño, y púsose en cobro, y quedóse la comedia, y todos los de la compañía con la falta del pastor como las ovejas sin manso. Era muy emparentado en la ciudad el muerto, y procurando la venganza que ya no tenia remedio, asieron de los cofres del vestuario, y toda la ropa que allí estaba, dejándonos sin ningun refugio, aunque ya no estaba el peor librado, pues siempre en mi pecho traia para no menester doscientos reales en escudos de oro, sin otras joyuelas de poco valor. Y considerando lo que habia de hacer ántes que mi dinero se acabase, determiné de volverme tercera vez á Sevilla, porque siempre en ella habia hallado adonde acomodarme con mas facilidad, pues como en ciudad rica á nadie falta en que poder ganar de comer. No tuve corazon para despedirme de mi autor, compadecido de su desdicha, y así, habiendo oido pregonar una mula de retorno para Sevilla, que estaba treinta y seis leguas del pueblo de adonde salia, fuí en su busca, concertéme con su dueño, y luego partimos: pero porque parece que el cielo quiere hacer alguna mudanza, antes que llueva nos podrémos ir, dejando en este punto nuestro comenzado suceso.

Vicario. Vamos, hermano, y démonos priesa, que si no me engaño, un gran golpe de agua nos ha de coger ántes que lleguemos á nuestro convento, y advierta donde queda con su discurso.

CAPITULO X.

Da cuenta el hermano Alonso á su vicario como entró á servir á unas monjas y despues vino á ser donado.

Alonso. Una mala costumbre adquirida de muchos años, verdaderamente, padre vicario, que es muy mala de perder, y el que la deja no hace poco. Estaba yo acostumbrado á tener mi comida cierta, sin que anduviese puesta en opiniones, si habia de faltar á su hora; negocio, que bien considerado, no es el menor de los bienes, poder descuidar de semejante carga, pues los trabajos que se padecen, todos van encaminados á este pan de cada dia, pues como árboles puestos, y plantados al revés, tenemos necesidad de ordinario riego, para que este húmedo radical de nuestra vida no se consuma y seque. Llegado á Sevilla (que en su camino quedamos, si bien tenemos memoria), dí un doblon al dueño de la mula que me habia traido, y apeéme en la lonja, donde me puse á considerar un rato del primer amo que allí habia tenido, y lo mucho que con él habia pasado, hecho mozo de espuelas tras una mula trotona, que como mi amo

era hombre de opinion, y Sevilla es grande, no habia calle que no anduviese dos veces al dia; y echando de ver que tenia pocos dineros, y que era forzoso el gastarlos, ó buscar algun arrimo en que entretenerme, puse los ojos en un religioso que acertó á pasar á caballo, y viéndole que iba solo, no queriendo perder la buena ocasion que se me ofrecia, le llamé, diciendo: Padre, suplico á vuesa paternidad me espere y escuche. Volvió el fraile la cabeza, detuvo la mula, y en llegando yo, me dijo: ¿qué le queria? Saber si soy menester acaso para servir á vuesa paternidad, le respondí, porque en cualquiera cosa que me quiera ocupar, lo sabré hacer con mucha diligencia. Ahora pues, venid conmigo, me dió por respuesta, que yo soy vicario de unas señoras monjas, y habeis llegado en ocasion qne hemos despedido á un mancebo de vuestro cuerpo y talle, y podrá ser que os recibamos en su lugar, y lleveis su salario con la bendicion de Dios. Yo iré donde vuesa paternidad me mandare, le respondí, y así con tan breve concierto, poniéndome bien la capa y sombrero, me fuí tras él, y entrando en la portería de un monasterio de religiosas bernardas, dándome la cabalgadura que la recogiese, me dijo: ¿Cómo os llamais, hermano? Mi nombre, padre, le respondí, es Alonso. Así seais vos como el nombre teneis, replicó el vicario; pero suélese decir que no corresponden con las obras; daos priesa que es medio dia, y los demas religiosos me estarán aguardando para comer. Así lo haré, dije, y desensillando la mula y poniéndola en pesebre, entré en una cuadra donde hallé sentados seis frailes, como que estaban para bendecir el refitorio; estúveles mirando, y consideré el modo de las religiones, su manera de proceder y término, y como aun de lo que es sustento ordinario, saben sacar mérito y aumento de nuevos bienes, bendiciendo á Dios que tiene cuidado de acordarse de ellos, dándoles con liberal y generosa mano lo que es suficiente para su vida: no de la suerte que otros van á la mesa, que imitando á las bestias, se sientan á ella, sin hacer memoria del bien que reciben, pagando con ingratitud la largueza y misericordia que se usó con ellos, debiendo considerar cuantos en aquel tiempo, y en aquella misma hora que á ellos se les ofrece con franca mano los regalados platos, que aun aderezados con tantas diferencias de sainetes y salsas, hartos ya en ver tanta abundancia, postrado el gusto no los apetece, ni recibe, y estan otros sin número virtuosos y buenos, que por no tenerlo, ni con que comprarlo, se holgáran de satisfacer su necesidad y hambre, con la tercia parte que á ellos les sobra. Entraron, pues, los religiosos en el refitorio, bendecidas las mesas, y dadas gracias, me dieron de comer á mí y á otro mozuelo menor que yo, á cuyo cargo me dijeron habia de estar el acudir al servicio de los padres, así de la cocina como de lo que se ofreciese de algunos recados fuera del convento, y al mio, como ya mayor, y de mas cuidado, asistir á la sacristía, y á lo que hubiesen menester las señoras religiosas, propiamente como ayuda de mayordomo, medio sacristan, y mandadero entero. Y de estos oficios en comiendo que comí, el vicario me hizo un largo razonamiento, encargándome la diligencia, puntualidad y silencio que habia de guardar, poniéndome delante el premio, y paga tan cierta

de mi trabajo, con que, por mayor que sea, á todos se les hace fácil y llevadero.

VICARIO. Deseo saber, hermano, como sin dar fianzas le recibian, habiéndole de entregar la plata y oro de la sacristía, que verdaderamente para mí muy dificultuoso se me hiciera.

ALONSO. En otras partes, padre, siempre me pedian fiador; pero respondíales no ser posible el darle, por no tener quien me conociese, pero aquí no fué menester, porque mi vicario lo primero que me dijo, mirándome al rostro, fué sobornarme, diciéndome: En verdad, Alonso, que teneis cara de hombre de bien, y que en ella mostrais no haber de hacer ninguna vileza, y por eso por ahora no trato de pediros quien os fie. Y así, él satisfecho de mí, y yo contento con él, sabiendo ya lo que habia de hacer, no esperé á que me lo dijesen segunda vez. Acudia á la iglesia al adorno de los altares, negocio en que pudiera graduarme, por estar cursado del otro amo que tuve en el aldea, de aquel oficio. Reprehendia rigurosamente á los que hablaban miéntras oian misa, y porque no se enojasen conmigo, poniendo la reprehension en el sacerdote, diciendo: Señores, dice el padre que callen, que le perturban.

VICARIO. Poca advertencia por cierto de personas de buen juicio, pues procuran tener conversacion y plática, miéntras se celebran tan misteriosos y divinos sacramentos.

ALONSO. Pues ha sido de suerte que se cuenta de un hombre amigo de parlar en los oficios divinos, que habiendo de oir misa un dia de fiesta, y diciéndose el evangelio postrero, preguntó al que tenia á su lado: ¿Vistes si alzó la hostia el sacerdote?

VICARIO. En verdad que estaba con buena devocion, y bien atento para cumplir con las obligaciones de cristiano.

ALONSO. Acabábanse las misas, y entraban luego otros géneros de ocupaciones, siendo correo de á pié, para lo que me mandaban las aprisionadas por el Señor, y verdaderamente, padre, que lo hacia de muy buena gana, considerando que es obra meritoria el servirlas, y acudir á sus continuas necesidades, que es forzoso haberlas de tener. Está preso en la cárcel uno por salteador, sacrílego, homicida, infiel, y de esta tal es obra de caridad apiadarse, favorecerle y remediarle, con ser un desuellacaras: ¿y no será servicio agradable á Dios el favorecer á quien por su virtud y bondad, no por delitos, sino por agradar á Dios, y servirle con mas perfeccion, se emparedaron, y metieron detras de dos rejas? Crióse el mundo para el hombre, y con ser tan grande, aun es estrecho para él, que así lo lloraba aquel ambicioso Alejandro, y contentándose con una estrecha casa, jaula para toda la vida, sin esperanza de haber de tener libertad, ni salir de la prision que escogieron. El considerar esto me ponía espuelas para acudir á cuanto me mandaban, y á sufrir algunas prolijidades, que como mujeres no pueden dejar de tenerlas, y de justicia el que las sirve las ha de llevar con paciencia, pues si tienen pies no pueden andar, y si manos, aprisionadas, ¿de qué pueden servir? Habíanme dado adonde me recogiese un aposentillo, ó celda pequeña, en la cual echando mi cartabon, con particular cuidado y traza,

hallé que la pared de la cama adonde dormia era correspondiente á una sala adonde se juntaban cada semana á capítulo las religiosas, así para el gobierno de su convento, como para correcion de las faltas en que hubiesen caido. Yo, padre, que de mi natural condicion era inclinado á experimentar, y saber cuanto me fuese posible, de parte de noche, en la hora que con mas silencio y quietud estaban mis frailes, poco á poco fuí cavando la pared con un clavo semejante á una clavija grande, que para este efecto me ofreció la fortuna, de modo que con facilidad vine á hacer un agujero bien acomodado, por parte donde no podia ser visto, para poder oir y entender cuando en la sala tratasen y comunicasen las religiosas, como si entre ellas estuviera presente; llegábase el dia de la junta, que siempre era en el viérnes, dia dedicado á sus penitencias. Y sentada la abadesa con sus monjas á capítulo, despues de haber dicho cada una sus faltas y culpas, de que ellas hacian mucho caudal, siendo verdaderamente tan ligeras que con agua bendita podian perdonarse, comenzaba la madre abadesa su exhortacion y plática tan bien dicha, y con tan buena gracia, que la pudieran oir los mas curiosos y presumidos en la retórica: poníales delante la grande obligacion de su estado, la perfeccion que debian tener personas tan de la casa y familia de Dios, á quien tan para sí las habia escogido, sacándolas del mundo, y traido á su palacio para sus verdaderas esposas, el ejemplo que debian dar á todos, así de su vida, como de trato, conversacion y plática, los peligros y ocasiones que á cada paso era forzoso se les ofreciesen, pues cuanto mas apartadas y retiradas del siglo, son mas combatidas y perseguidas del demonio, siendo condicion suya procurar derribar y echar por el suelo los mas altos y fuertes torreones, para quien con mayores veras apunta y asesta su artillería, teniendo por mayor gloria la conquista de lo mas dificultuoso y difícil de alcanzar. Traíales á la memoria las promesas que hicieron, el premio cierto que esperaban, debido con justo título al animoso pecho con que dejaron los regalos del mundo. Esto les decia, y yo me la escuchaba, y sus palabras hacian en mí notables efectos, considerando el modo y traza de vivir, tan diferente en los hombres; el cuidado y recato con que estan los virtuosos, y el mucho descuido y demasiado olvido de tanta gente. Estas mis monjas no perdonaban la menor falta que cometian, sirviendo ellas mismas de fiscal, de reo y de juez en pequeños delitos, y acá por grandes y atroces que sean los disimulamos, paliando la culpa, como si se pudiera excusar la pena, ó se tratara con quien no tiene ojos para mirar lo mas escondido y oculto de las entrañas de la tierra. Veníaseme á la memoria cuan injustamente y con cuan poca conciencia ha habido quien se atreva á decir mal de las religiosas, debiendo con justo título honrarlas, respetarlas y estimarlas en mucho, siquiera por la casa en que estan, por el esposo que tienen, y por la buena eleccion que hicieron. ¿No se respeta la casa de un rey? ¿la de un embajador? ¿la de un noble? ¿Pues porqué la de Dios no ha de tener sus preeminencias y señoríos? ¿No se mira el criado, se respeta el hijo, y á un deudo de un grande se le hace cortesía? Esposas son de quien gobierna los cielos, y el mayor parentesco que tiene

el mundo es el del divino sacramento, y cuando esto no fuera bastante, en buena cortesía y correspondencia se debe honrar al sabio, al valeroso en armas, al cuerdo y prudente, al ejemplar y virtuoso, pues la verdadera prudencia fué el escoger el mejor estado, dejar la vanidad del siglo, por lo verdadero y cierto, la libertad y regalos del mundo, por la aspereza y rigor de un convento, y lo que mas es, y la mayor victoria que uno puede alcanzar, y donde muestra mayor ánimo y osadía, es en vencerse á sí mismo, y en negar su propia voluntad, sujetándola por Cristo Señor nuestro á quien le mande, rija y gobierne.

Vicario. Tiene razon, hermano, porque verdaderamente mas hizo Alejandro en entregar á Apeles aquella mujer que tanto queria, que en ganar los reinos que poseyó, y sujetar los enemigos que tuvo debajo de su mano. Gran sacrificio es perder un hombre su gusto, y dejar el libre albedrío en manos de un superior que lo gobierne.

Alonso. Eso que no es nada para mí, padre, si no es por Dios no se puede perder la libertad. Y aun viéndoles sin ella, hay hombres tan libres, y de lenguas tan excomulgadas, que si hallan en estas religiosas algun género de entretenimiento, es para ellos un caso gravísimo, y un delito digno de un gran castigo; pues mirad que en carne viven, y no en espíritu, de sugeto flaco son, y no de ángel. Algun género de alivio han de tener, que si todo es rigor y aspereza, acabaráse todo, y darémos con el edificio en tierra: tiempo ha de haber para la oracion, para el coro, para el refitorio, y tiempo tambien para una honesta y virtuosa recreacion y alivio. Llegaron un dia unos forasteros al convento de aquel ejemplo de santidad y penitencia san Antonio, y notaron que sus monjes tal vez se juntaban á conversacion donde en honestas pláticas se reian de algunos graciosos dichos de sus compañeros, otras veces corrian mostrando la ligereza de sus piés, y otras, para dar á entender la fortaleza que aun el continuo ayuno no les habia quitado, tiraban la barra y saltaban: al fin, como mozos en quien el hervor de la sangre no podia dejar de hacer su costumbre. Maravillados de verlos los mal advertidos huéspedes, pusieron capítulos de la poca modestia de los religiosos, y á su acusacion respondió el discreto abad de este modo: tomó un ramo, y atando á las dos puntas un cordel, vino á formar un arco, y dándosele á uno de aquellos habladores, le dijo: Tirad bien de esa cuerda cuanto pudieredes, y respondióle el que le tenia: Padre, si con mucha fuerza se tira quebraráse, y no podrá servir, que la madera es delicada, y no ha de poder sufrir lo que me mandais. Entónces el santo viejo, algo enojado (y con mucha razon), les dijo á los maldicientes: Débil es, y de poco sugeto, la naturaleza humana, y para caminar á la virtud es grande el trabajo que lleva, y porque no falte en la mitad del camino, se le concede algun rato de sosiego y descanso. Y si este les faltase á unas señoras delicadas, ¿quién duda sino que fuera insufrible un tan ordinario y continuo ejercicio? para esto se ordena el juntarse en comunidad algunos dias de las pascuas, y otras fiestas ya señaladas para alguna recreacion y regocijo.

Vicario. Ejemplo será el nuestro, pues con guardar silencio en nuestra casa, y con tanto extremo, nos es permitido en este tiempo de carnest

lendas (aunque para los de nuestro hábito y religion siempre es cuaresma) el salirnos á pasear por el campo á tomar el aire, y á gozar del sol despues de la demasiada clausura de nuestras celdas.

ALONSO. Yo aseguro, padre, que si el castigo que hizo Dios en algunos murmuradores, lo hubiera de ejecutar ahora, ¡qué de sarnosos y leprosos hubiera! ¡y qué de otra suerte se fueran á la mano, y no se atrevieran á poner lengua en gente de la casa y familia del señor!

VICARIO. Ya yo lo veo, hermano, pues porque unos muchachos llamaban calvo al otro santo profeta Eliseo, dos osos los hicieron pedazos, y la hermana de Moises, María, por murmuradora se hinchó de lepra.

ALONSO. Ya, padre, con nosotros Dios no quiere usar de aquel rigor que ántes acostumbraba, ni es el Dios de las venganzas, sino el de las misericordias estrechando la vara de justicia, cuando ya no se abre la boca que no sea para el deshonor del vecino, y no contentos los murmuradores con lo seglar, no dejan bonete, capilla, ni velo que no salga á la plaza, y de su vida muy por extenso no haga platillo y conversacion, debiendo considerar que por lo menos cuenta tiene con su alma. Pues si tropieza no cae, y si cae es para levantarse luego, al modo de las caidas del justo y bueno: pero es sin remedio buscar remedio, y predicar en desierto, cuando el atrevimiento está en su punto, y para el bien todos cierran los oidos. Yo, pues, padre, pasaba todas estas pesadumbres lo mejor que podia, á veces con paciencia, otras sin ella, no descuidándome de acudir al servicio de mis monjas con la puntualidad que podia, hasta que á causa de unas tercianas que me dieron, me fué forzoso haberme de ir á curar á un hospital, de donde hallándome algo mejor, y considerando el poco término que guardaba en mi vida, pues estaba cierto el haberme de perder por el poco sosiego que traia, no sosegando en la casa donde entraba á servir un año cabal, y si lo estaba medraba muy poco, que en efecto piedra movediza nunca cria moho, quise hacer libro nuevo, y volverme con mis religiosas, y servirlas como un esclavo, pues al fin, aunque trabajaba, era razonable la comodidad que aquellas señoras me hacian, pero en viendo que vieron volver las espaldas, volvieron sus mercedes la voluntad, metiendo en mi lugar un mozuelo natural del pueblo, y sobrino de un fraile de casa que ocupó mi prebenda, y aunque yo alegué en mi abono mis pasados servicios, no me fueron de provecho, dando por disculpa el haberlas yo dejado, y que me habian tenido por muerto, demas que no era justo despedir al que tenian recibido, por ser persona de mucho cuidado, propio para su condicion, mozo liberal y callado: entónces yo perdí la paciencia, echando de ver la poca confianza que se ha de tener en el mundo, y mas en servicios hechos en comunidad, pues hacienda de muchos, lobos la comen; y burlándose un poeta de los trabajos que habia pasado un gentilhombre por una persona que no lo merecia, dándole vaya, le dijo en unos versos:

La ciudad te lo agradezca.

Quise servir adonde tuviese premio mi buena voluntad, agradecimiento,

mi diligencia y cuidado, y á quien jamas me dijese de no, queriendo yo estar en su servicio, y no salirme de su casa, y mas que temí, llegada la vejez, no me faltase lo que á todos ordinariamente viene á faltar: á muchos he visto que sirvieron á los padres de los señores que heredaron la hacienda y mayorazgo, y no los buenos respetos y obligaciones de sus pasados; y viendo con pocas fuerzas y muchos años y enfermedades á los criados de sus antecesores, envíanlos á buscar á quien sirvieron, y ellos reciben nueva gente á quien acomodan, hasta que les llegue el tiempo que vino por los demas, pues al fin por maravilla se pierde una vieja y mala costumbre.

VICARIO. Razon fuera que los hijos mirasen siempre por los criados antiguos de su casa, y á los que sirvieron á sus padres y abuelos los ampararan, y socorrieran principalmente en la vejez, que es la edad mas combatida de necesidades y trabajos.

ALONSO. Eso es pedir peras al olmo, caridad á los avarientos, fidelidad en alarbes, sufrimiento en catalanes, flema en andaluces, y secreto en muchachos. Acuérdome de un buen hombre que tenia dos hijos desagradecidos á las obligaciones que debian á su padre, y como se olvidaron de él y de lo que les habia mandado y rogado cuando se moria, que pues hace á nuestro propósito brevemente se le contaré á vuesa paternidad.

VICARIO. Diga en hora buena, que ya le escucho.

ALONSO. Hubo en una aldea un hidalgo, tan rico de sangre noble cuanto pobre de bienes, gran cazador, ejercicio en que se entretenia de ordinario, y con él sustentaba su casa y familia: criaba este hidalgo tres halcones de mucha estima, con esperanza que los habia de vender en subido precio; pero atajándole la muerte sus pretensiones, viéndose cercano á ella, llamó á sus dos hijos, á quien diciéndoles las obligaciones que le tenian, y en la que estaban de ser hombres de bien, y mirar á la virtud conforme su calidad, y á los padres que habian tenido, les pidió con muchos ruegos, atento que él no tenia otra hacienda que dejarles, sino aquellos tres pájaros de caza, que por la buena enseñanza que habia hecho en ellos, eran de mucha estima, que los llevasen á vender á la corte, y el precio de los dos repartiesen entre ellos como buenos hermanos igualmente, sin que hubiese mejora ni pesadumbre alguna, y el precio del otro fuese para hacer bien por su alma. De cumplirlo como se les mandaba lo prometieron los mancebos, y muerto el padre, parten los dos hijos para Madrid, donde procuraban vender sus pájaros; llegaron á una posada, y por regalar los halcones, los ataron á una alcandora con sus pigüelas y capirote, pero no tan bien que no les sucediese una notable desgracia, porque descuidándose en atar bien al uno de ellos, y él se diese en sacudir el capirote, con mucha facilidad se le quitó, y haciendo fuerza, levantando el vuelo, rompió las pigüelas, y libre de la alcandora, voló á un árbol, de adonde sin detenerse subió por el aire, de suerte que no pudo ser visto adonde paraba, ni el cascabel sirvió de seña, como otras veces, para cogerle. El uno de los hermanos, viéndose ya sin remedio, perdido el pájaro, dijo al otro mancebo: Esto es hecho,

no hay sino paciencia, tomemos cada uno su halcon, y aquel que se fué, vaya por el ánima de nuestro padre, que si está en el cielo no ha menester oraciones, si en el infierno no le son de provecho, si en purgatorio salir tiene forzosamente, que en efecto aquellas penas temporales son, y al fin se han de acabar tarde que temprano. Parecióle bien al mozuelo el dicho de su hermano, tomó cada uno lo que le cabia de particion, y el padre quedóse como suelen quedar los que dejan tales hijos y testamentarios, que miran mas por su provecho que por las obligaciones en que quedaron puestos, y la confianza que se hizo de ellos.

Vicario. Para eso, hermano, los señores obispos tienen cuidado de que se les traigan todos los testamentos, y viéndolos sus visitadores, procuran que se cumplan todas las mandas de los difuntos, no fiándose jamas de los sucesores, traza importante y muy conforme á la caridad cristiana.

Alonso. Al fin, padre, enfadado ya de conocer tantas y tan varias condiciones, y echando de ver la vanidad del siglo, sus locas pretensiones, deseando tomar estado que fuese para mí, ya que no de alivio (porque en este valle de lágrimas no le puede haber) á lo menos que fuese donde estuviese cierto, pues era el mas seguro para mi salvacion y sosiego, vine á este convento, donde pedí á nuestro padre prior que de cualquiera suerte que gustase fuese servido de hacerme tanto bien que no me echase de su monasterio, sino que en él siquiera por donado me recibiese, pues mi deseo no era otro sino servir y agradar á Dios, y ocuparme en el servicio de santos religiosos, siervos suyos. Viendo mi buen zelo nuestro padre, juntó capítulo, y sin faltarme voto me recibieron para donado de este santo convento, donde ha catorce años que vivo con mas gusto y contento que si estuviera en los palacios de los monarcas de la tierra. Este es en suma el largo discurso de mi vida con que he enfadado á vuesa paternidad, sirviéndole estas tardes de entretenimiento, por habernos salido á entretener. Perdone mis faltas, que como tosco en el decir no lo he contado con la elegancia que los muy retóricos tienen de costumbre, verificándose en mí que ninguno puede dar mas de lo que tiene.

EL DONADO HABLADOR.

VIDA Y AVENTURAS DE ALONSO,

MOZO DE MUCHOS AMOS.

SEGUNDA PARTE.

PRÓLOGO.

Memoria tengo, no se me ha olvidado, discreto lector, de lo que prometí en el primer libro del mozo Alonso, y si escribí la segunda parte de su vida, puédote dar por disculpa lo que respondia un religioso y buen predicador á unos amigos suyos, que le hacian cargo de que en los mas de sus sermones siempre se salia del evangelio de la festividad que predicaba, metiéndose muy de ordinario á tratar de la pasion y muerte de Cristo señor nuestro, diciéndoles: En todos los sermones debe el predicador exhortar á los oyentes al aborrecimiento de los vicios, y amor de las virtudes; ¿pues por qué camino, con mejor título, puedo yo cumplir con mi obligacion, como poniendo delante un Dios hecho hombre, por hacer bien al hombre, muerto por su remedio, y fatigado y cansado, para que pudiese tener el hombre perpetuo descanso y sosiego? Así que no salgo del propósito, porque el predicar y escribir casi son compatibles, y tienen un mismo objeto; y yo no salgo del punto, en el mozo me estoy, del mozo trato, y con el mozo acabarémos esta vez de enfadarte; y te prometo que no ha de ser el parto de Pelaya. Y pues es el postrero el que llega á tus manos, trátalo como á hijuelo pequeño, á quien se sufren y sobrellevan innumerables faltas; siendo forzoso haber de tenerlas este viandante, tambien lo será el haber de ser tú afable, benévolo y piadoso, mirando las cosas con ojos apacibles para que puedas con todos ser amable. Vale.

CAPITULO PRIMERO.

Cuenta Alonso (ya ermitaño de la ermita de San Damian) al cura de San Zoles su nuevo estado, y ocasion de haber dejado el hábito de donado.

CURA. ¿Es posible, hermano, que al cabo de tantos años como ha que le dejé en el reino de Navarra con aquellos santos monges de su con-

vento, le haya venido á ver en esta tierra, no solo mudado el modo de vivir, sino tambien en hábito tan diferente como el que trae? Certifícole, que aunque me lo juráran, no lo creyera; pero al fin mudable es la condicion de los hombres; y el sabio nos dijo que no se alabe nadie hasta que muera: *Non laudes virum in vita sua.* Acuérdome que un dia estando hablando con el vicario de su monasterio, acertó á pasar cerca de nosotros, y haciéndome señas, me dijo: Repare usted, señor licenciado, en aquel mozo, que le prometo que el mundo no tiene mejor pieza; y que á no estar tan de partida habia de tener en esta casa algunos ratos de entretenimiento y gusto, refiriéndonos su vida, y los muchos amos que tuvo en el siglo, y segun noté, en verdad que le tenia muy buena voluntad.

Alonso. Como esos milagros hace el tiempo, no hay cosa estable, el edificio mas fuerte viene al suelo, los favores se acaban, y las humanas confianzas salen engañosas: ejemplo seré para todos, y como escarmentado podré quejarme sin provecho, aunque no es poco poder vivir ya desengañado, con larga experiencia de mis prolijos y cansados dias. Así es verdad que yo tambien me acuerdo de haber visto en mi convento á usted algunas veces, y eché de ver que tenia amistad con el padre vicario, alivio entónces de mis trabajos, consuelo de mis penas y amparo de mis necesidades, y ahora destruccion total de mi sosiego, y forzosa causa de mi mudanza.

Cura. Enojado está, hermano, y aunque no sirva mas de para que desfogue la mucha cólera que tiene en ese pecho, me obligará para servirle en que me dé por extenso larga cuenta de sus pesadumbres, y la ocasion y motivo que tuvo para venir á esta santa ermita de San Cosme; y asimismo de todo el discurso de su vida, desde que dejó el habito de donado. Y para que con mas voluntad tenga paciencia de hacer lo que le ruego, en breves razones le quiero decir quien soy, y á lo que he venido á esta su ermita si gusta de oirme.

Alonso. Gran merced será para mí el querer usted emplearme en su servicio, y en gustar de contarlo; y pues intenta ganarme por la mano, escucharé con la atencion posible.

Cura. Sabrá, hermano, que yo soy natural de Lérida, donde hasta ahora he asistido en todos mis estudios: graduéme en aquella universidad de licenciado en los sagrados cánones, vine á Navarra, á donde el señor obispo me ha hecho merced de darme el curato de San Zoles; tiene mi iglesia por anexo este santo templo, que en otro tiempo fué casa y recogimiento de los templarios, aunque ahora está tan maltratada, en efecto, como edificio antiguo que no se habitaba. Tiene por vecindad este cercano soto, tan abundante de caza como el rio de pesca. Y así yo, como recien venido á este curato, habiéndome (como dicen) tentado la tierra con unas tercianas dobles, que tuve todo este verano, aunque algo mejor, determiné para mi convalecencia venirme á esta su casa para en ella divertirme unos ocho ó diez dias; demas que estando en su compañía podré asegurarme el haber de estar con mucho gusto; y así le pido que todas estas noches de ningun modo se descuide de verme, que dejado

aparte que recibiré mucha merced con sus visitas, será muy bien recibido y regalado con lo que hubiere en mi pobre celdilla. En suma, he dicho mi vida y muy á la larga, y no sucintamente; espero, hermano Alonso, me cuente la suya.

ALONSO. Bien quisiera excusarme, mas siendo forzoso el obedecer, usted me esté atento, y cuando se cansare de oirme, con avisarme, protesto excusaré el enfado.

CURA. Atento estoy, bien puede comenzar.

ALONSO. Estuve, señor, en el convento en que usted me vió algunos años, los mejores de mi mocedad, acudiendo al servicio y negocios, no solo de la casa, sino tambien de algunos padres, y en particular del padre vicario que en aquella era á banderas desplegadas daba en favorecerme; pero como en todo haya mudanza, mudóse el amor que me tenia en un enfado y desabrimiento, así en el mandarme lo que habia de hacer, como si verdaderamente fuera su mortal enemigo. Sentíalo yo en el alma, quejábame de mi poca suerte, las mas veces tenia paciencia, y otras no guardaba el respeto que debia á mi superior, y aunque entre dientes, oíalo su paternidad; de modo que con mis malas respuestas se acrecentaba mas su cólera: *tange montes, et fumigabunt*, dice la comun sentencia. Mi vicario era monte de virtud, grande hombre de oracion, caritativo y limosnero, mas estando colérico todo iba perdido, y mas conmigo, á quien llamaba hechura de sus manos; y como tal, procuraba deshacerme, tomando por medio otros muchos religiosos amigos suyos, á quien dando innumerables quejas de mi mal trato y término, les pidió le favoreciesen para quitarme el hábito echándome del convento.

CURA. ¡Válgame Dios! grande causa hubo de haber para tan gran venganza.

ALONSO. Entrando un dia en una cárcel, por curiosidad llegué á preguntar á un mozuelo que ví en un calabozo con una cadena: Dígame, gentil hombre, ¿porqué está aquí preso y con tantas prisiones? y él, con un despego y enfado notable, me respondió: Por harto poco; le prometo á usted que sin culpa ha seis meses que me tiene aquí un ladron de un escribano, un procurador que no hay hacerle mover sino á poder de dineros, y un juez que ha dado sin porqué ni para qué en tomar ojeriza conmigo: ya tengo hechos callos, venga lo que viniere, que con un palmo de pescuezo, cuando mas rigor haya, podré pagar cuanto se me pidiere. Compadeciéndome del mozo, y movido á piedad, fuí á verme con el alcaide, á quien dije: ¿Es posible, señor, que no hay quien se compadezca de aquel buen hombre, y que está padeciendo tantos meses ha sin culpa, por no tener favor ni quien hable por él? que en Berbería no se usara tal crueldad; y que esté en tierra de cristianos, desamparado de todo humano consuelo, y tan aprisionado como si fuera algun salteador de caminos, pues en verdad que tengo de hacer por él lo que pudiere. Sonrióse el alcaide, y mirándome, respondió: Hermano mio, muy poquito sabeis; ese mozo por quien mostrais tanta pena está condenado á muerte por haber quitado la vida á dos caminantes, escalado una casa y un palomar, descerrajado una ermita, y robado de ella un cáliz y los or-

namentos sagrados para decir misa; y últimamente, porque queriéndole prender dió una estocada á un alguacil, de la cual aun no está fuera de peligro. Por vida vuestra que os vais por los demas presos, y preguntadles porqué estan, que yo os aseguro que no hallareis culpa en ninguno de ellos. Esto mismo podré yo decir, señor licenciado; para los desgraciados se hizo la horca, y quien no tiene dicha no habia de nacer. Ve aquí usted conjurados contra mí los mas de los frailes, y juntos en capítulo, propuestas mis culpas, me hicieron parecer en medio de ellos; y habiéndome primero disciplinado, no con el amor que solian á otros, ni con aquella suavidad cuando decian sus defectos, me leyeron una bien injusta y rigurosa sentencia en que se me mandaba que al punto dejase el hábito que tenia, y me saliese de su religion, notificándome que de ningun modo tendria remedio de quedar en su compañía. Ya podrá usted entender lo que yo sentiria viendo que, por tan livianas ocasiones como las que yo habia dado, me afrentaban de aquella suerte, sin hallar entre todos aquellos padres quien me favoreciese ni rogase por mí: estuve suspenso un rato considerando qué responderia; y ciego de enojo no podia hablar palabra: moviera entónces los diamantinos corazones con mi turbacion, y no se movia el que era la principal causa de mi daño. Señor licenciado, ¡cuan diferente es la condicion de Dios de la de los hombres! oféndele un ignorante, que así le llama el sabio: *omnis peccans est ignorans*, todo pecador es falto de juicio, y pidiendo misericordia alcanza perdon; y por mas que se deshaga en lágrimas para otro hombre miserable como él, no hallará una buena respuesta:

Si quoties peccant homines sua fulmina mittat
Jupiter, exiguo tempore solus erit.

Si todas las veces, dijo otro poeta, que pecan los hombres, hubiese de enviar Júpiter rayos, en verdad que en poco tiempo se quedaria solo, y que no tendria quien le ofreciese sacrificios. Cristo, Señor nuestro, verdadero ejemplo de mansedumbre, dice que deprendamos de él; y para obligarnos, se pone por ejemplar, diciendo: *Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde.* Mirad que soy manso, y que no soy altivo de corazon, ni soberbio, pues mi deseo es hacer bien y perdonar injurias. San Estevan ruega por sus enemigos. San Pablo dice de Dios que es misericordioso, y que se compadece de los hombres, y ellos solos no saben tener misericordia ni compadecerse de los que ven en trabajos y miserias.

Cura. Hermano, eso es ser bueno infinitamente; pues siendo infinito en bondad, infinitamente ha de amar á sus criaturas, infinitamente procurarlas su bien, su salud y remedio. El amor de los mortales es abreviado, mudable, quebradizo, que á un disgusto se acaba, con una palabra descompuesta se pierde, y con una pequeña falta hace fin y término.

Alonso. Así es verdad, y verificóse en mí; pues tanto tiempo estuvo guardada aquella pesadumbre y cólera, bien semejante al caso que sucedió en una ciudad de este reino, pocos meses ha; mas otro dia lo diremos.

Cura. Cuéntelo ahora, que temprano es, y de buena gana le escucharé cuanto me dijere.

Alonso. Habia en cierto pueblo dos mancebos, tan amigos y conformes en las voluntades, como viciosos y distraidos en sus costumbres y mal modo de vivir; nada escrupulosos, ejercitándose siempre en quitar á descuidados caminantes, no solo la hacienda, sino tambien la vida. Entre los muchos robos que cometieron, acertaron un dia á quitar á un pasagero una joya tan curiosa como de subido valor y precio; de modo que si se partia entre los dos, era quitarla todo su ser, y llevársela el uno era perder el otro demasiado; y así, cada cual de los salteadores la codiciaba, y tenia puesta en ella su aficion, no queriendo de ningun modo quedar sin la presa; el mayor, que presumia mas de valiente, habiéndole rogado primero al compañero que se la dejase, echando de ver que no aprovechaban con él buenas palabras, pretendió llevarlo á punta de lanza, y con damasiados fieros y algunas pesadas razones se hizo dueño de su codicia: el otro cómplice, menor en edad, en cuerpo y fuerzas, mal de su grado hubo de tener paciencia, pero disimuló su enojo, aguardando ocasion en que pudiese vengarse; y como si cosa alguna no hubiera pasado, hablaba y trataba con su mortal enemigo, verificándose en él lo que dice el real profeta en el salmo 136: *Qui loquuntur pacem cum proximo suo, mala autem in cordibus eorum.* Publican paz y amor con sus hermanos, y estan abrasándose el corazon con infernal aborrecimiento contra ellos. Un dia, pues, que como otros muchos, acertaron á ir los dos á solas por unas alturas de un monte, tan estrecho por lo alto de él que ir juntos no era posible; y á los lados de la altura se iban desgajando innumerables pedazos de las peñas, que bien miradas, aunque encumbradas y soberbias, parecian llegar á las mas levantadas nubes, se sustentaban y tenian como en el aire, hasta venir á dar en una profunda y admirable llanura: aquí, pues, llegando á lo mas levantado del monte, el agraviado y atrevido mozo se asió fuertemente con su descuidado compañero, y abrazándose con él, no con abrazo de paz, sino de mortal odio que con él tenia, forcejó de suerte que le hizo venir á mal de su agrado, rodando por todas aquellas peñas. El otro, viendo el gran peligro que le amenazaba á la caida, no desamparó á su enemigo, ántes le tuvo fuertemente asido; de modo que se le llevó tras sí al caer, rodando los dos juntos, tan abrazados y dando tan rigorosos golpes por aquellos riscos, que cuando llegaron á lo llano, al uno le faltaba poco para expirar, y el otro no estaba muy fuera de acabar su vida; pero volviendo en sí, al cabo de largo tiempo, y hallando á su contrario á su lado, que aun no habia muerto, animándose lo mejor que pudo, cogió una piedra, y con algunos golpes que le dió con ella en la cabeza le acabó de matar, quedando muy satisfecho y contento de haber salido con su pretension.

Cura. ¿Y en qué paró ese mal hombre?

Alonso. En lo que suelen parar todos los vengativos y desalmados, porque acertando á pasar por aquella llanura unos arrieros, hallando al un hombre muerto, y al otro tan cercano á la muerte, los llevaron á la ciudad, y dando noticia á la justicia del caso, fué convencido el malhechor, y sin tormento confesó su delito pagando su pecado en un horca. Y preguntándole el juez: Venid acá, ¿No echába-

des de ver que si él os asía y caíades abrazado juntamente con vuestro enemigo, era forzoso haber de morir hecho pedazos y parar en el infierno, como él está, si Dios por su misericordia no le dió arrepentimiento de sus pecados? No ignoraba yo, respondió el sentenciado mancebo, el peligro á que me ponia; pero, señor alcalde, á trueco de vengarme y quitar la vida al enemigo que tanto aborrecia, no digo yo una muerte; sino diez infiernos sufriera de muy buena gana, y eran pocos para mí.

Cura. ¡Loca determinacion! bien parece que ese mozo no tenia entendimiento, que á tenerle estimara el vivir y temblara de las penas de los condenados.

Alonso. Mas volviendo á nuestro propósito, salió del capítulo cometido mi negocio al padre vicario y al padre de novicios; de modo que lo que sus paternidades hiciesen quedase por hecho y confirmado por todo el convento, como última voluntad y determinacion. Viendo, pues, yo á mis dos jueces, puesto de rodillas, mis manos juntas, les pedí misericordia y absolucion de mis pasados yerros, potrestando de allí adelante haber de ser un nuevo hombre, quitado de pesadumbres, sujeto á la voluntad de todos aquellos padres, sin hacer excepcion de ninguno de ellos, diligente en el servicio de todo el convento, sin haber de tener jamas propio parecer ni querer á cuanto me dijesen.

Cura. ¿Y qué le respondieron á tan buenas razones?

Alonso. Señor licenciado, cuando una persona grave se determina á poner en ejecucion algun intento que tiene, solo Dios será posible apartarle de él y estorbárselo. No pudiera Demóstenes hablar con mas elocuencia, ni un pobre llagado pedir limosna con mas ruego y lamentaciones, ni un niño con su madre ser mas importuno y prolijo que yo estuve en aquella ocasion; mas parecióme que me aconteció á mí lo que á un cura, rector en el reino de Valencia, ántes que el rey, nuestro señor don Felipe III, de gloriosa memoria, desterrase los moriscos de España, y fué que como el buen clérigo viese en aquellos infieles el poco respeto que tenian á las cosas sagradas, sus insufribles supersticiones, la inclinacion notable á sus antiguos ritos y mahometanas ceremonias, que aun el vestido y trage de moros no le dejaban; considerando que su saludable doctrina y santos consejos eran para ellos de poco ó ningun fruto, celoso de su bien y afligido de su perdicion, les dijo: Paréceme, hermanos, que cuanto os predico, por un oido os entra y por otro se os sale. Hallóse á esta reprehension un moro viejo que debia de ser el de la barba bellida, y mirando con algun sobrecejo al cura, en nombre de todos sus compañeros le respondió: Antes, genior, ni entra ni sale. Todo era cansarme, no aprovechaba con mis padres cuanto les decia; y así procuré de usar de otro medio, y con las mejores palabras que pude les dije: Bien veo que el convento habrá, como es razon, mirado mi negocio y hecho en él lo que se debe hacer en cristiandad, religion y virtud, y que por mis defectos, que son grandes, yo lo confieso, me echan de esta santa compañía; pero suplico á vuestras paternidades adviertan que yo no soy mio, y que no puedo estar libre de la promesa que tengo hecha de servir toda la vida á este santo

convento; de suerte que mirando este inconveniente, y que es de generosos ánimos perdonar injurias, y señal manifiesta de nobles pechos no reparar en niñerías, ni en cosas tan fáciles como las que yo he hecho, puestas y consideradas en el sujeto mio que las cometió, vaya esta causa por cosa juzgada; y para en adelante yo ofrezco la enmienda. Hermano Alonso, no se le pongan semejantes escrúpulos delante de sus ojos; el haberse de ir es cierto, me respondió el vicario; y para satisfaccion suya, pues dice que es del convento, el convento no le quiere; estos padres le dan por libre y le absuelven del derecho que contra él podian tener, renuncian el bien que por su causa les podria venir, y gustan que se vaya de su casa, teniendo por mejor estar solos que tenerle en su compañía; con esto, hermano, queda libre, sin obligacion ninguna y absuelto de su voto.

Cura. Doctrina es esa segura y llana que el que es dueño de una posesion puede hacer de ella conforme á su voluntad y gusto.

Alonso. Sucedióme á mí lo que aconteció en un monasterio de los padres del seráfico padre san Francisco, y fué que el dia de su festividad, como es razon y costumbre, solemniza su fiesta la órden, así espiritualmente como corporal, haciendo mesa franca á los criados de su casa, amigos y personas con quien tiene particular amistad y obligacion, siendo en tales dias su refitorio comun para religiosos y seglares; pero porque entre los que se convidan, suelen algunos entremeterse, y á rio revuelto ganancia para sus personas, algo atrevidas y de poco respeto, pónese un padre grave á la puerta que va mirando los convidados para quitar las ocasiones que suelen suceder en semejantes juntas, como sucedió, porque entrando algunos señores eclesiásticos de la iglesia catedral, y religiosos de otras órdenes, entre la demas gente que á bulto entraba, se entremetió un gentilhombre, como otras veces lo habio usado, y ya por la costumbre y su poco respeto le traian muy sobre ojo, notado de todos, y murmurado de los que solian asistir á la fiesta. Ya que iba á entrar, el padre que servia de centinela y guarda le detuvo diciéndole: Téngase usted, que no es de los convidados, ni ha de comer con nosotros. El buen hombre, algo corrido, mudado el rostro de su natural color, respondió: Suplico á vuestra paternidad me deje entrar, porque soy muy devoto de nuestro padre san Francisco, y tengo prometido de tales dias como estos comer en su refitorio con sus frailes. No repare, señor de mi alma, en semejante promesa, replicó el padre; porque yo tengo bula de su santidad y de mi guardian para la absolucion de ese voto; y así digo que le absuelvo y le doy por libre; y así se puede salir fuera ó irse á comer á su casa, porque en nuestro convento no ha de tener lugar de desayunarse; y cerrándole la puerta le dejó solo.

Cura. Así me parece que le puedo considerar despedido y sin remedio.

Alonso. A lo menos, señor, ya que no le tenia, le rogué al vicario, por el amor que en otros felices tiempos me habia mostrado, me hiciese merced de decirme ¿ qué culpas tan grandes eran las mias que no pudiesen admitir enmienda, y tan sin esperanza se me negase el perdon de

ellas? Y algo tierno me respondió de esta suerte: Hermano Alonso, no entienda que se le despide de nuestra casa por negocio ligero y de poco caudal, y que moverse unánimes y conformes todos los religiosos no ha sido sin mucha consideracion. Todos los padres estan enfadados de su mal modo de proceder. Tiénenle por hablador, y que se mete en negocios del gobierno del convento, cosa que no es permitida á un lego, cuanto mas á un donado. El prior quiere regir sus frailes, sin que tenga quien sentencie sus causas: si lo hizo bien ó lo hizo mal, el hermano gobiérnese á sí, que no hará poco, y no se meta en gobiernos que ni le pertenecen ni los puede juzgar. En el tiempo que con nosotros ha morado no ha habido prior, vicario, predicador, sacristan ni portero que no hayan pasado por su arancel, negocio insufrible, y mas de un mozo á quien de derecho se le debe poco respeto. Y si con buena intencion y buen pecho, que en verdad que así lo tengo yo entendido, lo ha hecho ó dicho, intenciones ó voluntades, júzguelas el Señor, y no los hombres; y así, para evitar pesadumbres, quédese con Dios, y para su camino tome esos cincuenta reales, que yo quisiera darle muchos mas, y en paz se quede. Y diciéndome esto, me sacó de la portería, y cerrando la puerta me dejó en la calle. Ya verá usted lo que podia sentir solo en tierra agena, y sin la compañía de aquellos santos religiosos. Culpaba mi poca suerte, ó por mejor decir, mi poca discrecion, poco saber y demasiado hablar; pues para vivir con quietud yo, que tenia necesidad del favor y socorro ageno, me habia de hacer puente, sufrir con paciencia, llevar las condiciones de quien era mas poderoso, y tenia mas fuerzas que yo: considerar el estado mio, y no alzarme á mayores, que el querer subir á una torre sin escalera, locura es muy grande, pues es tan cierta la caida. Acordábame de un estudiante de Alcalá, que saliendo una noche por la ciudad, encontró una tropa de estudiantes, tan bien armados y apercibidos de broqueles, espadas y alabardas, como si fueran á conquistar alguna fortaleza, y llegándose á él le dijeron: ¿Quién vive? El pobre mozo, mas humilde que arrogante, respondió: Quien ustedes quisieren. Pues diga, dijo el uno de ellos: ¡Viva el doctor Arroyo! ¡Viva en hora buena ese señor doctor, y no se muera en toda su vida! dando grandes voces dijo el estudiante. Y pasando á otra calle, le salió al encuentro otra compañía de rotulantes, no menos apercibidos y cargados de armas que los pasados, y en viéndole, le preguntaron: ¿Quién vive? Mas él no queria pleitos con ninguno de ellos, sino morir como fiel cristiano, muy despacio, con todos los sacramentos de nuestra santa madre Iglesia, respondió: ¡Viva mil años mas que el viejo Matusalen el que ustedes gustaren, y muera el que se hubiere de morir! palabras bastantes para que sin pesadumbre alguna le dejasen ir su camino. Señor licenciado, cada uno sea gobernador de su familia, que el juzgar vidas agenas, procurando saber como vive el vecino, eso, señor, en lo espiritual hágalo el obispo, y en lo temporal el corregidor, que á ellos pertenece, como á centinelas de la república cristiana, y no á mí, hablador de ventaja, cuidadoso del bien ageno, y olvidado del principal fruto y provecho mio.

CAPITULO II.

Prosigue Alonso la misma materia y cuenta como dió en manos de unos gitanos.

Cura. De esa suerte no tiene de qué quejarse de su vicario, pues ofendido y con razon, así él como los demas religiosos, justamente tomaron la venganza de la libertad con que los hablaba.

Alonso. Ya yo lo veo, que ni yo hacia lo que debia, ni las cosas andan ahora como debian de andar. Priva la lisonja, está en su punto la mentira, no hay fe que se guarde; y la verdad, ya que no puede faltar por mucho que se adelgace, de puro flaca está en los huesos; pero quéjome de mi padre vicario, de que, viéndome en el tiempo de mi noviciado (si es que así lo puedo llamar) y despues de él, algo libre, ¿ porqué no me reprehendia, y yéndome á la mano, estorbaba mi libertad? Criéme libre, hablador, sin guardar respeto en el decir, sin hacer distincion de personas, ¿ qué podia sacar sino ser aborrecido de todos, señalado con el dedo, y echarme de la compañia y junta de tantos buenos? ¡ Oh, cómo dijo bien aquel poeta en su romance!

Si la vara nace
Aviesa y torcida,
Poco la aprovechan
Ramas que le arriman.

Cuando veo, señor, que en los conventos, para doctrinar los novicios é imponerlos en las cosas tocantes á su religion, escogen los prelados para maestras las personas de mas virtud, mas recogimiento, prudentes y cuerdas, alabo su buen proceder y bendigo su buena determinacion. La primera leche que se da á los novicios, el primer alimento de naturaleza, es eficiente causa de sus buenas ó malas costumbres. El ama de Neron, para que saliese riguroso y cruel, se untaba los pechos con sangre cada vez que le queria dar de mamar, ó allegarle á sí, aunque no le hubiese de dar leche; y como salió lo dirán los victoriosos mártires, gloria de la Iglesia y corona de nuestra sagrada religion. Y Horacio, en su Arte poética, dando testimonio de esta verdad, dijo.

Quo semel est imbuta recens servabit odorem
Testa diu.

En el vaso nuevo si echares algun licor oloroso y suave, aunque se gaste y consuma, siempre permanece; aprendan y escarmienten en mí aquellos á quien toca criar, imponer, enseñar y doctrinar la libre juventud de los mozuelos, potros sin freno, gente sin razon, cuyo deseo es

vivir sin rienda, amigos de su libertad y apetitos, los que, para pasar tiempo, no reparando en el daño que hacen, tomando los naipes con sus hijuelos. procuran entretenerse un rato, sacando de aquel juego fuego para su hacienda, destruccion de su casa, y muchas veces pérdida de su salud y vida, sirviéndoles de maestros de maldad los que habian de ser ejemplo para la virtud, dechado de recogimiento y verdaderos padres cristianos de sus hijos. Un virtuoso poeta, contando las miserias de nuestros infelices tiempos, dejó escrito en unas quintillas:

Quedó el hombre tan mal sano
Y de tan mal proceder,
Tan pesado de liviano,
Que no se puede tener
Si Dios no le da la mano.

En nada sabe acertar,
Siempre le vereis errar,
Inclinado de manera,
Que si el pecar virtud fuera
No pecara por pecar.

Sapientem pone in via, dice el Espíritu Santo á la persona de entendimiento y razon: ponle en el camino, que él se irá por allí, si tú se le mostrares como debes; pero no guardas ese consejo, pues en lugar de guiarle bien y doctrinarle, le llevas por vereda, que por lo menos ha de ser su paradero y fin, desasosiegos, pesadumbres, pendencias, pérdida de su hacienda, ó por mejor decir, de la tuya; pues en Alcalá ó Salamanca, con los malos principios que le criaste, y con amigos que allá se le juntan, no habiendo quien le vaya á la mano, en pocos dias pone en cobro lo que era bastante para pasar todo el curso; y tú tienes la culpa de todo que le enseñaste lo que él no sabia; y por ventura no lo aprendiera. Habia de sacrificar el patriarca Abrahan al mancebo Isaac, hijo suyo, único heredero de su casa; y con ser tan obediente al mandamiento de Dios y de su padre, que el mismo mozuelo subió el monte arriba, llevando la leña con que habia de ser quemado, no quiere fiarse el viejo y prudente padre, sino que le ata de piés y manos, para que con el miedo del riguroso alfange no ponga algun estorbo en la ejecucion del sacrificio. Y tú que ya tienes larga experiencia de los hijos de tus vecinos, y de las malas costumbres del tuyo, tanto te quieres fiar de él que no reparas en el veneno que le das á beber, en las letras de perdicion que le estás enseñando. Nunca ha oido usted, señor cura, decir lo de Orson, rey de Francia, que por haberle criado una osa fué príncipe valeroso, de increibles fuerzas; y de otro muchacho, porque le crió una cabra, ser tan ligero y corredor que hacia ventaja al mas veloz caballo.

Cura. Tambien yo me acuerdo de haber leido una mala costumbre de un mozuelo, á quien crió una lechona que no tenia sosiego, ni cabia en sí, si cada dia no se desnudaba y se metia en algun cenagal, costumbre

que tomó de quien le dió la leche, cosa que causaba grande admiracion á cuantos lo veian.

Alonso. Bien se conoce esta verdad en los católicos príncipes nuestros, que Dios guarde, pues entre las condiciones que ha de tener el ama que los ha de criar, ha de ser que no beba vino, ni lo haya bebido en ningun tiempo; pero volviendo, señor, á mi propósito, la queja que yo puedo tener de mi padre vicario, es no haberle hallado siempre constante en hacerme merced, cansándose y enfadándose tan presto en favorecerme, pudiendo, como podia, no solo con el prior sino con todos sus amigos, haberlo hecho de suerte que me donasen, y con una ligera penitencia me quedase en el monasterio; pero al fin, esto fué el desengaño que conviene tener cada uno de la poca confianza que se ha de tener de los hombres, en quien mas ligera que la veleta se muda la voluntad, y cuando mas constante se imaginó, entónces con mayor facilidad se quiebra y falta.

Cura. Eso, hermano, díjolo el profeta rey, enseñando en quien se ha de confiar, y desengañando á cada uno á donde habia de poner su confianza, cuando dijo: *Maledictus homo, qui confidit in homine*, sea maldito el hombre que pone en el hombre su confianza; y en otra parte: *Nolite confidere in principibus, in quibus non est salus*: no querais, dice, poner vuestras esperanzas en los poderosos del mundo, porque en ellos no está la salud.

Alonso. Así es la verdad, porque si empezó á favorecerme, faltóme al mejor tiempo, sucediéndome á mí lo que le sucedió á un lego de la órden del bienaventurado santo Domingo, con otro su amigo fraile del seráfico padre san Francisco, en esta manera: caminaban un dia dos religiosos que servian en sus conventos de limosneros, allegando por los lugares la limosna y caridad que los hacian para el sustento de los religiosos que estaban en la ciudad donde tenian su convento; y como estos dos grandes patriarcas, santo Domingo y san Francisco, tuvieron tanta amistad mientras vivieron, dura con sus hijos hasta el dia de hoy esta aficion y amor como verdaderos hermanos; y los dos legos, como tales, caminaban juntos, favoreciéndose el uno al otro en lo que se les podia ofrecer: sucedió que en el camino llegasen á un paso bien trabajoso de un rio, que aunque no muy hondo, por ser verano y traer no demasiada agua, con todo eso, por no haber puente y ser muy anchuroso, habia de ser fuerza el pasarle con gran dificultad y trabajo. Viendo el rio el lego dominico, dijo á su compañero: El pasar, hermano mio, es forzoso; no tenemos puente, el vado es fácil y sin peligro, tú conforme á tu regla estás descalzo: lo que se puede hacer aquí es, que alces un poco el hábito y me lleves á cuestas, que pues eres mozo y de buena fuerza, podrás bien hacerlo; y de esta suerte pasaremos con facilidad de la otra parte. Bien me parece, respondió el religioso francisco, y poniendo haldas en cinta, tomó en sus espaldas á su compañero, y comenzó á vadear el rio lo mejor que pudo. El fraile era grueso y pesado, el vado no muy bueno por las muchas piedras que tenia, y á cada paso con la mucha carga iba tropezando; de modo que á la mitad del camino se halló rendido; y no pu-

diendo ya dar paso adelante, el fingido Eneas alzó la cabeza, y preguntó á su compañero : Hermano, ¿ por ventura trae consigo algun dinero? Sí traigo, aunque poco, respondió el dominico, porque si bien me acuerdo, hasta seis reales me debieron de quedar hoy en la faltriquera. ¡ Pobre de mí! no me avisara con tiempo, replicó el francisco, y no que me ha hecho ir contra mi regla, y que haya cometido un pecado contra mi religion. ¿ No sabe que los hijos de mi gran padre no podemos llevar dineros? Quédese con Dios, y otra vez nó tenga conmigo semejante término, que á no ser tanta nuestra amistad, no sé qué me hiciera; y diciendo y haciendo, dió con la carga en la mitad del rio, dejando al pobre lego que se excusaba de descalzarse para pasar el rio mojado desde los piés á la cabeza.

Cura. No es malo el cuentecillo. En efecto, hermano, él quedó fuera del convento, desamparado de sus amigos, sin esperanza de volver á él, y con el dinero que le dieron para ayuda de su viage.

Alonso. Sí señor, y animándome, saqué fuerzas de flaqueza, y metíme en un monte cerca de la ciudad, adonde empezaron de nuevo mis desventuras y desdichas. Poco mas de una legua habia caminado por aquella espesura, cuando, no muy léjos de adonde estaba, ví que salia gran cantidad de humo, y coligiendo, como buen filósofo, que sin falta allí habia lumbre, y si lumbre, que algunos estarian haciéndola, porque ya era cerca de anochecer, y corria un aire demasiado frio, procuré de enderezar mi jornada hácia aquella parte, no siendo menester caminar mucho, porque inopinadamente sentí que me abrazaban por las espaldas: volví la cabeza y halléme asido de dos hombres no tan hermosos como flamencos ó ingleses, sino amulatados, mal vestidos y malos rostros: dilos el bienvenidos, sabe Dios con qué ansia de mi corazon, preguntándoles qué me mandaban en su servicio; y ellos á lo gitano, ceceando un poco, me dijeron que me fuese con ellos á su aduar, porque allí estaba el señor conde (1). En buenas manos he caido, dije entre mí, no dejarémos de medrar, buena noche se me apareja; pero al fin, haciendo la fuerza virtud, les respondí : Vamos, señores, donde ustedes gustaren, y guiando la espesura del monte, llevándome en medio para no perderme de ojo, me preguntaron donde estaba el jumento en que venia ó adonde le habia dejado. Conmigo viene siempre, les respondí, que como tan devoto del padre san Francisco, soy mal ginete de á caballo, y por ahorrarme de costa, véngome á pié. Con estas y otras pláticas llegamos al aduar de los hermanos, que con los silbos que mis guardas habian dado ántes de llegar buen rato, para señal de la caza que llevaban, nos estaban aguardando: y mas de un tiro de piedra nos salieron á recibir dos gitanillas y tres muchachos con gran regocijo; preguntáronnos si venian otros pasageros con nosotros. Solo viene, que á tardarse mas en llegar á nuestro puesto, sin traer nada nos volvíamos, respondieron mis centinelas; y yo deseoso ya de ver en qué paraba mi desdicha, me vine á

(1) Título con que en lo antiguo esta clase de gentes distinguia al que les acaudillaba ó hacia cabeza.

hallar entre mas de cuarenta entre hombres y mujeres, sin los muchachos que entre ellos andaban desnudos en carnes, de razonable edad. Presentáronme ante el señor conde, persona á quien todas ellas respetaban, y tenian por su juez y gobernador de aquella desconcertada república; y recibiéndome con algun agasajo, me hizo desnudar hasta la camisa, dejándome como cuando salí del vientre de mi madre. Repartióse mi ropa entre los muchachos desnudos, y los pocos dineros entre todos. Estúveme yo mirando mis desdichas, mudo, sin replicar en cosa, obediente á cuanto me mandaba; y decia entre mí: ¡Oh si siempre hubiera sido tan callado, cuanto me valiera! por lo menos, ya que no tuviera amo, no me echaran del convento aquellos santos religiosos; pero ya es hecho, venga lo que viniere, que con la muerte todo se acaba: no faltó de la junta quien pretendia que se me diese, alegando ser razon de estado quitarme la vida, porque no los descubriese, y á no haber otros mejor intencionados, que movidos de lástima de verme afligido, y tan congojado que rogaron por mí, tuviera efecto su mal deseo, que en todas las juntas hay buenos y malos pareceres. Ya verá usted cómo podia yo estar hecho un segundo Adan, y sin tener una hoja de higuera con que cubrirme; repartidas mis pobres alhajas entre aquellos sayones, que aun el calzado que tenia me le pidió Catalina para su muchacho Juanillo; y yo por imitar de todo punto al pacífico Job, me descalcé, y se lo dí, acordándome de un pobre pasagero que caminando por Cataluña cayó en manos de unos bandoleros; desnudáronle, y habiéndole mirado lo que llevaba, le hallaron setenta reales, y preguntándole á donde habia de ir, respondió que á cumplir una promesa á la Vírgen de Monserrate. Cerca está vuestra jornada, dijo el que habia tomado el dinero: de aquí al convento hay doce leguas, tomad esos siete reales, que esos señores os hacen merced, y caminad con la paz de Dios. El buen hombre, desesperado de ver el maltrato de aquella mala gente, y cuan contra conciencia le quitaban su remedio, con mucha cólera dijo: ¿Hay maldad como esta? yo pediré al cielo justicia, y el dia del juicio os la demandaré mal y caramente. El ladron que oyó sus amenazas, riéndose de él le detuvo, diciendo: Si hasta el dia del juicio me lo fias, déjalo acá todo y camina sin blanca; y no le dejó un solo maravedí para su camino; así yo, hacer bravatas, maldecir mi suerte, ni á mis contrarios, parecíame disparate: bien como lo que suele suceder en algunas casas, hurtan una sábana, toalla ó camisa, y el dueño á quien se hurtó toda su cólera y pesadumbre le parece que se le alivia maldiciendo de quinta carta á quien se la llevó; pide á Dios que le sirva de mortaja, que para las puñaladas y heridas que le han de dar le sirvan de hilas y paños, y sirve todo esto no mas de aumentar pecados y ofensas del Señor, y al cabo sin provecho alguno. A un caballero andaluz habíasele huido un esclavo que tenia, y llevándosele á Argel algunas joyas de oro ó plata, en tiempo que los padres de la Santísima Trinidad venian de hacer un rescate, á quien pidió muy encarecidamente trajesen á España una carta á tal ciudad y tal barrio, porque importaba se diese á cierto caballero, á quien venia el sobreescrito. Los padres lo hicieron como lo prometieron, dando su encomienda: abrió

el dueño el pliego, y halló un capítulo que decia: « Hallábame con poca » salud en esa ciudad y con menos gusto; y así procuré de volverme á » mi tierra con algunas joyuelas de que tuve necesidad. Usted me per- » done, y si para algo fuere de algun provecho, no tiene sino em- » plearme en su servicio, á quien nuestro Señor, etc. De Argel y junio á » tantos. Ali Mahomet. » Leida la carta del fugitivo esclavo, paseándose el caballero con mucho enojo, con descompasados pasos, á voces, que lo podian oir en la calle, le comenzó á decir: ¡Ah, perro, si te cojo, y cual te tengo de parar que no te conozca la galga perra que te parió! Y el bueno del amo estaba en Castilla, y el galgazo en Berbería.

Cura. En verdad que estaban cerca los dos para tomar la venganza que pretendian.

Alonso. Señor licenciado, si por maldecir y por simples obsecraciones se hubiesen de remediar las cosas, y me volviesen lo hurtado, ó en algun tiempo lo esperase; verdaderamente, si puede haber disculpa, disculpa habria; pero que le deshagan, que le amortajen, ó que lobos le coman, ¿qué saco yo de aquello? A lo menos cuando me acierto á hallar en semejantes ocasiones, cuando oigo decir: La maldicion de Dios te caiga, arrastrado te veas, no tengas ventura en cosa que pusieres mano; como buen monaguillo respondo: Con tu pan te lo comas; si tuvieres que cenar, cenes; y si dispertares te levantes; y volviéndome á los maldicientes, les digo: Cada uno mire por sí, y abra el ojo, que estamos en tiempo que á vuelta de cabeza no hay cosa segura. El puerto de arrebatacapas es nuestra tierra, y de restituir ó volver lo ageno se usa ya muy poco: cartas de descomunion para gente depravada son de poco provecho, siendo como el rayo que hace ceniza la espada, dejando la vaina sin lesion alguna. Yo pues, sin maldecir ni poner excusa, dí toda mi ropa, hasta quedar en carnes; solo por la honestidad guardé una mantilleja, que me solia servir á mis achaques de estómago; y entónces la apliqué como paños menores, y aun estos no me quisieron perdonar, porque llegándose á mí otra gitanilla, me dijo: Muestra, muestra, que con ese paño abrigaremos la tripa de Antoñito que anda muerto de frio. No es de provecho, la respondí, porque aunque es paño, está muy viejo, roto y muy raido, sin ningun pelo. Como quiera que sea aprovechará, replicó la mala vieja, y sin querer aguardar mas respuesta ni excusa, me la quitó, deseando en aquel punto yo volverme algun salvage para que con el vello cubriese mi desnudez y deshonestidad; pero sin duda alguna, aquella desalmada mujer habia leido aquel cánon de Avicena, que dice: *Etiam in vilibus summa virtus inest.* Tambien en las cosas de poca estima y precio hay grande virtud. El mal de su hijuelo queria que se curase á mi costa, no reparando en el daño que á mí se pódria seguir.

Cura. Mal ageno del pelo cuelga, suele decirse: cada uno mira por su interes, y venga lo que viniere por su vecino.

Alonso. Conforme á eso, señor cura, me acuerdo haber sucedido un caso en un lugar de este reino, y fué que entró á comer en una casa de posadas un pobre caminante, y habiéndole regalado de lo que habia y él pidió, hecha la cuenta y pagado al huésped, á vuelta de cabeza le cogió

los manteles; y como si no hubiera hecho el hurto, llevándolos revueltos al cuerpo, y bien cubierto con su capa, se salió de la posada. El dueño, que no era nada simple, requiriendo la mesa, echó de ver la falta, siguió al ladron, y á pocos pasos dió con él. Quitóle la capa, dejando de manifiesto lo que buscaba; tratóle mal de palabra y aun de obra, dejando en rehenes algunas puñadas y coces, reprehendiendo su descortesía y atrevimiento. Mas á todos estos trabajos, con mucha humilidad, el afligido mozo respondia diciendo: No se maraville usted de este negocio, ni dé tantas voces por esta niñería, porque yo soy muy enfermo del estómago, y me han ordenado los médicos que me ponga á raiz del pecho una servilleta ó manteles nuevos: halléme los de usted á mano, y pareciéndome bien acomodados á mi propósito y necesidad, me los puse en el estómago, con que voy sintiendo un poco de mejoría. Pues, bellaco pícaro, ¿habíalo yo de pagar, ó mis manteles tenian la culpa de vuestro dolor? vengan acá, y agradeced que no os hago dar doscientos azotes. Yo los doy por recibidos, señor honrado, respondió el pobre hombre: entregó su hurto, y dió gracias á Dios de verse libre. Pero á mí no me iban sucediendo las cosas con tanta felicidad; ántes imagino que si me pudieran quitar las orejas para coserlas á Periquito ó Andresito, si les faltaban, ó para cuando se las cortasen, que no estaban muy seguras en mi cabeza: al fin, sin andar en pujas, me hallé sin mis alhajas en cueros. La noche iba viniendo, levantábase un airecillo fresco, con alguna niebla, que moderadamente humedecia la tierra, juntamente con mis pobres carnes, sujetas á tantas desventuras. Acordábame de mi pobre celdilla y abundante refectorio, y que por lo menos á aquella hora ya habrian tañido á recogerse los frailes á dormir, pues habian de levantarse á maitines, y el estado en que entónces me hallaba era el descanso y sosiego, para mí la muerte, remate y fin de todos los trabajos; esto consideraba, cuando oí al conde de mis contrarios, que daba grandes voces con Isabel para que aderezase de cenar; y mientras se adereza, se podrá quedar aquí si usted es servido; pues ya es hora de recogerse, y á mí tambien me faltan algunas devociones que suelo rezar ántes que me acueste.

Cura. Sea, hermano, como mandare; y para mañana en este puesto le aguardo, que aunque la casa es grande, como en efecto monasterio ó habitacion de caballeros, y cada uno estamos en nuestro cuarto tan apartado, ruégole que mañana tome trabajo de venirse á mi aposento, pues sabe será suficiente ocasion para gastarme mis melancolías, y divertirme de mis pesadumbres.

Alonso. Digo que haré cuanto usted me mandare, sin faltar un punto, y tenga memoria adonde quedamos con nuestra desgracia.

CAPITULO III.

Cuenta Alonso los trabajos que pasó con los gitanos, su trato y modo de vivir.

Cura. Quedamos, hermano, cuando queria cenar el conde de gitanos y daba mucha priesa que se aderezase.

Alonso. Así es verdad, que en ese punto lo dejamos anoche. Y así, á las voces que dió el legislador de aquella república, salió Isabel con media cabra, que segun entendí despues, la otra media se habia comido por la mañana hurtada, segun su costumbre, del hato de unos pastores que cerca de allí estaban; y no reparando en si era mortecina ó estaba manida, la puso en un asador de palo; y los unos y los otros, ayudando á traer leña, que la habia en abundancia, hicieron maravillosa lumbre, alivio para mi desnudez y remedio para mi frio. Asóse la cabra con brevedad, y sin buscar apetitosas salsas, en unos platos de madera fueron partiendo la carne los que servian de trinchantes; todos al rededor de una sábana, que sirvió en el suelo de manteles; la noche era oscura, mas no faltaba luz, por ser la lumbre del fuego bastante para alumbrar très veces mas gente que allí habia. Viendo que cenaban, apartéme á un lado por no ser convidado de por fuerza, cuando una de las gitanas, tomando del plato unas dos costillas, me llamó diciendo que tomase aquel poco de carne y pan, siquiera porque no pudiese decir mal provecho os haga. Agradecí el presente, que para decir verdad, como habia entrado en calor de la vecindad de la lumbre, ya se iba picando mi molinillo, y dándome fátiga la hambre, eché el diente á mis costillas, y con tener buena dentadura, no pude hacer mella, ni aun las pudiera quebrantar el mejor lebrel de Irlanda, segun estaban de duras; y mis compañeros, no reparando en galas, comian de su cabra ó cabron, como si fuera de una bien manida y gruesa gallina; y de cuando en cuando empinaban un cántaro de agua, porque vino no se usaba en aquella compañía, ni debia de llegar á tanto el gasto. Mirábamelos yo, y alababa al Señor, viendo que lo que yo no podia comer, era tan sabroso y agradable para aquella pobre gente; y que no echaban menos los regalados manjares de los palacios de los monarcas y príncipes del mundo; demas que con ser aquella una comida tan grosera y á tal hora, y la bebida no vino, sino agua salobre, desabrida, bastante tal sustento para que el mas robusto animal reventase. Así los viejos, como las mujeres y niños estaban fuertes con unas colores de rostro y vigor, con todas sus acciones, como si verdaderamente estuvieran de ordinario mirando por su salud, con particular vigilancia y cuidado, ó tuvieran delante de sus ojos para cada comida el *De victus ratione* ó el *Régimen salernitano*: echaba de ver ser verdadero el dicho del filósofo que dice que naturaleza con poco se contenta, *natura parvo contenta est*, y lo que decia Dióge-

nes, que si él tuviera pan y agua continuamente que compitiera con los dioses en felicidad y riquezas. Tardaron los hermanos gitanos una larga hora en su cena; y la mia fué tan breve, que no fué vista ni oida, por no haber sido mas de pan; porque aunque me convidaron á beber, no me atreví á probarlo, mirando por el individuo, sabiendo que el agua me habia de dar algun dolor de tripas con su demasiada frialdad, y no estar yo acostumbrado á beberla sin un poco de vino. Era ya mas de media noche cuando los compañeros se comenzaron á recoger: de ellos, arrimados á unos pinos, y otros sobre un poquillo de hato que allí tenian: yo que me veia cercado de tantas y tan varias imaginaciones, servia de vigilante centinela, acudiendo á la lumbre, y añadiéndola muy á menudo nueva materia, porque no se acabase, y sin su calor llegase yo á las puertas de la muerte. En este ejercicio estuve ocupado mas de cinco horas hasta que llegó la mañana, tan perezosa en dar su luz como de mí estaba deseada. Comenzó el aurora á derramar su aljófar, como si allí estuviera su simplon amante que hubiera de tener compasion de su llanto; entónces yo, algo mas consolado, viendo que ya se ausentaban las tinieblas, y que sobre el comun azul se iban matizando algunas colores, busqué con qué cubrir mis remojadas carnes, deparándome Dios unos pellejos de carnero, que vueltos la lana para dentro, con unas soguillas me fuí liando el cuerpo; de modo que podia pasar entre los que no me conocian por uno de los mas recoletos anacoretas ó por un san Onofre. Ya rayaba el sol los montes mas humildes cuando aquellos bárbaros fueron despertando, porque del modo que si durmieran entre algodon, y cubiertos con finísimas mantas, no les pudiera durar mas el sueño; providencia divina, que con no dejar poco ó mucho de llover mas de once horas, y estar todos sin cosa que pudiese darles algun amparo y defensa contra la inclemencia del frio, como si estuvieran en camas de campo, así estuvieron con tanta quietud y sosiego: verdad es que la costumbre en ellos ha hecho naturaleza, y sacarlos de semejante trato de vivir era quitarles la vida. Viéndome hecho un retrato del precursor Bautista, descubiertos los brazos y piernas, se comenzaron á reir de mí cuantos me miraban alabando mi industria; pues acomodándome con las cosas, daba muestra de la habilidad que tenia: mas de poco me pudo servir, porque una de las gitanas, dando muchos gritos, y amenazándome con algunas afrentosas palabras, me pidió que al punto me quitase mi nuevo vestido, porque aquel era el hato en que ella solia dormir, sirviéndola aquellas pieles de mullidos colchones. Ví que tenia razon por haberme hecho dueño de hacienda agena: despojéme al punto de aquel disfraz, quedando como ántes en pelota. Dos dias estuve de aquella suerte, y muchos mas fueran á no acertar á morir en aquella ocasion un gitano, que por estar muy enfermo y demasiado viejo, vino á pagar su acostumbrada deuda, á que se condenó en el punto de su nacimiento, siendo el primero que dió principio á morir naturalmente.

CURA. ¿Qué es lo que dice, hermano? ¿la muerte puédese evitar? ¿no es forzoso el morir á todo viviente?

ALONSO. Sí, señor, obligados estan los hombres á esta forzosa deuda,

despues del pecado de nuestro primer padre; pero, señor, esta gente *non sancta* muere en la horca lo mas ordinario, y cuando de allí escapa, es su sepultura la mar, por haber tenido por su habitacion y morada las galeras: ver el entierro y funerales exequias que sus mayores amigos hicieron á aquel pobre difunto, le prometo á usted, señor licenciado, que era de no pequeña consideracion: en parte para lastimarse, y por otra de mucha risa, viendo tan locas ceremonias y bárbaros ritos, tan guardados en semejantes ocasiones. Dos mozos hicieron un gran hoyo ó sepultura, donde dejaron metido, aunque descubierto, el cuerpo difunto, echando con él algunos panes y poca moneda, como si para el camino del otro mundo lo hubiera menester. Luego de dos en dos iban las gitanas, tendidos sus cabellos, arañando su rostro, y la que mas ensangrentadas sacaba las uñas, á su parecer cumplia mejor con su oficio; á la postre iban los hombres llamando á los santos, y principalmente al divino Bautista, con quien ellos tienen particular devocion, pidiéndole á gritos, como si fuera sordo, que socorriese al difunto, y le alcanzase perdon de sus culpas. Roncos ya de dar voces iban á echarle tierra; pero yo les rogué se detuviesen un poco mientras les decia dos palabras. Otorgóse mi peticion; y con la mayor humildad que pude, les dije semejantes razones: Este vuestro compañero es ya ido á gozar de Dios, que de su buena vida y muerte eso se puede esperar. Hase cumplido con vuestra obligacion, así en encomendarle al Señor, como en darle sepultura á su cuerpo, el cual que se entierre vestido ó desnudo hace poco al caso, y á mí, con lo que se ha de comer la tierra, me podeis remediar, dándome licencia, ya que me quitásteis lo poco que traia, para que le desnude y ponga sus vestidos, que si lo haceis remediais mi pobreza y desnudez, poniéndome en obligacion para que siempre me acuerde de este bien logrado en todas mis oraciones. Perecióles bien á todos lo que les dije, que no fué poco entre tantos no haber quien lo contradijese. Mandáronme que le desnudase, y yo obediente, le quité al muerto el vestido que tenia con que cubrí mis carnes, quedando en el traje, aunque no en la condicion y costumbres, como cualquiera de mis gitanos. El cuerpo volvíle á la sepultura, y cubierto de tierra, le dejé hasta el dia del juicio, que salga á dar cuenta, como cada uno de nosotros.

Cura. ¿Y él, hermano, quedóse con aquella compañía?

Alonso. Viéndome vestido, bien pudiera salir al primer lugar, buscando alguna comodidad en que entretenerme para pasar mi vida; pero consideréme en cuerpo, como gentilhombre, y que no sabia si aquel vestido era hurtado, y por ventura, por ser de color me le conocieran, que si fuera negro, quitara el ser tan ocasionado para dar conmigo en una cárcel: demas que si me detenia algunos dias con ellos, pudiera ser grangear alguna capa con que cubrirme, ó quitándosela á alguno de aquellos bienaventurados á vuelta de cabeza, que pues ellos me habian robado, seria ganar indulgencia, no porque yo fuese tan codicioso y avariento como aquel tirano de Siracusa, Dionisio; el cual, entrando en un templo, vió á uno de los dioses que la loca gentilidad adoraba, cubierto

con una capa de brocado, y llamando á uno de los sacerdotes, le dijo: Quitadle aquella capa á aquel dios, y ponédsela de bayeta que abriga en invierno, y es ligera para verano; y la que él tiene, llevádmela á mi palacio. Ni tampoco imitaba al otro frances, que codicioso de adquirir riquezas, ninguna dificultad ni trabajo se le ponia delante; pues hallándose un dia en un sermon del juicio, adonde un famoso predicador que decia á los oyentes el desgraciado fin á que ha de venir esta máquina y redondez de la tierra, las espantosas y tremendas señales que han de preceder ántes que se acabe la venida de aquel infernal dragon del antecristo, azote de la Iglesia, pues derramará mas sangre de católicos que pudieron verter todos cuantos tiranos emperadores ha habido desde que comenzaron á perseguir á los infieles, así ellos como sus adelantados. Referia los tesoros que habia de tener; el oro, plata, perlas y piedras preciosas, habiendo de ser señor de las riquezas que tiene en sí, no solo la tierra, sino tambien el mar; y que todo lo daria á los que le siguiesen, dándole adoracion, y teniéndole por verdadero Mesías. Acabóse el sermon, y en bajando del púlpito el predicador, llegóse á él el frances, y llamándole aparte, le preguntó, diciéndole: Padre, el que porta tanto argen, ¿cuándo venirá? Yo, pues, aguardaba mi ocasion, y tan en tanto rogué al conde me entretuviese con aquellos sus compañeros algunos dias, dándome por el servicio que hiciese alguna cosa conforme fuese su voluntad; pues no me faltaba entendimiento para ayudarles en el oficio en que me pusiesen. No le pareció mal lo que pedia, y llamando á un compañero suyo, hizo que me llevasen mas adentro del monte como un buen cuarto de legua, adonde estaban trabajando algunos gitanos, haciendo barrenas, trévedes, cucharas y tenazas: mi compañero dió el recado que traia al que allí servia de maestro en aquella herrería, y luego me entregó un mazo, de los que los herreros llaman mazo ó martillo grande de golpe, mandándome tuviese cuidado en el golpear, que no me encontrase con los otros que tambien servian en el ayunque de tirar el hierro; no fué menester conmigo segunda leccion, porque á dos dias podia competir con los mejores oficiales del cojo Vulcano. En este trabajo me entretuve algun tiempo, hasta que se labraron cantidad de piezas para poder llevar á vender por aquellos lugares.

CURA. ¿Y cómo iba de comer?

ALONSO. Eso, señor, por maravilla faltaba, porque algunos de los compañeros acudian á los lugares á traer pan, queso, tocino, carne de macho, por el dinero, y muchas veces sin blanca, pues en descuidándose alguna gallina, ganso, ternera ó lechon, aunque pesase cinco ó seis arrobas, era todo de mostrenco, aplicándose para los que estaban en espera de alguna aventura; de modo que algunas veces se comia muy regaladamente, y otras no tanto por andar los labradores, nuestros vecinos, con mas cuidado y diligencia de lo que habíamos menester; de suerte que como si vieran algun lobo en medio de su ganado, ó algun rayo que caia en sus panes, estando ya para segar sazonado y seco, ó cuando algun oscuro y tenebroso nublado, despues de espantosos y terribles truenos, sobre alguna abundante y ya madura viña, quiere arrojar crecido granizo,

no de otra suerte los escarmentados mozos unos á otros se llamaban, diciendo á grandes voces: Guarda el gitano, cierra tu casa, recoge esos pollos, que viene el milano.

CURA. Aun si la prevencion servia de algo, no andaban descaminados.

ALONSO. Del ladron de casa con dificultad se puede el hombre guardar, porque á vuelta de cabeza les hurtaban cuanto querian: ya el lienzo, ya las sayas de sus mujeres, lino, ó por lo menos alguna manta ó sábana de la cama: ¡oh cuantas veces me llevaron consigo algunas de las gitanas, que como al fin mujeres tambien tienen temor, y por aquellas vecinas aldeas entraban á pedir por las casas, significando su pobreza y necesidad, llamando á las mozas para decirlas la buena ventura, y á los mozos la buena suerte que habian de tener, pidiendo primero el cuarto ó el real para poder hacer la señal de la cruz! y con estas palabras lisonjeras, sacaban lo que podian, ya que no en dinero, por ser de ordinario mala su cosecha, en tocino, socorro suficiente para sus hijuelos y maridos. Mirábamelas yo, y reíame de la simplicidad de aquellos bárbaros, y á veces enojado, no me pudiendo ir á la mano, con mucha cólera, reprehendia su poco saber, pues daban crédito á tantas liviandades y fingidas razones, quedando tan contentas y satisfechas las que esperaban casarse, con lo que les decia la gitana, como si verdaderamente se lo dijera un apóstol.

CURA. Diga, hermano, ya que anduvo con esas mujeres, ¿por ventura saben algo? ¿alcanzan alguna ciencia? ¿ó sus pasados enseñáronlas algunas señales, para conocimiento de lo porvenir?

ALONSO. ¿Qué ventura puede dar la que siempre anda corrida, sin sosiego ni descanso alguno? ¿La que no sabe de su suerte, ni las cárceles en que por la mayor parte y de ordinario vienen á parar? que á saberlo, guardáranse, y estorbáran innumerables afrentas y trabajos, en que cada dia las vemos. Verdad es que por la comunicacion que tuvieron los Egipcios con los Hebreos, estando cautivos en el poderío de aquel endurecido rey, aprendieron de ellos, y tomaron conocimiento para muchas ciencias, sirviendo para esto, en el segundo cautiverio de los Israelitas, los libros que escribió aquel tan sabio como discreto rey Salomon; dejado aparte que Egipto es tierra muy aparejada para la contemplacion de la astrología, por no llover en ningun tiempo; pues para regarse los campos sembrados y árboles, dos veces al año sale el Nilo, y abundantemente los deja tan fértiles con su riego, que no hay necesidad de mas agua. De adonde con la serenidad del cielo, sin ningun nublado, ni pequeña nube que estorbe la claridad y luz del dorado sol, ni perturbe la de la plateada luna, estando las estrellas así errantes como fijas en su natural resplandor, tuvieron ocasion bastante para la contemplacion de los celestiales astros: pero estos nuestros gitanos, que en su vida vieron la mar, sino cuando los echan á galeras, que si las cumplen (y no pagan con el pellejo, que es lo mas ordinario) vuelven tales, que mas estan para un hospital de incurables, que para quedarse de noche al sereno: criados en un monte, adonde atienden mas á buscar de comer, que á estudios ni ejercicios de letras, ¿de qué lo han de saber? El vulgo novelero no solo los tiene por astrólogos, sino tambien por adivinos; de suerte que me acuerdo de una burla

que hizo una gitana en un pueblo donde yo vivia, para confirmacion de lo que digo á usted, y fué que como esta gente anda siempre mirando como podrá hacer mejor algunos de los empleos en que se ejercita; y en decir gitano parece que trae aparejada ejecucion, como cédula reconocida, hallándose en un lugar de este reino, se allegó á una casa donde halló sola á la señora de ella, que era una viuda moza, rica, sin hijos, y de buen parecer, á quien, saludándola primero, dicha la arenga que llevaba estudiada, no dejando mancebo, viudo ni casado, noble, galan dotado de mil gracias que no anduviese muerto por ella, la dijo: Señora, yo te he cobrado mucha aficion, y por saber que está en tí bien empleada la riqueza que tienes, aunque vives tan descuidada de tu gran dicha, te quiero descubrir este secreto: sabrás, pues, que en tu bodega tienes un gran tesoro; y para sacarle tiene gran dificultad, porque está encantado, y no se ha de aprovechar de él si no fuere víspera de san Juan: ahora estamos á diez y ocho de junio, y hasta veinte y tres, faltan cinco dias; tan en tanto allega tú algunas joyuelas de oro ó plata, y alguna moneda, como no sea de cobre, y ten seis velas de cera blanca ó amarilla, que para el tiempo que te digo, yo acudiré con otra mi compañera, y sacarémos tanta abundancia de riquezas, que puedas vivir con ella; de modo que te envidien todos los de tu pueblo. A estas razones, la ignorante viuda, pareciéndola que ya tenia en su poder todo el oro de Arabia y plata del Potosí, la dió bastante crédito. Llegóse el señalado dia, y fueron tan puntuales las dos gitanas, como deseadas de la engañada señora; y preguntada si habia tenido cuidado con lo que la habian encomendado, y diciendo que sí, replicó la gitana: Mira, señora, el oro llama al oro, y la plata á la plata; enciéndanse esas velas, y bajemos abajo, ántes que sea mas tarde, porque haya lugar á los conjuros. Con eso bajaron las tres, la viuda y las dos gitanas; y encendidas las velas, puestas en sus candeleros á modo de círculo, pusieron en medio un jarro de plata con algunos reales de á ocho y de á cuatro; unos corales con sus extremos de oro, otras joyuelas de poco valor; y diciendo al ama que se tornasen juntamente á la escalera por donde habian bajado á la bodega, puestas las manos estuvieron todas por un rato, como quien hace oracion; y diciendo á la viuda que aguardase, se volvieron á bajar las dos gitanas, haciendo entre ambas un coloquio, hablando y respondiendo á veces; mudando de manera la voz, como si en la bodega hubieran entrando quatro ó seis personas, diciendo: Señor san Juanito, ¿será posible sacar el tesoro que tienes escondido? Sí, porque poco os falta para que le gozeis, respondia la compañera gitana: mudando el habla en un tan delgado tiple, como si fuera de un niño de cuatro ó cinco años. Confusa la buena de la señora, estaba aguardando la deseada riqueza, cuando las dos gitanas llegaron á ella, diciéndola: Ven, señora, acá arriba, que poco puede faltar para que veamos cumplido nuestro deseo; y traenos la mejor saya que tuvieres en tu arca, ropa y manto, para que me vista y disfrace en otro trage del que ahora tengo. No reparando en el engaño que la hacian, la simple mujer subió con ellas al portal, y dejándolas á solas, fué á sacar la ropa que le pedian, cuando

las dos gitanas, viéndose libres, como ya tuviesen guardado el oro y plata que estaba depositada para el encanto, cogiendo la puerta de la calle, con ligeros pasos traspusieron el barrio. Volvió la engañada viuda con toda la ropa, y no hallando las que habia dejado en espera, bajó á la bodega, donde como vió la burla y hurto que la habian hecho, llevándola sus joyas, comenzó á dar voces y á llorar sin provecho. Llegóse toda la vecindad, á quien contó su desgracia, sirviendo mas de risa y burlarse de ella que de tenerla lástima; alabando la agudeza de las ladronas.

Cura. ¿Y cobróse alguna cosa de lo que lleváron?

Alonso. Una vez salidas de la puerta, ellas supieron ponerse en cobro, pues metidas en el monte no era posible hallarlas; de modo, señor, que estas son sus buenas venturas, su adivinar, el prevenir las cosas, el alcanzar los secretos de naturaleza, y el tener conocimiento de las estrellas.

Cura. La necesidad, hermano, es madre de la industria; y la pobreza es causa de mil ingeniosas trazas de vivir.

Alonso. A ese propósito le quiero contar á usted, señor licenciado, un caso que me sucedió á mí con un hidalgo de Sigüenza: andando yo en compañía de otros tales como estos engañadores, que en efecto no pudo dejar de pegárseme algo de sus agudezas y embustes, y no sé que se tiene esto de una mala compañía, que por la mayor parte aunque uno sea virtuoso, amigo de hacer bien, cortés, bien criado y recogido, viendo en su compañero con quien comunica y trata de ordinario todas estas virtudes al contrario mudadas y contrapuestas, ya por el amor que le tiene, ya por el mal ejemplo que se le pone siempre delante de los ojos, por la mayor parte viene á degenerar de lo que ántes era, y pervertirse; de modo que parece otro no habiendo quien le conozca: tanta es la fuerza de la mala compañía; yo pues aprendí á echar azogue en los oidos de los jumentos que habíamos de vender, limarlos los dientes, y arrancar algunos, como tuviese necesidad, volviéndole de ocho años, á tres ó cuatro; y lo que naturaleza era imposible alcanzar, ni poner por obra, siendo ya tiempo pasado; contra toda opinion de toda buena filosofía, yo lo alcanzaba por mi mucha sutileza; de modo que en tres meses que con ellos estuve, les hacia ventaja, pudiéndoles dar como dicen quince y falta; y ninguno ya se me podia igualar, preciándome de que se me pudiese dar dado falso.

Cura. ¡Oh qué buena gracia era esa para las señoras damas, á quien los años roban su hermosura, haciendo surcos en su frente y mejillas, y desportillando algunas almenas de su boca!

Alonso. Ya, señor, para eso no es menester cuidado ni diligencia alguna, pues el elefante les da su márfil, la casa de Meca paja, y la otomana su nombre y apellido. En efecto, señor, llegando un dia á un lugar con otro mi compañero, en ocasion que á un hidalgo le habian hurtado de un escritorio cantidad de dinero, y afligido andaba haciendo averiguaciones con la justicia, aunque las sospechas y mas ciertos indicios eran de los criados de la casa, á quien echaba la culpa de su hurto, viendo yo

acaso la grita y vocería que andaba en la posada, así del dueño como de los de su familia, entreteniéndome, sin ser llamado de ninguno de ellos, dije á voces: Por harto poco que á mí me diesen, dentro de doce horas podria decir quien tiene el dinero. Oyólo el señor de la posada, y hallándome, dijo: Si eso fuese así como decis, á trueque de vengarme de una traicion y atrevimiento, como se ha usado conmigo, prométoos, hermano, que os daria un ferreruelo y sombrero, con que anduvieses mejor puesto de lo que os veo. Yo lo acepto, le respondí, y si no acertare, con no darme nada poco se habrá perdido; y porque empecemos en nombre de Dios, llame usted á todos los criados de casa, sin que quede persona en ella que no se manifieste (dije al buen hombre), y él los llamó á todos, que en parientes y criados serian como veinte y una persona: y tomando yo otras tantas varillas de unos mimbres delgados, que pedí, del largor de media vara, las repartí entre todos, dando á cada uno la suya, diciéndoles: estas varas se me han de volver mañana á las diez del dia, y veráse en una de ellas un extraño prodigio, que si alguno de ellos de los que aquí estan fuere el ladron del dinero, la vara que volviere crecerá cuatro dedos mas que las otras; dejando señalado con esto al autor del hurto; pero si no estuviere entre los que aquí estamos, todas las varas serán iguales, y no se aumentará la vara del delincuente. Con esto se fueron los sirvientes llevando sus varas consigo, con presupuesto que el dia siguiente se me habian de volver á tal hora concertada, sin faltar ninguna de las varas. Fuíme con esto, y acudiendo al término señalado el dueño de casa, llamando su gente, vino con sus varas, pero no iguales, como las habia dado; y fué que una mozuela, pensando que habia de ser verdad lo que yo habia dicho de que la vara del ladron creceria cuatro dedos mas que las otras, remordiéndola su conciencia, y hallándose culpada, entró consigo en consejo, y echó la cuenta, diciendo: Esta vara ha de crecer cuatro dedos, pues bueno será ántes que me afrente quitárselos yo, y con lo que se ha de aumentar, vendré á estar igual con las otras: y así, por mi buena industria quedaré libre, y no seré conocida por ladrona; como lo imaginó, lo puso por obra; y dándome todos sus varas iguales, llegó la mozuela con la suya cuatro dedos mas corta que las demas. Miréla yo con mucha disimulacion, y díjela: Hermana, vuelve el dinero á su dueño, y no te acontezca semejante delito otra vez, porque no te afrenten. Coloreó la moza, y con poco aprieto, confesó su culpa. Volvió lo que habia tomado; quedó muy contento el hidalgo, y yo con muy grande opinion de adivino, siendo todo, como era, no mas de un poco de buen discurso, que como sucedió bien, pudiera engañarme, y quedar corrido: pero al fin salí medrado de un capotillo pardo y un razonable sombrero, con que volví á los compañeros, que sabido el caso se maravillaron de mi industria, pues ya sabia mas que todos ellos, haciéndolos ventaja en todo género de estratagema; de suerte que, ó por envidiosos de verme en algun aprovechamiento y mejor opinion acerca de nuestro conde, o que por aficion que me habian cobrado, uno de los amigos me llamó un dia, diciéndome: Alonso, si me ayudares en un negocio que tengo imaginado, no solo nos ha de ser para los dos de gran provecho, sino tam-

bien de buena fama y reputacion para con los vecinos de estas aldeas. Es el caso, has de tomar una bolsa, y pondrás en ella veinte reales, un poco de hilo negro, una aguja y dedal; y con esto te irás al lugar mas cercano; y preguntando por el cura, le dirás de este modo: Yo, señor, voy de camino, y con harta necesidad: hame el Señor deparado una bolsa, y aunque pudiera con el dinero que tiene remediarme, con todo eso, viendo que es ageno, no querria sino que su dueño se aprovechase de él, y se le vuelva; y para esto suplico á usted que en diciendo misa, lo diga en la iglesia, para que si alguna persona sabe quien lo ha perdido, dando las señas y sin hallazgo, se la pueda volver, que á mí cualquiera limosna que se me haga es muy bastante; y no quiera Dios que ningun género de codicia reine en mí, porque desde que encontré con ello no puedo sosegar. Tú eres ladino; hablas claro, y no siendo conocido, podrás hacerlo fácilmente; y yo estaré á la mira de todo, y cuando se ofrezca pregonar la bolsa, saldré yo, diciendo que es mia; daré las señas de lo que está dentro, entregarásmela; y lo que resultare por experiencia, lo has de ver fácilmente. Parecióme bien su consejo; dí el sí de hacerlo, concertamos el dia de nuestra obra, que fué un domingo de madrugada, que salimos los dos juntos de nuestro aduar para llegar con tiempo á una villa, que estaba dos grandes leguas de adonde teníamos la habitacion. Quedóse algo atras mi compañero, y yo solo entré en casa del cura; halléle acabando de rezar, para irse á decir misa; habléle cortesmente; propuse mi demanda con tanta retórica, buen lenguage y buenas razones, como quien la traia bien estudiada. Alabó mi buen intento, admirado de ver que, siendo pobre, necesitado y mendigo, teniendo en la mano la ocasion, no queria aprovecharme de ella, aun siendo lícito. Hablóme con mucho respeto, teniéndome en posesion de un santo: llevóme consigo á la iglesia, donde, despues de haber dicho misa, hizo una breve plática á sus feligreses, diciendo que el que hubiese perdido una bolsa, acudiendo á él y dando señas de lo que tenia dentro, la volveria, porque él sabia donde estaba: encargó á todos me socorriesen con alguna limosna, exagerando ser yo un hombre de los mas virtuosos y cuerdos que él habia tratado y visto en todo el discurso de su vida. Poníame por ejemplo para todos aquellos que usurpan haciendas agenas; pues no tomándolo, sino siendo hallado, caminando con pobreza, obligado á pedir, buscaba dueño, pudiéndolo ser lícitamente por algun tiempo, á lo menos, forzado con la extrema necesidad que padecia. Acabó con mis injustas alabanzas el buen sacerdote, cuando mi compañero entró por la puerta del templo, y alargando la cabeza, como que estaba escuchando lo que el cura iba diciendo, dijo á voces: Señor licenciado, esa bolsa es mia, y yo la perdí ayer en tal parte; tiene dentro un dedal, un poco de hilo negro y aguja, y tantos reales. Así es la verdad, respondí yo entónces. Veisla aquí, lleváosla, y Dios os haga mucho bien con ella. Tomó posesion el gitano de lo que era suyo, sin haber quien lo contradijese; y yo comencé á recibir de todos los oyentes largas y cumplidas limosnas, alabando mi fidelidad, buen trato y buena conciencia; negocio de mucha estima para nuestros tiempos. Valióme la fingida traza

setenta reales, ocho panes y comer con un regidor del pueblo, teniéndome todos los vecinos de él por un santo; pero tal hipocriton representaba yo: cabisbajo la cabeza, y ladeada, los ojos bajos, inclinados al suelo, voz humilde y ronca, los brazos cruzados y bien cubiertos con la capa, el paso corto y modesto, y la mayor parte del cuerpo inclinada á la tierra. Gocé de esta aparente santidad tres dias, y como ahogado al cuarto, me pareció ser justo volverme á mi antigua posada.

CAPITULO IV.

Sigue Alonso el mismo asunto, y cuenta lo que le sucedió en el monte, con otros raros y ejemplares sucesos, y como se fué á Zaragoza.

Cura. Harto mejor fuera estarse con ellos, ya que tan buenas obras le hacian; y pues tenia cobrada tan buena opinion, prométole que habia de tener buen pié de altar.

Alonso. No es negocio tan fácil como parece una fingida hipocresía; pues dejada aparte la ofensa de Dios, aquel cuidado continuo de andar siempre como en centinela, si le ven descompuesto en habla, vestido, comida; rostro alegre, entretenimiento, aunque sea lícito; aquel poner escrúpulo en lo que no hay en que reparar, macilento el color, inclinado ó amarillo ó pardo, penitente del infierno, aborrecido del cielo, adonde no es posible que le reciban: desvelándose siempre en agradar á los ojos de los hombres con una falsa apariencia de santidad, siendo en la soberbia y ambicion el mesmo Lucifer, no es para todos, ha menester el que la tuviere una diabólica traza; pero yo, señor licenciado, echaba de ver lo malo, y aunque de cuando en cuando deslizaba, y caia en mil trabajos y desventuras, tambien tenia mis lúcidos intervalos, con que procuraba evitar algunos pecados, recogiéndome á mas perfeccion y buenas costumbres: no las habia de hallar en el monte entre aquella buena gente; pero con todo eso me volví á mi antigua compañía, de quien fuí muy bien recibido, principalmente del señor conde, porque en mi ausencia habia dicho que le habia faltado su oráculo. Estuve en su compañía algunos dias, como en noviciado, aunque no se podia deprender cosa buena de semejante junta; pero á lo menos echaba de ver cuanto puede llegar al sufrimiento y resistencia de los hombres, pues en pariendo alguna gitana, tomaba la criatura, y en la mas cercana fuente la lavaba de piés á cabeza, dejándola mas limpia y pura que la misma nieve; no reparando en si hacia frio ni calor, ni la madre en meterse en el agua acabando de parir. Considerando estos monstruos, criados entre nosotros, daba gracias á Dios, que todo lo sustenta; y conforme la fuerza, da los trabajos. Apelaba luego para las damas cortesanas, á quien el mas delicado vientecillo las ofende, y á las criaturas de los prín-

cipes, criados como entre algodon y vidrieras, y no por eso menos sujetos á menores enfermedades, ni mas robustos, ántes por la mesma razon afeminados, de poco natural y de mas flaca complexion. Miraba entre ellos unos mozos robustos, de una fuerza y ligereza increible, inclinados solo al ejercicio de la herrería, ocupados en la fábrica de tenazas, martillos y barrenas, que no parece sino que el oficio en que tratan, corresponde con las obras en que se ejercitan, pudiendo arrastrar una pica en Flandes, y asaltar al mas torreado castillo de enemigos de guerra, siendo su vida una campal batalla, corridos, acosados, sin haber lugar que los quiera admittir, ni ciudad que no los aborrezca, como si no tuviesen la condicion y natural de la loba, animal de tal naturaleza, que estando parida nunca acude á los ganados que andan cerca de su cueva, sino á los mas distantes y apartados, que se apacientan por el monte. Yo, señor, aunque tenia tan mal ejemplar con lo que cada dia estaba mirando, no habia cosa que mas aborreciese; pues aunque malo, mi natural inclinacion me llevaba á que siguiese otra vereda y camino mas seguro, y no tan ocasionado para perderme; pues al cabo, quien anda de aquel modo en semejantes pasos, ya que se libre de un juez, no ha de faltar otro bien acondicionado de quien, por bien que salga, si no fueren azotes, serán galeras: así, señor, por quitar ocasiones, confuso, imaginativo y melancólico, un dia me metí por lo mas espeso del monte, si mal no me acuerdo, mas de una legua; y siendo ya casi al anochecer, vi arrimado á un roble un hombre muerto, que segun eché de ver, no habia muchas horas que le habian quitado la vida: lleguéme á él, aunque con algun temor, y víle muy bien tratado, el vestido nuevo de rico paño de mezcla, espada, daga y espuelas doradas, una cadena de oro al cuello, y en todo su trage, como que venia de camino. Miréle el pecho, y halléle con una mortal estocada: revolvíle á un lado, y mirándole la faltriquera, le saqué un bolsillo de oro con cincuenta escudos, sin otras monedas de plata. No hay mal que no venga por bien, dije entre mí, ni ha hecho Dios á quien desampare: pues esta desgracia buena ventura la puedo llamar. Miréle algunos papeles que estaban en los bolsillos de los balones, que leidos parecian ser billetes de desafío; y mirando la firma, parecian en los nombres gente principal, porque en Navarra y Valencia si no son nobles no se ponen don, donde colegí que aquel mal logrado mozo, por algunas pesadumbres que habia tenido, salió desafiado con algunos contrarios suyos, y como desgraciado, hubo de quedar en la estacada, y sin la vida.

Cura. Pues es verdad que por leyes del reino y motu propio de su santidad, estan prohibidos semejantes desafíos, y que si alguno muere en ellos, queda descomulgado, y como á tal se le niega eclesiástica sepultura.

Alonso. Así es verdad; pero la desdicha es que con la negra caballería todo se atropella como si se hubiera de ir á morir por quince ó veinte dias, y despues volverse á lo de ántes, y el alma propia fuese la de un vecino, ó se trajese por su alquiler, hasta tal jornada, ó la descomunion no fuese mas de veinte o treinta mil maravedis de pena: *Ubi ceciderit*

lignum, ibi manebit, adonde cayere uno, allí estará para siempre; no por un millon de años, sino por una eternidad de Dios, que es sin fin; pero el ciego no juzga de colores, y los hombres sin vista no reparan en su bien y vanse tras su mal; lastiméme del caso, y como á lo hecho no hay remedio, procuré el mio lo mejor que pude: tomé los dineros, y aplicándolos á mi servicio, puse la cadena debajo del jubon, y muy despacio fuí desnudando mi difunto, dejándole con algunos de sus vestidos, poniéndole á él algunas piezas que yo traia, con ánimo de hacer por su alma algunos sufragios, porque en efecto no era yo como aquel mal testamentario, á quien un amigo suyo le habia dejado cantidad de hacienda; y él, mas codicioso de los bienes que habian entrado en su poder, que del descanso y sociego del difunto, amonestándole sus deudos á que dijese misas, diese limosnas, casase huérfanas, favoreciese hospitales, y acudiese á otras obras de caridad, respondió: No es necesario lo que me pedis, porque ó está en el infierno, ó en el purgatorio, ó en el cielo, porque en el limbo no puede ser; si en el cielo, no tiene necesidad de ningun socorro, pues goza de los eternos bienes el que está con Dios: si en el infierno, no tiene remedio, pues el bien que se hace por el condenado, mas tormento es para él; si en el purgatorio, en parte está segura, y tarde ó temprano, pagando lo que debe, saldrá de aquellas penas al verdadero descanso: pero yo propuse firmemente de hacer por él, y prométole á usted, como buen hermano, que no hay dia que no le encomiendo á Dios, pues bien pudo ser darle Dios arrepentimiento para dolerse de sus culpas, y contricion bastante á alcanzar perdon de sus pecados.

Cura. Grande es la misericordia de Dios; rico le llama el profeta en ella; juicios son suyos, para él se queden; su majestad lo puede hacer; pero dígame, ¿es posible que con un espectáculo semejante tuvo ánimo para desnudarle, y ponerse sus vestidos, trocando con él lo que mejor le parecia del difunto?

Alonso. Señor licenciado, es tan comun y ordinaria la muerte, y tantos los que vemos cada diar irse de esta vida á la otra, que verdaderamente no parece sino que la hemos perdido el miedo. Aristóteles dijo: que de los males el mas terrible era el morir; pero á mí no me maravilló, como á nuestro primer padre Adan, que aunque le dijeron que habia de morir por la inobediencia y pecado que habia cometido, no sabía él qué cosa era muerte, no tenia de ella experiencia, hasta que vió al inocente Abel, hijuelo suyo, muerto á las manos del fratricida y maldito Cain, tendido en el suelo, quebrados los ojos, el rosicler de su hermoso rostro vuelto en pálido y aberengenado y lívido color; sin mover miembro alguno, y sin aliento, el que pudiera tenerle para mas de novecientos años, ó por lo menos quinientos; que así se vivia en aquellos dorados tiempos: ni tampoco dejé de proseguir con lo que habia comenzado, como les sucedió á unos convidados en Lacedemonia.

Cura. Holgaré de oirlo, prosiga, que con atencion le oiré de buena gana.

Alonso. En un regocijo que tuvieron unos ciudadanos de Lacedemonia, entre las fiestas que ordenaron, fué una en que hicieron un grande

convite, asistiendo á él la mayor parte de los nobles y caballeros de ella, y estando sentados á las mesas, mediada la comida, que fué no poca ventura no ser al principio de ella, porque no hubiese fiesta sin azar, entró por la puerta de la sala un venerable viejo, tenido y respetado en la ciudad por filósofo: traia sobre sus hombros un muerto, como suelen decir, aforrado en lienzo ó amortajado, y llegándose á la mesa, en medio de ella dejó caer el difunto, diciendo á voces: *Aspicite et comedite.* Ved el presente que os traigo, y comed luego. Fué tanto el horror y pasmo que causó en todos los convidados, que ninguno pudo alargar mas la mano al plato: tanta fué la fuerza de la consideracion de la muerte, entre aquellos idólatras; y para corregirnos, dice la Sabiduría: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.* Acuérdate de lo que has de ser, y no pecarás por mas ocasiones que tengas, y mas que el demonio procure derribarte: y aquella santa ceremonia con que entra la Iglesia nuestra madre cada principio de cuaresma, poniéndonos ceniza en la frente, á esta mesma razon va encaminada, diciendo: Mira, hombre, que eres polvo, y te has de volver en polvo; pero sucédenos lo que se cuenta de las Indias, del rio de la Plata; mas otro dia lo contaré á usted.

Cura. Bien temprano es, y con voluntad le escucho; prosiga con su cuento.

Alonso. Hay en las Indias un caudaloso rio entre los otros muchos que hay en ellas, que llaman el rio de la Plata, en cuyas márgenes se crian vistosos árboles de maravillosas frutas, sustento para los que habitan aquella tierra, y para los innumerables monos que se crian en aquellas riberas; los cuales jugando y saltando, andan de rama en rama de aquella vistosa y agradable arboleda, de quien nacen tan crecidas ramas, que muchas de ellas vienen á dar muy adentro del rio: los monos entretenidos en sus juegos, y descuidados del peligro y daño que les está amenazando, no saltan algunas veces con tanto cuidado que muchos de ellos no vengan á caer en el raudal de la corriente: el ímpetu del agua es grande; el lugar de adonde caen alto, anchuroso el rio: y así sin poderse valer, por mas que naden mueren ahogados: al ruido, los que quedan en los árboles, asoman las cabezas por ver lo que pasa, y como espantados, dejan el juego por un rato; pero despues vuelven á entretenerse, hasta que cae otro mono, verdadero retrato de nuestra vida. Cae en el rio de la muerte nuestro vecino, amigo ó pariente; espántanos el miedo de su desgracia, tiénenos por algunos dias la memoria de aquella desdicha suspensos, temerosos y melancólicos; pero al cabo de poco tiempo pasa por nosotros lo que por los monos, hasta que cae otro con que se refresquen las pasadas especies de la imaginacion. Podemos andar ya entre los difuntos, y no con aquel temor de aquel gentilhombre soldado, de quien se cuenta que habiéndosele muerto un grande amigo suyo, una noche se recogió en un aposento, y muy melancólico, comenzó á llorar su falta y desgraciada suerte, hasta que ya vencido del trabajo y cansado de su llanto, se acostó en su cama, dejando una vela encendida sobre un bufete, que en el aposento tenia; pero no hizo mas de meterse entre la ropa, cuando volviendo la cabeza, vió cerca de sí al difunto amigo,

tan macilento y descolorido, que le causó notable espanto; miráronse los dos, y sin hablarse palabra mas, echó de ver que poco á poco se iba desnudando, hasta quedar en camisa; y dejando los vestidos sobre el bufete, donde la vela estaba, se vino á la cama del amigo, y alzando la ropa, se metió con él. Temeroso el amigo vivo, no hacia sino retirarse, apartándose lo mas que podia, llegando á sí las mantas por enmedio, y casi sacando las piernas afuera, pero no de suerte que el difunto no le tocase con la una de las suyas, tan helada y fria, que le pareció haberle penetrado todo el cuerpo con aquella frialdad, bien como si entre gran cantidad de nieve le hubieran sepultado; y quejoso de la mala vecindad que le hacia, le mostró algun desabrimiento con enojados ademanes: y el muerto enfadado con la mala acogida que su amigo le habia hecho, sin despegar la boca se volvió á vestir; y sin despedirse, se salió del aposento, dejándole tan fuera de sí, que en muchos meses no pudo perder la turbacion que habia cobrado con la visita de su difunto amigo.

Cura. En verdad, hermano, que no me maravillo, y que de muy mala gana llevara yo semejantes visitas como esas.

Alonso. Razon tiene usted, que por animoso que sea un hombre, forzosamente ha de tener las cosas de la otra vida, y verificarse esta verdad en el suceso de aquel mal rey Baltasar, tan desalmado, sin razon ni término, que perdiendo el respeto á Dios en su fiestas y convites, se servia con los vasos del templo, dedicados al divino culto; y porque solo vió escribir unas letras en la pared de la sala donde estaba, dice el sagrado texto que del temor que recibió se le desencajaron los huesos.

Cura. ¡Tal era la sentencia que se le notificaba!

Alonso. No de menor consideracion fué lo que me acuerdo haber leido en la vida de los padres del yermo en esta manera: en Alejandría moraba un hombre de tan malas costumbres, que á imitacion de la hiena no solo se contentaba con robar á los vivos, sino que aun los muertos no estaban seguros de él en los sepulcros: pues como un dia viese llevar á la iglesia una mal lograda doncella, y en aquellos tiempos se acostumbrase enterrar los muertos vestidos, y la difunta fuese muy rica y sola en su casa, procuraron sus padres de que su adorno no solo fuese el mas curioso que se hubiese llevado, sino tambien el mas costoso y rico: notólo todo el codicioso ladron, y en viéndolo se juzgó por su dueño, pareciéndole que aquella presa imposible era escaparse de sus manos; y para esto aguardó á la mitad de la noche, cuando la gente suele estar con mayor silencio; y llevando consigo unas llaves falsas y una linterna, se fué solo á la puerta del templo, y abriéndola, buscó el sepulcro de la dama, que era como un sótano, á donde no reparando en la ofensa de Dios, ni en el temeroso acto en que se ponia, alzando una pequeña laude bajó por unas escaleras de piedra á un espacioso lugar, donde estaban depositados algunos cuerpos de otros difuntos, y entre ellos el de aquella señora; pero ya que llegaba al último paso, por no llevar con demasiado recato la luz de la linterna, ó por encontrar con la pared de la bóveda, ó algun aire que le dió de parte de dentro, al tiempo que bajaba se le murió la vela, y quedó á escuras: mas no por

eso el atrevido mozo dejó de proseguir su desatinado intento, porque volviendo á subir por sus escalones, se fué á la lámpara del santísimo Sacramento, donde habiendo encendido, se volvió á buscar su difunta dama, y comenzando desde los zarcillos, acabó con los zapatos y calzas que llevaba puestas, no perdonando jubon, saya, faldellin ni faja; y como viese que la camisa que tenia vestida era nueva y muy labrada, parecióle que no cumplia con su demasiada codicia si se la dejaba puesta; y no contento con la demas ropa que la habia quitado, la fué alzando la camisa; mas cuando la sacó las dos mangas descubriendo el pecho, la muerta doncella se sentó en el suelo, y asiendo al ladron de la mano, enojada le dijo: ¿Es posible, mal hombre, que no te contentáras con las riquezas que me habias quitado, sino tambien procuras quitarme una pobre túnica, con que cubria mis virginales carnes? ¿y el cuerpo que jamas ha visto hombre humano, has querido tratar tú tan indecentemente, no reparando en ser yo doncella, y de tan buena fama en toda la ciudad? pues sabe que el Señor por tu descortesía y atrevimiento quiere que no quedes sin castigo, y que yo tome la venganza de este delito: y diciendo esto, con los dedos le sacó los ojos. El desdichado sacrílego, ya que se vió (aunque sin vista) libre, temeroso de la humana justicia, ya que no de la divina, lo mejor que pudo salió de su suetano, y á tiento se vino á la puerta de la iglesia, y abriéndola, se fué á su casa, para llorar amargamente su pecado, llevándose de camino hartos golpes y calabazadas, así por el templo como por la calle.

Cura. Eso, hermano, misericordia fué de Dios no quitar á ese ladron la vida, y dejarle con ella, para que sin luz viese los malos pasos en que habia andado cuando tenia ojos.

Alonso. En efecto, señor, trocado mi vestido con aquel caballero, dí la vuelta por el monte, con harto miedo de no venir á dar con los contrarios del difunto mozo, y por desviarme mas de ellos, procuré meterme por lo mas espeso, á imitacion de aquel fugitivo frances, de noche por los caminos, de dia por los jarales, favoreciéndome la escuridad de las tinieblas, por ser el postrer cuarto del menguante, y haber sido algo húmedo, que no fué poca ventura para mí. Paréceme que debí de caminar, aunque con gran trabajo, cinco leguas, porque el temor es admirable posta, que no repara en nuevo socorro de otra compañera; y así todo se me hacia fácil. Amanecióme cerca de poblado, y por haber traido la capa del muerto, para no ser conocido, cogíla muy bien, y púsemela al hombro, como que venia de camino: que á llevarla tendida, y entrar cubierto con ella, pudiera ser que alguno la conociera, que segun era de desgraciado, esto y mas me pudiera suceder: entré en el lugar, fuíme á una tienda, compré pan y queso, comí un bocado, y tomando dos tragos de vino, proseguí mi jornada, teniendo por mas seguro, á costa de mis piernas, verme en el campo, que con sosiego y dormido en alguna cárcel, pues por si lo oiste ó lo viste, ó pasaste por allí, cuando el delito se cometió, aunque no tenga culpa, no muchos dias, sino meses suele tener de cárcel el pobre pasagero, y aun años, principalmente si no tiene favor de persona grave que hable por él: mi intento solo era lo

mas que pudiese alejarme de aquella tierra, porque, escarmentando de la prision que tuve en Valencia, en solo pensar que me habia de ver en otra refriega como la pasada, se me acababa la vida; y para esto determiné de seguir el camino de Zaragoza; informéme bien, para no errar; y confiado en la buena bolsa que llevaba, hallando á un carretero que iba al reino de Aragon, me concerté con él, y metiéndome en su carro, á pocas jornadas llegué á Zaragoza: pero ya, señor, es hora de recogernos; quédese aquí nuestro discurso hasta la siguiente noche, que yo tendré cuidado de acudir al servicio de usted, prosiguiendo con lo que me sucedió en Zaragoza el tiempo que en ella estuve.

CURA. Muy enhorabuena; como gustare estaré muy contento, vaya á buenas noches, y véngase mañana, que aquí le esperaré.

CAPITULO V.

Cuenta Alonso lo que le sucedió en Zaragoza, hasta casarse.

CURA. Quedamos, hermano, en el camino de Zaragoza cuando caminaba metido en un carro.

ALONSO. Buena memoria tiene usted, que así es como lo dice. En efecto, prosiguiendo nuestro viage, llegué en pocos dias á la ciudad de Zaragoza, llamada en otro tiempo Salduvar; y despues por Augusto César, que la ganó y fabricó sus murallas, César Augusta, de donde corrompido el vocablo de Augusta, se llamó Zaragoza, ciudad insigne, no tanto por la grandeza de su vecindad, pues son quince mil y mas sus vecinos, ni por la fábrica de sus casas y maravillosos edificios, ni por su famoso rio Ebro, en cuya maravillosa puente, hecha de piedra, caben juntos cuatro coches, siendo la mejor que se conoce en nuestra España, sin la otra puente de madera, que sirve como resguardo de la principal, para los carros, no por ser tan abundante en sí, que sin tener necesidad de otras ciudades, dentro de su tierra coge trigo, aceite, vino y seda, que no sin causa se llama Zaragoza la harta, la abundosa, la sobrada, la rica, no por tener como tiene tantos señores de título, condes, duques y marqueses, tantos caballeros y ciudadanos nobles, sino por ser el relicario y custodia de los innumerables santos mártires, que en ella padecieron, honra de la militante iglesia, y gloria de aquella venturosa ciudad, de quien se dice que el dia en que padecieron aquellos valerosos soldados de Cristo, como si fuera de un caudaloso rio, así iba corriendo la sangre por las calles; y tambien por sus dos catedrales iglesias: la una donde tiene la silla el arzobispo; y la otra á donde sobre aquel sagrado pilar la Emperatriz de los cielos puso sus virginales plantas, visitando á su sobrino y patron de nuestra España, Santiago; y por su grandioso hospital, pues tiene de ordinario mas de seiscientos enfer-

mos, que cura diversas enfermedades, y ochenta mil ducados de renta para regalarlos, y por sus estudios y doctísimas escuelas, donde se leen diversidad de cátedras de todas artes y ciencias, desde la gramática, retórica, artes, medicina, cánones y sagrada teología; siendo segunda Salamanca, en sus doctísimos doctores y catedráticos. Aquí, pues, llegué un lúnes de mañana, y habiendo descansado, aunque poco, en un parador, despedido y pagado mi carretero me fuí á buscar á una posada, que en Zaragoza las hay muchas y buenas. Encontré con una de una viuda, mujer de bien, y con razonable hacienda, aunque, segun hube de experimentar al cabo de tres años, era lo mas del marido muerto, y como tutora de dos hijos mancebos que tenia, estaba todo en su poder; recibióme con buena gracia, dióme un aposento con su llave, y en comiendo un bocado, me salí por la ciudad, buscando algun vestido para mudar el que traia, que era de camino, que no fuese de color, porque así pudiese mejor buscar alguna buena comodidad en que entretenerme. Llegué á la ropería, donde concerté un calzon de terciopelo, con su ropilla, un ferreruelo de raja negro, renovándome todo, desde el zapato hasta el cuello y sombrero, que como tenia buen fiador en mi bolsa, no reparaba mi ropero en darme cuanto le pedia, saliendo de sus manos mas galan que Gerineldos, mostrándose ya la cadena que traia sobre el jubon á vista de todos, representando con mi buena gracia y talle alguno los caballeros de mayor renta; dí un paseo por una y otra calle, poniendo todos en mí los ojos, con andar por todas partes diversidad de gente, mirándolos yo con rostro severo y grave. Ya serian como las tres de la tarde, cuando, volviendo la cabeza, ví un grande acompañamiento de señores, que llevaban á cristianar á un niño; metíme entre ellos; acompañélos hasta la iglesia; halléme presente á aquel santo sacramento, primera puerta de nuestra salvacion; y habiéndose hecho el bautismo, como no tenia que hacer, parecióme irme á la posada del infante, sirviendo de escudero, miéntras se pasaba lo poco que quedaba de la tarde. Póseme en procesion, cogiendo buen lugar entre todos, sirviendo de convidado, aunque no lo era, hasta entrar en una muy buena casa, al parecer de persona noble y rica, donde subiendo por una escalera, pasado un corredor entramos en una sala, donde en un estrado estaban aguardando á los demas que con nosotros venian algunas señoras que quedaron con la madre del niño. Hechas sus cortesías, dados sus parabienes, sentados ya todos, y yo que no rehusé la carrera, salieron cuatro gentileshombres, con sus fuentes y toallas al hombro, con el mas regalado y abundante refresco que ví en toda mi vida, sirviendo con diferencias de dulces, no una ni cuatro veces, sino seis y siete, requiriendo de cuando en cuando con el mas regalado y precioso vino que se coge en el reino.

Cura. Y el hermano que pasaba plaza de convidado, comeria y callaria como un santo.

Alonso. Prométole á usted que quien me viera me juzgara por algun duque ó conde: acabóse el refresco, levantáronse los huéspedes á dar las gracias á la señora parida y al señor de casa, y yo entre ellos, por

no ser ingrato al beneficio recibido, llegándome á despedir, les eché mas bendiciones que cuando se volaron, rogando á Dios que de allí á otro año, ó en mas breve tiempo, nos hallásemos en otra tal como aquella fiesta. Volví á mi posada regalado, y con sobra de confitura, tuve que guardar y que repartir entre los huéspedes, contando lo que me habia sucedido por mi buen comedimiento. Pasóse la noche, y madrugando el mártes, que como no tenia que hacer, ni en qué ocuparme no me hallaba, salíme á entretener por la plaza, para ver lo que tantas veces me habian contado, de las muchas cosas que en ella se vendian, así de frutas como de todo género de caza, á buen precio, que la demasiada abundancia les hace bajar gran parte de su valor. Considerélo, y hallé ser mucho ménos lo que me habian encarecido, de lo que yo hallaba por experiencia. Fuíme á oir misa, y habiéndome encomendado á Dios, queriéndome volver á mi posada, por ser ya cerca de las once, al punto que iba á salir por la iglesia, ví que entraban por ella como hasta treinta ó mas personas, muy bien aderezadas. Reparé, miré lo que era, y ví que venian acompañando una novia, al parecer persona principal, pues traia consigo gente de tan buena capa, y engolosinado yo de la buena suerte que habia tenido el dia ántes, y del refresco del bautismo, dije entre mí: Yo apostaré que como hoy en la boda con los demas convidados, acordándome de aquel cuentecillo de cierto mozuelo, que por la primera vez que echó mano á la espada, y hirió á dos de ellos con quien reñia, saliendo de la pendencia con nombre de valiente, cobró tanto ánimo que á cualquiera palabrilla que le decian sacaba la hoja, porque no se tomase de orin: así yo sabíame el camino, teníalo por cierto, quise probar ventura, y sacar el vientre de mal año, ahorrando la costa de aquel dia, no miré si era aciago el mártes, segun algunos alusioneros, como si para desgracias, ó cuando Dios es servido de enviar trabajos, fuese menester ser miércoles ó sábado, pues todo depende de la voluntad divina, y ni aun solo una hoja de un árbol se mueve sin particular providencia, por quien se gobierna, no solo las superiores causas, sino aun las mas ínfimas de la tierra.

Cura. Diga, hermano, ¿pues qué motivo tuvieron los antiguos para tener al mártes por desgraciado, y de poca ventura?

Alonso. Eso, señor, tomaron fundamento de los planetas, á quien la loca gentilidad tuvieron por dioses, señalando á cada uno su dia en que reinase, y dándole su nombre, como á la Luna el lúnes, el mártes á Marte, dios de las batallas, y á Mercurio el miércoles, pues como en las guerras de necesidad haya tan desastrados sucesos, muriendo en ellas los amigos de los deudos y los conocidos; de aquí tuvo principio el aborrecer el dia del mártes, evitando cuanto podian casarse en tales dias, ni hacer caminos, ni pretender cosas que deseaban: pues los que tenemos fé, y damos, como es razon, crédito á la verdad de las cosas, no hacemos caudal de semejantes agüeros, pues así al uno como al otro dia le crió Dios para servicio del hombre, y su buena ó mala suerte no es por él, sino por la determinacion del Señor, que á cada uno da aquello que mas le conviene para su bien y remedio. En el mártes aportó Dios las

aguas de la tierra, mandándola se descubriese y llevase fruto conforme determinaba : y no mirando al dicho comun, ni reparando en supersticiones falsas, y contra la religion cristiana, como rey católico, el rey don Felipe III, nuestro señor, de gloriosa memoria, en mártes se casó con la reina doña Margarita de Austria nuestra señora, en la ciudad de Valencia, y fué dichoso casamiento, dígalo la venturosa sucesion que dejaron a nuestra España, el notable amor que siempre se tuvieron, y la perpetua paz en que reinaron. Pero volviendo á nuestro propósito, dejé acabar la misa de los novios : asistiendo á los divinos oficios y sagradas bendiciones, como cada cual de los que le acompañaban, y al salir de la iglesia metíme entre todos, haciendo mi figura de buen escudero. Llegamos á la casa de la novia; la que estaba aderezada perfectamente, y como para boda. Ya era cerca de la [una, y aun hora de haber comido, segun mi antigua costumbre, y las ganas que tenia; aunque no se tardaron mucho en darnos de comer, llamándonos á una grande sala, adonde estaban puestas las mesas, tan bien aderezadas, limpias y curiosas, como para tales dias es necesario; sentáronse todos, y yo, aunque no tomé el mejor lugar, escogí un frontero de los novios. Sacaron sus principios, fueron sirviendo sus ántes, medios y postres, no dejando desde las perdices hasta los gruesos y manidos pavos, con tanta abundancia que pudieran comer otros tantos como allí estábamos, y aun hubiera sobra. Entónces yo hice de las mias, cogiendo el mejor bocado, sirviendo de trinchante á los novios, y regalando á otros que estaban á mi lado, hice dos ó tres brindis á la salud de la señora casada, y otro á la de todos los presentes. Mirábanme, y como no me conocian, unos á otros preguntaban : ¿Quién es este gentilhombre de tan buena gracia ? Respondiendo algunos : Sin duda que debe de ser deudo de la novia, ó pariente del casado, que ha venido de fuera á este casamiento. Escuchábamelos yo, mas no por eso dejaba de proseguir en mis liberalidades de bolsa agena, no perdiendo bocado que bien me estuviese; porque, señor, mozo vergonzoso no es para palacio, y los entremetidos y habladores hacen maravillas, buscan vidas, ganan de comer : encogidos, tímidos y que no saben arrojarse al turbion de aventuras, mueren de hambre; y así por no ser uno de ellos, procuraba animarme, sacando fuerzas de flaqueza, aunque si va á decir verdad, lo que comí me pudiera bastar para dos dias. Vinieron postres, alzáronse las mesas, diéronse gracias á Dios, y á los convidados se pidió perdon del poco regalo : y despidiéndome yo con mucha cortesía, se quedaron mirando unos á otros, sin saber qué decirse de lo que conmigo habia sucedido, sin haber persona que me conociese, ni entender quien me hubiese traido á la boda : pero al fin yo procuraba valerme de mis trazas, y no solamente estas dos veces, sino otras muchas, me hallé en diversas fiestas y regocijos, que como iba tan bien puesto, y mi cadena de oro al cuello, teníanme todos por mas de lo que era, y pasaba plaza de algun caballero de los nobles de Zaragoza : porque, señor licenciado, no sé qué se tiene esto de andar uno en buen hábito, y mas en lugar que no es conocido, porque de ordinario le juzgan conforme viste, y así yo procuraba miéntras podia andar á lo bi-

zarro, presumir en galas, pisar á lo grave, hablar mas de lo que era menester; y sentarme, ya que no en el mejor lugar, en el que mas á propósito me parecia para mi comodidad y sosiego. No hay secreto en esta vida, señor licenciado, ni cosa fingida que pueda permanecer: experimentélo en mí propio, pues, como hablador, por haberme alabado de los sucesos que habia tenido con unos huéspedes de la posada, no hice mas de apartarme de ellos, cuando, como si fueran pregoneros, no quedó persona á quien no lo dijesen, y de modo que de allí adelante fué necesario retirarme á casa, porque no me señalasen con el dedo por las calles por donde me paseaba, diciéndome hasta los muchachos: Veis al de la cadenilla, estas manchas tiene, no hay boda ni banquete donde no se halle, amigo de buenos bocados debe de ser, echadle calza, no se nos pierda de vista tan buen pollo. *Secretum meum mihi*, dijo el filósofo: mi secreto para mí ha de ser, y si yo no callo, ¿qué maravilla es que otro lo diga y descubra mis faltas, ni tenga ley ni fé con quien no supo tener prudencia, teniendo edad para poder encubrir sus defectos? Acuérdome que, siendo mozuelo, ántes que los moriscos saliesen de España, estando un dia en un cigarral de Toledo, entreteniéndome con unos muchachos morisquillos, les pregunté: ¿Cómo os llamais, para que de aquí adelante no ignore vuestro nombre cuando os hubiere de nombrar? El muchacho, con la simplicidad de criatura, me respondió: ¿Cuál nombre me pregunta? ¿el de la calle ó el de la casa? Yo que oí semejantes razones, eché de ver que no era sin algun misterio la respuesta, y le dije: ¿Pues cómo, dos nombres tienes? por tu vida que me los digas entrambos; y el niño entónces, sin hacerse mucho de rogar, me dijo: Mire, señor, en casa me llamo *Hamete*, y en la calle *Juanillo*: pero que este publicase quien él era, lo mal que sus padres le doctrinaban, la mala secta en que vivian, y la pertinacia de sus errores, no era maravilla; era de tierna edad, sabia poco, decir tenia cuanto supiese, lo suyo y lo ageno. Mas una persona como la mia, mas que primera, cargado de años, que con quitarme á menudo la barba, disimulaba ser ya pasante, ¿porqué habia de ser hablador, ni en mi perjuicio, ni en el ageno? pues en lo uno es poca discrecion, quitándome la honra: y en lo otro es pecado, que con las riquezas que tiene el mundo, no lo puedo pagar, siendo como es de mas precio el buen nombre que las palabras, oro ni plata. *Melius est bonum nomen quam divitiæ multæ*, dijo el sabio; pero á lo hecho enmienda, y punto en boca, y pues puede un hombre comer para un dia entero, y tiene estómago para digerir mantenimientos de sustancia gruesa, que aun el fuego material parece que hiciera mucho en cocerla, porque no guardará en sí una palabra, cosa tan fácil y llevadera que en solo cerrar los labios, siendo como es materia de viento, se disimulan y encubren infinitos daños. Yo, pues, para evitar los que habia cometido, encerréme por algunos dias en la posada, no saliendo de casa, sino ya de noche ó muy de mañana, cuando con mas sosiego estaba la gente. Con esta traza me fueron dejando y olvidándose la matraca que me daban; quitéme la cadena, que era como señuelo para que me mirasen. Dí en andar no tan á lo grave y señor. Sucedióme con esto lo que á una señora viuda y rica;

la cual como no tuviese heredero, y estuviese aficionada á un criado antiguo de su casa, mozo, hombre de bien y de buenos respetos, determinó de hacerle dueño de su hacienda, casándose con él. Y para esto, llamándole un dia, le dió cuenta de su determinacion, y del amor que le tenia. El mancebo, reparando en la demasiada desigualdad de ama á criado, del no tener á verse en prosperidad y grandeza, turbado con tanto bien, como otros con mucho mal, procuró agradecido estorbar el intento, significándola con muchas razones eficaces lo mal que parecia á cuantos la conocian y trataban, el ver que ya que mudaba de estado, escogia por marido á un hombre, á quien ella le habia levantado del polvo de la tierra, pudiendo acomodarse una mujer de tantas prendas, hermosa, moza y rica, con persona que la estimase, siendo á gusto de todos sus deudos, á quien tenia obligacion de respetar, siendo, como era, de lo mejor de su pueblo. Oyóle la viuda, y díjole: Bien dices, quédese por ahora, y quitemos todo género de murmuracion, y saca el macho del malogrado de tu amo, échale unas aguaderas, en que puedas traer toda el agua que fuere menester para casa. El criado hizo lo que le mandaba, y acarreando el agua con el macho, admirábanse los vecinos, reprehendian el mal tratamiento de una bestia de tanta estima, pues la empleaban en el trabajo que era propio de un jumento. Preguntábale la señora al mancebo, ¿qué oia decir por la ciudad del nuevo ejercicio de aguador? y el mozo apesarado la respondió diciendo: Oigo tanto que me pesa del mal nombre que usted ha cobrado con el vulgo, pues tiene en poco una joya que tanto estimó mi señor, que esté en el cielo. Mas la dueña riendo le volvió á mandar que prosiguiese en el nuevo oficio, y no le dejase. Pasáronse algunos dias en que le volvió á preguntar qué se decia ya: si se acordaban del mal gobierno de su casa, del poco cuidado de su hacienda y poca estima de su macho, en algun tiempo tan regalado de su dueño. Ya, señora, respondió el criado, como cosa comun y ordinaria, aunque me ven, no hay quien me diga nada, ni se acuerdan del macho, ni de su amo. Pues así será mi determinacion; bien puedo casarme, que el decir durar puede cuando mas ocho ó quince dias, y despues con el tiempo se olvidará todo; como á mí me sucedió, que en retirándome de no andar por algunos dias, y en mudándome de vestido, como si tal no hubiera pasado, así no hubo de mí memoria. Frecuentaba mis paseos por aquellas tan anchurosas calles, por donde sin estorbarse por algunas de ellas caben juntos seis coches, y de mis paseos no dejé de sacar algun fruto, pues por ser de buen talle, razonable rostro, algo aseado y lucido, no faltó quien pusiese en mí los ojos.

Cura. ¡O pobre de mi hermano! ¿y en eso habia de venir á parar en enamorado?

Alonso. No, señor, mi aficion fué lícita, santa y buena, pues fué enderezada para matrimonio, primer sacramento en el mundo, y tan necesario, que en él se aumentan los hombres, y se ocupan las sillas que perdieron aquellos soberbios y desobedientes espíritus. Bien es verdad que no habia cosa que mas aborreciese que casarme, y que pudiera decir con el otro poeta en su romance:

Aquí de Dios que me casan :
Malos años, no hay justicia.

Pero echando de ver que casarse era como ir á las Indias, que unos vuelven ricos y otros sin blanca, y no sabia cual de estos habia de ser, conforme á lo del filósofo : *Uxorem duxisti, navigasti*, hasta casado, entrado has en el mar, y como en ella se levantan cuando muy quieta está las olas que llegan á las estrellas, y las combatidas naves, levantadas en montes de agua, unas veces llegan á las nubes y otras veces bajan al centro de la tierra; así los pobres casados padecen innumerables fortunas, dificultades y trabajos : y el otro jurisconsulto, encareciendo las miserias de los que navegan, propio retrato de los que se casan, dijo : *Navigantes, neque inter vivos, neque inter mortuos connumerantur, sed et aliud genus hominum.* Los que pasan el mar, ni se cuentan entre los muertos, sino que son otro género de hombres, que estan tan cerca de la muerte como de la vida. Petronio Arbitro, poeta, aborrecia el casamiento, de suerte que en sus versos dijo :

Pessima res uxor poterit tamen utilis esse,
Si breviter moriens det tibi quidquid habet.

Terrible es la mujer casada, y podrá ser de gran provecho, si muriéndose dentro de pocos dias le dejare por heredero de su hacienda. No ignoraba, señor licenciado, la excelencia y mejoría de estado que tienen los religiosos y los que conservan la limpieza y virginidad de sus cuerpos, semejantes á los que asisten con el Cordero celestial; y que el estado del viudo es mas perfecto que el de casado; pero para el flaco y que no quiere conservarse con tanta perfeccion, como dice el predicador de las gentes san Pablo : *Melius est nubere quam uri*, mejor es casarse que quemarse, así yo, no sé por cuales respetos, interviniendo algunos amigos que de mi posada se me llegaron, vine á mostrar alguna aficion para mudar nuevo trato de vida : y para esto, como hubiese oido que cerca de mi casa vivia una viuda rica, de mediana edad, no tan hermosa como la fundadora de Cártago, ni tan servida ni codiciada como Policena, me determiné de mi parte se le diese un recado, ofreciéndome por su servidor y verdadero amante, con debido contrato de matrimonio : no se descuidaron los casamenteros, pues como personas cuidadosas, y que me hacian merced, en solos dos dias me llevaron á vistas.

Cura. En verdad, hermano, que me ha de contar las gracias de la señora novia, que pues la noche es larga, entretenernos hemos en su visita.

Alonso. Tan presente la tengo en la hora de ahora como cuando Dios la tenia en este siglo, y así me costará poco el cansar mi memoria en lo que usted me manda. Era mi bien lograda mujer pasante en edad, de razonable cara, aunque con algunas arrugas, surcos de los años sesenta y dos que tenia, desmoronadas las almenas de la boca, con cuatro ó seis

portillos, que se divisaban no demasiado, por un poco de bozo con que se cubrian, aunque no bastante al disimulo de dos grandes colmillos, que salian afuera: anchurosa la frente, razonable nariz, buenos ojos, pero corta de vista: no muy alta de cuerpo, ni muy baja: para su cabello no eran menester trenzados, porque de una enfermedad ó corrimiento me dijeron no le habia quedado cañon en su cabeza y toda ella era de modo que á llamarse Marina se pudiera decir por mi mujer aquella letrilla que compuso un poeta de otra novia, cuando la llevaban á la iglesia:

Movéraos Marina á risa,
Sirviendo de juguetillo,
Pues la llevan de un colmillo,
Cuando sale novia, á misa.

Con sus tachas, buenas ó malas, acepté con su envite, y no me descontentó por parecerme que era de buen entendimiento, por las pocas y buenas razones que me dijo; que si de edad mas que suficiente, consideré que era lo que á mí mas me convenia, llevando mujer que me aconsejase de gobierno, y para mi regalo la que habia menester, sin andarme á domar potros, mozuelas de todo el dia en la ventana, edad codiciosa de ser vistas, desproporcionada para una persona como la mia. Habiendo dejado á una parte el año climatérico, ayudando mi buen propósito verla con casa de suyo, bien alhajada, y con oficio de comadre, que por lo menos en una ciudad como Zaragoza, teniendo el crédito que tenia, era forzoso ganar de comer para todos, y salir con su industria mejorado: mostréme el rato que con mi viuda estuve mas elocuente que el griego Demóstenes, mas amoroso que Macías, y mas derretido que un portugués, lance forzoso de los dias primeros del noviciado. Despedíme de mi señora, concertando el dia de nuestro desposorio, que con los amigos que se me allegaron, aunque extrangero, se pudo negociar fácilmente, alegando todos ser soltero, conocerme por hombre de bien, buen cristiano, temeroso de Dios y de buena conciencia. Con esto tuvo efecto lo que pretendia, y con la brevedad posible me desposé y recibí la bendicion de nuestra madre la Iglesia, celebrando mis bodas con el regocijo y contento que puedo encarecer á usted, pronosticándome para adelante una vida quieta y sosegada, y de mucho descanso.

Cura. Gracias á Dios, hermano, que salió de con amo, y que le veo ya señor de su casa, rico y de buena ventura.

Alonso. Engáñanse los hombres, y prométense vida cuando estan á las puertas de la muerte, conforme á lo que escribió un poeta en cuatro versos:

¡Del prometer al cumplir
Qué leguas hay de distancia,
Y qué de cosas se esperan
Con engañosa esperanza!

Trocóse la suerte, y ántes de acabarse el pan de la boda, empezaron

mis nuevos trabajos y desventuras : descubrió la hilaza mi señora mujer, y dió señal de quien era; no trató verdad conmigo, pues no contentándose con ser viuda, vieja y con dos hijos, mayores que su padre, que en sabiendo la mudanza de estado vinieron de veinte leguas donde residian, para quedarse en nuestra compañía, que á dos por tres, por una palabra que la hablaba, nunca pisada serpiente del descuidado y tosco pié del labrador grosero volvió con mas ira, meneando la ponzoñosa lengua, como la víbora de mi compañera, dada para purgatorio de mis grandes culpas, se volvia para mí, de suerte que si la pendencia empezaba á las seis de la mañana, habia de durar hasta las seis de otro dia, porque se cumpliesen las veinte y cuatro horas, y no quedase falto el término por su ocasion. Mírase en el dote, en la nobleza, en la hermosura, en si es sana ó enferma una mujer, para casarse ó meterse monja, y no se repara en los dotes del alma, en la discrecion, en las costumbres, en el buen natural, en el ser afable, bien acondicionada, honesta, recogida y que no haya de ser verdugo del desdichado que la ha de llevar. Riquezas, bienes temporales, honras y nobleza, herédanse de los padres, mas la buena mujer dice la Sabiduría que es don de Dios: *Honores et divitiæ dantur a patre, uxor autem bona a Deo. In manibus tuis sortes tuæ*, dice el profeta; en tus manos, señor, está mi suerte, y quien la hubo buena, estima su dicha, y quien no, tal indulgencia tendrá de sus pecados, si pacíficamente sufriere lo que sufrí, lo que padecí y lo que llevé, sin darlo á entender á mis vecinos, que como no habian de remediar mis desdichas, callábamelas yo, y disimulaba, cerrando la puerta de mi casa, diciendo lo que el otro santo afligido ayunque en sufrimiento, de miserias y desventuras : *Hæc quæ patimur peccata nostra meruere.* Si padezco persecuciones y trabajos, pecados son mios, bien lo merezco. Verdad es, señor licenciado, que si quisiera presumir de valiente y arrojado, no me atreviera, por temor de los dos alanos que tenia á los lados, dos mozotes, que el que menos tenia pasaba de veinte y cinco, para decir y hacer de modo que eran tres al mohino, y yo como buen Juan habia de sufrir y callar. Acordábame de un manchego recien casado, á quien deparó Dios una compañera, bien semejante á la que yo tenia, que habiéndole contado los casamenteros su vida y milagros, en desposándose, que se desposó, la miró la cabeza y brazos, y preguntándole ella qué ceremonia era aquella, la respondió : Me han dicho, señora, que es usted muy mal acondicionada, y que á pesadumbres quitó la vida al otro marido, y hallo por mi cuenta que es testimonio que la levantan, pues con haber poco mas de quince dias que enviudó, no tiene señal en el rostro, ni cicatrices en la cabeza; el brazo está entero, y yo no hallo lesion alguna, de donde colijo que debe de ser usted una santa, que á ser tal como me dijeron, y tan desabrida de condicion, no era posible, sino que alguna vez saliera de madre el pacífico marido mi antecesor, dejando impresas algunas señales de su cólera. Y palabras fueron estas de tanta eficacia para la recien desposada, que en cuanto duró su matrimonio nunca tuvo pesadumbre con su marido, temerosa de lo que al principio le habia oido decir.

CAPITULO VI.

Prosigue Alonso contando lo que le sucedió en el matrimonio, hasta que enviudó.

Cura. No me parece bien semejante trato, que ha de ser verdugo de su mujer el hombre casado, ántes la ha de amar, respetar y querer, que el andar de otro modo es de gente bárbara, sin Dios, ni ley ni razon: y que el que se casa no recibe á su mujer por esclava, sino por su compañera, alivio de sus trabajos, consuelo de sus penas, y medio eficaz para el fruto que se consigue del matrimonio.

Alonso. Así es verdad que jamas me pareció bien el jugar de manos, el mal tratamiento, el hablar con descortesía, y el mal decir á los casamenteros: dejado aparte que es de gente ruin y baja usar de semejante término, como si ellos tuvieran la culpa de sus pesadumbres. Pero, señor, el medio que tomaba para estorbar algunos daños que se suelen seguir de demandas y respuestas, era tomar la capa y salirme de casa, siguiendo el consejo del sabio: *Date locum iræ*, dad lugar á la ira, dejad pasar aquel primer ímpetu, y no encendais mas el fuego de la cólera. Hacíalo así el filósofo Sócrates, el cual como estuviese casado con una víbora, en figura de mujer, un dia fueron tantas las voces que dió, y palabras descomedidas que dijo al pobre marido, que por evitar algun descendimiento de manos, tuvo por bien de bajarse al patio, y dejarla decir hasta que se cansase. La desbaratada mujer, no contenta con lo que habia dicho y hecho, viendo el poco caso que Sócrates hacia de ella, y que estaba al cabo de la escalera, tomó un caldero lleno de agua, y echósele encima. El buen hombre, en lugar de tomar venganza de semejante atrevimiento, riéndose la dijo: Ya yo me espantaba, señora, que dejaba de llover habiendo atronado tanto.

Cura. Ejemplo fué ese para los maridos impertinentes que ahora se usan, para los que por liviana causa ponen á sus mujeres como á las hijas del Cid, para los holgazanes que procuran que ellas trabajen cuando ellos se pasean, teniendo obligacion de sustentar su casa con su trabajo y sudor, cuando no tienen renta con que poder hacerlo.

Alonso. A ese propósito me acuerdo haber oido decir de un bellaco mal acondicionado, que por liviana ocasion que la pobre mujer le daba, llegándose á ella con amorosas y fingidas razones, con voz alta, de suerte que sus vecinas le oyesen, la decia: Válgala Dios, hermana, ¿no callara y mudara esa mala condicion que tiene? Y con esto la daba un pellizco, que la dejaba fuera de sí con el dolor que sentia. La pobre casada pedia justicia al cielo de sus agravios, favor á sus vecinos, que culpaban sus gritos, oyendo las buenas palabras del taimado marido, alabándole por un santo, y á ella teniéndola en reputacion de una mujer in término, corazon ni entendimiento.

CURA. Ahora dígame, hermano, ¿de qué modo empezó á llevarse tan mal con esa señora? ¿qué principio tuvo? ¿qué ocasion la dió?

ALONSO. Dos capítulos me puso, y con lo que mas procuró, entre otras cosas, para hacerme cargo, fué el decir que era yo desabrido, desamorado, seco, sin jugo, y que no la mostraba el amor que ella quisiera.

CURA. En esto razon tenia.

ALONSO. Ya los tiempos no corren como solian: las ternezas y azucaradas razones son propias de desvanecidos poetas, que no dejan diosa, sol, luna, estrella, aurora, clavel, ni azucena, que no los comparen con sus damas: van al mar, sacan las perlas para sus dientes, y estiman en poco el oro de Arabia para compararlo con sus cabellos, como si no pudiesen tener liendres, y de en cuando en cuando criar otras sabandijas. Hacia burla de un aficionado poeta otro, que aunque lo era, no lo estaba, y con una redondilla le dijo, dándole matraca:

Venturosa fregoncilla,
Pues mereció cada hora
Ser llamaba bella aurora,
Siendo moza de zorrilla.

Llamar corazon, alma, vida y paraiso un hombre á su mujer, señor licenciado, bien se ve que es mentira: yo, como persona amiga de verdad, nunca pude inclinarme á semejantes razones: y para bien de paz la rogué que se contentase con ser señora de su casa, con ser la regalada, la querida, y con esto aun no estaba alegre, señal ciertísima y patognomónica de su mala inclinacion. Yo, señor, de mi natural era encogido, nada desenvuelto, y pedirme mas que sí ó no era pedir peras al olmo, retrato verdadero, si no era el original, del Macías, que, enamorado de una ninfa, por quien andaba muerto, quejándose de su ausencia, y desfogando el pecho del incendio en que se abrasaba, adquiriendo nuevo espíritu que le alentase, suspirando dijo:

Suspiro, ve á Magdalena,
Vete á Magdalena, y dile
Que si está hilando, que hile,
Que hile muy enhorabuena.

No topaba aun en esto solo el estar conmigo tan desabrida mi mal acondicionada consorte, sino que deseaba que me ajustase yo tan á su gusto, que no hubiese mas de un querer, una voluntad con la suya; de modo que de dos sugetos quedase propiamente en solo uno, sin haber division, siendo impertinencia lo que me pedia, como en otras cosas tenia de costumbre.

CURA. Diga, hermano, ¿qué era?

ALONSO. Como ella era viuda, del pasado marido tenia guardados unos jubones, tan al gusto, que habia de ser el que se los pusiera tan parecido á los sayones que se solian pintar en el martirio de algun santo: y con

este gentil aderezo queria que saliese yo á dar que reir por la ciudad, y que me corriesen los niños : dióme un dia un sayo tan cumplido de guarnicion, tan corto de talle y ancho de manga, que se debió de acordar de él, y de lo guarnecido, un poeta cuando dijo el aderezo con que salió una novia mal aderezada.

La guarnacion era tal,
Que entiendo que el oficial,
Al tiempo que la cortó,
Sin duda que imaginó
Que era para algun frontal :
Muy labradas á carreras,
Las mangas y tan groseras,
Que cuando se descogian,
Con el viento parecian
Dos grandísimas banderas.

Procurarla yo meterla por camino, era como predicar en desierto, diciéndola : Advertid, señora, que ya se pasó el tiempo del conde don Peranzules, y que nuestra España de cada dia usa nuevos trajes, no bastando pragmáticas y provisiones para remediar tan innumerables gastos, sacando cada uno nueva traza, nuevo modo de vestir, no mas de como le pasó por la cabeza, imitándole todos, como á verdadero restaurador de las galas, y de mayor curiosidad, ya perdida en el mundo. Usa el italiano, el frances, el flamenco, el ingles, el turco, el indio, desde que tuvo principio su nacion, de una misma forma de vestido, sin haber mudado el uno ni el otro el turbante, y solo el español es variable, no habiendo camaleon que así mude de colores, como él de trajes y diversas hechuras, que esta debió de ser la ocasion que tomó el otro pintor, que retratando todas las naciones, á cada una la fué vistiendo con el hábito que siempre ha guardado; y llegando al español pintóle en carnes, y con un paño entero al hombro, y esta letra por orla :

Él se corta de vestir,
Y aunque pase de lo justo,
Andará siempre á su gusto.

Cura. En verdad, hermano, que tiene razon, que aun con tener yo mas de cincuenta años, poco mas ó menos, tengo experiencia de la diversidad de zapatos que se han usado, tan diferentes en su hechura, porque unos ví redondos, otros puntiagudos, de una suela, de dos, y de tres, y de cuatro, otros romos, con orejas y sin ellas, largos de pala y corta; y si en el calzado es esto, ¿qué será en lo demas?

Alonso. Lo que veo, señor, es que como las edades se van acabando, y el mundo va siempre como la rueda de la fortuna, dando vueltas, viénese á usar al presente lo que se habia usado en el tiempo de don Pelayo, y estas melenas y guedejas, que usted ve usar á los galancetes, no es de ahora, que así las traian los soldados del Cid, y de aquí á treinta años,

si Dios es servido, vendrá otro uso, y lo que hay de sobra de cabellos en esta era, en la venidera ha de ser estar todos calvos, que no habrá otra dificuldad, mas de decir uno: Esto ví en corte, fulano traia la cabeza de esta suerte. En las Indias se tiene por honra la calvez, y es de modo que los muy poblados de cabello, para imitar á los que no le tienen, á navaja procuran quitárselo, siendo monos de naturaleza, que no hay reino que no tenga su plaga. Mas volviendo á nuestro propósito, el ser yo tan bien acondicionado, imagino que fué la razon de ser mi ama tan desabrida y terrible conmigo, y que á ser yo como un casado, de quien se cuenta que por ser tan mal acondicionado, su mujer le quitaba cuantas ocasiones echaba de ver que le podian causar algun enojo, escarmentada de que todas las pesadumbres de su casa las habia de pagar ella, como principal fiador de sus impertinencias. Pues como un dia la hubiese enviado dos libras de peces, diciéndole el que los trujo que los aderezase luego para cenar, porque ya venia su marido; como persona de cuidado, procuró tener la cena á punto, puesta su mesa, de suerte que aunque su condicion era terrible, no tuviese en qué topar, para salir de juicio con su demasiada cólera, como acostumbraba de ordinario. Llegóse la hora de la cena, vino á su posada el marido, con la gracia que solia, ó con mucha peor, pidió le sacase que comer, y ella trujo unos peces fritos. ¡O mala mujer! ¿qué has hecho? dijo el marido, yo no los queria de esta suerte, sino cocidos. Tambien los hay como los quereis, respondió la casada, y sin detenerse se los puso en la mesa. No sabeis darme gusto en cosa, replicó con mucho enojo el dueño de casa, que adonde habia peces tan crecidos, mas sabrosos fueran asados, y con pimienta y agrura, y no de esa suerte. No parece sino que estaba yo imaginando lo que habíades de pedirme; tambien los tengo asados, pimienta está molida, y naranjas no os pueden faltar, que dos teneis en vuestra mesa, respondió la buena mujer.

Cura. Por malo que fuese un hombre, no era posible llevarse mal con tal mujer, y mas adivinándole los pensamientos para cuanto la pedia.

Alonso. Así lo digo yo, señor, que cuando uno no quiere, dos no barajan; pero mi compañera no andaba conmigo de ese modo, sino que si la decia blanco, habia de ser negro; si azul, colorado. Era un espíritu de contradicion, dado de Dios para purgatorio de mis graves culpas. Su plática comun y sus pensamientos eran: Así yo me vea con unas tocas largas y mongil, y me saque de poder de este holgazan de mi marido: y aunque por dos ó tres veces estuve para ello, que cuantos me veian afirmaban no haber de ser posible vivir, ayudando ella por su parte á sacarlos verdaderos, con todo eso me tuve firme, y no quiso el Señor quedase en la demanda, sucediendo por mí lo que un pobre hombre, á quien su mujer le trataba tan mal, con estar débil y flaco, de unas calenturas que tenia, que sus vecinas, movidas de compasion, y el médico que le curaba, la comenzaron á reprehender con alguna aspereza, diciéndola: Mirad que es cargo de conciencia no tener cuidado con este enfermo, y mas teniéndole tan á la muerte, vos tan obligada á mirar por su regalo, y no dejarle morir de hambre: mirad por él en hora buena, ó en la

otra, ó sino llévenle á un hospital, que mas regalado estará allí que en vuestro poder. ¿Eso me dices á mí, y en mi cara? Pues en verdad que está allí colgada la gallina, y que va comiendo de ella, dijo la descuidada enfermera, y con mucha cólera: y el médico con mucha flema la respondió: Ya yo veo que es verdad lo que decis, que el ave allí está colgada, y se habrá comido la cabeza, que esa falta: los sesos le valdrán mas que un pisto, y no quedará ahito, ni será menester echarle melecina contra el embargo. Dábame en cara los mas dias en que yo no la truje ninguna hacienda: y que sustentaba y me daba de comer sin ganarla un real, y no echaba de ver á sus galeotes, paseantes de dia y de noche, que para sacarlos cada mes de la cárcel no tenia hacienda, ni fueran bastantes muchos ducados para aliviar la pureza de un escribano, los pasos lerdos de un procurador, el acriminar las cosas de un fiscal, y aplacar el rigor de un enojado juez: y séle decir á usted que ya que no sobraban, era demasiada mi solicitud, mis humillaciones, mis ruegos, mi buena plática y buena retórica, de modo que todos esos señores solian decir que con mi crianza y buenas razones los tenia obligados para hacer por mí cuanto les pidiese: dejado aparte que siquiera por ser su ordinario escudero, merecia suficiente salario para mi cóngrua sustentacion, porque yo era el que la acompañaba á cuantos partos la llamaban: verdad es que no se perdia nada, porque como ya conocido por marido de la señora comadre, la parida, el señor de la casa, la madre, tia ó hermana, nunca dejaban de regalarme, principalmente si el parto iba largo, y nos quedábamos toda la noche en vela, no me descuidando de ganar las albricias de ser infante ó infanta, que si daba buena nueva á quien deseaba varon, era poco darme un ferreruelo y ropilla, haciéndoseme todo mortal veneno, con los desabrimientos de mi mujer. Procuré de hablar á algunas vecinas y amigas, comuniquélo con su confesor, que era una alma bendita, y aunque se corrigió por algunos dias, duróle poco la enmienda, volviéndose á lo que ántes, sino peor; viniéndola á suceder lo que á una gata regalada de la diosa Vénus; mas quede por ahora para otro dia, que ya estará usted cansado de oirme.

Cura. Prosiga, hermano, que á sentirme cansado, yo se lo dijera.

Alonso. Tenia una gata la diosa Vénus, que habia criado desde pequeñuela, tan regalada, lucida y gruesa, como suelen ser las de un refitorio: tanto la amaba, que si fuera galan no la pudiera decir mayores requiebros; del modo que algunas doncellas, simples, que en teniendo un falderillo, no hay madre que á su hijo, puesto á los pechos, le diga mayores locuras; llamándole rey, papa, emperador, duque, marques, como ellas suelen mostrar su demasiada aficion con encarecimiento y amorozas razones: así nuestra diosa debia de ser algo niñera, y por el amor que la tenia, para mostrársele mas de veras, la pareció ser justo volverla en una dueña honrada. Como lo imaginó y trazó lo puso por obra, y con absoluto poder la volvió en una hermosa y bien dispuesta dueña, reverenda, de tocas largas. Sucedió que en este tiempo, por la merced que se le hizo á Hércules, en satisfaccion de su desgraciada muerte, por el mal consejo del vengativo centauro, con la engañada

Deyanira, quedando con su ensangrentada camisa hecho otro volcan de fuego, y su padre Júpiter para honrarle le volvió en luciente estrella, todas las diosas y ninfas de los rios, agradecidas á tan señalada merced y liberalidad, dándole las gracias, de una en una le fueron haciendo un franco y regalado convite, adonde no solo acudió el famoso dios, sino todos los demas dioses, juntamente con sus mujeres, desde Saturno hasta el remojado Neptuno, y así le vino á caber el dia de su fiesta á la diosa Vénus. Puestas las mesas, sentados los dioses, comenzada la música de Orfeo, atendiendo todos á la suavidad de su vihuela, acertó á salir por la sala un raton, paseándose de una parte á otra, no con poca risa de los convidados, viendo un animalejo con tanta desenvoltura (que verdaderamente, si no fuera por el mal olor que causa, y por ser tan nocivo adonde anda, no dejando cosa que no roiga, ni esté segura de sus dientecillos, pudiera servir de juguete, y tenerle por entretenimiento). Fué en ocasion el caso, en que acertó á salir la señora dueña de la diosa, antes gata, y ya con tan reverendas tocas, que quien la viera forzosamente la habia de juzgar por una grande y reverenda viuda. Traia al hombro una toalla, en la una mano una fuente de oro, y en la otra un aguamanil de lo mismo, insignias de los que han de dar agua á manos á los convidados. Llegó á la mitad de la sala, hizo la reverencia á los dioses, y como el ratoncillo volviese á su paseo, fuéronsele los ojos, y sin reparar á lo que venia, á la gravedad del lugar, y á los que la habian de ver en tal desacato, y á ser ya en persona de cuenta, y que ya no era gata como ántes, ni á la merced recibida, arrojó la fuente, derribó la toalla, dejó caer el aguamanil, y alzándose las sayas y tocas, comenzó á correr tan desaforadamente por la sala, que á pocos lances y saltos, con la boca vino á coger el animalejo, y como si hubiera hecho una gran hazaña se le puso en la falda de su señora, como solia en otros tiempos. Miráronse los dioses unos á otros, las diosas y ninfas se azorraron un poco, y algo melindrosas, dieron muestras de algun sobresalto de miedo: corrióse Vénus de la afrenta que la habia hecho su sonlocada dueña, y hecha un fuego de cólera, vuelta para la mal inconsiderada sirvienta, la dijo: Gata fuiste, y gata serás, y pues al cabo de tantos años que te he criado, te vuelves á tu natural inclinacion, deja el grave mongil y reverendas tocas, y coge los ratones que vieres, que quien nace para ser ruin, y de bajos pensamientos, sacarle de oficios groseros y de poca estima, para que suba á honrosos cargos y dignidades, es quitar al sol que dé su luz, á la piedra que no baje á su centro, y al fuego que no se apague y muera con el agua, su mortal enemiga. Esto dijo la diosa, y al punto volvió la reverenda dueña á lo que ántes era, quedándose en forma de gata. Ya sospecho que usted me tiene entendido. Mi señora mujer disimuló su natural inclinacion, tuvo paz conmigo algunos dias, cansóse del bien y buscó mi mal, y si ántes era vocinglera, maldicienta, gruñidora y mal hablada, que con la vejez que por su mala inclinacion de allí adelante fué pregonero en el gritar, taravilla de molino en desasosiego contra mí, y un mortal enemigo, y solícito fiscal de mis ligeras culpas. Pasé esta vida de galeras dos años y medio y catorce

dias, cinco mil años para mi tormento; pero quien presto se determina, tambien se arrepiente presto, dijo un poeta, y él cordobés Séneca: *Priusquam facias consulto, ubi consulueris mature facto opus est.* Hermano, ántes que hagas la cosa, considérala bien, y despues de considerada, podrás hacer lo que mejor te estuviere.

Cura. Razon tiene en lo que dice, pero él se lo quiso, y se lo buscó; paciencia habrá de tener.

Alonso. Sucedióme á mí, señor licenciado, lo que á un buen hombre, verdadero retrato mio, el cual el dia que se casó de secreto se llegó á comunicar su negocio con algunos deudos y amigos suyos, á quien les dijo muchas causas que le movian para elegir por mujer á la señora fulana, por quien andaba perdido años habia, las muchas esperanzas que tenia, si con ella casase, de vivir en perpetua paz y sosiego, las grandes expectativas de sus herencias, y el mucho dote que le traian, dejado aparte su gran hermosura y gracias con que la habia dotado el cielo. Atendiendo á todas estas razones, un su primo, como deudo mas cercano, muy viejo, y de mayor experiencia, le respondió: Hermano, de ningun modo os conviene ese casamiento, por muchas razones. La primera, por la general, que esa señora no es legítima, sino hija de una mujer de mala fama, y la suya no ha sido muy buena; no está muy sana, y malas lenguas han dicho que, aunque se ha sudado, serán necesarias unciones, por dos cuernecillos ó gomas que la salen en la frente; es algo corcovada, por el dolor que dicen que padece de riñones; no tiene dientes; y los que trae los hizo un barbero; no es tan niña que ya no pase de sesenta y dos; no tan bien acondicionada, que no traiga revuelto el barrio donde vive, y á sus vecinas no las deje vivir con perpetuas pendencias: el dote suyo son dos casas viejas, que para repararlas no teneis hacienda: para que herede de su tio, ha de ser necesario que se muera todo el género humano. Estas gracias tiene la que me decis, harto os he dicho, miradlo. El otro entónces, con la paciencia mayor del mundo, le respondió diciendo: Pues ya no tiene remedio, ya está hecho, ya me casé, ya está la novia en mi casa; si yo me lo quise, yo me lo sufriré miéntras que el Señor fuere servido que lleve tan trabajoso purgatorio, pues al fin no son los hombres eternos, y al cuervo y al ciervo, aunque viven doscientos años, tambien viene la muerte por ellos; y los mas fuertes y soberbios edificios los consume el tiempo, y contra él no hay salud perpetua, ni gigante que no venga al suelo. Vióse manifiestamente en mi bien lograda mujer, pues con parecer en su fortaleza y robusto natural eterna en el vivir, con un catarrillo, una nonada de enfermedad que la dió, de venir una noche de un parto, le sobrevino una perlesía á todo el lado derecho, cogiéndola la lengua de modo que fué ventura poderse confesar y pedir misericordia de Dios, que si algun consuelo tengo en todos mis trabajos es conocerla yo que fuera de aquellas recidumbres y cóleras, era lo que se podia desear, buena y honrada. Vivió con su accidente seis dias, y á la entrada del séptimo dia dió cuenta al Señor de sus pecados, dejándome á mí libre, y metido en nuevas persecuciones y penas. Cerró mi mujer los ojos, y los abrieron sus dos hijos, que como padrastro me

pusieron, dejándome en carnes, sacándome la hacienda que ellos ni su madre no habian ganado, sino yo adquirido por mi sudor y buena industria : pudiendo decir lo que dijo un viudo pobre, á quien por habérsele muerto la mujer, y sin dejar hijo alguno que heredase, le quitaron toda la hacienda, y consolado en alguna manera, escribiendo una letra á un su amigo, dijo :

Lúnes murió mi mujer :
¡Mártes, todo lo destruyes!
Acabáronse en una dia
Dineros y pesadumbres.

No valió el decir que habia traido doscientos decados cuando me casé con la difunta, que vine á su poder bien tratado, con dos pares de vestidos y algunas joyuelas de oro, para que me diesen algo de lo que quedaba, sino que por justicia me echaron de casa mis dos enemigos, y sus tios, cumplida la novena, dejándome con sola una sonatilla de bayeta y un sombrero no muy bueno, y sin aforro, como de viudo. Véame aquí usted dejado de todos, sin blanca, desacomodado, mal vestido, y sin saber á donde recogerme. Lloraba á mi desabrida mujer, que aunque mala, todavía con ella no me faltara cena ni cama, ni mis contrarios me quitaran la hacienda por el dote de su madre : entraba conmigo en consejo, considerando á donde irme : si en casa de los amigos que convidé para mi boda, ya era otro tiempo, entónces rico, y al presente pobre; y el adagio comun me lo enseñaba :

Donec eris felix multos numerabis amicos;
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Ten por entendido, hermano, que si fueres rico, estuvieres próspero y abundante de bienes de fortuna, hallarás y tendrás muchos amigos; pero al si contrario fueres pobre, y la fortuna y tiempo dieren con tus bienes al traste, has de verte solo, y sin hallar quien te dé la mano. Todo lo echaba de ver; mas como á los entremetidos haya fortuna prometido su favor, cobrando algun ánimo, me fuí á la posada antigua de adonde habia salido para casarme, hallé á los huéspedes, y pedíles algun socorro para poder salir de Zaragoza; donde por ser ya conocido, no me estaba bien quedar en la ciudad. Afligiéronse de verme, y yo con ellos me enternecí, acordándome del modo que llegué á su casa, y como entónces me habia de salir con tanta necesidad, pobre y miserable; movidos de lástima, me dieron doce reales, con que habiendo cenado y dormido aquella noche, en oyendo misa, despedido de ellos, me fuí á un parador, buscando algun carretero con quien poder salir de una ciudad en que tantas desdichas me habian sucedido, determinando irme á donde quiera que fuese; y deparóme Dios un hombre, tan de partida para Portugal, que tenia uncidas ya dos mulas al yugo del carro, y acababa de aparejar otras dos que llevaba por reatas. Lleguéme á él, habléle comedidamente, preguntándole si me podria llevar consigo; y respondióme que por tener tan

ocupado el carro, y ser mucho el peso que llevaba, no era posible acomodarme; pero que pues no era enfermo, y de buena edad, pues él habia de ir poco á poco, y las jornadas de los carreteros, cuando mas largas, cada dia son siete ú ocho leguas, bien podria irme con él, ofreciéndoseme de que á ratos él se apearia, para que, subiendo yo en su lugar, me aliviase del trabajo del camino. De tan buenas razones y ofertas le dí las gracias, y así los dos salimos juntos del parador, tomando el camino del famoso reino de Portugal. Mas pues ya es tarde, y hora de que usted se recoja, quédese en este punto hasta mañana, que siendo Dios servido, proseguiré con mi viage.

Cura. Razon tiene, que ya estará cansado : váyase con Dios, que mañana le aguardo.

CAPITULO VII.

Da cuenta Alonso de su llegada á Lisboa, y como entró á servir de mayordomo á un caballero portugues.

Alonso. Préciome de obediente, y mas con usted, y así vengo puntual á lo que se me mandó.

Cura. Prométole, hermano, que me ha dado mucho contento : no se nos pase la noche, prosiga y advierta que es la jornada de Portugal.

Alonso. Así es como usted lo dice, y ruego á Dios que no se me olvide, que no fué viage para mí de menor trabajo que los demas. En efecto, salí de Zaragoza con mi carretero, hombre tan de bien y buen término, que le quedé en obligacion miéntras la vida me durare, que el ser agradecido, y acordarme de los beneficios recibidos, fué costumbre mia muy de atras, que la ingratitud es el pecado que mas aborrece Dios, y de ingratos suelen decir que se llena el infierno. Recibí de mi companero en todo el camino muy buenas obras, así dándome de comer, como dejándome subir muchas leguas en el pertigo del carro, aunque el bien que me hacia no le echaba en saco roto, porque como llevaba cuatro mulas, tenia yo comedimiento de ayudarle, así en darlas de comer, como en aderezarlas en sus colleras y cuerdas; de modo que conmigo ahorraba un mozo á quien dar salario, ya que á mí me sustentaba. Llevamos nuestro viage con la mayor conformidad del mundo, hasta entrar en Lisboa, cabeza del reino de Portugal, de las mejores que el mundo tiene, porque dejando aparte su grandeza y máquina de tanta vecindad como hay en ella, pues segun alguno serán ochenta mil sus vecinos, la muchedumbre de gente que anda por las calles de todas naciones, los maravillosos rios y bien labrados templos, la grandeza del celebrado Tajo, por cuya anchura navegan infinidad de navíos, sin los menores vasos que de ordinario la abastecen de todo género de mantenimientos y regalos, el gran palacio del rey, cuyas cercas las cristalinas aguas le combaten, su abundancia de

pan, vino, carne y frutas, á tan moderados precios, los muchos señores titulados y caballeros ilustres que en ella viven, de grandes y crecidas rentas, el ser la corte de todo el reino, adonde hay tres sillas arzobispales, la de Braga, la de la ciudad de Evora y la de Lisboa: demas que son los portugueses afables, amorosos, tratables, bien acondicionados, animosos y de grande ingenio, entendidos, y por armas y letras insignes, á quien de derecho se les debe el nuevo conocimiento de sus Indias, y mucha parte de la riqueza que goza Castilla. Viéndome, pues, en ciudad tan populosa y rica, tuve por cierto haber de hallar en ella el remedio que deseaba; y para esto, despedido de mi buen amigo, salí de su posada á buscar alguna comodidad con que pasar mi vida. Llegué á la Rua, calle de Lisboa, de las mejores, por donde acertó á pasar un caballero muy cargado de luto, y con el hábito de Christus al pecho, encomienda de mucha estima en aquel reino, y que no se da sino á personas muy calificadas. Lleguéme á uno de los pages que le acompañaban, á informarme si por ventura aquel caballero me habia menester en su servicio, haciendo mi cuenta: Estos criados están de luto, mi vestido es de lo mismo, la mitad del camino está andado, pues por lo menos no será menester entrar pidiendo, como otros criados, si acaso hubiere de servirle. Respondióme el criado conforme á mi deseo: No se vaya de con nosotros, porque don Pedro, mi señor, por falta de un mayordomo que los dias pasados se fué al cielo, anda en busca de una persona como la de usted, y es buena ocasion esta para hablarle, porque muy presto nos iremos á casa. Agradecíle la buena nueva; fuime en su seguimiento, y en breve tiempo entramos todos en una casa de las mejores de Lisboa, grande portada y ricamente labrada, un anchuroso zaguan, luego un gran patio, correspondiente una reja, por donde se echaba de ver un curioso jardin, á un lado una espaciosa escalera de piedra, señales todas de ser su dueño persona muy rica. Apeóse el caballero, y allegándome á él, con la mayor cortesía que pude le dije estas ó semejantes razones: Yo, señor, soy un pobre hombre, que habrá que llegué á esta ciudad tres ó cuatro horas: soy andaluz, y por trabajos que me han seguido años ha, no vivo en mi tierra; procuro acomodarme con algun caballero como usted para servirle, he sabido que hay necesidad en casa de un criado como yo para el servicio de usted, si acaso fuere á su gusto, lo que sé decir de mí es el ser fiel y que lo que se me mandare no será menester decírmelo dos veces, por haberme preciado siempre de ser puntual con los que sirvo: fiador ni quien me conozca yo no le puedo dar, ni muchas leguas de aquí hay quien pueda abonarme: á mis obras daré, siendo Dios servido, por fiadores bastantes de quien soy; pues como ya viejo y caido en la cuenta, tengo firmes propósitos de ser un ejemplar de todas virtudes. Oyóme el caballero, y sonriéndose, dijo: Aunque aventurara toda mi renta, no os dejara salir de casa; humor teneis, y no sois nada bobo; servid como decis, que no perdereis nada conmigo: ocho dias ha que se me murió el mayordomo de casa, y en su lugar os tengo de recibir; y diciendo y haciendo, y sin sentarse á comer, me metió en un aposento que en el patio estaba, que le servia de escritorio, y sacándome un libro, me le puso en

las manos, diciéndome: Aquí hallareis la razon por donde habeis de gobernaros, la obligacion que teneis, á lo que habeis de acudir, la renta que tengo, y el gasto ordinario: la confianza que hago de vos os obliga á mirar por mi hacienda, con la diligencia que prometeis de acudir, lo que no supiéredes y hubiéredes menester lo podeis preguntar, que á una persona ya de vuestros años, y de entendimiento, no tendré mas que decirle. Con esto me dejó, habiéndome entregado otros muchos papeles; y llamándole por ser hora para comer, se fué, y yo empecé á tomar conocimiento en lo que tomaba á mi cargo.

Cura. De esta vez, hermano, medrado ha de quedar, en buena casa, rica y con buen amo, que en efecto los caballeros portugueses siempre son pródigos y nada escasos, la comida cierta, con buen salario, y cobrado de su mano, ¿qué le podrá faltar?

Alonso. Para un desgraciado jamas hubo bien que durase, ni constancia en las cosas: buena comodidad habia hallado yo, mejor que merecia, á no tener mi señor don Pedro una hija, hermosa, heredera de su hacienda, muchacha de poco tiempo y de menos seso, amiga de mirar y de ser vista, conocida de todos por ser quien era, noble y hermosa, y ella que se lo sabia, no la pesando de que se lo dijesen ni de ser servida, ántes dando ocasion á algunos pisaverdes de la ciudad á que la solicitasen, pretendiéndola con título de casamiento. Ejercitaba yo mi oficio de mayordomo con el mayor gusto del mundo, acudia á todos los negocios de mi amo, y con ser muchos y tratar con tantos, á todos los tenia contentos; tanto puede una afabilidad de un hombre, un hablar bien, ser comedido, no soberbio, ni tener en poco con quien se trata, por pobre y humilde que sea. Muchas veces, sin pretenderlo ni querer oirlo, escuché grandes alabanzas de mi buen término, y con verme en la posibilidad que podia desear. Esta doncelleja me traia inquieto y desasosegado, buscando algun remedio para estorbar el daño que forzosamente á todos nos estaba amenazando, á mi señor de pesadumbre, á la muchacha de deshonor, y á los criados de alguna cárcel, donde acabase de purgar mis pecados, ya que en la de Valencia salí por libre, aunque condenado en costas, solo porque miré al sol cuando salia; para evitar tantos daños, determinéme á solas verme con la niña, y con las mejores razones que pude, afeé su liviandad, poniéndola delante su nobleza, el ser heredera de su casa, que por lo menos las de su calidad, era poco ser señoras de título, el mal ejemplo que daba, pues en las ordinarias mujeres es delito grave, y en las principales gravísimo, como de mayor cuantía. Díjele: Señora, que el paño del sayal, basto y grosero, ande al polvo y al lodo, y no con la limpieza que se debe, aunque ofende á la vista, no es tan insufrible, que de suyo es lo que poco vale estimarse en poco; pero que el brocado, la tela fina, los bordados de seda y oro, que anden llenos de manchas por un descuido, por un mirar mal, por no recelar lo que puede ser, ¡lastima es grande! y no remediarlo es cargo de conciencia; ganar una persona buen nombre, buena fama y crédito, ha menester mucho tiempo; trabajar mucho tiempo y perseverar constantemente de todo género de virtud, y para perder lo que tanto cuesta y vale cuanto será

menester, pues si una vez cae en la lengua del vulgo (que pocos escapan), aunque sea mentira, ¿como se podrá remediar? Recupérase la hacienda, el edificio mas levantado, si una vez viene al suelo, se vuelve á reedificar por mayor costa que tenga, sin estorbo de inconvenientes, y para volver á mejor estado de honra, que por liviana ocasion se pierde, ¿qué de montes de dificultades se ofrecen? Como persona experimentada se lo digo á usted: si se enmendare, hará lo que debe, como yo en advertirla el daño que la amenazaba; y si los pocos años no la dejan caer en la cuenta, con decirlo á don Pedro mi señor cumpliré con mi oficio, y con las muchas obligaciones en que me ha puesto. Oyóme la moza atentamente, y cuando entendí me respondiera con algun género de humildad, siquiera por ser yo de quien mas confianza hacia su padre, el de mas autoridad de los de casa, por mis años y barba, en quien se iban ya divisando algunas canas, que la demas gente, aunque habia en la posada hartos criados, eran todos mozuelos de primera tijera; demas que era yo á quien mostraba mas amor que á todos los demas que le servian; me dijo mi portuguesilla: Sois un bellaco descomedido, advenedizo, ruin, mal intencionado, y yo os haré moler á palos, por hablador. Dije yo entre mí entonces lo que Chuzon del Pedroso, cuando fué á vistas con la señora su mujer.

Cura. Holgara de saber ese cuentecillo.

Alonso. Trataron de casar á Chuzon del Pedroso sus vecinos con Mari-Gorda, personas iguales en calidad y hacienda; llevándole sus amigos á vistas de la desposada, le rogaron: Por vida vuestra, hermano, que pues sabeis tan poco, y no os dió el Señor mejor entendimiento, que lo que menos podais hableis en la visita, y delante de vuestra desposada; porque os hago saber que por ningun modo se puede disimular mejor un hombre necio, como hablando poco, y mas en juntas donde hubiere gente cuerda y que sabe. Prometió de hacerlo así Chuzon; llegando en esto á sus visitas, entraron en la sala, saludáronse unos á otros, tomaron sus asientos, y Chuzon miró á la desposada á lo mudo; hablóla por señas, como si fuera sorda, y aunque estuvieron buen rato en la visita, y tomaron un refrigerio, el desposado no despegó la boca, con tanto extremo que la mala sabida de la novia, mirando á su madre, la dijo: Es verdad que me parece que el mancebo que me quereis dar por marido, que es un grand borrico. No fué tan entre dientes la razon que no la oyesen los mas que allí estaban, y el desposado entre ellos; y muy contento, mirando á Toribio, su vecino, le dijo: Compadre, bien puedo hablar, que ya estoy conocido. Si yo hubiera siempre callado, disimulando con las cosas, dejándolas para el superior tribunal, bien sé que me hubiera ido mejor, que no es para todos la reprehension. No es justo que un oficial suba en el púlpito, lugar dedicado á gente docta, eclesiástica, ejemplar en vida y costumbres. Pero, señor licenciado, yo confieso mi culpa, en no me pareciendo bien cualquier negocio, luego decia los inconvenientes que podia traer, no me ajustando con los doctores que le querian seguir, grangeando yo de decir verdades, mortales enemigos para mis pretensiones.

Cura. ¿Y qué hizo esa dama?

Alonso. Dejóme con la palabra en la boca, y arrojando fuego por los ojos, se entró en su aposento; mas como culpada, no se atrevió á agraviarme, ántes disimuló nuestra riña, que esto de no estar uno libre, parece que no le deja hablar su misma conciencia, enmendándose por algunos dias; pero la virtud quiere perseverancia; y empezar bien y cansarse al mejor tiempo es de personas mudables: echélo de ver en mi doncella, pues, sin cumplirse la novena, hallé mas mal de lo que imaginaba.

Cura. ¿Hubo alguna desgracia de las que suelen suceder á mozuelas demasiado libres?

Alonso. Cerca andaba de perderse, y no una vez, sino muchas, á no estar yo de por medio, perro fiel de la honra de mi señor, centinela de su casa, y guarda vigilante de lo que mas estimaba. Tenia, señor, esta niña seis ó siete paseantes, entre ellos gente noble y rica, y otros, aunque hidalgos, la misma pobreza: y de estos, inconsideradamente puso los ojos en un mozuelo, galancete, no de tan buen talle como á ella le pareció; por extremo pobre, propia condicion de loba, que siempre se aficiona de lo peor: á este, por órden de las criadas, dió en favorecerle y regalarle, enviándole algunas joyas de mucha estima, con determinacion de que otro no habia de ser su marido: el mancebo, si mas le dieran, mas recibiera, por ser devotísimo del glorioso doctor santo Tomas. Verdad es que su miseria y necesidad podia ser suficiente causa, siendo como era el caballero del milagro, siempre bien puesto, regalado, y con pages, y la renta, como si Dios no hubiera criado oro, plata ó cobre, ni aun llovió jamas sobre sembrado suyo, cosas que suceden por muchos buenos: tuvo traza mi escogido amante de valerse muy de ordinario de una mozuela, criada de casa, á quien regalaba; estratagema de guerra, ir ganando voluntades de los criados, para que no murmuren y disimulen lo que vieren. La moza, que era buen oficial de embarrador, hacia á dos manos, recibia del señor y de la dama; sirviendo de encordar y ajuntar voluntades. Tercera se llamaba á lo político, y alcahueta á lo grosero; oficio que á no ser pecado el ejercitarle, no le hay de mayor provecho: verdad es que siempre tiene cuidado el señor teniente de dar á las tales alguna buena mitra, pintada en ella su vida y hazañas. Era liberal mi pretendiente del pan de mi compadre; y como gastaba de bolsa agena, que con dádivas y ruegos hizo con su tercera que le metiese una noche en el jardin; confiado que por una puerta que salia á una cuadra de mi señora, entrara á verse con ella y tuviera efecto su pretension, á no andar yo tan sobre aviso; porque en viniendo que vino mi señor, en recogiéndose todos, cerré yo la cuadra con la llave maestra, haciendo lo mismo en la puerta por donde habia entrado el confiado amante, que en aquella ocasion estaba escondido entre unos jazmines, y como si no hubiera sospechado cosa alguna, entregué todas las llaves de las puertas á don Pedro, diciendo: Ya es hora de que usted y todos sus criados se recojan. Con esto me fuí á mi aposento, que tenia una reja sobre el jardin, adonde me puse á ver lo que pasaba, por haber sentido ruido dentro, no ignorante de quien podia ser. Serian como las doce de la noche, y era

de invierno, á trece de noviembre, vísperas de plenilunio, habiendo precedido grandes muestras de agua, y tan ciertas, que no haciéndose de rogar las nubes, comenzaron á enviar una tan apresurada y rigorosa lluvia, bien como si las cataratas del cielo se hubieran abierto; de modo que muerto el demasiado fuego de amor del escondido portugues, con la mucha frialdad y humedad, le forzó á que buscase algun alivio entre tanta tormenta; y viendo luz en la reja donde yo estaba, llegándose cerca, con voz humilde, preguntó diciendo: ¿quién es el que está ahí? Es el señor mayordomo, el castellano Alonso, á quien el señor don Pedro por muchos títulos estima en tanto. Sí soy, le respondí: y usted ¿quién es? que á esta hora y con tal noche, habiendo quebrantado la casa de un hombre tan principal como mi señor, se atreve á hablarme. Y él tan temeroso, como arrepentido, dorando lo mas que pudo su atrevimiento, respondió: Señor castellano, si en algun tiempo ha sabido qué cosa es amor, si ha sido aficionado, podré seguro pedirle favor, y que me ampare en la ocasion presente; pero sino, no tendré mas que hacer de contarme con los muertos, que ya poco me falta, dos horas ha que estoy aquí entre estos jazmines, bien como si estuviera en un rio; el vestido tan hecho agua, que á poderle torcer, todo el jardin se pudiera regar con la que tiene, y lo que es peor, que llueve sobre mí dos veces el cielo, una del agua que arrojan las nubes, y otra de la que corre de estos naranjos y laureles, tan helada y fria, que cuando no me muera esta noche, no es posible llegar á medio dia de mañana; mire por su vida cual me siento, y si puede sacarme de este mar de agua que me cerca, hágalo, y confie de mí que no dejaré de quedar tan agraciado, como lo verá por la obra. Entónces yo, por una parte muerto de risa, en ver que con tanto rocío no dejaria de apagar el fuego de su cuidado; y por otra, compadecido de su trabajo, le respondí: Por cierto, señor, si yo hubiera de hacer el oficio á que me obliga la merced y confianza que don Pedro mi señor hace de mi persona, no sé como respondiera; pero al fin si á lo hecho no hay remedio, y dar en que entender á los que duermen, recordándolos, seria perder su honor la heredera de su casa, y de lo que no hay, ni ha habido, cada uno añadir lo que le pareciese y diese gusto: no puedo dejar de amparar este delito, y disimular esta falta, sin que persona alguna lo pueda entender: bien quisiera que usted se fuera á mi posada; pero está echada la llave maestra á todas las puertas, y en cerrando con ella, no es posible abrir; pero lo que puedo hacer es que usted tome estas dos sábanas, y atarlas he yo por las puntas á los hierros de esta reja; y atándolas por allá bajo una con otra, subiráse sobre ellas, como quien está sobre unos estribos, y de este modo arrimado á la pared, podrá usted defenderse de la mucha agua que recibe sobre sí: y diciendo y haciendo, tomé mis dos sábanas de la cama, y atando cada una al canton de la reja de mi ventana, que estaba no muy alta del jardin, lo que sobraba de ellas dejé caer abajo, avisando al remojado pretendiente, que con la traza que le dí, se subió sobre ellas, sirviéndole de amparo mi traza contra la inclemencia de la noche, de que no pocas gracias me daba, aunque le duró poco la alegría, porque cuando el agua era grande y llovia con fuerza, salian muy afuera las canales; pero

como fuese aplacándose la furia, y escampando, venian las goteras con menos fuerza, de suerte que caian arrimadas á la pared, y por el consiguiente, sobre el desgraciado amador; y quejándoseme de sus desdichas, me dijo: Señor castellano, no hay bien para mí; conjurado veo al cielo; mi muerte es cierta: peor estoy ahora de lo que ántes estaba: ¿no ve el agua que cae sobre mis hombros y cabeza? desesperado estoy, no puedo sufrir tantas desdichas. Y yo por animarle le respondí: Señor, vuesa merced habrá de saber que á un pobre labrador le picó, estando descuidado, un alacran, animal, que aunque ponzoñoso, no es de muerte su picadura, aunque causa gravísimos dolores: fuése á curar el pobre hombre, y animándole el cirujano, le dijo: Hermano, animaos, que cuando todo turbio corra, en veinte y cuatro horas se aliviará el dolor; y diciendo esto, dió el reloj un cuarto, y con mucha alegría dijo á los circunstantes: Alabado sea Dios, que para veinte y cuatro horas no me faltan mas de veinte y tres horas y tres cuartos. Así que, señor, ahora deben de ser las dos de la noche, mi señor se levanta á las ocho, de dos hasta ocho van seis; paciencia, que remedio tienen los trabajos, y esto que pasa usted póngalo á cuenta de los muy perfectos amadores, que verdaderamente no lo fuera, si todas las cosas le sucedieran como deseaba. Quejábase á un médico un fatigado enfermo, diciéndole: Señor doctor, yo me estoy muriendo, porque no puedo comer ni beber; no sosiego de noche ni de dia, ni es posible que pueda pegar los ojos, pues ha un mes que no he dormido una hora. Y el médico le respondió diciendo: Eso es estar malo, que á no lo estar, comiera, sosegara y durmiera. Así que aplicando el cuento, el sufrir una y seis noches por lo que se ama, con hielos, ventiscas, nieves y aguas, eso es tener amor, ser pretendiente, servir á la dama, padecer y tener sobrada paciencia, cuando su merced de la señora está descuidada, y durmiendo en su regalada y mullida cama.

Cura. Buena flema gastaba, hermano, y el pobre paciente, ¿qué le respondió?

Alonso. Enojado me dijo: Gentil consuelo para quien está acabando; y yo le repliqué: Suplico á usted no se pudra, porque ni yo lo comí, ni lo bebí; y si está no como debiera, no es por mi culpa; usted se vino al jardin, usted se mojó; usted tendrá salida de este remojado lugar, á lo mas breve, salido el sol, porque yo tomaré entónces las llaves, haciendo franca la puerta, para que vuesa merced se vaya; y porque ya es muy tarde, y yo me siento muy malo: guarde Dios á vuesa merced muchos años. Con esto cerré mi ventana, dejando al pobre caballero, no colérico, ni hecho un fuego, porque aunque fuera un volcan, se apagara su incendio; desesperado, sino arrepentido, de haberse entrado en aquel purgatorio: recogíme un poco, y dormí mal, por el cuidado que tenia de echar del jardin aquel, y en oyendo las seis, que casi no era de dia, llamé al aposento de mi amo, pidiendo las llaves; y ántes que los demas criados se levantasen, bajé al jardin, y abriendo la puerta trasera, busqué á mi buen hombre, que asi él, como su ropa, se pudiera torcer: habléle cortesmente, rogándole se fuese á su casa, y se estuviese ocho ó diez dias, sin levantar de la cama, para restaurar un trabajo tan grande como habia

pasado; así lo hizo, tomando mi consejo; pero aunque quisiera hacer otra cosa, no le fuera posible, porque se quedó por seis meses tullido, sin haber remedio de tenerse en pié.

CURA. Cierto estaba que toda una noche de agua, y en invierno, que habia de hacer mucho mal á una persona delicada como ese mancebo.

CAPITULO VIII.

Sigue la propia materia, y cuenta Alonso algunas cosas dignas de tenerse en memoria.

ALONSO. Estos son los gages y honras que sacan de la guerra de Cupido: las honras, dignidades y riquezas que se grangea. ¿No ha visto vuesa merced salir un mozuelo de su tierra, hijo de buenos padres, deseoso de ver mundo? Vase á Flandes, ejercítase en la milicia, gasta sus años en el servicio de Dios y de su rey, vuelve á la corte, cansado ya de trabajos y de años; presenta sus papeles, y su majestad, premiando sus servicios, dale un hábito, y hácele alcaide de alguna fortaleza, adonde con mas descanso goce de lo que trabajó y sirvió en su mocedad? Pues lo mesmo se halla en las guerras de Vénus, aunque en diverso modo: desvélase un pisaverde en el sercicio de su dama; las noches de invierno y nieves las lleva con los pocos años, como si fuera el estío, cargado de hierro, como si estuviera en frontera de enemigos, hecho centinela de sus competidores, perdiendo su salud y su alma en estas refriegas, y otras semejantes: llega la vejez, habiendo grangeado de sus liviandades perpetuos dolores de cabeza, incurables llagas, verse atormentado de asquerosas bubas; lance forzoso de los soldados de este capitan y príncipe de perdicion.

CURA. Diga, hermano, ¿y qué hizo en este suceso aquella dama? ¿entendió la desgracia de su pretensor? ¿favorecióle en su enfermedad?

ALONSO. En tomando fuerza una negra aficion, y echando raices de asiento en un corazon de un hombre, con dificultad se olvida. Era mi doncella la señora mandona de casa; gobernábalo todo, hasta el dinero, porque mi señor era un Juan de buen alma; desdicha grande para un buen gobierno. Tenia la portuguesica en su compañía criadas de su honor, y de pocos años, pues la que mas tenia no pasaba de veinte y cinco; ¡mire usted qué buenos juicios para alcaldes! ninguna de ellas trataba sino de dar gusto á su señora, y ella en regular á su desgraciado tullido, á quien los cinco meses que estuvo, no le faltó dineros, aves y conservas, en tanta abundancia como si fuera el mas poderoso y rico de Portugal; sirviendo de instrumental mensagero la fiel Acates de los pasados conciertos: no era en mi mano sufrir semejantes libertades; y aunque queria disimular, reventaba de pena, viendo la perdicion de tanta hacienda como se hundia, el mal ejemplo de las doncellas, pues no era posible, sino que todas lo sabían, la ignorancia de mi don Pedro, y poco cuidado que tenia con aquella hija, con quien, para agradarla, era me-

nester un Argos, y aun no bastará: ya me cansaba tanto silencio; y así forzado de la razon y buen zelo, llamé una tarde al correo de estos mis enojos, y á solas le dije: Ven acá hermana, ¿es posible que en tanto tiempo no eches de ver el peligro en que estás, y nos tienes á todos? ¿con qué alma eres ocasion de que se pierda una muchacha noble, sola en su casa, querida de su padre, y heredera forzosa de su hacienda? ¿Cuándo te has de cansar de ser tan perjudicial tercera, juntando tan desiguales sugetos y destruyendo lo que yo sé que por tu causa se ha echado á mal? da órden de enmendarte, donde no, yo buscaré el remedio que convenga á todo daño. Oyóme la criada, y sonriéndose, me respondió: No es de nuevo, señor castellano, estar vuesa merced mal conmigo, pues somos de diversa nacion, incompatibles á querernos bien; ¿no echa de ver que mi señora se ha de casar con este gentilhombre, y que sin duda está de Dios, pues le quiere tanto? Él es caballero, gentilhombre, comedido, y que la estima y quiere, como si ya estuviera en su poder; y en verdad, que desde que empezó á tratar este casamiento, que no he hallado en el mozo un sí, ni no; tan bonito, tan cortes, tan bien hablado como una dama; ¿pues qué el no apartarse de noche ni de dia de nuestra calle, con tanta perseverancia y confianza como el dia primero? Esto me dijo; y harto ya de sufrir impertinencias, humanándome mas de lo que fuera razon, la rogué que se sentase un poco; oyéndome las razones que la queria decir: curiosa de saber lo que pretendia, nos sentamos los dos á solas; y lo mejor que supe, la dije de esta suerte: Ella, hermana, cuando mucho medre, por ser estafeta de estos negocios que trae entre manos, serán doscientos azotes, llevándonos de calles á todos los criados á ser por algunos dias vecinos del alcaide de la cárcel, por si acaso lo supimos, entendimos, ó no dimos aviso de lo que pasaba. ¿Quién la mete á ella en saber si está de Dios este casamiento, y mas guiado de su mano? ¿Qué frailes se han puesto en oracion? ¿qué misas se han dicho? ¿qué informaciones se han hecho de una parte y otra? callan su padre y sus deudos de nuestra ama: no se acuerdan de que mude estado esta señora; y ella, procuradora de los embargos, impertinente, con cuidados que no la tocan, como judiciario astrólogo, se mete en las estrellas, como si ella ó él pudiesen saber con certeza lo que el cielo tiene determinado de cada uno: lo mejor es dejarlo, soseguémonos todos; y porque mejor lo pueda entender, óigame esta fabulita, que me acuerdo haberla leido muchos años ha, y es que en casa de un caballero habia una señora que estimaba en mucho una perrilla que habia criado; mereciéndolo el animalejo, por ser amorosa, muy pequeña, y gracias que la habian enseñado: sobre todo tenia un amor tan grande á su amo, que cada vez que venia de fuera, eran tantos los regocijos, fiestas y saltos que daba, que obligado el señor á sus caricias, la tomaba en brazos, haciéndola, en retorno de su agradecimiento, otros tantos alhagos, llegándola á su rostro y pecho, bien como si fuera algun regalado hijuelo de casa. Frontero del patio estaba la caballeriza, adonde tenia un jumento su habitacion ordinaria; y como viese el mucho amor que le mostraban á la perrilla sus dos señores, y sabido porqué, en mas de por dos brincos, cuatro saltos y un ladrar desa-

brido, imaginó diciendo: Si á esta nonada la tienen en tanto, porque sale á recibir á su amo, yo que soy grande de cuerpo y de mayor voz, si cuando viene de fuera, saliere con algun regocijo á recibirle, ¿qué no hará conmigo? cierto es que me regalará con mayores veras, pues soy de mas provecho que aquella sabandijuela. Esto imaginó, y púsolo por obra; y un dia, entrando el señor por el patio, salió el jumento, dando carreras de una parte á otra, rebuznando con mucha furia, alta la cola, dando coces por las paredes y postes, y no contentándose con las locuras hechas, puesto en dos piés, echó los brazos por los hombros á su amo, y sacando la lengua, le comenzó á lamer el rostro, allegando el suyo con sus orejas al de su señor. El descuidado caballero, del nuevo sobresalto que le habia sucedido, comenzó á llamar á sus criados que le favoreciesen; y no siendo perezosos, acudieron con unos gruesos palos, y el amo por otra parte, de suerte pararon al atrevido jumento, que sin acordarse mas de retozo, á palos le hicieron entrar en el establo. Ahora, señora doncella, apliquemos la obra: no digo yo que sea ella la inconsiderada bestia, envidiosa del bien y regalo de la perrilla; mas podréla decir que á unos les está bien meterse en algunas cosas y hacerlas, y lo que hacen y dicen á todos parece de perlas; y estas mismas en otras personas son odiosas, se aborrecen, y se reciben tan mal, que en lugar de darles gracias por ellas, lo que grangean y sacan es deshonra, malas palabras, disgustos y pesadumbres; métase ella, hermana, en su fregado y en su rueca, que esto será para ella y para nosotros mas seguro; y case nuestra ama cuando y con quien nuestro Señor fuere servido.

Cura. Prométole que la dijo harto mas de lo que ella quisiera oirle.

Alonso. Así, señor, se echó de ver, porque nunca saeta se despidió del encorvado arco con mayor ligereza y velocidad, que la mozuela se levantó de donde estaba, y sin despedirse de mí, me dejó: tal enojo cobró con mis razones; pero era predicar en desierto. Ya el enfermo con el demasiado regalo, y favorecido tanto de la dama, como del tiempo apacible de la primavera, habia cobrado las perdidas fuerzas; y no descuidándose de sus antiguas pretensiones volvió á lo que solia, y con el amparo de su buena tercera, acrecentó nuevos cuidados á los que ya traia: acabáronse entónces los de mi pretendiente, á no ser yo el que los estorbaba, principal causa de malograrse sus esperanzas, estando tan cerca de haber efecto sus deseos: y fué, que segun entendí, con una joyuela de oro que la dió á la tercera, alcanzó que una noche que habia de faltar de casa don Pedro, mi señor, le metiese en una sala, por donde tenia correspondencia al cuarto que mi señora habitaba, bajando á él por una escalera falsa: verdad es que mi ama, este caso ni el otro, no lo supo, que solo fué concierto de la mala criada, á veces deshonra y menoscabo de quien se sirve de semejantes personas, imaginando tienen en su casa gente de quien se pueden fiar. Olí el poste, que como perro ventero todo lo buscaba; y sabiendo que el galan estaba ya en su puesto, hice de modo que se desconcertase la ida de mi señor á caza, para de allí á tres dias, y como yo asistia siempre al desnudarse mi amo, fuí cerrando todas las puertas por de dentro; de modo que aunque quisiera no podia bajar, ni salir de á donde

estaba encerrado, sin hacer pedazos cuatro puertas de las mas recias de nuestra posada. Ya era media noche, y el caballero esperaba su aventura, que jamas le llegaba, desesperado, sin cenar, ni tener donde recogerse ni arrimarse, si no era en un poyo de una ventana de reja que tenia la cuadra: buscaba por donde salir, y no era posible librarse de su cárcel, mejorada buen rato de la que tuvo en el jardin, con tanta frescura. Caia mi aposento debajo de aquella amorosa prision, de suerte que con facilidad podia oirle las quejas; toda la noche estuvo dando sus paseos, y de en cuando algunos suspiros, bien sin provecho. Llegada la mañana, y haciendo yo de la deshecha, ignorante de lo que pasaba, entré por el aposento de mi señor, subiendo por la escalera, abriendo todas las puertas que habia cerrado la noche ántes: el caballero que sintió subir gente, y que subian adonde él estaba, con la espada desnuda en una mano, y en la otra un broquel, se puso á esperarme, diciendo: Por Dios os pido, hermano, que pues venis á matarme, me dejeis confesar solamente, y en pidiendo misericordia á Dios, haced cuanto quisiéredes de mi persona, que ya tengo tragada mi muerte, bien merecida por mis locos atrevimientos; y pues los presagios de mi desdicha he visto, no os llegueis á mi, si no quereis morir á mis manos, sino llamadme primero un confesor, con quien pueda consolarme, y me oiga de penitencia. Reíme de verle tan arrepentido, y díjele que se sosegase y perdiese el temor, que yo no iba á matarle, ántes procuraba dejarle salir libremente, dándome palabra de no entrar mas en casa de mi señor, ni solicitar á la criada para semejantes ocasiones; y que si es que pretendia casarse, no habia de ser de aquel modo, sino con voluntad y beneplácito de mi amo y señor don Pedro, á quien podian echarle algunas personas graves que le hablasen. Dióme muchas gracias por el consuelo que le habia dado, diciéndome: Señor castellano, algun ángel debeis de ser, pues estando ya muerto, me habeis tornado á la vida; yo os quiero hablar claro, sabed que esta mañana se me ha puesto la muerte delante de mis ojos, y yo la veo todas las veces que me pongo en frente de aquel cuadro, y en pasándome á un lado, hallo que se ha vuelto una dama, y si al otro lado, un gentil mancebo: ¿qué significa esto? fácil es de entender y declarar: yo soy aquel mancebo que allí parece, la dama es vuestra señora, á quien yo amo tanto de corazon con tantas veras: esta aficion y querer me ha de traer á que pierda la vida. Sonreíme entónces, y díjele: Usted, señor, no ha caido en este misterio: habrá de saber que esta imágen que dice es una pintura hecha con cierta traza, inventada ahora nuevamente, con ciertas tablillas, que pintadas por el un lado hacen parecer un galan y por el otro una dama, y en frente, en el llano de la tabla, una muerte; de modo que hace tres figuras, mudando el lugar para mirarla.

Cura. Ya yo me acuerdo de esas imágenes, que dieron un tiempo en usarse mucho, aunque ahora no se hacen como solia; y ví en una imágen de un Salvador, la de un Cristo crucificado, y la de la Madre de Dios: al principio dieron mucho gusto, y se estimaron; pero despues con la abundancia de ellas, y tenerla todos, vinieron á valer en muy bajo precio, sucediendo lo que en las esmeraldas, que con ser unas piedras tan

agradables á la vista, y de tantas virtudes, solo porque hay muchas y tenerlas tantos, han venido á estimarse en poco.

ALONSO. A este propósito fué lo del tordo de Augusto César, que ya usted habrá oido decir.

CURA. No me acuerdo de él, y gustaré de oirle, pues es temprano para recogernos.

ALONSO. Entraba triunfando en Roma Augusto César, premio que daban los Romanos á los valerosos capitanes que habian vencido alguna guerra, y por haber sido aquella victoria de tan grande importancia para el imperio romano. Muchos dias ántes que llegase el emperador, le fueron previniendo las fiestas que le habian de hacer á su recibimiento: y entre los romanos que se apercibieron para aquel dia, fué un pobre oficial, que á un tordo que habia criado, le enseñó á que dijese: Salve César Augusto: Dios te guarde, César Augusto. Llegóse el tiempo que esperaban del triunfo, y llegando á la casa del romano, comenzó el tordo á dar grandes voces, diciendo: Sálvete Dios, victorioso César Augusto. Cayóle tan en gracia al emperador que mandó le llevasen el tordo á su palacio; y al dueño se le pagó, de suerte que quedó con suficiente hacienda él y sus hijos. De la buena fortuna del romano, no se tenia por bueno quien no criaba su tordo, enseñándole las propias razones, con esperanza que en otra ocasion habian de tener mejor premio; y entre los muchos maestros, hubo uno á quien le cupo enseñar á un pájaro tan rudo, y tan apartado de cuanto le decian de dia y de noche, que con estarse quebrando la cabeza, sin entender en otra cosa, era como si se lo dijeran á una piedra. Viendo el poco fruto que sacaba de su trabajo, volviéndose al tordo, cada vez le decia: *Opera impensa perit*, trabajo y tiempo mal gastado, con tan poco premio y galardon. Sucedió que pasando algun tiempo, volvió Roma á celebrar otro recibimiento al César, y no quedó ningun ciudadano que se olvidase de su tordo, y por todas las calles que pasaba, hallaba tordos que le decian: Dios te guarde, César Augusto. Llegando, pues, á la casa del pájaro rudo, en aquella ocasion no lo fué, porque no se olvidando de su enseñanza, le dijo: Guárdete Dios, victorioso César. Enfadado ya el emperador de tantos saludadores, volvió diciendo á los que le acompañaban: *Horum salutatorum satis domi habeo*, de estos saludadores, y que me den parabienes, bastantemente los tengo en casa, y como si tuviera natural juicio el enjaulado tordo, repitió al mismo tiempo que dijo su razon el César: *Opera impensa perit*, trabajo sin fruto, pues no se saca premio de mi enseñanza. Fué de suerte el gusto que le dió al César la razon dicha en tan buena oportunidad, que no solo se llevó el tordo á su casa, sino que á su dueño le hizo grandes mercedes. Pues volviendo á nuestro propósito, mi noble caballero me dió gracias, así por la libertad que le daba, como por el ánimo que le habia puesto, porque verdaderamente él estaba ayuno del misterio de la imágen, y no me espanto, porque lo uno el temor, y la otro la poca experiencia que tenia de semejante pintura, no era mucho lo que era blanco le pareciese negro, y cualquiera hormiga se le representase un elefante, que esto y mas puede hacer la imaginacion en una persona melancólica. En efecto, señor, sin que ninguno entendiese lo que

pasaba, saqué á mi caballero del aposento, y roguéle que lo pasado, pues no tenia otro remedio, fuese en hora buena; pero que para adelante pusiese enmienda en sus pretensiones, negociando y tratando las cosas de otro modo, y echando de ver que habia de ser de cada dia peor, por mas que me desvelase en remediar las cosas, y que otro dia le habia de hallar en el aposento de mi ama, escogí por mejor partido dejar la comodidad que tenia, aunque era muy buena, y de mucho provecho, por no verme en una prision como la de Valencia, y sin culpa, y esto mismo aconsejaria yo á los criados de los señores, cuando viesen algun defecto en la casa, y no lo pudiesen remediar sin detrimento de su honor ó vida, ó por algun notable inconveniente, que se salgan, despidiéndose de sus amos, que mejor es que los tengan por mudables, y de poco conocimiento, que no que vengan á pagar lo que ni pecaron, ni tuvieron culpa, ni se hallaron en ello, que en efecto pagar por otros, estar inocentes, y llevarlo de voluntad, es obra solo para Dios, que pagó lo que no pecó y no pudo pecar, y no para los hombres, amigos de nuestra comodidad y provecho. En efecto, señor, yo me despedí de don Pedro mi señor, fingiendo que me enviaban á llamar de mi tierra. Sintió mi partida, y pagóme mas de lo que debia. Lloró por mí, y yo por él, que en verdad que tenia todo cuanto se puede desear en un buen caballero. Busqué con quien salir de Lisboa, y hallé unas mulas, que salian de vacío para Toro; concertéme con el mozo que las llevaba por poco precio; pero ya es muy tarde, quédese mi jornada para otra noche.

Cura. Dios se la dé muy buena, hermano; y mañana le espero en el mismo puesto.

CAPITULO IX.

Da razon Alonso del fin que tuvieron los amores de la dama portuguesa, y como en Toro entró á servir á un pintor de mala mano.

Alonso. Guardando su órden de usted, he venido aun mas temprano de lo que suelo otros dias.

Cura. Yo le oigo de tan buena gana, que ya me parecia que se tardaba. Quedamos, hermano, en la jornada de Toro, ya puesto á caballo con su mozo de mulas, milagro grande verle salir como persona grave, con tan buena comodidad; pero ántes que pasemos adelante, dígame por su vida: ¿oyó decir en qué vino á parar aquella señora de Portugal?

Alonso. Estando yo en Toro, tratando con unos señores portugueses, me contaron maravillosas cosas acerca de lo que usted me pregunta, porque ya sin tener una vigilante centinela como yo era, pudo la dama, como aficionada, dar entrada á su querido galan, no reparando en el disgusto de su descuidado padre, siendo ocasion de este desconcierto el mal consejo de la sobornada mozuela, á quien yo habia profetizado en lo que habia de venir á parar;

sucedió, pues, que una noche procuró esconderse en el jardin el enamorado mancebo, teniendo de su parte á la medianera de sus conciertos. Siendo sabedora de todo la señora mi ama, con palabra de que habia de ser su legítimo esposo, y confiada de este tan deseado contrato, en viendo sosegada la casa, y á su parecer durmiendo al descuidado padre, bajó de su cuarto por una escalera que venia á dar en el aposento de don Pedro; y de allí, abriendo una reja que servia de puerta, entró en el jardin, adonde su amante la aguardaba, llevando en su compañía su fiel Acates. Este bajar á abrir, y pasear de una parte á otra, no lo hicieron las dos con tanto silencio como las convenia, porque, ó bien del pisar con algun descuido, ó del ruido de la ventana que se abria, hubo de despertar mi amo con algun sobresalto de un sueño que entónces soñaba, de que unos ladrones le estaban robando las mejores piezas de su vajilla. Dió voces, acudió gente, y hallando las puertas abiertas, confirmó su sospecha. Llamóse la justicia; miróse la casa, y bajando al jardin, hubieron de encontrar con los desgraciados amantes, que á no estar allí la justicia, y tantos testigos, sin entenderse de persona alguna, mi señor diera cabo de ellos, que aunque en condicion era un ángel, cuando se enojaba era terrible, y no era mucho en ocasion y agravio semejante. En efecto, la justicia tomó la mano de todo; llevóse el caballero á la cárcel; depositóse la señora en casa de una su vecina, viuda, adonde por bien de paz se vino á casar con su amartelado, al cabo de algunos dias: á la mozuela, causa de toda esta pesadumbre, por tercera la dieron doscientos azotes; á los demas criados, aunque sin saber el negocio, los echaron de casa, renovándose toda ella de nueva gente de servicio; y mi don Pedro, por hacer mal á los desposados, y tener nuevo sucesor á su mayorazgo, de allí á poco tiempo mudó de estado, casándose con una doncella noble.

Cura. No me maravillo que un padre enojado haga estos extremos; pero prométole, hermano, que tengo lástima á la portuguesilla.

Alonso. Yo tambien confieso mi culpa: pero pues se lo quiso, y no pecó de ignorancia, tómese lo que de aquí adelante se hallare.

Cura. Ahora volvamos á nuestro cuento.

Alonso. En efecto, señor, puedo decir á usted que el cielo en esta jornada tuve muy de mi parte, y con la imposibilidad posible llegué á la ciudad de Toro, una de las mejores que hay en Castilla la Vieja, abundante, rica, bien cercada, amigable sitio, famosa por su caudaloso y soberbio rio, con quien vienen acompañados otros seis, que todos siete fertilizan la tierra, y dan gran número de pesca á los naturales y extrangeros, demas de la gran cosecha que tiene de pan, vino, y tanta diversidad de frutas, con que provee á muchos lugares y ciudades del reino, tanta es la abundancia que en ella se coge. Entretúveme dos dias sin acomodarme, considerando qué órden tomaria de vivir, porque andar siempre de casa en casa sirviendo, ya de escudero, ya de mayordomo ó page, teníalo á mucho trabajo, pudiéndome arrimar á algun oficio que me diese de comer; pues suele decirse quien ha oficio tiene beneficio; siendo como es virtud grande sustentarse el hombre del trabajo de sus manos, que de ello se precia el Apóstol diciendo: *Laborantibus manibus*

nostris, que es como decir: Comemos de nuestro sudor con el trabajo de nuestras manos. Esto imaginaba, cuando me hallé á la puerta de un pintor, que en un portal de su casa estaba dibujando un cuadro de san Cristóbal: detúveme en mirarle; y él de verme con tanta atencion, me preguntó diciendo, ¿de adonde era? ¿qué buscaba? ¿y de qué vivia? Díjele yo la afición que tenía á su arte, cuan aficionado era á los pintores, el haber poco tiempo que habia llegado á la ciudad, y el estar desacomodado en aquella ocasion, buscando alguna persona á quien pudiese servir. Como vos, hermano, gustásedes de estar en mi casa, replicó el pintor, os enseñaria el oficio, y habeis llegado en buena oportunidad, que no tengo aprendiz, y en su lugar os recibiré luego. Yo que ví el cielo abierto, y no habia cosa que mas por entónces desease, no me hice mucho de rogar, ántes agradeciendo su ofrecimiento le dí muchas gracias, ofreciéndome á servirle con la puntualidad, amor y aficion que me fuese posible; quitéme la capa y sombrero, como ya criado de casa: híceme una gran olla de cola para unos lienzos; aparejé los pinceles; molí unas colores; saqué aceite de espliego de nueces y linueso, bien como si ya estuviera metido en la obra, prometiéndome dentro de poco tiempo haber de ser un Zeuxis, á cuyas pintadas uvas bajaron las aves á picarlas, un Apeles de cuya pintura el mismo Zeuxis fué el engañado, llegando á la tabla para tirar un velo que parecia natural, y no pintado, segun estaba al vivo, ó ya de nuestros tiempos el Mudo, tan estimado de la majestad del gran Filipo II: ¿mas qué hombre hay que no se engañe? y yo que en desgracias podia dar quince y falta al mas desdichado.

Cura. ¿Pues qué tuvo con ese maestro?

Alonso. Qué tuve, me pregunta usted mas que no tuve. Cuanto á lo primero, él era hombre de bien, y bien intencionado, liberal, trataba su casa con muy buen órden; pero era mal pintor, discípulo que habia sido de otro peor que él: mire usted con qué principios saldria: persona era que me dicen que pintando una imágen de la purísima concepcion de la reina del cielo, pintándola con todos sus atributos de sol, luna, palma, ciprés, plátano, estrella, fuente y huerto, á cada cosa ponia su rótulo, diciendo: aquesta es palma, esta es estrella, y aquel sol; y con mucha justicia y acuerdo lo escribia, que aun está en litispendencia si el ciprés era fuente, ó la luna era plátano. Pues el bueno de mi amo pintó un dia al sagrado doctor de la iglesia san Gerónimo, haciendo penitencia en el desierto, y á su lado el leon; y para que se le comprase alguno de los que acuden de las aldeas los jueves, colgó la imágen á la puerta. Los muchachos del barrio, como es natural suyo, en viendo algo de nuevo, allegarse á ver, y dar su parecer en todo, como si se le pidieran ó entendieran, en esta ocasion no hubo quien faltase; mirando la pintura, decian unos á otros: ¿no veis el gato? ¡ola el gato! Mi señor que, por oir lo que decian, estaba junto á la puerta, respondió mirándome: Gato, aun no tan malo, cerca voy para que sea leon; y á este tono iba lo demas que hacia. Otras veces la reina santa Catalina, ó la apostolada Magdalena, salian pintadas de sus indignas manos, con sus

insignias, del modo y suerte que suelen de ordinario pintarse; á la una con su rueda y espada en las manos, y á la otra con su vaso; pero aplicaba los dedos y manos á lo que habian de tener, que si no era por milagro, no era posible se tuviesen. Sacaba yo de lo que allí veia cuánto importaban los buenos maestros, la buena doctrina, la larga experiencia, pues no todos son san Agustin, que por sí solo con su divino ingenio alcanzó lo que otros en muchos años aprendiendo y estudiando no pueden ni les es posible; ni ya me maravillo de lo que de ordinario se suele decir, alabando la habilidad y saber de uno; de fulano bien se puede fiar, y pedir cuanto quisiéredes, pues es discípulo de tal maestro, mas el mio no tenia lo uno ni lo otro, porque era adocenado, y con ser como era, ganaba de comer, mostrándose en esto como en todo la providencia del Señor, que da á cada uno, conforme su posibilidad y fuerzas, lo que ha menester.

Cura. Hermano, si todos fuesen de un gusto, de una voluntad y un parecer, no habria diferencia entre buenos y malos, entre lo muy perfecto y razonable.

Alonso. Acuérdome que un dia sacó Panarra una danza de filisteos, y él hacia la figura de Sanson, y traia en su mano la quijada de un jumento, y despues de haber danzado todos juntos, y hecho sus mudanzas, Sanson, representando su figura con la quijada, heria á los danzantes, como si los matara verdaderamente; y luego, para alivio de su cansancio y trabajo de la batalla de sus enemigos, alzando la victoriosa quijada del pesado animal, bebia de una fuente que tenia dentro hecha, pero en lugar del agua que habia de salir, era vino tinto. Estaba presente con el alcalde el cura de la aldea, grande teólogo, y enojado contra Panarra, le dijo: Parece la danza que es herética, porque de la quijada del animal no salió vino, sino agua, que el vino no lo bebió Sanson en toda su vida. Sonrióse Panarra, y mirando al cura, le respondió: No se meta en eso, pues sabe poco, y no echa de ver la providencia del Señor, que da á cada Sanson lo que ha menester, á mí el vino, y al otro el agua. Sentia yo estas cosas de mi señor en el alma, y quisiera que las imágenes no se pintasen, ó fuesen muy buenas, y no quedaba por decirlo, aunque sin provecho, no sirviendo mas de que se enojase conmigo, diciéndome algunas palabras, no de poco peso y consideracion. Tenia costumbre de pintar la casa otomana, los emperadores romanos, los dioses de los antiguos, y yo entónces, sin tener respeto á lo que le debia, con algun género de atrevimiento, reprehendia su trabajo y la vana curiosidad de algunos, diciéndole: En verdad, señor, que no tanto me admiro de que usted pinte al soldan, á Rosa su mujer, á Bayaceto, á Neron, á Julio César, á Júpiter y á Vénus, sino de que haya tantos que los compren, adornando sus salas y aposentos con figuras, que por lo menos los representados son tizones del infierno, ejemplo de maldad, la misma soberbia, deshonestidad y torpeza: ¿qué mejor adorno y pinturas, que las de unos mártires, ermitaños, apóstoles ó vírgenes? y si de otro género, una casa de Austria, unos príncipes católicos, que vivieron y murieron como cristianos, dejando fama y nombre de nuestra sagrada religion,

que tuvieron: celébre el persa, el africano, el indio á los de su nacion, y estése Bayaceto y Amurates en Constantinopla, corte de los secuaces de Mahoma: sí que nuestra florida España siempre ha tenido y tiene de presente varones ilustres, famosos en armas y letras, y es razon no se olviden, sino que su fama y nombre se eternice, que de esto sirven las imágenes y retratos que ahora usamos, y no como sentia aquel mal emperador Constantino, perturbador y enemigo de la católica Iglesia; pero yo, señor, no me maravillo de que se pinten cuadros de la historia de Jarifa, de la Otomana, de Celin y de Gazul, porque en efecto la codicia puede esto y mucho mas: pero que haya quien los compre, y que haya tan malos gustos, que los tengan en sus salas y aposentos, de eso me espanto. Desterró la majestad del rey Filipo III la mala semilla de estos agarenos, y mi pintor no acababa de olvidar sus retratos, cosa de gran importancia, tiempo, colores y lienzo mal gastado, pues en verdad que no quedaba por decirlo; y de suerte que enfadado conmigo, me dijo mas de lo que habia de oirle, principalmente porque una vez pintado el rostro de la reina del cielo, le matizaba con colores tan oscuros y pardos, que verdaderamente mas parecia india ó etíope, que rostro de señora hermosísima, como lo fué la sagrada Vírgen. Enojado yo con él, le dije: Mire usted que está engañado, que la madre de Dios, señora nuestra, no fué morena, sino blanca, y el rostro que vendrá á sacar de su mano, no solo no será moreno, sino negro y muy atezado.

Cura. ¿Qué dice, hermano? ¿luego nuestra Señora no fué morena? ¿No ve que esta es comun opinion de todos, y que está así recibido?

Alonso. Por ser cosa que me ha costado mucho estudio y trabajo el buscarlo, aunque en otra parte lo he dicho por ser opinion, y la mas verdadera, óigame usted, que gustará de oirme.

Cura. Ya le escucho atento.

Alonso. Cuanto al primer fundamento, ha de saber usted que si muchas imágenes de la santísima Vírgen han aparecido morenas, ha sido la causa el tiempo y humedad de la tierra, donde los católicos las enterraron, por miedo de que las sacrílegas manos de los moros no las maltratasen; porque no se puede entender que pintor alguno diese tal matiz tan moreno como algunas tienen, como la imágen de Atocha de Madrid, de Guadalupe, de Monserrate, y otras semejantes: demas que la experiencia nos enseña que al cabo de dar el lustre y barniz al rostro de algun santo, está con una blancura notable, y despues al cabo de dos ó tres años, va perdiendo aquel blanco, declinando mas al color moreno; y si es hermosura el ser blanca y rubia una mujer, ¿quién duda sino que la que jamas tuvo defecto, ni en cuerpo ni en el alma, habia de tener y guardar en sí lo mas perfecto y hermoso de las criaturas? Va dando señas la esposa á las hijas de Jerusalen de su querido y amado esposo, y contando sus gracias y hermosura, las dice: Mi amado es blanco y rubio. Luego si es en los hombres parte de perfeccion la blancura, ¿con cuánto mayor título será en una mujer? y si el hijo muy de ordinario le parece á la madre, como la que es hija al padre, ¿quién mas hermoso que Cristo Señor nuestro? Y por el consiguiente, ¿quién mas bella y her-

mosa que su bendita Madre? y lo cierto es que no fué morena, sino blanca esta divina Señora. Aquellos soldados y capitanes del general Holofernes, mirando la perfeccion y hermosura de la santa viuda Judit, tratando entre sí y comunicando el mucho interes que se les seguia de hacer guerra y destruir á los de aquel pueblo de Betulia, decian: Cuando esta gente no tuviera mas de tener tan hermosas mujeres, era bastante causa para que viniésemos contra ellos, y los echásemos de sus casas, para mas libremente gozarlas: pues si Judit, figura de nuestra gran Señora, defensa y amparo de todo el humano linage, mas fuerte y valerosa que esotra matrona de Betulia, que no á Holofernes, sino á la infernal serpiente quebrantó la cabeza, ¿qué hermosura la conviene tener? Y sabemos por experiencia cada dia que los alemanes y flamencos son blancos y rubios, por la mayor parte, por habitar en region tan fria; por el consiguiente lo han de ser los judíos y hijas de Jerusalen, pues tambien en aquella tierra hay nieves y hielos, y por el mes de marzo muy buenos frios. De aquel malo y desobediente hijo Absalon cuentan las divinas letras que su hermosura era por extremo, y que sus cabellos de oro eran adorno á las damas de su reino, aunque para él fueron destruccion y remate de sus dias; pues si en el desobediente fué tanta la hermosura y rosado color, en esta (ejemplo de humildad y obediencia) ¿porqué no habia de ser mas blanca que las azucenas, con quien es comparada, y mas rubia que el sol, de quien está vestida? símbolo de la pureza, virginidad y honestidad. Esta blancura, y ser blanca la santísima Vírgen, la viene de derecho, por ser como es la mas casta, la mas honesta y mas santa de las mujeres, y mas pura y limpia que los cielos. Dejo aparte que siempre que se ha aparecido esta serenísima Señora á los santos, ha sido vestida de blanco, señal que la blancura es el color que mas la agrada.

Cura. Repare, hermano, que se atribuyen á la Madre de Dios aquellas palabras: *Nigra sum, sed formosa*: negra soy, pero hermosa. Sacando algunos de este lugar haber sido morena.

Alonso. A eso, señor, puedo yo responder de otro modo, porque dejado aparte los muchos sentidos y explicaciones de los doctores sagrados, á quien se les debe todo respeto y reverencia, no será fuera de propósito decir: *nigra sum, sed formosa*, negra soy, pero hermosa: de casta soy de pecadores, á quien la culpa hizo negros, afeando la hermosura de sus almas: pero yo no soy como ellos, porque en mí nunca hubo culpa ni mancha de pecado, porque soy toda hermosa. Demas de esto, en el capítulo primero de los Cantares, pág. 1, col. 1, casi alude á este sentido, diciendo: *Nolite me considerare, quod fusca sim, quia decolorabit me sol*: no me consideréis como á los demas hijos de Adan, de quien todos han salido con manchas de pecado; pero voy por otro camino, porque el sol me dió resplandor y lustre, purificando y apartando de mí todo lo que era fealdad, oscuridad y sombras. Llámase la sagrada Vírgen escogida como el sol, y hermosa como la luna; y si ha de parecerse al sol y á la luna, fuerza es que sea blanca, pues la hermosura de la luna en ser blanca y clara consiste, como la del sol en ser claro y resplandeciente,

que por eso suele decirse que en dos meses del año suele estar la luna mas hermosa, en el de enero y en el agosto, porque en el uno con la frialdad del invierno no se exhalan vapores de la tierra, y en el otro con el calor del tiempo se consumen. Alaban mucho las divinas letras las muchas partes de la belleza que tenian Ester, Judit, Micol y Abigail, y de ninguna de ellas se dice que fuese morena, que á serlo sin duda ninguna se dijera. Dirán algunos que tiene fuerza, y hace ley la comun pintura que se suele guardar de muchos pintores, que pintando á la Vírgen nuestra Señora, la pintan no blanca, sino muy morena.

Cura. ¿Y qué responde á eso?

Alonso. A eso puedo responder que tambien pintan al glorioso san José, padre adoptivo de Cristo Señor nuestro, junto á la Madre de Dios en su virginal parto, y en la huida de Egipto, y píntanle con tanta barba, tan viejo y cano, que su rostro parece de mas de ochenta ó noventa años, tan consumida y arrugada la cara, que mas estaba para descanso y regalo un hombre de sus dias, que para los trabajos de un largo camino, no siendo así, pues el sagrado Evangelio le llama varon, y en buen latin, conforme se distribuyen las edades, la edad de varon y su tiempo viene á ser cuando llega á treinta años, porque á los cincuenta se llama hombre, y de allí adelante viejo; y á serlo el santísimo patriarca, llamáraselo el sagrado texto, como lo dice de santa Isabel, y del santo viejo Simeon, y de otros muchos, de quien por extenso refiere la historia los años de su edad; pero paréceles pintar así al virginal y santo Esposo de nuestra Señora, no porque fuese viejo, sino por la honestidad de la Madre de Dios, como si fuera menester mocedad ó vejez en los templos que tan propios eran del Espíritu Santo, en quien tan particularmente como en propria casa y morada asistia, y jamas se partió de ella, dejado aparte que una doncella de tan poca edad no se habia de casar con un hombre de tantos años, tan imposibilitado á llevar los trabajos que tuvo Cristo nuestro Salvador en su sagrada niñez; y porque no sea todo decir razones aparentes, sino que vaya con mas fundamento, conforme al modo de los juristas que quieren que siempre se hable trayendo y alegando una ley, en confirmacion de lo dicho refiere Nicéforo Calixto en el libro primero, capítulo XL, que Cristo Señor nuestro fué moderadamente rubio, que es como decir castaño, como lo fué su santísima Madre: y dícelo así Sotomayor, catedrático de prima de la universidad de Coimbra, sobre los cantares en el tomo II, fojas 992, en la columna segunda, en el fin de ella, y Dionisio Cartusiano, en el libro de las Alabanzas de la Vírgen Señora nuestra, en el capítulo XXXIX, dice que el cabello de la Madre de Dios era rubio, sus ojos zarzos, las cejas negras y arqueadas, la nariz aguileña, labios colorados, dedos y manos largas. Y por el consiguiente, si el cabello era rubio, no habia de ser morena, porque fuera deformidad, y no dijera con la hermosura que habia de guardar con las demas partes, y las damas que vemos con el cabello de oro siempre tienen el color del rostro blanco y encarnado. Y esto mismo dice el padre Viegas en el capítulo XXII del Apocalipsi, tratando de la hermosura de nuestra Señora. San Epifanio, referido de

Nicéforo en el libro segundo, capítulo XXIII, de la Historia eclesiástica, escribe que la sagrada Vírgen fué de mediana estatura, ni melancólica, ni risueña, y de un resplandor sobrenatural, como el de Moises y Judit, y el color, como de trigo, y este color, como dice el padre Barradas, en el tomo primero de sus Concordias, en el libro VI, capítulo IX, á fojas 294, en la columna primera, en el medio de ella, que con penitencias que hizo de ayunos, y otros santos ejercicios, adquiriendo nuevos merecimientos aquella señora, que siempre estuvo llena de gracia, como se lo dijo aquel celestial embajador, el color que de suyo era muy agradable le volvió en otro color pálido, macilento y amarillo; y esto debe de ser el color de trigo que dicen haber tenido su celestial rostro, porque grano ó espiga de trigo, dice con una amarillez, como tostada algo, y subida de color: y las que por alguna enfermedad y pasion del hígado, tienen alguna especie de tiricia, aunque hayan tenido el color del rostro encarnado, se les vuelve en otro, á modo de un dorado muy claro, mezclándoseles mucha cantidad de cólera con la porcion de la sangre: y de esta suerte pudo ser que por la poca salud, entrando ya en edad la reina del cielo, y tratando ásperamente su delicado y virginal cuerpo, mudase el color de su cara, de rosicler que era, en un trigueño tostado. No es bien le canse á usted ahora en decirle por extenso cual sea el mejor temperamento de los cuerpos humanos, por no enfadarle con muchas disputas, pues segun la doctrina de Galeno en su segunda parte *de temperamentis*, capítulo primero, muestra que los blancos y rubios son de mejor condicion que todos los otros, y que son afables, piadosos, amigos de hacer bien; y conforme á esto, así teníamos necesidad que fuese la que siempre habia de ser abogada nuestra. Y es cosa natural de Dios hacer y disponer las cosas con suavidad y amor; de modo que á su santísima Madre no la habia de criar flemática ni melancólica, como lo son los que tienen el color moreno, como Galeno afirma, en el libro que escribió: *Quod animi mores sequantur corporis temperiem*, que las costumbres corresponden á la templanza del cuerpo, y aunque esta regla no podia valer por esposa del Espíritu Santo, y de mayor gracia y sabiduría á los ojos de Dios que criatura jamas hubo, ni habrá en el cielo ni en la tierra; y la verdadera sabiduría y prudencia está en saber cada uno refrenar sus pasiones, no dejarse llevar de su natural inclinacion, y así dijo el poeta: *Sapiens dominabitur astris;* que el hombre cuerdo y sabio tendrá dominio sobre las estrellas.

CURA. En verdad que me ha dado contento su opinion, y que de aquí adelante la he de tener por la mas verdadera; pero prosigamos con nuestro asunto.

CAPITULO X.

Conoce Alonso no sentaban bien á su amo las disputas que con él tenia, y determina dejarle é irse á Segovia.

Alonso. No habia persona de mas noble condicion que mi amo, pues con reñir los dos todos los dias siete ú ocho veces, toda nuestra pesadumbre se acababa, de suerte como si cosa alguna no hubiera pasado, no sé yo si por echar él de ver que en cuanto le decia llevaba mucha razon y justicia, que esto de tratar verdad siempre parece que obliga al hombre de menos término, dejado aparte que él y su mujer me tenian particular aficion, y nuestras riñas eran como entre padres é hijos, adonde no es necesario intervenir autoridad de terceros para poner paz, porque como si toda mi vida me hubiera criado con ellos, así me tenian, y jamas hallé gente que mas merced me hiciese; pero yo era de tan mal natural, que cuanto mal me parecia, nunca guardaba respeto, y sin tener polilla en la lengua lo decia á las claras, topase donde topase. Muchos de los desabrimientos nuestros era yo la principal causa, que á nacer mudo cupiera con todos y hubiérame ahorrado de hartos trabajos.

Cura. Harta impertinencía me parece esa, sino dejar correr el agua por donde quisiere; y si su amo pintaba bien ó mal, dejarle; diérale á él de comer, y allá se lo hubiera con su oficio.

Alonso. Ya yo soy diferente de lo que solia, ni es necesario llevarme á la casa de los podridos, puente tengo de ser, y dar paso por mí á cualquier pasagero, imitando al espejo, que á cuantos á él se llegan, á todos hace cara, si no es que, falto de memoria como el ciervo, vuelva á dejar tan buen propósito, y á ser peor de lo que ántes era.

Cura. Cuénteme, hermano, esa fábula.

Alonso. Andaba en un ameno soto un grande y poderoso ciervo con un hijuelo cervatillo suyo, estando en lo mejor de su gusto; cuando mas descuidados estaban, acertó á pasar por allí un perrillo, con mas ruido de ladridos que tenia de cuerpo. Oyóle el ciervo, y temeroso, olvidado de la buena comodidad que allí tenia, y de la abundante yerba que dejaba, arrancó á correr con tanta ligereza, que hacia ventaja al viento; y el hijuelo, viendo correr al padre, no descuidándose de ir en su seguimiento, no le perdió pisada. Cansados de correr, volvieron la cabeza, y vieron cuan seguros estaban en la soledad del bosque, y que si alguna cosa se movia, era alguna hoja de los árboles, meneada del fresco airecillo que la movia, ó algun pajarillo, que mudando sitio, saltaba de uno en otro ramo. Viendo que estaban seguros, y la poca ocasion que habian tenido para tan gran alboroto, dijo el cervatillo: Padre, no poco maravillado estoy de cuán para poco seamos dos animales tan grandes y tan ligeros, como naturaleza, nuestra madre, nos ha criado:

¿ por qué razon, ó en qué ley cae, que á un ladrillo de un guzquejo, como si viniera algun príncipe con lebreles y ligeros galgos en nuestro seguimiento, no de otra suerte, hayamos tenido el alboroto? Dos leguas habemos corrido sin parar un punto, y sabido por quién, por un perrillo que yo con mi poca fuerza de una coz que le diera le quitara la vida; solos fuimos nosotros los desgraciados, á nosotros nos negó la naturaleza lo que concedió á los demas animales, siendo corta para los de nuestro género, no por cierto: dióle al jabalí colmillos; uñas y dientes al leon; al águila el encorvado pico; al caballo ligereza y piés fuertes: y al toro cuernos como á nosotros, con que nos defendamos Cortedad es nuestra, teniendo dos tan fuertes ramos en la frente, y cada uno con cuatro ó seis agudas puntas, no defender con ellas nuestro partido, y siquiera mostrar al que nos ofende alguna resistencia, y no, en oyendo menearse una mosca, correr y mas correr, como si no tuviéramos armas muy bastantes para vengarnos de nuestros enemigos. Si muerde el perro á un jumento, ¿ no le tira una coz? ¿ La simplecilla abeja no clava su aguijon? ¿ pues porqué no haremos nosotros alguna defensa? Oyóle el padre, y considerando sus razones, le dijo: Razon tienes, remediarse ha para adelante, que el no caer en las cosas muchas veces es causa de grandes yerros: vámonos á nuestro antiguo sitio, que allí podremos estar con mayor comodidad y regalo. Volviéronse los dos por su camino, mas no anduvieron mucho, cuando atravesando una fugitiva liebre, fué causa de menearse unos ramillos, que por humildes besaban la tierra; oyóle el viejo ciervo, y en oyéndolo, nunca disparada saeta pasó por el aire mas ligera, como él corrió por las espesas matas con el hijuelo que le seguia, hasta que ya de correr cansados, mas por fuerza que de voluntad, hubieron de detenerse, y corrido el cervatillo de la cobardía que mostraban, quejándose, le dijo á su padre: ¿ Cómo es posible que tan presto pongamos en olvido los buenos propósitos que teníamos? ¿ no sois vos el que poco ha me distes palabra de haberos de enmendar, poniéndoos en defensa de los que os hiciesen algun agravio? Así es verdad, respondió el ciervo; que una mala costumbre con dificultad se olvida: estoy hecho á correr, á no esperar ni resistir á cosa que viene tras mí, no me puedo detener, tengo por mas seguro el huir; no tienes que decirme, que aunque mas me digas, no te ha de ser de provecho. Clara y bien clara está la aplicacion, no será menester comento, señor licenciado, ni maestro que explique lo que quiere decir la sentencia; todos los dias hacia exámen de mi conciencia, proponia de enmendarme, y como mal penitente volvia á mi antigua culpa, sacando de ella aborrecerme, cobrar enemigos, tenerme por hablador, y no sacar yo ningun provecho.

Cura. Por necio tendria yo á un hombre que conoce su falta, y no pone enmienda, teniendo entendimiento bastante para irse á la mano, y corregir sus yerros.

Alonso. Dice usted muy bien; pero en mi favor tambien hay bastantes razones que acreditan mi natural inclinacion; y la primera y principal será ser bueno y piadoso mi intento; y si decia ó reprehendia, are mo-

vido de caridad, justo celo, y con ánimo de hacer algun fruto, sirviendo á Dios con buenos consejos: bien como lo que ví en una ciudad de este reino, un sábado de cuaresma, á un predicador famoso, predicando á los regidores y justicia de ella, en esta forma: como los caballeros y justicia, á quien tocaba el gobierno de la ciudad, no podian asistir los viérnes de cuaresma á oir la palabra de Dios, por estar ocupados en sus ayuntamientos y juntas de gobierno, señalaron los sábados, en que se determinó se les predicase aquel dia, nombrando para esto los mejores predicadores que en aquella ocasion florecian, así de los conventos, como de la iglesia catedral de la ciudad, donde estaban predicando por su órden al que le cabia aquella semana. Cúpole la suerte á un prebendado de la santa iglesia, persona tan docta como virtuosa, y tan discreta como prudente: predicó un admirable sermon, con elegante lenguage, admirables comparaciones, mucha escritura, bien á propósito traida, y reprehendiendo algunos desórdenes del mal gobierno, dijo: No poco me maravillo, ¡ó ciudad ilustre! y no sé si diga que no doy crédito á semejante yerro, como me han dicho: si el zelo de aumentar las rentas de los propios es desordenada codicia, si es no haber advertido en los inconvenientes que se siguen, remedio tiene, como confio que se hará para adelante; es el caso, hanse proveido y nombrado pesadores de la red del pescado, con tal aditamento, que estén obligados de dar cada año ocho ducados por la merced que se les ha hecho del nombramiento, y con esta carga usan del oficio que se les ha dado. Pregunto, señores, este dinero ¿de dónde ha de salir? ¿quién lo ha de pagar? ¿pues cómo, trabajar todo un dia, y sin premio de su trabajo? ¿quién nunca vió pagar censo sin propiedad, sin provecho ni usufruto de lo que posee? no basta el mal nombre de los pesadores y carniceros, sin que se les dé ocasion para mayor daño? Acabó su sermon, y los señores regidores miraron el negocio con tanta prudencia y atencion, que salió luego decretado se les diese el nombre de pesadores, á los que lo tenian, sin llevarles por ello cosa ninguna. De esto sirve el tener quien vaya á la mano al mal órden; quien avise de los descuidos que hay en la república, que muchas veces por una buena amonestacion y aviso se pone remedio, y enmiendan faltas, que cada dia fueran en mayor daño, á no haber quien las estorbase y reprehendiese. Esto mismo era lo que á mí me movia con todos mis amos; pero salíame al revés mi pretension, que los sin ventura no habian de nacer. Los unos se enfadaban de mis razones; y en lugar de darme gracias por mis avisos, me volvian malas palabras, y la de menos ofensa era la de habladorcillo, palabrero de poco seso, y menos asiento; dándome en cara con las casas que habia mudado, que verdaderamente no podia saber quien habia sido el coronista de mi vida y milagros; ó yo quien era lo debia de traer escrito en la frente, pues en cualquier ciudad que llegaba, luego me decian: Alonso, el mozo de muchos amos; lo mismo me decia mi señor pintor, que aunque recibia de él obras como de padre, tambien hacia de las suyas, y me daba del pan y palo, por ventura para obligarme á que hiciese lo que hice quizá, y aun sin quizá, movido por el comun parecer ordinario, que dice: No te diré que te vayas, mas ha-

réte obras con que te despida; que para un criado que no es nada lerdo, no ha menester catedrático que se lo explique y declare, y á su falta comento por donde lo pueda entender. Caí en lo que pretendia; conocí sus cartas, y ganándole por la mano, un dia que nos vimos á solas, le pedí con algun sentimiento me diese licencia porque me habian enviado á llamar de Segovia unos deudos mios, personas ricas, y que podian favorecerme. Fingió con algunas muestras pesarle de que le dejase; llamó á su mujer; contóla lo que conmigo le habia pasado, como queria dejarlos, y de la jornada de Segovia. No son esclavos los criados, respondió mi señora; si él gusta de irse, no hay mas de pagarle lo que se le debiere, y á la bendicion de Dios, que ni á él le faltará donde estar, ni á nosotros otro aprendiz que nos sirva con voluntad y amor. Bien cierto es lo que usted dice, la respondí; que aunque no estoy concertado, sino que hasta ahora he sido mal aprendiz, pues he tenido y servido, como dicen, siete oficios, aprendiz, oficial, despensero, criada y criado, mayordomo y escudero, suplico á usted se me dé algo para ayuda de mi camino, que la prometo á usted que aunque quisiera salir de la ciudad no tengo con qué, si usted ó mi señor no me socorren. Seis meses ha que me servis, dijo el pintor, y por voluntad que os he tenido, aunque no os debo nada, ni obligacion de pagaros, pues no lo ganábais, tomá esas dos docenas de reales, y Dios os haga bien. Recibí mi moneda, díles las gracias, y tomando mi poca ropa, pues, por la misericordia del Señor, de ordinario andaba como el caracol; y para mudarme de un barrio á otro, no habia menester ganapanes, seguro de polilla y de ladrones, pues si no me desnudaban, no me podian hurtar la ropilla, salí de Toro para la ciudad de Segovia, pareciéndome que en ella, por su noble y caudaloso trato, hallaria alguna comodidad en que ganar de comer, por haber oido decir que era verdadera madre de forasteros, y que como tan rica á todos ampara y recibe con amigables brazos. Los dineros que llevaba eran pocos, porque aunque yo, siendo aprendiz del pintor, habia hecho algunas figurillas á ratos perdidos, y me bandeaba con mi poca habilidad, pintando alguna vez la pelea de Hércules con la serpiente de siete cabezas, otras veces á santa Marta con el dragon, y al apóstol san Bartolomé con el diablo atado con una cadena, pinturas para algunos labradores como las de Apeles, y á cuatro reales no eran vistas ni oidas, que en esto como en todo se ven las maravillas del cielo, que todo se apetece, todo se vende, y ninguna cosa deja de hallar dueño por mala que sea.

CURA. ¿Qué quiere, hermano? ojos hay que de lagañas se enamoran.

ALONSO. A ese propósito me acuerdo que conocí un gentilhombre, de buen talle, bien entendido y muy galan, casado por sus desdichas con una que se preciaba de muy dama: aunque para decir verdad no tenia cosa para poderlo ser; porque si tenia el no ser gruesa, era tan por extremo flaca, que para cimenterio de huesos nada le faltaba; crecida de cuerpo, algo espesa, sus ojos, aunque hundidos, de ordinario le manaban algun arrope; tan tierna de años, que no eran mas de cincuenta y nueve; y tan bien acondicionada, que entre sus vecinas jamas le faltaron pleitos, no teniendo un dia de paz: mirábala el bueno de su marido, y con la pa-

ciencia del pacífico Job, la decia : Mirad, mujer, hombres hay que de lagañas se enamoran, y yo fuí el uno de ellos. Así eran los compradores de mis pinturas, ellos iban contentos y yo lo quedaba mucho mas, con la miseria que me dejaban, con que vine á allegar algun dinerillo, que con lo que me dió mi amo fué ayuda para ponerme en camino sin pedir nada á nadie. Sentíame recio, de buena disposicion y ánimo; el tiempo me favorecia, era enjuto, no demasiado caloroso, ocasion para que no buscase cabalgadura, fiado en mis piés, pues en hacer las jornadas no muy largas, podria atreverme á cualquier camino. Con esta buena determinacion salí de Toro, sacando para mi provision lo que me pareció necesario y que no fuese de mucho peso y estorbo; valiéndome mi traza para cuatro dias, que como ya no era niño todo era menester; pues aunque poco á poco caminaba, no podia dejar de sentirlo : de modo que cuando llegué á Santa María de Nieva, me dí por vencido, porque ni atras ni adelante no podia dar paso, sintiendo con esto un demasiado calor en mí, como si me amenazara una gran calentura. Temeroso, no quise salir de la villa á pié; y así, viendo que salian unas panaderas para Segovia, me concerté con una, para que me trajese á caballo hasta la ciudad; trájome por cinco reales que la dí, trayéndome hasta la Vírgen de la Froncisla, donde quise quedarme para adorarla, dándola gracias de haberme Dios traido á su santa casa. Mas pues ya es tan tarde, y usted está con tan justa razon enfadado de oirme, quédese mi viage de Segovia para mañana, que yo sé que me acordaré de acudir al puesto.

Cura. Prométole que le oyera otras dos horas de muy buena gana; pero pues gusta de recogerse, y ya es hora, váyase á buenas noches, y veámonos mañana.

CAPITULO XI.

Cuenta Alonso el milagro que obró Nuestra Señora de la Froncisla con la judía Ester, y el orígen de la limosna llamada ofrenda en Segovia.

Cura. Ya veo, hermano Alonso, cuanto cuidado tiene, y conozco la obligacion en que estoy : en Segovia quedamos, no se pase el tiempo, prosiga con su viage.

Alonso. Quedé, señor, en el sagrado templo de la Madre de Dios de la Froncisla, sagrario edificado en honra de la milagrosa imágen que en sí tiene, con limosnas de todos los ciudadanos de Segovia, por tener con justa causa particular estima y reverencia con esta sagrada imágen, patrona suya.

Cura. Ya yo tengo noticia de sus grandiosos milagros, y pues en su santa ermita estuvo, cierto es que sabrá muy por extenso el milagro de la judía, de quien ántes que pase adelante recibiré mucha merced me le cuente.

Alonso. El caso fué tan grande, que aunque ande impreso en algunos libros, verdaderamente es digno de que todos le sepan; y pues usted gusta de oirle, diré breve y sucintamente, como le leí en la tabla que está en el mismo templo de la Vírgen nuestra Señora, en esta manera. El año de mil doscientos treinta y siete, reinando en Castilla el rey don Fernando, que por sus heróicas y santas virtudes fué llamado el santo, en este tiempo hubo en la ciudad de Segovia una noble y principal judía, llamada Ester, rica, diestra y hermosa, y tanto que de su belleza aficionado un caballero, la comenzó á solicitar por todas las vias y modos que le fué posible, paseando su calle de dia y de noche; y ya que no del corazon de su dama, sacando centellas de los pedernales de su puerta, con el correr y brincar de su caballo; mas Ester, que de semejantes cosas no hacia caso, daba de mano á los paseos, músicas y desvelos de su loco amante. Era casado el caballero, y con mujer zelosa. Sabidora ya de los nuevos amores de su marido, movida mas por sospechas que de razon y justicia, ciega de enojo y rabiosa de zelos, considerando que su marido, estimándola en poco, la dejaba por una judía, se fué con otros deudos y conocidos suyos en casa del corregidor de la ciudad; y ante él la acusan de adulterio, y juntando á su querella otros sobornados y falsos testigos que no le faltaron (que de estos siempre ha habido en el mundo abundancia), se hizo cabeza de proceso contra la inocente y hermosa Ester, de mala, deshonesta y adúltera; la qual, como no tuviese quien la diese favor, pues su marido era el mayor contrario y sus mismos deudos y mas cercanos parientes los que la perseguian, como en negocio que tanto tocaba en su deshonor y honra, fué condenada á despeñar, género de muerte mas usado en aquellos tiempos, porque entónces no acostumbraban á apedrear las adúlteras conforme á las leyes que en Jerusalen solian guardar los Judíos; y ya como república de menos gente de la que solia ser, acomodábase con este género de castigo. Trujeron por las calles acostumbradas á la inocente culpada, hasta que llegaron al lugar del suplicio, que era lo mas alto de unas peñas, llamadas Grajeras, por los cuervos que á ellas se recogian; cuya altura aunque era mucho mayor de lo que ahora parece, por haberse desgastado grandes pedazos de aquellos riscos, ya con el tiempo, que todo lo deshace, ya con las muchas aguas y humedad que tienen en sí siempre, y por curiosidad mia, la altura que ahora permanece, la hice medir, y tiene sesenta y dos varas, que contadas á tres piés cada una, como miden los albañiles, hacen ciento ochenta y seis piés; demas que fuera de ser tan altas estas peñas, salen tantos pedazos y puntas afuera, que no era posible llegar al suelo ninguna persona que cayese de arriba, sino hecha pedazos. Aquí, pues, en lo mas alto de estos riscos, pusieron á la afligida dama, con sola una alcandora blanca, que era como camisa; atadas sus manos atras, su madeja de oro suelta al viento, atados sus piés con una gruesa soga, rodeada de verdugos para arrojarla, todo el campo y los caminos llenos de gente, codiciosos todos de ver un tan lastimoso espectáculo; y esperando ya el fin de su vida. Mas quiso su buena dicha y suerte que, al tiempo que iban á arrojarla, alzase los ojos Ester hácia la iglesia mayor,

que entónces estaba junto á los reales alcázares, y venia á estar frente á frente de donde ella estaba; y alcanzando á ver una imágen de la Madre de Dios, Señora nuestra, que hoy es de la Froncisla, y estaba en un nicho de la puerta de la santa iglesia, movida de una celestial inspiracion y divino auxilio, mirando á la reina del cielo, la dijo de esta manera, con fervorosa fe y voz alta, que la oyeron muchos: Vírgen santa María, como valeis á una cristiana, valed á una judía; y pues eres señora y amiga de limpieza, mira mi inocencia y el peligro en que estoy; socórreme, señora, que si me libras de este presente trabajo en que me veo, toda mi vida gastaré en tu servicio en tu sagrado templo, recibiendo ante todas las cosas el agua del bautismo. Esto acabó de decir, y con extraña crueldad la arrojaron de aquellos encumbrados riscos donde estaba; mas al punto que salió de las manos de los crueles verdugos, vino á dar en las mejores que se pudieron hallar despues de Dios en el cielo y suelo; pues la sagrada Vírgen la recogió en las suyas, no dejándola hasta ponerla en la tierra libre, sana y consolada, con la gloria de tan celestial favor y regalo. Algunos hay que dicen que vino la Vírgen nuestra Señora á favorecerla en figura de paloma, y así se pinta el milagro, conforme á esta opinion, mas el libro intitulado *Fortalitium fidei*, que yo he visto en el capítulo IX *de Bello judaico*, donde hace mencion de este maravilloso suceso, dice que la sagrada Vírgen nuestra Señora en sus manos la trajo desde lo alto, hasta ponerla libre y sin daño alguno, dejándola en lo llano del camino, adonde habia de llegar hecha pedazos. Viéndose, pues, Ester libre de tan gran peligro por el beneficio y merced de la Santísima Vírgen, no la quiso ser ingrata, ántes con muchas lágrimas de piedad y gozo pidió á los cristianos que á tan maravilloso suceso se hallaron presentes, que luego la bautizasen, confesando á voces que queria ser del gremio de la iglesia católica; á tan grande y prodigioso milagro acudió el obispo don Bernardo, que entónces regia la silla episcopal de Segovia, y los mas principales ciudadanos de ella; y junta la clerecía, con las cruces de todas las parroquias, la trajeron en procesion á la iglesia mayor, dando todos mil gracias á Dios, que por medio de su bendita Madre obra tales maravillas, y ganando una alma para el cielo. Llegados al templo, el obispo la bautizó, dándola por nombre María, para memoria del beneficio que habia recibido, y por sobrenombre del Salto, por el trabajo y peligro en que se habia visto, y tambien por el salto que dió de la ley de Moises á la ley evangélica de gracia. Luego que María del Salto se vió bautizada, pidió al obispo la dejase estar todo el tiempo de su vida en la iglesia, porque su intento era servir á Dios y á la Vírgen en ella, ocupándose en algun santo ministerio, y así se hizo conforme deseaba, y miéntras la duró la vida, no salió de la iglesia antigua, que estaba en la plaza de los reales alcázares, y despues, hecha la iglesia mayor nueva que ahora tiene la ciudad, se mudó su cuerpo con mucha veneracion, y le pusieron en la pared del claustro, donde está pintado este maravilloso suceso.

CURA. ¿Y el marido, la dama y testigos, ¿qué se hicieron? que en verdad que se puede desear saber en qué pararon.

ALONSO. Ni la historia lo cuenta, ni autor ninguno hace mencion de ellos; pero púdose creer piadosamente que el marido, los testigos y judíos que vieron tan admirable caso se volverian á Dios, dejando su ley mosáica, y la dama pediria perdon á María del Salto del testimonio que zelosa la habia levantado, y de allí adelante con notable enmienda corregiria su cólera, para que otra vez no se despeñase á semejantes daños y crueldades. Despues para memoria la divina imágen de la Madre de Dios, que como dije estaba en el nicho de la puerta de la iglesia catedral, se puso en una pequeña ermita, donde el Señor obró por ella grandes milagros. Y despues, creciendo con mayor fervor la devocion de los segovianos, la edificaron en honra y servicio suyo el suntuoso templo que ahora tiene, á cuya traslacion la noble ciudad hizo notables y grandiosas fiestas en que se hallaron los católicos reyes y príncipes y otros muchos grandes de España: de cuya fiesta escribieron elegantemente el licenciado Simon Diaz, que al presente asiste como administrador de la sagrada ermita, y Frutos de Leon, hijos de Segovia; y tambien escribió, aunque sucintamente, el doctor Gerónimo de Alcalá Yañes, médico y cirujano, una breve relacion en un pequeño librillo, dedicado á la muy noble y leal ciudad de Segovia.

CURA. Prométole, hermano, que tengo de leer todos esos libros, porque verdaderamente esas fiestas han tenido nombre y fama por todo el mundo: pero volvamos á nuestro cuento.

ALONSO. Descansé en la ermita, y no quisiera salir de ella, mirando aquella mas que milagrosa imágen de la Madre de Dios, por tantos títulos y razones estimada, que si no es hablar no la falta otra cosa. Advertí las riquezas que tenia, las muchas y preciosas lámparas que ardian en su presencia, el adorno del altar, las pilas de jaspe, presente hecho á la Emperatriz del cielo por el capitan Juan de Roca, hijo tambien de Segovia; y hallándome algo descansado, salí de la ermita para entrar en la ciudad antigua, famosa, noble, leal y rica: antigua, por haber sido su fundador aquel famoso Hércules: leal, porque fué la primera que á la reina católica doña Isabel, de gloriosa memoria, entregó sus llaves, cuando otras ciudades estaban puestas en ármas, con la rebelion de las comunidades: noble, por las muchas casas ilustres de caballeros que tiene, que aunque pudiera por extenso referir á usted su calidad, antigüedad y nobleza, y habia bien que decir de cada una de ellas; pero para quedar corto, y cuando mas diga, no decir nada, mejor es dejarlo á historiades de mas levantado estilo, á quien de derecho pertenecen semejantes causas: rica, por tener como tiene el trato mejor, y de tanto caudal, tan honoroso y necesario como es el de los paños, cuyos hacedores son sin número los que tiene Segovia, gente principal de todas naciones, montañeses, vizcainos, gallegos y portugueses, que como no todos en sus tierras pueden ser mayorazgos, es forzoso tomar modo de vivir; y así, ejercitándose en la fábrica de lana, no solo adquieren con su industria caudal suficiente y hacienda, sino que tambien son verdaderos padres de familias, sustentando innumerables oficiales, á quien por su trabajo dan de comer.

CURA. Dígame, hermano, ¿vió la puente que dicen de los Diablos?

Alonso. Ese, señor, es dicho del vulgo, porque el demonio, padre de maldad, enemigo capital de los hombres, jamas supo ni hizo cosa que no fuese para daño y perdicion nuestra; y cosa de tanto provecho y necesaria para el sustento de la ciudad, y no se pudiera pasar sin ella, sino con gran trabajo, es cierto que no habia él de ser su autor y artífice; y si lo hubiera sido, procurara con todas sus fuerzas, permitiéndolo Dios, que cosa suya no estuviese en pié, derribándola por el suelo, pues como dragon ponzoñoso busca nuestro mal, y procura estorbar todo bien; y así, lo cierto es que su autor fué Trajano, emperador de Roma, obra digna del romano imperio, maravillosa en su fábrica, y contada entre las maravillas del mundo Escribió de ella el doctísimo Jorge Vaez, jurisconsulto de Segovia; y Antonio de Valvás y Baraona, hijo de esta ciudad, hizo tambien una curiosa y elegante narracion en un subido y levantado verso : en efecto, señor, de muchas claras y cristalinas fuentes, que nacen de las sierras vecinas, y de la nieve que en ellas se derrite, viene encañada el agua hasta llegar á la ciudad, adonde sobre piedra tosca y parda, á los principios solos, y despues llegando á lo mas bajo del lugar, siendo doblados unos sobre otros, viene á entrar en la ciudad, repartiéndose por diversos conductos, abasteciendo las fuentes y caños de los lugares públicos y plazas, jardines y pozos de las casas, cual si fuese un caudaloso arroyo, suficiente para todos los ministerios necesarios, así del arrabal como de la ciudad. Fuíme ántes de llegar á verla á los alcázares reales, fábrica antigua y palacio de los mas fuertes y vistosos que tiene el rey don Felipe nuestro Señor; estan vecinos de las casas obispales del señor don Melchor Moscoso y Sandoval, obispo en esta ciudad, hijo del señor conde de Altamira, tan noble en sangre como ejemplar en letras, tan cuerdo y de maduro consejo como mozo en los años, de una loable y santa juventud : en lo seglar tenia el gobierno Don Sancho Giron, que para honrarle el sobrenombre bastaba, caballero del hábito de Alcántara, ejemplo de corregidores, y por su teniente el licenciado Diego Cambero de Valverde, persona de tanta cordura y de tan larga experiencia, qne con haber habido ántes dos jueces que gobernasen la república, pareciendo ser bastante para la judicatura y buen gobierno de ella, el real consejo le envió solo á gobernarla y regirla.

Cura. Con tales sugetos, ¡qué bien no se podrá esperar en Segovia!

Alonso. De allí me fuí á la santa iglesia catedral; obra insigne y digna de la grandeza de una ciudad como la de Segovia, pues con ser tan poca su renta, ó casi ninguna, es otro segundo Escorial en su fábrica, y no es mucho, pues la va edificando la caridad y limosna de sus piadosos segovianos, y en bolsa de Dios no es posible que jamas pueda faltarle.

Cura. Son esas las limosnas que llamaron antiguamente echar piedra, y ahora se llaman ofrendas.

Alonso. En el tiempo que la iglesia mayor estaba junto á los reales alcázares, y arrimada á las casas obispales, ántes que se mudase á la plaza mayor, adonde ahora está, para ir edificando la catedral nueva, iban todos los dias de fiesta por sus parroquias, así la gente principal como la plebeya, sin excusarse ninguno por noble que fuese, á traer los despojos,

así de piedra como de madera, para andamios y otras cosas necesarias con que se iba levantando la obra que se intentaba, gastando en este santo ejercicio fiestas y domingos, ocupacion digna de la piedad de los de Segovia; y para muestra del contento y gozo con que acudian á semejante trabajo (que lo era grande) llevaban las angarillas adornadas y cubiertas de seda, flores y olorosas yerbas, haciendo ventaja en su celo y generoso ánimo á la reedificacion de aquel tan celebrado templo de Jerusalen; pues como, segun doctrina del angélico doctor santo Tomas, la industria de los hombres inventó el dinero, dándole calidad para que todo lo valiese, hallándose por él el trigo, el pan, la carne, el pescado y todo aquello que faltaba ó tenia necesidad alguno de los que iban á pedir alguna cosa, no del modo que ántes se usaba, porque si alguno habia menester algun aceite, iba en casa de su vecino, y llevábale, porque se le diese otra cosa para trueco de lo que recibia; pero como ya el dinero tenga el valor, y sin serlo sea en calidad cualquiera cosa de cuanto puede imaginarse, los ciudadanos, para que diese fin con mayor brevedad el sagrado templo, y contínuamente se prosiguiese con el edificio, dieron nueva traza, y fué que se echase tales dias señalados ofrendas, así por la gente noble, como por los oficiales de la ciudad, y porque pareciese que iban para aquel efecto, determinaron se pusiese la limosna en unas velas, segun ahora se hace, llevando una vela de cera blanca de á libra cada uno, y en ella un escudo de oro: sirviendo la cera para servicio y culto del altar de la santa iglesia; y la limosna de la moneda para la obra: hecha la primera ofrenda en la ciudad y linages el dia de los Reyes en cada un año, los demas domingos y fiestas señaladas van echando sus ofrendas todos los oficios, que son muchos: y sin estas dos naciones nobles, que son vizcainos y montañeses: y porque no se reserve persona alguna, el dia del apóstol san Pedro echa su ofrenda el cabildo de la santa iglesia, teniendo tambien la clerecía otro dia señalado en que echar la suya; hasta los lugares cercanos, que son como arrabales de la ciudad, vienen por la pascua de Espíritu Santo á traer en sus carreteras y acemilas piedra, cal y arena, materiales forzosos para aumento del sagrado templo; y de este modo ordinario es con el que se procede, por haber sido su principio el echar ó mudár las piedras de un lugar á otro: se llamó esta limosna echar piedra, y al presente se llama ofrenda, variándose el nombre; negocio de mucha virtud y ejemplo; viendo con el celo y voluntad con que se continua cada año, sin haber intermision, ni poner falta en ningun modo.

CAPITULO XII.

Entra Alonso á servir á un peraile, y despues de mozo de percha en casa de un mercader.

Cura. En verdad, hermano, que me he holgado de oirle: prosiga con su viage.

Alonso. Andúveme por la ciudad dos ó tres dias, entreteniéndome y tomando algun alivio del cansancio causado de mi camino, y de la indisposicion que habia tenido, visitando los conventos y casas de devocion que tiene Segovia admirables, así en edificios como en riquezas de religiosos y religiosas, donde se hallan personas de toda virtud, de saber y letras; pero considerando que el poco dinero que me habia quedado se me habia de ir acabando forzosamente, si no tomaba órden de vivir, determiné de acomodarme en algun oficio, adonde luego ganase de comer; y el mas á propósito que pude hallar fué el del peraile. Verdad es que es el de mayor trabajo, que aquí verdaderamente se puede decir: *In sudore vultus tui vesceris pane tuo*, con el sudor de tu rostro comerás tu pan; mas propio para gente moza que para personas entradas ya en dias, de quien se debia de acordar un viejo en el tiempo que debiera estar en su punto la caridad, compasion y misericordia, el dar consejos saludables y virtuosos á los que deben dejar buen ejemplo de obras y palabras: este, pues, cercano ya á la muerte, y como dicen en los últimos trances de su vida, pues casi no podia formar la voz, rodeado de toda su familia, y junto á su cabecera un hijuelo solo mayorazgo de la gruesa hacienda que le dejaba, puestos en él los ojos, le dijo semejantes razones entre otras: Mirad, hijo mio, que si prestáredes dineros, sea sobre prendas que valgan el cuatro tanto, no sobre ropa, sino plata, oro ó cobre; y si á vuestra heredad hubiéredes de traer obreros que cultiven, así las tierras como las viñas, no los escojais ni admitais viejos, sino gente moza que pueda trabajar; y no que á lo mejor del tiempo sea menester que esteis delante, para que aproveche el jornal que os lleva.

Cura. En verdad, hermano, que ese hombre era caritativo, y que no dejaria por misericordioso de hallar misericordia.

Alonso. Hay hombres de corazon de piedras; pero yo, fiado en la divina providencia, me aventuré; y buscando un maestro, le pedí me llevase á su casa, dándole palabra de servirle con muchas veras, si me enseñaba el oficio, y me admitia por aprendiz: dificultó un poco, por verme ya amatelado la barba, como pluma de tordo de mas de un año: pero asegurándole yo su partida, hizo quitar la capa y sombrero; y poniéndome dos palmares en las manos, me dijo: ¿Cómo os llamais? Alonso, le dije; y respondióme: Alonso, buen nombre y mal mozo, no querria que se dijese por vos: empezad por ese vayarte, y miradme á

mi como empiezo á cardar, en el nombre de Dios y de su santa Madre. Alzó mi amo los brazos; y yo imitéle, y le prometo á usted con muy buena gracia, mirándome otros compañeros que estaban trabajando, que no me hacian ventaja, con estar ya ejercitados en el oficio, que para decir la verdad el mas cansado y de mayor trabajo es el que tiene la lana; y que cuanto se gana, aunque mucho mas fuese, todo es poco para un cansancio y trabajo tan intolerable, y mas para quien no estaba acostumbrado á semejante ejercicio. Mas no vengan desdichas: ¿cómo pasará un hombre por delicado que sea? Dió el reloj las siete horas, mas deseadas que el dia de fiesta para los niños que van á la escuela; y como si cayera algun gran turbion de agua, bastante para apagar un fuego, así el sonido de la campana puso fin á nuestras continuas alabanzas; tomaron sus capas y sombreros los oficiales, y despidiéndose de mi amo, salieron diciendo iban á almorzar, y mi maestro y yo con otros dos aprendices nos sentamos á la mesa que nos pusieron con dos panes, una asadura guisada con su ajo, y un jarro de vino: el olor me bastaba para abrirme á mí las ganas del comer, porque como habia trabajado mas de hora y media, llevaba la salsa de san Bernardo; y mostróse muy bien, pues de los dos panes el pan y medio en poco rato le puse en cobro; y no era mucho, porque iba mojando en el caldillo. Mirábame la maestra, y alabando mis buenas ganas, me dijo, viendo que no me habia quedado nada delante: ¿Quereis mas, hermano? Dios lo da con mano liberal siempre, como ahora, la respondí, que en verdad que como estoy convaleciente y cansado, que no puedo comer tanto como eso; pero confio en Dios que iré cobrando fuerza, y comeré de otra suerte. En casa de Bercebú podreis vos comer, me replicó la mujer, y no en mi casa; eso habia yo menester: doce maravedís habeis ganado, y habeis comido real y medio, y no podeis comer; á otra parte, hijo mio, que talle llevais, que á la comida, merienda y cena gastareis de pan, vino y carne ocho reales: caro aprendiz sois; salid luego, y dejad mi casa. Cuando usted me eche de ella, la respondí, no faltará quien me reciba en su servicio, y mas en año tan fértil de trigo.

Cura. A tantas malas razones, ¿qué dijo su maestro?

Alonso. Era la señora mi ama, y tocábale el mandar aquellos dias, dejado aparte que porque hubiese paz en casa, por via de buen gobierno, le convenia callar, por ser el natural de la maestra medio víbora, ó medio serpiente, si no lo era entera; y los que alcanzan tanto bien por su desdicha, lo mejor que pueden hacer es disimular, y no se dar por entendidos, por importar mas el sosiego de casa que el servicio de un mozo, por bueno que sea: yo, señor, dí gracias á Dios por mis trabajos, pedí á mis amos perdon por el disgusto que les habia dado sobre mi negro almuerzo, y echando de ver que si me despedian no era por deshonor alguno, ni falta que tuviese, sino sobra de un poco de pan mas ó menos, me salí de su casa con determinacion de otro dia buscar un obrador venturero, y como otros entrar por mi jornal, confiado en mi buena habilidad. Pues con sola una leccion que me dieron, parecia estar suficiente para hacer un exámen; y no se maraville usted de mi soberbia, pues cada dia podrá

echar de ver ingenios tardos, rudos y tan dificultosos de aprender lo que se les enseña, que sería mas fácil domar un toro, volver el ímpetu, ó somar quieto, arrancar el mas soberbio y levantado monte, que hacer que los tales perciban una palabra; y por el contrario, otros de tanta agudeza, tan prontos y fáciles para cualquier cosa, que no hay águila que así vuele, ni saeta que con mayor velocidad pase por el aire: yo, pues, aunque por extremo, como otros, era entreverado, y lucíaseme cualquier obra que entre manos tomaba, dando de mí buena razon y cuenta; paseéme por la ciudad aquel dia; y madrugando otro con los oficiales que metió un capataz de un mercader, me llevó consigo, entendiendo que era tan ejercitado en la percha como los que llevaba. Ayudó para esto el decir yo que habia trabajado en Córdoba y en Toledo, y decia verdad, aunque por otro camino, pues no sé yo que haya mayor trabajo que estar uno dependiente y sujeto á la voluntad de un señor, por bueno que sea; en efecto, pasé plaza, hice mi figura como los demas, no solo aquel dia, sino otros muchos; y tambien que no tenian que reñirme falta alguna que hiciese. Mirábanme mis compañeros; y como no me conocian, alcanzaba con ellos mejor nombre y opinion de la que yo podia desear, y entre mi cansado trabajo, notaba yo el modo de proceder que tenian: el cantar de los viérnes los pasos; el sábado los gozos, y todos los dias en dando las diez: Rey don Sancho, rey don Pedro, váyase por ello, despachábase entónces la estafeta, traia cada cuatro ó cada ocho, con que se animaba todo fiel cristiano: aquí sí que se podia vivir, y aun beber, sin estarnos mirando á la boca si se come; pues para trabajar todo es necesario, y el que camina, por cansado que vaya, tomando algun refresco, toma aliento: no habia hombre que no fuese gobernador y regidor del mundo, mucho mejor que los que se desvelan con nuevos arbitrios, consumiendo vidas, gastando su hacienda, y haciéndose malquistos con todo el reino. Todos los consejos teníamos de ordinario en nuestro obrador, sin haber un maravedí de renta entre nosotros; considerábamos con muchas veras qué gente era menester para ganar la casa santa; ventilábase el negocio; habia varias opiniones, resultando de la disputa algunas malas palabras y peores obras; saliendo algunos de los litigantes muchas veces con las manos en la cabeza, para que tuviese de comer el solícito procurador, el alguacil, fiscal y escribano. Verificándose bien el comun dicho de las madres viejas: Dios desavenga quien nos mantenga. Habia fueros y tandas, regocijo entre nosotros muy conveniente á la bucólica; daban las doce de medio dia, y no quedaba olla que pudiese estar segura, pues á la una se habia de volver á nuestra tahona; y si algun tiempo se podia excusar, era de medio cuarto de hora, cuando mucho, porque para mas nuestro guardian tenia cuidado de que fuésemos puntuales en todo. Llevábase de esta suerte toda la semana, lúnes y jueves habia el socorro para alivio del ordinario gasto de cada casa, miéntras que el sábado, hecha cuenta, se hacia pago de cuanto se nos debia, premio bien merecido y galardon bien trabajado, que si con paciencia se llevase, no poco merecimiento se podia grangear, ni era de estimar en poco tener una ocupacion tan forzosa, que si se quisiesen divertir por algun vicio, no hay disciplina que así

corrija, y vaya á la mano la sensualidad y torpeza, como el continuo asistir de noche y de dia á semejantes obras, pues con la ociosidad, madre de los vicios, todo mal se saca, como del sudar, trabajar y ocuparse loablemente, toda virtud, modestia y recogimiento, aunque no faltaban desaguaderos en medio de nuestras congojas, porque como nuestra vida es mar, forzosamente ha de haber de todo, quietud, vientos crecidos, borrascas, y olas que se levantan hasta las nubes.

CURA. ¿De qué modo en la casa de un pobre oficial?

ALONSO. Venido el sábado en la tarde, aunque lo mas ordinario era domingo de mañana, íbamos en casa del mercader á cobrar la semana, sacando por junto lo que á cada uno le pertenecia; pero lo que me ponia nueva admiracion y espanto era ver repartidos en diferentes escuadras, no solo á mis compañeros, sino á otros muchos semejantes en la perdicion y poco juicio, pues en poco mas de dos horas ponian en cobro. perdiendo en ilícitos juegos y borracheras lo que no habian podido ganar en muchos dias, sino á costa de su grande sudor y cansancio, y no reparando en los grandes inconvenientes que suelen traer tales entretenimientos. Servia yo de predicador, aconsejábales por el mejor camino que podia el remedio de su perdicion y mal término, diciéndoles: Hermanos, teneis hijos (que por la mayor parte gente pobre carga de esta jarcia) y vuestra mujer en esta ocasion, enfadada de los hijuelos, está aguardando el sustento que llevais ganado para toda vuestra familia, pues despues de Dios, vos habeis de ser el que los habeis de alimentar; y ya que no teneis renta, vuestro sudor ha de ser el que los ha de dar de comer; dejado aparte que echais á mal en un hora lo que habeis estado reventando muchos dias para ganarlo: dejo aparte los juramentos, las malas palabras que os decis, vuestro compañero y vos, que son lances forzosos de los que juegan el procurar engañar, el deseo de quitar al perdido hasta la camisa; y persona ha habido que imitando á nuestro primer padre, se quedó en carnes. ¿No os acordais que cuando os casásteis, os dijeron no os damos esclava, sino compañera? ¿Pues á qué esclavo se le ha quitado la comida como vos haceis, ó qué bárbaro pudo sufrir lo que vos quereis que pase la pobre de vuestra mujer? Llegais á vuestra casa habiendo perdido lo mucho ó poco de vuestro trabajo; os cercan las obligaciones, que es fuerza os den pesadumbre; vuestro vecino no las ha de remediar, y por ventura le habreis enfadado otras veces con la perdicion que traes: ¿qué gusto os puede quedar, ó qué buena cara mostrareis considerándoos tan sin esperanza de favor ó remedio; pero al fin, para todo en lo que suele parar, pagando vuestras deudas con ausentaros, haciendo iguales á vuestros acreedores, dejando vuestra tierra por algunos años, huérfanos de mal padre á los hijos, que ni pueden ganar de comer, ni aun lo saben pedir, y á la que os llevó para tener amparo con vos, tan sin él y tan sola, que á no haber sido tan corta su ventura, la hubiera sido harto mejor no haberos visto ni conocido; pues suele decirse un alma sola ni canta ni llora; y ella acompañada de un hombre tan desalmado como sois, y con tantas almitas de purgatorio, sin haber pecado, sino por pecados vuestros, ¿qué puede tener, sino estar en una

perpetua guerra, en un tormento y afliccion, cautiva, causada por un vicio tan desordenado de un juego? ¡O juego! pues así consume y acaba hacienda, honra, vida y alma: que juegue el rico, el poderoso, el que tiene mucha renta, aunque es malo, llevadero es; pero vos, hermano, ¿porqué, ó para qué? no llueve Dios sobre cosa vuestra, ni cayó granizo sobre viñas ni sembrados de vuestros padres: lo que hoy ganais lo habeis de comer mañana, y si no trabajais, no lo puede haber, si no es con trampas ó enredos; ¿pues porqué habeis de jugar y holgar? A los oficiales se les permite los dias de fiesta hasta real y medio, para que se entretengan; y vos salis, no solo de lo prometido, sino que no guardando órden ni razon en las cosas, todo va, y no como ha de ir, tan sin rienda, que no hay caballo desbocado que así se despeñe. Esto de ordinario les aconsejaba; y oíanme ellos con tanta risa, como si les dijera alguna patraña; y burlándose de mí, decian tener mucho andado para predicador, que guardase la boca y saldria eminentísimo, sacando de aquí por mi cuenta que esto medra el que sin ser rogado ó pedido siquiera, se mete en dar consejos; pero al fin, como no todos son de un natural, y cada uno hijo de su madre, no faltaba quien volviese por mí y alabase mi intento: milagro, y no poco de estimarse, pues si hay zoilos que murmuren, y no se contenten con cosa que ven ni oyen, tambien hay quien ampare y favorezca el buen celo, y lo que se pierde en unos, con otros viene á restaurarse. Con estas y otras cosas pasaba mi vida, y aunque trabajosa, sin salir de Segovia me estuviera miéntras me durara la vida, á no sucederme la desgracia que le contaré á usted, que fué en esta manera: estábamos una tarde, como solíamos, en el obrador, con el mayor regocijo y contento que podré encarecer; habíase cantado, y con muy buena gracia, cuantos romances se venian á la memoria del rey don Pedro, de don Alvaro de Luna, de don Sancho sobre Zamora, no dejando los valerosos hechos del Cid y Bernardo del Carpio, cuando, cansados ya los de una y otra banda, venimos á tratar sobre cual tenia mas poder, el soldan de Persia ú el turco Soliman. Dijo uno: El turco es muy poderoso; es señor de muchos reinos; tiene grandes riquezas, muchísima gente, muy dada á la guerra, porque como entre ellos no hay religiosos, sino que todos se casan, y el que mas mujeres puede tener y sustentar las sustenta y tiene, multiplícase en ellos la generacion, dejado aparte la multitud de genízaros que tiene, soldados que solo serian para la guerra. Mi compañero dijo que no, porque el soldan alcanza en mayores riquezas, es mayor su reino, y sus soldados y gente de guerra están mas ejercitados en las armas, y como gente diestra hacen ventaja, aunque fueran menos, á los del turco. No es así, replicó el otro, y á pocos lances vino un mentís, y tras él un golpe con los palmares en la cabeza, que dejó tendido en el suelo á su contrario, alcanzándole con los gavilanes una mortal herida; los mas que allí estábamos, tuvimos por mas seguro poner tierra en medio, que aguardar á la justicia y escribano, y fué cordura, porque en llegando que llegó el teniente, viendo el peligro del herido, á cuantos halló llevó á la cárcel, y á encontrar conmigo, sin duda que me sucede otra como la de Valencia.

CURA. Notable disparate, por cierto, que por algo tomaban pesadumbre.

ALONSO. Por estas y otras tales cosas muy de ordinario teníamos nuestras pendencias; y así, para evitarlas, determiné de irme á Barcelona, por haber oido decir del reino de Cataluña grandes bienes. Pero ya, señor, es hora de que nos recojamos y así con su buena licencia de usted se podrá quedar la jornada para el siguiente dia.

CURA. Sea como gustare, que aquí me hallará aguardándole con la voluntad que he tenido para cuanto me quisiere y ordenare de mí.

CAPITULO XIII.

Cuenta Alonso la jornada de Barcelona, su cautiverio, los trabajos que le sucedieron y como, habiendo sido rescatado, tomó la resolucion de acabar sus dias sirviendo de ermitaño.

ALONSO. Es la vida nuestra, señor licenciado, como la mar, como la guerra y como la fortuna; y así como en todas ellas, y en cada una de por sí, hay tempestades, vientos contrarios, quietud, aires amorosos, favorables, malos sucesos, desastrados fines, victorias, riquísimos despojos, volver de prosperidad en suma desdicha y desventura, subir de humilde y bajo estado á la encumbrada silla del imperio, así en mi tragedia lo podrá usted echar de ver, y yo á mi costa haber experimentado. ¿Qué de veces me ví en buen hábito, rico, favorecido de gente noble? ¿y cuántas deseando un pedazo de pan para satisfacer mi necesidad y miseria? Vime sobrado con quien me sirviese; despues pobre, y tan solo, desamparado de todo favor, representé en el tablado de mi vida el papel que suelen muchos representar, haciendo el personage de un rey, de un príncipe y luego el de un pobre pasagero ó pícaro.

CURA. Eso, hermano, dijo el Espíritu Santo, mostrándonos la variedad de las cosas y la poca firmeza que se tiene en ellas, cuando dando consejo, enseña diciendo: *Non laudes virum in vita sua*, no alabes á nadie hasta que muera, porque el mas subido y levantado muy de ordinario suele tener vaivenes; acábase la hacienda, muérese el amigo, ó enfádase de dar amparo y favor, y sin su báculo, no se pudiendo tener, forzosamente ha de dar en el suelo. En los soberbios alcázares y castillos mas fuertes es adonde hace su fuerte el tiempo y la fortuna, amiga de voltear mas que un gitano, si tengo de hablar como debo, y á la obligacion que tiene persona que profesa la ley y fé de Cristo Señor nuestro, no hay hado, estrella ni fortuna, que todo esto fué invencion y locura de la vana gentilidad, dando adoracion á dioses falsos, inventados por su gusto y parecer, siendo lo cierto y verdadero que el Señor que rige y gobierna así los cielos como la tierra, es uno solo, cuya poderosa mano da á cada uno lo que le conviene y es necesario; al rico y poderoso ha-

cienda y bienes temporales; y al pobre y menestereso lo necesario para la vida, sin tener descuido de la mas pequeñuela hormiga, hasta el mas fuerte y cuerdo elefante, sin tener quien le aconseje, quien le ayude y encamine en lo que ha de hacer.

Alonso. Eso, señor, doctrina es del predicador de las gentes san Pablo, mostrando con evidencia la entera sabiduría de Dios. Pero volviendo á nuestro propósito, salí de Segovia, sabe el Señor cuan necesitado de cuanto habia menester para semejante jornada; porque aunque es verdad que ya ganaba de comer, íbase comido por servido; de modo que el jornal era poco, y no bastante para posada, comida y vestido; demas que las fiestas traen su gasto de por sí, y no la ayuda de la costa de aquel dia; pero al fin, á trueco de no caer en una cárcel, todo se me hacia bueno, sin espantarme dificultad por grande que se me ofreciese; llevábame el deseo de ver aquella insigne ciudad de Barcelona, cabeza del reino de Cataluña, insigne y famosa por sus grandes riquezas, de quien por epiteto comunmente se suele decir Barcelona la rica, como por otras Valencia la noble, Zaragoza la harta; grandiosa por su iglesia mayor, casas obispales, lonja de mercaderes, playa agradable, cuyas márgenes tocan las orillas del mar, combatiendo con su muelle, puerto adonde jamas faltó embarcacion para cualquiera parte que pretenda una persona embarcarse. Estas y otras buenas nuevas me llevaron por toda la Mancha, adonde hallé cuanto pude desear en la caridad de las villas de Ocaña, Tembleque, Albacete y Sumilla, hasta llegar á la muy noble y leal ciudad de Murcia, que todos estos títulos tiene, y de ellos se precia, y con mucha razon, rica por su noble trato de seda, regalada por su famosa huerta y caudaloso rio de Sigura, que la riega y fertiliza; noble por las muchas casas de caballeros ilustres que la ennoblecen; no se contentando con menos de poner en sus armas seis coronas, siendo como es cabeza de reino. Quedárame en ella de muy buena gana, por haberme parecido muy bien; pero temí el gran calor que ví en aquella tierra, y yo, como criado en lugares mas frios, sentí luego el rigor del sol y la destemplanza del aire, contrario á mi antigua costumbre. Estaban todos los ciudadanos en aquella ocasion ocupados en la furia del subir de los gusanos para hilar: tiempo en que se pierde ó se gana una casa: en un punto de subir mal ó bien dejan los gusanos ó rico ó pobre á su solícito y cuidadoso dueño; pues ha sucedido con salir admirablemente de las tres dormidas, que son tres tiempos en que mudan de cuero ó camisilla, al tiempo de ir á hilar, quedarse ahorcados, ó morirse de landre, quedándose de la suerte de unos confites que llamamos canelones.

Cura. Por eso, hermano, se debió de decir al fin se canta la gloria.

Alonso. Creo que sí, porque aunque no hay cosa que no tenga su azar, no sé qué se tiene esta granjería de la crianza de la seda, que pasa por tantos vaivenes de fortuna, que cuando uno piensa que va viento en popa, entónces queda sin saber por donde, perdido y asolado, y muchas veces el que no lo imaginó, rico y poderoso. En efecto, señor, como otras tierras tienen cosecha de pan, vino y aceite, fruta, pesca, hierro y otras mercaderías de trato, el de Murcia es de sola la seda que se coge, y

acuérdome que el año de 1588, en que todos los astrólogos pronosticaron grandes desdichas á nuestra España, un poeta de Murcia, burlándose de todos los judicarios y pronósticos de aquel tiempo, hizo unas quintillas en que fué contrapunteando sus falsas profecías; y entre los versos que compuso fué esta quintilla:

Gusanos han de comer
Los cuerpos tristes humanos:
En Murcia no, que ha de ser
Al reves, que han de comer
Los hombres de los gusanos.

Pues como aunque estaba contento con el buen trato de mis murcianos, me estuviese espoleando el deseo de mi jornada, dejé la ciudad, y subiendo en el caballito del Seráfico Padre (1), tomé el camino de Orihuela, ciudad primera del reino de Valencia, que con su regalo y temple de tierra, no es de menor calidad que la de su vecina Murcia, y aun imagino que la hace ventaja en los calores; de cuyo rigor, no poco temeroso, me dí prisa para dejarla, procurando llegar á la ciudad de Alicante, puerto de mar, adonde tenia nueva que estaba de partida una nave para Barcelona, último fin de mi deseo, que como mio jamas pudo lograrse; que parece que hay hombres que todo les sucede á la medida de su gusto; y otros que parecen terreros de desdichas, y yo debí de entrar en el catálogo, pues con llegar al puerto de Alicante, no tan necesitado como otras veces solia á las ciudades donde caminaba, no pude escapar de la mayor desdicha y desventura que me podia, ni era posible venir á sucederme.

Cura. Notable encarecimiento; el suceso aguardo.

Alonso. Aun quedo corto, y usted dirá si tengo razon. Llegué, señor, á Alicante un lúnes de madrugada, desgraciado para mí, si no es que por la vecindad del dia siguiente se le hubiese pegado alguna desdicha; y sin detenerme en la ciudad, me fuí derecho al muelle, por no perder ocasion de embarcarme, y fué á tiempo que entraban en un bergantin una compañía de representantes y entre ellos algunos amigos que en tiempos pasados me habian favorecido; alegréme de verlos, que para cualquiera ocasion no hace daño tener amistad con los que se ha de caminar; ofreciéronseme de hacer por mí cuanto pudiesen, dándome palabra de admitirme para la representacion: demas que ya yo la habia hecho otras veces; y representando un embajador, una guarda, un page y un oso, dragon y muerto, y no me turbaba en el tablado, como otros representantes nobles que á los primeros versos se quedan como recien casados: agradecido á sus ofertas, me metí con ellos con mi hatillo de ropa, ó casi ninguna, con grandes esperanzas, que si una vez me enta-

(1) Dícese ir en el caballo de san Francisco, por el que camina á pié, con alusion á que este gran santo y patriarca jamas subió en caballería ni carruage en cuantas jornadas hizo.

blaba por este camino habia de subir al nombre que otros traian de semejante modo de vivir, siendo segundo Melchor de Leon, Sanchez, Cristóbal, Lovillo, Cintor Prado ó Alcázar, personas que en representando tenian á los oyentes, que no era menester pedirles silencio, segun estaban suspensos y colgados de sus razones. Hízose señal de partir: alzáronse velas, levantóse un viento favorable, salimos del puerto sesenta y seis personas forasteras, sin los que gobernaban el bergantin, viento en popa, y con la seguridad que se podia imaginar: ¿ mas quién la tuvo en medio del golfo, y mas yendo Jonas con mi compañía? que cuando no hubiera de venir borrasca, los vientos se conjuraron contra ellos, siendo la tormenta mayor que han padecido los que de ordinario corren semejante fortuna. Oscurecióse inopinadamente el cielo, condensáronse las nubes, bramaban los vientos, subian las olas hasta las estrellas, y tras ellas bajábamos todos con el pobre bergantin hasta los abismos y centro de la tierra, llevando de camino cada uno la ruciada bastante para que, aunque fueramos una seca yesca, dejarnos remojados para muchos meses: allí era el llamar los santos, el hacer promesas, el arrepentirse de las ofensas cometidas contra Dios, y el esperar por momentos la muerte, que por esto se dijo: Si quieres bien rezar vete al mar á embarcar, porque allí es ello: de la vida á la muerte solo hay una tabla, cerrado el cielo, conjurados los vientos, tierra convertida en agua, sepultura de desdichados, que aun siete piés en aquella ocasion valian mas que valen las Indias, y allí no se pueden comprar por ningun dinero, aunque el otro, consolándose en sus desdichas, dijo que no le podia faltar tierra donde enterrarse; pero en el mar sepulcros hay mas honrados, y de mayor estima; pues no faltan ballenas, delfines, atunes y tiburones, donde puedan sepultarse, y á ser luego con aquello se acabara, sin entrar en nuevos tormentos mas insufribles que la muerte, aunque el filósofo dijo que el mayor de los males era el morir: *Malorum omnium terribillima mors*: mas no supo Aristóteles qué cosa era cautiverio, ni estar en tierra de moros, sujeto á un renegado sin dios, sin ley: ni en su vida le faltó pan ni carne, ni fruta que comiese: levantábase cuando le daba gusto, íbase á la cama cuando queria; y no como nosotros, que habiendo corrido mas de trescientas leguas en dia y noche, cuando vino á mostrarnos su cara el dorado y resplandeciente sol, que dicen los poetas, nos hallamos en la playa de Argel, rodeados de catorce galeotas, rotas las velas, hecho pedazos el árbol y entenas; todos tan hechos agua, que carne y vestidos eran de una suerte. Poca defensa hallaron en nuestro bajel los infieles, porque mas estábamos para espirar que para tomar las armas: y así fácilmente entraron en posesion de lo que no ganaron, sino de lo que el cielo les enviaba, por pecados nuestros. No se vea ningun católico cristiano como entónces nos vimos; y lo que peor era, y de mayor lástima, las pobres mujeres de los comediantes tan diferentes de cuando entraron en el bergantin, como va de muertas á vivas; allí sí que representaban á lo natural lo que es la miseria humana; poco ántes libres, entónces sujetas á un infiel barbaro, cruel, que su gusto y apetito era el dios que adoraba, cuya razon no era mas

que su interes y voluntad; y ser así bien se conoció, pues con vernos de modo que á los mas crueles animales moveríamos á compasion, lo primero que hicieron nuestros enemigos fué cargarnos de hierro desde el cuello hasta los piés; y así arrojados, nos llevaron al virey, dándole cuenta primero del venturoso suceso que habian tenido con nuestra desgracia. En lamentable prision subimos una gran cuesta que tenia Argel hasta la mar, porque su sitio es un alto, y lugar tan fuerte, que admira su grandeza por ser inexpugnable, sus calles tan angostas y estrechas que dos personas á caballo no pueden ir juntas; y para poder pasar otro, se han de arrimar mucho á la pared, ó entrarse en alguna puerta, para tener un poco de lugar, y que no le atropellen, y con ser como es tan infeliz pueblo, cárcel del demonio y verdugo del pueblo de Dios, es fertilísima, y de admirables aguas, regalada de cuantas cosas pueden desearse para el sustento de los hombres, teniendo los desdichados habitadores de aquella infeliz ciudad en esta vida los regalos y bienes, en trueco de los tormentos y dolores que en la otra les estan aparejados y los aguardan con tanta certidumbre. Salian á mirarnos por ventanas y calles innumerables muchachos, que como aquella gente no se contenta con una mujer, sino que el que mas puede tener ese tiene mas, y entre ellos no hay frailes ni monjas, sino que todos se casan, no hay enjambre de abejas que así se multiplique y aumente: solas las mujeres guardan clausura, y no permiten estos bárbaros salgan á vistas ó por ser demasiado zelosos ó por falta de ellas; pues como infieles sin razon, no deben de guardar el respeto que deben á sus maridos, en ofreciéndoseles alguna buena comodidad y ocasion; ellos, por evitar estos trabajos, trátanlas de suerte que mas se puede decir por ellas que son esclavas que compañeras y esposas. Llegados al virey, fácilmente se juzgó y averiguó nuestra causa, porque partió Tomas, y para sí lo mas: escogió para sí los comediantes, que eran trece personas de gentiles cuerpos y de mediana edad, y á sus mujeres, y entre ellos le pareció quedase yo tambien, diciendo que le parecia que era esclavo muy á su gusto. Los otros cautivos parte repartió para el gran señor, que nosotros llamamos el gran turco, y parte de los que quedaron dió á los capitanes que se habian hallado en la playa, quedando él mejorado en todo, por haber llevado lo mejor de la presa, diez y seis personas con las mujeres.

Cura. Por necio le tuviera si, teniendo las manos en la masa, no saliese él con la parte mejor y de mayor provecho.

Alonso. A ese propósito me acuerdo de un caso que le sucedió á un ganadero de mi pueblo con un mayoral suyo, en esta manera: para llevar cantidad de ganado á Extremadura un hombre rico, le entregó á un criado suyo dos rebaños de carneros, dándole facultad y licencia para que juntamente con su ganado llevase cuarenta cabezas que él tenia, dándolas pasto con las que á su cargo habia de llevar; partió, hecho su concierto; duró su ausencia todo el invierno, hasta que, llegada la primavera, dió la vuelta con el ganado para Castilla; y llegando al pueblo donde su amo estaba, le fué dando cuenta de lo que le habia entregado; pero no tan buena, que no faltasen mas de doscientas y sesenta cabezas,

dando por descargo haberse muerto algunas por la inclemencia y rigor del frio, y otras por los muchos lobos y osos que se crian por aquellas tierras. Sintió el señor la falta; afligióse; pero como cosas sujetas á la voluntad de Dios, dióle gracias por el trabajo que le enviaba: y preguntando por los carneros que habia llevado por suyos, dijo: Gracias al Señor, buenos vienen todos, no han tenido ningun desastre. Entónces el buen hombre, perdida la paciencia, con mucha cólera, vuelto para el mayoral, le respondió: ¡Mala pascua os dé Dios, y mal san Juan tengais! solo para mis carneros hubo lobos, osos, enfermedad y desdichas; y para los vuestros sobra de salud y buena fortuna: si mi ganado pudiera hablar, yo sé que dijera cuan gran ladron sois, y el mal trato que habeis tenido.

Cura. Eso, hermano, es llaga vieja en los criados incurables y sin remedio; y militan de una suerte lo alquilado y lo prestado, que por eso se dijo: adonde no está su dueño allí está su duelo. A una señora que iba tan bien vestida que parecia que las sayas que llevaba se las habia puesto para barrer las calles, la preguntó un galan que la servia, motejándola de poco aseada: Señora mia, ¿ese vestido que usted trae es suyo? pidióle prestado, ó alquilóle?

Alonso. En efecto, señor, el virey escogió de los cautivos los mejores, de mas fuerzas, mas mozos, y de mejor talle: los viejos enfermos, y de menos provecho, dejólos para el turco y sus capitanes.

Cura. Aun no tan malo, pues quedó en poder del rey; y por lo menos en su palacio era forzoso el pasarlo mejor y con mas regalo; cosa que contradice á un cautiverio.

Alonso. Pues vaya usted notando lo que le diré, para que vea los trabajos que se pasan en aquella Babilonia, y la desenvoltura en que se ve un pobre cautivo. Lo primero, la comida no ha de ser mas de un pan de racion, sin género de vianda; y el pan lo mas ordinario es de cebada, y si de trigo muy malo, negro y lleno de salvado; la bebida, agua, porque vino allá no se usa, aunque entre los moros hay tambien grandes borrachos: tocino allá no se cria, por ser carne, prohibida por Mahoma: si mas de pan, como fruta ó carne, comieren los cautivos, será por comprarlo, ó lo mas cierto por hurtarlo, porque para ellos no hay cosa segura, porque si no es viviendo de rapiña, no se puede pasar en aquel reino; de suerte que quejándose de un cristiano un moro por haberle hurtado algunas cosas de comer y dineros, le respondió el juez: Guardáras tú tu casa y hacienda, que bien sabes que ese no tiene mas renta de la que pudiere hurtar. Esto es cuanto á la comida y cena; y el dormir es un carzo, que son unas cañas juntas, atadas con una soga, que vienen á formar como un tablon ó puerta grande, adonde puede echarse un hombre, porque colchon de lana ni otro género de ropa no se la darán á ningun cautivo. De noche viene el alcaide con algunos moros de guarda, para llevar á recoger á los cautivos á una casería que tienen que llaman baños; allí se encierra cada noche gran número de gente, quedando seguros con esto de que no puedan rebelarse, tomando armas contra sus dueños, y de que convidados con la soledad y silencio, no se

cometan algunos delitos, pues de cinco mil y mas cristianos que tiene Argel de ordinario dentro de sus muros, cualquiera travesura y rebelion se podia esperar. Llega la mañana, y sacan, no de los palacios de Galiana, sino de aquellas desdichadas mazmorras, á los infelices que en ellas estaban esperando la luz del dia; unos acuden á la mar, para servicio de las galeotas, aderezando las jarcías y remos, otros á la muralla y fábrica del palacio, que como procuran que siempre este en pié, y bien aderezado, forzosamente ha de tener ordinarios reparos; los demas acuden á las huertas, cultivando la tierra, que de suyo es fructífera, para el regalo y sustento de aquellos infieles, y no era el menor dolor que yo sentia en mi ocupacion, el ver que todo mi cansancio, sudor y trabajo, era ir contra mi patria, contra mi ley, contra mi rey: y lo peor que habia en ello era que no podia irme á la mano, ni dejar de hacer cuanto me mandaban, pues si alguna vez por mi desdicha echaban de ver que me descuidaba, allí era el abrirme las carnes, sin haber réplica, ni intervenir ruegos para un riguroso y terrible castigo.

Cura. Eso, hermano, peor era que estar amarrado á un banco de una galera; que en efecto para los galeotes hay invierno en que descansan en los puertos, y muchos dias en que no se trabaja.

Alonso. Aun si por eso quedara, pasadero pudiera ser; pero, señor, llega la primavera, y aun ántes que los campos se empiecen á bastecer de diversas flores, se empiezan á prevenir los renegados piratas, y apercibiéndose de gente de guerra, y de la chusma para los remos, no dejan lugar de la costa que no saltean, corriendo el paso de Oran á Cartagena, de Valencia á Barcelona, y de San Ginés para Alicante, no dejando barquero ni pescador que esté seguro de sus galeotas, pues como ya corsarios ejercitados y diestros, no hay dificultad que no emprendan, ni temeroso asalto que dificulten. Nosotros salimos de todos estos lances los peor librados; pues que si en tales ocasiones se descuidase un pobre remero, allí seria el acabar de una vez con todo.

Cura. ¿De qué suerte?

Alonso. Salió de Argel Moratarraez con dos galeotas que tenia, prometiéndose un gran empleo, si la fortuna le favorecia, porque las llevaba, así de gente, como de tiros, bien armadas: mas sucedióle bien al contrario de lo que habia imaginado, pues engolfándose en alta mar, descubrieron seis galeras de España, que habiéndoles reconocido, venian en su seguimiento; el moro conoció la ventaja, y como buen soldado no se atrevió á esperarlas, poniéndose en huida con la mayor diligencia que le fué posible: y añadiendo velas, y gritando á los remeros con grandes amenazas, los movia á que apresurasen con mayor ánimo y fuerza los pesados remos. Los cautivos, deseosos de una ocasion como la que entre manos tenian, mostrando que hacian lo que se les mandaba, juntamente se iban descuidando; mas el astuto infiel, conociendo la malicia de sus forzados, echando mano de un cortador alfange, que de un tahalí traia colgado, dió un tal golpe en el brazo de un pobre remero con tanto enojo y fuerza que, como si fuera una leve y frágil caña, desde el hombro le derribó sobre un banco; y luego tomando el

brazo cortado, dando primero con él al miserable, que ya de la mucha sangre que habia perdido estaba para acabar la vida, fué prosiguiendo con los demas, que no tenian culpa, rabiando como hambriento leon, prometiendo de hacer de todos los forzados lo que de aquel desdichado cautivo habia hecho.

Cura. ¡Notable caso, y rigor nunca oido!

Alonso. Pues es decir, señor, que hay defensa alguna para poder guardarse de los azotes, cuando el desalmado cómitre con pequeña causa quiere castigarlos y muchas veces por su gusto; y dando razon de porque lo hace, dice que si no pecaron, para cuando pequen lo pueden tener adelantado, por si acaso divertido en algo no les castigare.

Cura. Pareciáme eso á lo que acostumbraba á hacer una señora viuda virtuosa con unos hijuelos que tenia, que como desease que fuesen recogidos, y la tuviesen respeto, las mas noches se iba á la cama de los muchachos, y quitándoles la ropa, con una disciplina que llevaba, haciéndoles primero un sermon, poniéndoles delante las obligaciones que tenian, siendo hijos de un tan honrado padre, ya que eran huérfanos, les daba para remate de cuentas algunos azotes. El hijuelo mayor, vuelto para su madre, la decia: Señora, ¿qué hemos hecho, ó qué hacemos, para que cada dia nos discipline de este modo? Y la buena viuda les daba por respuesta: Hijos mios, para que os acordeis que no teneis padre, y porque seais buenos, y cuando seais grandes, y no os pueda azotar, habiendo hecho porqué, tengais el castigo adelantado, y con tiempo.

Alonso. Prevenida señora era esa buena madre, si ya no la puedo decir madrastra; pero volviendo á nuestro propósito, la vida de galeote es propia vida de infierno, no hay diferencia de una á otra, sino que la una es temporal, y la otra es eterna, y si el remar en galeras de cristianos católicos piadosos, y que se compadecen de la miseria y desventura de sus hermanos, es el tormento que en esta vida un hombre puede padecer, puesto caso que no pierda la vida, ¿qué será el estar en una galeota amarrado á un banco, y sujeto á un infiel, sin Dios ni término, á quien ni temor le acobarda ni amor le detiene? De aquí, señor, podrá usted sacar cuan gran limosna es la de la redencion de cautivos, y el grande bien que hacen las religiones de la Santísima Trinidad y de la Merced, acudiendo con tantas veras á una obra de tanto merecimiento, y que él decia que ántes se ha de dar á los cautivos que á las ánimas del purgatorio, es con causa muy bastante, y fundada en todo género de piedad y razon, porque aquellas dichosas almas que allí estan padeciendo, tienen ciertísima esperanza de gozar de los celestiales tesoros, y que sea tarde ó presto, al fin ha de ser, y el descanso y gloria está cierta para siempre; pero un miserable cautivo, pobre, ausente de su tierra, y tanta de por medio, y que no hay quien de él se compadezca, sino quien le procure destruir, y entre bárbaros, donde razon ni justicia son de poco provecho, ¿qué hay que decir mas, ó qué hay que encarecer? si no hay encarecimiento que llegue á esta verdad, dejado aparte que como nuestra naturaleza de suyo es frágil, el padecer y sufrir lo hace de mala gana; ·do le es violento, y para la virtud va muy cuesta arriba, y el bajar,

aunque sea al abismo de los vicios, le es muy fácil, y tanto, que muchos de los cautivos, por salir de aquel tormento y verse en libertad, dejan la ley y fé que recibieron en el bautismo santo, y siguen la detestable secta de falso y maldito Mahoma.

CURA. Harta lástima es, y harta desdicha ver la ceguedad de tan miserable gente, pues dejada de la mano de Dios, por tiempo limitado y vida breve, deja aquella eterna; y metida en la ocasion de poder con paciencia ganar el cielo, sigue el ancho camino de los vicios, cuyo paradero es la infernal compañía de los demonios.

ALONSO. Ya, señor, hay pocos de aquellos victoriosos mártires, que desafiando el infierno, las cárceles, las feroces y crueles bestias, los tormentos que los mas rigurosos emperadores inventaron, cual otro predicador de las gentes san Pablo decia, no hay rigor por excesivo que sea que pueda apartarnos de la caridad y amor de Dios, pero ya resfriados aquellos fervorosos y abrasados pechos, que en aquellos mas que venturosos tiempos sólian hallarse en los miserables nuestros, para verse libres, no de los dientes de los leones, ni abrasadoras llamas de encendidos hornos de fuego, sino para salir de un cautiverio, dejan su patria, su ley, su rey y su religion, por gozar la libertad de cuatro dias de vida, que aunque el otro poeta dijo en sus celebrados versos:

Non bene pro toto libertas venditur auro,

No por todas las riquezas del mundo se ha de perder la libertad, ni por cuantos bienes se pueden imaginar se ha de sujetar un hombre, no tenia fe ni luz del cielo, ni sabia qué era apartarse de la union de la católica Iglesia, nuestra madre, dejando la eficaz medicina de sus sagrados y misteriosos sacramentos, por seguir la vanidad de los sarracenos.

CURA. Dígame, hermano, ¿y en qué pararon los comediantes? y las pobres de sus mujeres, ¿qué amos tuvieron?

ALONSO. Tuvieron la ventura mas feliz y dichosa que puede desearse, así ellos como ellas, porque para mí todos alcanzaron la corona del martirio; y fué en esta manera: llegados que fuimos ante el virey, que es como decir acá el corregidor, se fué informando de cada uno de por sí de qué tierra era, qué edad tenia, qué oficio, qué calidad, si ordinaria ó noble, y aunque entre nosotros no habia hombre que á tantas preguntas dijese verdad, haciéndose cada cual pobre, peon, obrero, otro soldado, y tan bisoño que jamas habia tomado espada en la mano, si no era para alistarse en aquella ocasion, adonde iban á fortificar un presidio, con todo eso no faltaron entre los renegados algunos que dijeron al virey como aquellos mozos y las mujeres los conocian por haberlos visto representar en la compañía de Pinedo, y que sin duda ninguna eran oficiales de la comedia, trato con que en España se ganaba de comer: con esta informacion no hubieron menester mas para darlos por condenados; y así *pro tribunali*, nos mandaron que el dia de san Juan, en solemnidad de tan gran fiesta, representásemos una comedia, con que para ella nos diesen cuanto hubiésemos menester. No pudo haber réplica al man-

damiento, que esto de haber menester á otro tiene aparejada ejecucion para agradarle, lisonjearle, y seguirle el gusto cuanto se puede entender que es su voluntad. Entramos en consejo, decretando qué comedia se habia de representar; y habiéndose tomado los votos, salió que fuese *la Rebelion de Granada*. Repartiéronse los papeles, y las mujeres comenzaron á tomar de cabeza sus dichos, y yo que hacia el personage de un alcaide y de un soldado, y echaba la loa, sin el papel que me dieron para dos entremeses, ensayábamos por los papeles algunos dias, hasta que la supimos muy bien de memoria, y llegada la fiesta por la tarde, se juntaron en un jardin del virey gran número de gente, de la mas noble de Argel, así de los varones como de las damas. Sentáronse todos sobre ricos tapetes turquescos, á su usanza, del modo que acá se sientan las mujeres; salió la música, y cantaron á tres voces aquel antiguo y tan célebre romance de la estrella de Vénus, con que las moras quedaron muy pagadas; salí yo luego á echar la loa, y fué la de Apeles, cuando pintó la cabeza de un truan, que por hacer burla de él le dió un recado en falso, diciendo que el rey le convidaba á su mesa: y viéndose ofendido el famoso maestro, con solo un carbon, pintó tan al natural el rostro de él, que le hizo la burla, que como si fuera el original fué conocido de todos, escribiendo juntamente en la pared un poco mas abajo de la pintura que habia hecho:

Este es el que me llamó
Al convite de tu mesa,
Si es que en verme aquí te pesa.

No acabaron de alabar la buena gracia del recitante, su buena memoria, y el buen verso del poeta, aunque para ellos cualquiera cosa bastara, porque si muchos hay de admirable ingenio, agudísimos, los mas son gente rústica, sin letras, criados entre armas mas que en escuelas donde los entendimientos se cultivan; y floreciendo en la buena doctrina, dan perfectísimos frutos de sus trabajos; pero lo primero que en su maldita secta se les manda es que no entren en disputa, ni se miren libres, sino que á capa y espada se defiendan; y así cualquiera buena razon que decíamos, les dejaba tan satisfechos y admirados que así el romance como la loa, quisieran durara toda la noche, segun el gusto con que nos oian. Empezóse la comedia de la Rebelion de Granada, y castigo por el prudentísimo rey don Felipe II, que esté en el cielo. Representaron mis compañeros admirablemente, como personas ya ejercitadas en su arte; los vestidos eran bonísimos, porque capellares, marlotas y turbantes en casa los teníamos, y el trage de moras no faltaba, curioso y ricò, porque Hali, virey que era de Argel, tenia catorce concubinas, sin la propia mujer; y preciábase de traerlas muy aderezadas, como persona poderosa. Los entremeses causaron mucha risa; y con unos bailes á lo español dimos fin á la fiesta, y comenzó nuestra tragedia, porque en acabando de desnudarnos, nos mandaron prender y echar en unas mazmorras, cárceles tan oscuras y húmedas, y de tan mal olor, que ellas solas bastaran

para quitarnos la vida sin otro verdugo. Hiciéronnos luego cargo del mal término que habíamos tenido, afrentando en la representacion á sus reyes, y lo que peor era, á su profeta el poco respeto que se tuvo estando en cautiverio, y que palabras tan descompuestas en esclavos eran *læsæ majestatis*, y con los malos terceros, que nunca faltan en semejantes ocasiones, fuimos condenados á muerte, y no como quiera, sino á que nos empalasen, dándonos solo un dia para descargo de la culpa y delito cometido.

Cura. Al fin bárbaros, pues siquiera por haber hecho lo que los habian mandado, eran dignos, ya que no de premio, á lo menos de perdon y misericordia.

Alonso. Pronóstico fué, y bien verdadero: yo se lo avisé muchos dias ántes á mis compañeros que mirasen lo que hacian, pues era cierto se habian de afrentar los moros, viendo que les representábamos la pérdida de un reino que en tanta estimacion tenian, y mas estando tan á pique de recuperarlo; pedíles á mis compañeros hiciésemos la comedia del Ramillete de Daraja, ó los zelos de Reduan; no fué de provecho mi consejo, debiendo considerar que el que tiene de pedir nunca ha de ser soberbio, ni disgustar á los que ha menester, y de quien ha de recibir algun bien, y mas estando sujetos, como estábamos, en tierra extraña, y sin quien nos pudiese defender ni valer en nuestros trabajos. Llególe á pedir sillas para sus hijos á Cristo señor nuestro, aquellos tan virtuosos como honrados, la madre de los Zebedeos, y como discreta llegó con humildad, reverenciando y adorando á Dios, como obligándole con el respeto con que llegaba, que así lo dice el sagrado texto: *Adorens, et petens*, adorándole y pidiéndole; que aun en lo espiritual, que es de mayor importancia, y no cabe en comparacion, dice el apóstol Santiago que por eso no recibimos lo que pedimos á Dios, porque le pedimos mal: *Ideo non accipitis, eo quod male petatis*. Un maestro mio, queriendo mostrar el disparatado y corto juicio de los hombres, que cuando llegan á pedir alguna cosa, la piden de modo que desobligan á que se les haga algun bien, pintó una fuente, y en medio de la taza se levantaba otra fuente, y por remate un Cristo crucificado, de cuyos sagrados piés, manos y costado salian unas cristalinas fuentes; en el pilon estaba un hombre, hincada una rodilla, y en la una mano un rosario, como que estaba rezando á la imágen del Señor, y con la otra, bien levantado el brazo, estaba con los dedos tapando las fuentes que corrian del costado y manos del Cristo: tenia al pié de la fuente una letra, que decia:

Pide el malo, mas impide
Con sus pecados las fuentes
De las divinas corrientes.

En efecto, señor, volviendo á nuestro cuento, entrando un portero con la sentencia del virey, se nos notificó el último fin de nuestra vida; pero yo, viendo que mis compañeros no volvian por sí, respondí por mí y por ellos, alegando la injusticia que se nos hacia, queriéndonos matar sin

culpa; y ya que no hubiese lugar para el perdon, se advirtiese que yo no habia representado sino solo la loa y dos entremeses, un muerto y un page del rey: por tanto me debian dar por libre; advirtióse mi excusa; pero los demas, en segunda resulta, fueron condenados, negando lo que pedíamos, si no era que vueltos á la ley de Mahoma, se quedasen como los demas renegados moradores de Argel, y en tal caso se les admitiria el perdon, dándoles libertad y casándolos como se acostumbra en aquel reino. Muy mal les pareció el partido; y así los valerosos soldados, hijos de la Iglesia, como católicos, detestando la falsa secta, y confesando la fe de Cristo Señor nuestro, ofrecieron muy de voluntad su cuello al yugo del martirio; protestando de no solo una vida, sino muchas que tuvieran, haberlas de dar por la verdad del sagrado Evangelio. Con esta respuesta indignados mas los sarracenos, pusieron luego en ejecucion el decreto y mandamiento del rey; y así, en agudos palos, semejantes á grandes asadores, pusieron los victoriosos mártires, que ya como católicos morirán por defensa de la fe que habian recibido en el santo bautismo.

Cura. ¿Y las mujeres en qué pararon?

Alonso. No mostraron menos esfuerzo y ánimo, aunque de su naturaleza son delicadas y frágiles, porque haciendo con ellas el mismo partido que á sus maridos, y ofreciéndolas libertad, riquezas y con quien casarlas, como constantes rocas, á todo dieron de mano, queriendo mas ser degolladas, perdiendo la vida, que dejar nuestra sagrada religion.

Cura. Por cierto, hermano, que él fué desgraciado, pues por lo menos, muriendo como sus compañeros, le pudiéramos llamar el santo mártir Alonso.

Alonso. No merecí yo tanto bien, que aun hasta en esto me hizo daño el hablar, que si callara, y no tomara la mano por mis compañeros, era forzoso acabar con el dichoso fin que ellos tuvieron; pero consuélome, señor, con la doctrina del gran doctor san Gerónimo, que animando á sus frailes á que sufran trabajos, y los lleven con paciencia, les dice: Mirad, hermanos, que el morir con un golpe de espada acaba con todo, dejando las miserias y penalidades de esta vida, para gozar de los eternos gozos de gloria. Pero vosotros llevais el martirio prolongado por muchos años; y el verdadero religioso toda su vida tiene de martirio, y no pequeña corona le tiene Dios guardada, que aunque la mayor caridad y amor que uno puede tener y mostrar es perder la vida, y entregarse á la muerte por su amigo, con todo eso de mucho mérito es una voluntad pronta, y un firme propósito de jamas apartarse de la cosa amada: de modo que cuando se ofreciese, no le daria temor la espada, el fuego ni el rigor del mas rigoroso tormento, por grande que fuese, y no ha sido poco lo que he sufrido y sufrí con el cautiverio en que estuve, y despues que salí de él, que no haya tenido algun mérito, ya que perdí el mayor que pudiera tener; pero en efecto son juicios de Dios, y á cada uno lleva por el camino que mas le conviene; viendo mi flaqueza, no permitió ponerme en tanto aprieto, porque le doy infinitas gracias, pues me sacó del cautiverio donde estuve en Egipto tantos años, trayéndome á donde

libremente pueda servirle, imitando la santidad y virtud que veo en tantos siervos suyos, siquiera para que con su ejemplo venga á ser otro como ellos.

Cura. Deseo saber, hermano, como salió de Argel, y de tantas desdichas en que estaba metido.

Alonso. Tienen por el cuarto voto que hacen los padres de la Santísima Trinidad una antigua costumbre de ir á rescatar cautivos en todo el reino de Argel. Y así, como acertase ahora un año á ir por redentor el padre fray Juan de los Reyes, á quien yo en Valladolid y Toledo habia conocido y servido en algunas ocasiones, como me viese en tanto trabajo y desventura, trató con el rey de mi rescate, y á pocos lances se concertaron por trescientos ducados; pagólos por mí, trájome á España con otros doscientos y cincuenta cautivos, que vinieron en mi compañía, viniendo á parar en esta santa ermita, á donde, siendo Dios servido, será donde pienso acabar mi corta vida sirviéndole. Este es en suma mi discurso: usted me perdone, que quisiera haberle entretenido con mejor estilo, mas elegantes razones y mejor lenguage; pero al fin ninguno puede dar mas de lo que tiene.

EL CURIOSO Y SABIO

ALEJANDRO,

FISCAL Y JUEZ DE VIDAS AGENAS,

ESCRITO

Por Alonso Gerónimo de SALAS BARBADILLO (1).

Son las grandes cortes epílogo confuso de prodigios raros, que por ser tan frecuentes á los ojos y á los oidos, los unos, ya que del todo no la quitan, templan la admiracion de los otros. De aquí se sigue ser la mayor aquella que nace de la singularidad de no hallar en que admirarse; pero los ingenios especulativos, que deteniéndose poco en la contemplacion de estas obras exteriores y visibles, pasan á ser espías curiosas de los corazones y ánimos humanos, estos traen las potencias del alma en tan continuo ejercicio, que jamas conoció en ellos la suspension ociosidad : son estudiantes peregrinos, su universidad es todo el mundo, su librería tan copiosa, que cualquiera hombre es para ellos un libro, cada accion un capítulo, el menor movimiento de semblante un compendioso discurso; pero porque está concedido á muy pocos el aprender discurriendo por sí mismos, y por el contrario se les permite á muchos que se hagan sabios con lo que los otros discurrieron y notaron, Alejandro, caballero rico, y docto en las que gozan el título de buenas letras, residente en la corte de España, y que se habia hecho varon eminentísimo en ella, en esta singular estudiosidad del conocimiento de los afectos y pasiones humanas no quiso defraudar á la posteridad del beneficio de sus curiosísimas observaciones. Parte de este cuidado encomendó al pincel, y parte á la pluma : á él debemos retratos fieles de los semblantes de aquellos que ocuparon su especulacion, y á ella breves epítomes de las vidas de sus originales. Adornaban estos las piezas de un cuarto

(1) Habia llegado á ser muy raro este libro cuando le sacó á luz nuevamente don José García Lanza, en 1753, cuya edicion nos ha servido de texto.

bajo, que confinaban con un jardin amenísimo. De cada retrato pendia en una tabla escrito el epítome ingenioso y sutil, con mas erudicion que malicia, porque aun esta, de malicia sospechosa, se pasaba á ser advertencia utilísima. No profanaban este lugar vulgares talentos, porque su dueño era muy zeloso de la honra de su ingenio, singularísimo por estas singularidades. Temia yo esta cuanto justa rigurosa ley, por ser en ella tan comprehendido; ¿mas qué no vence el arte, y cual arte se esconde á un afectuoso deseo? La ardiente codicia de mi curiosidad me hizo ingenioso: ofrecíme por su amigo con una simplicidad exterior, tan simulada y aparente, que vencí á la astucia con la astucia. Jamas pudo penetrar en mí si me conducia á su amistad otro fin que estuviera fuera de ella misma: siempre me juzgaba todo dentro de su aplauso, veneracion y culto. Era su vanidad de las mas descolladas y gentiles, comun crímen de las bellezas y de los ingenios; sitiéla con las lisonjas mas serviles como aleves, mas tan desmentidas de sí mismas que las creyó verdades. Rindióse al fin, y á no muy largo asedio, porque como era la batería dulce, y tan continua, ella me hizo á priesa dueño tirano del que se juzgaba mi superior, tanto, que me ofreció, sin pedírsela, de aquellos venerados retretes la entrada, y la asistencia siempre que la quisiese, y por todo el tiempo que yo gustase: fineza que ántes ni despues no se la mereció otro alguno. Yo te confieso, amigo lector, que sentí entónces derramárseme por todo el ánimo un dulcísimo deleite de vanagloria, porque nunca habia creido (segun mi comun y vulgar estilo de vivir) que tuviera tanto caudal de artificio y simulacion constante. Acreditéme para conmigo, porque me hallé ser para mas de lo que pensaba: al contrario les sucede á otros, que se experimentan mucho menos de aquello que se presumieron. Satisficé con pródigos agradecimientos á tan generosa confianza: recibí la preciosa llave, y pasé con gozo, aunque no sin respeto, aquellos defendidos umbrales. Apenas puse los piés en ellos, cuando volviendo los ojos á la mano siniestra, me acometió (sin permitirme defensa) un gran tropel de carcajadas violentas, que para darlas garrote y ahogarlas, tuve necesidad de una y otra repetida mordedura de pañuelo, narigudo y limpion. Salióme inútil esta diligencia, porque se me fué desenfadando el gozo, tan insolente y descarado, que dí las risadas mas inteligibles, tan inteligibles, tanto tanto, que parecieron risadas castellanas, no cultas; y aunque procuré recogerlas, y retirarlas, ellas travesearon largo tiempo mas juguetonas de lo que yo quisiera. Ocasionó este regocijado bullicio el retrato de un hombre monstruo, singularísimo por lo disforme de su vientre. Decia el título de arriba: *Panza dichosa.* Crecieron mas mi codicia estas novedades, y aplicando (con ansia curiosa, y no del todo libre de malicia) los ojos al epítome, hallé que decia así:

VIDA DEL MALVADO VARON

A QUIEN EL VULGO DIÓ EL NOMBRE POSTIZO DE PANZA DICHOSA.

Escríbese para ser oida, no imitada.

Este que ves, ¡ó lector curioso! fué un bárbaro idólatra de su vientre: vivió para comer, no comió para vivir: en él hallarás el archigloton de España, y una langosta racional y discursiva: este hizo que los años mas fecundos y pródigos pareciesen estériles y mezquinos. Su patria ó madre fué la que hoy lo es de todo el orbe, Madrid, aquella tan portentosa, tan singular, que ya sean en buena y en mala parte, no ne contenta con menos, que con ser madre de monstruos y de prodigios. Este, pues que ahora embaraza nuestra narracion, fué opuesto ex-diámetro al calvo, al cano, al flemático, al frion planeta Saturno, porque aquel se comió no pocas veces á sus carísimos hijos, y este muchas mas á su venerada madre. Aquel, provocado del miedo ambicioso de no perder el reino, se cebó tirano en la sangre inocente de los que engendraba; este, por el contrario, entorpecido de una gula vilísima y carnicera, no perdonó á las entrañas de madre tan generosa, y aun repitió la culpa como el ave infernal de Ticio, pues tantas veces se las royó, cuantas le volvieron á renacer, dejando sus plazas, que amanecian abundantísimas y copiosas (con solo dar una vuelta por ellas), desiertas y mendigas. Consumió en este grasiento y sucio desperdicio un riquísimo patrimonio, de quien solo quiso que fuese el heredero su vientre, dejando á todos los demas miembros huérfanos y desheredados. Apenas la cabeza conoció sombrero, guantes las manos, zapatos los piés. Siempre tuvo su carne muchas ventanas por donde asomarse, y aun su juicio andaba no pocas veces asomado. ¡O cuántas se vió aquella carne tragona azotada del aire, tostada del sol, humedecida del agua, y polvoreada de la tierra! Si creyeses que le bastaban las plazas públicas y comunes, engañáraste mucho, porque solia meter á saco las mas célebres y festejadas despensas de la corte. Jamas permitió que ni los príncipes mas poderosos, ni los ministros mas reverenciados extrañasen nada nuevo de aquellas cosas, que sirven de mantenimiento y deleite: sus dientes desfloraron, conforme á los tiempos, toda fruta verderona, toda cristalina pesca, toda caza fugitiva, porque era su apetito tan prevenido, tan anterior, que á las frutas vírgenes las acometia en aquella primera rústica aspereza, aun ántes de estar maduras; y á la caza y pesca aun ántes que tuviese la sazon y disposicion conveniente, segun las leyes de su naturaleza particular. A sus dientes solos se les reconoció la primacía en poner en lo sumo de la desnudez á un hueso (extrañísimo despojo) porque lo último del rigor con que á uno se desnuda es hasta dejarle en carnes; y este, apurando mas la maldad, no se contentó con menos, que

con dejar á los huesos en lo último de huesos : los de las frutas todos se los tragaba y engullia : por esta causa le podian haber nacido en el vientre los árboles guindos, cerezos, albarcoques y duraznos, porque mas parecia que sembraba en él frutales, que no que comia frutas; mas pasemos á otras : el melon, la pera, la camuesa y hasta las simplonas habas siempre entraron bien vestidas y arropadas en su estómago, sin quitarles la cáscara, ni aun limpiarles el vello, porque no se dijese que lo desnunaba todo. No se libró de su gula voraz y tragona aquel reino ventoso, vocinglero y cristalino; todos sus ciudanos la experimentaron, y temieron, como si dijésemos : El atun grasiento, tocino goloso del mar océano, tan solemnizado cuando le pescan de los protopícaros de las Almadravas; y aquel nobilísimo hidalgo montañés, con quien se multiplican muchos retratos á la Fortuna, cuando le dividen en diferentes ruedas, y todas sangrientas, salmon en nombre, que puesto en el gaznate de los golosos, será un Salomon para ellos, porque como es la cosa que mas bien les sabe, les parecerá que es la que mas sabe : tambien coronó su mesa el otro, tan defendido de sus espinas como si fuera rosa, sin que la imite ni en lo lucido de la belleza, ni en lo suave del aliento, comida en Madrid en todos tiempos sumamente discreta, porque siempre tiene mas de salado que de sábalo. ¿Mas qué mas podré decir, que lo que afirman muchos virtuosos, y aun dicho por muchos, y tales, parece imposible? Dicen pues que fué un comedor tan infatigable y perseverante, que no conocieron sus dientes mas ocio que el del sueño : sus despensas portátiles eran las faltriqueras; por eso las traia de cuero, con que venian á ser de cuero dos veces, por el dueño y por la materia. Las calles mas públicas y principales fueron para él tan familiares y domésticas como su propia casa, pues en todas igualmente comia y tragaba sin femenino melindre, sin varonil recato. Cercábale la pueril inocencia con quien usaba entretenidas liberalidades, siendo mayores las burlas que las dádivas. Peregrinó todos los pueblos de España, sin reservar alguno á quien no hiciese visita particular y molesta, porque estos pasos que él daba no los gobernó su curiosidad, sino su golosina, como si dijésemos (y bástennos pocos ejemplos). Visitó en Pinto á los quesos substanciales, ciegos y desojados, porque el buen queso ha de ser corto de vista : en Zamarramala, á las suavísimas mantequillas, mas derretidas que las mas finas portuguesas, porque estas se derriten con la humedad de la boca, y las otras con no menor fuego que aquel invencible y grande del tirano Amor : en Alcalá á las uvas panales, aquellas que en su misma planta nacen conservas golosas : su mismo nombre acredita mi opinion : llamáronlas moscateles, y creo yo que por la solicitud con que las buscan las moscas, gente que en esto de golosinas tiene la primacía del buen gusto. No se contentaba con gozar lo excelente de una comida en una provincia, sino que lo solicitaba en otras, pues fué á Portugal y á Zaragoza á buscar los celebrados quesos de Alentejo y de Tronchon. Otros hombres si son glotones, no son golosos, y si golosos, no glotones; pero este hizo á entrambos vicios, como muchos á entrambas manos. Al fin, su panza fué tan peregrina en el mundo, que él vino á ser peregrino en él por ella:

fué peregrino por su continua peregrinacion por la tierra; y peregrino por la singularidad del humor, que le obligaba á que peregrinase. Al fin se podrá decir con verdad por este, y con verdad unica, que á ninguna jornada de cuantas hizo (que fueron muchas) le llevaron tanto sus piés como sus tripas. No fué mas templado en la bebida, ni le debió menos finezas. Hablen las bodegas de Castilla la friona, las de Portugal el derretido, las de los reinos de la nobilísima corona de Aragon, y hablen estas con todos sus fueros y con todos sus fieros: hablen, digo, todas, y principalmente las últimas: estas podrán decir cuan afectuoso y tierno se entregaba á sus regaladísimas malvasías, pues que pareciéndole que no habia otro bien que se igualase al gran deleite de beberlas, se ofendia de que su nombre empezase en mal, y le mudó en bien, llamándolas bienvasías. Los demas cofrades de la Tragantona y Coladera

Tantas veces lo aprobaban
Cuantas veces las probaban.

Por esta causa el vulgo rudo y soberbio, que siempre yerra los títulos de las cosas, le llamó Panza dichosa, siendo mas propios adjetivos para ella el de malvada o infernal, pues le redujo á tanta miseria, que le obligó á que mendigase de puerta en puerta. Finalmente, aquella que un tiempo pudo competir en hartazgos con la del frenético Eliogábalo, vino á desear los mas duros y miserables mendrugos, y aun no alcanzó tantos como quisiera de aquellos durísimos, que se rebelan contra los dientes, y sacan sangre de las encías. Su muerte fué en un hospital, y su sepulcro en un carnero, que en aquel de quien él comió tanto en vida, fué comido despues de muerto. Pudieran quejarse los gusanos de que habiendo comido este hombre por mas de un millon de hombres, no comieron en él mas que un hombre solo; y este llegó tan consumido á su poder, que se presume que se comió él mismo gran parte de sí propio. No es la presuncion vana, porque muchas veces se consumia con el pesar de no tener que comer todo aquello que él quisiera engullir. Mas no os parezca este escandaloso hipérbole, oidme y creedme. Las vigilias y sudores de mas de veinte antepasados suyos, que por largos siglos no hicieron sino acumular riquezas, las consumió la insensata gula de este miserable bárbaro en menos de siete lustros. Conforme á esto compitió este en ser tragon implacable con el voracísimo tiempo, porque él solo se traga los siglos y las edades: tal fué, que se comió hasta su sepultura, porque la vendió para este efecto: segun esto podremos decir, y no temerariamente, que á los gusanos que le habian de comer despues de muerto en su sepulcro, se los comió él vivo, para conservarse en vivir: con que fué tan extraño, que reparó su vida con la misma muerte. Adelgacemos mas esta consideracion, si no rezelamos que de muy delgada se nos quiebre. Tenemos probado que se comió los gusanos de su sepulcro: siendo esto así, supuesto que á él se le comieron despues los gusanos del carnero del hospital donde fué enterrado, no será gran desacato decir

que en su carne se comieron unos gusanos á otros, y que aquellos del carnero hospitalario anduvieron unos gusanos muy caribes, comiéndose los animales de su mismo género: ¿ mas dónde voy ciego? Los gusanos solos de los sepulcros, estos son los verdaderos caribes, pues no saben mantenerse sino de carne humana. Responderánme que tambien de tierra; y yo replicaré que en tierra y carne humana, no diferencian el manjar, sino el nombre, porque tierra y carne humana son una misma cosa. Colegiremos, pues, de esta sentencia, que no solo en la carne de este asqueroso gulon, sino generalmente en la de todos los demas hombres, comen los gusanos. Sirva esto de algun desengaño, para que enfrenemos nuestros insaciables apetitos, nuestros frenéticos deseos, y últimamente todas nuestras bárbaras sensualidades. Honestísima virtud es la templanza, y digna de habitar en generosos y grandes ánimos; corrige y templa todas las inobediencias y libertades de la glotona gula y de la lujuria torpe, cortando en una cabeza la de entrambas. El que quisiere ser varon casto (gloriosa y difícil conquista) ha de entrar primero por la puerta estrecha y cerrada de la abstinencia; no tan estrecha y cerrada que sea menester mas llave que la de hacer con la continuacion constante algun hábito y costumbre. Las mas copiosas y ostentativas mesas, miéntras mas lo son de manjares peregrinos y preciosos, mas lo son de achaques, de dolores, de sueño, de pereza, y de abrirle mas puertas á la muerte con este artificio goloso de las que ella naturalmente se sabe. No son todos los venenos los que nos preparan nuestros enemigos, mas son los que nosotros nos tomamos por nuestra eleccion, cubiertos con el oro mentido de aquel sensual deleite. Algunos mueren de un bocado que les dan, y muchos mas de muchos bocados que ellos se toman. A mas han muerto los hartazgos que las cicutas. ¿ Hase visto soliman mas ejecutivo que una apoplejía? Para conservar la vida comemos, y con este propio medio, usando de él desordenadamente, la destruimos. Considera, hombre, esto, y no mas: Cuanto excedieres en la mesa, te lo ha de castigar despues la botica. ¡ O gran dolor! Si tuviéramos tan presente como es justo la memoria de que la primera entrada de la muerte en este mundo fué por la comida, no tratáramos tanto de huir de ella por la misma puerta por donde entró. Las mesmas cosas en que mas nos olvidamos de la muerte, son en las que mas debiéramos acordarnos de ella. Come un hombre, y si le preguntais el porqué, dice que por no morir. Y responde mal, que no come sino por entretener el vivir, pues aunque coma no dejará de morir al tiempo que le está su fin decretado; y es tan ciego, que olvidado del orígen donde tuvo principio este comer, que fué en el propio morir, como tenemos advertido, no solo come con templanza aquello que le basta para alimentar el vivir, sino con bárbaro desórden aquello que le anticipa el morir, saliendo él propio á ofrecerse al camino á la misma muerte, de quien tiene por infalible que va huyendo. ¿ No seria loco furioso aquel que dándole una espada para que con ella defendiese su vida, se arrojase de pechos sobre su punta, y la hiciese instrumento de su muerte? Pues esta bárbara culpa comete el glotonazo con el abuso de los manjares. La gula

es uno de los vicios capitales, y madre fecundísima de la mayor parte de los demas: con la embriaguez engendra á la soberbia y á la ira, y con ella y la replecion á la torpe lujuria, y á la soñolienta pereza. Nuestra madre comun la Naturaleza sabia no puso el deleite en los manjares por fin, sino por medio, que su fin es que nos sustentemos comiendo templadamente, y nosotros, haciendo de este medio principio, medio y fin, lo erramos tanto que nos destruimos. Roguemos, pues, al cielo, que nos envie un rayo de su sagrada y liberalísima piedad, para que con su luz nos desatemos de las tinieblas de un vicio tan irracional, tan torpe y tan ciego.

Hasta aquí llegaba el discurso de la vida de Panza dichosa, y yo reparé con atencion en la buena doctrina, y me acomodé muy bien con ella: ayudé algo á su discurso con varias cosas que á mí se me ofrecieron, que aunque le hicieran mas dilatado, aun no fuera importuno: mas detúveme poco en ellas, porque se me fueron los ojos á otro retrato con honrada codicia. Atendíle con ellos mucho, con el juicio mucho mas; y pasando luego á la inscripcion, hallé que decia: *El majadero pulido.* No me pareció que las líneas de su semblante desmentian aquel ridículo renombre: corrí con esto al ingenioso epítome; empecé á leer, y su discurso fué este.

VIDA DEL RIDICULO VARON

A QUIEN EL PUEBLO DIÓ EL TÍTULO JUSTO DEL MAJADERO PULIDO Y LIMPION AFECTADO.

Propónese, ó piadoso lector, mas para la compasion que para la risa.

Este que miras, y esto que lees á un mismo tiempo, ¡ó ingenio curioso! fué la risa comun de los pueblos, gozo y aumento de los mercaderes y sastres. Afectó la limpieza con ridículos melindres, con peregrinos escrúpulos: para esto andaba siempre cargado de alhajas limpionas, siendo mas azemila que hombre, ó pareciendo una tienda portatil de lencería. Los lienzos que limpian la cabeza por el conducto de las narices, nunca los trajo menos que á docenas: los palillos mondadientes, á centenares: los paños de manos á pares, y de la misma suerte para los zapatos bayeta, para los vestidos limpiaderas, de que venian bien prevenidos dos pajecillos ó (por decirlo con mas propiedad y gracia) dos buhoneros lampiños que le pisaban la sombra. Siempre bebió en vasijas nuevas, sin que ninguna repitiese sus labios, porque vasija estrenada decia que la tenia por sospechosa de que hubiese llegado á ella el contacto civil de los siervos de la familia, y la dejase, sino inficionada, menos limpia. Enjuagábase la boca y lavábase las manos aun en medio de las calles públicas, y esto tantas veces cuantas encontraba con alguna

fuente de las muchas que son adorno y provision de esta nobilísima corte. Por no ensuciar los dientes y muelas, no mordia ni mascaba, sino engullia : tanto quiso purificarlos, que molestados de la continua persecucion del hierro y del lienzo, los vió caducar en medio de su florida juventud; y decia muy lastimado y lloroso (¡ó lágrimas mentecatas!) que quisiera tener dos pares para remudarlos, quitando los sucios y sustituyendo en su lugar los limpios. Mas atrevámonos algo mas al piélago profundo de sus afectaciones fantásticas : de toda risada estupenda y escandalosa es digna la narracion que nos espera. Dícese que trayéndole un dia un criado para que le recibiese, como le preguntase de donde era, y el otro le respondiese que de la Mancha, al instante rasgó los aires con una voz tiple, afectada, mujeril y hazañera, y cayó desmayado. Volvió en sí despues de largo tiempo, á fuerza de algunas diligencias medicinales, y mandó que le trajesen otro vestido, porque el que tenia puesto se le habia manchado aquel hombre, á quien no solo quiso recibir, pero ni aun abrir los ojos para verle, porque no le manchase la vista. Prosigamos, pues, con la relacion de las culpas del proceso de este majadero magnífico. A las lavanderas llamaba mujeres líquidas, potables, cristalinas y transparentes, colegas, canoras de las ninfas, festin y sarao de las corrientes brilladoras; y por el contrario, á las mondongueras, ministros del baratillo civil y asqueroso, contra la hambre picaña y grasienta de todo esportillero corito, de todo aguador gabacho, gente tripona, panzuda y rastrera, y al fin condenada y precita. Decia que sus ollas eran cazoletas del infierno, y perfumes bien dignos de aquellos palacios ahumados y tenebrosos. Previnose muy apriesa de todo aquello que llamamos testamento y codicilo, no tanto con atencion cristiana y prudente, cuanto con afectada y ridícula impertinencia. Vióse en lo que ordenó en ellos, que fué que no acompañasen su entierro ni los muchachos doctrinarios, ni los desamparados, porque los mas de estos suelen tener sarna, y temia que aun despues de muerto se la pegasen. Tuvo siempre mortal odio á los médicos y boticarios : á los segundos por las geringas, á quien llamaba aleves, facinorosas, sodomitas y nefandas; y á los primeros porque consultaban con los ojos y con las narices á los servidores enfermizos y á los dolientes orinales. Con grande injuria de su salud y conocido riesgo de su vida, jamas quiso purgarse en toda ella; y preguntada la razon, como si la pudiera dar quien jamas la tuvo, respondia sin darla, dejándola mas ininteligible, cerrada y confusa; respondia al fin con mas melindre que pudiera doña Melisendra en Sansueña que por no repetir tantas veces en un dia aquella miseria humana. Jamas retrocedió aquella cabeza vacía y ventosa : ¡ ved qué gentiles calidades! por cualquiera de ellas pudiera ser adjudicada á una barbería. Digo, pues, que jamas retrocedió sin que la acompañase todo el cuerpo, porque afirmaba (ridícula y pueril menudencia) que cabezas torcidas solo eran buenas para candiles, y que por esto temia ver la suya nadando en aceite, que era lo mismo que naufragar en un océano de manchas. Estaba muy bien con los carros y escobones de la limpieza callejera y trona, y llamábalos barberos utiles, curiosos y elegantes de las calles mas

nobles, mas ilustres y mas públicas, porque las afeitaban y pulian. Si alguna vez encontraba con ellos al tiempo que suelen venir impeliendo un gran torrente de lodo rebalsado y detenido, corria (como el ciervo cuando acaba de darse un grande hartazgo de culebras) al agua de la primer fuente, y se lavaba muchas veces los ojos, y hasta haber hecho esta impertinentísima diligencia, á nadie queria mirar con ellos, aseverando que los traia llenos de serpientes, de víboras y de alacranes, y que no era bien que con tan malvado veneno quitase la vida á las irracionales criaturas. Aquellos dias de los hartazgos, aquellos, digo, glotones y engullidores de las profanísimas carnestolendas, cuando la insolencia fregonil y estropajosa vierte diluvios de agua sospechosa y espesa de aquella con que se suelen enjuagar los presidentes murciélagos y nocturnos, decia que los señores jueces de la limpieza le habian dado su casa por cárcel: mas tan limpio era, tanto, tanto, que se salió de un cuarto de mucha y muy acomodada vivienda que le alquilaron sus criados, y perdió con mucho gusto el dinero que dieron adelantado, porque supo que su dueño era confeso. Bajóse al rio humilde, al cristal modesto y nada guerrero del serrano Manzanares con su familia y alhajas, ella asustada y ellas casi arrastradas: bañáronse las personas, y sin tener atencion á su costa, ni respeto á su curiosidad, hizo que se lavasen sus vestidos; mandó jabonar los bufetes, las mesas, los escritorios, las colgaduras y tapicerías; y últimamente los clavos que las habian suspendido. Pasaron por esta rigurosa expurgacion los perros y los gatos, y hasta aquella ave graciosamente parlera y mas graciosamente pintada, sintió sobre el abril indiano de sus plumas floridas las corrientes mantuanas del carpentano Manzanares. Sonó por la corte el caso, dió un gran grito por el mundo esta singular hazaña limpiona y frenética, y esta le grangeó con el pueblo el título justificadísimo del Majadero pulido y limpion afectado, y aun le quedó á deber mucho. Quien quisiere saber mas hazañas de este menguado caballero, lea los Anales de las historias volátiles de las moscas importunas y caseras, que ellas le cuentan en el número de los mosquicidas, de aquellos mas crueles tiranos que las han perseguido, y le dan el lugar primero. Encerrábase los veranos á matarlas, mas ya esta culpa habia sido cometida muchos siglos ántes por alguno de aquellos grandes Césares que mandaron el orbe: pero no por esto menos ridícula ni mas disculpada. De estas aves fué cazador vigilantísimo, y al fin un coco, una estantigua, un espantajo de todos los vasallos del gran duque de Moscovia. Afírmase que fué la patria de este varon moscatel la fidelísima ciudad de Zaragoza, ciudad verdaderamente insigne entre las mas ilustres de España, no tanto por lo curioso y magnífico de sus admirables edificios como por lo perseverante y prudente de su cristiano y político gobierno. Nacer entre tantos varones sabios uno necio, debió de ser para que sirviese de lo que el lunar en el rostro de una dama hermosa. La planta mas fina y tersa no sale de las entrañas de la tierra sin alguna escoria; y las consonancias artificiosas de la música mas perfecta, se suelen hacer tal vez mas agradables por alguna disonancia; demas de que si la variedad (así lo quieren algunos grandes juicios) es la mayor her

mosura del universo, tambien (regulado con proporcion) lo será de una ciudad populosa.

Mas volvamos al asunto de nuestra pluma. Fué este caballero en su comer muy templado: la carne comia pocas veces, y poca: siempre comió asado, y esto tan seco y enjuto, que le habia lamido ántes el fuego lo mas precioso de su virtud y sustancia, y aun con estar así, lo comia con palillos y tenedores, á imitacion de lo que nos refieren algunas historias modernas de ciertos gentiles, grandes políticos y no menos ilustres filósofos morales. A todos los guisados recusaba, y los llamaba grasientos, groseros y brodistas: adjudicábaselos á los estudiantes de las universidades, que estudiaban el derecho, y daba por razon el decir que esta voz *jus*, *juris*, en latin, significaba el derecho, y tambien el caldo; y por esta causa, en su opinion, todo jurista era brodio, y todo brodio jurista. Hablaba como hombre idiota, y que no habia visitado las grandes escuelas de España, donde siguen esta prudentísima facultad los hijos de los mas poderosos y mas nobles hombres del reino, y por ella ocupan eminentísimos puestos, así eclesiásticos como seglares. Digamos algo de su trage y adorno: su ropa blanca era mucha y muy costosa: esta no se lavaba en la parte comun y plebeya del rio, sino en lugar escogido, oculto y retirado: para este ejercicio tenia dos negras, tan presumidas y vanagloriosas de su jabonado, que decian ellas que se atrevian á jabonar á la misma nieve, y á que saliese, despues de jabonada de sus manos negras, mucho mas blanca. Reparemos un poco, advertid, y considerad como osaron estas etiopisas y guineas tiznar á la soberbia y á la vanagloria, haciéndose de su parcialidad y séquito; ¿ mas cuando la soberbia y la vanagloria no estuvieron tiznadas? Mas antigüedad tiene la tizne en la infernal soberbia que en la abrasada Etiopia: ella es carbon y polvoroso cisco, que arroja unas chispas de mas ruido que efecto; y al fin, un humo caliginoso y vano, que miéntras mas se desvanece mas presto se desaparece: segun esto, cuando habita entre espíritus tan negros, en su propia casa está, no ocupa nada ageno. Dejemos á esta emperrada servidumbre, y pasemos á los mercaderes y sastres, que en esto no harémos mas que dejar á los perros por los gatos: estos mas le desnudaron que le vistieron; mas así lo hacen con todos. Los demas ladrones que afligen la república, unos roban la ropa, y otros el dinero; pero los mas de estos, con la ropa que nos dan, nos roban dinero y ropa. Lo peregrino y singular de su trage le hizo ser notado y escarnecido; mas habia llegado á sutilizarse tanto su vanidad, que recibia los desprecios en cuenta de aplausos: los silbos le sonaban á víctores, y los vejámenes le hacian ruido de aclamaciones: mirábase tan arriba en su opinion, que no creia que nadie pudiese perderle el respeto, sin quedar escrito en el número de los hombres juglares y placenteros: sin duda él era un culto (ó por mejor decir) un cultísimo de vestidos, porque no buscaba lo mejor en ellos, sino lo mas singular.

Con estos insensatos caprichos, se dió gran priesa á desperdiciar mucha suma de hacienda; y si la muerte piadosísima no le hubiera prevenido en lo mas ardiente de su edad, tuviera su fin en la misma parte que

Panza dichosa. Su testamento ridículo, de que dejamos referido algo, fué semejante al demas curso de la vida: mandó que sus vestidos y ropa blanca no se vendiesen, sino que se quemasen, porque mas queria que se convirtiesen en ceniza que no que pasasen en los muladares de algunas personas sucias: sumo delirio, no advertir que por este camino los enviaba al muladar mas presto, porque toda ceniza es polvo, y todo polvo muladar, que olvidado moria de sí mismo, pues no veia cuan cerca estaban su carne y sus huesos de la misma hediondez y podredumbre, y pretendia preservar á sus vestidos y ropa blanca de aquella injuria, que á sí mismo no podia. Quiso ser abierto y embalsamado, y tanto mas confesaba ser corruptible, cuanto mas procuraba defenderse de la corrupcion. Pretendió con esta vanidad lisonjearse á sí mismo en su cadáver, y engañarse en aquello donde está el último y el mayor desengaño: los mas preciosos aromas no pueden cerrar la puerta á la corrupcion, sino entretenerla: pues siendo así, ¿qué se consigue con esto, sino mentirnos á nosotros propios, y hacer burla y fuego de las mayores y mas importantes veras? Yo pienso que estas son las especias aromáticas con que les sazonan la carne á los gusanos: para que la coman con mejor gusto, sírvales esto de pimienta y clavos, y cómanlo poltronamente, sin romper los mares procelosos en demanda de la costosa especería, por quien tanta sangre se ha vertido, por quien tantos golfos se han surcado, buscándola unos hombres para otros hombres, la codicia de los unos para la gula de los otros. Volvamos al testamento: entre otras mandas, pareció piadosa el dejar á las esclavas negras libres; mas ya ellas lo eran, porque en una familia que carece de gobierno, cada uno sigue la ley de su voluntad. Hallóse que habia destruido en galas ridículas, superfluas y afectadas una suma increible. Entre los mortales ningunos son mayores locos que los que siguen esta senda, pues no advierten que el primer vestido se sacó de la tienda del pecado; y que en nuestros padres primeros fué lo mismo que un sambenito, y nosotros somos tales, que hacemos del sambenito gala. Pues, hombrecillos ciegos y miserables, multiplicad vestidos y galas; pero ha de ser advirtiendo que cuantas mas galas y vestidos os multiplicáredes, tantos mas sambenitos os multiplicais. ¿Mas qué dirémos de tantas cortesanas rameras, que cometen tanto pecado torpe por una gala inútil, por un antojo bárbaro? Nuestros primeros padres Adan y Eva se vistieron de lo necesario para cubrir su desnudez, porque pecaron; y estas (afrentosa injuria de la república cristiana), por vestirse de lo superfluo pecan. La invencion del primer vestido fué para que sirviese á la honestidad y vergüenza; y al contrario, las tales por un vestido cometen infinitas desvergüenzas y deshonestidades: no vivimos con la necesidad, sino con la opinion, y de este daño se originan todas las ruinas de la virtud, porque el vestido tambien sirve como de escudo contra la inclemencia de los elementos, y este fué como segundo fin; pero nuestra vanidad ha introducido que sea ornato, ostentacion y pompa.

A mucha parte de indios de los que descubrieron nuestros españoles, se les dió nombre de bárbaros porque andaban desnudos: ¿y porqué no seremos tambien llamados bárbaros nosotros, por andar superfluamente

vestidos? Y es tan necia la arrogancia de nuestra presuncion y fantasía, que andando muchas veces casi desnudos, creemos que estamos muy bien vestidos; y esto nos sucede cuando es tan delgado lo que traemos, y muchas veces tan rompido y acuchillado, que dejando de ser abrigo á nuestros miembros, solo sirve de entretener á los ojos de los que nos miran, con que parece que mas tratamos de vestir al agrado de ellos que á nuestra carne. ¿Qué enfermedades repentinas se siguen de este desabrigo? no pocas, y luego paramos en el mayor extremo de la desnudez, que es la muerte; pues para llevarnos á la sepultura, nos desnudan casi en carnes, donde pasando mas adelante esta desnudez, los gusanos nos desnudan de ella, y nos dejan en los huesos. Puedan, pues, algo estas razones con nosotros: salgan las verdades alguna vez con la victoria, que tan de justicia se les debe, para mayor gloria de aquel grande artífice, que es fuente de la vida, y para que nos halle mas libres y desocupados la muerte.

Este fué el fin del discurso de la vida del Majadero pulido y limpio afectado; y aunque pudiera cargar la consideracion mucho sobre las acciones ridículas deste menguado vanísimo al entendimiento, me le inquietaron los ojos, por haber pasado sus luces á la contemplacion de otro retrato. Ocupábale la figurilla de un hombre tan pequeña, que pudieran consolarse con ella los pigmeos y los enanos: segun esto, mal dijo le ocupaba, pues el lienzo se mirara desierto en la mayor parte, si no llenáran sus vacíos muchas plumas, procesos y tinteros. Arrebatóme el entendimiento la estrañeza de la pintura, y cuando me determinaba á tenerla por enigma, me desengañó la inscripcion, que decia así: *El pleiteante moledor y tramposo*. Viendo, pues, que conformaban el pincel y el título, se desasosegó mi ingenio, y corriendo á buscar su centro en el epítome, se entró luego por su discurso. Las razones de que se componia son las que se siguen.

VIDA DEL VARON INFELIZ Y PERVERSO

JUSTAMENTE LLAMADO EL PLEITEANTE MOLEDOR Y TRAMPOSO.

Hallaráse en ella tanto desengaño como lástima.

Las líneas de este pincel, y los renglones de esta pluma, noble y cristiano ingenio, te proponen pintado y escrito al Pleiteante moledor y tramposo: considérale tan pequeño y negro, y hallarás que este fué un trasgo en los tribunales de los jueces, y una pulga en los oficios de los escribanos criminales y civiles, mas vivo que el azogue, mas perjudicial y mas penetrante. Sus padres fueron viles, su patria nobilísima: ellos con hierros en los rostros, con hierros en las gargantas, y muchos mas yerros en las costumbres, manifestaban ser esclavos; mas el color de su

rostro aun los infamaba mas, porque los acusaba por mulatos: traian en él crédito constante para la presuncion de toda maldad atrocísima y aleve, y era lo mismo que ir diciendo: ¡Afuera, afuera, aparta, aparta! Entrambos eran de Berbería, tierra que lleva mejores dátiles que personas: él, no contento con solo ser perro, se pasó de extremo á extremo, y se preció mucho mas de ser gato, y dióse tanta priesa á meter la uña, que le ahorró la horca. Diéronle cordelejo á vista de mucho pueblo, y estuvo tan léjos de correrse por ello, que aunque mostró mucha travesura en los piés, no se podrá decir con verdad que diese un solo paso con ellos: tuvo mucho de extraordinario este vejámen, porque no se le dieron con voces, sino con patadas; y él, como en desprecio de este desprecio, despues de haber hecho piernas, se mostró muy estirado. Este fin tuvo el uno de los que dieron principio al Pleiteante moleder y tramposo: digo que este fin tuvo su padre, y con el mismo acabaron su abuelo y bisabuelo, de modo que pudo decir que venia de un linage, que aunque nacian bajamente altamente morian. La berberisca madre fué ave nocturna, y tal, que á nadie reconoció ventaja en el volar: por el cañon de una chimenea subia tan derecha por la línea de en medio, que á ninguna dejó desollada, quise decir desollinada, si es que á las chimeneas las sirve su ollin de pellejo (permítasenos esta tiznada licencia, y pase por término culto). Su amo pretendió para las Indias, y valióse de las malas artes de su esclava para su pretension: creyó (¡ó ciego!) haber conseguido por medio de ellas un gran oficio: por esta causa antes de partirse la dejó libre, y todos sus bienes muebles; bien que el título que se daba en público á esta liberalidad era diferente: él pereció en el agua, y ella en el fuego, de modo que á él las ondas y las llamas á ella castigaron sus cercos y conjuros: tales fueron los padres, y tal el amo de Martinillo asunto de nuestro epítome, en cuyas muertes al amo le sobró el agua, á la madre la sobró el fuego, y al padre le faltó el aire. Este es, pues, aquel Martinillo, Pleiteante moledor y tramposo, y aun se le quedaron á deber mas atroces títulos: el progreso de su historia me sacará verdadero. Digamos su patria, porque ella á él, aun con ser tan vil, podrá honrarle, y él á ella en nada dejarla ofendida, tan ilustre es, tan magnífica, tan populosa, tan opulenta; ¿será menester con esto que os diga que fué la gran Sevilla? Ya lo dije; ¿y para qué? Pues las señas no pueden venirle bien á otra alguna del orbe: yo os lo diré, y advertid, para que la ciega pasion que podeis tener á otras ciudades no os obligue á haceros árbitros de este laurel, dándole cada uno á la que reconoce por patria. Quedó Martinillo con cinco cincos en la edad, y en las malicias, como si hubieran pasado por él muchos millones de siglos el ser en el color muy negro, y en el hablar pesado y prolijo, hizo que se presumiese que no se le habia puesto acaso el nombre de Martinillo. Crióle su amo como á hijo, y aun lo parecia, porque en las costumbres se diferenciaban poco: enseñáronle á leer, escribir y contar, y tanto latin, que á ser Juan (supuesto que no era nada blanco), pudiera ser segundo Juan Latino: era singularísima su inventiva para toda maldad, para todo embuste, para todo fingimiento y cautela: su inclinacion á solicitar causas, á bullir pleitos, resucitando los ya olvidados, y fabricando otros de nue-

vo: los bienes de su madre fueron confiscados, y así, aunque fué su hijo, no su heredero: mas una tia suya hermana de ella (pescadera en el oficio, y en las costumbres pecadora carnal y torpe) con lo que habia pescado, no en la mar, sino en las bolsas agenas con sus malos pesos, le dejó acomodado y rico. No se gozó él tanto con la herencia, como con que le trajo pleitos: parecíale á él que habia heredado mas en ellos que en ella; y como un muchacho goloso, que cuando le dan alguna cosa dulce, la come muy despacio porque no se le acabe, así este llevaba los pleitos con pasos muy dormidos, porque le durase aquella causidica inquietud, y aquel desasosiego litigioso. Diéronle una sentencia en favor en cierto pleito, y como la parte contraria apelase para esta corte, y sus letrados se lo disuadiesen, porque no tenia justicia, apeló él tambien de la misma sentencia, tomando por color que no le habian adjudicado todo lo que él decia pertenecerle; y no era, sino el dolor de ver que el pleito se le moria entre las manos: á esto se juntaba el deseo de venir á este bellísimo lugarazo á ejercitar en tanta variedad de tribunales como tiene su inclinacion turbulenta, tan ocasionada á peligros como pasos, porque no se da paso sin peligro en los pleitos, y es fuerza que los peligros sean muchos, porque los pasos no pueden ser pocos: apenas puso los piés en esta admirable cuanto confusa Babilonia, cuando corrió como á su centro á la plazuela, que con ser su nombre San Salvador, solo pretenden en ella los que la frecuentan condenarse los unos á los otros, porque este es el fin de los pleitos. Parecióle poco el tráfago, y que no sonaba aquel ruido á tanta trampa y cautela como su naturaleza le pedia: partió luego á toda diligencia apresurada y congojosa á la que llamamos de Santa Cruz; y aunque él fué con tanta priesa, yo me detengo despacio á considerar cómo pudo ser que se diesen á estas dos plazuelas donde tantas injurias contra el Salvador del linage humano se cometen, á la una su sacratísimo nombre, y á la otra el del lugar santísimo donde nos salvó; mas volvamos á Martinillo, que ha llegado al campo mas deleitoso y florido de cuantos le pudo pintar y mentir su tan alevosa cuanto sutil imaginacion. Apenas se vió en aquella, aunque al parecer pequeña en sitio, en lo demas dilatadísima provincia, cuando la dió con los labios la paz, que ni ella tenia, ni queria, ni podia tener, y él era el que menos deseaba que la tuviese, porque aunque es verdad que la ceremonia fué tan pacífica, el ánimo venia sangriento y belicoso. Deleitóse contemplando en su idea aquellos cuatro rios invisibles que la ciñen, y admiróse de ver que, con ser tan caudalosos, miéntras mas la regaban, correspondia con peores frutos. Digamos, pues, sus nombres, en gracia de los lectores candidísimos, que nos sufren y nos perdonan; son estos: El Tajo, el Ebro, el Marañon, y Esguevilla. Expliquémonos mas, y hablemos clarito como el agua, pues tratamos de estos clarísimos rios. Digo otra vez clarísimos, aunque no son venecianos: Por el Tajo se entiende el de muchas plumas escribanistas, cuyá agua, cuya tinta, ni sabe, ni puede, ni quiere correr, si no es por entre arenas de oro. Del Ebro, á quien llaman traidor, porque naciendo en Castilla, riega en Aragon. De este beben algunos solicitadorcillos aleves, y muy aleves, porque mos-

trándose defensores de la una de las partes, acuden con avisos á la otra, y tal vez suelen engañarla en ellos, con que las estafan y las pierden á entrambas; pero es mucho mayor el número de los que gastan el agua del rio Marañon, el procurador, el pleiteante, el escribano, el abogado, el alguacil, y el solicitadorcillo, y preguntada la razon, responden que por ser aquella agua sutil y delgadísima, la beben todos los cortesanos. El Esguevilla se le aplicamos á todo escribanillo, á todo porterejo de aquellos que son podencos entre once y doce. Digo podencos otra vez, pues por el olor descubren la caza que buscan; y la razon porque se le aplicamos, es considerando que es bien que estos ministros inmundos y espesos tengan por su compadre y paniaguado á este chirrion acuátil; y no digo chirrion cristalino, por no manchar voz tan limpia con este asqueroso fragmento de Pisuerga. Estas son las metafóricas corrientes y las ondas alegóricas de quien se baña la provincia inconquistable que tanto deleitaba á Martinillo, refieramos ya como se portaba con ella: atronemos el mundo con narracion de tanto estruendo, y con tan vocinglera pintura. Apenas rompia el alba las tinieblas (aunque en aquel sitio jamas quedan del todo rompidas) cuando se paseaba por sus portales: paseábase bullicioso, haciendo con el gesto visages, con las manos peregrinas acciones. Hablaba con aquellos valientes postes, que muchas veces, con ser de piedra, y tan dura, pienso que los tenia cansados y rendidos su prolija importunacion. Hallábase al abrir de los escritorios, al poner de las mesas, al acomodar de los bancos: saludábase con todos, y guardaba este órden, sin jamas alterarle. A los personages, que allí se llaman secretarios, hacia la inclinacion hasta el suelo; á los papelistas algo menos; abrazábase con los procuradores; hacíase gracioso con los alguaciles, que es gente de buena carcajada, y pagan con risadas de contado á todo aquello que les parece que está bien dicho, con sal y gracia. Entrábase luego en el oficio donde le parecia que empezaba á bullir pueblo: oia á diversos pleiteantes, á quien daba consejos y arbitrios sin pedírselos ni pagárselos: oíanle algunos con gusto, porque les parecia que su ingenio era agudo; y era así, pero todas sus agudezas se encaminaban á que los pleitos fuesen eternos, y jamas pereciesen. Entrábase luego en la cárcel, hacia memoriales á los presos, hablaba por ellos á los jueces y relatores, dando recaudos falsos, haciéndose criado de algun gran príncipe, y esto con tanta eficacia que los dejaba ofendidos y cansados. No recibia de esto ninguna paga, mas de aquella que le daba el gusto de manosear procesos, y bullir entre plumas y tinteros. De aquí caminaba á palacio, donde tenia tres pleitos adquiridos y conquistados á fuerza de su dinero. Nadie puede pleitear sin gasto, y por esto huyen algunos aun de los pleitos en que tienen justicia, mas este á costa de mucho gasto (¡ó increible delirio!) compraba ocasiones en que hacer inmenso gasto, porque apenas puso fin al pleito que trajo de Sevilla, cuando por no morir, como el pez, fuera del agua, compró á tres diferentes personas el derecho de tres diferentes pleitos, que son los arriba referidos, bien inciertos y dudosos: extraño y peregrino empleo, y hasta ahora nunca visto, porque todos los tratantes del mundo emplean su caudal para ganar con él, y ganarse;

mas este tratante en litigios empleaba su caudal para perderle, y pederse, con que se conoció bien que este hombrecillo bullidor y tacaño no era pleiteante por necesidad, sino pleitista artificioso, por su malvada naturaleza: solicitábalos con tan afectadas diligencias á todos tiempos, á todas horas, sin perdonar aun á los dias mas feriados, que con esta molestísima importunacion traia á todos los que intervenian en sus pleitos con aquellas angustias, que padecen los navegantes bisoños cuando se marean. Por esta causa apenas ponia los piés en el patio grande de palacio, cuando aun aquellas fortísimas columnas se estremecian, y si te hallaras presente, lector carísimo, creyeras que se habia soltado algun leon africano: tanto era el ruido, tanta la confusion, y algunos huian de él por aquellas escaleras arriba, y le atendian desde aquellos altísimos corredores (no sin miedo) como quien mira á un toro. Preguntarás, y no será pregunta vana ni ociosa, que cómo, si deseaba tanto la duracion de los pleitos, les daba tanta priesa con su importuna solicitud. A esto se responde que á este no le parecia que pleiteaba en faltando para él mucho cansancio, y no menos molestia para todos los que participaban de sus causas. Así lo decia él, afirmando que todo lo que no era pleitear así, no era pleito, sino ocio. Verdad es que en Sevilla siguió sus pleitos con diligencias dormidas; pero tomó otra navegacion en Madrid, reconociendo que era imposible (como él los quisiese) faltarle pleitos, suyos ó agenos, en esta gran corte. Agenos solicitó no pocos, y seguíalos con no menos atencion y diligencia que los suyos, porque este no pleiteaba por vencer los pleitos, sino por bullir y trafagar con ellos. Fué el mas insigne de su tiempo en la inventiva de las trampas: y es cosa admirable, rarísima, y bien singular, que todas cuantas hacia, miraban á la duracion del pleito, no al vencimiento. Jamas fué su intento despojar á nadie, ni aun de solo un hilo, sino en pleitear y en procesar á todo el linage humano; mas como se llegase el dia fatal en que se vió desierto, así de pleitos propios como agenos, y sintiese que por instantes se le iban ahogando los espíritus vitales, dió en un ingeniosísimo arbitrio para tener pleito por toda su vida, y de quien se originasen tantos pleitos como dias tiene el año, y como el dia tiene horas, y aun para entrar en este pleito lo encaminó de suerte, que precedieron ántes de él otros pleitos fatigadísimos y algo escandalosos. Determinóse á casar, pero con engaño y alevosía precedente, para que esta sirviese de fundamento á su endemoniada pleitesía: vió una mozuela, su nombre Ines, tan mozuela que aun para cumplir los diez y seis años le faltaban algunas semanas. Era vírgen titular, y doncella en opinion; al fin su castidad era un argumento de solucion muy dificultosa. El padre fué un sastrecillo bullidor, grande caballero de taza en puño, tan diestro que cuando entraba con ella en las justas de Baco, á nadie derribaba en tierra sino á sí mismo. Era tan descosido de conciencia y lengua, como mal cosedor con las manos. Con la lengua cortaba él de vestir, que con las tijeras no. Cosia con mucha flojedad los vestidos, y descosia con diabólica malicia las honras. Con esto obligó á que le diesen una leccion de coser bien en su propia persona, cosiéndole á puñaladas tan bien cosido, y tan mal, que no cosió mas; á lo que se

dice le cosieron con una pared, que fué lo mismo que echarle un aforro de calicanto. La madre, ni aguada, ni vinosa, fué persona de continuas meditaciones, mas no espirituales: toda su atencion la cargaba sobre lo temporal, y de lo temporal no en lo mas limpio, sino en lo mas útil: al fin, con sus porfiados estudios alcanzó tan escogidos discursos, que nadie se los alcanzaba. Estos le adquirieron á su hija Ines un rico dote, no en galas, ni en joyas, que estas siempre fueron modestas, tanto que ni pudieron llamarse joyas, ni galas, sino en buenas posesiones, como si dijésemos casas con tejas y balcones tan grandes, que pudieran ser aposentos en otras casas: balcones de aquellos que á tener sentido se pudieran desvanecer, así por estar en lugar tan alto, como por verse teñidos con aquel precioso color azul y resplandeciente; y aun con todo este aparato pretendia que á su hija la creyésemos vírgen con toda su flor, intacta y purísima: ¿mas qué mas flor, que engañar con esta agostadísima flor á tantos simplones? pues no era pequeña la parcialidad que lo defendia y juraba. Enriqueciólas cierta persona de gran puesto, que por particulares circunstancias era mas interesada en el secreto que ellas mismas: con esto daban nombre de herencia á la torpe ganancia, haciendo sombra á esta mentira un testamento supuesto de un hermano de su abuela materna, que decian haber algunos años que pasó de este mundo, estando aun por nacer: reverenciaba á esta fábula alguna gente sencilla y llana, como á verdad calificadísima; mas no me admiro, porque este fué uno de los casos que sin ser verdaderos parecen verisímiles. Tal era la hipocresía de la madraza socarrona, que con ser un epílogo de todos los vicios, en poniéndose la máscara de la virtud, nos equivocaba los mas nobles sentidos, y hacia que las apariencias pasasen por evidencias. A esta venerable anciana codició por suegra nuestro azogado Martinillo: fingióse gran caballero, y valióse de alguna gente echadiza y pagada, que lo aseguró por verdad constante: fácil y comun empresa entre los cortesanos de buena inventiva; de aquellos hablo que se ponen el don despues de mayores de veinte y cinco, de modo que el de estos viene á ser un don varonil, venerable y valiente: venerable por la barba y valiente por los criminales mostachos. Parecen estos tales dones, dones armenios, por la barbona espesura: son dones puestos adrede, y unos dones donados de los verdaderos dones. Muchos hay de estos caballeros asustados, que se sirven del don en un barrio, y en otro le traen baldado y baldío: por estas razones he llegado á creer que debe de haber un baratillo de dones de viejo, porque no consiste el tenerle mas que en quererle tener, y yo me le hubiera ya embestido, sino que me han dicho que no por eso anda un hombre mas fresco en el verano, ni mas caliente en el invierno. *Item* mas, que no es cosa que se empeña ni se vende, y que solo sirve de añadir tres letras mas al nombre, y de embarazar mas papel con la firma; pero como todas estas consideraciones no le ocurriesen entónces á Martinillo, y por el contrario juzgase que le estaba bien para su embeleco, habiendo tal como hoy anochecido Martinillo, tal como mañana amaneció don Martin, y empezó á tejer su novela ignominiosamente. Era la tal Ines, cuanto hermosa, ignoranti-

sima, que sucede, y no pocas veces, engendrar padres muy sabios hijos muy necios; por esta causa pudo la elocuencia civil y tacaña de nuestro don Martinillo deslumbrar á la bellísima Ines, con que deslumbró á aquella que era la lumbrera de la lumbre de los ojos de los mas sutiles y curiosos cortesanos. Hablábala de noche, sin sabiduría de su madre, aumentando tinieblas á las tinieblas con su engaño, porque la encantó de suerte con su canto este mas ruin señor que ruiseñor, que fiada de una palabraza de casamiento en agraz, y no madura, que la dió delante de unas esclavas sobornadas y soñolientas, porque estaban bien bebidas, que despues confirmó con un cedulon jurado y perjurado, le hizo dueño de toda aquella virginidad postiza y remendada, como aquella que nació en casa de padre, que no supo otro oficio, sino remendar. Retiróse luego el caballero del don reciente, no por la razon que otros lo hicieran, que es el haber desfogado su deseo y satisfecho su apetito, sino porque conoció que en aquel poco papel del cedulon que habia dejado, se encenderia el fuego de un pleito solemnísimo, tal que á él le trujese muy ocupado y solícito, y á toda la corte entretenida y admirada; y fué tan dichoso (si es dicha lograr un hombre su inclinacion, aunque sea tal), que excedió el suceso á la esperanza, porque él se prometió solo un pleito, y se halló con dos y entrambos criminales. Fué el caso que mataron á un correo la misma noche que él gozó de la bellísima Ines, cerca de los umbrales de su puerta. Pedíanle entrambas sangres, y ninguna habia vertido, ni la del correo postillon, ni la de la vírgen postiza. De la del postillon caminante parecieron presto los culpados, y quedó absuelto de la sospecha. De la postiza vírgen bien pudiera parecer el que hizo el sacrificio sangriento, si él quisiera; pero por su autoridad estaba cerrada aun la primera noticia con mucha espesura de nieblas.

Don Martinillo, que ya habia empezado á saborearse con aquellas contiendas criminales (porque ántes todos sus pleitos habian sido civiles civilísimos), sintió mucho que la fama falsa, que le atribuyó aquella muerte, se hubiese muerto tan por la posta, que no pudo dejar de postear por ser cosa tan perteneciente á un hombre que era correo. Tuvo consultores en la cárcel que le libraron de aquella impertinentísima congoja, y le dieron un consejo para su propósito muy á propósito: aconsejáronle que si deseaba pleitos fijos y permanecientes, que celebrase luego aquel matrimonio ensuegrado, pues tantos pleitos tendria cuantos instantes pasasen por las vidas de él y de su atrocísima suegra. Aceptó luego el consejo, y recibióle por arbitrio: sacáronle de la cárcel, y á la verdad para llevarle á otra mayor; pero él halló en ella lo sumo de su deleite. Entraron con él Tisifone y Alecto, y toda la tropa horrible de las infernales furias: entraron con él apadrinándole en casa de su suegra, matrona perdurable, y escollo, aunque de carne, mas duro, mas invencible, que las mismas rocas: por esta causa le valieron poco contra ella, ántes le ayudaron á perderse mas presto, porque como la vieja fuese persona de gran consejo y circunspeccion, aunque la misma noche del desposorio y los ocho dias siguientes la dió muchas ocasiones para que se armase alguna procelosa borrasca, y se fuesen engrosando mas y mas

las olas, ella inmutable con la aspereza y severidad del semblante, respondia, sin hacer estruendo escandaloso con la lengua. Toda su retórica era muda, y cuanto mas muda tanto mas afectuosa: por esto acudió á la simplona de su mujer, y con ella tuvo azulísimas cuestiones, no porque nada le diese zelos, que ántes se alegraba con las visiones y fantasmas; no era de los maridos asustados y ceñudos, sino de los muy corteses, comedidos y placenteros; demas de que de estas sombras él veia muy poco ó nada, porque el artificio de aquella maestra siempre fué mucho, siempre muy sagaz, siempre muy atento; al fin, él reñia con su mujer no mas de por reñir: reñíala porque salia de càsa, y tambien la reñia porque guardaba clausura: hoy la renia las muchas galas, y mañana la culpaba su desaliño y desaseo: despedia los criados y criadas sin pagarles su salario, no por no pagar, sino por pleitear con ellos: dió en tomar muchas cosas fiadas, pudiendo pagarlas luego de contado, no mas de porque conocia que no pagando, como no pagaba al plazo señalado, se habia de levantar luego pleito y maraña. Tambien les resistia las pagas á todos los oficiales mecánicos, aunque fuesen de las mas comunes menudencias: con esto hervia en pleitos, y cuando todos ellos perecian, pleiteaba el solicitador con él sobre la paga de sus pasos.

Era este desatinado hombrecillo pleito de pleitos, como cuento de cuentos, y como una cadena de causas criminales y civiles, que las unas se eslabonaban de las otras: al médico, al cirujano y al barbero, que los tenia asalariados, y al boticario, que le fiaba las medicinas, jamas pagó, sin que precediese primero mandamiento de juez. No fué menos molesto á los tribunales eclesiásticos, y hasta con su majestad tuvo tres pleitos, y todos tres comprados, que son los que ya tenemos arriba referidos, porque aun persona tan soberana no se librase de este malsin ingenio, de este proceso vivo. La simplona de Ines, aunque simplona, alumbrada de su madre y de algunas amigas ancianas, que eran consejeras utiles, reconoció los daños que se le seguian á su quietud y á su hacienda con hombre tan perturbador de todo el linage humano, y que solo habia nacido para riqueza de los abogados y procuradores, y destruicion de sí mismo y de todos los suyos, y tambien de todos aquellos contra quien armase los pleitos. Entraron en consulta, buscando arbitrios para salir del poder de un hombre tan peligroso: juntóse todo aquel senado venerable y reverendo de tocas largas: venerable dije, y ahora digo, digno de ser venerado siempre, porque aunque todos sus magistrados eran femeninos, las resoluciones fueron siempre muy varoniles. Ventilóse el negocio, y echada bien la cuenta, hallaron que no podian expeler á don Martinillo sin pleito. Consideraba, y no sin justo dolor, la venerable madraza, que le habian traido á casa con pleito, que en ella habia fabricado muchos pleitos, y que sin pleito no podian expelerle de ella. Advertia que para hacerse á sí mismas el placer de echarle de casa, habia de ser con el pesar de poner pleito; y por el contrario, el pesar que á él le hacian, poniéndole en la calle, le contrapesaba con el placer de andar trafagando por las audiencias; finalmente, ni á él le podian hacer pesar, que del todo lo fuese, ni para sí se podian tomar pla-

cer, que no les viniese muy menguado: demas de que el pleito era una maldad atrocísima (aunque dicen que algo usada), fingir, y probarlo con testigos hechizos, que habia puesto las manos en ella con tanta cólera que llegó á desnudar la espada para matarla: tocaron con esto en lo sumo de la mentira.

Tan vírgen estuviera la señora doña Ines cuando don Martinillo la gozó, como estaba su espada; porque aunque es verdad que él se deleitaba mucho con las hojas, era en esta forma: con las de los procesos siempre, con las de las espadas nunca: con hojear solo las hojas de los procesos se deleitaba; pero de ver las hojas de las espadas desnudas, temblaba mas que la hoja en el árbol: al fin, la resolucion fué terrible; pero ejecutóse, y no le pesaba al tal don Martinillo, por pleitear y bullir: pero no le salió aquel regodeo de mucha dura: fué gozo fugitivo y deleite sutilísimo, que se le desapareció como el humo, porque el favor y el dinero que ellas tenian, no escaseó: abrevió la sentencia del divorcio, con que se halló en un instante sin pleito, sin mujer y sin suegra, que otro juzgará por tres sumas felicidades. No se desmayó con esto el mas que civil don Martinillo: inquietaba la calle de su esposa, y levantaba pendencias de las mismas piedras, que siendo todas las de Madrid fuego, serian pendencias muy fogosas; tan de las piedras las levantaba, que tropezando una noche en una grande, y descalabrándose, dijo que la habia puesto allí con malicia, y dió criminal querella; esto mas fué dar que recibir la pedrada. Tanta importunacion aun las mismas piedras no pudieran sufrirla; ¿ qué mucho que unas mujeres tiernas se cansasen? Por esto buscaron el mas fácil despidiente, aunque el mas atroz: encomendaron el despacho de su persona á dos oficiales de la matanza, carniceros inhumanos y vertedores de humana sangre, que habiéndole espiado una tarde de aquellas tan impías cuanto ardientes de los rabiosos caniculares (rabiosos dije, y con propiedad, porque aquellas estrellas fritas de la Canícula son dos perros fogosísimos, y siéndolo, no hay que admirarse, ni de que ellos rabien, ni de que nos hagan rabiar con su emperrada influencia).

Una, pues, de estas tardes, que venia de bañarse del rio, le bañaron en su sangre: con esto recibió aquel dia dos baños, de su sangre el uno, y del agua de Manzanares el otro: el primero, él propio se le habia tomado por su eleccion: el segundo, le recibió de mano agena contra su voluntad; al fin, fué en hombros agenos llevado á su casa, que era en la calle de Atocha, y al pasar por los escritorios del crímen, hizo que le entrasen en uno de ellos, y con palabras casi no pronunciadas, interrumpidas y cadentes, dió una horrible querella de su suegra y esposa, y poder á un procurador para que la siguiese despues de él muerto. Espiró al instante, y ahora me admiro mucho como se pudo morir este hombrezuelo en medio de su mayor deleite, que era el pleitear: con esto dejó un pleito postumo, para que se pudiese decir con verdad que aun siendo cadáver habia pleiteado, y asistido en los escritorios entre escribanos, procuradores y alguaciles. Estos son los que le ayudaron á bien morir (mirad qué padres de la compañía de Jesus), pero como él acabó sin sa-

cramentos, y murió mal, por eso le ayudaron á morir, porque escribanos y alguaciles siempre ayudan á los que mal mueren, y aun son causa de que mueran tan mal.

Esto se ha dicho sin injuria de algunos en quien resplandecen muchas virtudes, y que por ellas merecian ser premiados.

La esposa y mujer del violento Martinillo salieron bien de la horrible querella, y aun con facilidad, porque apenas hubo quien la siguiese, muchos que la persiguiesen sí. Este fué un milagro comun de dos, parte el favor y parte el dinero, que son los tutelares y patronos de aquel distrito. Mandó que le enterrasen en Santa Cruz, por estar en el barrio de los pleitos, y porque ya que le hubiesen de pisar, fuesen los piés de los pleiteantes, y los de todos aquellos que los ayudan y los pierden. Miserable y congojadísima fué la vida de este hombrezuelo, pues aun ántes de salir de esta carne caduca y mortal, se anticipó el infierno, conversando con la discordia, que es uno de los mas principales ministros de aquella ciudad horrible. En mi opinion todo soldado pleitea, todo pleiteante milita: por esto pudo ser que las de los procesos de los unos y las espadas de los otros se llamasen hojas.

No fué menos que pluma imperial la que dijo que á la magestad de los príncipes convenia el estar armada con las leyes y adornada con las armas. Segun esto, tanto son semejantes cuanto necesarias; pero del abuso de ellas se originan todas las calamidades de la república: mas guerras han vencido los ardides y estratagemas que la fuerza y el valor; y á este ejemplo la cautela y la solicitud han triunfado de mas pleitos que la razon y la justicia: ¿mas qué digo? en grande cumbre hemos puesto á los pleiteantes, haciéndolos compañeros de la gente mas ilustre del mundo, que es la militar; acomodémoslos entre la canalla mas perdida y desalmada del siglo, con esto habremos hecho justicia, pues siempre importunan por ella, aunque no todas veces la desean. Digo, pues, que son los pleiteantes como los tahures, porque de la suerte que la hacienda de aquellos se queda entre los gariteros y los mirones, así la de estos en las manos de los abogados y solicitadores. Abogados dije, así se llaman estos causidicos, que se desvanecen con decir que tienen el mismo oficio en la tierra que los santos en el cielo: y pudieran considerar la diferencia, porque los santos no venden su patrocinio, y ellos el suyo sí, y tan costoso, que hacen mayorazgos, deshaciendo mayorazgos, pues con aquello que consumen en sus pleitos los mayorazgos antiguos, fundan ellos otros mayorazgos modernos: con la variedad de autores y de opiniones, han hecho la justicia equívoca y dudosa. Y es muy de notar que con tener el derecho ficciones, estan mal con los ingenios poéticos, siendo en esta parte hermanos en armas. Las buenas ficciones poéticas, que han de ser verisímiles y benemoratas, enseñan con sumo deleite á las repúblicas mucha doctrina moral y política, con que se conservan. De las suyas no hago juicio, hable el pueblo y clamen las experiencias. Parecer es de muchos ingenios prudentes que, entre los que somos cristianos y fieles católicos, habia de haber unos jueces árbitros, que compusiesen todos nuestros litigios y diferencias, porque es cosa de mucho dolor el

ver que la mayor parte de las personas que asisten en las córtes de los grandes príncipes, se ocupan ó en pleitear por sí ó en nombre de otros. En la de nuestro poderosísimo y no menos católico monarca, sirve de gran consuelo el ver que todos sus tribunales estan ocupados de varones clarísimos por la sangre y por el ingenio, y que de la virtud y letras han tocado á lo mas alto, á lo mas sublime. Son tales personas muchas veces concedidas liberalmente del cielo, no buscadas ni halladas por la solicitud de los príncipes, que en ellas han dado á las repúblicas mucho mas de lo que pensaron ni conocieron : al fin son los tales unos tutelares y patronos del bien público, que ni consienten viciarle ni oscurecerle : muévese el cielo de su gobierno sobre estos dos polos, justicia y piedad.

Con esta última reconocen que la potestad que se les ha dado sobre todos se ha de eslabonar con el tener amor á todos. Deben, pues, dar continuas gracias al cielo los que nacieron y viven debajo de tal dominio, que en los casos de justicia se les administra, tan fielmente igual, que aun se reparte muy igual entre aquellos que por su calidad son desiguales : mas dejando todas estas consideraciones, una vida pacífica y quieta es lo sumo de la bienaventuranza humana y mortal : al fin, es retrato de aquella eterna y divina, que nada la sobresalta ni turba. Hagamos, pues, obras por donde la merezcamos, ejercitándonos en virtudes tan eminentes, que para nosotros sean mérito, y para nuestros prójimos ejemplo.

Con grande silencio pagué á la narracion de la vida de este moledor pleiteante, y quèdara con algunas dudas y escrúpulos de su verdad, si la experiencia no me hubiera facilitado el paso con el trato de otros monstruos no menos peregrinos. Bien quisiera yo dilatarme por el campo del discurso; mas halláronme los ojos nuevo entretenimiento en el retrato sucesivo, cuya inscripcion decia : *Mala lengua, malos piés y malas manos.* Hice tan extraño concepto de tan peregrinos atributos, que deteniéndome poco en los rasgos del valiente pincel, caminé á las letras que formó la pluma, y hallé que se delataban con estas razones :

VIDA DE UN HOMBRE

QUE FUÈ SOBRA Y TRASTO DE LA REPUBLICA, A QUIEN ELLA DIÓ EL ESCANDALOSO NOMBRE DE MALA LENGUA, MALOS PIÉS Y MALAS MANOS.

Su patria fué Valencia, madre de santos ya mártires, ya confesores, madre de valentísimos capitanes, madre de varones insignes, por la erudicion y por el ingenio; y porque las damas no acusen por *descortes* á mi pluma, tambien madre de singulares hermosuras, siempre honestas, siempre sabias, porque entre las mujeres aquellas solamente se pueden llamar sabias que son honestas. Pasemos de esta hermosura ra-

cional y discursiva á la no menos elegante, sino tan animada, de sus campos floridísimos : tales son, que por ellos no se pasea la primavera con limitadas horas, ni está reducida á particulares meses; ántes su perseverante belleza nos obliga á pensar, ó que todo el año es un dilatado abril, ó que, si se divide en meses, tantos como meses, tiene abriles : al fin, el año valenciano es un abril doce veces repetido; y aun dije poco, porque si allí los años se suceden los unos á los otros, con igual belleza la vida de este felicísimo abril no se ha de contar por años, sino por siglos, y aun se podrá sospechar y creer de igual duracion con el tiempo. No he conseguido el averiguar quien fueron los padres del asunto de nuestra narracion, y si hemos de acudir á buscarlos en sus obras, porque cada uno es hijo de las suyas, hallo que ninguno de los mortales los ha tenido mas viles ni mas infames : tal fué este tal, que quiso adquirir con arte un don, que es liberalidad magnífica de la naturaleza sabia : este vendió la mercaduría que jamas tuvo : este hizo oficio la conversacion : este, las sales, que siempre son tan ingenuas como ingeniosas, pretendió que siempre fuesen mecánicas y vendibles; finalmente este fué de aquellos que se llaman locos, por honestar al infame título bufonesco, y no son sino unos filósofos tacaños, tan poltrones como viles, y tan viles como bien afortunados, pues comen de decir pesudumbres y libertades á los mismos que los sustentan, siendo suma (bien que civil) felicidad poder cumplir un hombre en cada casa todos los antojos del vientre y de la lengua sin riesgo, porque le sirve de proteccion su infamia. Nuestro Luquillas, siendo un mes de diciembre humano, y una sierra nevada con facciones, acometió en hábito de estudiante capigorron á la ilustrísima escuela que baña el Tormes; acometióla con ignorante osadía, pues fué á llevar frialdades (y en tiempo del invierno, porque este es en el que se cursa) á una de las tierras mas frias de la Europa : tan frio era el pícaro, que con ser por julio cuando esto escribo, me obliga su memoria á tiritar de frio, y á dar algunas tenazadas con los dientes. Sírvame de alguna disculpa, si acaso discurriere con alguna frialdad, ser el sujeto granizo, ser el asunto carambano. Aquellos, pues, sutilísimos ingenios le conocieron luego, y como son tan pesados de manos cuanto de ingenio sutiles, con ellos le dijeron las gracias y donaires que él intentaba decirles y no sabia, y con ellas le cargaron de muchas desgracias: admiróse de ver que hubiese tantos buenos jugadores de manos en una ciudad (aunque muy principal) no muy populosa, barberos tan singulares como liberales, porque con grande velocidad sangraban de las narices y de las muelas. Reconoció el peligro que corria su dentadura en aquella tierra, porque demas de la frialdad de su temple, se hallaba á cada vuelta de esquina confirmado conde de Puño en rostro, y algunas veces era esta confirmacion muy dura, porque no todas venia aquella borrasca sin alguna piedra. Advertid que nos da este pícaro mucho que considerar : si él era el mismo granizo, ¿ porqué huye de la piedra, supuesto que la piedra y granizo en todas las tempestades son compañeros? Confieso que no lo entiendo, solo sé que él se dió mucha priesa á volver las espaldas, que siendo esta accion tan propia de los

ruines, no tuvo necesidad de hacerse alguna violencia: volver el dinero ó las prendas que le prestaron, jamas supo; mas volver las espaldas, y tambien malas respuestas, ninguno supo mejor que él: la primera accion de estas es de cobardes; y la segunda de insolentes: la insolencia y la cobardía son hermanas de padre y madre, y todas cabian en su pecho infame, y aun les sobraba aposento: al fin, él se trasladó á la imperial villa de Madrid, patria comun y madre universal de los extrangeros, madrastra de sus propios hijos, de aquellos únicos ingenios hablo, que miéntras mas clara y resplandeciente la hacen en el orbe con sus estudios, tanto mas parece que procura oscurecerlos y oscurecerse: mas dejemos estas quejas á otra pluma mas fecunda, mas erudita y mas anciana, para que así todo cuanto en ella tuvieren mas de autoridad, tanto mas se justifiquen. Trasladóse, pues, el tal Luquillas á ella, sin mudar ninguno de sus malos hábitos, ni el de capigorron, ni el de malas costumbres: el primero, porque al principio no pudo: el segundo, porque jamas quiso. Vuelvo á decir que no quiso, porque ántes estuvo tan léjos de querer desnudarlo, que cada dia se lo fué vistiendo mas sucio y mas manchado, porque considerando que era imposible que le correspondiese en Madrid graciosa la fortuna en el oficio de gracioso, no teniendo gracias naturales, quiso hacer gracia de la mayor de las desgracias, que es la vilísima murmuracion, entreteniendo con ella á unos potentísimos necios, que le acariciaban con aplauso vulgar y bárbaro aquel venenoso estilo, aquel torpísimo lenguage. Parece imposible caso que á oidos nobles no les suene con estruendo horrible la murmuracion de la virtud agena; y es tan al contrario, que suele ser este un entretenimiento portátil de los magnates á todas horas continuado, y en ninguna aborrecido. Compraban, pues, algunos de estos de nuestro Luquillas con aplauso y con dinero la injuria de sus amigos y deudos: y estos deudos y amigos bien poco despues tambien compraban del propio mercader la injuria de ellos con dinero, y con aplauso, porque era tal la astucia de este alevoso pícaro, que miéntras hoy entretenia á Juan con la murmuracion de Pedro, oia y miraba atentamente al mismo Juan, para llevar con sus palabras y acciones que murmurar mañana con el propio Pedro: por este camino era este el mas feliz mercader de la tierra, pues en todas partes le daban dinero y mercaduría, sin poner él mas caudal que los pasos y diligencia, negociando con daño universal de todo el linage humano, y solo con único beneficio suyo: al fin, este hizo de su lengua navaja cortadora, y tanto, que las lenguas de los demas cortesanos no le llamaban otro nombre sino el de Mala lengua. De aquí se siguió que enfadados algunos cuerdos, le hicieron beneficiado de mejillas con otras navajas, abriéndole con esto mas bocas que le ayudasen á dar mas apriesa chirlos en las honras y famas agenas, pero él eligió otro consejo, porque por el mismo caso que le abrieron tantas, fué como si se las tapiaran todas. Reconoció que esto de traer costurones en el rostro es una gala muy costosa, y que dura mas tiempo de lo que quiere la voluntad de su dueño. Con esto se enmendó de este vicio, pero no de ser vi-

o, y como quien muda casa y barrio, se pasó de una culpa á otra

culpa, y de un crímen á otro crímen, quedándose siempre él miserable ciudadano infeliz de la infernal Babilonia. Tenia mucho conocimiento y trato con toda mujercilla apestada de la sensualidad, de aquellas que hacen su belleza y su fama infame, torpe y vendible, de aquellas que son escandaloso naufragio de la juventud florida y noble, que habita en las grandes cortes. Parecióle que era bueno ser estafeta amorosa, andando en continuo movimiento de las casas de las rameras libres á las de los mozuelos ignorantes y ricos. ¿ No advertis cómo este cada dia se va haciendo mayor ministro del demonio, porque ántes pecaba con la lengua sola, ahora con la lengua y con los piés? Con ella ahora persuade culpas, y con ellos busca muchas veces al dia á los que quiere persuadírselas. Pocos tiempos habrá que vimos ser su lengua venenosa fiscal de los ánimos mas inocentes y cándidos, y ahora la misma traidora lengua es orador infame en alabanza de la lujuria inmunda y torpe. Entónces maliciosa acusaba culpas que no habia; y ahora maliciosa mas, persuade culpas que pretende que haya: y es de considerar que, con ser las mas de las culpas, que él entónces acusaba, fabulosas y fantásticas, no eran tan grandes como las que ahora efectivamente pretende que se cometan. Entónces su lengua era artífice de maldades inventadas y fingidas; y ahora con ella propia persuade maldades, que exceden la mas ingeniosa y mas perversa inventiva: mas ciérrese aquí esta digresion, aunque justa, y volvamos á la narracion, aunque tan pesada y molesta. Cobró alas esta maldad, porque á los principios no halló resistencia (así sucede en todos los vicios): hizo su exordio por las mujeres mas comunes, y atrevióse luego á las de mas honesto y recatado decoro. Afectaba tanto las diligencias, acechando esquinas, atalayando ventanas, asustando á las criadas, y congojando á las señoras, siendo su sombra en todos los lugares, sin perdonar á los mas sagrados ni á los mas ocultos, dando á entender que conocia á quien jamas conoció, que ya vino á ser mas perjudicial por esta solicitud importuna, que ántes por su locuacidad injuriosa, pasándose el aborrecimiento, que ántes tuvieron á su lengua, á sus piés, ella muy mala y ellos mucho peores. Con esto le agregaron al título de Mala lengua el de Malos piés, que se daba mucha priesa á crecer en estas infames hazañas: decian que hablaba mas con ellos que con ella: tanta era la nota que causaba su continua asistencia en algunas partes; y mi opinion es que siempre habló mas que con ella con ellos, porque su lengua fué siempre tan sucia, que mas parecia procedido de los piés, y de piés muy sucios, que no de la lengua, aunque la tal lengua no fuese muy limpia. Algunos afirman que fué tan fecundo hablador, que hizo de todos sus miembros lenguas por donde pudiese derramarse su venenosa y apestada verbosidad. Tan verdad es esto, que con cualquier visage ó accion pretendia explicarse casi tan bien como con la lengua, y lo conseguia. Sus manos eran tordos, sus piés picazas, sus ojos papagayos, y su lengua un epílogo de toda esta atroz y malvada elocuencia. El hablar con las manos no trae nada de novedad para ningun estado de hombres, mas el hablar con los piés yo pensé que solo les estaba permitido á las bestias; y no lo contradice la malicia de nuestro Luqui-

llas, porque si toda bestia es maliciosa, él era lo sumo de la bestialidad y de la malicia; segun esto, jamas hablaba con instrumentos mas propios suyos que cuando hablaba con los piés. Algo podíamos traer en favor de esta pedestre elegancia; porque si los de los versos se llaman piés, ¿cuál estilo mas canoro, cuál mas crespo y florido que el poético? Aquellas doctas vírgenes del Parnaso, aquellas dulces deidades, sagrada generacion de Apolo, haciendo lenguas de estos piés eruditos, se explican con ellos por la lengua y por la pluma: mas semejantes piés se reducen á número y medida; al contrario les sucedia á los de nuestro Luquillas, porque aunque reconocian número, medida no, porque siempre son disformes piés los de las grandes bestias. De la muerte dice Horacio que con esta lengua igualmente llama á los mas ricos y á los mas pobres; y si es estilo de la muerte imperiosa hacer lengua de los piés, tambien por esta razon le perteneció á nuestro Luquillas con justísimo derecho, y en mas eminente grado, porque él fué muerte universal de las honras y famas de muchas matronas castas, de muchas vírgenes inocentes, vida tanto mas noble entre los buenos cuanto es mas estimada entre ellos la honra que la vida. Valióle esta infame contratacion el vestir ricos vestidos, el comer preciosos bocados; mas no le salió todo igualmente dulce, porque si la vara de los mercaderes media los terciopelos y gorgoranes con provecho y gusto suyo, el garrote de algunos, que se daban por ofendidos, le media las costillas, con tanto daño suyo como dolor, y algunas veces era mas el dolor que el daño. Si comia las tortadas dulces en las casas de algunos señores, en otras que eran menos bien acondicionadas le daban mucho calabazate de pared, y le abrian otra boca en el colodrillo, para que lo comiese por ella. Cuando estuvo en su patria Valencia se quejaba de turron de Alicante, diciendo que era muy duro; pero como le llevase una vez su inquietud á Alcalá á ver los toros, que se corren por la fiesta de san Diego, y los estudiantes siempre ingeniosos de aquella nobilísima escuela, en remuneracion de que quiso allí ejercer su mal oficio, le diesen á comer un gentil mendrugo de turron de Torote, confesó luego en altísimos gritos, que era mucho mas duro que el de Alicante. Escupió allí de contado un par de dientes; y no me admiro, que el comer de ordinario mucho dulce, suele causar á la dentadura gravísimos daños. De esta suerte le repartia la fortuna los gustos y los pesares, vistiéndole el gusto de mezcla, mas así lo hace con todos: su condicion es de ramera, con nadie fué leal, con nadie constante, con nadie firme.

Deleitábase mucho nuestro Luquillas de ocupar el estribo del coche de algun magnate, y desde allí iba voceando con osadísima insolencia á todo lo mas generoso, á todo lo mas ilustre de la nobleza de estos reinos. Llegó á noticia de los señores magistrados del crímen de esta corte el escandaloso y perjudicial estilo de este pícaro, tan sumamente pícaro, y parecióles que corria por cuenta de sus conciencias el enmendar la suya; pero pedia este negocio mas ardid que ruido, mas maña que estruendo, porque si llegaba á noticia de los poderosos que le hacian espaldas, no hallarian sus mercedes las del pícaro tan á la mano como era menester para sacudirle en ellas.

Por esto encomendaron el escribir su causa á una pluma muy callada, tanto, que apenas la sintió el mismo papel donde formaba los caractéres: como ella no chistó, no pudo dar en el chiste el procesado, y fué mucho proceder con tanto silencio, porque las innumerables y extraordinarias culpas que se le averiguaron obligaban á romper el aire con altísimas aclamaciones. ¡O cuantas veces el escribano limpió la pluma! ¡ó cuántas! no de la espesura de la tinta, sino de la suciedad de los vicios que con ella iba probando. ¿Probando dije? parece pulla. Tan asquerosas eran las costumbres de aquel desalmado pícaro: apenas estuvo bien averiguado tanto número de escandalosos y singulares delitos, cuando una noche, despues de las doce, le sacó de la cama uno de los señores alcaldes, y le dió posada en la cárcel en una pieza fresca, por ser bóveda; pero con una compañía de hombres tan traviesos, que le espantaron el sueño. Eran muchos, y todos le hacian cocos, ya por causarle miedo, ya por ser tan propio el cocar de las monas. Sacóle el aurora de esta molestía, para ser sacado á otra mayor: fué el caso que los señores jueces, previniendo las intercesiones, madrugaron una hora antes de lo ordinario, y le libraron (Dios nos libre) dos centurias de doblones. De doblones dije, porque la suela con que se los dieron estaba doblada, no porque se doblaba. Causó admiracion esta libranza, por ser una misma persona quien la recibia y quien la pagaba, porque en otras ni el que la paga la recibe, ni el que la recibe la paga. Eran los doblones muy encendidos, como algunos que suele haber de color azafranado; y porque no pudiese negar haberlos recibido, no se contentaron con menos testigos que todo el pueblo. Restituyéronle á la cárcel, asegurándole que desde ella habia de ir, por lo menos, ya que no al mar de Galilea, á ver á Galilea en cualquier mar: decíanle que de aquellos dos hermanos fundadores de Roma, Rómulo y Remo, era forzoso conversase cuatro años continuos con el Remo, no con el Rómulo, y que le aseguraban que alguno habia comunicado con el Romulo, que fuera mucho mas justo que el tiempo que gastó con él lo gastara con el Remo. Todo esto era animarle al paseo de los campos azules y vidriosos; mas él, que no era inclinado á ir á dar de garrotazos al Dios Neptuno, y mucho menos con aquella capitulacion tan fuerte con que van otros, que es recibir en azotes ellos todo aquello que se descuidaren de darle á él en garrotazos, se determinó á buscar padrinos, y padrinos tales, que por lo menos se le comutase esta penitencia en otra mas tolerable. Hallólos tan buenos, que los cuatro años galileos se los hicieron convertir en una exclusion del reino castellano y leonés. Salió de él, y no rico, aunque pudiera, porque las rameras cortesanas entre quien habia enriquecido le consumieron. Tales son estas arpías, bien semejantes en sus fueros á la muerte; á ninguno perdonan, á todos los desnudan. Salió, al fin, del reino, donde se dejó el dinero que en él habia grangeado por tan malos medios, pero no á sus vicios, ántes (¡ó gran dolor!) se fué precipitando mas cada dia de una en otra mayor maldad, porque los vicios andan en cuadrilla, y se llaman los unos á los otros, como los salteadores, para destruir á los que somos en este mundo pasageros. A poco tiempo sacudió el yugo de la obediencia, y se vol-

vió á entrar en Andalucía: fuése á Córdoba, mala eleccion, por ser en aquella ciudad todos ingeniosos y entendidos: lo gracioso pareció frio, con ser el temple de aquella tierra calurosísimo: por lo maldiciente tampoco fué admitido, por haber allá excelentísimos artífices, y así le miraron con desprecio; pues atreverse á las tercerías de amor, ni aun le pasó por el pensamiento, porque en aquella nobilísima república los hombres viven muy atentos, y advertidos en órden al decoro y honestidad de las mujeres. Con esto se vió suspenso de todos sus oficios, y así buscó otro, no menos infame y mas peligroso. Quiso seguir la disciplina de Caco, de que halló en aquella ciudad insignes maestros. ¿Disciplina dije? y qué bien; pues no hay gente mas disciplinada que los discípulos de esta disciplina, y mas el que ya entraba en ella bien disciplinado. Hízose presto varon tan erúdito, tanto, que no entraba en casa alguna donde con grande sutileza y simulacion no clavase bien las uñas, sacando en ellas alguna presea importante: conociéronle presto, y volvió las espaldas á la ciudad, por no volverlas segunda vez al verdugo, que ya que habia sido ginete de albarda en Madrid, no lo quiso ser en Córdoba, por estar allí lo sumo del primor de la bridona francesa, y de la ginetada morisca. Con estas nuevas proezas se aumentó el renombre de Malas manos, y en este vive aun hoy su memoria infame en aquella fertilísima tierra.

Retiróse á una venta, que estos son los oratorios que tienen en el campo semejantes ermitaños: allí, pues, habiendo hecho su confidente al ventero, y reveládole por su mal que llevaba algunos compañeros brillantes en el pecho, parte en dinero y parte en joyas, le puso espías en el camino, que por robarle lo que habia robado, le mataron. ¡O gran Dios, cuántos son los ministros de tu soberana justicia! Los mismos ladrones de quien se ampara este ladron, son los que castigan su pecado, y donde él buscaba patrocinio, halló su mayor perdicion y la última. ¡O miserable hombrezuelo, afectaste vivir toda tu vida con título de gracioso, y sin haberlo conseguido, hallaste el fin de ella en tan horrible desgracia! Si consideramos los infelices pasos de este perdido, hallarémos que de todas cuantas cosas pretendió hacer oficio usual y corriente, fueron crímenes y delitos. La primera tienda que puso fué la de la vil murmuracion, que le adquirió el título de Mala lengua. En la segunda, vendió á los sensuales y torpes los penosos deleites de la lujuria, y por haber sido á costa de sus pasos, le llamaron Malos piés. En la tercera, vendia las cosas agenas, que robaba, como si fueran propias, y por esto le acomodaron el renombre de Malas manos. ¿Mas cuándo dejó él de vender las cosas agenas? Pregunto: ¿En la murmuracion no vendia la honra agena? Pregunto mas: ¿Lo que vendia, cuando era alcahuete, era ageno ó propio? Prosigo en preguntar: En lo que vendia á los unos, robado de los otros, ¿qué propiedad tenia? Mas tan inclinado fué á vender, que no se perdonó á sí mismo, pues puso en venta á su propia salud. ¡O suma infamia! Cuentan personas dignas de crédito y veneracion, que hallándose este pícaro con salud firme y segura, y no teniendo dineros tan á la mano como sus vicios se los pedian, por no mayor precio que el de dos-

cientos reales, se hacia mártir de Satanás, y dejaba ejecutar en su cuerpo todo aquello que padece un hombre que está enfermo de un tabardillo muy violento. Tendíase en la cama, rompíanle las venas de los brazos, que por sola esta culpa eran dignos de remar perpetuamente : sajábanle las espaldas; y aquí no le culpo tanto, porque debia de ser ensayo para cuando se las sajase el verdugo : enjuagábanle las tripas con uno y otro clister muy repetidos : entrapajábanle el rostro, ungíanle el cuerpo; y últimamente, despues de muy bien jaropeado, le daban una amarguísima purga, y por mucho que purgaba y purgó en diferentes ocasiones, siempre se le quedaron en el cuerpo todos sus malos humores. Admirábanse muchos de que curándose este la enfermedad que no tenia, no enfermase; y entendíanlo mal, porque hombre de tan injustas costumbres no podia dejar de tener los humores injustos : su semblante debia de ser hipócrita, pues mentia en lo exterior la salud que en lo interior no gozaba; mas él estaba tan léjos de curarse por curarse, que ántes por aquel medio prevalecia en él mas la enfermedad de sus vicios. En la misma cura enfermaba mas, pues cada vez que se ponia en ella, aumentaba nueva maldad á sus maldades. Siendo esto así, no hay de que admirarnos que á una vida tan infame y violenta se le siguiese una muerte tan violenta é infame : razon será que nos recojamos dentro de nosotros mismos, y que nos examinemos con toda severidad, si en algo somos escandalosos, con daño del ejemplo público y de la doctrina universal del pueblo. Infinito es el número de aquellos, que aunque somos pecadores para con Dios, no somos infames para con los hombres; pero este, siendo para con Dios pecador gravísimo, fué para con los hombres lo sumo de la infamia. Paseóse de uno en otro vicio, cómo si fueran amenísimas selvas, y tropezando cada dia con el desengaño, no le quiso conocer hasta que estuvo de la otra parte de la vida, donde el que acá le pudiera ser eficaz y utilísimo remedio, allá le servia de perpetua y molestísima pena. No permita el cielo que tan miserable desdicha (ó fieles!) nos suceda; y pues aun estamos en tiempo de sembrar y coger, démonos tanta priesa, que aunque hayamos llegado á la labor despues del medio dia, se igualen nuestras diligentísimas tareas con las de aquellos que las empezaron aun ántes de la primera risueña y apacible luz del alba.

Grande llaga rompió en mi ánimo la narracion de una tan inquieta, tan infame, y al fin para la conciencia tan poco segura : mas templóme el dolor, é hízome algo dulce la herida el poner los ojos en otro retrato, cuya inteligencia se me vendió al precio de una prolija contemplacion, y de un discurso porfiado y penoso, y aun no desaté su dificultad, antes bien pensando que quitaba nudos, los aumentaba, porque de un cuerpo salia inmensa multitud de rostros, y todos tan diferentes que en nada el uno con el otro tenia correspondencia, cuya variedad me deleitara mucho, si su interpretacion no me causara mucho mas. Levanté los ojos á la inscripcion ingeniosa, y hallé que decia : *el Camaleon cortesano*. Acudí luego con una admiracion muy alegre á darme una palmada en la frente, accion tan natural como vulgarísima, mas no por eso, si es buena, reprehensible, pues no es pequeño número el de aquellas cosas á quien su misma

excelencia ha vulgarizado. Caminé luego con toda diligencia al epítome, y hízome novedad el ser mas breve que los pasados. Este fué su discurso, así decia.

VIDA DEL CAMALEON CORTESANO.

PIDE A LOS QUE GUSTAREN DE LEERLA MUCHA ATENCION, Y CON MAS QUE ATENCION RECELO Y RECATO.

Este que miras tan multiplicado de rostros y tan varios, sutilísimo lector, tuvo aun mayor número de corazones que de semblantes, con mas distinta y mas peregrina variedad. ¡ O cielos, no permitais que se inficione con el contagio de la peste de sus horribles costumbres ninguna humana imitacion! ¡ O no lo permitais, no, no, piadosísimos cielos! Su nombre fué Federico, su patria y sus padres hemos ignorado, porque como de él hubiésemos de recibir esta noticia, en su boca nada hubo constante, siempre fué todo diverso, y nunca uno mismo. Siguió la fortuna de varios príncipes que le estimaron, porque no le conocieron, ó fué al contrario que porque le conocieron le estimaron, porque como las mas veces hacen árbitro de sus elecciones su capricho, las mas veces yerran. Con cada uno de estos se acomodó de diferente patria, abuelos y padres, escogiendo de aquellos que á él le venian mas á propósito, con que vino á estar (para con la opinion de los hombres) á su eleccion su descendencia, siendo él el primero (no sé si el último) á quien tal le ha sucedido. Ningun mortal vivió tan ageno de sí propio, ni tan dueño de sí mismo, porque nunca tuvo mas voluntad que la del poderoso que le admitia á su amistad, á quien servia de retrato y sombra; de modo que, teniendo él tantas voluntades como las de todos aquellos de quien esperaba recibir alguna utilidad ó interés, parecia (ó asi lo daba él á entender) que nunca mas hacia su voluntad que cuando hacia las voluntades agenas. Segun esto, mas veces ejecutó este su voluntad en un dia solo, que otros en todo el discurso de una vida, aunque fuese muy larga y muy dichosa, porque habiéndose reducido á hacer su voluntad en la voluntad agena, todos los instantes hallaria ocasiones en que cumplir su voluntad. Si acaso estando él alegre veia el semblante de su protector triste, luego el suyo se vestia de sombras y ceño, afectando tanto el excederle en la significacion de su dolor, que no parecia que le imitaba la tristeza, sino que se la competia y emulaba: con que se venia á creer que el principal en aquella pena sentia como segundo y como compañero, y que el compañero y segundo sentia como principal. Cuanto veia en su príncipe, tanto usurpaba, su trage, sus acciones, el tono de la voz, y hasta el bos-

tezar y el escupir: mas todo lo dicho es poco, pues aun en las necesidades naturales se le queria hacer semejante, porque cuando el otro tenia sed, él tambien la tenia; bebiendo el mismo número de veces, y la propia cantidad, sin exceder ni menguar una sola gota; y no es este el mayor exceso que debe celebrar nuestra admiracion; oidme y prevenidme crédito. Acompañábale en todas sus enfermedades, no asistiendoá curárselas, sino padeciendo las mismas, siendo tan unas mismas que discurrian por los propios términos, ajustándose el principio, el medio y el fin de ellas, á ser uno solo en entrambos. Con qué arte se conseguia esto, no lo entiendo; solo puedo afirmar que aquella maldad terrible, tan perjura cuanto supersticiosa, aquella, digo, que no me atreviera yo á sospecharla en un sangriento y homicida salteador sin escrúpulo, se me hace muy creible y muy fácil en el ánimo de un hombre desenfrenadamente ambicioso. No pienses que yo he sido único en esta opinion, que muchos hombres de gran seso la defendieron y ampararon; mas volvamos al texto. Lo mismo le sucedia en las virtudes ó vicios del ánimo: con los lujuriosos fué torpísimo: con los juradores blasfemo: con los jugadores gran tahur y mayor fullero; por el contrario, en compañía de aquellos que abrazaban las virtudes opuestas á estos vicios, fué eminente hipócrita de tan ilustres virtudes. Con este arte era un ángel de los mas poderosos cortesanos, á quien tenia como á sus esclavos y cautivos, presos en las mazmorras oscuras de tanto artificio aleve y de tanta alevosía artificiosa: esta, reconocida y penetrada de la atenta circunspeccion de los cortesanos prudentes, le dió el título (no pienso que fué impropio) del Camaleon cortesano. Acumuló gran suma de riquezas, y todos se las dieron sin pedirlas, porque como él se transformase tanto en todos, que cada uno decia, este no es otro diferente de mí, sino un repetido yo, creian que en hacerle bien á él se hacian bien á sí mismos; de modo que lo mismo que le ofrecian, juzgaron que se quedaba en ellos, y que no era mas que pasar el dinero de una faltriquera á otra, permaneciendo siempre en su misma persona, siendo un sujeto solo el que lo daba y el que lo recibia. Con estas transformaciones se hizo tan caricioso con todos, que hasta la muerte quiso que se transformase en ella, y con ser una cosa que la concedia á todos facilísimamente, á ella se la pretendió negar: mas la muerte proveyó el auto de ejecútese luego: con lo cual habiendo anochecido lúnes en la noche con toda su persona entera de Federico, el mártes siguiente amaneció transformado en cadáver, que fué la última transformacion y la mas terrible. Murió tan apriesa, que quien menos supo que se moria fué él propio, con que se halló muerto de balde, sin que le condenasen en costas médicos, barberos y boticarios. En órden al cuerpo, bien pudiera ser esta infelicidad felicidad, que así lo sintieron algunos gentiles, como aquellos que eran impíos, infieles y bárbaros; pero en órden al gozo eterno del alma, los que lo miramos con la verdadera luz de aquel gran sol de las verdades católicas, reconocemos que es esta la mayor de las humanas miserias, y principalmente en aquellos cuya vida fué toda culpas y errores, y que se presume que no pudieron llevar para con Dios bien ajustadas sus cuentas. Mucho quisiera discurrir sobre lo horrible de esta vida y de

esta muerte; pero ingenuamente confieso que su mismo horror de todo punto me ha quitado el discurso.

Apenas puse fin á la leccion molesta de tan espantosa historia, cuando sentí cubrírseme el corazon y los ojos de nieblas y sombras; en él todo fué miedo, en ellos todo fué lágrimas, mas enjugómelas (aunque algo tarde) el pasar la vista al sucesivo retrato. Su inscripcion decia: *el Tramoyero ridículo*. Caminé veloz en busca de este asunto festivo y tramoyero, y hallé que el corriente, elegante y sonoro de su discurso se explayaba en estos tan risueños cuanto floridísimos períodos.

VIDA DEL TRAMOYERO RIDICULO.

Del asunto que se nos presenta, ¡ó apacible y modesto lector! su nombre fué Enrique, Toledo fué su patria, aquella gran princesa de las ciudades del orbe: aquella, digo, á quien sirven de archeros y soldados de guarda inmutables tantos inaccesibles, tantos robustos y descollados montes, cuyas eminentísimas cumbres son alcázares fortísimos de las siempre lucientes estrellas, y cuyas faldas amenas y venustas son corte floridísima, elegante y amena de las sagradas y canoras hijas de aquel gran padre de los rios el Tajo: aquel Creso cristalino, aquel Midas sonoro, tan opulento, tan rico, que sus aguas son plata corriente y fugitiva, y sus arenas granos de oro luciente y purísimo; pero por otras causas es rico mucho mas: estas son la ingeniosísima belleza de sus damas, y la bellísima ingeniosidad de tanto varon erudito. Ellas igualmente hieren con el pico y con los ojos, tanto son agudas, tanto hermosas: ellos, escribiendo y hablando, siempre son maestros, tanto son doctos, tanto elegantes. Bastante comprobacion es de esta verdad (aquel que siendo en nombre José cantó la milagrosa vida y muerte de aquel esposo vírgen de la mejor vírgen y esposa, de quien él recibió el nombre) el maestro José de Valdivieso, grande por su ingenio, grande por sus letras, grande por su modestia; mas digamos algo de nuestro Enrique: sin palabras lerdas, vagamundas y haraganas, sean todas significativas, hablen á propósito, y viva la lengua castellana. Comia Enrique mucha hacienda poltrona (heredada quise decir) mas no la comia poltronamente, porque las bascas y angustias de su ingenio tramoyero y fantástico, volatin perpetuo y cosario continuo de la esfera del aire, le adelgazaban el semblante y los discursos, con que andaba tan sutil de rostro como de pensamientos; mas todo era inútil y vacío cuanto pensaba, verificándose en él, mas que en otro alguno de los mortales, aquel verso latino, que dijo:

O curas hominum, etc.

Era ambiciosísimo, y todo el trofeo y aparato de su ambicion frenética se le encargaba á la singularidad, á aquella que es tan mal quista con

todos (y con razon) por preciarse ella tanto de oponerse y contradecir á todos. Labró una casa con singularísimo capricho, porque en ella aquel sitio y lugar, que en todas las otras casas se les reparte á las azoteas y desvanes, él le ocupó parte con una huerta, parte con un floridísimo jardin. No defendia él esta accion con la historia de los celebradísimos huertos de Babilonia, aunque pudiera, pero era sumamente idiota, y la ignoraba, con ser tan vulgar; bien que, como fuese, mas que idiota, ingenioso, decia con suma gracia que mas puesto en razon era que las elegantes flores se estuviesen mirando cara á cara con las resplandecientes estrellas, que no las tejas groseras y rudas; porque si bien se consideraba, habia (á nuestro parecer) entre las flores y las estrellas un cierto linage de parentesco y correspondencia; porque las estrellas son flores del cielo, y las flores estrellas de la tierra. El cielo es una selva luciente y brillante, y la tierra una esfera purpúrea, pomposa y amenísima.

Mas volvamos á lo demas del edificio. Lo que habia de ser cueva era cocina: la primera pieza del cuarto alto la tenia empedrada, como portal, y él mismo la aplicaba este nombre; y por el contrario, el suelo del sitio que habia de ser portal, estaba enladrillado, y lo llamaba sala de recibimiento del cuarto bajo. En verano habitaba el cuarto alto, y le ponia tapices y esteras; y en invierno el bajo, y por lo menos le hacia regar tres veces al dia. Tenia unas alacenas de vidrio, y otras de hierro: en las de vidrio guardaba diferentes instrumentos de hierro muy pequeños y portátiles; y en las de hierro grande copia de vasos de vidrio: con que en las unas, Venecia aposentaba á Vizcaya; y en las otras, Vizcaya daba hospedage á Venecia; y era mucho artificio saber juntar cosas tan opuestas, porque los vizcainos son hombres de mas manos que mañas; y por el contrario, los naturales de Venecia son gente de mas mañas que manos: los unos son tan sutiles y transparentes de ingenio como el vidrio, y los otros son tan fuertes de manos como el hierro. En lo inferior de la casa tenia atado un gato, y en lo mas superior de ella un perro, y de lo uno y de lo otro daba razon á su modo. Decia que, pues él tenia la huerta y jardin donde los otros el tejado, era bien que estuviese allí un perro para que la guardase, y por la misma causa, el gato en lo inferior, por estar allí la cocina, para que en ella se alimentase, valiéndose de sus buenas habilidades y diligencias. Colgaba los retratos los piés arriba, y la cabeza abajo, y su fundamento era porque de esta suerte estaban sus rostros mas vecinos á los nuestros, y los podríamos ver y juzgar mejor. Las pinturas de los paises y frutales las hacia regar algunas veces, para que creciesen las flores y las frutas: estas las ponia en partes muy oscuras, donde apenas las discernia la vista, y daba por motivo que porque no se les antojase á las preñadas alguna fruta ó alguna flor. En la cama, de los piés hacia cabecera, y de la cabecera piés, y de esto no daba la causa; pero yo la sé, es porque él era un hombre que ni tenia piés ni cabeza. A sus criados llamaba merced, hasta al cochero, que es la necedad mas estupenda que puede cometer un mentecato. A este ejemplo hacia todas las demas cosas al reves de los otros hombres.

¿Mas qué diré de las tramoyas? ¡O vanidad de vanidades, y todo va-

nidad! Con estas atraia á sí lo mas vulgar del ignorante y vilísimo vulgo, como si dijésemos mujeres rameras, cortesanas y tusonas. Tenia mucha abundancia de muñecos bailarines zarabandistas y chaconeros, que sobre una mesa larga y ancha, en forma de teatro, bailaban el polvillo, el rastreado, el zambapalo, y toda aquella caterva asquerosa de bailes insolentes, á que se acomoda la gente comun y picaña. No eran numerables los títeres con que representaba varias historias profanas y sagradas, y cierto que él pudiera ser entre ellos el prototítere, y el archimuñeco, todo figurilla, todo inquietud, sin talento y sin sustancia. A tales hombrezuelos como este acaricia y halaga aquella gran majadera, á quien los simplones llaman Fortuna. Murió mozo, porque como vivia contra la costumbre comun de la naturaleza en el comer, en el vestir, y en el modo de habitar la casa, no se pudo sufrir mucho tiempo á sí mismo, con que parece que murió huyendo del mal tratamiento que se hacia á sí propio.

Quedaron huérfanos y sin amparo los muñecos, los títeres, y todos los hombres tramoyeros, aparentes y fantásticos : mas ¡ó suma piedad de Dios, cuánto extendiste con él tu misericordia! porque en la muerte parece que le diste junto en solo un dia todo el juicio que en los demas le habia faltado. Ordenó su testamento, y dispuso de toda la hacienda que le restaba (que no era poca) en obras pias, con tan alta prudencia, con eleccion tan admirable, que todo aquello que su vida le habia hecho ridículo y despreciado, le grangeó despues de la muerte aplauso y veneracion; al fin, nuestro Enrique fué un sol, que amaneciendo nublado y oscuro, corrió entre tinieblas y sombras toda la carrera del dia; mas al tiempo del ponerse, rompiendo las negras nubes, perfiló de oro y coronó de luces su dichoso ocaso. Despues acá he sabido que este caballero, en medio de tantas vanidades y delirios, era caritativo y liberalísimo con gente virtuosa, noble y necesitada, con tanto secreto, con tanto estudio y artificio, que nadie le conoció esta virtud en su vida : y es de admirar (y no poco) que habiendo él buscado, en todas las demas obras públicas que hacia, no mas fruto que la vanidad ridícula, aquí no pretendió mas que hacer la buena obra por solo hacerla, con que la hizo á los ojos de Dios agradable y preciosa.

Fué restituido su cuerpo á su nobilísima patria la gran Toledo, donde las ninfas y cisnes del Tajo celebraron con armonía de lágrimas sus exequias, y se le humillaron al recibirle las altas y pintadas peñas de sus montes. Así las llamó aquel fecundísimo ingenio español, tan fecundo, que parece que no ha querido dejarnos nada que decir ingenioso y nuevo á los que despues de él hemos venido á gozar de la luz comun (nuevo gran Lope). Dice así :

Otras veces me habeis visto,
Altas y pintadas peñas,
Traer mas alegre al Tajo
Mis pobres cabras y ovejas.

Aquí, pues, reposan gloriosamente las cenizas de Enrique, á quien de-

bemos pagar veneracion y reverencia; porque el adagio latino dice: *Exitus acta probat.* Y aquel (con justa causa) celebradísimo verso toscano nos advierte que:

Un bel morir tuta la vita honora.

Hasta aquí llegaba yo tan entregado todo á la suspension de tanta hermosa variedad, que me habia olvidado de una de las mas comunes y mas precisas necesidades naturales: al fin, la ingeniosa y honesta codicia de saber mas, pudo hacer que prevaleciesen las fuerzas del ingenio ingenuo contra el apetito villano.

Pero el mismo Alejandro, que me conocia, y por esta causa no ignoraba que podia correr tan largas horas mi diversion, que no me escapase de ella sin alguna grave injuria de la salud corporal, me sacó de aquel estudioso laberinto, transfiriéndome de la mesa racional del entendimiento á la que es tanto mas comun cuanto menos inevitable para la vida del cuerpo. Regalóme con sinceridad llana, tan sin sobra y tan sin falta, que reconocí que en todo, ya fuese lo mas menudo, ya lo mas grande, lo sabia todo. No era de aquellos sabios, que divertidos en vanas y sofísticas contemplaciones, tienen creido que realzan mas su sabiduría con ignorar algunas cosas comunes y vulgares; y siendo estas de las mas necesarias, para proseguir con menos descomodidad la peregrinacion de esta vida, se hacen igualmente ridículos con lo que saben, y con lo que ignoran. Lo que sabia Alejandro, en órden á estudios y letras, era lo mas recatado, lo mas arcano de la filosofía moral; y esta no le enagenaba tanto de sí, que no le dejase horas libres en que se pudiese mostrar grande político-teórico y práctico. Así lo entendian algunos varones selectos, aquellos pocos digo á quien les está concedido el gran título y don inestimable de judiciosos. Estos se oponian contra los injustos atributos que le daba la ruda plebe, (tan sospechosa como ruda) llamándole unos fiscal, y otros juez de vidas agenas, y muchos lo uno y lo otro; oponianse, al fin, pero no dejando á Alejandro en toda aquella dignidad que él se presumia, y aun se debia presumir, porque le llamaban el curioso Alejandro, título muy vano y exterior, en que se le quitaba la gloria que se le debia á un desinteresado estudio como el suyo, que solo se fatigaba mas por saber mas; y esto no para ostentacion con todos, sino para provecho suyo, y de aquellos pocos que él conocia, que pretendian ser aprovechados, porque los de este número nunca fueron muchos. Verificóse esta verdad; porque ni él ni sus familiares se hallaron jamas manchados de aquellos borrones, que con tanto estudio tenia advertidos: demás de que si él afectára comun aplauso, fueran mas tratables y permitidas las puertas de aquel museo, que ántes con rigoroso estatuto estaban defendidas y escusadas al mayor número de los hombres. No quiero negar que era hombre, y tan hombre, que se gozaba entre todos los humanos mas que todos, con aquel, aunque vano, tan apetecido deleite de las alabanzas; mas él siempre las despreció en los labios de aquellos á quien tenia por necios ó por viles. Curioso fué, no lo niego, pero mas

los diez y ocho cuartos que le daban con tanta moderacion, que si podia, aunque fuese á costa de su estómago y de la comida de sus compañeros, procuraba que no se disminuyesen, ó ya que algo gastase, no de suerte que se viese mucho su falta. Era don Márcos de mediana estatura, y con la sutileza de la comida se vino á transformar de hombre en espárrago. Cuando sacaba de mal año su vientre era el dia que le tocaba servir la mesa de su amo, porque quitaba de trabajo á los mozos de plata llevándoles lo que caia en sus manos mas limpio que ellos lo habian puesto en la mesa, proveyendo sus faltriqueras de todo aquello que sin peligro se podia guardar para otro dia. Con esta miseria pasó la niñez, accompañando á su dueño en muchas ocasiones dentro y fuera de España, donde tuvo principales cargos. Vino á merecer don Márcos pasar de page á gentilhombre, haciendo en esto su amo con él lo que no hizo el cielo. Trocó pues los diez y ocho cuartos por cinco reales y tantos maravedís: pero ni mudó de vida, ni alargó la racion á su cuerpo, ántes como tenia mas obligaciones, iba dando mas nudos á su bolsa. Jamas se encendió en su casa luz, y si alguna vez se hacia esta fiesta, era el que le concedia su diligencia y el descuido del repostero, algun cabo de vela, el cual iba gastando con tanta cordura, que desde la calle se iba desnudando, y en llegando á casa dejaba caer los vestidos y al punto le daba la muerte. Cuando se levantaba por la mañana, tomaba un jarro que tenia sin asa, y salia á la puerta de la calle, y al primero que veia le pedia remediase su necesidad, y esto le duraba dos ó tres dias, porque lo gastaba con mucha estrechez. Luego se llegaba donde jugaban los muchachos, y por un cuarto llevaba uno que le hacia la cama, y si tenia criado, se concertaba con él que no le habia de dar racion mas de dos cuartos y un pedazo de estera en que dormir; y cuando estas cosas le faltaban, llevaba un pícaro de cocina que lo hacia todo, y le virtiese una extraordinaria vasija en que hacia las inexcusables necesidades; era al modo de un arcaduz de noria, porque habia sido en un tiempo jarro de miel, que hasta en verter sus excrementos guardó la regla de la observancia. Su comida era un panecillo de un cuarto, media libra de vaca, un cuarto de zarandajas, y otro que daba al cocinero porque tuviese cuidado de guisarlo limpiamente; y esto no era cada dia, sino solo los feriados, que lo ordinario era un cuarto de pan y otro de queso. Entraba en el estrado donde comian sus compañeros, y llegaba al primero, y decia: Buena debe de estar la olla, que da un olor que consuela, en verdad que la he de probar; y diciendo y haciendo, sacaba una presa; y de esta suerte daba la vuelta de uno en uno á todos los platos: que hubo dia que en viéndole venir, el que podia se comia de un bocado lo que tenia delante; y el que no, ponia la mano sobre su plato. Con el que tenia mas amistad era con un gentilhombre de casa, que estaba aguardando verle entrar á comer ó cenar, y luego con su pan y queso en la mano entraba diciendo: Por cenar en conversacion os vengo á cansar, y con esto se sentaba en la mesa, y alcanzaba de lo que habia. Vino en su vida lo compró, aunque lo bebia algunas veces en esta forma: ponía se á la puerta de la calle, y como iban ---ndo las mozas y muchachos con el vino, les pedia en cortesía se lo

dejasen probar; obligándoles lo mismo á hacerlo. Si la moza ó muchacho eran agradables, les pedia licencia para otro traguillo. Viniendo á Madrid en una mula, y con un mozo, que por venir en su compañía se habia aplicado á servirle por ahorrar de gasto, le envió en un lugar por un cuarto de vino, y miéntras que fué por él se puso á caballo, y se partió, obligando al mozo á venir pidiendo limosna. Jamas en las posadas le faltó un pariente, que haciéndose gorra con él, le ahorraba la comida. Vez hubo que dió á su mula paja del jergon que tenia en la cama, todo á fin de no gastar. Varios cuentos se decian de don Márcos, con que su amo y sus amigos pasaban tiempo, tanto que ya era conocido en la corte por el hombre mas regalado de los que se conocian en el mundo. Vino don Márcos de esta suerte, cuando llegó á los treinta años, á tener nombre y fama de rico; y con razon, pues vino á juntar á costa de su opinion, y hurtándoselo al cuerpo, seis mil ducados, los cuales se tenia siempre consigo, porque temia mucho las retiradas de los genoveses; pues cuando mas descuidado ven á un hombre le dan manotada como zorro. Y como don Márcos no tenia fama de jugador ni de amancebado, cada dia se le ofrecian varias ocasiones de casarse, aunque lo regateaba, temiendo algun mal suceso: parecíales bien á las señoras que lo deseaban para marido, y quisieran mas fuese gastador que guardoso, que con este nombre calificaron su miseria. Entre muchas que desearon ser suya, fué una señora que no habia sido casada, si bien estaba en opinion de viuda, mujer de buen gusto y de alguna edad, aunque lo encubria con las galas, adornos é industria; poque era viuda galan, con su mongil de tercianela, tocas de reinas, y su poquito de moño. Era buena señora, cuyo nombre es doña Isidora, muy rica en hacienda, segun decian todos los que la conocian, y su modo de tratarse lo mostraba. Y en esto siempre se adelantaba el vulgo mas de lo que era razon. Propusiéronle á don Márcos este matrimonio, pintándole á la novia con tan perfectos colores, y asegurándole que tenia mas de catorce ó quince mil ducados, diciéndole haber sido su difunto consorte un caballero de lo mejor de Andalucía, que asimismo decia serlo la señora, dándole por patria á la famosa ciudad de Sevilla; con la cual nuestro don Márcos se dió por casado. El que trataba el casamiento era un gran socarron, tercero no solo de casamientos, sino de todas mercaderías, tratante en grueso de buenos rostros y mejores bolsas, pues jamas ignoraba lo malo y lo bueno de esta corte, y era la causa haberle prometido buena recompensa: ordenó llevar á don Márcos á vistas, y lo hizo la misma tarde que se lo propuso, porque no hubiese peligro en la tardanza. Entró don Márcos en casa de doña Isidora, casi admirado de ver la casa, tantos cuadros, tan bien labrada, y con tanta hermosura; y miróla con atencion, porque le dijeron que era su dueño la misma que lo habia de ser de su alma, á la cual halló entre tantos damascos y escritorios, que mas parecia casa de señora de título, que de particular, con un estrado tan rico, y la casa con tanto aseo, olor y limpieza, que parecia no tierra, sino cielo, y ella tan aseada y bien prendida, como dice un poeta amigo, que pienso que por ella se tomó este motivo de llamar así á los aseados. Tenia consigo dos criadas, una de

labor, y otra de todo, y para todo, que á no ser nuestro hidalgo tan compuesto, y tenerle el poco comer tan mortificado, por solo ellas pudiera casarse con su ama, porque tenian tan buenas caras como desenfado, en particular la fregona, que pudiera ser reina si se dieran los reinos por hermosura. Admiróle sobre todo el agrado y discrecion de doña Isidora, que parecia la misma gracia, tanto en donaire como en amores, y fueron tantas y tan bien dichas las razones que dijo á don Márcos, que no solo le agradó, mas le enamoró, mostrando en sus agradecimientos el alma, que la tenia el buen señor bien sencilla y sin doblez. Agradeció doña Isidora al casamentero la merced que le hacia en querer emplearle tan bien, acabando de hacer tropezar á don Márcos en una aseada y costosa merienda, en la cual hizo alarde de la bajilla rica y olorosa ropa blanca, con las demas cosas que en una casa tan rica como la de doña Isidora era fuerza hubiese. Hallóse á la merienda un mozo galan, desenvuelto, y que de bien entendido picaba en pícaro, al cual doña Isidora regalaba á título de sobrino, cuyo nombre era Agustinico, que así le llamaba su señora tia. Servia á la mesa Ines, porque Marcela, que así se llamaba la doncella, por mandado de su señora tenia ya en las manos un instrumento, en el cual era tan diestra, que no se le ganara el mejor músico de la corte, y esto acompañaba con una voz que mas parecia ángel que mujer, y á la cuenta era todo. La cual con tanto donaire como desenvolura, sin aguardar á que la rogasen, porque estaba cierta que lo haria bien, ó fuese acaso ó de pensado, cantó así:

Claras fuentecillas,
Pues murmurais,
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que vive
Libre y descuidado,
Y que mi cuidado,
En el agua escribe;
Que pena recibe
Si sabe mi pena,
Que es dulce cadena
De mi libertad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que tiene
El pecho de hielo,
Y que por consuelo
Penas me previene:
Responde que pene
Si favor le pido,
Y se hace dormido
Si pido piedad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que llama
Cielos otros ojos,
Mas por darme enojos,
Que porque los ama,
Que mi ardiente llama
Paga con desden,
Y quererle bien
Con quererme mal:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Y si en cortesía
Responde á mi amor,
Nunca su favor
Duró mas de un dia,
Do la pena mia
Rie lisonjero,
Y aunque ve que muero,
No tiene piedad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que ha dias
Tiene la firmeza,
Y que con tibieza
Paga mis porfías:
Mis melancolías
Le causan contento,

Y si mudo intento,
Muestra voluntad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad, que he sido
Eco desdichada,
Aunque despreciada,
Siempre le he seguido;
Y que si le pido
Que escuche mi queja,
Desdeñoso deja
Mis ojos llorar:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que altivo,
Libre y desdeñoso
Vive, y sin reposo,
Por amarle, vivo,
Que no da recibo
A mi eterno amor,
Antes con rigor
Me intenta matar:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad sus ojos
Graves y severos,
Aunque bien ligeros
Para darme enojos,
Que rinde despojos
A su gentileza,
Cuya altiva alteza
No halla su igual:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad que ha dado
Con alegre risa
La gloria á Belisa,
Que á mí me ha quitado,
No de enamorado,
Sino de traidor,
Que aunque finge amor
Miente en la mitad:
Murmurad á Narciso
Que no sabe amar.
Murmurad mis zelos
Y penas rabiosas,
Hay fuentes hermosas,
A mis ojos cielos,
Y mis descconsuelos,
Penas y disgustos,
Mis perdidos gustos,
Fuentes murmurad;
Y tambien á Narciso
Que no sabe amar.

No me atreveré á determinar en qué halló nuestro don Márcos mas gusto, si en las empanadas y hermosas tortadas, lo uno picante y lo otro dulce, sin el sabroso pernil y fruta fresca y gustosa, acompañado todo con el licor del santo remedio de los pobres, que á fuerza de brazos estaba virtiendo hielo, siendo ello mismo fuego, que por eso llamaba un aficionado á las cantimploras remedio contra el fuego; ó en la dulce voz de Marcela, porque al son de su letra él no hacia sino comer, tan regalado de doña Isidora y de Agustinico, que no lo pudiera ser mas si él fuera el rey, porque si en la voz hallaba gusto para los oidos, en la merienda recreo para su estómago, tan ayuno de regalos como de sustento. Regalaba tambien doña Isidora á don Agustin, sin que don Márcos, como poco escrupuloso, reparase en nada mas de sacar de mal año sus tripas; porque creo, sin levantarle testimonio, que sirvió la merienda de aquella tarde de ahorro de seis dias de racion, y mas con los buenos bocados que doña Isidora y su sobrino atestaban y embutian en el baul vacío del buen hidalgo, provision bastante para no comer en mucho tiempo. Fenecióse la merienda con el dia, y estando ya prevenidas cuatro bujías en sus hermosos candeleros, á la luz de las cuales y al dulce son que Agustinico hizo en el instrumento que Marcela habia tocado, bailaron ella é Ines lo rastreado y soltillo, sin que se quedase la capona olvidada, con tal donaire y desenvoltura, que se llevaba entre los piés los ojos y el alma del au-

ditorio, y tornando Marcela á tomar la guitarra, á peticion de don Márcos, que como estaba harto queria bureo, feneció la fiesta con este romance:

Fuése Bras de la cabaña:
Sabe Dios si volverá,
Por ser firmísima Menga,
Y ser muy ingrato Bras.
Como no sabe ser firme,
Desmayóle el verse amar,
Que quien no sabe querer,
Tampoco sabe estimar.
No le ha dado Menga zelos,
Que no se los pudo dar,
Porque si supiera darlos,
Supiera hacerse estimar.
Es Bras de condicion libre,
No se quiere sujetar,
Y así viéndose querido,
Supo el modo de olvidar.
No solo á sus gustos sigue,
Mas sábelos publicar,
Que quiere á fuerza de penas
Hacerse estimar en mas.
Que no volverá es muy cierto,
Que es cosa la voluntad,
Que cuando llega á trocarse
No vuelve á su ser jamas.
Por gustos agenos muere,
Pero no se morirá,
Que sabe fingir pasiones
Hasta que llega á alcanzar.
Desdichada la serrana
Que en él se viene á emplear,
Pues aunque siempre aficion,
Solo penas cogerá.
De ser poco lo que pierde,
Certísima Menga está,
Pues por mal que se aventure,
No puede tener mas mal.
Es franco de disfavores,
De tibieza liberal,
Pródigo de demasías,
Escaso de voluntad.
Dice Menga que se alegra,
No sé si dice verdad,
Que padecer despreciada
Es dudosa enfermedad.
Suelen publicar salud
Cuando muriéndose estan,
Mas no niego que es cordura
El saber disimular.
Esconderse por no verla,
Ni de sus cosas hablar,
Ni tarde de su alabanza,
Indicios de salud da.
Pero de vivir contenta,
Y ella en secreto llorar,
Llevar mal que mire á otras,
De amor parece señal.
Lo que por mi teología
He venido á pergeñar
Es que aquel que dice injurias
Cerca está de perdonar.
Préciase Menga de noble:
No sé si querrá olvidar,
Que una vez eleccion hecha,
No es noble quien vuelve atras.
Mas ella me ha dicho á mí;
Que en llegandó á averiguar
Injurias, zelos y agravios,
Afrenta el verle será.

Al dar fin al romance se levantó el corredor de desdichas, y le dijo á don Márcos que era hora de que la señora doña Isidora reposase, y así se despidieron los dos de ella y de Agustinico, y de las otras damiselas, y dieron la vuelta á su casa, yendo por la calle tratando lo bien que le habia parecido doña Isidora, y descubriendo enamorado don Márcos, mas del dinero que de la dama, el deseo que tenia de verse ya su marido, y así le dijo que diera un dedo de la mano por verlo ya hecho, porque era sin duda que le estaba muy bien, aunque no pensaba tratarse despues de casado con tanta ostentacion y grandeza, pues que aquello era bueno para un príncipe, y no para un hidalgo particular, como él era, pues con su racion y alguna cosa mas habia para el gasto; y que seis mil ducados que

tenia, y otros tantos que mas podia hacer de cosas excusadas que habia en casa de doña Isidora; pues bastaba para la casa de un escudero de un señor cuatro cucharas, un jarro, una salvilla y una buena cama, y á este modo cosas que no se pueden excusar: todo lo demas era cosa sin provecho, que mejor estaria en dineros, y puestos en renta, vivirian como un príncipe, y podian dejar á sus hijos, si Dios se los diese, con qué pasar muy honradamente, y cuando no los tuviesen, pues doña Isidorá tenia aquel sobrino, para él seria todo, si fuese tan obediente que quisiese respetarle como á padre. Hacia estos discursos don Márcos tan en su punto, que el casamiento lo dió por concluido, y así le respondió que él hablaria otro dia á doña Isidora, y se efectuaria el negocio, porque en estos casos de matrimonio tantos tienen deshechos las dilaciones como la muerte. Con esto se despidieron, y él se volvió á contar á doña Isidora lo que con don Márcos habia pasado, codicioso de las albricias; y este á casa de su amo, donde hallándolo todo en silencio, por ser muy tarde, sacando un cabo de vela de la faltriquera, se llegó á una lámpara que estaba en la calle alumbrando una cruz, y puesta la vela en la punta de la espada, la encendió, y despues de haberle suplicado con una breve oracion que fuese la que se quería echar á cuestas para bien suyo, se entró en su posada, y se acostó, aguardando impaciente el dia, pareciéndole que se le habia de despintar tal ventura. Dejémosle dormir, y vamos al casamentero, que vuelto á casa de doña Isidora le contó lo que pasaba, y cuán bien le estaba. Ella que lo sabia mejor que no él, como adelante se dirá, dió luego el sí, y cuatro escudos al tratante por principio, y le rogó que luego por la mañana volviese á don Márcos, y le dijese como ella tenia á gran suerte el ser suya, que no le dejase de la mano, ántes gustaria que se le trajese á comer con ella y su sobrino, para que se hiciesen las escrituras y se sacasen los recados. ¡Qué dos nuevas para don Márcos: convidado y novio! y con ellas por ser tan buenas, madrugó el casamentero, y dió los buenos dias á nuestro hidalgo don Márcos, al cual halló ya vistiéndose (que amores de blanca niña no le dejaban reposar). Recibió con los brazos á su buen amigo, que así llamaba al procurador de pesares, y con el alma la resolucion de su ventura, y acabándose de vestir de las mas costosas galas que su miseria le consentia, se fué con su norte de desdichas á casa de su dueño, su señora, donde fué recibido de aquella sirena con la agradable música de sus caricias, y de don Agustin, que se estaba vistiendo, con mil modos de cortesías y agrados; donde en buena conversacion y agradecimiento de su ventura y sumisiones del cauto mozo, en agradecimiento del lugar que de hijo le daba, pasaron hasta que fué hora de comer, que de la sala del estrado se entraron á otra cuadra mas adentro, donde estaba puesta la mesa y aparador, como pudiera en casa de un gran señor. No tuvo necesidad doña Isidora de gastar muchas arengas para obligar á don Márcos á sentarse á la mesa, porque ántes él rogó á los demas que lo hiciesen, sacándolos de esta penalidad, que no es pequeña. Satisfizo el señor convidado su apetito en la bien sazonada comida, y sus deseos en el compuesto aparador, tornando en su memoria á hacer otros tantos discursos como la noche

pasada, y mas como veia á doña Isidora tan liberal y cumplida, como aquella que habia de ser suya, le parecia aquella grandeza vanidad excusada y dinero perdido. Acabóse la comida, y preguntaron á don Márcos si queria, en lugar de dormir la siesta, por no haber en aquella casa cama para huéspedes, jugar al hombre. A lo cual respondió que servia á un señor tan virtuoso y cristiano, que si supiera que criado suyo jugaba, ni aun al quince, no estuviera una hora en su casa, y que como él sabia esto, habia tomado por regla el darle gusto; demas de ser su inclinacion buena y virtuosa, pues no tan solamente no sabia jugar al hombre, mas que no conocia ni una carta, y que verdaderamente hallaba por su cuenta que valia el no saber jugar muchos ducados por año. Pues el señor don Márcos (dijo doña Isidora) es tan virtuoso que no sabe jugar (¡qué bien le digo yo á Agustinillo, que es lo que está mejor al alma y á la hacienda!), ve, niño, y dile á Marcela que se dé prisa á comer, y traiga su guitarra, é Inesita sus castañuelas, y en eso entretendrémos la siesta hasta que venga el notario que el señor Gamarra (que así se llamaba el casamentero) tiene prevenido para hacer las capitulaciones: fué Agustinico á lo que su señora tia le mandaba, y mientras venia prosiguió don Márcos, y asiendo la plática desde arriba: Pues en verdad, dijo, que puede Agustin, si pretende darme gusto, no tratar de jugar ni salir de noche, y con eso seremos amigos: de hacerlo habria mil rencillas, porque soy muy amigo de recogerme temprano la noche que no hay que hacer: y que en entrando, no solo se cierre la puerta, mas se clave, no porque soy zeloso, que harto ignorante es el que lo es, teniendo mujer honrada; mas porque las casas ricas nunca estan seguras de ladrones, no quiero que me lleven con sus manos lavadas lo que á mí me costó tanto afan y fatiga el ganarlo; y así yo le quitaré el vicio, y sobre esto seria el diablo. Vió doña Isidora tan colérico á don Márcos, que fué menester mucho de su despejo para desenojarle, y así le dijo que no se disgustase, que el muchacho haria todo lo que fuese de su gusto, porque era el mozo mas dócil que en su vida habia tratado, que al tiempo daba por testigo. Esto le importa (replicó don Márcos), y atajó la plática don Agustin y las damiselas, que venian cada una con su instrumento, y la desenvuelta Marcela dió principio á la fiesta con estas décimas:

Lauro, si cuando te amaba,
Y tu rigor me ofendia,
Triste de noche y de dia,
Tu ingrato trato lloraba;
Si en ninguna parte hallaba
Remedio de mi dolor,
Pues cuando solo un favor
Era paz de mis enojos,
Siempre en tus ingratos ojos
Hallé crueldad por amor.
Si cuando pedí á los cielos
La muerte por no mirarte,
Y maltratarme y culparte
Eran todos mis desvelos:
Supe seguida de zelos,
Mereciendo ser querida,
Quise quitarme la vida:
Dime, ¿cómo puede haber
Otro mayor mal, que ser
Cruelmente aborrecida?
Yo lo tengo por mayor
Que no vivir olvidada,
Que siéndolo, no te enfada
Como otras veces mi amor:
Tengo el verte por favor,
Que tu descuido me ofrece

La paz que aquel que aborrece
Niega al que adorando está;
Luego el olvido será
Mayor daño que parece.
Y así á pedirte favor,
Con disfavor me convidas,
Porque al fin como me olvidas,
No te ofendas de mi amor:
Que alguna vez tu rigor
Vendrá á tomar por partido
Amar en lugar de olvido;
Y si has de aborrecer,
Mas quiero, Lauro, no ser,
Que aborrecida haber sido.

No sabré decir si lo que mas agradó á los oyentes fué la suave voz de Marcela ó los versos que cantó: finalmente á todo dieron alabanza, pues aunque las décimas no eran las mas cultas, ni mas acendradas, el donaire de Marcela les dió tanta sal, que supliera mayores faltas; y porque mandaba doña Isidora á Ines que bailase con Augustin, le previno don Márcos, que fenecido el baile volviese á cantar, pues lo hacia divinamente, lo cual Marcela hizo con mucho gusto, dándosele al señor don Márcos con este romance:

Ya de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.
Ya no tengo que esperar
De tu amor, ingrato Ardenio,
Aunque tus muchas tibiezas
Mida con mi sufrimiento.
Que ya en mi fuego te hieles,
Ni que me enciende en tu hielo,
Que mueran mis esperanzas,
Ni que viva en mi tormento.
Como en mi confusa pena
No hay alivio ni remedio,
Ni le busco, ni le pido,
Desesperada padezco.
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.
¿Qué tengo ya que esperar,
Ni cómo obligar pretendo
A quién de solo matarme
Atrevido lleva intento?
A los hermanos imito,
Que por pena en el infierno,
Tienen trabajo sin fruto,
Y servir fuera de tiempo.
Acaba, saca la espada,
Pasa mi constante pecho,
Acabaré de penar,
Si no es mi tormento eterno.
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.
Quiérote bien, ¡qué delito
Para castigo tan fiero!
Pero tú te desobligas,
Cuando ya obligarte pienso.
¿Quién creyera que mis partes,
Que alguno estimó por cielos,
Son infiernos á tus ojos,
Pues de ellas andas huyendo?
Siempre decis que buscais
Los hombres algun sugeto,
Que sea en aquesta edad
De constancia claro ejemplo.
Y si acaso hallais alguno,
Le haceis tal tratamiento,
Que aventura por vengarse,
No una honra, sino ciento.
Míralo en tí y en mi amor,
No quieras mas claro espejo,
Y verás como hay mujeres
Con amor y sufrimiento.
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos?
Hasta aquí pensé callar,
Tus sinrazones sufriendo,
Mas pues voluntad publícas,
¿Como callaré con zelos?
Sepa el mundo que te quise,
Sepa el mundo que me has muerto,

Y sépalo esa tirana
De mi gusto y de mi dueño.
Poco es brasas, como Porcia,
Poco es como Elisa, acero,
Mas es morir de sospechas,
Fuego que en el alma siento.
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.
Poco puedo, Ardenio ingrato,
Y hoy pienso que puedo menos,
Pues sufriendo no te obligo,
Ni te obligué padeciendo.
Yo gusto que tengas gustos,
Pero tenlos con respeto,
De que me llamaste tuya,
O de veras, ó fingiendo.
Cuando en tus ojos me miro,
En ellos miro otro dueño,
¿Pues qué has menester decirme
Lo que tengo yo por cierto?
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.
Ingrato, si ya tus glorias
No te caben en el pecho,
Guárdalas, que para mí
Son mas que gloria, veneno.
Mas tú debes de gustar
De verme vivir muriendo,
Que el querer y aborrecer
En tí viene á ser extremo.
Y si de matarme gustas,
Acaba, mátame presto;
Pero si zelosa vivo,
¿Para qué otra muerte quiero?
Pues de mis desdichas
El colmo veo,
Y en agenos favores
Miro mis zelos.

Como era don Márcos de los sanos de Castilla, y sencillo como un tafetan de la China, no se le hizo largo este romance, ántes quisiera que durara mucho mas, porque la llaneza de su ingenio no era como los fileteados de la corte, que en pasando de seis estancias, se enfadan. Dió las gracias á Marcela, y le pidiera que pasara adelante, si á este punto no entrara el buen Gamarra con un hombre, que dijo ser notario; si bien mas parecia lacayo que otra cosa, y se hicieron las escrituras y conciertos, poniendo doña Isidora en la dote doce mil ducados, y aquellas casas; y como don Márcos era hombre tan sin malicia, no se metió en mas averiguaciones, con lo que el buen hidalgo estaba tan contento, que posponiendo su autoridad, bailó con su querida esposa, que así llamaba á doña Isidora. Cenaron aquella noche con el mismo aplauso y ostentacion que habian comido, si bien todavía el tema de don Márcos era la moderacion del gasto: pareciéndole, como dueño de aquella casa y hacienda, que si de aquella suerte iba, no habia dote para cuatro dias; mas hubo de callar hasta mejor ocasion. Llegó la hora de recogerse, y por excusar trabajo de ir á su posada, quiso quedarse con su señora, mas ellacon muy honesto recato dijo que no habia de poner hombre el pié en el casto lecho que fué de su difunto señor, miéntras no tuviese las bendiciones de la iglesia, con lo que tuvo por bien don Márcos de irse á dormir á su casa (que no sé si diga que mas fué velar, supuesto que el cuidado de sacar las amonestaciones le tenia ya vestido á las cinco). En fin se sacaron, y en tres dias de fiesta que la fortuna trajo de los cabellos, que á la cuenta seria el mes de agosto, que las trae de dos en dos, se amonestaron, dejando para el lúnes, que en las desgracias no tuvo que envidiar al mártes, el desposar y el velarse todo junto, á uso de grandes: lo cual se hizo con grande aparato y grandeza, así de galas como en lo demas, porque don

Márcos, humillando su condicion, y venciendo su miseria, sacó fiado, por no descabalar los seis mil ducados, un rico vestido y faldellin para su esposa, haciendo cuenta que con él y la mortaja cumplia, no porque se le vino al pensamiento la muerte de doña Isidora, sino por parecerle que poniéndosele solo de una Navidad á otra, habria vestido hasta el dia del juicio. Trajo asimismo de casa de su amo padrinos, que todos alababan su eleccion y engrandecian su ventura, pareciéndoles acertamiento haber hallado una mujer de tan buen parecer y tan rica, pues aunque doña Isidora era de mas edad que el novio, contra el parecer de Aristóteles y otros filósofos antiguos, lo disimulaba de suerte, que era milagro verla tan bien aderezada. Pasada la comida, y estando ya sobre tarde alegrando con bailes la fiesta, en los cuales Ines y don Augustin mantenian la tela, mandó doña Isidora á Marcela que la engrandeciese con su divina voz, á la cual no haciéndose de rogar, con tanto desenfado como donaire cantó asi :

Si se rie el alba,
De mí se rie,
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Cuando el alba miro,
Con alegre risa
Mis penas me avisa,
Mis males suspiro;
Pero no me admiro
De verla reir,
Ni de presumir
Que de mí se rie :
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Ríese de verme
Con cien mil pesares,
Los ojos dos mares,
Viendo aborrecerme;
Cuando ingrato duerme
Mi querido dueño,
Mi dolor el sueño
Triste despide :
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Rie el ver que digo
Que no tengo amor,
Cuando su rigor
De secreto sigo,
Por haber sido obligado
A tratarme bien,
Al mismo desden
Que en matarme vive :
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Rie que me alejo
De aquello que sigo;
Llamado enemigo
Por lo que me quejo,
Que pido consejo,
Amando sin él;
Despido cruel
Lo que no me sigue :
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Rie el ver mis ojos
Publicar tibieza,
Cuando mi firmeza
Les da mil enojos,
Ofrecer despojos,
Y encubrir pasion,
Mirar á traicion
Unos ojos libres :
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.
Rie el que procura
Encubrir mis zelos,
Que estoy sin desvelos
Cuando miento y juro,
El descuido apuro,
Lo que me da pena,
Porque amor ordena
Mi muerte triste :
Porque adoro tibiezas,
Y muero firme.

Llegóse en estos entretenimientos la noche, principio de la posesion

de don Márcos, y mas de sus desdichas, pues ántes de tomarla empezó la fortuna á darle con ellas en los ojos, y así fué la primera darle á don Agustin un accidente: no me atrevo á decir si le causó el ver casada á su señora tia; solo digo que puso la casa en alboroto, porque doña Isidora empezó á desconsolarse, acudiendo mas tierna que fuera razon á desnudarle, para que se acostase, haciéndole tantas caricias y regalos, que casi dió zelos al desposado, el cual viendo ya al enfermo algo sosegado, miéntras su esposa se acostaba, acudió á prevenir con cuidado que se cerrasen las puertas, y echasen las aldabas á las ventanas; cuidado que puso en las desenvueltas criadas de su querida mujer la mayor confusion y aborrecimiento que se puede pensar, pareciéndoles achaque de zeloso; y no lo era cierto, sino de avaro; porque como el buen señor habia traido su ropa, y con ella sus seis mil ducados, que aun apenas habian visto la luz del cielo, queria acostarse seguro de que lo estaba su tesoro. En fin él se acostó con su esposa; las criadas en lugar de acostarse se pusieron á murmurar y llorar, exagerando la prevenida y cuidadosa condicion de su dueño. Empezó Marcela á decir: ¿Qué te parece, Ines, á lo que nos ha traido la fortuna, pues de acostarnos á las tres y á las cuatro, oyendo músicas y requiebros, ya en la puerta de la calle, ya en las ventanas, rodando el dinero en nuestra casa, como en otras la arena, hemos venido á ver á las once cerradas las puertas y clavadas las ventanas, sin que haya atrevimiento en nosotras para abrirlas? Mal año abrirlas, dijo Ines; Dios es mi Señor, que tiene traza nuestro amo de echarles siete candados como á la cueva de Toledo: ya, hermana, esas fiestas que dices se acabaron, no hay sino echarnos dos hábitos, pues mi ama ha querido esto: ¿qué poca necesidad tenia de haberse casado, pues no le faltaba nada, y no ponernos á todas en esta vida, que no sé cómo no la ha enternecido ver al señor don Agustin cómo ha estado esta noche, que para mí esta higa si no es la pena de verla casada el accidente que tiene: y no me espanto, que está enseñado á holgarse y regalarse, y viéndose ahora enjaulado como jilguerillo, claro está que lo ha de sentir como yo lo siento: que malos años para mí, que me pudieran ahogar con una hebra de seda cendalí. Aun tú, Ines, replicó Marcela, que sales fuera por todo lo que es menester, no tienes que llorar; mas triste de quien por llevar adelante este mal afortunado nombre de doncella, ya que en lo demas haya tanto engaño, ha de estar padeciendo todos los infortunios de un zeloso, que las hormiguillas la parecen gigantes; mas yo lo remediaré, supuesto que por mis habilidades no me ha de faltar la comida. Mala pascua para el señor don Márcos si yo tal sufriere. Yo, Marcela, dijo Ines, será fuerza que sufra, porque si te he de confesar verdad, don Agustin es la cosa que mas quiero; si bien hasta ahora mi ama no me ha dado lugar de decirle nada, aunque conozco de él que no me mira mal, mas de aquí adelante será otra cosa, que habrá de dar mas tiempo, acudiendo á su marido. En estas pláticas estaban las criadas, y era el caso que el señor don Agustin era galan de doña Isidora, y por comer, vestir y gastar á título de sobrino, no solo llevaba la carga de la vieja, mas otras muchas, como eran las conversaciones de damas y galanes, juegos y bailes y otras cosi-

llas de este jaez, y así pensaba sufrir la del marido, aunque la mala costumbre de dormir acompañado le tenia aquella noche con alguna pasion; pues como Ines le queria, dijo que queria ir á ver si habia menester algo miéntras se desnudaba Marcela, y fué tan buena su suerte, que como don Agustin era muchacho, tenia miedo, y así la dijo: Por tu vida, Ines, que te acuestes aquí conmigo, porque estoy con el mayor asombro del mundo, y si estoy solo, en toda la noche podré sosegar de temor. Era piadosísima Ines, y túvole tanta lástima, que al punto le obedeció, dándole las gracias de mandarle cosas de su gusto. Llegóse la mañana, mártes al fin, y temiendo Ines que su señora se levantase, y la cogiese con el hurto en las manos, se levantó mas temprano que otras veces, y fué á contar á su amiga sus venturas; y como no hallase á Marcela en su aposento, fué á buscarla por toda la casa, y llegando á una puertecilla falsa que estaba en un corral, algo á trasmano, la halló abierta, y era que Marcela tenia cierto requiebro, para cuya correspondencia tenia llave de la puertecilla, por donde se habia ido con él, quitándose de ruidos; y aposta, por dar á don Márcos tártago, la habia dejado abierta: y visto esto, fué dando voces á su señora, á las cuales despertó el miserable novio, y casi muerto de congoja saltó de la cama, diciendo á doña Isidora que hiciese lo mismo, y mirase si le faltaba alguna cosa, abriendo á un mismo tiempo la ventana; y pensando hallar en la cama á su mujer, no halló sino una fantasma ó imágen de la muerte, porque la buena señora mostró las arrugas de la cara por entero, las cuales encubria con el afeite, que tal vez suele ser encubridor de años, que á la cuenta estaban mas cerca de cincuenta y cinco que de treinta y seis, como habia puesto en la carta de dote, porque los cabellos eran pocos y blancos por la nieve de muchos inviernos pasados. Esta falta no era mucha, merced á los moños y á su autor, aunque en esta ocasion se la hizo á la pobre dama, respecto de haberse caido sobre las almohadas con el descuido del sueño, bien contra la voluntad de su dueño: los dientes estaban esparcidos por la cama, porque, como dijo el príncipe de los poetas, daba perlas de barato, á cuya causa tenia don Márcos uno ó dos entre los bigotes, demas de que parecian tejado con escarcha, de lo que habian participado de la amistad que con el rostro de su mujer habian hecho. Cómo se quedaria el pobre hidalgo se deja á la consideracion del pio lector, por no alargar pláticas en cosa que pueda la imaginacion suplir cualquiera falta; solo digo que doña Isidora, que no estaba menos turbada de que sus gracias se manifestasen tan á letra vista, asió con una presurosa congoja su moño, mal enseñado á dejarse ver tan de mañana, y atestósele en la cabeza, quedando peor que sin él; porque con la prisa no pudo ver como le ponia, y así se le acomodó cerca de las orejas. ¡O maldita Marcela! causa de tantas desdichas, no te lo perdone Dios, amen. En fin mas alentada, aunque con menos razon, quiso tomar un faldellin para salir á buscar su fugitiva criada, mas ni él ni el vestido rico con que se habia casado, ni los chapines con viras, ni otras joyas que estaban en una sala; porque esto y el vestido de don Márcos, con una cadena que valia doscientos escudos que habia traido puesta el dia ántes, la cual habia sacado de su

tesoro para solemnizar su fiesta, no pareció, porque la astuta Marcela no quiso ir desapercibida. Lo que haria don Márcos en esta ocasion, ¿qué lengua bastará á decirlo, ni qué pluma á escribirlo? Quien supiere que á costa de su cuerpo lo habia ganado, podrá ver cuan al de su alma lo sentiria, y mas no hallando consuelo en la belleza de su mujer, porque bastaba á desconsolar al mismo infierno. Si ponia los ojos en ella, veia una estantigua; si los apartaba, no veia sus vestidos y cadena, y con este pesar se paseaba muy aprisa, así en camisa por la sala, dando palmadas y suspiros. Miéntras él andaba así, doña Isidora se fué al jordan de su retrete y arquilla de baratijas; se levantó Agustin, á quien Ines habia ido á contar lo que pasaba, riéndose los dos de la vision de doña Isidora, y la bellaquería de Marcela, y á medio vestir salió á consolar á su tio, diciéndole los consuelos que supo fingir y encadenar mas á lo socarron que á lo necio. Animóle con que se buscaria la agresora del hurto, y obligóle á paciencia el decirle que eran bienes de fortuna, con lo que cobró fuerzas para volver en sí y vestirse; y mas como vió venir á doña Isidora tan otra de lo que habia visto, que casi creyó que se habia engañado, y que no era la misma. Salieron juntos don Márcos y don Agustin á buscar por dicho de Ines las guaridas de Marcela, y en verdad que si no fueran, los tuviera por mas discretos, á lo menos á don Márcos; que don Agustin para mí pienso que lo hacia de bellaco mas que de bobo, que bien se deja entender que no se habia puesto en parte donde fuese hallada. Mas viendo que no habia remedio, se volvieron á casa, conformándose con la voluntad de Dios á lo santo, y con la de Marcela, á lo de no poder mas, y mal de su grado hubo de cumplir nuestro miserable con las obligaciones de la tornaboda, aunque el mas triste del mundo, porque tenia atravesada en el alma su cadena. Mas como no estaba contenta la fortuna, quiso seguir en la prosecucion de su miseria. Y fué de esta suerte, que sentándose á comer, entraron dos criados del señor almirante, diciendo que su señor besaba las manos de la señora Isidora, y que se sirviese enviar la plata, que para prestada bastaba un mes, que si no lo hacia la cobraria de otro modo. Recibió la señora el recado, y la respuesta no pudo ser otra que entregarle todo cuanto habia, platos, fuentes y lo demas que lucia en casa, y que habia colmado las esperanzas de don Márcos, el cual se quiso hacer fuerte, diciendo que era hacienda suya, y que no se habia de llevar, y otras cosas que le parecian á propósito, tanto que fué menester que un criado fuese á llamar al mayordomo, y el otro se quedase en resguardo de la plata. Al fin la plata se llevó, y don Márcos se quebró la cabeza en vano, el cual ciego de pasion y de cólera empezó á decir y hacer cosas como hombre fuera de sí: quejábase de tal engaño, y prometia la habia de poner pleito de divorcio; á lo cual doña Isidora con mucha humildad le dijo, por amansarle, que advirtiese que ántes merecia gracias que ofensas, que por grangear un marido como él cualquiera cosa, aunque tocase en engaño, era cordura y discrecion, y que pues el pensar deshacerlo era imposible, lo mejor era tener paciencia. Húbolo de hacer el buen don Márcos, aunque desde aquel dia no tuvieron paz, ni comian bocado con gusto. A todo esto don Agus-

tin comia y callaba, metiendo las veces que se hallaba presente paz, y pasando muy buenas noches con Ines, con la cual reia las gracias de doña Isidora y desventuras de don Márcos. Con estas desdichas, si la fortuna le dejara en paz, con lo que le habia quedado se diera por contento, y lo pasara honradamente. Mas como se supo en Madrid el casamiento de doña Isidora, un alquilador de ropa, dueño del estrado y colgadura, vino por tres meses que le debia de su ganancia, y asimismo á llevarlo; porque mujer que habia casado tan bien, coligió que no lo habria menester, pues lo podia comprar y tenerlo por suyo. A este trago acabó don Márcos de rematarse: llegó á las manos con su señora, andando el moño y los dientes de por medio, no con poco dolor de su dueño, pues le llegaba el verse sin él tan á lo vivo. Esto, y la injuria de verse maltratar tan recien casada, la dió ocasion de llorar, y hacer cargos á don Márcos por tratar asi á una mujer como ella, y por bienes de fortuna, que ella los da y los quita; pues aun en casos de honra era demasiado castigo. A esto respondió don Márcos que su honra era su dinero, mas con todo esto no sirvió de nada para que el dueño del estrado y colgadura no lo llevase, y con ello lo que le debia un real sobre otro, que se pagó del dinero de don Márcos, porque la señora, como ya habia cesado su trato, no sabia de qué color era. A las voces y gritos bajó el señor de la casa, la cual nuestro hidalgo pensaba ser suya, porque la mujer le habia dicho que era huésped, y que le tenia alquilado aquel cuarto por un año. Le dijo pues que si cada dia habia de haber aquellas voces, que buscasen casa y fuesen con Dios, que era amigo de quietud. ¿Cómo ir? respondió don Márcos, él es el que se ha de ir, que esta casa es mia. ¿Cómo vuestra? dijo el dueño; loco atreguado, idos con Dios, que yo os juro que si no mirara que lo sois, la ventana fuera vuestra puerta. Enojóse don Márcos, y con la cólera se atreviera si no se metieran de por medio doña Isidora y don Agustin, desengañando al pobre don Márcos, y apaciguando al señor de la casa, con prometerle desembarazarla á otro dia. ¿Qué podia don Márcos hacer aquí? ó callar, ó ahorcase; porque lo demas, ni él tenia ánimo para otra cosa, y con tantos pesares estaba como atónito y fuera de sí. Y de esta suerte tomó su capa, y se salió de casa, y don Agustin por mandado de su tia con él, para que le reportase. En fin los dos buscaron un par de aposentos cerca de palacio, por estar cerca de la casa de su amo; y dando señal, quedó la mudanza para otro dia, y así le dijo á don Agustin que se fuese á comer, porque él no estaba por entónces para volver á ver aquella engañadora de su tia. Hízolo así el mozo, dando la vuelta á su casa, y contando lo sucedido á doña Isidora, entre ambos trataron el modo de mudarse. Vino el miserable á acostarse rostrituerto, y muerto de hambre; pasó la noche, y á la mañana le dijo doña Isidora que se fuese á la casa nueva para que recibiese la ropa, miéntras Ines traia un carro en que llevarla. Hízolo así, y apenas el buen necio salió, cuando la traidora doña Isidora, y su sobrino y criada tomaron cuanto habia, y lo metieron en un carro, y ellos con ello se partieron de Madrid la vuelta de Barcelona, dejando en casa las cosas que no podian llevar, como platos, ollas y otros trastos. Estuvo don Márcos hasta cerca de las

doce esperando, y viendo la tardanza, dió la vuelta á su casa, y como no los halló, preguntó á una vecina si eran idos. Ella respondió que rato habia. Con lo que pensando ya estarian allá, tornó á toda prisa porque no aguardasen, llegó sudado y fatigado, y como no los halló, se quedó medio muerto, temiendo lo mismo que era, y sin parar tornó donde venia, y dando un puntapié á la puerta que habian dejado cerrada, y como la abrió y entró dentro, y viese que no habia mas de lo que nada valia, acabó de tener por cierta su desdicha; y empezó á voces y carreras por las salas, dándose de camino algunas calabazadas por las paredes, diciendo: Desdichado de mí; mi mal es cierto, en mal punto hice este desdichado casamiento, que tan caro me cuesta. ¿Adónde estás, engañosa sirena y robadora de mi bien y de todo cuanto yo, á costa de mí mismo, tengo grangeado para pasar la vida con algun descanso? Estas y otras cosas decia, á cuyos extremos entró alguna gente de la casa: y uno de los criados, sabiendo el caso, le dijo que tuviese por cierto el haberse ido, porque el carro en que iba la ropa y su mujer, sobrino y criada, era de camino, y no de mudanza, y que él preguntó que dónde se mudaba, y que le habian respondido que fuera de Madrid. Acabó de rematarse don Márcos con esto; mas como las esperanzas animan en mitad de las desdichas, salió con propósito de ir á los mesones á saber para qué parte habia ido el carro donde iba su corazon entre seis mil ducados que llevaban en él, lo cual hizo; mas su dueño no era cosario, sino labrador de aquí de Madrid, que en eso eran los que le habian alquilado mas astutos que era menester, y así no pudo hallar noticia de nada, pues querer seguirlo era negocio cansado, no sabiendo el camino que llevaban, ni hallándose con un cuarto, si no lo buscaba prestado, y mas hallándose cargado con la deuda del vestido y joyas de su mujer, que ni sabia cómo ni de donde pagarlo. Dió la vuelta, marchito y con mil pensamientos, á casa de su amo: y viniendo por la calle Mayor, encontró sin pensar con la cauta Marcela, y tan cara á cara, que aunque ella quiso encubrirse, fué imposible, porque habiéndola conocido don Márcos, asió de ella, descomponiendo su autoridad, diciendo: Ahora, ladrona, me dareis lo que me robásteis la noche que os salistes de mi casa. ¡Ay señor mio! dijo Marcela llorando, bien sabia yo que habia de caer sobre mí la desdicha desde el punto que mi señora me obligó á esto. Oigame por Dios ántes que me deshonre, que estoy en buena opinion, y concertada de casar, y seria grande mal que tal se dijese de mí, y mas estando como estoy inocente: entremos aquí en este portal, y óigame de espacio, y sabrá quién tiene su cadena y vestidos, que ya habia yo sabido cómo usted sospechaba su falta sobre mí, y lo mismo le previne á mi señora aquella noche, pero son dueños, y yo criada. ¡Ay de los que sirven, y con qué pension ganan un pedazo de pan! Era don Márcos, como he dicho, poco malicioso, y así dando crédito á sus lágrimas, se entró con ella en el portal de una casa grande, donde le contó quién era doña Isidora, su trato y costumbres, y el intento con que se habia casado con él, que era engañándole, como ya don Márcos lo experimentaba bien á su costa: díjole asimismo como don Agustin no era sobrino suyo, sino su galan: y que era un bellaco vaga-

mundo, que por comer y holgar estaba como le veia amancebado con una mujer de tal trato y edad, y que ella habia escondido su vestido y cadena, para dárselo junto con el suyo y las demas joyas; que le habia mandado que se fuese, y pusiese en parte donde él no la viese, dando fuerza á su enredo, con pensar que ella se lo habia llevado. Parecióle á Marcela ser don Márcos hombre poco pendencioso, y así se atrevió á decir tales cosas, sin temor de lo que podia suceder; ó ya lo hizo por salir de entre sus manos, y no miró en mas, ó por ser criada, que era lo mas cierto. En fin concluyó su plática la traidora con decirle que viviese con cuenta, porque le habian de llevar, cuando menos se pensase, su hacienda. Yo le he dicho á usted lo que me toca y mi conciencia me dicta; ahora, repetia Marcela, haga usted lo que fuere servido, que aquí estoy para cumplir todo lo que fuere su gusto. A buen tiempo, replicó don Márcos, cuando no hay remedio, porque la traidora y el ingrato mal nacido se han ido, llevándome cuanto tenia; y luego juntamente él contó todo lo que habia pasado con ellos desde el dia que se habia ido de su casa. ¡Es posible! dijo Marcela. ¡Ay tal maldad! ¡Ay señor de mi alma! y cómo no en balde le tenia yo lástima, mas no me atrevia á hablar, porque la noche que mi señora me envió de su casa quise avisar á usted viendo lo que pasaba, mas temí; que aun entónces, porque le dije que no escondiese la cadena, me trató de palabra y obra cual Dios sabe. Ya, Marcela, decia don Márcos, he visto lo que dices, y es lo peor que no lo puedo remediar, ni saber dónde ó cómo puedo hallar rastro de ellos. No le dé eso pena, señor mio, dijo la fingida Marcela, que yo conozco un hombre, y aun pienso, si Dios quiere, que ha de ser mi marido, que le dirá á usted dónde los hallará como si los viera con los ojos, porque sabe conjurar demonios, y hacer otras admirables cosas. ¡Ay Marcela! y cómo te lo serviria yo, y agradeceria si hicieses eso por mí: duélete de mis desdichas, pues puedes. Es muy propio de los malos en viendo á uno de caida, ayudarle á que se despeñe mas presto, y de los buenos creer luego: así creyó don Márcos á Marcela; y ella se determinó á engañarle y estafarle lo que pudiese, y con este pensamiento le respondió que fuese luego, que no era muy léjos la casa. Yendo juntos encontró don Márcos otro criado de su casa, á quien pidió cuatro reales de á ocho para dar al astrólogo, no por señal, sino de paga; y con esto llegaron á casa de la misma Marcela, donde estaba con un hombre que dijo ser el sabio, y á la cuenta era su amante. Habló con él don Márcos, y concertáronse en ciento y cincuenta reales, y que volviese de allí á ocho dias, que él haria que un demonio le dijese dónde estaban, y los hallaria; mas que advirtiese que si no tenia ánimo, que no habria nada hecho, que mejor era no ponerse en tal, ó que viese en qué forma lo queria ver, si no se atrevia que fuese en la misma suya. Parecióle á don Márcos, con el deseo de saber de su hacienda, que era ver un demonio ver un plato de manjar blanco. Y así respondió que en la misma que tenia en el infierno, en esa se le enseñase, que aunque le veia llorar la pérdida de su hacienda como mujer, que en otras cosas era muy hombre. Con esto y darle los cuatro reales de á ocho se despidió de él y Marcela, y se recogió en casa de un amigo, si los misera-

bles tienen alguno, á llorar su miseria. Dejémosle aquí, y vamos al encantador (que así le nombrarémos), que para cumplir lo prometido, y hacer una solemne burla al miserable, que ya por la relacion de Marcela conocia el sugeto, hizo lo que diré. Tomó un gato, y encerróle en un aposentillo, al modo de despensa, correspondiente á una sala pequeña, la cual no tenia mas ventana que una, del tamaño de un pliego de papel, alta cuanto un estado de hombre, en la cual puso una red de cordel que fuese fuerte: y entrábase donde tenia el gato, y castigábalo con un azote, teniendo cerrada una gatera que hizo en la puerta, y cuando le tenia bravo, destapaba la gatera, y salia el gato corriendo, y saltaba la ventana, donde cogido en la red, le volvia á su lugar. Hizo esto tantas veces, que ya sin castigarle, en abriéndole, iba derecho á la ventana. Hecho esto, avisó al miserable que aquella noche en dando las once le enseñaria lo que deseaba. Habia (venciendo su inclinacion) buscado nuestro engañado lo que faltaba para los ciento y cincuenta reales prestados, y con ellos vino á casa del encantador, al cual puso en las manos el dinero, para animarle á que fuese el conjuro mas fuerte; el cual despues de haberle apercibido el ánimo y valor, se sentó de industria en una silla debajo de la ventana, la cual tenia ya quitada la red. Era como se ha dicho despues de las once, y en la sala no habia mas luz que la que podia dar una lamparilla que estaba á un lado, y dentro de la despensilla, todo lleno de cohetes, y con el mozo avisado de darle á su tiempo fuego y soltarle á cierta seña que entre los dos estaba puesta. Marcela se salió fuera porque ella no tenia ánimo para ver visiones. Y luego el astuto mágico se vistió una ropa de bocací negro, y una montera de lo mismo, y tomando un libro de unas letras góticas en la mano, algo viejo el pergamino, para dar mas crédito á su burla, hizo un cerco en el suelo, y se metió dentro con una varilla en las manos, y empezó á leer entre dientes, murmurando en tono melancólico y grave, y de cuando en cuando pronunciaba algunos nombres extravagantes y exquisitos, que jamas habian llegado á los oidos de don Márcos, el cual tenia abiertos (como dicen) los ojos de un palmo, mirando á todas partes si sentia ruido para ver el demonio que le habia de decir todo lo que deseaba. El encantador heria luego con la vara en el suelo, y en un brasero que estaba junto á él con lumbre echaba sal, azufre y pimienta, y alzando la voz decia: Sal aquí, demonio Calquimorro, pues eres tú el que tienes cuidado de seguir á los caminantes, y les sabes sus designios y guaridas, y di aquí en presencia del señor don Márcos y mia, qué camino lleva esta gente, y dónde y qué modo se tendrá de hallarlos; sal presto, ó guárdate de mi castigo: estás rebelde, y no quieres obedecerme, pues aguarda, que yo te apretaré hasta que lo hagas, y diciendo esto, volvia á leer en el libro: á cabo de rato tornaba á herir con el palo en el suelo, refrescando el conjuro dicho y zahumerio, de suerte que ya el pobre don Márcos estaba ahogándose. Y viendo ya ser hora de que saliese, dijo: O tú que tienes las llaves de las puertas infernales, manda al Cerbero que deje salir al Calquimorro, demonio de los caminos, para que nos diga dónde estan estos caminantes, ó sino te fati-

garé cruelmente. A este tiempo, ya el mozo que estaba por guardian del gato habia dado fuego á los cohetes, y abierto el agujero, que como vió arder, salió dando ahullidos y truenos, brincos y saltos, y como estaba enseñado á saltar en la ventana, quiso escaparse por ella, y sin tener respeto á don Márcos, que estaba sentado en la silla, pasó por encima de su cabeza, abrasándole de camino las barbas y cabellos, y parte de la cara, y dió consigo en la calle, con cuyo suceso, pareciéndole que no habia visto un diablo, sino todos los del infierno, dando muy grandes gritos se dejó caer desmayado en el suelo sin tener lugar de oir una voz que se dió en aquel punto, que dijo : En Granada los hallarás. A los gritos de don Márcos y ahullidos del gato, viéndole dar bramidos y saltos por la calle, respecto de estarse abrasando, acudió gente, y entre ellos la justicia; y llamando, entraron, y hallaron á Marcela y su amante procurando á fuerza de agua volver en sí al desmayado, lo cual fué imposible hasta la mañana. Informóse del caso el alguacil, y no satisfaciéndose aunque le dijeron el enredo, echaron sobre la cama del encantador á don Márcos, que parecia muerto, y dejando con él y Marcela dos guardas, llevaron á la cárcel al embustero y su criado, que hallaron en la despensilla, dejándolos con un par de grillos á cada uno á título de hombre muerto en su casa. Dieron á la mañana noticia á los señores alcaldes de este caso, los cuales mandaron salir á visita los dos presos, y que fuesen á ver si el hombre habia vuelto en sí, ó si habia muerto. A este tiempo don Márcos habia vuelto en sí, y sabia de Marcela el estado de sus cosas, y se confirmaba el hombre mas cobarde del mundo. Llevóles el alguacil á la sala, y preguntado por los señores de este caso, dijo la verdad, conforme lo que sabia, trayendo al juicio el suceso de su casamiento, y como aquella moza le habia traido á aquella casa, donde le dijo que sabria los que llevaban su hacienda, dónde los hallaria, y que él no sabia mas, sino que despues de largos conjuros que aquel hombre habia hecho leyendo en un libro que tenia, habia salido por un agujero un demonio tan feo y tan horrible, que no habia bastado su ánimo á escuchar lo que decia entre dientes, y los grandes ahullidos que iba dando; y que no solo esto, mas que habia embestido con él, y puéstole como veian; mas que él no sabia qué se hizo, porque se le cubrió el corazon, sin volver en sí hasta la mañana. Admirados estaban los alcaldes, hasta que el encantador los desencantó, contándoles el caso como se ha dicho, confirmando lo mismo el mozo y Marcela, y gato que trajeron de la calle, donde estaba abrasado y muerto; y trayendo tambien dos ó tres libros que en su casa tenia, dijeron á don Márcos conociese cuál de ellos era el de los conjuros. Él tomó el mismo, y le dió á los señores alcaldes, y abierto vieron que era el de Amadis de Gaula, que por lo viejo y letras antiguas habia pasado por libro de encantos : con lo que enterados del caso fué tanta la risa de todos, que en gran espacio no se sosegó la sala, estando don Márcos tan corrido, que quiso matar al encantador, y luego hacer lo mismo de sí; y mas cuando los alcaldes le dijeron que no se creyese de ligero ni se dejase engañar á cada paso. Y así los enviaron á todos con Dios, saliendo tal el

miserable, que no parecia el que ántes era, sino un loco. Fuése á casa de su amo, donde halló un cartero que le buscaba con una carta, que abierta, vió que decia de esta manera:

« A don Márcos Miseria, salud. Hombre que por ahorrar no come, » hurtando á su cuerpo el sustento necesario, y por solo interes se casa, » sin mas informacion que si hay hacienda, bien merece el castigo que » usted tiene, y el que le espera andando el tiempo. Vuesa merced, se- » ñor, no comiendo sino como hasta aquí, ni tratando con mas ventaja » que siempre hizo á sus criados, y como ya sabe, la media libra de » vaca, un cuarto de pan, y otros dos de racion al que sirve y limpia la » estrecha vasija en que hace sus necesidades, vuelva á juntar otros seis » mil ducados, y luego me avise que vendré de mil amores á hacer con » usted vida maridable; que bien lo merece marido tan aprovechado.

» Doña Isidora Venganza. »

Fué tanta la pasion que don Márcos recibió, que le dió una calentura que en pocos dias le acabó los suyos miserablemente. A doña Isidora, estando en Barcelona aguardando galeras en qué embarcarse para Nápoles, una noche don Agustin y su Ines la dejaron durmiendo, y con los seis mil ducados de don Márcos, y todo lo demas que tenia, se embarcaron, y llegados que fueron á Nápoles, él asentó plaza de soldado, y la hermosa Ines puesta en paños mayores se hizo dama cortesana, sustentando con este oficio en galas y regalos á su don Agustin. Doña Isidora se volvió á Madrid, donde renunciando el moño y las galas, anda pidiendo limosna, la cual me contó mas por entero esta maravilla, y me determiné á escribirla, para que vean los miserables el fin que tuvo este, y viéndolo, no hagan lo mismo, escarmentando en cabeza agena.

II.

LA FUERZA DEL AMOR.

En Nápoles, insigne y famosa ciudad de Italia por su riqueza, hermosura y agradable sitio, nobles ciudadanos y gallardos edificios, coronados de jardines y adornados de cristalinas fuentes, hermosas damas y gallardos caballeros, nació Laura, peregrino y nuevo milagro de naturaleza, tanto que entre las mas gallardas y hermosas fué tenida por celestial extremo; pues habiendo escogido los curiosos ojos de la ciudad entre

todas ellas once, y de estas once tres, fué Laura de las once una, y de las tres una. Fué tercera en el nacer, pues gozó del mundo despues de haber nacido en él dos hermanos tan nobles y virtuosos, como ella hermosa. Murió su madre del parto de Laura, quedando su padre por gobierno y amparo de los tres gallardos hijos, que si bien sin madre, la discrecion del padre suplió medianamente esta falta. Era don Antonio (que este es el nombre de su padre) del linage y apellido de Carrafa, deudo de los duques de Nochera, y señor de Piedra Blanca. Criáronse don Alejandro, don Cárlos y Laura, con la grandeza y cuidado que su estado pedia, poniendo su noble padre en esto el cuidado que requeria su estado y riqueza; enseñando á los hijos en las buenas costumbres y ejercicios que dos caballeros y una tan hermosa dama merecian, viviendo la bella Laura con el recato y honestidad que á mujer tan rica y principal era justo, siendo los ojos de su padre y hermanos y alabanza de la ciudad. Quien mas se señalaba en querer á Laura era don Cárlos, el menor de los hermanos, que la amaba tan tierno, que se olvidaba de sí por quererla; y no era mucho, que las gracias de Laura obligaban, no solo á los que tan cercano deudo tenian con ella, mas á los que mas apartados estaban de su vista. No hacia falta su madre para su recogimiento, demas de ser su padre y hermanos vigilantes guardas de su hermosura; y quien mas cuidadosamente velaba á esta señora eran sus honestos pensamientos: si bien cuando llegó á la edad de discrecion no pudo negar su compañía á las principales señoras sus deudas, para que Laura pagase á la desdicha lo que debe la hermosura. Es costumbre en Nápoles ir las doncellas á los saraos y festines que en los palacios del virey y casas particulares se hacen: aunque en algunas tierras de Italia no lo aprueban por acertado, pues en las mas de ellas se les niega ir á misa, sin que basten á derogar esta ley que ha puesto en ellas la costumbre las penas que los ministros eclesiásticos y seglares les imponen. Salió en fin Laura á ver y ser vista, tan acompañada de hermosura como de honestidad; aunque á acordarse de Diana, no se fiara de su recato. Fueron sus bellos ojos basiliscos de las almas, su gallardía monstruo de las vidas, y su riqueza y nobles prendas cebo de los deseos de mil gallardos y nobles mancebos de la ciudad, pretendiendo por medio de casamiento gozar de tanta hermosura.

Entre los que pretendian servir á Laura se aventajó don Diego de Piñatelo, de la noble casa de los duques de Monteleon, caballero rico y galan. Vió en fin á Laura, y rindióle el alma con tal fuerza, que casi no la acompañaba sino solo por no desamparar la vida (tal es la hermosura mirada en ocasion); túvola don Diego en un festin que se hacia en casa de un príncipe de los de aquella ciudad, no solo para verla, sino para amarla, y despues de amarla darla á entender su amor tan grande en aquel punto como si hubiera mil años que la amaba. Usase en Nápoles llevar á los festines un maestro de ceremonias, el cual saca á danzar á las damas, y las da al caballero que le parece. Valióse don Diego en esta ocasion del que en el festin asistia; ¿quién duda que seria á costa de dinero? pues apenas calentó con él las manos al maestro, cuando vió en

las suyas las de la bella Laura el tiempo que duró el danzar una gallarda; mas no le sirvió de mas que de arderse con aquella nieve; pues apenas se atrevió á decir : Señora, yo os adoro, cuando la hermosa dama, fingiendo justo impedimento, le dejó y se volvió á su asiento, dando que sospechar á los que miraban, y que sentir á don Diego; el cual quedó tan triste como desesperado, pues en lo que quedaba del dia no mereció que Laura le favoreciese siquiera con los ojos. Llegó la noche, que don Diego pasó revolviendo mil pensamientos, ya animando con la esperanza, ya desesperando con el temor, miéntras la hermosa Laura, tan agena de sí cuanto propia de su cuidado, llevando en la vista la gallarda gentileza de don Diego, y en la memoria el yo os adoro que le habia oido, ya se determinaba á querer, y ya pidiéndose estrecha cuenta de su libertad y perdida opinion, como si en solo amar se hiciese yerro, arrepentida se reprendia á sí misma, pareciéndole que ponia en condicion, si amaba, la obligacion de su estado, y si aborrecia, se obligaba al mismo peligro. Con estos pensamientos y cuidados empezó á negarse á sí misma el gusto, y á la gente de su casa la conversacion, deseando ocasiones para ver la causa de su descuido; y dejando pasar los dias (al parecer de don Diego) con tanto descuido, que no se ocupaba en otra cosa sino en dar quejas contra el desden de la enamorada señora, la cual no le daba, aunque lo estaba, mas favores que los de su vista, y esto tan al descuido, y con tanto desden, que no tenia lugar ni aun para poderle decir su pena, porque aunque la suya la pudiera obligar á dejarse pretender, el cuidado con que la encubria era tan grande, que á sus mas queridas criadas guardaba el secreto de su amor. Sucedió que una noche de las muchas que á don Diego le amanecia á las puertas de Laura, viendo que no le daban lugar para decir su pasion, trajo á la calle un criado, que con un instrumento fuese tercero de ella, por ser su dulce y agradable voz de las buenas de la ciudad, procurando declarar en un romance su amor, y los zelos que le daba un caballero muy querido de los hermanos de Laura, y que por este respeto entraba á menudo en su casa. En fin el músico, despues de haber templado, cantó el romance siguiente :

Si el dueño que elegiste,
Altivo pensamiento,
Reconoce obligado
Otro dichoso dueño;
¿Porqué te andas perdido,
Sus pisadas siguiendo,
Sus acciones notando,
Su vista pretendiendo?
¿De qué sirve que pidas
Ni su favor al cielo,
Ni al amor imposibles,
Ni al tiempo sus efectos?
¿Porqué á los zelos llamas,
Si sabes que los zelos,
En favor de lo amado
Imposibles han hecho?
Si á tu dueño deseas
Ver ausente, eres necio
Que por matar, matarte,
No es pensamiento cuerdo.
Si á la discordia pides
Que haga lance en su pecho,
Bien ves que á los disgustos
Los gustos vienen ciertos.
Si dices á los ojos
Digan su sentimiento,
Ya ves que alcanzan poco,
Aunque mas miren tiernos.

Si quien pudiera darte
En tus males remedio,
Que es amigo piadoso,
Siempre agradecimiento:
Tambien preso le miras
En ese ángel soberbio,
¿Cómo podia ayudarte
En tu amoroso intento?
Pues si de sus cuidados,
Que tuvieras por premio,
Si su dueño dijera:
De tí lástima tengo.
Mira tu dueño, y miras
Sin amor á tu dueño,
Y aun este desengaño,
¿No te muda el intento?
A Tántalo pareces,
Que el cristal lisonjero,
Casi en los labios mira;
Y nunca llega á ellos.
¡Ay Dios, si mereciera
Por tanto sentimiento
Algun fingido engaño,
Por tu muerte temo!
Fueran de purgatorio
Tus penas, pero veo
Que son sin esperanza
Las penas del infierno.
Mas si eleccion hiciste,
Morir es buen remedio,
Que volver las espaldas
Será cobarde de hecho.

Escuchando estaba Laura la música desde el principio de ella por una menuda celosía, y determinó á volver por su opinion, viendo que la perdia, en que don Diego por sospechas como en sus versos mostraba, se la quitaba; y así lo que el amor no pudo hacer, hizo este temor de perder su crédito, y aunque batallando su vergüenza con su amor, se resolvió á volver por sí, como lo hizo, pues abriendo la ventana, le dijo: Milagro fuera, señor don Diego, que siendo amante no fuérais zeloso, pues jamas se halló amor sin zelos, mas son los que teneis tan falsos, que me han obligado á lo que jamas pensé, porque siento mucho ver mi fama en lenguas de la poesía, y en las cuerdas de ese laud, y lo que peor es, en boca de ese músico, que siendo criado será fuerza ser enemigo: yo no os olvido por nadie, que si alguno en el mundo ha merecido mis cuidados, sois vos, y sereis el que me habeis de merecer, si por ellos aventurase la vida. Disculpe vuestro amor mi desenvoltura, y el verme ultrajar mi atrevimiento, y tenedle desde hoy para llamaros mio, que yo me tengo por dichosa en ser vuestra. Y creedme que no dijera esto si la noche con su oscuro manto no me excusara la vergüenza y colores que tengo en decir estas verdades. Pidiendo licencia á su turbacion, el mas alegre de la tierra, quiso responder y agradecer á Laura el enamorado don Diego, cuando sintió abrir las puertas de la propia casa, y saltearle tan brevemente dos espadas, que á no estar prevenido y sacar tambien el criado la suya, pudiera ser que no le dieran lugar para llevar su deseos amorosos adelante. Laura, que vió el suceso y conoció á sus dos hermanos, temerosa de ser sentida, cerró la ventana, y se retiró á su aposento acostándose, mas por disimular que por desear de reposo. Fué el caso que como don Alejandro y don Cárlos oyesen la música, se levantaron á toda prisa, y salieron como he dicho, con las espadas desnudas en las manos; las cuales fueron, sino mas valientes que las de don Diego y su criado, á lo menos mas dichosas, pues siendo herido de la pendencia, hubo de retirarse, quejándose de su desdicha, aunque mejor fuera llamarla ventura, pues fué fuerza que supiesen sus padres la causa, y viendo lo que su hijo

grangeaba con tan noble casamiento, sabiendo que era este su deseo, pusieron terceros que lo tratasen con el padre de Laura. Y cuando pensó la hermosa Laura que las enemistades serian causa de eternas discordias, se halló esposa de don Diego. ¿Quién viera este dichoso suceso y considerara el amor de don Diego, sus lágrimas, sus quejas, y los ardientes deseos de su corazon, que no tuviese á Laura por muy dichosa? Quién duda que dirán los que tienen en esperanzas sus pensamientos: ¡O quién fuera tan venturoso que mis cosas tuvieran tan dichoso fin como el de esta noble dama, y mas las mujeres que no miran en mas inconvenientes que su gusto! Y de la misma suerte, ¿quién verá á don Diego gozar en Laura un asombro de hermosura, un extremo de riqueza, un colmo de entendimiento, y un milagro de amor, que no diga que no crió otro mas dichoso el cielo? Pues por lo menos siendo las partes iguales, ¿no es fácil de creer que este amor habia de ser eterno? y lo fuera, si Laura no fuera como hermosa desdichada, y don Diego como hombre mudable; pues á él no le sirvió el amor contra el olvido, ni la nobleza contra el apetito, ni á ella la valió la riqueza contra la desgracia, la hermosura contra el remedio, la discrecion contra el desden, ni el amor contra la ingratitud, bienes que en esta edad cuestan mucho y se estiman en poco. Fué el caso que don Diego ántes que amase á Laura habia empleado sus cuidados en Nise, gallarda dama de Nápoles, sino de lo mejor de ella, por lo menos no era de lo peor, ni tan falta de bienes de naturaleza y fortuna, que no la diese muy levantados pensamientos, mas de lo que su calidad merecia; pues los tuvo de ser mujer de don Diego; y á este título le habia dado todos los favores que pudo, y él quiso; pues como los primeros dias y aun meses de casado se descuidase de Nise, que todo cansa á los hombres, procuró con las veras posibles saber la causa, y dióse en eso tal modo en saberla, que no faltó quien se lo dijo todo; demas que como la boda habia sido pública, y don Diego no pensaba ser su marido, no se recató de nada. Sintió Nise con grandísimo extremo ver casado á don Diego, mas al fin era mujer, y con amor, que siempre olvida agravios, aunque sea á costa de opinion. Procuró gozar de don Diego, ya que no como marido, á lo menos como amante, pareciéndole no poder vivir sin él; y para conseguir su propósito solicitó con palabras y obligó con lágrimas á que don Diego volviese á su casa, que fué la perdicion de Laura; porque Nise supo con tantos regalos enamorarle de nuevo, que ya empezó Laura á ser enfadosa como propia, cansada como zelosa, y olvidada como aborrecida; porque don Diego amante, don Diego solícito, don Diego porfiado, y finalmente don Diego que decia á los principios ser el mas dichoso del mundo, no solo negó todo esto, mas se negó á sí mismo lo que se debia; pues los hombres que desprecian tan á las claras estan dando alas al agravio; y llegando un hombre á esto, cerca está de perder el honor. Empezó á ser ingrato, faltando á la cama y mesa; y no sintiendo los pesares que daba á su esposa, desdeñó sus favores, y la despreció diciendo libertades, pues es mas cordura negar lo que se hace, que decir lo que no se piensa. Pues como Laura a tantas novedades en su esposo, empezó con lágrimas á mostrar sus

pesares, y con palabras á sentir sus desprecios, y en dándose una mujer por sentida de los desconciertos de su marido, dése por perdida, pues como era fuerza decir su sentimiento, daba causa á don Diego para no solo tratar mal de palabras, mas á poner las manos en ella. Solo por cumplimiento iba á su casa la vez que iba; tanto la aborrecia y desestimaba, pues le era el verla mas penoso que la muerte. Quiso Laura saber la causa de estas cosas, y no faltó quien le dió larga cuenta de ellas. Lo que remedió Laura fué el sentirlas mas, viéndolas sin remedio, pues no le hay si el amor se trueca. Lo que ganó en darse por entendida de las libertades de don Diego, fué darle ocasion para perder mas la vergüenza, é irse mas desenfrenadamente tras sus deseos, que no tiene mas recato el vicioso, que hasta que es su vicio público. Vió Laura á Nise en una iglesia, y con lágrimas la pidió desistiese de su pretension, pues con ella no aventuraba mas que perder la honra, y ser causa de que ella pasase mala vida. Nise, rematada de todo punto, como mujer que ya no estimaba su fama, ni temia caer en mas bajeza que en la que estaba, respondió á Laura tan desabridamente, que con lo mismo que pensó la pobre dama remediar su mal y obligarla, con eso la dejó mas sin remedio, y mas resuelta á seguir su amor con mas publicidad. Perdió de todo punto el respeto á Dios y al mundo, y si hasta allí con recato enviaba á don Diego papeles, regalos y otras cosas, ya sin él ella y sus criados le buscaban, siendo estas libertades para Laura nuevos tormentos y firmísimas pasiones; pues ya veia en su desventura menos remedio que primero: con lo que pasaba sin esperanzas la mas desconsolada vida que decir se puede. Tenia zelos: ¡qué milagro! como si dijésemos rabiosa enfermedad. Notaban su padre y hermanos su tristeza y deslucimiento, y viendo la perdida hermosura de Laura, vinieron á rastrear lo que pasaba, y los malos pasos en que andaba don Diego, y tuvieron sobre el caso muchas rencillas y disgustos, hasta llegar á pesadumbres declaradas. De esta suerte andaba Laura algunos dias, siendo miéntras mas pasaban mayores las libertades de su marido, y menos su paciencia. Como no siempre se pueden llorar desdichas, quiso una noche que la tenian desvelada sus cuidados y la tardanza de don Diego, cantando divertirlas, y no dudando que estaria don Diego en los brazos de Nise, tomó una harpa, en que las señoras italianas son muy diestras, y unas veces llorando, y otras cantando, disimulando el nombre de don Diego con el de Albano, cantó así:

¿Porqué, tirano Albano,
Si á Nise reverencias,
Y á su hermosura ofreces
De tu amor las finezas;
Porque de sus ojos
Está tu alma presa,
Y á los tuyos su cara
Es imágen bella:
Porqué si en sus cabellos
La voluntad enredas,
Y ella á tí agradecida,
Con voluntad te premia;
Porqué si de su boca,
Caja de hermosas perlas,
Gustos de amor escuchas,
Con que tu gusto aumentas:
A mí que por quererte
Padezco inmensas penas,
Con deslealtad y engaños
Me pagas mis finezas?

Y ya que me fingiste
Amorosas ternezas,
Dejárasme vivir
En mi engaño siquiera.
¿No ves que no es razon
Acertada ni cuerda
Despertar á quien duerme,
Y mas cuando pena?
¡Ay de mí desdichada!
¿Qué remedio me queda,
Para que el alma mia
A este su cuerpo vuelva?
Dame el alma, tirano,
Mas ¡ay! no me la vuelvas,
Que mas vale que el cuerpo
Por esta causa muera.
Mal haya, amen, mil veces,
Cielo tirano, aquella
Que en prisiones de amor
Prender su alma deja.
Lloremos, ojos mios,
Tantas lágrimas tiernas,
Que del profundo mar
Se cubran las arenas.
Y al son de aquestos zelos
Instrumentos de quejas,
Cantarémos llorando
Lastimosas endechas.
Oid atentamente,
Nevadas y altas peñas,
Y vuestros ecos claros
Me sirvan de respuesta.
Escuchad, bellas aves,
Y con arpadas lenguas
Ayudaréis mis zelos
Con dulces cantinelas.
Mi Albano adora á Nise,
Y á mí penar me deja;
Estas si son pasiones,
Y aquestas sí son penas.
Su hermosura divina
Amoroso celebra,
Y por cielos adora
Papeles de su letra.
¿Qué dirás, Ariadna,
Que lloras y lamentas
De tu amante desvíos,
Sinrazones y ausencias?
Y tú, afligido Fenicio,
Aunque tus carnes veas
Con tal rigor comidas
Por el águila fiera;
Y si, atado al Caucaso,
Padeces, no lo sientas,
Que mayor es mi daño,
Mas fuertes mis sospechas.
Desdichado Ixion,
No sientas de la rueda
El penoso ruido,
Porque mis penas sientas.
Tántalo, que á las aguas,
Sin que gustarlas puedas,
Llegas, y no alcanzas,
Pues huyen si te acercas:
Vuestras penas son pocas,
Aunque mas se encarezcan;
Pues no hay dolor que valga,
Sino que zelos sean.
Ingrato, plegue al cielo
Que con zelos te veas
Rabiando como rabio,
Y que cual yo padezcas.
Y esta enemiga mia
Tantos te dé, que seas
Un Midas de cuidados,
Como el de las riquezas.

¿A quién no enterneciera Laura con quejas tan dulces y bien sentidas, sino á don Diego, que se preciaba de ingrato? El cual entrando al tiempo que ella llegaba con sus endechas á este punto, y las oyese, y entendiese el motivo de ellas, desobligado con lo que pudiera obligarse y enojado de lo que fuera justo agradecer y estimar, empezó á maltratar á Laura de palabras diciéndola tales y tan pesadas, que la obligó á que virtiendo cristalinas corrientes por su hermoso rostro le dijese: ¿Qué es esto, ingrato? ¿Cómo das tan largas alas á la libertad de tu mala vida, que sin temor del cielo ni respeto alguno te enfadas de lo que fuera justo alabar? Córrete de que el mundo entienda, y la ciudad murmure tus vicios tan sin rienda, que parece que estás despertando con ellos tu afrenta y mis deseos. Si te pesa de que me queje de tí, quítame la causa que tengo para

hacerlo, ó acaba con mi cansada vida, ofendida de tus maldades. ¿Así tratas mi amor? ¿Así estimas mis cuidados? ¿Así agradeces mis sufrimientos? Haces bien, pues no tomo á la causa de estas cosas, y la hago entre mis manos pedazos. ¿Qué espera un marido que hace lo que tú, sino que su mujer, olvidando la obligacion de su honor, se le quite? No porque yo lo he de hacer aunque mas ocasiones me des, que el ser quien soy, y el grande amor que por mi dicha os tengo, no me darán lugar; mas temo que has de darlo á los viciosos como tú, para que pretendan lo que tú desprecias; y á los maldicientes y murmuradores, para que lo imaginen y digan: ¿pues quién verá una mujer como yo, y un hombre como tú, que no tengan tanto atrevimiento como tú descuido? Palabras eran estas para que don Diego, abriendo los ojos del alma y del cuerpo, viese la razon de Laura; pero como tenia tan llena el alma de Nise, como desierta de su obligacion, acercándose mas á ella y encendido en una tan infernal cólera, la empezó á arrastrar por los cabellos, y maltratarla de manos; tanto que las perlas de sus dientes presto tomaron forma de corales bañados en la sangre que empezó á sacar en las crueles manos; y no contento con esto, sacó la daga para salir con ella del yugo tan pesado como el suyo, á cuya accion las criadas que estaban procurando apartarle de su señora, alzaron las voces dando gritos, llamandó á su padre y á sus hermanos, que desatinados y coléricos subieron al cuarto de Laura, y viendo el desatino de don Diego, y la dama bañada en sangre, creyendo don Cárlos que la habia herido, arremetió á don Diego, y quitándole la daga de la mano, se la iba á meter por el corazon, si el arriesgado mozo, viendo su manifiesto peligro, no se abrazara con don Cárlos, y Laura haciendo lo mismo le pidiera que se reportase diciendo: ¡Ay hermano! mira que en esa vida está la de tu triste hermana. Reportóse don Cárlos, y metiéndose su padre por medio apaciguó la pendencia, y volviéndose á sus aposentos, temiendo don Antonio que si cada dia habia de haber aquellas ocasiones, seria perderse, se determinó no ver por sus ojos tratar mal á una hija tan querida; y así otro dia tomando su casa, hijos y hacienda, se fué á Piedrablanca, dejando á Laura en su desdichada vida tan triste y tierna de verlos ir, que la faltó poco para perderla. Causa porque oyendo decir que en aquella tierra habia mujeres que obligaban por fuerza de hechizos á que hubiese amor, viendo cada dia el de su marido en menoscabo, pensando remediarse por este camino, encargó que la trajesen una.

No fué muy perezoso el tercero á quien la hermosa y afligida Laura encargó que le trajese la embustera, y le trajo una, á quien la discreta y cuidadosa Laura, despues de obligada con dádivas (sed de semejantes mujeres) enterneció con lágrimas, y animó con promesas, contándole sus desdichas, y en tales razones la pidió lo que deseaba, diciéndola: Amiga, si tú haces que mi marido aborrezca á Nise, y vuelva á tenerme el amor que al principio de mi casamiento me tuvo, cuando él era mas leal y yo mas dichosa, tú verás en mi agradecimiento y liberal satisfaccion de la manera que estimo tal bien, pues pensaré que quedo corta con darte la mitad de toda mi hacienda. Y cuando esto no baste, mide tu

gusto con mi necesidad, y señálate tú misma la paga de este beneficio, que si lo que yo poseo es poco, me venderé para satisfacerte. La mujer, asegurando á Laura de su saber, contando milagros en sucesos agenos, facilitó tanto su peticion, que ya Laura se tenia por segura: á la cual la mujer dijo que habia menester (para ciertas cosas que habia de aderezar para traer consigo en una bolsilla) barbas, cabellos y dientes de un ahorcado; las cuales reliquias con las demas cosas harian que don Diego mudase la condicion, de suerte que se espantaria: y que la paga no queria que fuese de mas valor, que conforme á lo que le sucediese. Y creed, señora, decia la falsa enredadora, que no bastan hermosuras ni riquezas á hacer dichosas, sin ayudarse de cosas semejantes á estas, que si supieses las mujeres que tienen paz con sus maridos por mi causa, desde luego te tendrias por dichosa, y asegurarías tus temores. Confusa estaba la hermosa Laura, viendo que le pedia una cosa tan difícil para ella, pues no sabía el modo cómo viniese á sus manos, y así dándole cien escudos en oro, le dijo que el dinero todo lo alcanzaba, que los diese á quien la trajese aquellas cosas. A lo cual replicó la taimada hechicera (que con esto queria entretener la cura, para sangrar la bolsa de la afligida dama y encubrir su enredo), que ella no tenia de quien fiarse; demas que estaba la virtud en que ella lo buscase y se lo diese, y con esto, dejando á Laura, en la tristeza y confusion que se puede pensar, se fué.

Discurriendo estaba Laura cómo podia buscar lo que la mujer pedia, y hallando por todas partes muchas dificultades, el remedio que halló fué hacer dos rios caudalosos sus hermosos ojos, no hallando de quien poderse fiar, porque le parecia que era afrenta que una mujer como ella anduviese en tan mecánicas cosas. Con estos pensamientos no hacia sino llorar; y hablando consigo misma decia, asidas sus blancas manos una con otra: Desdichada de tí, Laura, y como fueras mas venturosa, si como le costó tu nacimiento la vida á tu madre, fuera tambien la tuya sacrificio de la muerte. ¡O amor enemigo de las gentes! Y qué de males han venido por tí al mundo, y mas á las mujeres, que como en todo somos las mas perdidosas y las mas fáciles de engañar, parece que solo contra ellas tienen el poder, ó por mejor decir el enojo. No sé para qué el cielo me crió hermosa, noble y rica, si todo habia de tener tan poco valor contra la desdicha, sin que tantos dotes de naturaleza y fortuna me quitasen la mala estrella en que nací. O ya que lo soy, ¿para qué me guarda la vida? Pues tenerla un desdichado, mas es agravio que ventura. ¿A quién contaré mis penas que me las remedie? ¿Quién oirá mis quejas que se enternezca? ¿Y quién verá mis lágrimas que me las enjugue? Nadie por cierto, pues mi padre y hermanos por no oirlas me han desamparado, y hasta el cielo, consuelo de los afligidos, se hace sordo por no dármele. ¡Ay don Diego! ¿y quién lo pensára? mas sí debiera pensar si mirara que eres hombre, cuyos engaños quitan el poder á los mismos demonios; y hacen ellos lo que los ministros de maldades dejan de hacer. ¿Dónde se hallará un hombre verdadero? ¿En cuál dura la voluntad un dia? Y mas si se ven queridos. Mal haya la mujer que en ellos cree, pues al cabo hallará el pago de su amor, como yo le hallo. ¿Quién

es la necia que desea casarse, viendo tantos y tan lastimosos ejemplos? ¿Cómo es mi ánimo tan poco, mi valor tan afeminado, y mi cobardía tanta, que no quito la vida, no solo á la enemiga de mi sosiego, sino al ingrato que me trata con tanto rigor? ¡Mas ay que tengo amor! Y en lo uno temo perderle, y en lo otro enojarle: ¿porqué, vanos legisladores del mundo, atais nuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con vuestras falsas opiniones, pues nos negais letras y armas? ¿Nuestra alma no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que da valor al cuerpo ¿quién obliga á los nuestros á tanta cobardía? Yo aseguro que si entendiérais que tambien habia en nosotras valor y fortaleza, no os burlaríais como os burlais; y así por tenernos sujetas desde que nacemos, vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de la vergüenza; dándonos por espadas ruecas, y por libros almohadillas. ¡Mas triste de mí! ¿De qué sirven estos pensamientos, pues ya no sirven para remediar cosas tan sin remedio? Lo que ahora importa es pensar cómo daré á esta mujer lo que pide. Diciendo esto, se ponia á pensar qué haria, y luego volvia de nuevo á sus quejas. Quien oyera las que está dando Laura, dirá que la fuerza del amor está en su punto, mas aun faltaba otro extremo mayor, y fué que viendo cerrar la noche, y viendo ser la mas escura y tenebrosa que en todo aquel invierno habia hecho (respondiendo á su pretension su opinion), sin mirar á lo que se ponia y lo que aventuraba si don Diego venia y la hallaba fuera, diciendo á sus criadas que si venia le dijesen que estaba en casa de alguna de las muchas señoras que habia en Nápoles, poniéndose un manto de una de ellas, con una pequeña linternilla se puso en la calle, y fué á buscar lo que ella pensaba habia de ser su remedio.

Hay en Nápoles, como una milla apartada de la ciudad, camino de Nuestra Señora del Arca, imágen muy devota de aquel reino, y el mismo por donde se va á Piedrablanca, como un tiro de piedra del camino real, á un lado de él, un humilladero de cincuenta piés de largo, y otros tantos de ancho: la puerta del cual está hácia el camino, y en frente de ella un altar con una imágen pintada en la misma pared. Tiene el humilladero estado y medio de alto, el suelo es una fosa de mas de cuatro en hondura, que coge toda la dicha capilla, y solo queda al rededor un poyo de media vara de ancho, por el cual se anda todo el humilladero. A estado de hombre, y menos, hay puestos por las paredes unos garfios de hierro, en los cuales cuelgan á los que ahorcan en la plaza; y como los tales se van deshaciendo, caen los huesos en aquel hoyo, que como está sagrado, les sirve de sepultura. Pues á esta parte tan espantosa guió sus pasos Laura, donde á la sazon habia seis hombres, que por salteadores habian ajusticiado pocos dias hacia: la cual llegando á él con ánimo increible (que se lo daba amor), tan olvidada del peligro, cuanto acordada de sus fortunas, pues podia temer, sino á la gente con quien iba á negociar, á lo menos caer dentro de aquella profundidad, donde si tal fuera jamas se supiera de ella.

Ya he contado como el padre y hermanos de Laura, por no verla mal-

tratar, y ponerse en ocasion de perderse con su cuñado, se habian retirado á Piedrablanca, donde vivian (sino olvidados de ella, á lo menos desviados de verla). Estando don Cárlos acostado en su cama, al tiempo que llegó Laura al humilladero despertó con riguroso y cruel sobresalto, dando tales voces que parecia se le acababa la vida. Alborotóse la casa, vino su padre, acudieron sus criados; todos confusos y turbados y solemnizando su dolor con lágrimas, le preguntaban la causa de su mal, la cual estaba escondida aun al mismo que la sentia. El cual vuelto mas en sí, levantándose de la cama, y diciendo: En algun peligro está mi hermana, se comenzó á vestir á toda diligencia, dando órden á un criado para que luego al punto le ensillase un caballo, el cual apercibido, saltó en él, y sin querer aguardar que le acompañase algun criado, á todo correr de él partió la via de Nápoles con tanta prisa, que á la una se halló en frente del humilladero, donde paró el caballo de la misma suerte que si fuera de piedra. Procuraba don Cárlos pasar adelante, mas era porfiar en la misma porfía; porque atras ni adelante era posible volver, ántes como arrimándole la espuela queria que caminase, el caballo daba unos bufidos espantosos. Viendo don Cárlos tal cosa, y acordándose del humilladero, volvió á mirarle, y como vió luz que salia de la linterna que su hermana tenia, pensó que alguna hechicería le detenia, y deseando saberlo de cierto, probó si el caballo queria caminar hácia allá, y apenas hizo la accion, cuando el caballo sin apremio alguno hizo la voluntad de su dueño; y llegando á la puerta con su espada en la mano, dijo: Quien quiera que sea quien está ahí dentro, salga luego fuera, que si no lo hace, por vida del rey que no me he de ir de aquí hasta que con la luz del dia vea quién es, y qué hace en tal lugar. Laura, que en la voz conoció á su hermano, pensando que se iria, y mudando cuanto pudo la suya, le respondió: Yo soy una pobre mujer, que por cierto caso estoy en este lugar; y pues no os importa saber quien soy, por amor de Dios que os vayais: y creed que si porfiais en aguardar, me arrojaré luego al punto en esa sepultura, aunque piense perder la vida y el alma. No disimuló Laura tanto la habla, que su hermano, que no la tenia tan olvidada como ella pensó, dando una gran voz, acompañada con un suspiro, dijo: ¡Ay hermana! grande mal hay, pues tú estás aquí; sal fuera, que no en vano me decia mi corazon este suceso. Pues viendo Laura que ya su hermano la habia conocido, con el mayor tiento que pudo, por no caer en la fosa, salió arrimándose á las paredes, y tal vez á los mismos ahorcados, y llegando donde su hermano lleno de mil pesares la aguardaba, no sin lágrimas se arrojó en sus brazos, y apartándose á un lado supo de Laura en breves razones la ocasion que habia tenido por venir allá, y ella de él la que le habia traido á tal tiempo; y el remedio que don Cárlos tomó fué ponerla sobre su caballo, y subiendo asimismo él, dar la vuela á Piedrablanca, teniendo por milagrosa su venida, y lo mismo sintió Laura, mirándose arrepentida de lo que habia hecho. Cerca de la mañana llegaron á Piedrablanca, donde sabido de su padre el suceso, haciendo poner un coche, metiéndose en él con sus hijos é hija, se vino á Nápoles, y derecho al palacio del virey, á cuyos piés arrodillado le dijo que para contar

un caso portentoso que habia sucedido, le suplicaba mandase venir allí á don Diego Piñatelo, su yerno, porque importaba á su autoridad y sosiego. Su excelencia lo hizo así: y como llegase don Diego á la sala del virey, y hallase en ella á su suegro, cuñados y mujer, quedó absorto, y mas cuando Laura en su presencia contó al virey lo que en este caso queda escrito, acabando la plática con decir que ella estaba desengañada de lo que era el mundo y los hombres; y que así no queria mas batallar con ellos, porque cuando pensaba lo que habia hecho, y dónde se habia visto, no acababa de admirarse; y que supuesto esto, ella se queria entrar en un monasterio, sagrado poderoso para valerse de las miserias á que las mujeres estan sujetas. Oyendo don Diego esto, y negándole al alma el ser causa de tanto mal, en fin como hombre bien entendido, estimando en aquel punto á Laura mas que nunca, y temiendo que ejecutase su determinacion, no esperando él por sí alcanzar de ella cosa alguna, segun estaba agraviada, tomó por medio al virey, suplicándole pidiese á Laura que volviese con él, prometiendo la enmienda de allí adelante. Hízolo el virey, mas Laura, temerosa de lo pasado, no fué posible que lo aceptase, ántes mas firme en su propósito, dijo que era cansarse en vano, que ella queria hacer por Dios, que era amante mas agradecido, lo que por un ingrato habia hecho; con que este mismo dia se entró en la Concepcion, convento noble, rico y santo. Don Diego desesperado se fué á su casa, y tomando las joyas y dineros que halló, se partió sin despedirse de nadie de la ciudad, donde á pocos meses se supo que en la guerra que la magestad de Felipe III tenia con el duque de Saboya habia acabado la vida.

III.

EL JUEZ DE SU CAUSA.

Tuvo entre sus grandezas la nobilísima ciudad de Valencia, por nueva y milagrosa maravilla de tan celebrado asiento, la sin par belleza de Estela, dama ilustre, rica y de tantas prendas, gracias y virtudes, que cuando no tuviera otra cosa de qué preciarse sino de tenerla por hija, pudiera alabarse entre todas las ciudades del mundo de su dichosa suerte. Era Estela única en casa de sus padres, y heredera de mucha riqueza, que para sola ella les dió el cielo, á quien agradecidos alababan por haberles dado tal prenda. Entre los muchos caballeros que deseaban honrar con la hermosura de Estela su nobleza, fué don Cárlos, mozo noble, rico, y de las prendas que pudiera Estela elegir un noble marido: si bien Es-

tela, atada su voluntad á la de sus padres, como de quien sabia que procuraban su acrecentamiento, aunque entre todos se agradaba mas de las virtudes y gentileza de don Cárlos, era con tanta cordura y recato, que ni ellos ni él conocian en ella ese deseo, pues ni despreciaba cruel sus pretensiones, ni admitia liviana sus deseos, favoreciéndole con un mirar honesto y un agrado cuerdo, de lo cual el galan satisfecho y contento, seguia sus pasos, adoraba sus ojos y estimaba su hermosura, procurando con su presencia y continuos paseos dar á entender á la dama lo mucho que la estimaba. Habia en Valencia una dama de mas libres costumbres que á una mujer noble y medianamente rica convenia; la cual viendo á don Cárlos pasar á menudo por su calle, por ser camino para ir á la de Estela, se aficionó de suerte que sin mirar en mas inconvenientes que á su gusto, se determinó á dárselo á entender del modo que pudiese. Poníasele delante en todas ocasiones, procurando despertar con su hermosura su cuidado: mas como los de don Cárlos estuviesen ocupados y cautivos de la belleza de Estela, jamas reparaba en la solicitud con que Claudia (que este era el nombre de la dama) vivía: pues como se aconsejase con su amor y el descuido de su amante, y viese que nacia de alguna voluntad, procuró saberlo de cierto, y á pocos lances descubrió lo mismo que quisiera encubrir á su misma alma, por no atormentarla con el rabioso mal de los zelos. Y conociendo el poco remedio que su amor tenia, viendo al galan don Cárlos tan bien empleado, procuró por la via que pudiese estorbarlo, ó ya que no pudiese mas, vivir con quien adoraba, para que su vista aumentase su amor, ó su descuido apresurase su muerte. Para lo cual, sabiendo que á don Cárlos se le habia muerto un page, que de ordinario le iba acompañando, y le servia de fiel consejero de su honesta aficion, aconsejándose con un antiguo criado que tenia, mas codicioso de su hacienda que de su hermosura y quietud, le pidió que diese traza como ella ocupase la plaza del muerto siervo, dándole á entender que lo hacia por procurar apartarle de la voluntad de Estela, y traerle á la suya, ofreciéndole, si lo conseguia, gran parte de su hacienda. El codicioso viejo, que vió por este camino gozaria de la hacienda de Claudia, se dió tal maña en negociarlo, que el tiempo que pudiera gastar en aconsejarla lo contrario, ocupó en negociar lo de su trage en el de varon, y en servicio de don Cárlos, y su criado con la gobernacion de su hacienda, y comision de hacer y deshacer en ella: venció la industria los imposibles; y en pocos dias se halló Claudia page de su amante, grangeando su voluntad de suerte que ya era archivo de los mas escondidos pensamientos de don Cárlos; y tan valido suyo que solo á él encomendaba la solicitud de sus deseos. Ya en este tiempo se daba don Cárlos por tan favorecido de Estela, habiendo vencido su amor los imposibles del recato de la dama, que á pesar de los ojos de Claudia, que con lágrimas solemnizaba esta dicha de los dos amantes, le hablaba algunas noches por un balcon, recibiendo con agrado sus papeles, y oyendo con gusto algunas músicas que le daba su amante algunas veces. Pues una noche que entre otras muchas quiso don Cárlos dar una música á su querida Estela, y Claudia con su instrumento habia de ser el tono de ella, en lugar de can-

tar el amor de su dueño, quiso con este soneto desahogar el suyo, que con el lazo al cuello estaba para precipitarse.

Goce su libertad el que ha tenido
Voluntad y sentidos en cadena;
Y el condenado en amorosa pena,
El dudoso favor que ha prevenido.
En dulces lazos (pues leal ha sido)
De mil gustos de amor el alma llena,
El que tuvo su bien en tierra agena
Triunfe de ausencia sin temor de olvido.
Viva el amado sin favor zeloso;
Y venza su desden el despreciado,
Logre sus esperanzas el que espera.
Con su dicha alegre el venturoso,
Y con su prenda el victorioso amado,
Y el que amare imposibles cual yo muera.

En este estado estaban estos amantes, aguardando don Cárlos licencia de Estela para pedirla á sus padres por esposa, cuando vino á Valencia un conde italiano, mozo y galan: pues como su posada estaba cerca de la de Estela, y su hermosura tuviese jurisdiccion sobre todos cuantos la llegasen á ver, cautivó de suerte la voluntad del conde, que le vino á poner en puntos de procurar remedio, y el mas conveniente que halló, fiado en ser quien era, demas de sus muchas prendas y gentileza, fué pedirla á sus padres, juntándose este mismo dia con la suya la misma peticion por parte de don Cárlos, que acosado de los amorosos deseos de su dama, y quizá de los zelos que le daba el conde viéndole pasear la calle, quiso darles alegre fin. Oyeron sus padres los unos y los otros terceros; y viendo que aunque don Cárlos era digno de ser dueño de Estela, codiciosos de verla condesa, despreciando la pretension de don Cárlos, se la prometieron al conde; y quedó asentado que de allí á un mes fuesen las bodas. Sintió la dama como era razon esta desdicha, y procuró desbaratar estas bodas, mas todo fué cansarse en vano; y mas cuando ella supo por un papel de don Cárlos como habia sido despedido de ser suya. Mas como amor, cuando no hace imposibles, le parece que no cumple con su poder, dispuso de suerte los ánimos de estos amantes, que viéndose aquella noche por la parte que solian, concertaron que de allí á ocho dias previniese don Cárlos lo necesario, la sacase y llevase á Barcelona, donde se casarian, de suerte que cuando sus padres la hallasen fuese con su marido, tan noble y rico como pudieran desear, á no haberse puesto de por medio tan fuerte competidor como el conde, y su codicia. Todo esto oyó Claudia, y como le llegasen tan al alma estas nuevas, recogióse en su aposento, y pensando estar sola, soltando las corrientes á sus ojos, empezó á decir: Ya, desdichada Claudia, ¿qué tienes que esperar? Cárlos y Estela se casan, amor está de su parte, y tiene pronunciada contra mí cruel sentencia de perderle. ¿Podrán mis ojos ver á mi ingrato en brazos de su esposa? No por cierto: pues lo mejor será decirle quién soy, y lue-

go quitarme la vida. Estas y otras muchas razones decia Claudia, quejándose de su desdicha; cuando sintió llamar á la puerta de su estancia, y levantándose á ver quién era, vió que el que llamaba á la puerta era un gentil y gallardo moro, que habia sido del padre de don Cárlos, y habiéndose rescatado no aguardaba sino pasage para ir á Fez, de donde era natural, que como le vió, le dijo : ¿ Para qué, Hamete, vienes á inquietar ni estorbar mis quejas si las has oido, y por ellas conoces mi grande desdicha y afliccion? Déjamelas padecer, que ni tú eres capaz de consolarme, ni ellas admiten ningun consuelo. Era el moro discreto, y en su tierra noble, que su padre era un bajá muy rico, y como hubiese oido quejar á Claudia, y conocido quién era, le dijo : Oido he, Claudia, cuanto has dicho, y como aunque moro soy en algun modo cuerdo, quizá el consuelo que te daré será mejor que el que tú tomas, porque en quitarte la vida, ¿ qué agravio haces á tus enemigos, sino darles lugar á que se gocen sin estorbo? Mejor seria quitar á Cárlos y Estela, y esto será fácil si tú quieres : para animarte á ello te quiero decir un secreto que hasta hoy no me ha salido del pecho : óyeme, y si lo que quiero decirte no te pareciere á propósito, no lo admitas; mujer eres, y dispuesta á cualquier accion, como lo juzgo en haber dejado tu trage y opinion por seguir tu gusto. Algunas veces ví á Estela, y su hermosura cautivó mi voluntad; mira qué de cosas te he dicho en estas dos palabras. Quéjaste que por Cárlos dejaste tu reposo, dasle nombre de ingrato, y no andas acertada; porque si tú le hubieras dicho tu amor, quizá Estela no triunfara del suyo, ni yo estuviera muriendo. Dices que no hay remedio, porque tienen concertado robarla y llevarla á Barcelona, y te engañas, porque en eso mismo, si tú quieres, está tu ventura y la mia. Mi rescate ya está dado, mañana he de partir de Valencia, porque para ello tengo prevenida una galeota que á noche dió fondo en un escollo cerca del Grao, de quien yo solo tengo noticia. Si tú quieres quitarle á don Cárlos su dama, y hacerme á mí dichoso, pues ella te da crédito á cuanto le dices, fiada en que eres la privanza de su amante, ve á ella, y dile que tu señor tiene prevenida una nave en que pasar á Barcelona como tiene concertado; y que por ser segura, no quiere aguardar el plazo que entre los dos se puso, que para mañana en la noche se prevenga; señala la hora misma, y dándola á entender que don Cárlos la aguardará en la marina, la traerás donde yo te señalare, y llevándomela yo á Fez, tú quedarás sin embarazo, donde podrás persuadir y obligarle á amarte, y yo iré rico de tanta hermosura. Atónita oyó Claudia el discurso del moro, y como no mirase en mas que en verse sin Estela y con don Cárlos, aceptó luego el partido, dando al moro las gracias, quedando de concierto en efectuar otro dia esta traicion, que no fué difícil; porque Estela dando crédito, pensando que se ponia en poder del que habia de ser su esposo, cargada de joyas y dineros, ántes de las doce de la siguiente noche ya estaba embarcada en la galeota, y con ella Claudia, que Hamete la pagó de esta suerte la traicion.

Tanto sintió Estela su desdicha, que así como se vió rodeada de moros, y entre ellos el esclavo de don Cárlos, y que él no parecia, vió que toda priesa se hacian á la vela, y considerando su desdicha, aunque

ignoraba la causa, se dejó vencer de un mortal desmayo que le duró hasta otro dia; tal fué la pasion de ver esto, y mas cuando, volviendo en sí, oyó lo que entre Claudia y Hamete pasaba; porque creyendo el moro ser muerta Estela, teniéndola Claudia en sus brazos, le decia al alevoso moro: ¿Para qué, Hamete, me aconsejaste que pusiese esta pobre dama en el estado en que está, si no me habeis de conceder la amada compañía de don Cárlos, cuyo amor me obligó á hacer tal traicion, como hice en ponerla en tu poder? ¿Cómo te precias de noble si has usado conmigo este rigor? Al traidor, Claudia, respondió Hamete, pagarle en lo mismo que ofende es el mejor acuerdo del mundo, demas que no es razon que ninguno se fie del que no es leal á su misma nacion y patria: tú quieres á don Cárlos, y él á Estela: por conseguir tu amor quitas á tu amante la vida, quitándole la presencia de su dama; pues á quien tal traicion hace, como dármela á mí por un vano antojo, ¿cómo quieres que yo me asegure de que luego no avisarás á la ciudad, y saldrán tras mí, y me darán la muerte? Pues con quitar este inconveniente, llevándote yo conmigo aseguro mi vida y la de Estela, á quien adoro. Estas y otras razones como estas pasaban entre los dos, cuando Estela, vuelta en sí, habiendo oido estas razones, ó las mas, pidió á Claudia que le dijese qué enigmas eran aquellos que pasaban por ella; la cual se lo contó todo como pasaba, dando larga cuenta de quien era, y por la ocasion que se veian cautivas. Solemnizaba Estela su desdicha, vertiendo de sus ojos dos mil mares de hermosas lágrimas, y Hamete su ventura, consolando á la dama en cuanto podia, y dándola á entender que iba á ser señora de cuanto él poseia, y mas en propiedad si quisiese dejar su ley: consuelos que la dama tenia por tormentos, y no por remedio: á los cuales respondió con las corrientes de sus hermosos ojos. Dió órden Hamete á Claudia para que mudando trage sirviese y regalase á Estela, y con esto haciéndose á lo largo se engolfaron en alta mar la vuelta de Fez. Dejémoslos ahora hasta su tiempo, y volvamos á Valencia, donde siendo echada menos Estela de sus padres, locos de pena, procuraron saber qué se habia hecho buscando los mas secretos rincones de su casa con un llanto sordo y semblante muy triste. Hallaron una carta dentro de un escritorio suyo, cuya llave estaba sobre un bufete, que abierta, decia así:

« Mal se compadece amor é interes, por ser muy contrario el uno del » otro, y por esta causa, amados padres mios, al paso que me alejo del » uno, me entrego al otro: la poca estimacion que hago de las riquezas » del conde me lleva á poder de don Cárlos, á quien solo reconozco por » legítimo esposo: su nobleza es tan conocida, que á no haberse puesto » de por medio tan fuerte competidor, no se pudiera para darme estado » pedir mas ni desear mas. Si el yerro de haberlo hecho de este modo » mereciere perdon, juntos volverémos á pedirle, y en tanto pediré al » cielo las vidas de todos. » ESTELA.

El susto y pesar que causó esta carta podrá sentir quien considerare la prenda que era Estela, y cuánto la estimaban sus padres: los cuales

dando órden á su gente para que no hiciesen álboroto alguno, creyendo que aun no habrian salido de Valencia, porque la mayor seguridad era estarse quedos, y que haciendo algunas diligencias secretas sabrian de ellos, dando aviso al virey del caso, la primera que se hizo fué visitar la casa de don Cárlos, que descuidado del suceso le trasladaron á un castillo, á título de robador de la hermosa Estela, y escalador de la nobleza de sus padres, siendo el consuelo de ellos y su esposo, que así se intitulaba el conde. Estaba don Cárlos inocente de la causa de su prision, y hacia mil instancias para saberla; y como le dijesen que Estela faltaba, y que conforme á una carta que se habia hallado de la dama él era el autor de este robo, y el Júpiter de esta bella Europa, y que él habia de dar cuenta de ella, viva ó muerta, pensó acabar la vida á manos de su pesar; y cuando se vió puesto en el aprieto que el caso requeria; porque ya le amenazaba la garganta el cuchillo, y á su inocente vida la muerte: si bien su padre, como tan rico y noble, defendia, como era razon, la inocencia de su hijo. Quédese así hasta su tiempo, que la historia dirá el suceso; y vamos á Estela y Claudia, que en compañía del cruel Hamete navegaban con próspero viento la vuelta de Fez, que como llegasen á ella, fueron llevadas las damas en casa del padre del moro, donde la hermosa Estela empezó de nuevo á llorar su cautiverio y la ausencia de don Cárlos; porque como Hamete viese que ni con ruégos ni caricias podia vencerla, empezó á usar de la fuerza, procurando con malos tratamientos obligarla á consentir con sus deseos por no padecer, tratándola como á una miserable esclava, mal comida y peor vestida, y sirviendo en la casa de criada, en la cual tenia el padre de Hamete cuatro mujeres, con quien estaba casado, y otros dos hijos menores. De estos dos el mayor se aficionó con grandes veras de Claudia, la cual segura de que si como Estela no le admitiese la tratarian como á ella, y viéndose tambien excluida de tener libertad ni de volver á ver á Cárlos, cerrando los ojos á Dios, renegó de su santísima fe, y se casó con Zaide, que este era el nombre de su hermano. Con lo cual la pobre dama pasaba triste y desesperada vida, y así pasó un año, y en él mil desventuras, si bien lo que mas le atormentaba eran las persecuciones de Hamete, quien continuamente la molestaba con sus importunaciones.

Desesperado pues de remedio, pidió á Claudia con muchas lástimas diese órden de que por lo menos, usando de la fuerza, pudiese gozarla: prometióselo Claudia; y así un dia que estaban solas, porque las demas eran idas al baño, le dijo la traidora Claudia estas razones: No sé, hermosa Estela, cómo te diga la tristeza y congoja que padece mi corazon en verme en esta tierra y en tan mala vida como estoy: yo, amiga Estela, estoy determinada á huirme, que no soy tan mora que no me tire mas el ser cristiana: pues el haberme sujetado á esto, fué mas de temor que de voluntad; cincuenta cristianos tienen prevenido un bajel, en que hemos de partir esta noche á Valencia: si tú quieres, pues vinimos juntas, que nos volvamos juntas, no hay sino que te dispongas, y que nos volvamos con Dios; que yo espero en él que nos llevará en salvamento; y sino, ira qué quieres que le diga á Cárlos, que de hoy en un mes pienso

verle; y en lo que mejor puedes conocer la voluntad que te tengo es en que, estando sin tí, puede ser ocasion de que Cárlos me quiera; y para lo contrario me ha de ser estorbo tu presencia; mas con todo eso me obliga mas tu miseria que mi gusto. Arrojóse Estela á los piés de Claudia, y la suplicó que pues era esta su determinacion, que no la dejase, y veria con las veras que la servia. Finalmente quedaron concertadas en salir juntas esta noche, despues de todos recogidos; para lo cual juntaron sus cosas, por no ir desapercibidas. Las doce serian de la noche cuando Estela y Claudia, cargadas de dos pequeños lios en que llevaban sus vestidos y camisas, y otras cosas necesarias á su viage, se salieron de casa, y caminaron hácia la marina, donde decia Claudia que estaba el bergantin ó bajel en que habia de escapar, y en su seguimiento Hamete, que desde que salieron de casa las seguia. Y como llegasen hácia unas peñas, en donde decia que habian de aguardar á los demas, tomando un lugar el mas acomodado y seguro que á la cautelosa Claudia le pareció mas á propósito para el caso, se sentó, animando á la temerosa dama, que cada pequeño rumor le parecia que era Hamete. De esta suerte estuvieron mas de una hora, pues Hamete, aunque estaba cerca de ellas, no se habia querido dejar ver porque estuviese mas segura. Al cabo de esto llegó, y como las viese, fingiendo una furia infernal, les dijo: ¡Ah perras mal nacidas, qué fuga es esta! Ya no os escaparéis con las traiciones que teneis concertadas. No es traicion, Hamete, dijo Estela, procurar cada uno su libertad, que lo mismo hicieras tú si te vieras de la suerte que yo, maltratada y abatida de tí y de todos los de tu casa: demas que si Claudia no me animara, no hubiera en mí atrevimiento para emprender esto; sino que ya mi suerte tiene puesta mi perdicion en sus manos, y así me ha de suceder siempre que fiare de ella. No lo digas burlando, perra, dijo á esta ocasion la renegada Claudia, porque quiero que sepas que el traerte esta noche no fué con ánimo de salvarte, sino con deseo de ponerte en poder del gallardo Hamete, para que por fuerza ó por grado te goce, advirtiendo que le has de dar gusto, y con él posesion de tu persona, ó has de quedar aquí hecha pedazos.

Dicho esto se apartó algun tanto, dándole lugar al moro, que tomando el último acento de sus palabras, prosiguió con ellas, pensando persuadirla ya con ternezas, ya con amenazas, ya con regalos, ya con rigores. A todo lo cual Estela bañada en lágrimas no respondia mas sino que se cansaba en vano, porque pensaba dejar la vida ántes que perder la honra. Acabóse de enojar Hamete, y trocando la terneza en saña, empezó á maltratarla, dándola muchos golpes en su hermoso rostro, amenazándola con muchos géneros de muerte si no se rendia á su gusto. Y viendo que nada bastaba, quiso usar de la fuerza, batallando con ella hasta rendirla. El ánimo de Estela en esta ocasion era mayor que de una flaca doncella se podia pensar; mas como á brazo partido anduviese luchando con ella, rendidas ya las débiles fuerzas de Estela, se dejó caer en el suelo: y no teniendo facultad para defenderse, acudió al último remedio, y al mas ordinario y comun de las mujeres, que fué dar gritos, á los cuales Jacimin, hijo del rey de Fez, que venia de caza, movido de

ellos, acudió á la parte donde le pareció que los oia, dejando atras muchos criados que traia; y como llegase á la parte donde las voces se daban, vió patente la fuerza que á la hermosa dama hacia el fiero moro. Era el príncipe de hasta veinte años; y demas de ser muy galan, tan noble de condicion y tan agradable en las palabras, que por esto y por ser muy valiente y dadivoso, era muy amado de todos sus vasallos; siendo asimismo tan aficionado á favorecer á los cristianos, que si sabia que alguno los maltrataba, lo castigaba severamente.

Pues como viese lo que pasaba entre el cruel moro y aquella hermosa esclava, que ya á este tiempo se podia ver, á causa de que empezaba á romper el alba; y la mirase tendida en tierra, y con una liga atadas las manos, y que con un lienzo la queria tapar la boca el traidor Hamete, con airada voz le dijo: ¿Qué haces, perro? ¿En la corte del rey de Fez se ha de atrever ninguno á forzar las mujeres? Déjala al punto, sino por vida del rey que te mato. Decir esto y sacar la espada todo fué uno. A estas palabras se levantó Hamete, y metió mano á la suya, y cerrando con él le diera la muerte, si el príncipe, dando un salto, no le hurtara el golpe, y reparara con la espada; mas no fué con tanta presteza que no quedase herido en la cabeza. Conociendo pues el valiente Jacimin que aquel moro no le queria guardar el respeto que justamente debia á su príncipe, se retiró un poco, y tocando una cornetilla que traia al cuello, todos sus caballeros se juntaron con él al mismo tiempo que Hamete con otro golpe queria dar fin á su vida. Mas siendo, como digo, socorrido de los suyos, fué preso el traidor Hamete, dando lugar á la afligida Estela, con quien ya se habia juntado la alevosa y renegada Claudia, á que se echase á los piés del príncipe Jacimin, á quien como el gallardo moro viese mas de espacio, no agradado de su hermosura, sino compasivo de sus trabajos, la preguntó quién era, y la causa de estar en tal lugar. A lo cual Estela, despues de haberle dicho que era cristiana, con las mas breves razones que pudo contó su historia, y la causa de estar donde la veia, de lo cual el piadoso Jacimin enojado, mandó que á todos tres los trajesen á su palacio, donde ántes de curarse dió cuenta al rey su padre del suceso, pidiéndole venganza del atrevimiento de Hamete, quien juntamente con Claudia fué condenado á muerte, y este mismo dia fueron los dos empalados. Hecha esta justicia, mandó el príncipe traer á su presencia á Estela, y despues de haberla acariciado y consolado, la preguntó qué queria hacer de sí. A lo cual la dama, arrodillada ante él, le suplicó que la enviase entre cristianos, para que pudiese volver á su patria. Concedióle el príncipe esta peticion, y habiéndola dado dineros y joyas, y un esclavo cristiano que la acompañase, mandó á dos criados suyos la pusiesen donde ella gustase. Sucedió el caso referido en Fez, á tiempo que el césar Cárlos V, emperador y rey de España, estaba sobre Tunez contra Barbaroja.

Sabiendo pues Estela esto, mudando su trage mujeril en el de varon, cortándose los cabellos, acompañada solo de su cautivo español, que el príncipe de Fez le mandó dar, juramentándole que no habia de decir quién era, y habiéndose despedido de los dos caballeros moros que la

acompañaban, se fué á Tunez, hallándose en servicio del emperador, y siempre á su lado en todas ocasiones, grangeando no solo la fama de valiente soldado, sino la gracia del emperador, y con ella el honroso cargo de capitan de caballos. Hallóse, como digo, no solo en esta ocasion, sino en otras muchas que el emperador tuvo en Italia y Francia, quien hallándose en una refriega á pié, por haberle muerto el caballo, nuestra valiente dama, que con nombre de don Fernando era tenida en diferente opinion, le dió el suyo, y le acompañó y defendió hasta ponerle en salvo. Quedó el emperador tan obligado, que empezó con muchas mercedes á honrar y favorecer á don Fernando; y fué la una un hábito de Santiago, y la segunda una gran renta y título. No habia sabido Estela en todo este tiempo nuevas ningunas de su patria y padres, hasta que un dia vió entre los soldados del ejército á su querido don Cárlos, que como le conoció, todas las llagas amorosas se la renovaron, si acaso estaban adormecidas, y empezaron de nuevo á verter sangre: mandóle llamar, y disimulando la turbacion que le causó su vista, le preguntó ¿de dónde era y cómo se llamaba? Satisfizo don Cárlos á Estela con mucho gusto, obligado de las caricias que le hacia, ó por mejor decir, al rostro, que con ser tan parecido á Estela, traia cartas de favor: y así la dijo su nombre y patria, y la causa porqué estaba en la guerra, sin encubrirla sus amores, y la prision que habia tenido, diciéndola como cuando pensó sacarla de casa de sus padres, y casarse con ella, se habia desaparecido de los ojos de todos ella y un page, de quien fiaba mucho sus secretos, poniendo en opinion su crédito, porque tenia para sí que por querer mas que á él al page, habian hecho aquella vil accion, dándole á él motivo á no quererla tanto y desestimarla; si bien en una carta que se habia hallado escrita de la misma dama para su padre, decia que se iba con don Cárlos, que era su legítimo esposo, cosa que le tenia mas espantado que lo demas; porque irse con Claudio, y decir que se iba con él, le daba que sospechar, y en lo que paraban sus sospechas era en creer que Estela no le trataba verdad con su amor, pues le habia dejado expuesto á perder la vida por justicia, porque despues de haber estado por estos indicios preso dos años, pidiéndole no solo el robo y el escalamiento de una casa tan noble como la de sus padres, viendo que muerta ni viva no parecia, le achacaban que despues de haberla gozado la habia muerto, con lo cual le pusieron en grande aprieto, tanto que muriera por ello si no se hubiera valido de la industria, la cual le enseñó lo que habia de hacer, que fué romper las prisiones y quebrantar la cárcel, fiándose mas de la fuga que de la justicia que tenia de su parte: que el otro año habia gastado en buscarla por muchas partes, mas que habia sido en vano, porque no parecia sino que la habia tragado la tierra.

Con grande admiracion escuchaba Estela á don Cárlos, como si no supiera mejor que nadie la historia; y á lo que respondió mas apresuradamente, fué á la sospecha que tenia de ella y del page, diciéndole: No creas, Cárlos, que Estela seria tan liviana, que se fuese con Claudio por tenerle amor, ni engañarte á tí, que en las mujeres nobles no hay esos

tratos; lo mas cierto seria que ella fué engañada, y despues quizá la habrán sucedido ocasiones en que no haya podido volver por sí; y algun dia querrá Dios volver por su inocencia, y tú quedarás desengañado. Lo que yo te pido es que miéntras estuvieres en la guerra acudas á mi casa, que si bien quiero que seas en ella mi secretario, de mí serás tratado como amigo, y por tal te recibo desde hoy, que yo sé que con mi amparo, pues todos saben la merced que me hace el césar, tus contrarios no te perseguirán, y acabada esta ocasion darémos órden para que quedes libre de sus persecuciones; y no quiero que me agradezcas esto con otra cosa sino con que tengas á Estela en mejor opinion que hasta aquí, siquiera por haber sido tú la causa de su perdicion; y no me mueve á esto mas de que soy muy amigo de que los caballeros estimen y hablen bien de las damas. Atento oyó Cárlos á don Fernando, que por tal tenia á Estela, pareciéndole no haber visto en su vida cosa mas parecida á su dama; mas no llegó su imaginacion á pensar que fuese ella: y viendo que habia dado fin á sus razones, se le humilló, pidiéndole las manos, y ofreciéndose por su esclavo. Alzóle Estela con sus brazos, quedando desde este dia en su servicio, y tan privado con ella, que ya los demas criados estaban envidiosos. De esta suerte pasaron algunos meses, acudiendo Cárlos á servir á su dama, no solo en el oficio de secretario, sino en la cámara y mesa, donde en todas ocasiones recibia de ella muchas y muy grandes mercedes, tratando siempre de Estela, tanto que algunas veces llegó á pensar que el duque la amaba, porque siempre le preguntaba si la queria como ántes, y si viera á Estela, si se holgaria con su vista, y otras cosas que mas aumentaban la sospecha de don Cárlos, satisfaciendo á ellas, unas veces á gusto de Estela, y otras veces á su descontento.

En este tiempo vinieron al emperador nuevas como el virey de Valencia era muerto repentinamente, y habiendo de enviar quien le sucediese en aquel cargo, por no ser bien que aquel reino estuviese sin quien le gobernase, puso los ojos en don Fernando, de quien se hallaba tan bien servido. Supo Estela la muerte del virey, y no queriendo perder de las manos esta occasion, se fué al emperador, y puesta de rodillas le suplicó le honrase con este cargo. No le pesó al emperador que don Fernando le pidiese esta merced, si bien sentia apartarle de sí, pues por esto no se habia determinado; pero viendo que con aquello le premiaba, se lo otorgó, y le mandó que partiese luego, dándole la patente y los despachos. Vé aquí á nuestra Estela virey de Valencia, y á don Cárlos su secretario, y el mas contento del mundo, pareciéndole que con el padre alcalde no tenia que temer á su enemigo, y así se lo dió á entender su señor. Satisfecho iba don Cárlos de que el virey lo estaba de su inocencia en la causa de Estela, con lo cual ya se tenia por libre y muy seguro de sus promesas. Partieron en fin con mucho gusto, y llegaron á Valencia, donde fué recibido el virey con muestras de grande alegría. Tomó su posesion, y el primer negocio que le pusieron para hacer justicia fué el suyo mismo, dando querella contra su secretario. Prometió el virey de hacerla. Para esto mandó se hiciese informacion de nuevo, examinando segunda vez

los testigos. Bien quisieran las partes que don Cárlos estuviera mas seguro, y que el virey le mandara poner en prision. Mas á esto los satisfizo con decir que él le fiaba, porque para él no habia mas prision que su gusto. Tomó, como digo, este caso tan á pechos, que en breves dias estaba de suerte que no faltaba sino sentenciarle. En fin quedó para verse otro dia. La noche ántes entró don Cárlos á la misma cámara donde el virey estaba en la cama, y arrodillado ante él, le dijo: Para mañana tiene vuestra excelencia determinado ver mi pleito, y declarar mi inocencia; demas de los testigos que he dado en mi descargo, y han jurado en mi abono, sea el mejor y mas verdadero un juramento que en sus manos hago, pena de ser tenido por perjuro, de que no solo no llevé á Estela, mas que desde el dia ántes no la ví, ni sé qué se hizo, ni dónde está; porque si bien yo habia de ser su robador, no tuve lugar de serlo con la grande priesa con que mi desdicha me la quitó, ó para mi perdicion ó la suya. Basta, Cárlos, dijo Estela, vete á tu casa, y duerme seguro: soy tu dueño, causa para que no temas; mas seguridad tengo de tí de lo que piensas, y cuando no la tuviera, el haberte traido conmigo, y estar en mi casa, fuera razon que te valiera. Tu causa está en mis manos, tu inocencia ya la sé, mi amigo eres, no tienes que encargarme mas esto, que yo estoy bien encargado de ello. Besóle las manos don Cárlos, y así se fué dejando al virey, y pensando en lo que habia de hacer. ¿Quién duda que desearia don Cárlos el dia que habia de ser el de su libertad? Por lo cual se puede creer que apenas el padre universal de cuanto vive descubria la encrespada madeja por los balcones del alba, cuando se levantó y adornó de las mas ricas galas que tenia, y fué á dar de vestir al virey para tornarle á asegurar su inocencia.

A poco rato salió el virey de su cámara á medio vestir; mas cubierto el rostro con un gracioso ceño, con el cual, y con una risa á lo falso, dijo, mirando á su secretario: Madrugado has, amigo Cárlos, algo hace sospechosa tu inocencia y tu cuidado, porque el libre duerme seguro de cualquiera pena, y no hay mas cruel acusador que la culpa. Turbóse don Cárlos con estas razones, mas disimulando cuanto pudo, le respondió: Es tan amada la libertad, señor excelentísimo, que cuando no tuviera tan fuertes enemigos como tengo, el alborozo de que me he de ver con ella por mano de vuestra excelencia era bastante á quitarme el sueño; porque de la misma manera que mata un gran pesar lo suele hacer un contento: de suerte que el temor del mal y la esperanza del bien hacen un mismo efecto. Galan vienes, replicó el virey, ¿pues el dia en que has de ver representada tu tragedia en la boca de tantos testigos como tienes contra tí, te adornas de las mas lucidas galas que tienes? Parece que no van fuera de camino los padres y esposos de Estela en decir que debiste de gozarla y matarla, fiados en los pocos ó ninguno que te lo vieron hacer: á fé que si pareciera Claudio, vil tercero de tus travesuras, que no sé si probaras inocencia; y si va á decir verdad, todas las veces que tratamos de Estela muestras tan poco sentimiento y tanta vileza, que siento que me debe mas á mí tu dama, que no á tí, pues su pérdida me cuesta cuidado, y á tí no. ¡O qué pesados golpes eran estos para el corazon de Cárlos! Ya desmayado y desesperado

de ningun buen suceso, le iba á dar por disculpa el tiempo, pues con él se olvida cualquiera pasion amorosa, cuando el virey, con un severo semblante y airado rostro, le dijo: Calla, Cárlos, no respondas. Cárlos, yo he mirado bien estas cosas, y hallo por cuenta que no estás muy libre en ellas, y el mayor indicio de todos es las veras con que deseas tu libertad. Diciendo esto, hizo señas á un page, el cual saliendo fuera, volvió con una escuadra de soldados, los cuales quitaron á don Cárlos las armas, poniéndose como en custodia de su persona. Quien viera en esa ocasion á don Cárlos no pudiera dejar de tenerle lástima; tenia mudada la color, los ojos bajos, el semblante triste, y tan arrepentido de haberse fiado de la varia condicion de los señores, que solo á sí se daba la culpa de todo. Acabóse de vestir el virey, y sabiendo que ya los jueces y las partes estaban aguardando, salió á la sala en que se habia de juzgar este negocio, trayendo consigo á Cárlos, cercado de soldados. Sentóse en su asiento, y los demas jueces en los suyos; luego el relator empezó á decir el pleito, declarando las causas é indicios que habia de que don Cárlos era el robador de Estela, confirmándolo los papeles que en los escritorios del uno y del otro se habian hallado, las criadas que sabian su amor, los vecinos que los veian hablarse por las rejas, y quien mas le condenaba era la carta de Estela, en que rematadamente decia que se iba con él. A todo esto los mas eficaces testigos en favor de don Cárlos eran los criados de su casa, que decian haberle visto acostar la noche que faltó Estela, aun mas temprano que otras veces, y su confesion, que declaraba debajo de juramento que no la habian visto; mas nada de esto aligeraba el descargo; porque á eso alegaba la parte, que pudo acostarse á vista de sus criados, y despues volver á vestirse y sacarla: y que los habia muerto aseguraba el no parecer ella ni el page, secretario de todo, y que seria cierto que por lo mismo le habia tambien muerto, y que en lo tocante al juramento, claro es que no se habia de condenar á sí mismo.

Viendo el virey que hasta aquí estaba condenado Cárlos en el robo de Estela, en el quebrantamiento de su casa, en su muerte y la de Claudio, y que solo él podia sacarle de tal aprieto, determinado pues á hacerlo, quiso ver primero á Cárlos mas apretado, para que la pasion le hiciese confesar su amor, y para que despues estimase en mas el bien: y así Estela le llamó, y como llegase en presencia de todos, le dijo: Amigo Cárlos, si supiera la poca justicia que tenias de tu parte en este caso, dóite mi palabra, y te juro por vida del césar, que no te hubiera traido conmigo, porque no puedo negar que me pesa, y pues lo solemnizo con estas lágrimas, bien puedes creerme, siento en el alma ver tu vida en el peligro en que está, pues si por los presentes cargos he de juzgar esta causa, fuerza es que por mi ocasion la pierdas, sin que yo halle remedio para ello; porque siendo las partes tan calificadas tratarles de concierto en tan gran pérdida como la de Estela, es cosa terrible, y no acertada, y muy sin fruto: el remedio que aquí hay es que parezca Estela, y con esto ellos quedarán satisfechos, y yo podré ayudarte; mas de otra manera, ni á mí está bien, ni puedo dejar de condenarte á muerte. Pasmóse con esto el afligido don Cárlos, mas como ya desesperado, arrodillado como estaba

le dijo: Bien sabe vuestra excelencia que desde que en Italia me conoció, siempre que trataba de esto lo he contado y dicho de una misma suerte, y que si aquí como á juez se lo pudiera negar, allí como á señor y amigo le dije la verdad, y de la misma manera lo digo y confieso ahora. Digo que adoré á Estela. Di que la adoro, replicó el virey algo bajo, que te haces sospechoso en hablar de pretérito, y no sentir de presente. Digo que la adoro, respondió don Cárlos, admirado de lo que en el virey veia, y que la escribia, que la hablaba, que la prometia ser su esposo, que concerté sacarla, y llevarla á la ciudad de Barcelona; mas ni la saqué, ni la ví, y si así no es, aquí donde estoy me parta un rayo del cielo. Bien puedo morir, mas moriré sin culpa alguna, si no es que acaso lo sea haber querido una mudable, inconstante y falsa mujer, sirena engañosa, que en la mitad del canto dulce me ha traido á esta amarga y afrentosa muerte. Por amarla muero, no por saber de ella. ¿Pues qué se pudieron hacer esta mujer y este page, dijo el virey? ¿Subiéronse al cielo? ¿Bajáronse al abismo? ¿Qué sé yo? replicó el afligido don Cárlos. El page era galan, y Estela hermosa, ella mujer, y él hombre; quizá... ¡Ah traidor! respondió el virey, ¡y cómo en ese quizá traes encubiertas tus traidoras y falsas sospechas! ¡qué presto te has dejado llevar de tus malos pensamientos! maldita sea la mujer que con tanta facilidad os da motivo para ser tenida en menos; porque pensais que lo que hacen obligadas de vuestra asistencia, y perseguidas de vuestra falsa perseverancia, hacen con otro cualquiera que pasa por la calle: ni Estela era mujer, ni Claudio hombre; porque Estela es noble y virtuosa, y Claudio un hombre vil, criado tuyo, y heredero de tus falsedades. Estela te amaba y respetaba como á esposo, y Claudio la aborrecia, porque te amaba á tí: y digo segunda vez que Estela no era mujer, porque la que es honesta, recatada y virtuosa, no es mujer sino ángel, ni Claudio hombre, sino mujer, que enamorada de ti quiso privarte de ella, quitándola delante de tus ojos. Yo soy la misma Estela, que se ha visto en un millon de trabajos por tu causa, y tú me lo gratificas en tener de mí la falsa sospecha que tienes. Entónces contó cuanto le habia sucedido desde el dia que faltó de su casa, dejando á todos admirados del suceso, y mas á don Cárlos, que corrido de no haberla conocido, y haber puesto dolo en su honor, como estaba arrodillado, asido de sus hermosas manos, se las besaba, bañándoselas con sus lágrimas, pidiéndola perdon de sus desaciertos: lo mismo hacia su padre y el de Cárlos, y unos con otros se embarazaban por llegar á darla abrazos, diciéndola amorosas ternezas. Llegó el conde á darla la enhorabuena, y pedirla se sirviese cumplir la palabra que su padre le habia dado de que seria su esposa; de cuya respuesta colgado el ánimo y corazon de don Cárlos, puso la mano en la daga que le habia quedado en la cinta, para que si no saliese en su favor, matar al conde y á cuantos se lo defendiesen, ó matarse á sí ántes que verla en poder ageno. Mas la dama que amaba y estimaba á don Cárlos mas que á su misma vida, con muy corteses razones suplicó al conde la perdonase, porque ella era mujer de Cárlos, por quien y para quien queria cuanto poseia, y que le pesaba no ser señora del mundo para entregárselo todo; pues sus valerosos

hechos nacian todos del valor que el ser suya le daba, suplicando tras esto á su padre lo tuviese por bien. Y bajándose del asiento, despues de abrazarlos á todos se fué á Cárlos, y enlazándole al cuello los valientes y hermosos brazos, le dió en ellos la posesion de su persona. Y de esta suerte se entraron juntos en una carroza, y fueron á la casa de su madre, que ya tenia nuevas del suceso, y estaba ayudando al regocijo con piadoso llanto. Salió la fama publicando aquesta maravilla por toda la ciudad, causando á todos notable novedad, por oir decir que el virey era mujer y Estela. Todos acudian, unos al palacio y otros á su casa. Despachóse luego un correo al emperador, que estaba ya en Valladolid, dándole cuenta del caso, el cual mas admirado que todos los demas, como quien la habia visto hacer valerosas hazañas, no acababa de creer que fuese asi, y respondió á las cartas con la enhorabuena y muchas joyas. Confirmó á Estela el estado que la dió, añadiéndole el de princesa de Buñol, y á don Cárlos el hábito y renta de Estela, y el cargo de virey de Valencia. Con que los nuevos amantes, ricos y honrados, hechas todas las ceremonias y cosas acostumbradas de la iglesia, celebraron sus bodas, dando á la ciudad nuevo contento, á su estado hermosos herederos, y á los historiadores motivo para escribir esta maravilla, con nuevas alabanzas al valor de la hermosa Estela, cuya prudencia y disimulacion la hizo severo juez, siéndolo de su misma causa; que no es menos maravilla que las demas, que haya quien sepa juzgarse á sí mismo en mal ni bien; porque todos juzgamos faltas agenas, y no las nuestras propias.

IV.

TARDE LLEGA EL DESENGAÑO.

Si mis penas pudieran ser medidas,
No fueran penas, no, que glorias fueran;
Con mas facilidad contar pudieran
Las aves que en el aire estan perdidas.
Las estrellas á cuenta reducidas,
Mas cierto que ellas número tuvieran
Por imposibles, fáciles se vieran
Contadas las arenas esparcidas.
Sin tí, dulce y ausente dueño mio,
La noche paso, deseando el dia,
Y en viendo el dia, por la noche lloro.

Lágrimas dónde estais, con gusto envio,
Gloria siento por tí en la pena mia,
Cierta señal que lo que pierdo adoro.
Espero, desespero, gimo y lloro,
Que sin tí, dueño amado,
Me cansa el rio y entristece el prado.
¡ Cuando llegará el dia
En que te vuelva á ver, señora mia,
Que hasta que yo te vea,
No hay gusto para mí que gusto sea!

Así cantaba para divertir su pena, siendo tan grande como quien sabe qué es ausencia, don Martin, caballero mozo, noble, galan y bien entendido, natural de la imperial ciudad de Toledo, á quien deseos de aumentar honor habian ausentado de su patria, y apartado de una gallarda y hermosa dama, prima suya, á quien amaba para esposa; cuando navegaba la vuelta de España, honrado de valerosos hechos, y acrecentado de grandes servicios, adquiridos en Flandes, donde habia servido con valeroso ánimo y heróico valor á su católico rey, y de quien esperaba, llegando á la corte, honrosos premios, ligando de camino el libre cuello al yugo del matrimonio, lazo amable y suave para quien le toma con gusto, como él esperaba hacerlo con su hermosa prima, juzgando el camino eterno, por impedirle llegar á gozar y poseer sus amorosos brazos, pareciéndole el próspero viento con que la nave volaba perezosa calma. Mas la fortuna (cruel enemiga del descanso, que jamas hace cosa á gusto del deseo), habiendo cerrado la noche oscura, tenebrosa y revuelta de espantosos truenos y relámpagos, con furiosa lluvia, trocándose el viento apacible en rigurosa tormenta; los marineros temerosos de perderse, queriendo amainar las velas porque la nave no diese contra alguna peña, y se hiciese pedazos, no les fué posible, ántes empezó á correr sin órden ni camino por donde el furioso viento la quiso llevar, con tanta pena de todos, que viendo no tenian otro remedio, puestos de rodillas, llamando á Dios, que tuviese misericordia de las almas, ya que los cuerpos se perdiesen, y así poniendo el timon la via de Cerdeña, pareciéndoles no medrarian muy mal si llegasen á ella; perdidas las esperanzas de quedar con las vidas, con grandes llantos se encomendaba cada uno al santo con quien mas devocion tenia; y es lo cierto que si no fuera por el valor con que don Martin los animaba, el mismo miedo los acabara : mas era toledano, cuyos pechos no le conocen, y así haciendo la misma cara al bien que al mal, poniendo todas sus esperanzas en Dios, esperaban con valor lo que sucediese.

Tres dias pasaron de esta suerte, sin darles lugar la oscuridad y el ir engolfados en alta mar á conocer por dónde iban; y ya que esto les aseguraba el temor de hacerse pedazos la nave, no lo hacia el dar en tierra de moros, cuando al cuarto dia descubrieron tierra, poco ántes de anochecer, mas fué para acrecentarles el temor, porque eran unas montañas tan altas, que ántes de sucederles el mal, ya le tenian previsto; y procurando amainar, fué imposible, pues la triste nave venia tan furiosa

que ántes que tuviesen lugar de hacer lo que intentaban, dió contra las peñas y se hizo pedazos, con lo que viéndose perdidos, acudió cada uno como pudo á salvar la vida, y aun esa tenian por imposible librarla. Don Martin, que siguiendo el ejercicio de las armas, no era esta la primera fortuna en que se habia visto, animosamente asió una tabla, haciendo cada uno lo mismo, con cuyo amparo y el del cielo lograron, á pesar de las furiosas olas, tomar tierra en la parte donde mas cómodamente pudieron; y como en ella se vieron, aunque conociendo su manifiesto peligro por llegar las olas á batir en las mismas peñas por estar furiosas y fuera de madre, dieron gracias á Dios por las mercedes que les habia hecho.

Buscando, como pudieron, dónde ampararse don Martin y otro caballero pasagero, que los demas enderezaron hácia otras partes, se acogieron á un hueco ó quiebra que en la peña habia, donde por estar bien cóncavo y cavado no llegaba el agua. Estuvieron hasta la mañana, que habiéndose sosegado el aire, y quitádose al cielo el ceño, salió el sol, y dió lugar á que las olas, retiradas á su cerúleo albergue, descubriesen una arenosa playa, de ancho hasta dos varas, de modo que se podia muy bien andar al rededor de las peñas. Viendo esto don Martin y su compañero, temerosos de que no les hallase allí la venidera noche, y deseosos de saber dónde estaban, y menesterosos de sustento, por no haber comido desde la mañana del dia pasado; salieron de aquel peligroso albergue, y caminando por aquella vereda, iban buscando si hallaban alguna parte por donde subir á lo alto, con harto cuidado de que no fuese tierra de moros, donde perdiesen la libertad que el cielo les habia concedido, aunque les parecia mas civil muerte acabar la vida á manos de la hambre. No sé qué dulzura tiene esta triste vida, que aunque sea con trabajos y desdichas la apetecemos. Dábales á don Martin y su camarada mas guerra la hambre que el esperar verse cautivos, y sentian mas la pérdida de los mantenimientos, que con la nave se habian perdido, que los vestidos y ropa que se habian anegado con ella: si bien á don Martin no le hacian falta los dineros, porque en un bolsillo que traia en la faltriquera habia salvado buena cantidad de doblones y una cadena.

Mas de medio dia seria pasado, cuando caminando orilla del mar, descubrieron una mal usada senda, que á lo alto de la peña subia, y entrando por ella, no con poca fatiga, á cosa de las cuatro de la tarde llegaron á lo alto, desde donde descubrieron la tierra llana y deleitosa, muchas arboledas muy frescas, y en ellas huertas de agradable vista, y muchas tierras sembradas, y en ellas, ó cerca, algunas hermosas caserías; mas no vieron gente alguna, con lo que no pudieron salir de sus dudas de si estaban entre enemigos; mal al fin sujetos á lo que la fortuna quisiese hacer de ellos, como hallasen que comer, siguieron su camino, y á poco mas de una legua, cuando ya queria anochecer, descubrieron un grande y hermoso castillo, y vieron delante de él andarse paseando un caballero, que en su talle, vestido y buena presencia pareció serlo. Tenia sobre un vestido costoso y rico un gaban de terciopelo carmesí, con muchos pasamanos de oro, y al uso español, de que no se alegraron

poco nuestros mojados y hambrientos caminantes, dando mil gracias á Dios, de que ya que con tanto trabajo los habia guiado hasta allí, fuese tierra de cristianos, porque hasta aquel punto habian temido lo contrario. Yéndose para el caballero, que se paró á esperarlos, juzgando en verlos venir así lo que podia ser, y como llegasen mas cerca, pudieron ver que era un hombre de hasta cuarenta años, y algo moreno, mas de hermoso rostro, el bigote y cabello negro, y algo encrespado. Llegando pues mas cerca, con semblante severo y alegre los saludó con mucha cortesía, y prosiguió diciendo: No tengo necesidad, señores, de preguntaros qué ventura os ha traido aquí, que ya juzgo en el modo que venis, á pié y mal enjutos, que habeis escapado de alguna derrotada nave que en la tempestad pasada se ha perdido, haciéndose pedazos en estas peñas; y no ha sido pequeña merced del cielo en haber escapado con las vidas, que ya otros muchos han perecido sin haber podido tomar tierra. Así es, respondió don Martin, despues de haberle vuelto las corteses saludes, y suplícoos, señor caballero, me hagais merced de decirme qué tierra es esta, y si hallarémos cerca algun lugar donde poder repararnos del trabajo pasado y del que nos fatiga, que es no haber comido dos dias ha. Estais, señores, respondió el caballero, en la gran Canaria; si bien por donde la fortuna os la hizo tomar es muy dificultoso el conocerla, y de aquí á la ciudad hay dos leguas; y supuesto que ya el dia va á la última jornada, será imposible llegar á ella á tiempo que os podais acomodar de lo que os falta, y mas siendo forasteros, que es fuerza ignoreis el modo, y supuesto la necesidad que teneis de sustento y descanso, porque me pareceis en la lengua españoles, y tener yo gran parte de esta dichosa tierra, que es de lo que mas me honro, os suplico acepteis mi casa para descansar esta noche y todo el tiempo que mas os diere gusto, que en todo podeis mandar como propia, y yo lo tendré por muy gran favor; que despues yo iré con vosotros á la ciudad, donde voy algunas veces, y os podreis acomodar de lo que os faltare para vuestro viage. Agradecieron al noble caballero don Martin y su camarada con corteses razones lo que les ofrecia, aceptando, por la necesidad que tenian, su piadoso ofrecimiento; y con esto todos tres y algunos criados que habian salido del castillo se entraron en él; y cerrando y echando el puente, por ser ya tarde, y aquellos campos mal seguros de salteadores y bandoleros, subieron á lo alto.

Iban notando nuestros héroes que el caballero debia ser muy principal y rico, porque todas las salas estaban muy aliñadas de ricas colgaduras y excelentes pinturas, y de otras cosas curiosas que decian el valor del dueño, sin faltar mujeres, que acudieron á poner luces, y ver qué se les mandaba tocante al regalo de los huéspedes que su señor tenia, porque salieron, habiéndolas llamado, dos doncellas y cuatro esclavas blancas herradas en los rostros, á quienes el caballero dijo que fuesen á su señora, y la dijesen mandase apercibir dos buenas camas para aquellos caballeros, juntas en una cuadra, y que se aderezase presto la cena, porque necesitaban de comer y descansar; y miéntras esto se hacia, don Martin y el compañero se quedaron con el caballero, con-

tando de su viage, y del modo que habian llegado allí, juzgando por lo que á las criadas habia dicho dijesen á su señora, que el caballero era casado. Aderezada la cena, y puestas las mesas, ya que iban á sentarse se les ofrecieron á la vista dos cosas, de que quedaron bien admirados, sin saber qué les habia sucedido; y fué que diciéndoles el caballero que se sentasen, y haciendo él lo mismo, sacó una llave de la faltriquera, y dándola á un criado, abrió con ella una pequeña puerta que en la sala habia, por donde vieron salir, cuando esperaban ó que saliesen algunos perros de caza ú otra cosa semejante, salió, como digo, una mujer, al mismo tiempo que por la otra donde entraban y salian las criadas otra, que la vista de cualquiera de ellas causó á don Martin y su compañero tan grande admiracion, que suspendidos no se les acordó de lo que iban á hacer, ni entendieron á que el caballero les daba prisa que se sentasen. La mujer que por la pequeña puerta salió parecia tener hasta veinte y seis años, hermosísima con tan grande extremo, que juzgó don Martin, con haberlas visto muy lindas en Flandes y España, que esta las excedia á todas; mas tan flaca y sin color, que parecia mas muerta que viva, ó que daba muestras de su cercana muerte. No traia sobre sus blanquísimas y delicadas carnes sino un saco de una gerga muy basta, y este le servia de camisa, faldellin y vestido, ceñido con un pedazo de soga. Los cabellos, que mas eran madejas de Arabia que otra cosa, partidos en trenza, como se dice, al estilo aldeano, y puestos detras de sus orejas, y sobre ellos arrojada una toca de lino muy basto. Traia en sus hermosas manos (que parecian copos de nieve) una calavera. Juzgó don Martin, harto enternecido de verla destilar de sus hermosos ojos sartas de cristalinas perlas, que si en aquel trage se descubrian tanto los quilates de su belleza, que en otro mas precioso fuera asombro del mundo; y como llegó cerca de la mesa, se entró debajo de ella. La otra, que por la otra puerta salió, era una negra tan tinta, que el azabache era blanco en su comparacion, y sobre esto tan fiera, que juzgó don Martin que si no era el demonio, que debia ser retrato suyo; porque tenia las narices tan romas, que imitaban los perros bravos que ahora estan tan validos, y la boca con tan grande hocico y bozos tan gruesos, que parecia boca de leon, y lo demas á esta proporcion. Pudo muy bien don Martin notar su rostro y costosos aderezos en lo que tardó en llegar á la mesa, por venir delante de ella las dos doncellas con dos candeleros de plata en las manos, y en ellos dos bujías de cera encendidas. Traia la fiera y abominable negra vestida una saya entera, con manga en punta, de un raso de oro encarnado, tan resplandeciente y rica, que una reina no la podia tener mejor; collar de hombros y cintura de resplandecientes diamantes; en su garganta y muñecas gruesas y albísimas perlas, como lo eran las arracadas que colgaban de sus orejas: en la cabeza muchas flores y piedras de valor, como lo eran las sortijas que traia en sus manos. Así que llegó, el caballero con alegre rostro la tomó por la mano, y la hizo sentar á la mesa, diciendo: Seais bien venida, señora mia, y con esto se sentaron todos, la negra á su lado, y don Martin y su camarada en frente, tan admirados y divertidos en mirarla, que casi no se acordaban de comer.

Bien notó el caballero la suspension, mas no por esto dejó de regalar y acariciar á su negra y endemoniada dama, dándola los mejores bocados de su plato; y á la desdichada belleza que estaba debajo de la mesa los huesos y mendrugos, que aun para los perros no eran buenos, pero como tan necesitada de sustento, los roia como si fuera uno de ellos. Acabada la cena, la negra se despidió de los caballeros y de su amante ó marido, que ellos no podian adivinar qué fuese, y se volvió por donde habia venido, con la misma solemnidad de salir las doncellas con las luces; y saliendo de debajo de la mesa la maltratada hermosura, un criado de los que asistian á servir, en la calavera que traia en las manos la echó agua; y volviéndose á su albergue, cerró el criado la puerta con llave, y se la dió á su señor. Pasado pues esto, y los criados idos á cenar, viendo el caballero á sus huéspedes tan suspensos, pensando en las cosas que en aquella casa veian, sin atreverse á preguntar la causa, les habló de esta suerte. Si bien, buenos amigos, el trabajo pasado en la mar os ha hecho necesario mas el descanso y reposo que el oir sucesos, véoos tan admirados de lo que en esta casa veis, que estoy seguro que no os pesará el oir el mio, y la causa de los extremos que veis, que los juzgareis encantamientos de los que se cuentan habia en la primera edad del mundo; y porque salgais de la admiracion en que os veo, si gustais de saberla, con vuestra licencia os contaré mi prodigiosa historia, asegurándoos que sois los primeros á quienes la he dicho, y han visto lo que en este castillo pasa; porque desde que me retiré á él de la ciudad, no he consentido que ninguno de mis deudos ó amigos que me vienen á ver pasen de la primera sala, ni mis criados se atreverán á contar á nadie lo que aquí pasa, pena de que les costará la vida. Antes, amigo y señor, respondió don Martin, te suplico que lo digas, y me saques de la confusion en que estoy, que no puedo tener el descanso que dices que mi fatiga ha menester sin saber primero la historia que encierra tan prodigiosos misterios. Pues supuesto eso, os la diré, dijo el caballero: estadme atentos, que pasa así:

Mi nombre es don Jaime de Aragon, que este mismo fué el de mi padre, quien fué natural de Barcelona en el reino de Cataluña, y de nobles caballeros de ella, como lo dice mi apellido. Tuvo mi padre con otros caballeros de su patria unas competencias sobre el galanteo de una dama, y fué de suerte que llegaron á sacar las espadas, donde mi padre, ó por mas valiente, ó mas bien afortunado, dejando uno de sus contrarios en el último vale, se escapó en un caballo al reino de Valencia, y embarcándose allí, pasó á Italia, donde estuvo algunos años en la ciudad de Nápoles sirviendo al rey como valeroso caballero, donde llegó á ser capitan, y ya cansado de andar fuera de su patria, volviéndose á ella, con tormenta derrotado como vosotros en esas peñas, y salvando la vida por el mismo modo, estándose reparando en la ciudad del trabajo pasado, vió á mi madre, que habiendo muerto sus padres, la habian dejado niña y rica. Finalmente, al cabo de dos años que la galanteó, vino á casarse con ella. Tuviéronme á mí solo por fruto de su matrimonio, que llegando debajo de su educacion á la edad floreciente de diez y ocho años, era

tan inclinado á las armas, que pedí á mis padres la licencia para pasar á Flandes á emplear algunos años en ellas y ver tierras. Tuviéronlo por bien mis padres, porque no perdiese el honor que por tan noble ejercicio podia ganar, aunque con paternal sentimiento me acomodaron de lo necesario, y tomando su bendicion, me embarqué para Flandes, que llegando á ella, asenté mi plaza, y acudí á lo que era necesario en el ejercicio que profesaba, y en esto empleé seis años, y pienso que estuviera hasta ahora si no me hubiera sucedido un caso el mas espantoso que habreis oido. Tenia yo á esta sazon veinte y cuatro años, el talle conforme á la floreciente edad que tenia, las galas como de soldado, y las gracias como de mozo, acompañando á esto el valor de la noble sangre que tengo. Pues estando un dia en el cuerpo de guardia con otros camaradas y amigos, llegó á mí un hombre anciano, que al parecer profesaba ser escudero, y llamándome á un lado me dijo que le oyese una palabra, y despidiéndome de mis amigos me aparté con él, que en viéndome solo, me puso en la mano un papel, diciendo que leyese, y de palabra le diese la respuesta. Leíle, y contenia estas razones:

« Tu talle, español, junto con las demas gracias que te dió el cielo, » me fuerzan á desear hablarte: si te atreves á venir á mi casa con las » condiciones que te dirá ese criado, no te pesará de haberme conocido. » Dios te guarde. »

Viendo que el papel no decia mas, y que se remitia á lo que dijese el criado, le pregunté el modo de poder obedecer lo que en aquel papel se me mandaba, y me respondió que no habia que advertirme mas de que si me resolvia á ir, que le aguardase en dando las diez en aquel mismo puesto, que él vendria por mí y me llevaria. Yo, que con la juventud que tenia, la facultad que profesaba, y ayudado de mi noble sangre, no miraba en riesgos ni temia peligros, pareciéndome que aunque fuese á los abismos no aventuraba nada, porque no conocia la cara al temor, acepté la ida, respondiendo que le aguardaria. Advirtióme el sagaz mensagero que en este caso no habia mas riesgo que el de comunicarlo con nadie, y que así me suplicaba que ni á camarada ni á amigo lo dijese, que importaba á mí y á la persona que le enviaba. Asegurado de todo, y sin sosiego hasta ver el fondo á un caso con tantas cautelas gobernado, apenas ví que serian las diez, cuando hurtándome á mis camaradas, me fuí al señalado puesto, y dando el reloj las diez, llegó mi viejo en un valiente caballo, que por hacer la noche entre clara se dejaba ver, y bajando de él, lo primero que hizo fué vendarme los ojos con un tafetan, de que venia apercibido, de cuya accion unas veces dudaba fuese segura, y otras me reia de semejantes transformaciones, y diciendo que subiese en el caballo, subió él á las ancas, y empezamos á caminar, pareciéndome en el tiempo que caminamos, que habian sido dos millas, porque cruzando calles y callejuelas, como por ir tapados los ojos no podia ver por donde iba, muchas veces creí que volvíamos á caminar lo que ya

habíamos andado. En fin llegamos al cabo de mas de una hora á una casa, y entrando en el zaguan, nos apeamos, y así tapados los ojos como estaba, me asió de la mano, y me subió por unas escaleras. Yo os confieso que en esta ocasion tuve algun temor, y me pesó de haberme puesto en una ocasion, que ella misma, pues iba fundada en tanta cautela, estaba amenazando algun grave peligro; mas considerando que ya no podia volver atras, y que no era lo peor haberme dejado mi daga y espada, y una pistola pequeña que llevaba en la faltriquera, me volví á cobrar, pues juzgué que teniendo con que defenderme, ya que muriese podia matar.

Acabamos de subir, y en medio de un corredor, á lo que me pareció por haber tentado las varandas, con una llave que traia abrió una puerta, y trasladando al entrar por ella mi mano que en la suya llevaba á otra, que al parecer del tacto juzgué mejor, sin hablar palabra volvió á cerrar y se fué, dejándome mas encantado que ántes; porque la dama á quien me entregó, segun juzgué por el rugir de la seda, fué conmigo caminando otras tres salas, y en la última, llegando á un estrado, se sentó, y me dijo que me sentase. Animéme cuando la oí hablar, y díjele: Gracias á Dios, señora mia, que ya sé que estoy en el cielo, y no como he creido que me llevaban á los infernales abismos. ¿Pues en qué conoceis que aquí es el cielo? me replicó. En la gloria que siento en el alma, y en el olor y dulzura de este albergue, y que aunque ciego, ó yo soy de mal conocimiento, ó esta mano que tengo en la mia no puede ser sino de un ángel. ¡Ay don Jayme! me volvió á replicar, no juzgues á desenvoltura esto que has visto, sino á fuerza de amor, de que he querido muchas veces librarme, y no he podido, aunque he procurado armarme de la honestidad y de la calidad que tengo; mas tu gala y bizarría han podido mas, y así han salido vencedoras, rindiendo todas cuantas defensas he procurado poner á los piés de tu valor, con lo cual atropellando inconvenientes, te he traido de la manera que ves; porque tanto á tí como á mí nos importa vivir con este secreto y recato; y así para conseguir este amoroso empleo, te ruego que no lo comuniques con nadie, que si alguna cosa mala teneis los españoles, es el no saber guardar secreto. Con esto me desvendó los ojos, aunque fué como si no lo hiciera, porque todo estaba á oscuras; y yo agradeciéndole tan soberanos favores, con el atrevimiento de estar solos y sin luz, empecé á procurar por el aliento á conocer lo que la vista no podia, brujuleando partes tan realzadas, que la juzgué en mi imaginacion por alguna deidad.

Hasta dada la una estuve con ella gozando regaladísimos favores, cuanto la ocasion daba lugar, y pareciéndole hora, como me hubiese dado un bolsillo grande, y con buen bulto, pues estaba tan lleno que apenas se podia cerrar, se despidió de mí con amorosos sentimientos, y volviéndome á vendar los ojos, diciendo que la noche siguiente no me descuidase de estar en el mismo puesto, salió conmigo hasta la puerta por donde entré, y entregándome al mismo que me habia traido, volviendo á cerrar, bajamos donde estaba el caballo, y subiendo en él, caminamos otro tanto tiempo como á la ida, hasta ponerme en el mismo puesto de

donde me habia sacado. Llegué, en yéndose el criado, á mi posada, y hallando en ella ya acostados y durmiendo á mis camaradas, me entré á mi aposento, y haciéndome millares de cruces del suceso que por mí pasaba, abrí el bolsillo, y habia en él una cadena de peso de doscientos escudos de oro, cuatro sortijas de diamantes, y cien doblones de á cuatro. Quéde absorto, juzgando que debia de ser mujer poderosa, y dando gracias á mi buena dicha, pasé la noche, dando otro dia cadena al cuello y á las manos relumbrones, jugando largo y gastando liberal con los amigos: tanto que ellos me decian que de qué Indias habia venido; á quienes satisfacia con decir que mi padre me lo habia enviado; y á la noche siguiente aguardando en el puesto á mi guia, que fué muy cierta á la misma hora, á quien recibí con los brazos, y con darle lo que merecia su cuidado, con esto de la misma suerte que la noche pasada fuí recibido y agasajado, y bien premiado mi trabajo, pues aquella noche me proveyó las faltriqueras de tantos doblones, que seria imposible el creerlo.

De esta suerte pasé mas de un mes, sin faltar noche alguna mi guia, ni yo de gozar mi dama encantada, ni ella de colmarme de dineros y preciosas joyas, que en el tiempo que digo largamente me dió mas de seis mil ducados, con que yo me trataba como un príncipe, sin que en todo este tiempo que he dicho permitiese dejarse ver; y si la importunaba para ello, me respondia que no nos convenia; porque verla y perderla habia de ser uno; mas como las venturas fundadas en vicios y deleites perecederos no pueden durar, cansóse la fortuna de mi dicha, y volvió su rueda contra mí; y fué que como mis amigos y camaradas me veian tan medrado y poderoso, sospecharon mal, y empezaron á hablar peor; porque echando juicios y haciendo discursos de donde podia tener yo tantas joyas y dineros, dieron en el mas ínfimo, diciendo que era ladron ó salteador, y esto lo hablaban en mis espaldas tan descaradamente, que vino á oidos de un camarada mio, llamado don Baltasar: y si bien en varias ocasiones habia vuelto por mí, y puéstose en muchos riesgos, enfadado de verme en tan mala opinion, y quizá temiendo no fuese verdad lo que decian, me apartó una tarde de todos, y sacándome al campo me dijo: Cierto, amigo don Jaime, que ya es imposible el poder excusar deciros mi sentimiento, para lo que aquí os he traido, y creedme, que el quereros bien lo ocasiona, porque siento tanto el oir hablar mal de vos, como se hace entre todos los que os conocen, y os han visto no tan sobrado como estais; y para decirlo de una vez, sabed que despues que os ven con tantos aumentos, y mejorado de galas y joyas, como haceis alarde de unos dias á esta parte, entre los soldados, todos juntos, y cada uno de por sí, haciendo conjeturas y juicios de dónde os puede venir, dicen públicamente que lo teneis de donde aun yo me avergüenzo de decirlo, mas ya no es tiempo de que se os encubra; dicen, en fin, que debeis de hurtar y capear, infiriéndolo de que os ven faltar de casa todas las noches: yo he tenido por volver por vos muchos enfados, mas es caso dificultoso poder uno solo contra tantos. Ruégoos, por la amistad que entre los dos hay, que es mas que parentesco, me saqueis de esta duda, para que ya que los demas esten engañados, no lo esté yo, que soy tambien hom-

bre y puede ser que viendo que os guardais y cautelais de mí, crea el mismo engaño que los demas creen, y sabiendo yo lo contrario, pueda seguramente volver por vuestra perdida opinion, y sustentar la mia.

Reíme muy de voluntad, oyendo á don Baltasar lo que me decia, y quise disculparme, dando diferente color al caso, por no descubrir el secreto de mi amada prenda, que ya á este tiempo con las cargas de las obligaciones que la tenia, aunque no la veia, la queria; mas al fin don Baltasar apretó tanto la dificultad, que pidiéndole por la amistad que habia entre los dos me guardase el secreto, avisándole el riesgo que me corria, le conté todo lo que me habia sucedido y sucedia. Admiróse, y tornóse á admirar don Baltasar, y despues de haber dado y tomado sobre el caso, me dijo: ¿Es posible, amigo, que no hemos de saber esta casa dónde es, siquiera para seguridad de vuestra vida? Dudoso lo hallo, dije yo, por el modo con que me llevan. No muy dudoso, dijo don Baltasar, pues se puede llevar una esponja empapada en sangre, y esta acomodada en un vaso, y haciendo con ella al entrar ó salir una señal en la puerta, será facil otro dia que hallemos por ella la casa. En fin para abreviar, aquella misma noche llevé la esponja, y señalé la puerta, y otro dia don Baltasar y yo no dejamos en toda la ciudad calle ni plaza, rincon ni callejuela, que no buscamos; mas nunca tal señal pudimos descubrir, y volviéndonos ya á la posada, cansados y admirados del caso, no á veinte casas de ella, en unas muy principalísimas vimos la señal de la sangre, de que quedamos confusos y atónitos, y que el rodear cuando me llevaban tanto juzgamos era por deslumbrarme, para que juzgase que era muy léjos. Informámonos cuyas eran las dichas casas, y supimos ser de un príncipe y gran potentado de aquel reino, ya muy viejo, y que solo tenia una hija heredera de todo su estado y riqueza, viuda, mas muy moza, por haberla casado niña, y de las mas bellas damas de aquel pais. Mirámoslo todo muy bien, y notamos que, aunque habia muchas rejas y balcones, todas estaban con muy espesas celosías, por donde se podia ver sin ser vistos.

Recogímonos á la posada hablando del caso, y despues de haber cenado nos salimos, yo á mi puesto, para aguardar mi guia, y don Baltasar á ocultarse en la misma casa hasta satisfacerse, y al fin nos enteramos de todo, porque venido mi viejo norte, yo me fuí á mis oscuras glorias, y don Baltasar aguardó hasta que me vió entrar, con que se volvió á la posada, y yo me quedé con mi dama, con la cual, haciéndole nuevas caricias, y mostrándole mayores rendimientos, pude alcanzar, aunque contra su voluntad, dejarse ver: así ella misma fue por la luz, y sacando entre sus hermosos dedos una bujía de cera encendida, ví, no una mujer, sino un serafin, y sentándose junto á mí, me dijo: Ya me ves, don Jaime, quiera el cielo no sea para perderme: madama Lucrecia soy, princesa de Erne, no dirás que no has alcanzado conmigo cuanto has querido, mira lo que haces. ¡Ay qué desórdenes hace la mocedad! Si yo tuviera en la memoria estas palabras, no hubiera llegado al estado en que estoy, y le tuviera mayor, porque matando la luz, prosiguió diciendo: Mi padre es muy viejo, no tiene otro hijo sino á mí, y aunque me salen

muchos casamientos, ninguno acepto ni aceptaré hasta que el cielo me dé lugar para hacerte mi esposo. Beséle las manos por las mercedes que me hacia, y las que de nuevo me ofrecia; y siendo hora, colmado de dichas y dineros, y muy enamorado de la linda Lucrecia, me vine á mi posada, dando cuenta á don Baltasar de lo que habia pasado; si bien cuidadoso de que conocí en Lucrecia quedar triste y confusa.

Otro dia por la mañana me vestí aun con mas gala y cuidado que otras veces, y con mi camarada salimos á la calle segun costumbre, y como mozo mal regido y enamorado, empezamos á dar vueltas por la calle, ya hácia arriba, y ya abajo, mirando á las ventanas, porque ya los ojos no podian excusarse en buscar la hermosura que habian visto, y despues de comer gastamos la tarde en lo mismo. ¡Ay de mí! y cómo ya mi desdicha me estaba persiguiendo, y mis venturas, cansadas de acompañarme, me querian dejar; porque no habiendo en todo el dia visto ni aun sombra de mujer en aquella casa, llegamos á la mia, y miéntras don Baltasar fué al cuerpo de guardia, yo me quedé á la puerta. Era poquito ántes de anochecer, como se dice entre dos luces, cuando llegó á mí una mujer en trage de flamenco, con una mascarilla en el rostro, y me dijo en lengua española, que ya la saben todos en aquel reino, por la comunicacion que hay con españoles: Mal aconsejado mozo, salte de la ciudad al punto; mira que no te va menos que la vida, porque esta noche te han de matar por mandado de quien mas te quiere; y por la lástima que tengo á tu juventud y gallardía, con harto riesgo mio te aviso; y diciendo esto se fué como el mismo viento, sin aguardar respuesta mia, ni yo poder seguirla, porque al mismo punto llegó don Baltasar con otros amigos que posaban con nosotros; y si os he de decir la verdad, aunque no vinieran, no la pudiera seguir, segun cortado y desmayado me dejaron sus palabras; si bien me colegí que fuese mi amada señora el juez que me condenaba á tan precisa y cercana muerte: con todo eso, como llegaron los amigos me cobré algo, y despues de haber cenado aparté á don Baltasar, y le conté lo que me habia pasado, que echando mil juicios, unas veces temiendo, y otras con el valor que requerian tales cosas, estuvimos hasta los tres cuartos de las diez, que ya cansado de pensar qué seria, con la soberbia que mi valor me daba dije: Las diez darán; vamos, amigo, y venga el mundo, que aunque me cueste la vida, no dejaré la empresa comenzada. Salimos, llegué al puesto, dieron las diez, y no vino el que esperaba; aguardé hasta las once, y viendo que no venia, dije á don Baltasar: Puede ser que si acaso os han visto, no lleguen por eso: apartaos, y encubríos en esta callejuela, veamos si es esta la ocasion; y apenas don Baltasar se desvió donde le dije, cuando salieron de una casa mas abajo de donde yo estaba seis hombres armados, y con máscaras, y disparando dos de ellos dos pistolas, y los otros metiendo mano á las espadas, me acometieron, cercándome por todas partes: de las pistolas la una fué por alto, mas la otra me acertó en un brazo, que si bien no encarnó para hacerme pedazos, bastó á herirme muy mal: metí mano, y quise defenderme, mas fué imposible, porque á cuchilladas y estocadas, como eran seis contra mí, me derribaron herido mortalmente. Al ruido

volvió mi camarada, y salieron de las casas vecinas gentes, y de mi posada los amigos, que aun no estaban acostados, por haberse puesto á jugar, y los traidores, viendo lo que les importaba, se pusieron en fuga, que sino tengo por sin duda que no se fueran hasta acabarme. Llevároнme á la posada medio muerto, trajeron á un tiempo los médicos para el alma y para el cuerpo, que no fué pequeña misericordia de Dios quedar para poderme aprovechar de ellos. En fin llegué á punto de muerte; mas no quiso el cielo que se ejecutase entónces esta sentencia.

Púsose tanto cuidado en mi cura, como me hallé con dinero para hacerlo, que vine á mejorar de mis heridas, y estar ya para poderme levantar; y cuando lo empezaba á hacer, me envió el general á decir con el sargento mayor, que tratase de salir luego de aquel pais, y me volviese á mi patria, porque me hacia cierto de que quien me habia puesto en el estado que estaba aun no estaba vengado, que así se lo avisaban por un papel que le habian dado, sin saber quién; y que le decian en él que por loco y mal celador de secretos habia sido; que no hiciese juicios, que de mano de una mujer se habia todo originado. En esto conocí de qué parte habia procedido mi daño; y así sin aguardar á estar mas convalecido, me puse en camino, y con harto trabajo, por mi poca salud, llegué á mi patria, donde hallé que ya la airada parca habia cortado el hilo de la vida á mi madre, y á mi padre viejo y muy enfermo, por lo que dentro de un año siguió á su amada consorte. Quedé rico, y en lo mejor de mi edad, pues tenia á la sazon treinta y tres á treinta y cuatro años. Ofreciéronseme luego muchos casamientos de señoras de mucha calidad y hacienda, mas yo no tenia ninguna voluntad de casarme, porque aun vivia en mi alma la imágen adorada de madama Lucrecia, perdida el mismo dia que la ví, pues aunque habia sido causa de tanto mal como padecí, no la podia olvidar ni aborrecer; hasta que una semana santa, acudiendo á la iglesia mayor á los divinos oficios, ví un sol, poco digo, un ángel; ví en fin un retrato de Lucrecia, tan parecido á ella, que mil veces me quise persuadir á que arrepentida de haberme puesto en la ocasion que he dicho, se habia venido tras mí: ví en fin Elena, que este es el nombre de aquella desaventurada mujer que habeis visto comer los huesos y migajas de mi mesa; y así como la ví no la amé, porque ya la amaba; la adoré, y luego propuse, si no habia causa que lo estorbase, á hacerla mi esposa; seguíla, informéme de su calidad y estado; supe que era noble, mas tan pobre, que aun para una medianía le faltaba; era doncella, y sus virtudes las mismas que pude desear, pues el dote de la hermosura se allegaba al de honesta, recogida y bien entendida: no tenia padre, que habia muerto un año habia, y su madre era una honrada y santa señora.

Contento de todo, haciendo cuenta que la virtud y hermosura era la mayor riqueza, y que en tener á Elena tenia mas riquezas que tuvo Midas, me casé con ella, quedando madre é hija tan agradecidas, que siempre lo estaban repitiendo; y yo como mas amante me tuve en merecerla por el mas dichoso de los hombres. Saqué á Elena de la mayor miseria á la mayor grandeza, como habeis visto en esta negra que ha estado á mi mesa esta noche, dando envidia á las mas nobles damas de toda la gran Cana-

ria, tanto con la hermosura como con la grandeza en que la veian; luciendo tanto la belleza de Elena con los atavíos y ricas joyas, que se quedaban embelesados cuantos la veian: y yo cada dia mas y mas enamorado, buscando nuevos rendimientos para mas obligarla, amábala tan ternísimamente, que las horas sin ella juzgaba siglos, y los años en su compañía instantes. Elena era mi cielo, Elena era mi gloria, Elena era mi jardin, Elena mis holguras, y Elena mi recreo. ¡Ay de mí, y cómo me tendreis por loco, viéndome recrear con el nombre de Elena, y maltratarla como esta noche habeis visto! Pues ya es Elena mi asombro, mi horror, mi aborrecimiento; fué mujer Elena, y como mujer ocasionó sus desdichas y las mias. Murió su madre á los seis años de casada Elena, y sentílo yo mas que ella: ¡pluguiera al cielo viviera, que quizá á su sombra fuera su hija la que debia ser!

Tenia Elena un primo hermano, hijo de una hermana de su padre, mozo galan y bien entendido: mas tan pobre que no tenia para poder seguir sus estudios y dedicarse á la iglesia; y yo, que todas las cosas de Elena las estimaba mias, para que pudiera conseguir los estudios le traje á mi casa, comiendo, vistiendo, y triunfando á costa mia, y se lo daba yo con mucho gusto, porque le tenia en lugar de hijo. Ya habia ocho años que eramos casados, pareciéndome á mí que no habia una hora: vivíamos en la ciudad, si bien los veranos nos veníamos á este castillo á recoger la hacienda del campo, como todos hacen; y aquel verano, que fué en el que empezó mi desdicha, sucedió no estar Elena buena; y creyendo que fuesen achaques de preñada, como yo lo deseaba, no la consentí venir aquí: vine yo solo, y como el vivir sin ella era imposible, á los ocho dias, instándome el deseo de verla, volví á la ciudad con el mayor contento que puede imaginarse: llegué á sus brazos, y fuí recibido con el mismo. Cuando considero las traiciones de una mujer se me acaba la vida: ¡con qué disimulacion me acarició, pidiéndome que si habia de volver al castillo no la dejase, que estando apartada de mí no vivia! Pues apenas estuve sosegado en mi casa, me llamó aparte esta negra que aquí veis, que nació en mi casa de otra negra y un negro, que siendo los dos esclavos de mis padres, los casaron, y me dijo llorando: Ya, señor, no será razon encubrirte la maldad que pasa, que fuera negarme á la crianza que tus padres y tú hicisteis á los mios, y á mí y al pan que como: sabe Dios la pena que tengo en llegar á decirte esto, mas no es justo que pudiendo remediarlo, por callar yo vivas tú engañado y sin honra: y por no detenerme, que temo no será mas mi vida, de cuanto me vean hablar contigo, porque así me han amenazado; mi señora y su primo tratan en tu ofensa é ilícito amor, y en faltando tú, en tu lugar ocupa su primo tu lecho; yo lo habia sospechado, y cuidadosa lo miré, y es el mal que lo sintieron. Yo te he avisado de la traicion que te hacen; ahora pon en ello el remedio.

Cómo quedé, buenos amigos, el cielo solo lo sabe, y vosotros lo podeis juzgar. Mil veces quise sacar la lengua á la vil mensagera, y otras no dejar en toda la casa nada vivo; mas viendo que era espantar la caza si lo hacia, me reporté, y disimulando mi desventurada pena, traté otro dia,

no teniendo ya paciencia para aguardar á ver mi agravio á vista de mis ojos, de que nos viniésemos aquí; y dando á entender que me importaba estar aquí mas despacio que otras veces, envié todo el menage de casa, criados y esclavos primero, y luego partimos nosotros. Elena, con gusto de lo que yo le tenia, aunque fuese por cautela y disimulacion, que estoy en que lo era, y aunque no lo fuese, pues al honor de un marido solo que él lo sospeche basta; cuanto mas habiendo testigo de vista, convino en todo placentera. Lo primero que hice, ciego de furiosa cólera, en llegando aquí, fué quemar vivo al traidor primo de Elena, reservando su cabeza para lo que habeis visto, que es la que traia en las manos, para que le sirva de vaso en que beba los acíbares, como bebió en su boca las dulzuras. Luego llamando á la negra que me habia descubierto la traicion, la dí todas las joyas y galas de Elena delante de ella misma, y la dije por darle mas dolor que ella habia de ser mi mujer, y como á tal se sirviese y mandase de la hacienda, criadas y criados, durmiendo en mi misma cama, aunque esto no lo ejecuto, pues ántes que Elena acabe la he de quitar á ella tambien la vida. Queríase disculpar Elena, mas no se lo consentí. No la maté luego; porque una muerte breve es pequeño castigo para quien hizo tal maldad contra un hombre, que sacándola de su miseria la puso en la alteza que os he contado. En fin, de la suerte que veis ha dos años que la tengo, no comiendo mas de lo que hoy ha comido y bebido, ni teniendo mas de unas pajas para cama; ni aquel rincon donde está es mayor que lo que cabe su cuerpo echado, que aun en pié no se puede poner; su compañía es la calavera de su traidor y amado primo, y así ha de estar hasta que muera, viendo cada dia la esclava que ella mas aborrecia adornada de sus galas, y el lugar que ella perdió en mi mesa y á mi lado. Esto es lo que habeis visto, y lo que os tiene tan admirados. Consejo no os lo pido, que no le tengo de tomar aunque me le deis, y así podeis excusaros de ese trabajo; porque si me decis que es crueldad que viva muriendo, ya lo sé, y por eso lo hago. Si dijéredes que fuera mas piedad matarla, digo que es la verdad, que por eso no la mato; porque pague los agravios con la pena, y los gustos que perdió y me quitó con los disgustos que pasa: con esto idos á reposar sin decirme nada, porque de haber traido á la memoria estas cosas estoy con tan mortal rabia, que quisiera que fuera hoy el dia en que supe mi agravio, para poder de nuevo ejecutar el castigo. Mañana nos verémos, y podrá ser que esté mas humana mi pasion, y os oiré todo lo que me quisiéredes decir; no porque he de mudar de propósito, sino por no ser descortés con vosotros.

Con esto se levantó de la silla, haciendo don Martin y su compañero lo mismo, y mandando á un criado los llevase adonde tenian sus lechos, dándoles las buenas noches, se retiró don Jaime adonde tenia el suyo. Espantados iban don Martin y su compañero del suceso de don Jaime, admirándose como un caballero de tan noble sangre, cristiano y bien entendido, tenia ánimo para dilatar tanto tiempo tan cruel venganza en una miserable y triste mujer, que tanto habia querido, juzgando, como discretos, que tambien podia ser testimonio que la maldita esclava hu-

biese levantado á su señora, supuesto que don Jaime no se aseguró de ello; y resuelto don Martin en dárselo á entender otro dia, se empezaron á desnudar. Don Jaime ya retirado á otra cuadra en donde dormia, con la pasion como él habia dicho, de traer á la memoria los naufragios de su vida, se empezó á pasear por ella, dando suspiros y golpes una mano con otra, que parecia que estaba sin juicio. Estando en esto, Dios, que no se olvida de sus criaturas, y queria, habiendo ya dado (como luego se verá) el premio á Elena de tanto padecer, que no quedase el cuerpo sin honor, ordenó lo que ahora oiréis, y fué que apenas se habian recogido todos, cuando la negra, que acostada estaba, empezó á dar grandes gritos, diciendo: ¡Jesus, que me muero, confesion! y llamando á las criadas por sus nombres, á cada una decia que le llamasen á su señor. Alborotáronse todas, y entrando donde la negra estaba, la hallaron batallando con la cercana muerte. Tenia el rostro y cuerpo cubierto de un mortal sudor, y tras esto con un temblor, que la cama se estremecia, y de rato en rato se quedaba amortecida, que parecia que ya habia dado el alma, y luego volvia con los mismos dolores y congojas á temblar y sudar á un tiempo. Viendo pues que decia que le llamasen á su señor, que le importaba hablarle ántes de partir de este mundo, le llamaron, y así él como don Martin y su compañero, habian al alboroto de la casa salido fuera; y entrando todos tres, y algunos de los criados que vestidos se hallaron en donde la negra estaba, notó don Martin la riqueza de la cama en que la abominable figura dormia, que era de damasco azul, goteras de terciopelo, con franjas y flecos de plata, que á la cuenta juzgó ser la cama misma de Elena, que hasta de aquello la habia hecho dueña el mal aconsejado marido.

Así que la negra vió á su señor, le dijo: Señor mio, en este paso en que estoy no han de valer mentiras ni engaños; yo me muero, porque á mucha priesa siento que se me acaba la vida, yo cené, y me acosté buena y sana, y ya estoy acabando; soy cristiana, aunque mala, y conozco, aunque negra, con el discurso que tengo, que ya estoy en tiempo de decir verdades, porque siento que me está amenazando el juicio de Dios; y ya que en la vida no le he temido, en la muerte no ha de ser de ese modo; y así te juro, por el paso riguroso en que estoy, que mi señora está inocente, y no debe la culpa por donde la teneis condenada á tan rigurosa pena; y que no me perdone Dios si cuanto dije no fué testimonio que la levanté, que jamas yo la ví cosa que desdijese de lo que siempre fué, santa, honrada y honesta; y que su primo murió sin culpa: porque lo cierto del caso es que yo me enamoré de él, y le andaba persuadiendo fuese mi amante, y como veia que siempre hablaba con mi señora, y que á mí no me queria, dí en aquella mala sospecha que se debian de amar, pues aquel dia mismo que tú viniste, riñendo mi señora conmigo, la dije no sé qué libertades en razon de esto, que indignada de mi libertad, me maltrató de palabra y obra, y estándome castigando entró su primo, de quien sabido el caso ayudó tambien á maltratarme, jurando entrambos que te lo habian de decir, y yo temiendo tu castigo, me adelanté con aquellas mentiras para que tú me vengases de entrambos, como lo hiciste;

mas ya no quiere Dios que esté mas encubierta mi maldad; ya no tiene remedio lo hecho: lo que ahora te pido es que me perdones, y alcances de mi señora lo mismo para que me perdone Dios, y vuélvela á su estado, porque por él te juro que es sin culpa lo que está padeciendo.

Sí haré, dijo á esta última razon don Jaime, los ojos bermejos de furor: este es el perdon que tú mereces, engañadora y mala hembra, y pluguiera á Dios tuvieras mas vidas que esa que tienes para quitártelas todas; y diciendo esto, se acercó de un salto á la cama, y sacando la daga, la dió tres ó cuatro puñaladas, ó las bastantes para acelerar mas presto la muerte. Fué hecho el caso con tanta presteza, que ninguno lo pudo prevenir ni estorbar, ni creo lo hicieran, porque juzgaron bien merecido aquel castigo. Salióse, hecho esto, don Jaime fuera, y muy pensativo se paseaba por la sala, dando de rato en rato unos profundos suspiros. A este tiempo llegó don Martin, y muy contento le dijo: ¿Pues cómo, señor don Jaime, en dia de tanta alegría, en que habeis ganado honor y mujer, pudiendo hacer cuenta que hoy os casais de nuevo con la hermosa Elena, haceis extremos; y el tiempo que habeis de gozaros en sus brazos, le dejais perder? No teneis razon; volved en vos, y alegraos como todos nos alegramos; dad acá esa llave, y saquemos esta triste é inocente señora.

Aquietóse algo el pobre caballero, y sacando la llave, la dió á don Martin, el cual abriendo la estrecha puerta, llamó á la dama, diciendo: Salid, señora Elena, que ya llegó el dia de vuestro descanso; y viendo que no respondia, pidió le acercasen la luz, y decia bien, que ya Elena no la tenia, y entrando dentro, vió á la desgraciada dama muerta, echada sobre unas pobres pajas, los brazos en cruz sobre el pecho, la una mano tendida, que era la izquierda, y en la derecha, formada con sus hermosos dedos una perfecta cruz; el rostro, si bien flaco y macilento, pero tan hermoso como un ángel, y la calavera del desdichado é inocente primo junto á la cabecera, á un lado. Fué tan grande la compasion que le sobrevino al noble don Martin, que se le arrasaron los ojos de lágrimas, y mas cuando llegó, y tentándola la mano, vió que estaba fria, que á la cuenta, así como desde su penosa cárcel debió de oir á su marido contar su lastimosa historia, fué su dolor tan grande, que bastó, lo que nunca pudo alcanzar la penosa vida que pasaba, viendo el crédito que daba á tan grande engaño, á acabarle la vida. Viendo pues que ya no habia remedio, despues de haberle dicho con lágrimas el buen don Martin: Dichosa tú, Elena, que ya acabaste con tu desgraciada suerte; y desdichada en que siquiera no supieras como ya el cielo volvió por tu inocencia, para que partieras de este mundo con algun consuelo; llamó á don Jaime, diciendo: Entrad, señor, y ved de lo que ha sido causa vuestro cruel engaño: entrad, os suplico, que para ahora son las lágrimas y los sentimientos, que ya Elena no tiene necesidad de que vos le deis el premio de su martirio, pues ya Dios se le ha dado en el cielo. Entró don Jaime alborotado y con pasos descompuestos, y como vió á Elena de la suerte que estaba, llorando como flaca mujer el que habia tenido corazon de fiera, se arrojó sobre ella, y besándole la mano decia: ¡Ay, Elena mia, y cómo me has dejado! ¿Porqué, señora, no aguardabas á tomar venganza de este traidor,

que dió mas crédito á una falsedad que á tus virtudes? Pídesela á Dios, que cualquier castigo merezco. Don Martin, viéndole con tanta pasion, acudió advertido á quitarle la daga que tenia en la prètina, temiendo no hiciese alguna desesperacion; y es lo cierto que la hiciera, pues echando la mano á buscarla, y no hallándola, empezó á darse puñadas, y arrancarse las barbas y cabellos, y á decir muchos desaciertos. Acudieron todos llorando, y casi por fuerza le sacaron fuera; mas por cosas que hacian no le pudieron aquietar, hasta que rematadamente perdió el juicio, que sobre las demas lástimas vistas, esta echó el sello; y cuantos estaban presentes, soltando las riendas al dolor, daban gritos, como si á cada uno le faltara la prenda mas amada de su alma, en particular las doncellas y esclavas de la difunta Elena, que cercadas la tenian, llorando y diciendo mil lastimosas razones, abonándola y publicando su virtuosa vida, quienes por no haberlas querido su señor oir no lo habian hecho ántes.

Viendo don Martin la confusion, mandó que las mujeres se retirasen adentro, y por fuerza entre él y los criados llevaron á don Jaime á su cama, y le acostaron, atándole porque no se levantase y se arrojase por alguna ventana, que esa era su tema, que le dejasen quitarse la vida para ir donde estaba Elena, mandando á dos criados no se apartáran de él ni le dejáran solo. Informóse si don Jaime tenia algun pariente en la ciudad, y diciéndole tenia un primo hermano, hijo de una hermana de su madre, caballero rico y de mucha calidad y nobleza, despachó luego uno de los criados con una carta para que viniese á disponer lo necesario en tantos fracasos; y sabido el caso por don Alejandro, é informado de todo, él y su mujer, con mucha gente de su casa, así criados como criadas, con otros caballeros que supieron el caso, vinieron al castillo de don Jaime, donde hallando tantas lástimas, todos juntos lloraban de ternura, y mas de ver á Elena, que cada hora parecia estar mas hermosa. Sacáronla de donde estaba, que hasta entónces no habia consentido don Martin tocar á ella, y puesta en una caja que se mandó traer de la ciudad, despues de haber enterrado á la negra, que parecia un retrato de Lucifer, allí en la capilla del castillo; con don Jaime, el cuerpo de Elena, y todo lo demas de hacienda y gente se vinieron á la ciudad á casa de don Alejandro, y don Martin y su camarada con ellos, á quienes todos hacian mucha honra; y despues de sepultada Elena con general sentimiento, se trató con médicos afamados dar remedio á don Jaime; mas no fué posible. Allí estuvo don Martin un mes aguardando si don Jaime se aliviaba, y visto que no tenia remedio, despedido de don Alejandro se embarcó para España, y tomando próspero puerto llegó á la corte. Visto por su magestad las ocasiones en que le habia servido, se lo premió como merecia, y llegando á Toledo se casó con su amada prima, con quien vive hoy contento y escarmentado en el suceso que vió por sus ojos, para no engañarse de enredos de malas criadas y criados; y en las partes que se hallaba contaba el suceso que habeis oido de la misma manera que yo le he dicho, donde con él queda bien claramente probada la opinion de que en lo que toca á la crueldad son los hombres terribles, pues ella misma los arrastra de manera que no aguardan á segunda informacion; y se ve

asimismo que hay mujeres que padecen inocentes, pues no todas han de ser culpadas, como en la comun opinion lo son. Vean ahora las damas si es buen desengaño considerar, que si las que no ofenden pagan, como pagó Elena, ¿qué harán las que, siguiendo sus locos devaneos, no solo dan lugar al castigo, mas son causa de que infamen á todas, no mereciéndolo? Y es bien advertir que en la era que corre estamos en tan adversa opinion con los hombres, que ni con el sufrimiento los vencemos, ni con la inocencia los obligamos.

LA

GARDUÑA DE SEVILLA,

Y ANZUELO DE LAS BOLSAS,

Por Alonso de CASTILLO SOLORZANO (1).

CAPITULO PRIMERO (2).

Cuéntase quiénes fueron los padres de la Garduña, cuyo nombre propio era Rufina, y su educacion.

Es la garduña (llamada así vulgarmente) un animal, que, segun escriben los naturales, es su inclinacion hacer daño hurtando, y esto es siempre de noche; es poco mayor que uron, ligero y astuto; sus hurtos son de gallinas; donde anda no hay gallinero seguro, tapia alta, ni puerta cerrada, porque por cualquier resquicio halla por donde entrar.

El asunto de este libro es llamar á una mujer Garduña, por haber nacido con la inclinacion de este animal, de quien hemos tratado; fué moza libre y liviana, hija de padres, que cuando le faltaron á su crianza, eran de tales costumbres, que no enmendáran las depravadas que su hija tenia; salió muy conforme á sus progenitores, con inclinacion traviesa, con libertad demasiada, y con despejo atrevido. Corrió en su juventud con desenfrenada osadía, dada á tan proterva inclinacion, que no habia bolsa reclusa, ni caudal guardado contra las ganzuas de sus cautelas y llaves maestras de sus astucias. Sirva, pues, de advertimiento á los lectores esta pintura al vivo de lo que con algunas de este jaez sucede, que de todas hago un compuesto, para que los fáciles se abstengan, los arrojados escarmienten, y los descuidados esten advertidos, pues cosas como las que escribo no son fingidas de la idea, sino muy contingentes en estos tiempos; y con esto daré principio al asunto.

(1) Natural de Madrid; fué uno de los escritores mas fecundos de mediados del siglo XVII.

(2) Al Editor le ha parecido conveniente dividir la novela en capítulos, á fin de darle mas interés y evitar el cansancio que regularmente causa una lectura seguida, como la escribió el autor.

Dejamos en las Aventuras del bachiller Trapaza á este personage en galeras : la causa fué haberse puesto un hábito de Christus, sin preceder las bastantes pruebas con que le da S. M. por su consejo supremo de Portugal; no fué con mas intento de pasar en la corte con estimacion de caballero, y ser esto capa para mayores insultos, que hiciera, si unos averiguados celos de Estefanía, su dama, no le pusieran á servir sin sueldo al gran monarca de las Españas, siendo bogavante en sus galeras, donde estuvo todo el tiempo á que fué condenado, y aun algo mas.

A este parage fué en la cadena que sale de los galeotes de la imperial ciudad de Toledo cada año, provision que da el recto juzgado de cristianos ministros de S. M. á diferentes escuadras que tiene para defensa y guarda de sus costas, con que atemorizan á los enemigos corsarios, que andan robando por los piélagos de Neptuno. Tocóle á Hernando Trapaza, padre de la heroina de nuestro asunto, ir en la escuadra de España, y así acompañó á la forzada caterva, conducido al puerto de Santa María. Lastimado iba de no haberse logrado un intento piadoso para sí, que fué el haber solicitado su soltura con limas sordas, y á conseguirle con los de su faccion no librara bien la señora Estefanía, autora de su desdicha. Bien diferente intento tenia esta celosa dama, pues apenas supo su partida á tan penoso ejercicio, cuando se arrepintió muy de veras de haber sido causa de su trabajo, y aunque no era muy ajustada, todavía el gusanillo de la conciencia le comenzó á labrar las entrañas, de modo que la pareció no satisfacia este daño con menos que casarse con Trapaza (pues tenia una hija de él) acabado el tiempo de ser galeote. Con esto se determinó á dejar la corte, yéndose á Sevilla, porque desde aquella gran ciudad determinaba saber nuevas del que deseaba ver ya libre de aquella vida insufrible, que pintara yo lo mas sucinto que pudiera, á no haber otros ingenios ocupado la pluma en esto con mucha gala y erudicion.

Estaba Estefanía bien puesta de hacienda, que la habia dejado rica su genovés marido, y como tal se portaba en Madrid, donde ya habia caído su opinion, viniendo á saberse que por celos de un embustero le habia enviado á galeras, y entre sus amigas se murmuraba que hubiese tenido tan bajos pensamientos, que los pusiese en querer á un embaucador. Esto la obligó á dejar á Madrid é irse á Sevilla : púsolo por obra, haciendo almoneda de sus alhajas, digo de las que son de mas embarazo para camino tan largo, como eran bufetes, escritorios y cuadros grandes de pintura, que los tenia muy buenos y en abundancia, de que hizo muy buen dinero, con lo cual y dos criadas que le acompañaron, tomó un coche por su cuenta, y en él llegó á aquella ciudad, célebre depósito de la riqueza del Occidente : allí tomó casa á su gusto, y aguardó todo el tiempo que le faltaba á Trapaza para acabar sus galeras, con quien tuvo buena cuenta la piadosa Estefanía. Acabado supo que las galeras de España estaban en el puerto de Santa María, y dispúsose á ir allá, no en el porte con que andaba en Sevilla, sino en otro mas humilde, porque no se dijese en ningun tiempo que con autoridad de persona habia sido mujer de galeote, ó por lo menos quien le fué á sacar de galeras.

Supo luego que su penante estaba entre la chusma de la capitana, muy

bueno, ocupado en el oficio de espalder, que es el preeminente de los forzados, con que lo excusan del ejercicio penoso del bogar: esto habia alcanzado por su buen humor del general, y á no ocupar este puesto, estaba tan connaturalizado ya con aquella marítima estancia, que fuera (acabado el tiempo) buena boya; mas todo se remedió con la venida de la señora Estefanía, que trató luego de que se le diese libertad, hablando con las personas que les toca el darla, y grangeándoles con dineros; esto sin saberlo Trapaza, porque aun no le habia visto, ni él salido de la galera; y así tuvo á gran novedad cuando le llegaron á decir que habia quien solicitaba su libertad con aficion y dineros, no dando en que su Estefanía habria mudado lo severo en afable: concluso todo lo importante para salir Trapaza de bogavante, desherrado y puesto en libertad, sin saber por quién, fué llevado de la galera por el cómitre á la presencia de quien le libraba, con mas brevedad que lo fuera si no lo diligenciara, porque es cierto que aunque los forzados acaben su tiempo, siempre hay causas para dilatarse mas, y quien va por cuatro años suele servir cinco y aun seis.

Vióse Hernando Trapaza en la presencia de su Estefanía, quedándose absorto de ver que ella fuese quien solicitó su salida de las galeras con el cuidado y diligencia que le habian significado: ella le recibió en sus brazos, y él pagó aquel cariño con lo mismo, pues fuera villana accion si á quien reconocia su yerro, y le enmendaba con sacarlo de aquel trabajo, no le admitiera en su gracia con gusto, olvidando el enojo que de ella tenia: con todo, sentia verla en humildes paños, habiéndola dejado en Madrid en tan lucido adorno; y era que no penetró la cautela con que Estefanía venia allí disfrazada, que no se la pudo revelar por los testigos, que eran el cómitre y escribano de las galeras, los cuales, como no eran nada escrupulosos, mas atribuyeron á amistad aquella, qué á matrimonio. Ellos fueron convidados á comer de Estefanía, regalándoles bastantemente. Acabada la comida, cada cual se fué á su rancho, y Trapaza y su dama se quedaron en el suyo, que era una buena posada; allí viéndose solos, de nuevo se hicieron mil fiestas, agradeciendo con muchas finezas el galan forzado la piedad á su Estefanía. Ella le dijo que su intento era (despues de sacarle de aquella trabajosa vida) satisfacer el daño que le habia hecho, con hacerle su esposo, si de ello gustaba, pues se hallaba con una hija suya y bastante hacienda para vivir con descanso, que era la misma con que la dejó en Madrid: aquí Trapaza abrió tanto ojo, y vió los cielos abiertos en su amparo, pues cuando fuera menos el que hallara en la piedad de Estefanía, él salia tal de su penitencia, que cualquier pasage le juzgara tierra de promision para él. De nuevo pagó en abrazos nuevas tan alegres como oia, y aceptó la oferta y partido de casamiento, deseoso de ver ya á su hija, con lo cual Estefanía le hizo sacar un vestido de camino que le traia prevenido, honesto y no fanfarron, porque no diese motivo á murmuraciones á los de las galeras, juzgando por de mas porte á la hembra y á su galan. Aquella tarde se partieron á Sevilla, donde Trapaza, holgándose con su hija, que era de cinco años, cumplió como cristiano, lo que como gentil no habia hasta aquel tiempo, que fué

casarse con Estefanía *in facie Ecclesiæ*. Mudaron de casa en otros barrios, tratando Estefanía de que su esposo buscase en Sevilla algun entretenimiento honesto para pasarlo mejor en aquella ciudad, que ya las canas con que escapó de las galeras no le permitian andar en garzonerías como ántes, ni en peligrosas empresas; pero un mal natural difícilmente se enmienda, y mas como el de Trapaza, que era incorregible, y si habia vivido hasta allí con quietud habia sido por las amonestaciones de su esposa, y por verse ya padre de una hija, la cual se criaba con mucho regalo de su madre hasta los ocho años de edad, en que Trapaza no tuvo ocupacion en Sevilla por su negligencia, que no era amigo de mas que asistir en gradas hasta el medio dia, y á la tarde ver la comedia. Sentíalo esto su esposa, que ajustada á vivir quieta olvidó sus travesuras, loca de contento con la hija que tenia, que era hermosísima en extremo.

La ociosidad (fundamento para todo vicio) brindó á Trapaza para que volviese á ejercitar el juego, piélago donde tantas haciendas y honras se van á pique : comenzó por un entretenimiento, desmandándose de allí á pocos dias á mayores excesos, de suerte que, por desquitar pérdidas, que no eran considerables, hizo otras de mayor consideracion : faltábanle algunas joyas á Estefanía, con que conoció ser el autor de su pérdida su marido; lloró y riñó, todo á un tiempo; propuso Trapaza la enmienda, pero no la hizo; pues en cuatro años que continuó el jugar, ya no habia estaca en pared, como dicen : faltando el dinero y llegada la necesidad, era forzoso haber muchos disgustos, que estos vienen á ser los efectos del juego : habíase puesto en astillero de honrado ciudadano Trapaza, desconocido de los tiempos que Sevilla le conoció mas mozo, con las muchas canas que tenia; y en lo que se enmendó fué en no tratar mas de embelecos, como ántes, con ofrecerse mil necesidades : bien quisiera que Estefanía tratara de algun verdor, á costa de su opinion, mas veíala tan mujer de bien que no se lo atrevió á decir, porque ella solo trataba de asistir á su labor y criar su hija, que ya era de doce años y la ayudaba, aunque poco inclinada á recogimiento, por ser muy amiga de la ventana. Su madre andaba con tanto disgusto con los desórdenes de Trapaza, que no cuidaba con el amor que á la hija tenia de reprenderla : culpa de muchas madres, que por tener omision en esto, ven por sus casas muchas desdichas.

La pena de verse pobre y con disgusto puso á Estefanía en una cama, donde al cabo de un año la llevó Dios, haciendo lo que debia como cristiana, que donde hay entendimiento se reconocen los yerros pasados y se tiene arrepentimiento de ellos : ella tuvo muy buena muerte, habiéndola Trapaza dado muy mala vida : su entierro fué pobre, no teniendo Trapaza con que la enterrar como quisiera; sintió mucho su muerte, y entónces conoció bien cuán errado habia andado en sus distraimientos, pues con lo que su mujer le trajo de dote podia pasar con descanso; consolábase, con su hija, viéndola con tan buena cara, y con el sentimiento de su mujer, no pensaba mas de que por su hermosura hallaria un casamiento, que seria el remedio de los dos : fundamento vano en los que se fian en '1, pues en estos tiempos ni la hermosura, ni la virtud hallan los em-

pleos cuantiosos: el dinero busca el dinero, y en donde le hay no reparan en que sea una mujer la mas fea del orbe.

Con sus necesidades acudia Trapaza á los garitos, no á jugar, que se hallaba pobre, sino á que le pagasen los baratos que habia dado, correspondencia que falta en los tahures, porque nunca atienden á mas que al tiempo que corre; á quien ven con dineros agasajan, y á quien los tuvo y carece de ellos desprecian. Con las ausencias que hacia de su casa Trapaza comenzó su hija á tener libertad para dejarse ver á la ventana y ser vista; de suerte que á la fama de su hermosura ya frecuentaban la calle muchos pretendientes; bien lo conocia su padre; mas aunque pudiera atajarlo con sus reprensiones, viéndose necesitado, y á su hija hermosa, halló que para reparo de su necesidad no habia mas próximo remedio que hallar un novio rico; esto era lo mas honesto que pensaba, dejándole á su hija el libre albedrío para buscársele ella, que entrándose á mayores fondos el pensamiento, quisiera que Rufinica (que este era su nombre) fuera una red barredera de las bolsas de la juventud que la festejaba. Templó mejor que lo imaginaba Trapaza, pues entre los penantes halló quien se pagó de la belleza de Rufina con caudal. Tenia la moza su poco de don, heredado de su difunta madre; y cuando no fuera así, ella era tan vana, que se le pusiera por lo poco que cuesta el hacerlo.

CAPITULO II.

Cásase Rufina: burla que la hizo un jóven que la galanteaba, y la muerte de su padre Trapaza.

Paseaba la calle un agente de los negocios de un perulero, hombre de mas crédito que de caudal, acreditado por hombre de verdad en la casa de la contratacion, y con alguna hacienda; era de edad de cincuenta años: este habiendo sabido cuán poco dote tenia la dama, y cuán pobre estaba su padre, la quiso desnuda; que cuando una aficion se apodera de un hombre mayor, es muy difícil de despedirla; tanto se aficionó Lorenzo de Sarabia (este era su nombre) de Rufina, que en ocho dias que trató de su consorcio, se vió dueño y esposo de toda aquella hermosura. Era buena persona, muy amigo de la honra; y así cargó con mujer y suegro, y llevósela á su casa con este contrapeso, que no era pequeño, sabiendo cuán grande tahur era Trapaza, que en Sevilla se llamaba Hernando de Quiñones. Los primeros dias de la boda todos son festivos. Dió Sarabia á su mujer galas, aunque honestas, que como él era de edad, no gustaba de excesos, cosa que sintió Rufina mucho, porque era muy amiga de andar bizarra, y quisiera traer todo cuanto veia en otras mujeres, y esto la hizo no tener mucho amor á su esposo; el que tenia sus puntas de indiano en lo guardoso, y cuidó mas de este particular, por ver que su suegro era tan gran tahur y hombre perdido; y así no fiaba el dinero que habia en casa, ni aun el gasto de ella, de su mujer; con que á Hernando

Trapaza se le marchitaron todas sus esperanzas, de pensar que con el casamiento de su hija tendria que jugar de lo que ella poseyese; tanto era lo que el juego le tenia hechizado! Lo que á él asistia, y asimismo las ocupaciones de su yerno Sarabia en su ganancia, dieron permision á Rufina para salir todas las mañanas fuera de casa, con achaques de ser esto á unas novenas que hacia para que Dios la diese un hijo; esta era la disculpa para con su marido, y lo cierto de sus salidas era á dejarse ver en la calle de Francos, ó en la iglesia mayor. Entre muchos que acudian á estas dos partes frecuentadas de gente, á verla, era un hijo de vecino de Sevilla, de los mas traviesos mozos de aquella ciudad, poco menos desbaratado que Trapaza, aunque hijo de buenos padres, que muchos olvidados de su buena sangre dan en distraidos para aborrecimiento suyo; así era este, el cual se llamaba Roberto. Pues como galantease á nuestra Rufina, y el mozo era de buen talle, ella puso su aficion en él correspondiéndole, engañada de la primera informacion que le hizo, diciéndola que era muy rico. Era Rufina codiciosa y creyóle, porque deseaba tener dinero, ya que por la miseria de su esposo, ó reclusion de bolsa, careciese de él. La primera peticion que le hizo, fué un vestido al modo de uno que habia visto á una vecina suya, y con esta dádiva le prometió no serle Rufina desagradecida, viendo en él ejecutada esta fineza. Concediéle la peticion Roberto, y fundó un perro muerto en el mas extraño capricho que se puede imaginar: tenia conocimiento con la señora que tenia el vestido á quien habia de imitar el prometido á Rufina, y fuése Roberto á su casa y pidiósele prestado, como que era para una comedia que se hacia en un monasterio de monjas; no se lo pudo negar; y dentro de tres dias, que fingió tardarse en hacerle, se le ofreció á Rufina, envuelto en una toalla de Nápoles, verde, con las cenefas de gasa y seda, de matices labrada; llevósele un criado una mañana al tiempo que su marido estaba fuera de casa á sus negocios ó agencias. Contentóle mucho á la dama la fineza del nuevo galan, hecha con tanta brevedad, y no quiso serle ingrata: de modo que ántes que saliese Roberto de su casa, ya habia tenido el premio de sus deseos. Despidióse Roberto, dejando á Rufina pensando cómo daria á entender al marido que aquel vestido se le habia enviado un pariente suyo de Madrid, para que Sarabia no tuviese sospecha de ella. No partió con menos cuidado Roberto en trazar cómo volver aquel vestido á su dueño: no le conocia Sarabia, y en esto fundó su enredo, que fué así. Dejó pasar tres ó cuatro dias, en que pudiese dar á entender que la fiesta se hacia, y vistiéndose en humilde trage, como criado, y á la hora que acababan de comer llamó en casa de Sarabia, diciendo ser criado de la señora propietaria del vestido: mandóle subir Sarabia, y viéndose en su presencia le dijo, que su señora le enviaba por el vestido que habia enviado á la señora doña Rufina para verle. Volvió Sarabia á su esposa y díjola: Hermana, ¿qué vestido pide este hidalgo? Ella dijo, algo turbada, conociendo á Roberto: Señor galan, vuélvase por acá mañana y se le dará. ¿A qué? replicó Roberto; mi señora me ha mandado que no me vaya sin él, porque esta tarde es madrina de un bautismo, y es fuerza llevarle. Acudió Rufina diciendo: ¿Pues cómo sabré yo que es criado de

su merced, para hacerle entrega del vestido? El bellacon que vió haberle rechazado la taimada con ánimo de que no se le llevase, la dijo: El vestido es de estos y estos colores, tiene esta guarnicion, dándole bastantes señas de todo, y se le dió envuelto en una toalla de Italia, verde y labrada la cenefa de ella con matices de seda, en gasa leonada. Como oyó esto Sarabia, dijo á su esposa: Con tan bastantes señas, no hay que replicar; señora, dadle luego el vestido, que pues él le pide con tanto afecto, importará llevársele para la ocasion que dice; y si no os quereis levantar de ahí, dadme la llave del cofre que le guarda, é iré por él. No tuvo réplica que hacer á esto Rufina; y así reventando de enojo se levantó de la mesa y sacó el vestido del cofre que le encerraba, y diósele á Roberto, diciéndole: A la señora doña Leonor besó las manos, y me perdone no se le haber podido enviar ántes por no haber visto la amiga que deseaba hacer otro por él. Con esto se le entregó al galan disfrazado, echando por los ojos centellas de fuego: tanto era el enojo con que la dejó la cautela de Roberto. Salióse el fingido criado de su casa; Sarabia preguntó, que para quién se habia pedido aquel vestido. Y ella le dijo, que para una amiga suya que deseaba hacer otro por él; con que no tuvo de que tener sospecha su esposo, quedando Rufina ofendida de la cautela con que se le habia sacado el vestido de su poder, cuando se juzgaba señora de él: desde aquel dia trató de vengarse de esta ofensa de Roberto. Comunicó la venganza con una criada suya contándola el caso, y fué á tiempo que Trapaza pudo oirlo todo. Tomó muy por su cuenta la venganza, que aun tenia reliquias de lo travieso que habia sido; y así como conociese al autor de la burla de asistir en los garitos donde él iba, hallándole un dia en uno le sacó al campo de Tablada, donde habiéndole referido la causa de traerle allí, sacaron los dos las espadas; pero fué muy en contra de Trapaza, porque aquel fué su último dia, pues de una estocada le dejó Roberto sin aliento, ni poder hacer un acto de contricion: fin que tienen los que viven como este habia vivido. Púsose Roberto en cobro, Trapaza fué llevado á casa de su yerno, donde fué recibido de él agridulcemente, agria en haberle de poner en costa de enterrarlo, y dulce por quitarse aquel embarazo de su casa, que con la condicion de Trapaza era malo de sufrir, y hacia mucho Sarabia en tenerle consigo, siendo hombre tan desbaratado y perdido.

CAPITULO III.

Galantean á Rufina dos jóvenes: desafio que tuvieron, en el que murió el que la burló al principio: enviuda Rufina.

La señora Rufina lloró á su padre con entrambos ojos. Diráme algun crítico que cuándo se ha visto llorar con uno; á que respondo, que cuando es el sentimiento tan de veras como este, se llora á todo llorar, sin que el consuelo enjugue parte del llanto, y Rufina lloraba lo que fal-

taba á su esposo, que á fuer de yerno al uso, suspiraba adrede, y sentia burlando. Quedaba Rufina casada, y eso en otra mujer de mejores inclinaciones, le fuera de consuelo en esta pérdida; mas vivia con esposo de no gusto, y esto la doblaba el sentimiento: culpa de los padres que casan á sus hijos con edades desiguales. Sarabia vivia contento en verse marido de esposa moza y hermosa; mas Rufina era al contrario, porque su edad pedia otra igual á ella, aunque no fuera con tantas comodidades. Esta la hizo á esta dama profanar el recato, usar mal del matrimonio, y tratar de divertirse, con advertimiento que sus empleos fuesen de gusto y provecho, y de esto último tanto, que lo que granjease fuese venganza del perro que la dió Roberto, de quién estaba tan picada que diera cualquier cosa por hallar quien le castigara su desprecio. Ofreciósele modo para ello con la ocasion de dejarse ver el tiempo que podia hurtar á su marido, que él ocupaba en sus agencias; y así su empleo se entabló de esta suerte.

En un festivo dia de los que Sevilla solemnizaba con mayores fiestas y mayor concurso de gente, que es entre las dos Pascuas todos los viernes, desde Resurreccion hasta Pentecostes, cerca de Triana, por donde pasa el claro Guadalquivir, célebre rio de la Andalucía, y espejo de los muros de Sevilla, en uno de los muchos barcos enramados que para el pasage tienen los barqueros, que aumentan su caudal á costa de holgones, iba Rufina, con expresa licencia de su marido, á esta fiesta, por llevarla una vecina suya, de quien Sarabia hacia la bastante confianza para fiársela, ignorando lo oculto de la persona á quien se la entregaba, cosa en que deben reparar los maridos, pues por no conocer bien las personas con quien tratan sus mujeres, resultan en estas amistades cosas en ofensa suya. Era la vecina mujer de su poco de barreno, amiga de ser vista, y de conversacion. Fletaron un barco para ella, para Rufina y otras dos amigas; y la codicia del barquero quiso que le ocupasen mas personas, sobornado de un hidalgo que asistia con otros tres camaradas á la orilla del rio aguardando ocasiones como estas, de quien son en Sevilla lindos ventores; descubrióse el rostro Rufina al tiempo de entrar en el barco. Vióla este galan, que nombremos con el nombre de Feliciano, y parecióle bien la moza, con lo cual persuadió fácilmente á sus amigos que se embarcasen con ellas, y granjeó para esto la voluntad del barquero con dineros, que todo lo allanan. Entraron todos en el barco, y Feliciano acomodóse en un asiento de él, cerca de Rufina, para comenzar á entablar su pretension. Era Feliciano hijo de un hidalgo rico, que habiendo tenido contratacion en las Indias, y sucediéndole bien, habia aumentado mucha hacienda; no tenia mas que á este hijo, el cual con sus distraimientos iba disponiendo de la hacienda de su padre; de modo que se esperaba, á proseguir en sus gastos, que la disminuiria al paso que se habia aumentado, porque él jugaba, galanteaba y tenia camaradas, de estos que continuan las casas de gula (ó de figones) y era tan pródigo que él solo hacia el gasto á cuantos se hallaban con él en estos parages; demas desto era un poco dado á la valentía, cosa en que pecan todos los mas hijos de Sevilla, que se crian libres como este que decimos.

Puesto cerca de la señora Rufina, y sus camaradas acomodados con las amigas, partió el barco de la orilla, dando bordos por el rio, sin tomar en mas de media hora tierra, que esto hizo el barquero por lo bien pagado que estaba: en este tiempo no perdió ocasion Feliciano, pues supo significar á la señora Rufina tan bien su amor, que ella creyéndose de sus palabras, en hábito de ternezas, comenzó muy humana á admitirle en su gracia. Era hombre entendido Feliciano y de grandes donaires, y en ocasiones como estas desliaba el fardo de esta mercadería siempre, con que pocas veces dejaba de hacer risa entre damas, satisfechas de su buen decir; así lo estaba la oyente, quedando de la plática muy pagada del galan. Díjole su estado, nombre y casa, sin descubrirle cosa, y fué correspondida de Feliciano en esto, pues no le encubrió tampoco nada de su persona, dándole cuenta de quién era, de la hacienda que tenia y de lo mucho que la deseaba servir. Toda aquella tarde se gastó en entablar esta amistad muy á satisfaccion del galan, y con mucho gusto de Rufina, llevando la mira á dos cosas: la una á que Feliciano la vengaria de Roberto, y la otra á quitarle cuanto pudiese. Logró los dos intentos como deseaba y como diremos mas adelante. Desde aquel dia Feliciano comenzó á frecuentar la calle de Rufina con mucha asistencia; esto en los tiempos que Sarabia estaba en la casa de la contratacion, ó en sus agencias. No quiso la dama que hallase en ella la facilidad que pensaba, con el escarmiento de Roberto; y así primero que tuviese entrada en su casa llovieron regalos en ella, así de cosas de comer, como de galas y joyas; de manera que pagó por sí y por Roberto: con esto pudo Feliciano llegar á los brazos de Rufina. Suele comunmente desenamorar lo gozado, y aquí fué al revés, porque Feliciano se vió tan enamorado de Rufina, como si no la hubiera tocado una mano. En este tiempo sucedió estar Roberto de ganancia en el juego de mas de seiscientos escudos, y prevaricando de la condicion de los tahures que no tratan de su aliño, sino de tener que jugar, este mancebo se vistió lustrosamente, y andaba muy lucido. Pues viendo la frecuencia con que Feliciano asistia en la calle de Rufina, se picó desto, y trató de volver á enamorarla y deshacer la queja que de él tenia; con esto dió en pasear la calle y poner en nuevo cuidado á Feliciano, por quién serian aquellos paseos. Sentia Rufina ver á Roberto volver á enamorarla; y cada vez que le veia se irritaba de la burla que le habia hecho, provocándola á vengarla; y para esto le pareció que nadie lo haria en su nombre mejor que Feliciano su galan; que en esto emplean las mujeres á los que las galantean, resultando de aquí desgraciadas muertes, de que tenemos mil ejemplos cada dia. No quiso Rufina decir á su Feliciano lo que le habia pasado con Roberto, sino para mas obligarle llevólo por otro camino; y fué decirle que la galanteaba y ofrecia dádivas, mas que todo lo habia despreciado por él: con esto fué echar leña al fuego de Feliciano y hacerle abrasar en zelos, confirmando por verdad lo que Rufina le decia, con verle tan asistente en su calle, que le estorbaba el poder gozar de muchas ocasiones, que Rufina le evitaba para que se irritase mas contra Roberto. Llegó la cosa á términos que Feliciano, perdido de zelos, siendo de los alentados mozos de Sevilla, halló

una noche en la calle de su dama á Roberto; esto fué al tiempo que Rufina estaba acostada á aquella hora, aunque su marido pasando algunas cuentas de sus agencias; pues como Feliciano viese á Roberto, llamóle por su nombre, vióse con él, y para no dar nota en la calle le llevó á una callejuela sin salida que salia á ella, á donde caia el aposento en que Sarabia tenia sus papeles y él estaba ocupado. Habiéndose, pues, entrado los dos competidores allí, quien primero habló fué Feliciano, que le dijo estas razones: Señor Roberto, de unos dias á esta parte he notado en vos que continuais el pasear esta calle con demasiada frecuencia, y estaba con dudas de quién seria la causa que os traia en esta inquietud, porque hay en ella damas de muy buen porte por quien pudiérades tenerla; pero mi cuidado ha descubierto que os le pone la señora doña Rufina: esto tengo averiguado, así por vista como por informacion de sus criadas, á quién vos hablais, buscándolas para terceras de esta solicitud. Yo ha muchos dias que curso estos pasos, habiendo merecido por mis finezas llegar á su gracia y todo lo que con ella se alcanza: pocas veces hago alarde de estas cosas, mas por atajaros el empeño á que os poneis, es fuerza publicar lo que sé que tendreis secreto, como hombre bien nacido. Esta solicitud de mi amor os es ya notoria, y cuanto me ha pasado, y así estimaré que desistais de la vuestra, con que excusaremos pesares, que no pueden dejar de tenerse á proseguir con vuestra pretension. Atento escuchó Roberto la propuesta de su competidor Feliciano, y con la misma atencion, y aun mas, la habia oido el esposo de Rufina, puesto á la ventana de su aposento, con harto dolor de su corazon, oyendo cosas que le tocaban tanto en su honra; y aunque era oir mas en su afrenta, quiso atender á la respuesta de Roberto, que fué esta: Señor Feliciano, no me admiro que vuestro cuidado haya descubierto en mí el que tengo de galantear á la señora Rufina, pues os toca lo que me habeis significado, ni tampoco que os admireis como amante que yo haya emprendido esta pretension, de que no sabeis los fundamentos que tiene: yo tampoco quisiera hacer alarde de mis dichas, mas es fuerza que las oigais, para que no culpeis mis pasos. Yo soy muy antiguo favorecido de esta dama, y he llegado á lo que vos; por cierto accidente he estado fuera de su gracia hasta ahora que pretendo volver á ella; y si me admite, como lo espero, habreis de prestar paciencia, que no solo no desistiré de esta pretension, pero haré todo mi poder para que no se os acuerde de la que teneis en proseguir en vuestro martelo.

De esto resultó el sacar las espadas los dos, porfiando Feliciano que habia de ser el que quedase con la prenda, y Roberto que no, con que la espada del que poseia al presente fué mas dichosa en quitar la vida á Roberto de una cruel punta por la tetilla izquierda, con que no pudo aun decir Jesus. Desdichado fin de los que andan en estos pasos, solicitando mujeres agenas, pues no llegan á parar en menos que este desdichado. El rumor de las espadas fué poco, porque la de Feliciano atajó con la brevedad del efecto que se hiciese pública la pendencia; y así no lo sintió nadie en el barrio, si no fué Sarabia, que era tan á su costa, como se vé. Para que no se hallase allí el cuerpo de Roberto, anduvo advertido

Feliciano en cargar con él y llevársele en hombros hasta una portería de un monasterio, donde le dejó, y él se retiró á otro hasta ver en qué paraba aquello. Sarabia, confuso con lo visto, y irritado contra su adúltera esposa, fulminaba en su aposento venganzas de su honor, admirado de cuán poca lealtad le habia guardado Rufina, la cual descuidada de lo que entónces pasaba dormia á sueño suelto. Lo primero que Sarabia pensó en su venganza fué subir á la cama donde dormia su aleve esposa, y matarla á puñaladas, mas consideró haber visto llevar aquel difunto de allí á su homicida, y que si le quitaba la vida se le habia de imputar á él el delito de haber sido sin causa, y para esto tendria dos testigos contra sí en sus dos criadas: resolvíase á darla veneno con secreto, que fuese obrando algun tiempo, y parecíale que no cumplia con su justo enojo en dilatar lo que pedia breve ejecucion; por otra parte determinaba irse de Sevilla y dejarla, y en esto no estaba fijo, porque dejaba muchas cosas pendientes al juicio de las gentes, que podrian decir lo que quisiesen en oprobio de un hombre de su edad: con esto volvió al primer intento que fué acabar con la vida de Rufina, y ántes de ejecutar este rigor (que no lo era, sino justo castigo de su pecado) le pareció dejar escrito en un papel la causa de haber hecho aquel homicidio, para disculpa suya. Con esto tomando recado de escribir, comenzaba á dar cuenta en un pliego, de su agravio y venganza, y pareciéndole que no le daba las razones ponderativas que su agravio pedia, le rompia y comenzaba á escribir otro: de esta suerte rompió tres, con harta afliccion de su espíritu, porque como Sarabia era de edad, cualquiera accidente de pena era mucho para afligirle, cuánto mas un agravio tan conocido contra su honor, que á otro de mas ánimo hiciera dudar mucho en sus resoluciones. Al fin, despues de haber roto los tres papeles, comenzó á escribir el cuarto mas á satisfaccion suya, si bien paró en él, porque habiendo de nombrar á los ofensores de su honra, no sabia el nombre de ninguno, por no los haber conocido. Bien sabia Sarabia que lo que le tocaba era buscar á los adúlteros y quitarles primero la vida, y luego á su mujer; mas no los conociendo, bastante venganza era quitarla á ella la vida; en estas perplejidades pasó gran parte de la noche, escribiendo, borrando y rompiendo papeles, con grandísima afliccion suya. Resuelto, pues, de acabar de una vez, habiendo pensado ántes lo que habia de escribir sin borrar ni romper, margenó otro pliego; y habiendo escrito lo mas de la sustancia de su ofensa, le sobrevino tal accidente de pena escribiéndolo, que fué bastante para ahogarle los espíritus vitales y acabar con su vida, cayendo en el suelo el cuerpo falto del alma, que habiendo fulminado venganza llevaba el pasage no muy á parte segura.

Todo esto pasaba en su casa, y Rufina estaba descuidada de todo, durmiendo; dispertó, y hallando vacío el lugar que habia de ocupar su esposo, le comenzó á llamar; y como no le respondiese, tomó un manteo, y bajó á su escritorio, donde á la luz que habia en él vió á Sarabia tendido en tierra, falto de vida: alborotóse Rufina, y comenzó á llamar á sus criadas; levantáronse, y fueron testigos de aquel espectáculo, de que no poco quedaron admiradas de tan extraño accidente: solemnizaron c

llanto sordo, por no alborotar la vecindad, la malograda muerte de su dueño, y Rufina de su esposo; y queriendo subir el cuerpo al cuarto principal donde asistia, reparó en el papel que tenia medio escrito, y en él leyó estas razones.

« Para que la justificacion mia sea notoria á los que leyeren este, ha-
» biendo visto mi rigor, digo, que ha sido procedido del poco recato de
» mi aleve mujer, pues profanando el santo sacramento del matrimonio
» (lazo con que á los dos nos unió la Iglesia), sin atendencia al demasiado
» amor que la tenia, admitió dos empleos á un tiempo; siendo esto causa
» de que, por preferirse el uno al otro, el mas degraciado muriese; siendo
» yo testigo de vista de esta desdicha, y el oyente de mi deshonra, hacién-
» dome el cielo su ministro para castigar este....» Hasta aquí llegó con la pluma, donde se le afligió el corazon, de manera, que ahogándole los espíritus vitales espiró.

Admirada quedó Rufina de lo que veia y leia: de modo que por media hora no fué señora de sus acciones, considerando, que pocos son los secretos ocultos, pues permite el cielo que se revelen, ó para enmienda nuestra, ó para castigo. En ella puso gran temor y afliccion la muerte del buen Sarabia; temor de ver cuán arrebatada habia sido, pues cumplió en morirse con el sentimiento que de su agravio tuvo; afliccion de verse con su esposo muerto, sin saber qué traza dar para disimular su muerte: lo que estaba de su parte era, el haberle mostrado siempre amor. Siendo causa esto de acelerar su muerte, pues no pensara tal de la voluntad que le mostraba; y así viendo lo contrario Sarabia, y desengañándose, acabó en breve con su vida: el haberle mostrado aficion, y vivir en tanta conformidad, la alentó á seguir el consejo de una de las dos criadas que tenia, que era de quien fió sus travesuras, que la dijo, que pusiese á su esposo en su misma cama, y que al amanecer hiciese el mayor sentimiento que pudiese, viéndole muerto á su lado; que ella y la otra compañera la ayudarian al disimulo, publicando haberle muerto el haber cenado tarde, y mucho, aquella noche; así se hizo. Llegado, pues, el dia, Rufina comenzó á dar tantos gritos, que alborotó la vecindad; ayudaban al duelo las dos criadas, con que los vecinos mas cercanos pasaron á su casa, hallando á Rufina tendida en el duro suelo, medio vestida, y fingiendo un desmayo. Ya ella habia quemado el papel de su esposo, porque no fuese hallado para su daño. Procuraron algunas amigas hacer que volviese en su acuerdo con remedios, que fueron en valde, y vuelta tornó á su llanto, y siendo un lienzo el encubridor de las pocas ó ningunas lágrimas que vertia. Contaron la causa á que atribuyeron la muerte de Sarabia sus criadas, diciendo haberle advertido no cenase tanto, que en un hombre de su madura edad era grande exceso, con que los que lo preguntáron se satisfacieron. Acudió la justicia, que nunca falta en estas ocasiones; y con el abono de la vecindad, en lo bien que se hubieron estos dos casados, se les quitó toda la sospecha que podian concebir de esta repentina muerte. Enterróse el buen Sarabia, y con la turbacion con que Rufina estaba, no cuidó de lo que otras viudas, que era ocultar bienes; y así, un sobrino del difunto, acabado de enterrar á su tio, cargó

con todo cuanto habia en casa, y fué menester pleito para sacarle de su poder en lo que Rufina habia sido dotada.

Volvamos á donde dejamos el cuerpo de Roberto, que siendo á la mañana hallado de los religiosos, no le conociendo, quisieron enterrarle; mas un ciudadano les advirtió que primero le hiciesen poner en parte pública, para que fuese conocido; que si era hombre que tuviese padres ó deudos en aquella ciudad, era bien que supiesen su desgracia, y ellos no perderian nada, pues si tenia hacienda participarian del bien que harian por su alma, y del gasto de su entierro: parecióle bien al prelado, y así se llamó á la justicia, dándole cuenta de cómo aquel jóven habia sido hallado en su portería muerto: púsose el cuerpo en una placeta fuera del convento, con dos cirios ardiendo, donde á poco rato que allí estuvo hubo quien le conociese, y diese razon de quiénes eran sus padres, llevándoles la lastimosa nueva, que en su vejez fué bien sentida su muerte, habiéndole su anciano padre pronosticado lo que le sucedió, porque sus travesuras no podian parar en menos. Hízose luego su entierro en aquel convento, y la justicia trató de averiguar su muerte; mas como Sevilla es tan gran poblacion, quedóse para siempre por saber quién fué el homicida; solo Rufina lo supo, viendo ausente á su galan, y ser el muerto Roberto, de cuya muerte se alegró no poco, porque le tenia mortal odio por lo que con ella habia hecho; fué dicha no haber reparado en la sangre que el difunto dejó en la callejuela sin salida, que á ser vista de la justicia, no lo librara bien la señora Rufina, con los indicios de ver allí los vecinos cada instante los dos pretendientes.

CAPITULO IV.

Queda Rufina viuda y pobre: se reune con un antiguo amigo de su padre llamado Garay: entre los dos tratan de robar á un indiano llamado Marquina, y medios de que se valen para conseguirlo.

Ya tenemos á Rufina viuda, y lo peor de todo pobre; pues viéndose así, con su condicion traviesa, era fuerza valerse de su buena cara para sustentarse. Esto se entiende en las poco consideradas, que en las prudentes buscan modos honestos para pasar la vida; y como esto lo hacen con el fin de no ofender á Dios, así les abre camino para que se remedien.

Acabadas las honras funerales de Sarabia, y apoderado su sobrino de la hacienda, se le entregó á Rufina la que le tocaba de arras en que fué dotada cuando se casó. Con esto le fué fuerza mudar de habitacion en diferentes barrios, y en casa mas barata, pues su caudal no era para pagar la que tenia, que Sarabia se portaba muy lucidamente.

No logró tampoco el sobrino la herencia, como se pensó, que como su tio tenia tantas correspondencias con sus agencias, acudieron los acreedores á hacer cuentas con él; y despues de hechas fué muy poco

guardó. Venia algo cansado, con que por aquella noche no hizo mas que tomar una poca de fruta de su huerta (que aun en conserva no la tenia), y con un poco de pan y una vez de agua irse á acostar, reconociendo primero su cuarto, sin bajar al del hortelano, que tambien le reconocia; cenó la familia bien moderadamente, por ser aquel dia viérnes, que los hacia ayunar sin devocion, y así pasaron hasta la mañana, que á su hora cierta madrugaba; y dando al esclavo recaudo para su despensa, miéntras él estaba en la lonja, volvia con lo que habia de comer á la quinta, y se aderezaba para cuando Marquina volviese. Rufina se halló algo dudosa de conseguir su intento, por parecerla que se disponia mal para él; mas esperando mejor ocasion, dió á entender á los hortelanos que sentia la tardanza de su tio, que así llamaba á Garay, y con esto se mostraba muy melancólica, procurando divertirla de esto la hortelana, que muy despejada era.

Vino á medio dia Marquina comer á la quinta, y miéntras se le acababa de aderezar la comida, quiso ver la noria de la huerta, y reconocer en ella cómo estaba por si tenia necesidad de algun aderezo, y halló faltarle alguna madera para que anduviese mejor en el riego de las legumbres: con esto quiso tambien ver en la casa del hortelano si habia alguna leña de la que se traia para estos aderezos que pudiese aprovechar para ellos; y así entró por su morada en ocasion que la hortelana le vió venir, la cual algo turbada hizo que Rufina se escondiese en un aposentillo que detras de aquel donde dormia estaba; esto no se pudo hacer con tanta presteza que Marquina, llegando allí, no oyese rugir seda, y aun viese la sombra de Rufina, y algo alterado se entró por el cuarto del hortelano, que era en lo bajo de la casa de la quinta, y no paró hasta llegar al aposento que encerraba Rufina, donde la halló: ofendido por entónces de que sin su licencia se hubiese dado entrada en su quinta á gente de fuera de casa, sacó por la mano á Rufina á lo claro, y viéndola de tan buena cara, quedó admirado de verla; y en vez de esperar la hortelana reprehensiones de su señor por haberla traido allí, solo lo que le oyó fué preguntarla que ¿qué dama era aquella? A esto le dijo la horlelana que el dia ántes habia llegado allí con un hombre anciano, viniendo los dos muy congojados, y que les rogaron muy encarecidamente que á aquella dama le diese albergue aquella noche, por excusar una desdicha que esperaban si pasaban adelante, y que esta habia sido la causa de usar contra sus órdenes aquella piedad. Miéntras la hortelana le decia á Marquina esto, él estaba muy atento al semblante de la forastera dama, la cual le tenia muy triste, con que acrecentaba mas su hermosura; de modo, que tuvo allí tanto poder, que con ella pudo traspasar los inviolables preceptos de Marquina, y aun hacer baterías en su avaro pecho; y así, ageno de su condicion, con afable rostro (llevado mas de la terneza que de la severidad) dijo á la hortelana: Habeis andado muy bien en haber admitido á esta señora no obstante mis órdenes, porque con tales sugetos no se han de observar, y mas en casos donde la piedad obliga á dar favor á los que necesitan de él: esta señora merece mas agasajo que el que ha recibido en tan mal hospedage como el de mis hortelanos, y si es servida se le

ofrezco en mi casa, como se debe á quien es. Agradecióle Rufina el ofrecimiento, y suplicóle que no tratase de mudarla de aposento, porque aquella tarde esperaba á su tio que habia de volver por ella; que para tan poco tiempo no era razon dar enfado á quien deseaba servir: sintió Marquina (ya medio amartelado) que la parada de Rufina en su quinta fuese por tan breve tiempo, que quisiera fuera por mucho; y con todo la dijo, que aunque allí no estuviese mas de una hora, era bien que recibiese el servicio que le ofrecia con tanta voluntad. Deseaba Rufina llegar á esto, y así le dijo: que por no parecer grosera ni ingrata á su hidalga oferta, aceptaba la merced que le hacia: con que subió arriba, llevándola del brazo la hortelana, contentísima de ver tal mudanza en la condicion de su amo, que era aquello muy fuera de su apretada condicion. En lo alto de la casa vió Rufina muy buenas colgaduras de verano, frescas sillas de baqueta de Moscovia, curiosos bufetes y escritorios de ébano y márfil, que aunque miserable, no lo era para el adorno de sus piezas Marquina, el cual mandó luego á su esclavo (dándole dinero) que le comprase para una espléndida comida: él lo hizo diligentemente por saber que habia de disfrutar de aquella largueza poco usada en su señor. Comió Rufina en compañía de Marquina, regalándola él con mucho cuidado, partiéndole los mejores bocados con mucho gusto, y no menos amor, que ya estaba rematado por ella. Despues de la comida la entró en una cuadra adornada de curiosas pinturas, á donde estaba una cama con un pabellon de la India, y en ella la suplicó que reposase la siesta y despidiese cuidados, que estando en su casa, donde la deseaba tanto servir, todo se habia de hacer bien, teniendo en ella mucha seguridad de no ser ofendida, caso que se temiese de aquel daño. De nuevo agradeció Rufina estas finezas, y obedeciéndole se quedó sola en el aposento, que era ántes el en que Marquina dormia: él se bajó á unos entresuelos, adonde pasó la siesta con no poca inquietud y cuidado, penado por la huéspeda que tenia en su casa, no sabiendo cómo la obligaria para que le favoreciese, pareciéndole que si en este estado se viese seria el mas feliz del mundo. Primero de entablar su amorosa pretension determinó saber de ella su pena, y la causa de haber venido á su quinta, para ver si habia impedimento que estorbase el no la servir; para saber esto aguardó á que dispertase: ya lo estaba Rufina, pensando en todo el tiempo que estuvo echada en la cama lo que le habia de decir cuando la preguntase su venida allí. Pues como viese el avaro Marquina ser hora de recordar á su huéspeda, entró en su aposento diciéndola que hacia la tarde pesada para dormir, y que le perdonase el avisárselo, que lo hacia con celo de que no la hiciese daño alguno. Agradecióle el buen deseo que del aumento de su salud mostraba tener, y aseguróle que desde que se habia echado en la cama no habia dormido mas que entónces, porque sus cuidados no la daban lugar para quietudes y alivios. Suplicóla Marquina con mucha ternura que se sirviese darle parte de su pena, si la causa lo pedia; que la ofrecia, si él era parte para remediarla, servirla en cuanto se la ofreciese. Agradeció de nuevo Rufina su hidalga oferta; y porque ya vió ser tiempo para comenzar á urdir su tela, habiendo tomado asiento cerca del enamorado avariento, le dijo así:

Granada, ilustrísima ciudad de nuestra España, es mi patria; mis padres (cuyos nombres callo por no ser á propósito decirlos) son de los dos mas antiguos y nobles solares que hay en las montañas de Burgos: de su matrimonio no tuvieron mas hijos que á un hermano mio y á mí; mi hermano dió la parte que á la juventud le tocaba, ya enamorando mujeres, y ya tratando con amigos de su misma edad, que con el ocio y regalo solo tratan de hacer travesuras, con que algunos excesos que hizo en este particular le tenian ausente de Granada, temeroso de la justicia, que le seguia los pasos para castigarle algunas travesuras: yo trataba solo del regalo de mis ancianos padres, y de acudir á mi labor, bien agena de otros entretenimientos que veia tener á mis amigas, ántes aborreciendo sumamente los que significaban que tenian, porque no sabia qué cosa era amor, ni aun ponerme á una ventana para ser vista, y así hacia donaire de cuanto me decian en órden á sus empleos amorosos: parece que tomó el amor por su cuenta la venganza de estas amigas de quien hacia burla, y así la ejecutó bien á mi costa; porque estando un dia mis padres fuera de casa, en la de un deudo suyo que se le habia muerto su esposa, sentí en la calle rumor de espadas, como que habia alguna trabada cuestion en ella, y púseme á ver lo que era á la ventana, que nunca tal pensamiento me viniera, pues de ponerle en ejecucion vengo á llorar ahora tantas desdichas; ví por mi mal acuchillar tres hombres á uno solo, el cual se defendia con tanto esfuerzo y valor, que por un rato estuvo á pié firme defendiéndose con mucho aliento, y ofendiendo á sus contrarios, de modo que tenia heridos á los dos en la cabeza, y él tambien lo estaba; con verse maltratados los tres procuraron concluir con la vida del que solo se les oponia, y así con la rabia de verse heridos le comenzaron á apretar de manera, que le fué fuerza irse retirando hasta la puerta de mi casa, á donde le dieron dos heridas en el pecho, de que cayó dentro en el zaguan de ella, casi sin aliento; movióme á compasion ver tratar tan ásperamente y con tanta ventaja á aquel bien dispuesto jóven, y bajé de lo alto al zaguan, llamando á mis criadas para hacer lo que pudiésemos por favorecerle, que la calle estaba en un barrio solo de gente, y así la que acudió fué poca y sin armas para ponerlos en paz: cerramos las puertas de casa y recogimos dentro al herido, haciendo luego llamar á un cirujano que tratase de su cura. Vino al punto, y haciéndole que se acostase, le dí por cama la que mi hermano tenia en unos aposentos bajos. Agradecido el jóven al agasajo que halló en mí, que comenzó por piedad y acabó en amor: vióle el cirujano las heridas, y por entónces no supo qué juzgar de ellas, aunque por mayor me dijo eran peligrosas: cosas que comenzaron á darme cuidado, porque de haberle visto con el valor que procedia en la pendencia, le estaba inclinada; él se me mostró muy agradecido á mi piadoso agasajo, manifestándolo con las razones que el poco aliento con que estaba le concedia. Vinieron mis padres de cumplir con su obligacion, y ántes de entrar en casa supieron de un vecino suyo, hombre de prendas y anciano, lo que pasaba, y como yo habia atajado la pendencia con haber dado entrada al herido en su casa, movida del celo de que no le matasen: holgáronse

de que hubiese usado de aquella piedad en tiempo de tanta necesidad con aquel hidalgo, que era á la condicion de ellos muy conforme, é inclinados á estas cosas. Vieron al herido y teniendo compasion de su desgracia, le animaron á que se esforzase, y ofrecieron servirle en su casa, y á mí me agradecieron el haber sido causa para que no le matasen, entrándole en ella, con que yo me animé á usar mas piedades con el herido, que hoy me cuestan caro. A la segunda cura dijo el cirujano no ser mortales las heridas, con que nos dejó á todos contentos, y á mí mucho mas, que cada dia crecia mi aficion; todas las veces que yo estaba desocupada, á hurto de mis padres, acudia á verle, y él mostraba de esto particular gusto. Era este hidalgo natural de Pamplona, y de lo mejor de aquella ciudad: asistia en Granada á un pleito que tenia con un poderoso contrario, y viendo este su poca justicia, y el rigor con que los jueces le habian de condenar, quiso con otro mayor echar por el atajo y librarse de su contrario, haciéndole matar á los tres, que criados suyos eran, por tener el pleito mas llano; bien pasó un mes primero que Leonardo (que así se llamaba el herido) se levantase de la cama, siendo en todo este tiempo servido y regalado en casa con mucho cuidado. El segundo dia que se levantó tuvo lugar de verse conmigo, por tener mi madre una visita á que yo no asistí, deseando hallar lugar para verme á solas con mi huésped. Él me significó su amor, y yo le correspondí con no desestimarle sus deseos, con que desde aquel dia quedó entre los dos asentado un firme amor. Poco habia que mis padres me trataban un casamiento con un hidalgo de Granada, que habia mostrado gusto de este empleo; y cuando yo habia tomado el del mio se prosiguió en esto con mas fervor. Supo Leonardo lo que pasaba y sintiólo notablemente; pero no pudo disponer de su persona hasta ver fenecido su pleito, tratando esto con mis padres: su sentencia la esperaba cada dia, y así luego que saliese tenia pensamiento de pedirme por su mujer. Con esto iba yo entreteniendo á mi padre para que no se apresurase en casarme con el de Granada. Acabó de convalecer Leonardo, y quedando muy agradecido al agasajo que se le habia hecho (que reconoció y pagó con muchos presentes, así de cosas de comer como de cosas de valor) se fué á su posada, tratando luego de que se feneciese con su pleito; pero en tanto yo le tenia muy malo, pues sin darme parte mi padre de lo que hacia en mi casamiento lo efectuó, é hizo las capitulaciones de él. Dióme luego cuenta de lo que habia hecho, que me atravesó el alma con aquellas nuevas tan penosas para mí. Vino el novio á verme, y halló en mí poco agasajo y menos gusto, con que salió bien digustado, cuando esperaba salir de mi presencia muy gustoso. Finalmente (como no era necio) echó de ver que el no estar yo gustosa nacia de mayor causa que del recato de doncella: y como habia sabido el hospedage del herido, presumióse que él habia causado este disgusto, habiéndosele anticipado en ganarme la voluntad; y con el zeloso furor que le procedió de esta sospecha, que era tan verdadera, procuró averiguarlo mas de raiz, por no hacer cosa de que despues se arrepintiese; que si esto hiciesen muchos, no saldrian los casamientos tan torcidos, prevenidos ántes de otros empeños: yo me ví en este con-

fusa; dí parte de esto á Leonardo, y él lo sintió mucho. Vióme aquella noche, que en otras acudia á verse conmigo, y en ella concerté salirme la siguiente de casa de mis padres, llevándome él á la de unas deudas suyas, para sacarme por el vicario al otro dia. Llegóse la hora esperada, bien desdichada para mí por lo que me sucedió; y saliendo de casa en compañía de mi amante, al doblar la esquina de la calle en que vivia, nos estaba esperando mi novio, que todas aquellas noches era un Argos en la calle para certificarse de sus sospechas, y saliéronle aquí mas verdaderas de lo que quisiera; y así luego que nos conoció, acompañado de dos criados suyos, acometió á Leonardo, que le cogieron descuidado; y fué de manera su acometimiento, que ántes que tuviese lugar de sacar su espada, ya con las tres sus contrarias se halló herido de tres estocadas mortales, con que cayó allí muerto sin hablar palabra. Al ruido de la pendencia sacaron luces los vecinos, con que los agresores huyeron temiendo ser conocidos. Ya en casa de mi padre habia alboroto, siendo en ella echada menos; lo cual conocido de mí, viéndome en esta confusion, afligida con la muerte de mi amante, solo tomé por remedio dejar los chapines, y con las basquiñas en la mano, á todo correr irme á casa de un conocido de mi padre, muy pobre y anciano, á quien dí cuenta de lo que me habia sucedido, y de cuánto importaba no parar en Granada; y así tomando un rocin, me puse en él, y caminamos hasta el primer lugar, donde en otra cabalgadura me ha traido hasta aquí huyendo de alguaciles y de mi padre, que en busca mia han partido, que esto hemos sabido en el camino: parecióme no entrar en Sevilla luego que llegué á ella, temerosa de que á sus puertas no me hallase quien me venia buscando; y así tomé por mejor acuerdo quedarme en esta quinta, donde á puras importunaciones mias el hortelano me albergó por aquella noche. Esta es la historia de esta desgraciada mujer, no teniendo otro consuelo en ella, sino haber hallado en vuestra quinta el agasajo que me habeis hecho; el cielo os pague obra tan pia, pues lo es muy grande socorrer á necesitados de favor, y que pasan por lances desdichados.

CAPITULO V.

Verifícase el hurto: engaña tambien Rufina á Garay, y ambos unidos toman el camino de Madrid.

Con lo fingido de la historia (la cual traia Rufina bien pensada) comenzó á verter lágrimas; de manera que el buen Marquina se lo creyó todo, y la acompañó en el llanto; afectos todos del amor que en su pecho iba obrando la socarrona Rufina: entre los dobleces del lienzo que enjugaba sus fingidas lágrimas, daba lugar para que sus ojos pudiesen ver las acciones de Marquina; y viendo cuánto se compadecia de su pena,

y lo bien que habia creido su mentida relacion, se dió por vencedora en la empresa que intentaba. Un buen rato estuvieron los dos, Rufina llorando, y Marquina consolándola, y aunque este consuelo no era á todo ofrecerle remedio, porque aun no habia soltado las riendas á su avara condicion, para que la liberalidad la echase de su corazon; considerando su buena cara, su afliccion y habérsele allí venido tan sin pensar, juzgó que el cielo se la trajo para gozo suyo. Era este el primer amor que Marquina habia tenido, y en cualquiera persona esta pasion primera siempre viene con tantos accidentes que excede á cuantas en este género hay en el discurso de una vida. ¿Ama Marquina? Sí, pues será liberal. ¿Admitió huéspeda? pues saldrá mal de su agasajo. ¡Oh amor, pasion dulce, hechizo del mundo, embeleso de los hombres, cuántas transformaciones haces de ellos, qué de condiciones mudas, qué de propósitos desbaratas, qué de quietudes desasosiegas, qué de pechos descompones! El de este avaro hombre, conocido en esto por inhumano con sus prójimos, le trocó amor; de manera que hizo un liberal de un mísero, y un Alejandro de un Midas: parecióle bien Rufina, amóla, y ya será señora de su voluntad y hacienda. Muchas cosas dijo Rufina en su relacion, que pudieran dejar sospechoso á Marquina de ser falsa, si la aficion con que la estaba oyendo no le cegara los ojos y cerrara los oidos, para que del discurso no pudiera conocer que le iba engañando; porque si Leonardo se anticipara á hablar á su padre en el empleo, claro estaba que no le negara á Rufina, teniéndole ventajas al otro pretendiente, en la voluntad que de parte de la dama tenia en su favor: con esto hubo otras cosas, que la bachillera de Rufina no previno, y la pudieran dañar para no salir con su intento: conténtese con haber hallado un amante, que por serlo creyera otras cosas menos verosímiles.

Lo que resultó de la bien llorada relacion de Rufina fué que á toda rienda Marquina la ofreció su favor, su hacienda, su vida y su alma, haciéndola señora de todo, y suplicándola fuese perdiendo la pena que tenia, que en casa estaba donde solo tratarian los que en ella asistian de servirla y darla gusto. Agradeció Rufina tan hidalgos ofrecimientos con nuevas lágrimas, que en ella era fácil el derramarlas, como en las mas mujeres cuando les importa; y con esto quedó señora absoluta de la voluntad de Marquina y de su hacienda, con horca y cuchillo para cuanto hacer quisiese de ella. El pensamiento de Marquina (enamorado de esta moza) era llegar á los brazos con ella, y caso que se resistiese despues de haber batallado con las dádivas y persuasiones (petrechos fuertes de un verdadero amante), cuando á todo esto le estuviese rebelde, llevárselo por la via de matrimonio, palabra que con la capa de honor que trae, se rebozan muchas mujeres, aunque para algunas es tan corta que les descubre sus defectos. El pensamiento de Rufina ya está dicho, que tiraba con espada estafante á hacer una herida á este avariento, que le dejase palpitando, sin meterse en otros laberintos, si bien promesas de futuro y conciertos de consorcio para adelante, no lo rehusaria ella, que era fácil en prometer, mas desde la burla de Roberto, difícil en el cumplir sin ver mucha luz delante.

Todo aquel dia se estuvo Marquina en la quinta sin acudir á sus negocios; pero estotro dia de mañana, dejando á su huéspeda durmiendo, se puso en su macho, y acompañado del negro se fué á la lonja, advirtiendo primero al ama que diese de almorzar á su huéspeda en despertando, y que tuviese cuidado con la casa: el aposento donde tenia su moneda dejó cerrado, y bajando abajo dió órden al hortelano que no dejase entrar á nadie en la quinta si no era al hombre de quien vino acompañada Teodora, que así dijo llamarse la disimulada Rufina: con esto se fué á la ciudad, adonde dió al negro hastante dinero para comprar regaladamente de comer. Levantóse Rufina, y la ama cumplió con su obligacion, regalándola con mucho gusto, porque vió que estas magnificencias redundaban en provecho de todos; bajó á la huerta y paseóse por ella, alabando la compostura de sus calles y la correspondencia de sus cuadros, que era el hortelano muy curioso y la tenia muy bien compuesta, adornada de muchos frutales, de muchas flores y yerbas extraordinarias. Viendo Rufina que entraba el sol algo recio se recogió á la casa, donde acaso vió una guitarra, que era del agente de Marquina por ser aficionado á la música, y como en ella era Rufina consumada, así de voz como de destreza, tomóla en sus manos, y habiéndola templado se entretuvo por un rato, haciendo sonoras falsas en el instrumento. En esta ocupacion estaba cuando llegó Marquina de la ciudad y pudo saber aquella gracia mas de su huéspeda, la cual habiéndole sentido venir, y que tambien la estaba escuchando, para amartelarle mas cantó este romance:

A competir con la aurora
Salió Clarinda en el valle,
A dar mas vida á las flores,
Y á dar mas gozo á las aves.
Viendo la luz de sus soles,
El sol sus rayos no esparce,
Que alumbrar donde le exceden
Fuera atrevimiento grande.
Deidad celeste la juzga
El Betis, y en sus raudales
Forma espejos cristalinos
Donde se mire y retrate.
Oponerse á sus primores
Pretendieron las beldades,
Cuando en igualdad compiten
Su belleza y su donaire.
Llegaron á la evidencia,
Y como les aventaje,
A hermosura tan valiente
Todas se rinden cobardes.
Su gala y su entendimiento
Hallan para acreditarse,
Si en las serranas envidia,
Aplausos en los zagales.
Feniso que atento adora

Sus luceros celestiales,
En su templado instrumento
Canta rompiendo los aires.
Aprisiona Clarinda las libertades,
Y ninguna que prende quiere rescate.

Acabó la letra con tan dulces pasos de garganta y tan sonoras falsas, que á Marquina le pareció no ser aquella voz humana, sino venida á la tierra de los celestes coros angélicos: aguardando estuvo á ver si asegundaba con otra letra; mas viendo que dejaba el instrumento, entró donde estaba, diciendo: Dichoso el dia, la hora y el punto en que mis ojos (reconociendo mi casa) se emplearon en tu vista, hermosa Teodora, pues de tan buen empleo ha resultado el conocimiento de tantas perfecciones y tan consumadas gracias; presunciones puede tener mi dichosa morada de cielo, cuando tal ángel la honra, tal deidad la vive, y tanto bien la ilustra: poco hago en exagerar esto segun la pasion tengo, que si conforme á ella y á la aficion que en mi pecho hay hubiera de alabar tu sugeto, Ciceron y Demóstenes quedaran cortos con su grande elocuencia. Paso, señor, dijo Teodora, mostrando tener empacho, que ya me conozco, y sé que le vienen muy grandes estas alabanzas á sugeto tan pequeño y humilde; y si entendiera que me ofades, dejara mi divertimiento, porque quien habrá oido las voces célebres que hay en esta gran ciudad, habrále parecido la mia muy mal, sino que es de pechos nobles favorecer humildades y darles mayor honor que tienen méritos Dejemos cumplimientos, dijo Marquina, encendido de amores, que vuelvo á reiterar lo que he dicho, asegurándoos, señora Teodora, que aunque he oido divinas voces en Sevilla (porque las tiene excelentes), esta vuestra puede competir con todas, con seguridad que las ha de exceder. Bésoos las manos, dijo Rufina, por el encarecimiento: yo me doy por favorecida, y quisiera que mis cuidados me permitieran continuar el daros gusto con este instrumento; mas son tan graves, que este rato que le he tomado, lo hice por probar si con él podia divertir la memoria de mis pesares. En mi casa, dijo Marquina, los he de ver acabar; y así porque yo os sirvo en ella con gusto y amor, servios de mostrar aliento en vuestra pena. Yo estimo, dijo Rufina, esa noble voluntad, adornada con tantas obras, y me esforzaré, pues lo mandais, cuanto pueda; mas no sé cómo será, viendo que aun quien me dejó aquí, ha tres dias que se olvida de mí. Eso no os dé cuidado, dijo el enamorado viejo, que causa forzosa le debe de obligar á no volver á veros. Yo presumo, dijo ella, que se debe de haber vuelto á Granada porque no le tengan por cómplice en mi fuga, y si esto es así, buena me ha dejado, llevándoseme lo poco que traia conmigo. No lo creais, dijo Marquina, que la lástima de veros en esta tierra, sola y afligida, no le dará osadía á dejaros y ausentarse, y cuando todo falte yo no os puedo faltar, que os amo ya con tantas veras, que no sé si soy el mismo que solia. Aquí encajó su pensamiento el enamorado Marquina, con que se declaró con su huéspeda. Ella, no dándose por entendida de la aficion, respondió solo á la oferta, agradeciéndole mucho su buen ánimo, esperando con efecto recibir de él siempre favor. Era hora

de comer, y estaba la mesa puesta, con que los dos se sentaron á ella, regalando Marquina á su dama con nuevos y exquisitos regalos, que donde asiste amor no hay pecho avariento; y así no lo era ya Marquina.

Habia concertado Rufina con Garay que viniese á verse con ella en las ocasiones que su amante estuviese fuera de casa, y que viniese en forma de pobre, de modo que no diese sospecha su hábito. Ella habia probado cuantos medios pudo para ver cómo se le podria hacer un buen hurto al miserable Marquina; mas era tan inexpugnable el aposento que su dinero encerraba, que mil veces se vió desesperada de buen suceso. Otros tres dias se pasaron sin que se viese con Garay, y en todos mostraba un descontento, que á Marquina traia no poco cuidadoso, porque esto le atajaba la osadía, para significarle mas lentamente su amor: en este tiempo pudo Rufina ver donde el viejo tenia las llaves de sus cofres, y considerar atenta la disposicion de su casa para lo que iba trazando.

Antes de anochecer, que aun no habia venido Marquina, estando Rufina puesta á una ventana que caia á la ciudad, vió llegarse á la quinta á Garay, en forma de pobre, con dos muletas; pidióle limosna, porque vió estar á Rufina acompañada de la hortelana; ella se la arrojó de la ventana, preguntándole de dónde era. Garay la dijo ser de Granada, con lo cual se alegró tanto, que dijo á la hortelana: ¡Ay amiga! vamos abajo, si gustais, que quiero hablar con este pobre, por si ha poco que vino de mi patria. Mostró complacerla la hortelana, y así bajaron las dos á la puerta de la quinta, mandando entrar en ella al fingido pobre, á quien preguntó Rufina, ¿que cuánto habia que saliera de Granada? Él la dijo, que habia como diez dias Con esto le hizo algunas preguntas generales, tan largas, que la hortelana, teniendo que hacer, acudió á las haciendas de su casa, y los dejó; cosa que los dos deseaban, y por eso dilataba Rufina las preguntas. Viendo, pues, á la hortelana ausente, entre los dos trazaron para la siguiente noche lo que despues oireis, conjurándose contra el buen Marquina, blanco á que tiraron ambos desde que habian salido á destruirle.

Con esto se despidió Garay, y Rufina se subió arriba, diciendo á la hortelana cómo habia sabido de aquel pobre muchas cosas de su patria, que la importaban para tratar de volver presto á ella: no le dió mucho gusto á la que se lo oia, ni despues al ama de Marquina, cuando se lo dijeron; porque con su ausencia temian ver á su señor volverse á su mezquina condicion, faltando la causa que le hacia liberal: y así todos sus criados vivian contentos con la huéspeda. Vino Marquina, y aquella noche halló á su dama con mas alegre semblante que otras, con que tuvo atrevimiento para significarle mas dilatadamente sus penas y amorosos deseos; no los despreció Rufina, ántes cariñosa mas que nunca, le dió algunas esperanzas de favorecerle, con que el buen viejo tuvo por cierto que aquella fortaleza se le comenzaba á rendir; y así para abreviar mas esta amorosa conquista, aquella noche le dió una sortija, que con este fin habia comprado para ella; era un diamante que valdria cincuenta escudos, cercado de unos pequeños rubíes. Mostróse agradecida la dama, y por fiesta de la dádiva quiso aquella noche entretenerle cantándole al-

gunas letras, si bien mostró poco gusto cantárselas en tan mal instrumento como tenia, ofreciéndole Marquina pedirla esotro dia una harpa, por verla inclinada á cantar con ella. Recogiéronse cada uno con varios pensamientos, Marquina deseando ser favorecido de Rufina, llevando intento de obligarla con dádivas para que lo h ciese, por saber que estas atajan las dilaciones, y Rufina trazando el modo con que abreviar con el hurto que pensaba hacerle.

El siguiente dia Garay, como cursado en semejantes lances de latrocinios, se previno de amigos, profesores de este ejercicio; y habiendo espiado á Marquina, aguardaron que estuviese ya para recogerse, que fué algo tarde, por haberle entretenido Rufina con ese ánimo. Bien serian las doce de la misma noche, cuando Garay y sus camaradas se llevaron consigo un hombre formado de paja, á quien pusieron con una capa rebozado. Este pusieron en frente de la principal ventana de la quinta, que era el cuarto de Marquina Allí, pues, le fijaron con un palo en el suelo; de modo que parecia estar en pié. Era la noche algo oscura, de suerte que les fué en esto muy favorable. Puesta aquella figura en aquel sitio, llamaron á la puerta de la quinta con grandes golpes, resonando el ruido de la aldaba por toda ella; de manera que á Marquina le halló este rumor comenzando á dormir el primer sueño: despertó algo alborotado por parecerle novedad que á aquella hora llamase nadie en su quinta, cosa que nunca habia sucedido despues que vivia en ella, por saber su recogida condicion, con que nadie le buscaba á aquellas horas: llamó á un criado suyo, é hízole que mirase quién llamaba á su puerta: el criado medio dormido salió á verlo, y como viniese de aquella manera preguntó que quién llamaba, mas no le respondieron; y no reparando en la figura fingida que estaba delante de la quinta á pié fijo, volvió á su señor diciéndole que no veia á nadie.

Sosegóse un rato Marquina, mas duróle poco este sosiego, porque con mayores golpes volvió á llamar Garay, que era el autor de esta tramoya. Con mayor sobresalto mandó Marquina á su sirviente que volviese á examinar quién llamaba: mas como le sucediese lo mismo, que no le respondiesen, dió esta nueva á su señor, con que le obligó á cubrirse con una capa; y así desnudo como estaba, púsose á la ventana, diciendo: ¿Quién llama á estas horas en mi casa? Tampoco tuvo respuesta, y mirando por el campo con mas cuidado que su doméstico, descubrió la figura de paja, que sin movimiento era el norte de este embeleco, y el principal personage de él, Marquina. Con notable pavor se halló Marquina entónces, viendo la persona que llamaba y que no le respondia; y así sacando fuerzas de flaqueza, le dijo en voz alta: Señor galan, si es como (1) que quiere darme, efecto de la ociosidad y travesura de la juventud, yo no lo sufro, y así le ruego de bueno á bueno que se vaya y no altere nuestro sosiego, si no gusta que yo le ponga en el camino de Sevilla con mas celeridad que quiera, disparándole un par de balas si mas vuelve á inquietarme. Con esto se quitó de la ventana, y cerrándola,

(1) *Como*, expresion familiar usada en aquel tiempo, que quiere decir: *dar vaya á uno ó matraca.*

se recogió á dormir; mas apenas queria entrarse en la cama, cuando con mayores y mas desatinados golpes volvieron á llamar. Obligóle esto á tomar luego una escopeta cargada, de que estaba siempre prevenido para guarda y defensa de su dinero, y con ella salió otra vez á la ventana; y viendo en el mismo puesto al que sin movimiento se estuviera en él si no le llevaban, dijo: Demasiado atrevimiento es porfiar en lo que no tiene mas provecho que inquietarme; ya la descortesía pasa del límite, y merece que con otra mayor se le pague: quíteseme, quien quiera que sea, de delante de mi casa, si no quiere le haga ir mal que le pese. Esto dijo, habiendo alzado el perrillo á la escopeta y apuntándole. Pues como viese el poco caso que de su amenaza hacia aquel inmoble personage, de materia tan leve, pensó que sin temor de que tuviese escopeta con que hacerle ir de allí se burlaba con él; y así requiriéndole por tercera vez que no le provocase á hacer una demasía, hallándole rebelde á tantas amonestaciones, se resolvió á disparar la escopeta, no para espantarle, como pudiera, sino para ofenderle; y así apuntándole muy de propósito, no le erró, metiéndole dos balas en el cuerpo de paja, dando con él en tierra.

Esto aguardaba Garay con mucho cuidado y no menor atencion; y viendo ejecutado lo que deseaba, al instante que cayó la figura del escopetazo, acudió con decir en lastimosa voz: ¡Ay, que me han muerto! y luego tras de esto hicieron rumor Garay y sus camaradas, como que se admirasen del fracaso. Sumamente se alborotó con lo que hizo nuestro Marquina, porque los miserables siempre son de corto ánimo, y todo aquello que va en órden á menoscabo de su caudal lo sienten mucho. Cerró su ventana, y despertando á Rufina con no poco alboroto (y tuvo poco que hacer en esto, pues no dormia con el cuidado de ver bien entablada su pretension) la dió cuenta de esto que habia hecho; ella mostró pesarle mucho, reprendiéndole haber tomado aquella cruel resolucion, diciéndole que pues habia conocido ser como, y que en su casa estaba seguro, podia haber dejádolos llamar cuanto quisiesen á su puerta, que mas llevadero era pasar con inquietud, que no ahora con sobresalto poniéndose en trabajo por una muerte. Con esto le dijo otras cosas, con que el pobre Marquina se halló confuso y lleno de temor, sin saber qué hacerse. Aconsejóle Rufina que si queria su quietud se fuese luego á San Bernardo á retraerse; porque era cierto, si aquel hombre se hallaba á la mañana muerto allí, el prenderle á él, por estar mas cercano á su quinta que á otra parte. Ya Marquina no quisiera haber nacido, y afligíase de modo, diciendo tantos desatinos, que si á Rufina no le importara valerse de la disimulacion, se riera mucho de verle. Despertó á toda su familia, dióles cuenta del caso, y todos le afeaban el haberse precipitado á lo que hizo; con que el pobre viejo estaba para perder el juicio: considerábase en manos de la justicia, su dinero en poder de sus ministros, expuesto á su disposicion, y su vida á riesgo de perderla si confesaba su delito en algun rigoroso tormento, no discurriendo en que la defensa es natural á cualquiera.

Lo que se resolvió en estas confusiones fué en ausentarse Marquina, yéndose á San Bernardo; mas no sabia en qué poder dejase el dinero.

Fiarle de sus criados, no le estaba á cuento; llevarle en casa de algun amigo (que tenia pocos por su exquisita condicion) tampoco habia lugar para hacerlo. En esta perplejidad se hallaba, sobre que pidió consejo á Rufina. Ella, mostrándose afligida, y no menos temerosa que él, no se resolvía en aconsejarle, si bien el final acuerdo ya le tenia en su mente maquinado, que es el que al fin se vino á ejecutar; y así, lo que dijo fué: ¿si se hallaba con algun dinero? Marquina le confesó de plano tener en su casa cuatro mil doblones, sin otros dos mil ducados en plata doble. Pues lo que yo haria, dijo la taimada moza, puesto que por ser cosa pesada no se puede llevar á esta hora sin verse, á casa de un amigo, que lo enterreis en esta quinta, en parte que sea despues hallado, poniendo alguna señal por donde sea conocido el lugar que lo atesora; y esto debe ser hecho por vuestra mano, sin que ninguno de vuestros criados lo vea, por el peligro que corre de que os le roben, supuesto que yo no puedo tampoco asistir aquí, que os fuera fiel guarda de todo; porque es cierto que si la justicia viene y me halla, he de ser la primera que prenda, y no deseo verme en tal peligro, despues de haber salido de los que os he dado cuenta. En medio de su afliccion, Marquina, oyendo esto á su huéspeda se enterneció sumamente de verla con tal desasosiego por su causa, con que era cierto el perderla, y así se deshacia en llanto Animóle Rufina porque llegase á efecto lo que deseaba tanto; y así, habiendo mandado á los criados que se recogiesen á sus aposentos, y que de ellos no saliesen, él y Rufina (de quien solo hizo confianza, por el mucho amor que la tenia) fueron adonde estaba el dinero. Teníale en un cofre barreado de hierro, con una llave tan extraordinaria, que fuera imposible falseársela, ni sacar aquella moneda de allí si no era por aquel camino que Rufina habia tomado, saliéndole bien su traza. Sacaron la moneda, y depositándola en un pequeño cofrecillo la que era en oro, le llevaron á la huerta, donde con un azadon le hicieron una honda sepultura y le dejaron sepultado, dejando á un lado lugar para seis talegos, en que estaban los dos mil ducados en plata, que los fueron llevando con harto trabajo, por ser Marquina viejo, y ella mujer no usada á tales ejercicios de cargarse peso á sus hombros.

Pues como fuese depositado todo el dinero en aquella sepultura, dejaron encima de ella una señal, bastante para ser conocido el lugar, y la tierra movediza la disimularon con cubrirla de yerbas que de la huerta arrancaron: con esto Marquina reservó para sí doscientos escudos en oro, que tenia en un escritorio, y cincuenta que dió á Rufina para que lo pasase en alguna parte, hasta ver sosegado aquel alboroto. Con esto se subieron á lo alto de la quinta, y vieron desde allí andar gente en el campo con luz, que eran Garay y sus camaradas fingiéndose justicia: así estaba concertado entre Rufina y él, y ella le dió aviso de esto á Marquina, aconsejándole no parase mas en la quinta, sino que se fuese á San Bernardo, llevándola á ella tambien. Para conseguir esto, hubieron de salirse por las tapias de la quinta, por no poder abrir la puerta, que á ella llamaban ya los interlocutores en esta farsa, con el imperio de si verdaderamente fueran ministros de justicia. Toda la familia de Mar-

quina le siguió por las tapias, que no quiso verse por su causa en poder de justicia, pagando su inocencia lo que él habia pecado con malicia; y así dejaron desamparada la quinta al tiempo que ya queria amanecer. Marquina y su dama aguardaron entre unas huertas á que fuese bien de dia, para que abriesen en San Bernardo, adonde se entraron luego que vieron abierta la puerta de la iglesia. Con atento cuidado habia estado Garay, hasta que vió lograda la fuga de Marquina y su gente. Y así luego que fueron dos horas de dia ya pasadas, acudió á este monasterio vestido de estudiante, por disimularse mejor; allí habló con Rufina sin que lo viese su amante, porque su miedo era tal que se habia ya retirado á lo mas secreto del convento; y despedido de ella, quedando concertado entre los dos que le viniese allí á ver, y á dar aviso de lo que pasase, dió cuenta Rufina á Garay cómo dejaban enterrado el dinero; pero mintióle en la cantidad, no confesándole haber mas que lo que se ha referido haber en plata; y esto lo hizo con el fin de ocultar de él la mayor partida, que estaba en oro, por lo que despues sucediese, por si podia ella aprovecharse de él, porque no tuviese parte en todo.

La siguiente noche, á mas de las doce, vino Garay y otro amigo acompañando á Rufina que venia en hábito de hombre, por disimularse mejor, y con su ayuda saltó las tapias de la quinta, y quedando ellos atendiéndola fuera de ella, hasta ser avisados que habia seguridad. Lo primero que hizo la astuta moza fué irse adonde habia dejado escondido el azadon, y con él desenterrar el cofrecillo de oro, y volver á cubrir la plata con tierra y luego depositar en otro escondido lugar su cofre, para que no se hiciesen los cómplices partícipes de toda la cantidad. Luego llamó á Garay y su compañero, y los dos desenterrando la plata cargaron con ella, y fuéronse todos tres á una posada que tenian fuera de Sevilla, y apenas los dejó durmiendo Rufina, cuando en el mismo trage volvió con un ánimo, mas que de mujer, por su reservado tesoro; y aunque hubo harta dificultad en poderle sacar por el peso, al fin salió de ella bien, volviéndose á su posada sin haber sido echada menos de sus compañeros. El siguiente dia y otros dos, habiendo contentado á los interesados con poca moneda, y habiéndose estofado Rufina dos almillas de aquellos doblones de Marquina, dejaron á Sevilla ella y Garay, que no quiso desampararla conociendo de su sugeto cuántas medras se le habian de seguir en su compañía. Tomaron los dos el camino de Madrid, donde los dejaremos por volver á nuestro retraido Marquina.

CAPITULO VI.

Descubre Marquina el robo: cuéntase el viage de Rufina y Garay: personas con quienes se reunieron en Carmona: da principio un pasagero á la novela de « Quien todo lo quiere, todo lo pierde. »

Estaba, pues, el mísero Marquina, afligido de ver que en cuatro dias no hubiese vuelto á verle Rufina (que él tenia por Teodora), y así se valió

de un monge de aquel monasterio, persona inteligente en Sevilla, para que le supiese qué diligencias hacia la justicia contra él, y qué se decia de la muerte. El monge lo tomó muy por su cuenta, y habiendo corrido por las partes donde de esto se podia tener noticia, no hubo nadie que le pudiese dar razon de lo que deseaba saber, con que volvió á decírselo á Marquina, muy contento de que pudiese libremente salir, dejando aquel retiro: con todo, él no se fió de lo que el religioso le aseguraba; y así una noche se fué á casa de un confidente amigo suyo, á quien dió cuenta de su desasosiego, y él tomó á su cargo saber lo que habia. Hizo la misma diligencia que el monge, y no halló rastro de nada. Acudió á la quinta, y con la llave maestra de la puerta de ella, que le dió Marquina, la abrió, y la halló sola de gente, y el macho de su amigo muerto; porque como nadie pudo cuidar de su sustento, acabó con la vida. De todo dió cuenta á Marquina, aconsejándole que podia salir y pasearse como de ántes, con que él se holgó de haber perdido el macho, á trueque de verse vuelto á su quietud y sosiego, si bien no dejaba de sentir el no le haber buscado Rufina, que la habia cobrado grande aficion; mas atribuíalo á que como era mujer estaria retirada por temor de la justicia. Volvió á su quinta, y á ella volvieron el hortelano y su mujer con los demas criados, que todos andaban á sombra de tejado, como dicen, hasta ver sosegado aquel alboroto que en tanto miedo les puso.

La noche misma que Marquina fué á dormir á su quinta no quiso hacerlo sin haber vuelto su dinero al cofre que le guardaba; y así, acompañado del hortelano, con una luz bajaron á la huerta, acudiendo á la parte donde habian dejado la moneda en el cofrecillo y en los talegos, y guiándose por la señal que él y Rufina habian dejado para acertar con ello, no la hallaron; con que Marquina se alborotó no poco. Buscáronla por todo aquel contorno, mas fué en balde, que Rufina la habia quitado de su lugar para que anduviese hecho loco en busca de su dinero: una y muchas veces paseó aquel sitio, con tanto cuidado como sobresalto; mas por aquella noche no dió con la señal, norte por quien se habia de guiar; con que el mísero Marquina perdia el juicio, haciendo cosas de loco. El hortelano no sabia qué era lo qué buscaba, ni para qué fin le habia traido allí, y así con lo que le veia hacer le tenia admirado. Resolvióse el afligido Marquina á no tratar de nada por aquella noche, y así con esta pena se fué á acostar, mejor diré, á estar penando toda aquella noche, que así la pasó: mas apenas la luz del dia entró por los resquicios de sus ventanas cuando se levantó, y llamando al hortelano, volvieron al lugar mismo en que la noche ántes habian estado; buscó la señal, y fué cansarse, con que se resolvió en hacer cavar todo aquel lugar: hízolo el hortelano, y lo que de esto resultó fué hallar los dos hoyos que fueron sepulcro de la moneda y cofrecillo; con que el miserable Marquina acabó de rematar con su juicio, arrojándose en el suelo y dándose de bofetadas en el rostro, diciendo y haciendo cosas, que causaba lástima á los que presentes se hallaron, que eran sus criados, los cuales vinieron á entender haber perdido su dinero, ó lo mas cierto, habérsele robado por órden de Rufina: confirmóse esto con que la hizo buscar por toda Sevilla;

mas ya la tal moza se habia puesto en cobro, mudando tierra, y llevándose el dinero del miserable viejo, que con tanto afan le habia adquirido. Él estuvo del pesar algunos dias enfermo, y en Sevilla fué celebrado el hurto, holgándose muchos de que fuese así castigado quien tan pocas amistades sabia hacer con lo que le sobraba.

Luego que Rufina dió el salto en la moneda al miserable Marquina, le pareció no aguardar á que con diligencias fuese buscada de la justicia, como lo hizo el agraviado: y así la noche siguiente, en dos mulas que buscaron ella y Garay, se fueron á Carmona, ciudad que dista media jornada de Sevilla, quedando concertado que un coche que iba á Madrid al pasar por aquella ciudad los llevase, para lo cual dejaron pagados los dos principales lugares de él. En Carmona se apearon en un buen meson, donde encubierta Rufina determinó aguardar el coche, disponiendo en tanto lo que habia de hacer de su persona, señora ya de ocho mil escudos, en doblones de á cuatro y de á dos, caudal de aquel miserable, que con afan, vigilias y ayunos los habia grangeado, pasando mares y conociendo nuevos y remotos climas; que esto tiene grangeado el que es esclavo de su dinero, de quien la avaricia se apodera, que hubo muy pocos en Sevilla que no se holgasen de su hurto, por verle tan codicioso y tan poco amigo de hacer bien á nadie, que aun con ser interés suyo y en bien de su alma, pocas veces le vieron hacer alguna limosna: escarmienten en este los avaros, considerando que si Dios les da bienes es para que con ellos aprovechen al prójimo, y no sea su ídolo su dinero. Volvamos á nuestra Rufina, que estaba en Carmona esperando el coche en que habia concertado irse á Madrid, por parecerle que aquella córte era un *mare magnum*, donde todos campan y viven, y que ella pasaria mejor que otra con su moneda, si bien adquirida en mala guerra, que son bienes que pocas veces lucen, grangeados por mal modo.

Llegó, pues, el esperado coche á Carmona, ocupado de seis personas, porque ocho es la tasa de los coches de camino, si ya no excede de ella la codicia de los cocheros, embaulando en ellos otras dos. Venian en el coche un hidalgo anciano, con su mujer, un clérigo y dos estudiantes, con un criado del clérigo, que era mozo de quince años. Ya sabian los caminantes que en Carmona estaban Rufina y su pedagogo Garay, para ocupar los dos asientos principales del coche, y así se los desembarazaron esotro dia á la partida de allí; mas Garay, que era hombre comedido, no quiso que le tuviesen por grosero, y así cedió su lugar á la mujer de aquel hidalgo, que ocupó el lado izquierdo de Rufina, y él se acomodó con su esposo á la proa del coche. Pues asentado esto para todo el camino, partieron de Carmona un lúnes por la mañana: era esto en el mes de setiembre, al principio de él, cuando las frutas estan en la mejor sazon. Iban todos los caminantes muy contentos con llevar tan buena compañía, y Rufina y Garay mucho mas con la gentil mosca que habian pillado al buen Marquina: el hidalgo era hombre entretenido: el clérigo de excelente humor: los estudiantes no menos agradables; y así no se sentia el camino, hablando en varias cosas, deseando cada uno mostrar sus gracias, en particular el clérigo, que dijo ir á la corte á imprimir dos libros que habia compuesto, donde

habia de sacar licencia para darlos á la estampa. Era el hidalgo (que se llamaba Ordoñez) curioso, y quiso saber de qué materia trataban : respondió el licenciado Monsalve (que este nombre tenia el clérigo) que eran de entretenimiento, por ser cosa que mas se gustaba en estos tiempos, y que el uno se intitulaba : *Camino divertido*, y el otro, *Flores de Helicona*. El primero constaba de doce novelas morales, mezcladas de varios versos á propósito; y el de Helicona, de rimas que él habia escrito estando estudiando leyes en Salamanca; y añadió á esto que si no fuera molesto les entretuviera con el primero los ratos que hiciera pausa la conversacion.

Rufina, que era amiga de tales libros, y cuantos de este género salian los habia de leer, dióle deseo de ver el estilo con que escribia el licenciado Monsalve; y así le rogo mucho que si no le era de enfado sacar el libro, estimaria oir de él una novela : porque se prometia que de su buen ingenio seria muy bien pensada y mejor escrita. Señora mia, dijo Monsalve, todo cuanto yo he podido ajustarme á lo que se escribe en estos tiempos, lo he hecho; mi prosa no es afectada de modo que cause enfado á los que la leyeren, ni tampoco, tan baja de voces que haga el mismo efecto : procuro, cuanto puedo, no cansar con lo prolijo, ni desagradar con lo vulgar : esta prosa que hablo es la que escribo, porque veo que mas se admite lo natural que lo afectado y cuidadoso : y es atrevimiento grande escribir en estos tiempos, cuando veo que tan lucidos ingenios sacan á luz partos tan admirables cuanto ingeniosos, y no solo hombres que profesan saber humanidad, sino tambien damas ilustres, pues en estos tiempos luce y campea con felices aplausos el ingenio de Doña María de Zayas y Sotomayor, que con justo título ha merecido el nombre de Sibila de Madrid, adquirido por sus admirables versos, por su felice ingenio y gran prudencia : habiendo sacado de la estampa un libro de diez novelas, que son diez asombros para los que escriben este género; pues la meditada prosa, el artificio de ellas, y los versos que interpola, es todo tan admirable, que acobarda las mas valientes plumas de nuestra España. Acompáñala en Madrid doña Ana Caro de Mallen, dama de nuestra Sevilla, á quien se deben no menores alabanzas, pues con sus dulces y bien pensados versos suspende y deleita á quien los oye y lee : èsto dirán bien los que ha escrito á toda la fiesta que estas carnestolendas se hizo en el Buen Retiro, palacio nuevo de su magestad, y décima maravilla del orbe, pues trata de ella con tanta gala y decoro como mereció tan gran fiesta, prevenida mucho dias ántes, para divertimiento de las Magestades Católicas. Esto decia el licenciado Monsalve, buscando al mismo tiempo en su maleta el libro de las novelas; y habiéndole hallado, con atencion y gusto de todos los del coche los entretuvo con esta novela, que leyó en alta y clara voz para divertir el camino.

NOVELA PRIMERA.

QUIEN TODO LO QUIERE, TODO LO PIERDE.

Valencia, ciudad insigne de las que tiene nuestra España, madre de nobilísimas familias. centro de claros ingenios, y sagrario de cuerpos de gloriosos santos. fué patria de don Alejandro, caballero noble, mozo y de grandes partes, que saliendo de doce años, en compañía de un hermano de su padre, que iba por capitan á Flandes, aprobó en aquellos paises tan bien, que mereció sustituir la gineta de su tio, por muerte suya, asistiendo en servicio del católico Felipe III, contra aquellas rebeldes provincias, doce años continuamente, mereciendo por sus servicios un hábito de Santiago, con grandes ayudas de costa. En Amberes asistia, en el tiempo que por lo rigoroso de los frios hace pausa la milicia, cuando le vino nueva cómo su padre habia pagado de la postrer deuda, por cuya muerte heredaba don Alejandro su mayorazgo, que siendo su primogénito, y pudiendo estar en vida regalada y viciosa, como otros muchos caballeros, quiso, huyendo del ocio blando, ántes asistir mas en los peligros de la guerra, sirviendo á su rey, que no entre las delicias de la patria. dando motivo á que murmurasen de él: consideracion que debieran tener muchos, que no aspiran á mas que gozar de sus comodidades en vida libre, si lo son aquellas que desdoran su noble sangre. Viendo, pues, don Alejandro que por muerte de su padre le importaba ir á dar una vista á su patria Valencia, á poner su hacienda en razon, pidió licencia al serenísimo archiduque Alberto, que visto el pedírsela con legítima causa, se la dió, honrándole mucho por haberle prometido volver muy presto á servir debajo de su mano, cuando otros pensaban que se iba á retirar.

Llegó á Valencia, donde fué alegremente recibido de sus deudos y amigos Comenzó á poner en razon las cosas de su hacienda, sin atender á los entretenimientos en que se ocupa la juventud; porque aunque era soldado, fué dado muy poco al juego, virtud que la ejercen pocos hombres mozos, y que se debe estimar en estos tiempos; porque el distraimiento del juego es tal, que de él nacen mil daños, como se experimentan en lastimosos sucesos. que de él han procedido: teatro ha sido Valencia de algunos. Tampoco don Alejandro trataba de amores, no obstante que tenia tan buena ocasion de emplearse con tan hermosas damas como ilustran aquella célebre ciudad. En lo mas que se ejercitaba este caballero era en hacer mal á caballos, teniendo cuatro, que compró en Andalucía, hermosísimos y de grandes obras: en estos salia en las fiestas de toros,

que aquella ciudad celebraba, á romper algunos rejones, con que se llevaba la fama del mayor toreador de España.

Suelen en Valencia, cuando comienza la primavera, salir las mas familias de aquella ciudad á hacer la seda fuera de ella, en amenas alquerías que hay cerca, y esta ocupacion dura desde principio de abril hasta mediado de mayo. Pues como un dia saliese don Alejandro al campo á caballo, paseando por la amena y deleitosa huerta de Valencia, á la parte que llaman del monasterio de Nuestra Señora de la Esperanza, habiendo gastado toda la tarde en pasear por aquellos amenos jardines, gozando del suavísimo olor del azahar, que producen tantos naranjos como aquel fértil terreno tiene, al tiempo que el sol dejaba el valenciano horizonte, pasó por una alquería que alindaba con los claros cristales del Turia, y oyó dentro tocar una arpa con superior destreza. Detuvo el paso á su caballo, pareciéndole que querian cantar, y estuvo largo rato esperando á esto; mas quien la tocaba, ocupada en hacer diferencias en el sonoro instrumento, no ejecutó lo que muchas veces habia emprendido, que era dar la voz al viento. En esto cerró la noche, y don Alejandro, pagado del ameno sitio, dió su caballo al lacayo, y haciéndole apartar de allí, él atendió solo debajo de un verde balcon, á ver quien tocaba el arpa; mas á poco rato vió hacer pausa á sus varias diferencias, y que mudando de lugar, ocupaba en una silla el lado izquierdo del balcon, á quien servia de espejo el cristalino rio: aquí vió á una dama, que con la misma arpa, en mas fresco sitio (gozando del viento manso que entónces corria) volvia á su gustoso ejercicio. Y despues de haber un rato hecho otras nuevas diferencias, cantó estos versos con dulce y sonora voz:

Parabienes dan las flores
A los cristales del Turia,
De que la rosada aurora
Entre zagales madruga.
Las avecillas alegres,
Hechas cítaras de pluma,
En sonorosas capillas
Con motetes la saludan.
Las fuentecillas risueñas,
Que entre amenidades cruzan
Haciendo sierpes de plata,
Mas aplauden que murmuran.
Cuando Belisa penando,
Por dar pausa á sus augustias,
En su templado instrumento
Esto canta á quien la escucha.
Vientecillos suaves,
Que correis ligeros,
Decidle mis ansias
A mi ausente dueño.
Que despues que en su ausencia sin él me veo,
Con firmeza esperando, vivo muriendo.

La suavidad de la voz, y la destreza con que la acompañaba con el arpa, suspendieron á don Alejandro de modo que no quisiera que cesara, ni él apartarse de aquel lugar. Dejó la dama su instrumento, y poniéndose de pechos en el balcon, pudo (aunque era de noche) ver al atento caballero, que viendo tan cerca la ocasion, no la quiso dejar pasar; y así llegándose cuanto cerca pudo la dijo: Dichosísimo el ausente que merece que tan regalada voz celebre su ausencia: mucho quisiera saber quién es, para darle por alegres nuevas la dicha que tiene. Algun sobresalto mostró la dama, cogiéndola descuidada aquellas razones; mas cobrándose, aunque no conoció por entónces á quien se las decia, le respondió: No cae sobre suceso de ausencia ni algun cuidado el haber cantado esta letra, y así os excusaré la diligencia de dar á ningun ausente nuevas de que es favorecido. ¿Qué certeza puedo yo tener de esto, dijo don Alejandro, cuando en lo penoso del dejo conozco pasion en vuestro pecho? ¿Qué os puede importar tenerla? dijo ella. Ya mucho, dijo él, que no es tan flojo hechizo el de vuestra voz que no haya hecho sus efectos en este oyente, y así solicita el cuidado seguridades para vivir en su empleo gustoso. Causóle risa á la dama oir esto á don Alejandro, y díjole: ¡Qué bien hacen las mujeres que son lisonjeadas en no creer á los hombres, pues nunca les tratan verdad! ¿En qué juzgais que no son verdaderos, dijo él? En que si como vos encarecen sus finezas, replicó ella, habiendo tan poco tiempo que aquí estais, ¿cómo les deben dar entero crédito? Pues por solemnizarme lo mal que he cantado ponderais que es hechizo mi voz, haciendo quien la oye mucho con su cortesía, en esperarla tres coplas de un tono. No os arrojeis por el suelo ni desprecieis mi verdad, dijo él, dándola otro nombre; vuestra voz es singular, los accidentes con que habeis cantado lo serán tambien, pues es cierto se dirigen á la causa de la letra; solo le faltó por colmo otra de zelos, si no es que vivais tan segura que no os los podrá dar.

Mejoróse del lugar la dama para hablar mas de propósito con don Alejandro (aunque no le conocia) por pensar que con algun fundamento lo hablaba tan misterioso, y así le dijo: Si lo que me ponderais el hechizo es tan verdadero como vuestra sospecha, bien puedo afirmarme en que sois de profesion lisonjero; y así os suplico (por mi abono lo digo) que la afliccion de una necia melancólica no la atribuyais á pena de ausencia, que nunca he sabido qué es tenerla por nadie, ni tampoco la pienso tener. Diera yo porque eso fuerta cierto, dijo él, cuanto poseo. ¿Y es mucho? dijo ella. Poco es, replicó él, respecto del sugeto por quien lo ofrezco; mas lo mismo fuera ser señor del mundo, que todo lo diera por bien empleado. Sin duda que hoy me levanté con buen pié, dijo la dama, pues oigo en mi favor tantos, que me dejáran envanecida si pensara que tenia partes para sin ser vista enamorar, y á fe que á verme de dia no confirmárades lo dicho con tanto afecto. Con lo oido, dijo él, no me puedo engañar, y así por fe presumo que quien en esa gracia es tan consumada, lo será tambien en las demas de que carezco, por serme poco favorable la noche: y pues no os digo esto de rayos y esplendores, de que se valen los que halagan con las palabras, y lisonjean con los men-

tidos afectos, creereis de mí que comienzo á amaros con verdades. Ahora bien, yo os quiero comenzar á creer, si me decis quién sois, dijo ella. Mereceré primero con mis finezas, replicó él, para que su valor supla el que me falta en la calidad. Ahora os tengo por hombre de partes, dijo ella, pues esa desconfianza teneis de vos, y habréisme de perdonar, que me llaman para una visita, y es fuerza irme por no dar nota con que me hallen aquí. ¿Pues sereis servida, dijo don Alejandro, de dejaros ver mañana en este puesto á estas horas? No sé si podré, dijo ella; mas venid, que eso es merecer, aunque yo no salga. Yo estaré aquí, replicó el ya aficionado galan, mas fijo que los sillares que sustentan este cielo que os atesora. Mucho llevo que pensar en eso de encarecer, dijo ella: para otra vez venid enmendado de hipérboles, que no soy amiga de oirlos, por tener por fabulosos á todos los que en ellos tratan, y mas con el conocimiento que tengo de lo poco que valgo. Con esto hizo una gran cortesía, y se quitó del balcon, pesándole á don Alejandro que tan presto se ausentase de él, que quedó muy picado, así de su voz como de su entendimiento, y deseaba saber quién fuese con grandes veras. No se apartó la dama menos cuidadosa que el galan, porque luego mandó á un criado suyo que supiese quién era, y le siguiese hasta saberlo: hízolo así, no costándole mucho la diligencia, porque á pocos pasos le vió poner á caballo, y le conoció, volviendo con el aviso á su ama, que no se holgó poco de saber que fuese don Alejandro, de quien habia oido tantas alabanzas; y visto hacer tan bizarras suertes en la plaza con los toros.

CAPITULO VII.

Prosigue el pasagero la novela de « Quien todo lo quiere todo lo pierde. »

En llegando don Alejandro á su posada, quiso informarse de un vecino suyo quién era la dama con quien habia hablado, y dándole las señas del puesto de la alquería, supo de él llamarse doña Isabel (el apellido se calla), dama de grande calidad y partes en aquella ciudad, igualando su hermosura con su grande entendimiento. Fué esta dama hija de don Berenguel Antonio, un bizarro caballero que sirvió en la guerra muchos años, y ya dejadas las armas se habia casado en anciana edad, de quien procedió esta hermosa dama, que entónces se hallaba sin sus padres, heredera de una corta hacienda; porque la de don Berenguel era de una encomienda que la magestad de Felipe II le habia dado por premio de sus servicios. Esta dama estaba en compañía de una anciana tia suya, que lo mas del tiempo estaba enferma, y habíanse retirado á hacer la seda en aquella alquería: de todo se informó don Alejandro largamente, aunque de lo esencial de las partes de doña Isabel tenia ya bastantes noticias, porque en toda Valencia no se celebraba otra cosa que su claro ingenio y agudo en-

tendimiento, extendiéndose hasta hacer muy lindos versos : gracia que se debe estimar en una dama de las partes referidas. No habia visto don Alejandro á esta dama, y deseaba, aun ántes de haberla hablado, verla, y desde que supo ser el dueño de aquella alquería acrecentósele mas este deseo, con el cual procuró algunas veces salir al campo con ganas de toparse otra ocasion como la pasada; pero no tuvo tal dicha, por estar la tia de doña Isabel aquellos dias enferma, y no se apartar de su lado.

Bien se pasaron mas de quince dias, en los cuales doña Isabel pudo, con la mejoría de su tia, hallarse en un velo que se daba á una monja en el monasterio real de la Zaidia, que estaba vecino á esta alquería. Hallóse en esta fiesta lo mas lucido de Valencia, así de caballeros como de damas, y nuestra doña Isabel fué de embozo con una criada suya á ella. Acertó á sentarse en una capilla de la iglesia algo oscura, y viendo don Alejandro no hallarse allí con las demas señoras, lo que ya le daba cuidado, tuvo sospecha que quizá seria alguna de las que estaban de embozo en la capilla, y así se fué á ella con otros dos amigos, y llegándose á la dama, les dijo á los amigos : Agravio hacen estas damas á la señora monja en retirarse de lo que todos gozan; pero atribúyolo á que deben ser poco inclinadas á aquel estado, pues aun no quieren ver cómo se profesa en él. Holgóse doña Isabel con la presencia de don Alejandro (á quien ya habia visto en la iglesia) y quisiérale menos acompañado que venia; mas disimulando la voz le dijo : Como no somos de las convidadas á esta fiesta, no cumplimos con todos los requisitos que hacen las que lo son; y en cuanto á retirarnos de carecer de ese acto, como se ha visto otras veces, no le vemos esta, porque en una basta para saber lo que es la que hubiere de elegir el estado de monja. Segun eso, dijo un amigo de don Alejandro, vos no sereis de las que le apetecen. No digo nada hasta ahora, porque eso ha de venir por vocacion, y yo no la he tenido. Ya en eso, replicó don Alejandro, nos dais á entender que por lo menos no sois casada, pero que deseárais serlo. Yo no tengo que dar cuenta, dijo ella, del estado á que me inclino, y mas á quien está léjos de deudo mio, para que apruebe mi buen propósito. ¿Pues no dareis lugar con declararos, dijo él, para que sepamos cuál camino elegis ? ¿Cuál me aconsejárades vos? dijo ella. El de casaros, volvió don Alejandro, habiéndola ya conocido. Y si no tengo partes para serlo, dijo ella, ni en la posibilidad ni en la persona, ¿qué he de hacer? A faltar todo, dijo él, olvidaros de vos misma, que quien no es para monja ni casada, debe quedarse neutral por incapaz. Podré seguir ese consejo, dijo ella. Si vos sois servida, dijo don Alejandro, de descubrir lo que oculta vuestro manto, yo os daré consejo mas á propósito : esto dijo acercándose mas á ella, á tiempo que doña Isabel pudo cuidadosamente descubrir uno de sus hermosos ojos, que vieron los dos amigos. Si eso me ha de costar, dijo ella, bien me estoy cubierta, aunque por el consejo pudiera atreverme contra mi opinion. Ese atrevimiento, dijo don Alejandro, no la agraviara, que ya hemos visto señales que nos aseguran que podeis elegir el estado del matrimonio, premiando con gran dicha á quien mereciera vuestra mano; y sin ver mas me ofrezco á ser el que se dispusiera á tan gustoso empleo; á lo mismo se

ofrecieron sus dos amigos, pagados de su donaire y de la muestra que dió de su perfeccion. Hay dicha como la mia, dijo la dama, que por un descuido que he tenido hallé tres pretendientes para mi remedio.

Ahora bien, yo quiero tratar de él, pues carezco de quien me le busque: sepa yo las partes de los que se me ofrecen á elegirme, que conforme á ellas haré eleccion del que mas tuviere. Cada uno, en donairosas burlas, comenzó á exagerar sus partes con ridículos disparates, y á deshacer las de sus amigos, con que se rieron un rato, entreteniendo el tiempo, aunque no era á propósito el lugar en que tenian esta conversacion; porque los templos no son lonjas de ellas, sino casas de oracion, que así las llamó Cristo.

Despues de haberles oido el informe de su abono la dama, dijo: Yo quedo informada y advertida de lo mucho que merecen caballeros de tantas partes y calidad: consultaré con la almohada quién ha de ser el preferido de los tres: aunque, si va á decir verdad, yo tengo del uno algo mas informe, y aun experiencia de que es bien entendido, y este creo que me ha de inclinar á que le admita, si no teme que yo tenga otro empleo, que le juzgo receloso. Con esto entendió don Alejandro que por él se decia aquello, por lo que entre los dos habia pasado la primera vez que habia hablado con doña Isabel. Era hora de irse el acompañamiento de la fiesta, y así con otros donaires y chistes se despidieron de la dama, quedándose de los tres el último don Alejandro, el cual la dijo: Buen pago dais á un fino amante, desvelado por vos: no pase el rigor tanto tiempo si no quereis que muera. A que respondió ella: La disculpa sea una enferma, á quien asisto: y esto es mas verdad que vuestro encarecimiento; mas yo procuraré deshacer la queja cuando mas descuidado esteis. No hubo lugar de hablarse mas; y así se despidió don Alejandro, quedando la dama muy pagada de él, y con deseo de hablarse muy despacio; dentro de pocos dias lo procuró en el mismo balcon donde primero se hablaron; porque acudiendo allí don Alejandro, ella salió y se vieron; de cuya conversacion don Alejandro quedó muy amartelado y la dama no menos, si bien pudiera no aventurarse á favorecerle, por estarle mal, como adelante se dira. Viendo don Alejandro en doña Isabel tan claro entendimiento, y agudeza tan profunda en decir, por quien adquiria fama de muy entendida, el segundo papel que la envió (despues de haberla significado su aficion por el primero) fué este con estas décimas:

Tanto en vos la discrecion,
Belisa, está acreditada,
Que pienso fué anticipada
Al uso de la razon:
Prodigio de admiracion
Obró el poder celestial
En vos, mas vuestro caudal,
Que esta dicha ha poseido,
Ya ostenta que lo adquirido
Frisa con su natural.
Anhelantes discreciones

Tienen los amagos vagos;
Pero en vos son los amagos
Discretas ejecuciones;
Almas son vuestras razones
Guiadas de la prudencia;
Cada razon es sentencia
Que pronuncia vuestro labio,
Pues de lo discreto y sabio
Es la fina quinta esencia.
El talento mas perfecto,
Que presume de saber,
Puede de vos aprender
Rudimentos de discreto;
Que lo ceñido y selecto
De ese ingenio soberano,
Gloria del imperio hispàno,
Cuando en su córte faltara
Documento le enseñara
De elocuente y cortesano.
Si vuestro ingenio sutil
La antigüedad conociera,
Veneraciones le diera
En estatuas de gentil;
Goce de un eterno abril
Esa verde adolescencia,
Que su divina prudencia
En nuestra moderna edad,
Es sol que á su claridad
No halla humana competencia.

No sabia doña Isabel que don Alejandro tuviese aquella gracia mas de las que tenia, que era hacer versos, y gustó mucho de las décimas, á que respondió con este papel.

« Alabanza que sobra al sugeto por quien se dice, es agravio suyo » y descrédito de quien lo escribe, pues el sugeto ponderado juzgán- » dose ageno de tanto honor, atribuye el elogio á vituperio, y la alabanza » á sátira dicha por ironía; ni me desvanezco tanto que no conozca lison- » jas, ni me tengo en tan poco que no se me deba algo de lo escrito; con » lo ajustado me obligárades, si con lo excesivo me ofendeis, con las pocas » experiencias que tengo de vuestra condicion y trato: no me persuado á » creer de los versos, si bien zelo ó demasiado cumplimiento os los han » dictado: el tiempo me ha de asegurar de la verdad, con él espero ó darme » por agradecida, ó sentirme por injuriada. »

Tuvo modo la hermosa doña Isabel para que este papel viniese á las manos de su nuevo apasionado don Alejandro, el cual quiso satisfacer á la propuesta queja de su dama, con hacer esperar al portador y el escribirle este;

« La corta alabanza vuestra fuera el mayor descrédito mio, si lo que » me sobra de amor no supliera las faltas de lo poeta; mas por no incurrir » en otro delito como ese, quiero que la prosa explique lo que la ruda vena » no puede, suplicándoos que no con capa de desconfiada discreta acuseis » mis necios afectos, que si no igualaron á sugeto tan del cielo, ha sido por » lo que tienen tan de la tierra, que no se remontaron donde su dueño » coloca sus bien dirigidos pensamientos. Bien merezco crédito en lo que » digo, si conoceis lo que siento; y cuando lo querais ignorar por vuestro » recato, no podeis consultándoos al espejo, conociendo que entre muchas » victorias que ganeis de vuestros rendidos, soy yo un corto trofeo de esta » beldad, y un humilde cautivo de vuestra pasion. Remito á que el exámen » de la experiencia acredite estas verdades, y que de ellas conozcais que os » aclamarán dueño mio todo el tiempo que viviere, para que agradecida » pagueis buenos deseos, asegurada de no conocer jamas agravios. »

Con este papel comenzó la hermosa doña Isabel á tener un poco de mas satisfaccion de don Alejandro, facilitándolo el ser escogido entre los dos amigos suyos. Fuéronse continuando las vistas y menudeando los papeles, con que este amor iba subiendo de punto entre los dos amantes, encargándole mucho la dama el secreto en el galanteo, cosa que obedecia don Alejandro con mucha puntualidad. Era algo extremada en esto doña Isabel; de suerte que si en algun templo veia ser mirada de su galan, y entónces estaba acompañado de algun amigo, lo que los dos hablaban juzgaba ser en ofensa suya, revelándole su empleo; y así se lo decia ó escribia con tanta certeza como si lo hubiera oido. Llevaba don Alejandro esto con mucha cordura, satisfaciendo sus quejas con la verdad, y aplacando su ira, que donde hay amor mayores imposibles se vencen. La mira que llevaba don Alejandro era casarse con esta dama, si bien no tenia hacienda; mas dilataba el hacerlo, deseando salir con una pretension de una encomienda que pedia por sus servicios y los de su tio en Flandes, y esta dilacion que hizo en esto le estuvo despues bien, como se dirá adelante.

Sucedió, pues, que todos los recatos que la dama tenia, de que no frecuentase pasear su calle, mirar á sus ventanas, ni acudir de noche á hablarla, sino á deshora, dándola ya entrada en su casa, sin exceder de lo que lícitamente se permite, ella misma los profanó de esta suerte. El tiempo de carnestolendas se celebra en Valencia mucho con máscaras, disfraces, torneos y saraos: habíanse hecho algunos, donde con disimulo don Alejandro y su dama se hablaron, ofreciéndose danzar juntos y en los acompañamientos que resultan á la salida de estas fiestas: una se hacia de junta de damas, en casa de una amiga de doña Isabel, á donde fué convidada con otras damas, y asimismo don Alejandro con otros caballeros: no habia sarao, sino esta junta era para juegos entretenidos y bailes alegres. Fué la primera á esta fiesta doña Isabel, algo temprano, y dentro de poco espacio acudió tambien allí otra dama muy bizarra, que envió su madre, acompañada de dos escuderos de su casa, haciendo fiel confianza de enviársela á aquella señora donde se hacia la fiesta, por ser

muy amiga suya y vecina del barrio. Las dos, pues, estaban cuando acertó don Alejandro á venir tambien temprano, y solo por aviso que le dió su dama de que así lo hiciese: recibiéronle las damas muy gustosas, y él comenzó á entretenerlas miéntras venian mas señoras con sazonados chistes y alegres cuentos del tiempo.

La dama que habia venido allí, vecina de aquel barrio, levantóse á ver una labor de cañamazo de un tapete que cubria un bufete, donde estaban dos bujías alumbrando, y celebrando el buen gusto de los matices y lo nuevo de la labor, hizo levantar á don Alejandro á verla: habia en el bufete recado de escribir, y esta dama, cuyo nombre era Laudomia, se comenzó á entretener con la pluma en el blanco papel, haciendo algunos airosos rasgos, que escribia con lindo aire. Llegóse don Alejandro á ver lo que hacia, y celebró en ella aquella gracia con alguna exageracion, cosa que oyó su dama, no teniendo pocos zelos, así de verle tan cerca de doña Laudomia, como de que celebrase lo bien que escribia: tenia con ella este caballero algun conocimiento por un hermano suyo. Era don Alejandro algo burlon; pues como la viese ocupada en probar la pluma, por burlarla sacósela hácia arriba de la mano, con que participó su blancura (que la tenia muy grande) de lo negro de la tinta. Ella, sintiendo la burla, con una palmada que le dió en un brazo se limpió de lo teñido de la pluma, afeándole de camino al burlon caballero su accion; á que él respondió que nunca menos lució la tinta que en sus manos, gracia dicha por ironía, por tenerlas, como se ha dicho, muy blancas: ella, ofendida de la socarronería, le volvió á dar otra palmada en las espaldas. Doña Isabel, que mas atendia á esto que á lo que hablaba con la señora de casa, encendida en rabiosos zelos, se levantó del estrado donde estaba, y yéndose para don Alejandro, sin advertir lo que hacia, ni la nota que daba, alzó la mano, y cogiéndole descuidado le dió un gran bofeton en el rostro, con tanta fuerza que le hizo salir sangre de las narices, y con ella manchar el cuello. Él, viendo tan intempestivo suceso, lo que hizo fué sacar un lienzo, y limpiándose la sangre, decir á su dama: No soy yo quien revela secretos tan apriesa, este ha durado lo que usted ha querido; y con esto, haciendo una reverencia, se bajó por la escalera y se fué á su casa.

Apenas doña Isabel ejecutó el impulso de su zelosa cólera, cuando la pesó extrañamente de lo que habia hecho, no tanto por la señora de la casa, que era íntima amiga suya, cuanto por la que fué causa de su cólera y zelos. A este tiempo vinieron unas hermanas de la que hacia aquella fiesta, con cuya venida la pesarosa doña Isabel se retiró con su amiga á un aposento, donde viéndose solas, dijo muy admirada: ¿Qué ha sido esto, señora doña Isabel? Nunca tal imaginara de vuestro recato y modestia; vuestra accion me ha dicho en breve término lo que en mucho no me podíades vos decir: yo ignoraba este empleo que me habeis celado; y así mas debo á vuestros zelos que á vuestra amistad. ¿Es verdad que os sirve don Alejandro? Que me holgaré con extremo. No la podia responder doña Isabel con la pena que tenia y las lágrimas que bañaban su hermoso rostro; mas despues de algun espacio, lo que la dijo fué: Ya

que mi necia cólera y desatinados zelos os han manifestado lo que yo no he hecho, solo os digo que me sirve don Alejandro con fina voluntad, y yo se la pago con otra tan grande; nunca le ví tan desmandado á burlarse: irritóme la llaneza que tuvo con doña Laudomia, los zelos son dasatinados, y ellos han publicado mi amor con tan celerada accion. Pues vamos al remedio, dijo la amiga, que no es justo que don Alejandro no vuelva á esta fiesta, para dar que notar á doña Laudomia que queda sospechosa de vos. ¿Cómo lo haremos? dijo la zelosa dama. Fácilmente, replicó la amiga, con que le escribais un papel. Trajeron recaudo, y doña Isabel le escribió estos renglones:

« Efectos de amor y zelos, aunque manifiesten rigor, no son agravios » en el amante, sino favores: mas he hecho yo en aventurar el recato, » que vos hareis en perder el enojo. Importa á mi reputacion que volvais » luego á la fiesta, sin muestra de sentimiento, si no quereis que de hacer » lo contrario le tenga yo tal, que por él me vengais á perder. »

Este papel llevó con diligencia un criado á casa de don Alejandro, donde le halló mudándose otro cuello para volver á la fiesta: holgóse con el papel, porque nada como los zelos descubren los quilates de la voluntad; y así luego obedeció á su dama con mas presteza: entró donde estaban las damas, dejando no poco sospechosa á doña Laudomia, con lo que habia visto, de que queria bien á doña Isabel, y pesábale algo, porque le parecia bien don Alejandro, y no quisiera verle tan bien empleado. Así como el galan se vió en presencia de doña Isabel, muy risueño la dijo: Yo he tratado muy como á templo esta sala, y mas á vuestro rostro, que por no violar al uno, ni osar atreverme al otro, no teme la venganza que ordena el duelo entre los galanes y damas; y cuando aquí no volviera, fuera corrido de haber andado tan poco alentado donde me habian dado ocasion de vengarme tan en mi favor. A esto repuso doña Isabel: Como yo soy tan servidora de mi señora doña Laudomia, tomé muy por mi cuenta su desagravio haciéndoos aquel favor, bien agena de que habia duelo que disponga venganzas tan en contra de las damas. No pudo sufrir doña Laudomia que ella fuese motivo de su disculpa cuando lo habian sido los zelos de su rigor; y así le dijo sacudidamente: Nunca pensé que la poca amistad que tenemos se extendia á poneros en riesgo de mi defensora, cuando no me faltara osadía para vengarme; mas como estaba agena de zelos y poco cargada de agravios, no llegó tan presto la prontitud mia como el enfado vuestro: yo me huelgo ser la enigma de vuestras interpretaciones; para con quien fuéredes servida pasen, que para mí ya yo le tengo dada otra solucion bien fácil y que nadie la ignoraba. Queríala responder doña Isabel, sentida de su sacudimiento; mas la señora de la casa donde esto pasaba, porque no se encendiese mas fuego donde se iba encendiendo, lo atajó con hacer que se sentasen en el estrado, que ya iban entrando damas á la fiesta. Aquella noche estuvo muy sazonado don Alejandro, no dejando pocas damas amarteladas de él, entre las cuales era una doña Laudomia, que desde aquel suceso propuso hacer lo posible por sacarle el galan de su dominio á la zelosa doña Isabel, y así lo cumplió.

CAPITULO VIII.

Donde el pasagero dá fin á la novela.

Todos los favores que gozaba don Alejandro de su dama, eran hechos con finísima aficion, porque esta dama le queria con grande extremo, si bien fué el ponerla en él delito para un caballero ausente, que habia llegado con ella á mas apretados lances que don Alejandro, valiéndose poco esta dama del recato: de modo que el ausente habia sido favorecido con todo extremo, y habia bastantes causas para que esta dama sustentara aquella fe, sin prevaricar de ella, con descrédito suyo. Llegó este galan, llamado don Fernando Corella, de Madrid, corte del monarca de las Españas, donde tenia un pleito pendiente con el conde de Concentaina, tio suyo, sobre cierta hacienda cuantiosa, y veíase en el consejo supremo de Aragon. Llegó á Valencia con la última sentencia en su favor, y señor de dos mil ducados de renta. Hallóse doña Isabel confusa en el modo de complacer á estos dos caballeros, y con no poca duda en cómo se habia de portar con entrambos: hallábase prendada en el honor con don Fernando, y en el amor con don Alejandro, porque el primero habia perdido mucha parte con la ausencia, propio en las mujeres, no hacer caso sino de lo presente. Entre las dudas que se le ofrecian, consultadas con una criada suya, se resolvió en buscar modo cómo hablando con el uno no perder al otro: de noche daba entrada á don Fernando, dueño de su honor; y al que amaba entretenia con papeles amorosos, negando el dejarse ver como hasta allí, porque no embarazase la entrada al mas dichoso, dando á esto por excusa que sus deudos andaban con cuidado y vigilancia espiando su calle: que el mayor servicio que le podia hacer, era no pasar de dia ni de noche por ella hasta asegurar esta sospecha. Don Alejandro, que amaba con todas veras, y estaba ignorando el doblez con que le trataba su engañosa dama, creia cuanto decia, y obedecíala en todo.

Bien quisiera don Fernando cumplir con la obligacion que tenia á doña Isabel casándose con ella; mas por tener á su madre viva, y ver que no gustaba de este empleo, le hacia dilatar el casamiento, esperando que seria corta su vida, por la mucha edad que tenia; y así pasaba con su dama gozando sus brazos, y don Alejandro padeciendo con el deseo, engañado con sus papeles.

En este tiempo sucedió sobre el juego de la pelota, tener don Alejandro un disgusto con un caballero muy calificado de Valencia, quedando las dos partes no muy aseguradas en la amistad; de modo que se esperaba cada dia algun mal suceso. Era bizarro don Alejandro, y con aquel ardimiento de Flandes le parecia que nadie le buscaria menos que con la espada llamándole á la campaña. La parte contraria no habia salido del

disgusto muy descargada; y así por entónces no mostró la ponzoña que ocultaba del deseo de vengarse de don Alejandro; y así esperaba ocasion para hacerlo muy á su salvo, y buscábala con no poco cuidado y desvelo.

Habíase ausentado de Valencia don Fernando, y estuvo en un lugar suyo cuatro dias; en tanto doña Isabel, como queria bien á don Alejandro, avisóle que podia venir á verla á su casa de noche; pero que su venida fuese con mucho recato, de modo que no lo viese nadie, porque importaba mucho á su reputacion: hízolo así el enamorado caballero, y guardándose de no venir á hora que diese nota alguna, se vió con su engañosa dama, que astutamente sabia guardar los aires á los dos galanes y aprovecharse de las ocasiones; de modo que sin saber el uno del otro su empleo, la servian; y la verdad es que si en su mano estuviera, doña Isabel escogiera por suyo á don Alejandro; mas como tenia don Fernando la mejor joya de su honor, era fuerza, por no quedarse burlada y sin honra, pasar con su empleo, hasta que su anciana madre muriese; y temiéndose de que podria faltar á esto, no desengañaba á don Alejandro, y así sustentaba los dos galanteos: suceso que pasa en nuestros siglos con muchas, por quien suceden no pocas desdichas.

Halló don Alejandro en su dama mas afabilidad que otras veces, mas agasajos y ternezas, con que se prometió verse mas del todo favorecido; mas engañóse su pensamiento, porque nunca le dejó pasar de lo lícito, temiéndose que con mas empeño se quisiese hacer señor de toda su voluntad, que entónces la tenia repartida. Aquellos dias que don Fernando estuvo ausente no lo pasó mal; mas volviendo á Valencia, doña Isabel volvió á su recato, dando nuevas excusas, que como amaba don Alejandro pudo creer, si bien no lo pasaba sin recelo; y en hábito disfrazado paseaba su calle hasta muy tarde; mas nunca halló á nadie en ella que le pudiese dar cuidado. Y este difraz, que él aplicó para su seguridad, le valió para no ser conocido del caballero que le buscaba para ofenderle. La causa de no topar con don Fernando era que, como doña Isabel vivia con aquel cuidado, habia prevenido que don Fernando entrase en su casa por la de una amiga suya, y esta tenia puerta falsa á otra calle, que no sabia don Alejandro, y de un terrado á otro se paseaba hasta ser de dia.

Sucedió, pues, que una noche que don Alejandro venia por la calle abajo de su dama, le comenzaron á seguir por ella su contrario con dos criados suyos, esto aun sin conocerle: quisiéronse asegurar mas si era él, por no emplear las bocas de fuego que traian en otro, errando el conocimiento, y así á lo largo le seguian. Habíalos conocido don Alejandro, y viéndose entónces sin armas de fuego para defenderse, porque solo estaba con su espada y broquel, el arbitrio que tomó fué hacer una seña conocida á la puerta de doña Isabel, en ocasion que ella habia bajado abajo, dejando en su aposento á don Fernando acostado: asomóse á una ventana para ver qué queria su segundo galan; y conociéndola, la dijo que le abriese luego, porque de no lo hacer corria peligro su vida, porque le venia siguiendo don Garceran, su contrario, y le hallaba desapercibido para su defensa; presumió la dama que don Alejandro le decia aquello solo porque le abriese, y así se rió de él, dándole á entender que

lo tenia por ficcion, con que don Alejandro le aseguró con grandes juramentos haber conocido á don Garceran, y venir con otros dos tras él. Aquí se halló atajada doña Isabel y no menos confusa; y la respuesta que le dió fué que una amiga suya habia venida á verla á prima noche, y que la rogó se quedase allí, y que así no se atrevia á abrirle. Instaba en que lo hiciese don Alejandro, ponderando su peligro, y acusándola de cuán poco le queria, pues en lance tan apretado le negaba entrada en su casa, que no lo hiciera el mas extraño. Volvió doña Isabel á decirle que por no dar nota en descrédito de su opinion lo hacia, que en cuanto á su amor bien sabia cuánto le tenia, y hacia al cielo testigo de que estaba con grandísima pena de no poder hacerle gusto. A esto replicó don Alejandro diciéndola que, pues su amiga estaba arriba en su aposento, que fácil le era darle entrada, para que estuviese en el zaguan de su casa, sin salir de él hasta que pudiese hallar ocasion de irse. Parecióle á doña Isabel que apretaba mucho la dificultad, y que esto era con alguna sospecha de haber visto allí á don Fernando; y así por asegurarse miró bien la calle y descubrió los bultos de los tres que estaban en asecho, por conocer bien á don Alejandro; comenzóle á creer con esto, y para ver qué disposicion habia para admitirle en su casa, le dijo que esperase un instante, veria si podria entrar. Con esto se subió arriba, y vió que don Fernando, desvelado de haberla visto bajar abajo, la preguntó ¿que cómo no subia á acostarse? A que esta le satisfizo con decirle que hasta dejar á su tia quieta, y las criadas de su casa, tuviese sufrimiento : dejóle y salióse á otra pieza afuera, donde se puso á discurrir lo que haria en un lance tan apretado. Por una parte veia tener á don Fernando en su casa, y que era hombre de hecho, y quien le tenia su honor á cargo, dándola esperanza de satisfacerle : en esto abogaba por el honor. Por otra parte el amor que á don Alejandro tenia la estimulaba, para que no permitiese que le quitasen enemigos suyos la vida, que podia ser á no darle entrada : batallaban con la indecisa dama honor y amor, considerando en pro y en contra de sí lo que era obligada á hacer; y al cabo de varios discursos venció el honor, obligándola á no dar entrada á don Alejandro, considerando que de hacerlo se seguian dos daños contra su reputacion : el uno ser sentido de don Fernando y perderse, si le hallaba allí, sin remedio : y el otro, que si don Alejandro era seguido de su contrario, viéndole dar entrada en su casa, perdia mucho, y era tambien estorbo para su empleo. Parece que se ajustó á lo mas acertado; y así bajó á verse con don Alejandro, diciéndole : Señor mio, sabe amor que quisiera daros entrada, no solo en mi casa, pero en mi pecho otra vez, de quien sois dueño; siendo seguido, como decis, hallo por inconveniente el que os vean entrar á estas horas, cuando está tan asentada mi opinion por Valencia. Fuera de esto, la amiga que tengo por huéspeda está despierta, y mujeres somos curiosas, querrá examinar de mi tardanza, con quién me he detenido, y aun averiguarlo con la vista, con la llaneza de mi amiga. Perdonadme que no os admita, asegurándoos que me deja lastimadísima veros ir puesto en tanto riesgo, mas excusando el que tiene mi fama, he querido no aventurarla tan conocidamente si os doy entrada. Mucho sin-

tió don Alejandro este despego en su dama, juzgando de su amor que no lo ejecutara, y mas en lance tan apretado : de haber visto el desengaño quedó tal, que cuando don Garceran le acometiera, no le pesara, por vengar en él el enojo que contra doña Isabel tenia, ó morir á sus manos; lo que la dijo al despedirse fué : No creyera, cruel señora, que á ocasion como esta faltara vuestro amor y piedad; en haberme despedido conozco lo poco que de uno y otro teneis en mi favor : toda la opinion que perdiérades, ó por parte de vuestra amiga, ó por asechanzas de mi contrario, se soldaba con tenerme seguro en el empleo que pretendia con vos: esto no le habeis mirado por particulares respetos, que convendrán con vuestra razon de estado : la mia siempre ha sido tener méritos para haceros dueño y esposa mia; no lo debe permitir el cielo, pues ataja obras de piedad en vos; vóila á buscar en las armas de mi contrario, con presupuesto de no olvidarme del ingrato proceder que conmigo habeis usado. Responderle queria doña Isabel, convencida con lo que le habia dicho, para aventurar todo cuanto importaba su opinion, y cuando le llamó no fué oida, que ya bajaba por la calle seguido de don Garceran, que le habia ya conocido y le iba á acometer.

Todo esto vió doña Isabel, estando con grandísimo pesar de verle en el peligro que estaba; mas sucedió mejor que se pensó, porque al llegar don Garceran á tiro de pistola, cerca de don Alejandro, él se habia encontrado con don Jaime, amigo suyo, que venia acompañado de un criado á acostarse; por esto no fué acometido, que como don Garceran habia hecho paces en público con su enemigo, estábale mal que sobre ellas le viesen acometerle, y mas con armas de fuego; y así, viendo que aquel lance se habia perdido, se volvió por no ser conocido de los dos, si bien don Alejandro dió cuenta á su amigo de haberle venido hasta allí siguiendo, cosa que le causó admiracion, que tan mal guardase su palabra don Garceran en cosa tan ligera, aunque para él le parecia pesada y juzgaba agravio. Era ya muy tarde, y así por esto como por asegurar una sospecha que don Alejandro tenia, quiso quedarse allí con don Jaime: él lo estimó mucho, y con esto entraron en su casa, y ántes de acostarse discurrieron los dos en lo pasado, habiéndole dado parte don Alejandro de sus amores con doña Isabel. Tenia don Jaime algunas noticias del empleo antiguo de esta dama con don Fernando, y sintió mucho que su amigo hubiese puesto su aficion en ella, y mas para casamiento, y así lo dijo; con que don Alejandro se persuadió que la causa por que no fué admitido era por tener allá á su primer galan, discurriendo con esto el haberle vedado el hablarla de noche, y que esto era despues que él habia venido de Madrid; pues comunicado esto con don Jaime, vinieron los dos conformes en que don Fernando estaba en casa de esta dama, y para saberlo con certeza, fiaron de un criado de don Jaime el que lo examinase, quedándose en la calle hasta ser de dia; y por dar en lo cierto, el mismo don Jaime, de lo que pasaba, pusieron de posta otro criado suyo en la otra calle, donde estaba la puerta falsa, por donde don Fernando entraba : y con esta prevencion se acostaron, aunque el desvelo de don Alejandro era tanto, que no durmió sueño. Media hora seria ya de dia

cuando uno de los dos criados vino á decir á los caballeros cómo habia visto salir á don Fernando de la casa de la amiga de doña Isabel, en hábito de noche, y que á este tiempo, á una ventana de las de doña Isabel, que tambien caia á la otra calle, ella se habia puesto á verle salir, á quien habia conocido muy bien. Con esto quedó don Alejandro asegurado de su sospecha, y sin género de amor para con la engañosa dama: de la vecina no se podia tener sospecha que nadie la galantease, por ser ya mujer de cincuenta años, y indiciada en que sabia hacer algunas amistades de juntas amorosas. Tal género de mujeres debia de ser aborrecida de las gentes, pues con disimulado trato son polilla de las honras, con quien no vive marido, padre ó hermano seguro. La noche siguiente pudo el cuidado de don Alejandro ver mas á su salvo desde la casa de un conocido suyo entrar á don Fernando, y para mayor satisfaccion de su sospecha se subió al terrado, de donde vió cómo en el de enfrente estuvo este favorecido galan, hasta ser avisado que pasase al suyo por la misma doña Isabel.

Esa misma tarde quiso la cautelosa dama satisfacer á su quejoso galan, por cumplir con todos, y no dejar á nadie con queja; y así con una criada suya (de quien fiaba uno y otro empleo, y ella acudia á entrambos con solícito tercio, por lo que de ellos medraba) le envió un papel. Halló á don Alejandro que acababa de dormir la siesta, y estaba en un catre de la India echado; mandóla entrar, y dióle el papel, en el cual leyó estas razones:

« No os encarezco, señor don Alejandro, la pena que tengo, considerando en vos el sentimiento que juzgo tendreis por no haber usado el acto de piedad que pedian vuestro amor y la buena correspondencia de una mujer bien nacida, cuando no la moviera él mismo; mas si considerais cuan delicado es el honor, y cuanto se debe mirar por él, echareis de ver que pues no os dí acogida en mi casa, estaba á pique de perder mi reputacion con la huéspeda que acerté á tener para enfado mio: el sentimiento que me dejastes os dijera bien mi desvelo, y yo en este papel, si os juzgara tan crédulo, como os juzgo enojado: gracias al cielo que lo dispuso mejor, estorbando vuestro peligro y el mio, pues es cierto que á pasar vos por él, no era mas mi vida. Suplícoos que el enojo no pase adelante, si ha merecido esta satisfaccion acabar esto con vos. Echaré de ver haber perdido la queja en la respuesta de este; téngala yo buena, si estimais mi vida: la vuestra guarde el cielo como deseo. La que bien os quiere. »

Notablemente se irritó con el papel don Alejandro, y aunque lo disimuló cuanto pudo, la criada, que no partia los ojos de su semblante mientras leia, lo conoció bien por algunas mudanzas que en él vió. Rogóla el ofendido amante que esperase en un alegre jardin, que allí cerca estaba, miéntras respondia, y tomando recado de escribir, aunque dilató el tiempo, por hacer borrador del papel, contenia estas razones:

« Siempre vuestras satisfacciones fueron para mí aumento de amor;

» mas esta (aunque no la juzgo por tarda) ha hecho contrario efecto, co-
» nociendo venir tan falta de verdad, como lo ha sido siempre vuestra
» fe: nunca presumí de mí que fuera bueno para entretener ausencias, ni
» de vos que pasárades con ello adelante, sabiendo la pena que me tenia
» de costa padecer con deseos, y esperar con zozobras. No culpo el no
» admitirme cuando amenazaban peligros á mi vida: y así disculpo la
» accion, que ejercer tanta piedad con dos sugetos á un mismo tiempo,
» es demasiada caridad: lo que culpo es, que con empeño tan preciso,
» busqueis en mí el voluntario, aventurando vuestra opinion en la corta
» duracion de un engaño, de que he salido con las diligencias que bastan
» para saber que un dichoso tiene entrada en vuestra casa, por donde le
» hacen buen tercio para vuestra correspondencia. Gozadle mil siglos,
» sirviéndoos de no acordaros mas de mí, porque ni soy bueno para
» llamado, ni dichoso para escogido. »

Este papel estuvo en breve tiempo en manos de doña Isabel, á la cual halló la criada en casa de la vecina amiga, por donde entraba don Fernando; recibióle la dama, preguntándola á su sirvienta cómo le habia hallado: ella le dijo que con poco gusto, y que así la habia recibido, careciendo de los agasajos que siempre que la veia la hacia. Alteróse doña Isabel, diciendo: Con lo que me dices me prometo poco gusto con el papel; abrióle, y leyendo en él las razones que se han dicho, quedóse con él en la mano, agena de sí, no sabiendo lo que la habia sucedido. Preguntóle la amiga qué contenia el papel; y ella para mejor satisfacerla, quiso que él lo dijese, dándoselo á leer, por donde conoció la amiga estar descubiertos los amores de don Fernando, con pérdida de su reputacion, pues sabia ser por su casa la entrada á la de la amiga, pesándola muchísimo de que se hubiese sabido. Doña Isabel estaba con tanta pena de haber visto el papel, que no acertaba á hablar, y maldecia el punto y hora en que á don Alejandro habia admitido á su galanteo; mas un consuelo le quedaba, y era conocer en él tan noble condicion, que aunque estaba zeloso, fiaba de su buen término que no publicaria su correspondencia: cosa poco usada en estos tiempos, donde se dicen aun las cosas que no suceden, ¿qué será las que con verdad pasan? No paró la desgracia de doña Isabel en esto solo, que cuando la fortuna comienza á volver la rueda para adversidades, no se cansa en una sola. Sucedió, pues, que cuando salió la criada de dar el papel de su señora á don Alejandro, acertase á verla don Fernando salir de su casa y con el papel en la mano: poca advertencia de las que con poco zelo sirven, que mayor la tuviera á hallar las dádivas que acostumbraba recibir del generoso don Alejandro; mas como salió con aquel disgusto de no haberle dado nada, cuidó poco de lo que la importaba encubrir, que fué lo que bastó para engendrar sospecha en don Fernando, el cual la siguió disimuladamente hasta la casa donde doña Isabel estaba; y hubo aquí otra inadvertencia, que fué dejarse la puerta abierta: hallando con esto don Fernando franca entrada, subióse arriba sin ser sentido de nadie, y pudo oir leer el papel en alto á la amiga de doña Isabel; y despues lo que las dos platicaron

sobre él, explicando la afligida dama su sentimiento. Con esto y la poca gana que este caballero tenia de cumplir su obligacion (que un amor gozado tiene menos fuerza que el que se espera), él halló camino por donde eximirse de ella, y así salió á donde estaban, no causándoles poco alboroto su vista de improviso. Lo que dijo, mirando á la afligida doña Isabel, fué: Yo juzgué, con las obligaciones que de por medio habia entre los dos, ser correspondido con la fe que pedian mis buenos deseos, enderezados á honesto fin de matrimonio; mas pues veo, ¡oh ingrata doña Isabel! tu poco recato, admitiendo nuevo empleo, quedo libre para disponer de mí á mi voluntad, pues no fuera razon hacer empleo en quien tan poco mira su honor, para vivir toda la vida con escrúpulos y recelos de si me guardan el mio. Con esto volvió las espaldas, dando por bien empleada su diligencia, pues por ella pudo salir de un empeño, donde sin gusto de su madre se hallaba.

No pudo el valor de doña Isabel resistir este pesar, y así faltándole el aliento, se quedó desmayada en las faldas de su amiga, durándole largo rato el desmayo; pero vuelta de él causó notable lástima las cosas que dijo, lamentándose de su poca dicha, sin saber qué remedio tener: veíase despedida de don Alejandro, sabedor ya de su empleo primero; despreciada de don Fernando, á quien por su poco recato tenia ofendido, y no discurria qué modo tener para desenojarle, vista la razon que tenia. Así pasó la tarde, ocupada en varios discursos; pero ninguno eficaz para su remedio. Llegó la noche y fuése á su casa, donde la dejaremos, por decir lo que don Alejandro hizo.

Luego que la criada se fué con el papel, don Alejandro estuvo un rato discurriendo consigo en lo que haria, pues ya hallaba esta puerta cerrada para su empleo, y no ser á propósito de su honra el tratar de él. Habíale parecido bien siempre la hermosa Laudomia, con quien le pasó aquel lance de zelos con doña Isabel; veia cuan principal era, y tener buen dote; y así trató de pedirla por esposa á su padre y hermano, cosa que alcanzó de ellos en breve con mucho gusto suyo, por ser este caballero muy querido de todos en su patria. Hiciéronse las capitulaciones, y publicóse luego por Valencia este casamiento: llegando á oidos de doña Isabel, juzgad si lo llegaria á sentir con veras; y mas siendo el empleo con quien ella tenia aborrecimiento desde aquel encuentro que habia tenido. Muchas cosas dijo lamentándose, maldiciendo su corta fortuna; pero no son estas nada para lo que le esperaba, porque don Fernando, hallando la ocasion como la podia desear, para eximirse de su obligacion, no cumpliendo la que á esta dama le debia, trató de casarse con una señora rica y hermosa, con quien su madre le instaba que se casase: hiciéronse tambien las capitulaciones, y aunque fueron con secreto, pasó luego la voz por toda Valencia; de modo que llegó la nueva á los oidos de doña Isabel. Tenia esta dama tanta confianza en que don Fernando no habia de faltar á su obligacion, que pensaba ella que faltáran todas las del mundo, y esta no; mas hallóse muy burlada; porque si ella, que habia de conservar aquel amor, como perdidosa de la joya la mas preciosa de su honor, tenia tan poco recato, hablando á un tiempo con

don Alejandro ¿cómo queria que don Fernando se casara con ella con tan grandes escrúpulos, habiendo de vivir toda la vida con recelos? Ese dia que supo la última nueva del casamiento de este caballero, no perdonó su enojo su hermoso rostro, pues le maltrató con golpes, ni á su dorado cabello, que esparció parte de él por el suelo; sus ojos eran fuentes que nunca cesaban de llorar; decia la afligida dama, cuando los penosos sollozos y afligidos suspiros la dejaban: Desdichada de tí, mujer sin ventura, castigada ingratamente por firme, por amante, y por haber guardado fe á un desleal, á un fementido, á un traidor, pues habiéndole hecho dueño de lo mejor que poseia, niega la deuda, y la paga es olvido y mudanza: escarmienten en mí las inconsideradas y fáciles mujeres que engañadas de una leve lisonja y de un fingido amor se determinan á perder lo que despues no se puede recuperar; por grande desdicha paso, pues cuando en esta afliccion apetezco lo que otros aborrecen, que es la muerte, no quiere venir á dar fin á mis penas y alivio á mis cuidados. Visitóla aquella amiga, por cuya casa don Fernando entraba á la suya; y aunque la procuraba consolar cuanto podia, era tanta su pena, tan grande la causa, y tan léjos su remedio, que eran en balde los consuelos, pues estos se fundaban en esperanzas, y aquí no las habia sino muy largas y fundadas en una muerte, que era en la de la esposa que don Fernando elegia: poner impedimento en el consorcio era el mejor remedio; mas un empléo tan oculto, sin haber precedido á él cédula ni testigos, mas que una criada, qué fuerza habia de tener para impedir la intencion de don Fernando, que castigó muy de contado el delito de doña Isabel, para que escarmienten las que se arrojan á dejarse galantear á un tiempo de dos, no advirtiendo cuánto llegan á perder de su fama y opinion siendo burladas, como se ve en el ejemplo presente. El remedio último que doña Isabel eligió fué resolverse á entrarse monja en el real monasterio de la Zaidia, y así lo ejecutó de allí á tres dias que supo el casamiento capitulado de su riguroso galan.

Novedad pareció á Valencia ver tan presta mudanza en esta dama, cuando la juzgaban tan amiga de hallarse en todas fiestas, tan alegre en todas conversaciones, y finalmente, tan del siglo: atribuyeron todos esto, no á lo que pasó, por estar oculto, sino á que Dios tiene muchos caminos por donde llama á los suyos. Esta señora escogió mejor esposo; y así con él vivió contenta lo que duró su vida. Don Fernando nunca tuvo sucesion, sino pleitos, empeños y pesares, no viviendo muy gustoso con su esposa. Solo quien tuvo felicidades con la suya fué don Alejandro, pues le dió Dios hijos, y muchos aumentos de hacienda.

Aquí tuvo fin la novela, que duró hasta que llegaron al fin de la jornada de aquel dia. Alabaron todos al licenciado Monsalve su bien escrita novela, diciéndole Ordoñez: Si como la muestra que hemos oido es lo demas del libro, desde luego le prometo á usted que sea bien admitido en todas las manos, y que tenga buen expediente. No le perdonamos á usted las novelas que faltan, para que así tengamos entretenida jornada. Agradeció Monsalve el favor que Ordoñez y todos le hacian, y ofrecióles que cuando faltase materia á la conversacion, lo supliria él con

leerles otra novela, hasta que se acabasen, no causándoles enfado. Todos aceptaron el ofrecimiento muy gustosos; con que habiendo llegado á la posada eligió cada uno aposento, donde se retiraron á cenar, y á dormir luego, por haber de madrugar al otro dia.

CAPITULO IX.

Llegan Rufina y Garay á Córdoba: los ponen presos y Rufina cae mala, y esto les proporciona conocimiento con un rico genovés, que se los lleva á su quinta para que aquella convaleciese.

Por sus jornadas llegaron á la antigua ciudad de Córdoba, una de las principales ciudades de Andalucía, y cabeza que fué de reino, en tiempo que España la ocuparon moros: su llegada á esta ciudad fué al anochecer; pues un tiro de ballesta ántes de llegar á sus muros sucedió que habiendo salido dos hidalgos al campo desafiados, el mas desgraciado cayó en el suelo herido de dos estocadas penetrantes, con que el contrario le dejó, y se fué á poner en salvo: pedia el herido confesion á voces, al tiempo que el coche emparejaba con él; como el licenciado Monsalve era sacerdote y confesor, obligóle á salir del coche, acompañado de Garay y de la señora Rufina, que quiso aquí, sin ser menester, salir á ver el herido; acudieron á él, y á tan buen tiempo Monsalve, que le pudo dar materia para caer sobre ella la forma de la absolucion, y luego perdió el habla, quedando en brazos de Garay. Volvióse Monsalve al coche, y llamando á Rufina, no quiso dejar á su Garay solo, con lo cual descortesmente partió el coche, y los dejó allí, enviándoles á decir, los que iban en él, adonde se habian de apear, con el mozo del cochero, cosa que sintió mucho Rufina, la cual quedó acompañando á Garay, que viendo aun con sentido al herido, le ayudaba á bien morir, diciéndole se encomendase de corazon muy de veras á nuestro Señor; mas él estaba tal, que en sus brazos perdió presto la vida: confusos se hallaron en ver qué harian de aquel cuerpo, cuando á este tiempo llegó la justicia: y como viese al difunto en los brazos de Garay, desde léjos, y á una mujer allí con ellos, y ántes hubiese entendido que habian salido dos hombres desafiados, pensó que Garay era uno de los del desafío, con que le agarraron dos corchetes que acompañaban á un alguacil de la ciudad, y él les mandó que le llevasen luego á la cárcel, encomendando al alcaide que tuviese mucho cuidado con aquel preso, y él se llevó tambien á Rufina presa á su casa. Disculpábanse los dos con la verdad; mas el alguacil, que se presumia que por Rufina habian salido al desafío, no hacia caso de sus disculpas, diciendo que como probasen ser así lo que afirmaban, saldrian libres. Dejó á Rufina en su casa, y fué luego á dar cuenta al corregidor del caso, diciéndole cómo aquel hidalgo habia muerto en el campo, y que le habia

hecho traer á la ciudad, y preso al homicida, y á una mujer, sobre quien sospechaba habia sido el desafío; mandó que la mujer se la trajesen á su casa, y fué hecho al punto. Estaban con el corregidor algunos caballeros, y con ellos un genovés rico; gran mercader de por grueso, que habia venido á un negocio suyo; pues como viesen á Rufina con tan buena cara y talle, todos se pagaron de ella, en particular el genovés, que era enamoradizo. Estaba Rufina afligida de ver que se le hiciese aquella extorsion caminando, con que era fuerza, si se detenian esotro dia, perder aquel viage. Hízole el corregidor con su teniente, que ya habia llegado allí, algunas preguntas acerca del desafío y la muerte; y lo que á ellas respondió, fué que no sabia nada de aquello, que ella venia de Sevilla caminando para Madrid en un coche, en compañía de otras personas que estaban en la posada que señaló, y la habian avisado, y que vieron pedir confesion á un herido, saliendo del coche á confesarle un clérigo que venia con ellos, un tio suyo anciano, y ella. Resolvieron, por ser tarde, dejar para otro dia la informacion de todo, mandando el teniente que á los del coche se les avisase que no partiesen esotro dia de Córdoba, hasta serles ordenada otra cosa. Con esto se volvió Rufina á la casa del alguacil, que se la dieron por cárcel, acompañándola el genovés aficionado, por ser su casa en la misma calle, y cuando no lo fuera, hiciera lo mismo, tanto se habia pagado de la moza: al dejarla en casa del alguacil se ofreció con grandes veras, y ella le agradeció el que pensaba era cumplimiento. Con la pena de verse detenida allí, le dió á Rufina una calentura, de modo que fué principio de unas penosas tercianas.

El dia siguiente examinaron á los del coche, y todos dijeron la verdad, conformando con lo que habia dicho Rufina, con que dieron á Garay libertad, con mas luz de haber sabido quién fué el homicida: porque los que se hallaron al principio del desafío depusieron en esto. Fué luego Garay á verse con Rufina, sintiendo mucho su indisposicion: esforzóla á que se animase para ponerse en camino; mas el médico que fué llamado para verla, la aconsejó que si no queria perder la vida no se moviese hasta estar libre de su calentura. Con esto fué fuerza partirse el coche con la demas compañía, dejando allí la ropa de Rufina; la cual hubo de pagar al cochero lo que mandó la justicia, que si no fué por entero, fué alguna parte: no se descuidó el genovés en acudir á ver á la forastera á casa del alguacil, á quien comenzó á regalar con mucho cuidado y puntualidad, y era mucho para él; porque podia muy bien ser segunda parte del Sevillano Marquina, mas el amor hace de los miserables generosos, como de los pusilánimes alentados.

Bien estaria Rufina en la cama quince dias, en los cuales no dejó ninguno de tener visita del señor Octavio Filuchi (que así se llamaba el enamorado genovés), y despues de visitarla venia el criado con un regalo ó de dulces, ó alguna bolatería, con que el alguacil y su mujer se daban por contentos, por lo que participaban de todo. Convaleció la dama, y para hacerlo mejor, nuestro genovés le ofreció un jardin y casa, que estaba en la verde márgen del claro Guadalquivir. Aconsejóla Garay (á quien llamaba tio) que aceptase el envite, porque habia conocido aficion en

aquel hombre, y sabia tener mucho dinero, con que se esperaba otra presa como la de Marquina. Con este consejo Rufina estimó la oferta que le hacia, y así dispuso el pasar allí hasta hallarse con fuerzas para caminar. No quiso el genovés que se supiese en Córdoba haberla llevado á su quinta, por no dar nota á la ciudad, y ocasion á la justicia para visitarles su casa; y así dispuso, con beneplácito de la dama, que Rufina fingiese partir de la ciudad y proseguir su comenzado camino: hízose así á prima noche, que trajeron mulas, y ella y Garay con el mozo y dos acémilas con la ropa, partieron camino de Madrid, por deslumbrar los ojos de curiosos; y despues de haber andado cosa de un cuarto de hora, volvieron á Córdoba, y se fueron á la quinta, que estaba como dos tiros de ballesta de la ciudad; en ella esperaba el señor Octavio Filuchi con una muy gran cena: cenaron alegremente, y allí comenzó el amante genovés á mostrar mas descubiertamente su amor. Era hombre de mas de cuarenta años, buen talle, vestia honestamente, y habia como dos años que era viudo, y del matrimonio no le quedó ningun hijo, habiendo tenido tres: su trato era grueso en todas mercaderías, y á su casa acudian por ellas todos los mercaderes, así de la ciudad de Córdoba como de las convecinas, porque tenia correspondencia en todas partes. Era un poco codicioso, y aun si mucho dijéramos, hablariamos con mas propiedad: era hombre de caudal, porque tendria mas de veinte mil escudos, y mas de cincuenta mil de créditos, fuera de sus tratos: era dado á los estudios, por haber estudiado en Pavía y en Bolonia con mucho cuidado, ántes de haber heredado á un hermano suyo, que por morir en España, vino á ella á heredarle, y casóse en Córdoba, enamorado de una hija de un mercader de los que compraban de su lonja, y por esta causa se quedó en aquella ciudad. Este sugeto que ha de ser el asunto de nuestra narracion, es el que amaba á Rufina, el que la ofreció su quinta para convalecer, el que lo hizo con deseo de conquistar su amor, y finalmente, el que se dispuso á no dejar este empresa: tanta aficion mostró á la hembra. Ella estaba bien advertida por Garay de que el genovés era ave de quien podia sacar mucha pluma; pues la fortuna le habia traido aquella buena dicha, deseaba no serle ingrata, sino aprovecharse en cuanto pudiese, no dejando pasar ocasion ninguna. Por aquella noche no se hizo mas que cenar, y cada uno se fué á su rancho á dormir por ser algo tarde. Hizo muestras el genovés de querer irse á la ciudad, mas sus criados le dijeron no lo hiciese, por no haber seguridad alguna de noche, que era tiempo de levas, y habia soldados traviesos, y á vueltas de los hijos de vecino, que se aprovechan de estas ocasiones para robar, por parecerles que á los pobres soldados se les ha de echar la culpa de sus insultos: daño que debia remediar la justicia teniendo vigilancia de rondar de noche para averiguar estas dudas; y caso que se averigüen castigarlas con severo rigor. Quedóse al fin allí el genovés, que no se holgó poco: aquella noche se le pasó toda en vela, discurriendo cómo podria obligar á la huéspeda que tenia, con menos gasto, á que viniese con su voluntad: varias trazas daba, pero lo mas fácil que él sabia queria olvidar, pues alcanzar amores sin liberalidades, es un milagro en estos tiempos.

Vino el dia, y habiendo mandado entrar á la convaleciente el almuerzo, la hallaron levantada, cosa que le admiró al genovés, entrando en su aposento á reñirla aquel exceso, y á mirar de camino si aquella hermosura de Rufina debia alguna cosa el artificio: hallóla peinándose el cabello, el cual era hermosísimo y de lindo color castaño oscuro; alabó el genovés á Dios de haberle dado tan hermosos cabellos, y mucho mas, cuando partiendo la madeja para responderle, vió su rostro tan igual en la hermosura, como cuando se fué á acostar, cosa para enamorar á cualquiera; pues el conocer que su hermosura no tenia nada de mentirosa, sino toda natural y verdadera, es para el hombre el mayor incentivo de amor. Preciábase Rufina poco en inquirir aguas, afeites, blanduras, mudas, y otras cosas semejantes, con que abrevian las mujeres su juventud, viniendo con todo esto la vejez por la posta. Agua clara era con lo que se lavaba, y sus naturales colores el perfecto arrebol que traia: venia, pues, el genovés á ver si gustaria de ver su jardin, y ella estimó su cuidado; y por no mostrársele desagradecida, así como estaba, sin trenzar el cabello, quiso bajar á él; acompañóla Octavio con mucho gusto, dándole el brazo en algunos pasos que habia menester su ayuda, y ella tomándole, vió todo el jardin con particular contento, y por ofender ya el sol se volvió á la casa donde almorzó, y despues de haber hablado en varias cosas, quiso ver toda la casa; mostrósela el enamorado genovés. Teníala bien aliñada de cuadros de pintura de valientes pinceles, de colgaduras de Italia muy lucidas, de escritorios de diferentes hechuras, de camas y pabellones costosos; en efecto no le faltaba nada para estar con un perfecto y correspondiente aliño.

Despues que hubieron visto casi todos los aposentos, abrieron uno, que era un curioso camarin, correspondiente con un oratorio; aquí habia muchas láminas de Roma, curiosísimas y de precio: agnusdeis de plata, de madera y de flores de diferentes maneras: el camarin estaba lleno de libros en dorados escaparates puestos. Garay, que era hombre curioso y leido, aplicóse á ver los libros, y comenzó á leer sus títulos: en un retirado escaparate habia otros encuadernados con alguna curiosidad; estaban estos sin títulos, abrió uno Garay, y vió ser su autor Arnaldo de Villanova, y junto á él estaban Paracelso, Rosino, Alquindo, y Raimundo Lulio. Como el genovés le viese ocupado en mirar aquellos libros, díjole: ¿Qué es lo que mira tan atento el señor Garay? Él dijo: Veo aquí una escuela junta de alquimistas, y segun la curiosidad con que usted tiene estos libros, debe de profesar esta ciencia. Es así, dijo el genovés, que algunos ratos me ocupo en estudiar en esos libros; ¿usted sabe algo de ellos? Casi toda mi vida, dijo Garay, he gastado con ellos. Segun eso, replicó Octavio, usted será gran alquimista. No le digo á usted lo que soy, dijo Garay, dejándolo para mas despacio, que trataremos de esto; solo sé que fuera de estos libros, no he dejado de leer y estudiar ningun autor químico, y conozco razonablemente al señor Avicena, Alberto Magno, Gilgilides, Jervo, Pitágoras, los *Secretos* de Cálido, el libro de la *Alegoria* de Merlin *de secreto lapidis*, y el de las *Tres palabras*, con otros muchos manuscritos é impresos. Solos los manuscritos me faltan, di-

el genovés, porque los demas ahí están; mas huélgome que usted profese este arte quimico, á que yo soy tan aficionado. Bien lo sé, dijo Garay (yendo en la malicia de lo que pensaba ejecutar adelante), mas si le digo una cosa se ha de admirar, y llegándosele al oido, le dijo en voz baja: Mi sobrina, sin ser latina, sabe tanto como yo, porque lo que practico lo ejecuta con la mayor presteza del mundo, y de esto ha de ver usted presto las pruebas; pero por ahora no la diga nada, que lo sentirá mucho.

No pudiera Garay haber topado camino para engañar al astuto genovés como aquel; porque era tanta su codicia, que andaba muerto por comenzar á hacer la piedra filosofal, pensando manar en oro y plata con ella, y con tal compañía se dió luego por felicísimo: engaño con que han gastado muchos sus haciendas y perdido sus vidas. Cuando esto le dijo Garay á Octavio, estaba Rufina ocupada mirando algunos libros curiosos de entretenimiento, que de todos tenia allí el genoves; pero con su divertimiento pudo oir algo de la plática, tocante á la química, y vió cuán gustoso atendia Octavio á lo que sobre ella le dijo Garay, el cual habia estudiado en aquel arte, y aun perdido alguna hacienda en investigar la piedra filosofal, tan oculta á todos, pues hasta hoy ninguno con certeza ha sabido dar en el punto de esta incierta arte: y con el desengaño que Garay tenia y poco dinero, habia conocido su poca certeza, y queria desquitarse de lo que perdió en ella con quien no habia aun salido de este engaño, que era nuestro genovés, el cual con lo que le oyó á Garay (habiéndole creido) se juzgó monarca del mundo. Lo que le dijo á Garay fué que tenia prevenido en aquella su quinta cuanto era necesario para comenzar aquella èxperiencia, y así le mostró en un aposento apartado de la casa hornachas, alambiques, redomas y crisoles, con todos los instrumentos que los químicos usan, y gran cantidad de carbon. Para esto halló Garay la mitad hecho, para forjar al genovés una buena burla: y el mayor fundamento era verle presumido de entender aquellos libros, y conocer que sabia poco de aquel arte, pues el alcanzar algo de sus principios, no pudiera salir bien con su intento. Por entónces no se trató mas de esto, aunque el genovés no quisiera dejarlo de la plática. Bajaron á un cuarto bajo de la casa, cuyas ventanas caian á lo mas ameno del jardin, y allí les tenian prevenida la mesa: comieron gustosamente, y acabada la comida dió lugar Garay para que el genovés y Rufina se quedasen solos, y fingiendo sueño fuése á pasar la siesta: en tanto el genovés se declaró del todo con la dama, ofreciéndole cuanto tenia y poseia en su servicio: ella estimó su voluntad, y por entónces no le dió mas que una leve esperanza, mostrándole afable rostro. Habia visto una arpa en el camarin de arriba, y pidió que se la bajasen, que con la música comenzaba ella á hacer su negocio: gustó mucho el genovés de oirla que sabia tocar aquel dulce instrumento, y al punto mandó bajársele, diciendo que su difunta esposa le tocaba con primor, y que habia como ocho dias que, trayendo á merendar á unos amigos á su quinta, se habia encordado. Vino la arpa, y habiéndola Rufina templado con mucha brevedad, comenzó á mostrar en ella su gran destreza, que con gran primor tocaba aquel instrumento, dejando admirado al genovés ver lo diestro que tocaba. Ella para rema-

tarle mas, fiada en su buena voz, que como está dicho, la tenia excelente, cantó esta letra :

Con lazadas de cristal,
Dos risueñas fuentecillas,
En la amenidad de un prado,
Abrazos se multiplican.
La capilla de las aves
Tales paces solemniza,
Y el murmúreo de las selvas
Las aplaude y regocija.
Lisardo, que mira atento
Amistad tan bien unida,
Cuando vive despreciado,
Dijo cantando á su lira:
¡Ay que dulce vida!
¡Ay que amor suave!
¡Ay que gusto sin zelos!
¡Ay que firmes paces!

Fuentecillas que haceis amistades,
Si saliere al prado Belisa, poneos delante
Porque olvide rigores,
Que es quietud de las almas union conforme.

CAPITULO X.

Garay y Rufina se proponen robar al genovés, y entre los dos discurren los medios de llevarlo á cabo: lo logran y huyen á Málaga.

Rematado quedó el enamorado Octavio oyendo la suave y regalada voz de Rufina, la exageró su dulzura, y juntamente su gran destreza, y no era encarecimiento de amor, que en uno y en otro tenia particular gracia: ella, mostrando colores en el rostro, mintió vergüenza donde no la habia, y dijo: Señor Octavio, esto he hecho por divertiros, el celo se me agradezca, que osadía ha sido ponerme á hacer esto delante de quien tantas voces mejores que la mia habrá oido. Ninguna puede haber que iguale á la vuestra, dijo Octavio, y así quiero que vuestra modestia no sea ofensa de vos misma: preciaos, señora, de lo que el cielo con mano tan franca os ha dado, y sed agradecida á sus favores, estimándoos mucho; y creed que mi aprobacion no es la peor de Córdoba, que en mi mocedad tambien cursé el cantar, mas la lengua no me ayuda para cantar letras españolas; las italianas canté razonablemente, y esto á una tiorba, en que soy algo diestro. Viendo, pues, que Rufina queria dejar

la arpa, la suplicó que no lo hiciese, y así volvió á asegundar con este romance:

El Betis y sus cristales
Parias ofrece á las flores,
Porque aumenten la belleza
Al verde espacio de un bosque.
En las copas de los mirtos,
Los pajarillos acordes,
En su armonía explicaban
Conceptos de sus amores.
A favorecer los campos
Salió de su albergue Clori,
Envidia de las zagalas,
Prodigio hermoso del orbe.
Las aguas se suspenden,
Alégranse las flores,
Los vientecillos calman,
Y así todos conformes.

Las aves repiten con dulces voces:
Huid, huid, temed, temed;
Alerta, pastores,
Que pues Clori en el campo sus plantas pone,
Matarán sus ojos de amores.

De nuevo volvió á exagerar el genovés Octavio la gracia de su querida Rufina, y ella á estimar el favor que le hacia; quiso darla lugar para que reposase un rato la siesta, y él se subió al cuarto de arriba á hacer lo mismo. Ya Garay habia pensado (en el tiempo que le juzgaban durmiendo) por qué parte se le podria hacer á Octavio la herida; y así sintiendo que se habia subido á reposar, salió de su aposento y se fué al de su fingida sobrina: dióle cuenta de lo que tenia trazado contra Octavio, siendo capa de esto la química ciencia, de que tanto se preciaba: ayudándole á desearla saber perfectamente la demasiada é insaciable codicia que tenia: y era así, que le parecia que sabiendo hacer la piedra filosofal (piélago en que tantos han zozobrado) seria oro cuanto en su casa habia, y Creso habia de ser un pobreton para con él, y Midas un mendigo. Confabuló Garay con Rufina en cosas importantes, para que Octavio fuese el paciente y estafado: dióle algunos avisos, y tambien por escrito; porque con lo que le habia dicho el genovés, de que era persona científica en aquel arte, la hallase por lo menos sabedora de los requisitos de él, y diestra en saber sus términos: de todo quedó muy advertida Rufina, y para principio del engaño Garay la pidió algunos eslabones de una cadena de oro, que ántes de partir de Sevilla habia comprado; era grande, y hacíanle poca falta docena y media, con que hubo bastante materia para comenzar la empresa. Con esto se fué Garay á la ciudad, y en una oficina de un platero liquidó aquel oro, é hizo de él una barreta pequeña, con que se volvió á la quinta á verse con Octavio, que habia dormido como

si no fuera enamorado, hasta poco despues que llegó. Comunicó con Rufina lo que traia pensado; y viéndose con el genovés comenzaron á hablar en varias cosas diferentes de aquella materia, todo de propósito; porque Garay iba con ánimo de que él le moviera la plática, y era tanta su codicia, que no pasó un cuarto de hora sin venir á tratar de la química en ella; con mas espacio comenzó á hablar Garay, como el que habia tratado de aquella engañosa facultad, y habia salido con las manos en la cabeza, como todos los que la profesan. Admiróle á Octavio ver cuan en los términos de todo estaba; porque aunque se preciaba de discípulo de aquella escuela, en lo que le oyó platicar le reconoció mas capaz que él, y así se lo dijo: quiso acreditarse Garay con el genovés y dar principio á su embuste con decirle que fácilmente sacaria (para prueba de lo que sabia) oro de otro metal: alegróse Octavio, y con grandísimo afecto le rogó que lo hiciese. Garay le preguntó ¿si habia carbon en la quinta? y el genovés le dijo que sí, y mucha cantidad, porque él habia querido dar principio á la piedra filosofal. Subieron los dos adonde estaba la oficina que habian ántes visto, y viendo en ella Garay hornillos, crisoles, alambiques, y otros instrumentos químicos, dijo: De lo que al presente necesitamos ya lo tenemos aquí, que es de dos crisoles pequeños: hizo subir fuego; y poniendo un poco de azófar á derretir en el uno, lo hizo liquidar, de modo que lo vió allí líquido el genovés; sacó una cajuela de la faldriquera Garay, y de ella un papel con unos polvos, que dijo ser lo importante para su intento: echólos en el crisol, y sacándole á la claridad de una ventana con la mayor presteza que pudo, sin que el genovés lo echase de ver, vació el azófar líquido por ella, y en su lugar puso la barreta de oro que echó, y cubrióla, diciendo al genovés que importaba estar así media hora: en tanto hablaron de diversas cosas, todas en órden á desear el genovés saber hacer la piedra filosofal; porque era tanta su codicia, que le parecia que sabiéndola habia de ser señor del mundo. Vió Garay ser hora de manifestar su trabajo á los ojos del codicioso, y destapando el crisol, sacó su barreta de él, mostrándosela á Octavio, que viendo aquello quedó loco de contento, si bien dudoso de que aquello fuese oro verdadero, y así se lo dijo á Garay, el cual se le dió, para que haciéndole tocar á un platero, conociese que le trataba verdad. Quiso averiguarlo Octavio, y partióse de la quinta á la ciudad, donde supo ser el oro de veintidos quilates, con que volvió gozosísimo. En tanto Garay no estaba ocioso, porque instruyó á Rufina en todo cuanto habia menester para salir con su intento. Comunicaron todos tres la experiencia que se habia hecho; y Octavio, ya mas codicioso que enamorado, queria que otro dia se tratase de comenzar á trabajar en la piedra filosofal, prometiendo á Garay grandes ganancias, ofreciéndose él á hacer toda la costa, aunque fuesen diez mil escudos. Garay era gran tacaño, y llevaba ya pensada la burla con grandes fundamentos, y á la propuesta del genovés le dijo estas razones:

Señor Octavio, yo tengo casi sesenta años, que es deciros haber pasado lo mejor y mas de mi vida: bien pudiera, con lo poco que sé de este arte, pasar lo que me queda, con tanto descanso como un grande de España,

sin empeño, esto á costa de muy poco trabajo, porque lo mas tengo pasado en mis estudios: yo carezco de hijos; quien me ha de heredar una razonable hacienda que tengo es Rufina, sobrina mia; con ella, y la que heredó de mi hermano, padre suyo, podrá casarse honradamente, con tan principal marido, como el que perdió, que era de lo noble de la Andalucía, sin buscar mas aumentos para ella, siéndome tan fácil el dárselos, con lo que habeis visto; y el no usarlo lleva cierto intento que os quiero comunicar. En España saben, que si no soy yo, no hay ahora hombre que sepa la química con mas perfeccion, y han llegado las noticias que de mí tienen á oidos de su magestad, y así soy buscado con mucho cuidado por varias partes, mas ha sido tanta mi dicha, que he podido librarme de ser hallado, dando á entender que me he pasado á Inglaterra. La causa de huir de las muchas honras que su magestad me ha de hacer, no va fundada en santidad y menosprecio de las cosas del mundo, sino en mi razon de estado, que es no querer honras ni favores con la pension de perder mi libertad para toda mi vida, y pasarla disgustadamente en un honesto cautiverio; y declárome con vos mas. Su magestad está hoy con guerras en diferentes partes, cuyo gasto es tan grande, que para socorrer su gente, no solo ha menester sus rentas reales y la flota que le viene de Indias, sino valerse de la ayuda de sus vasallos: pues si yo fuese hallado de los que diligentemente y con cuidado me buscan, sabiendo que con mi arte puedo remediar todo esto con mucha facilidad, claro es que en prendiendo mi persona, han de dar con ella en una fortaleza, que ha de ser cárcel para toda mi vida, pues en ella no tengo de hacer otra cosa que trabajar siempre para aumentar los tesoros de mi rey y darle poder: y èste bien se le diera yo por una ó dos veces, sino que la codicia en los hombres es tal, que no se contentan con lo que tienen, aunque sea mucho, sino que anhelan siempre á tener mas. Esta, señor Octavio, es la causa porque ando fugitivo y encubierto, y debeisme el haberos revelado lo que no hiciera á mi hermano, que hoy fuera vivo; pero de vuestro valor y secreto fio el que os encargo, que no lo perdereis de mí.

Agradeció Octavio á Garay haberse declarado con él con tanta amistad, de la cual se hallaba tan feliz, que le parecia le podian envidiar todos los del mundo. Lo que le respondió fué que fundaba su razon de estado bien, y que para vivir preso, por temor de que no se pasase á servir á otro rey, la excusaba justamente con andar encubierto. Exageróle cuanto le estimaba y deseaba servir, y que no tenia que ofrecerle mas que su hacienda, que de ella podia servirse desde aquel dia como cosa propia suya; pero que lo que le suplicaba era que pues habia comenzado á dar muestra de su habilidad, no se partiese de Córdoba sin dejarle luz de ella. Esto le ofreció Garay, diciéndole que cosa tan preciosa como el oro, no se hacia menos que costando oro á los principios, y que así le avisaba que habia de ser grande el gasto para hacer la piedra filosofal; que si queria disponerse á que él la hiciese con particion de la ganancia, que no le estaria mal. El Genovés, que no deseaba otra cosa, le ofreció gastar cuanto tenia en ello, y Rufina de ayudarles, porque de la enseñanza de

su tio se le extendia á ella algo, y aun mucho, replicó Garay. Quedó, pues, de concierto que de allí á dos dias se daria principio á la obra, proponiendo que el principio de elixir divino (así llaman los químicos al todo de su transmutacion) se forma de la congelacion del mercurio con el napelo, con la horra, con la cicuta, con la lunaria mayor, con la orina, con el excremento del muchacho bermejo, lambicado con los polvos de aloes, con la infusion del opio, con el unto del sapo, con el arsénico, y con el salitre ó sal gema, y que él lo pensaba hacer con la orina del muchacho bermejo, la cual encomendó á Octavio le buscase con diligencia, que era mas á propósito que ninguna cosa. Él se ofreció á buscarla, y para dar principio á la obra dió quinientos escudos á Garay, porque estos dijo haber menester para cosas precisas que se habian de comprar: y esta liberalidad hizo el genovés, así por el interés que se le seguia de lo que esperaba poseer, como por haber dormido sobre el caso, y pensar tratar casamiento con Rufina, pues teniéndola á ella por esposa, era cierto tener de su parte á Garay, y que no le faltaria. No quiso dilatar el publicarle su pensamiento, que aquella noche, acabando de cenar, le sacó al jardin y se lo dijo. Parecióle á Garay que iba mejor encaminado su intento por allí, y así le estimó su deseo, exagerándole cuánto ganaba su sobrina en tenerle por dueño suyo; pero que habia un inconveniente, que era esperar una dispensacion de Roma para poder casarse; porque luego que enviudó Rufina, habia prometido (con el ansia de perder su esposo) entrarse religiosa, y para relajar este voto, que se hizo apasionadamente, habian despachado á Roma por dispensa de su Santidad: y que la jornada á Madrid era á cobrar ciertos réditos de un juro que tenia sobre la hacienda de un gran señor, que por poderoso no se le pagaban seis años habia; que le daba su palabra que venida la dispensacion se trataria luego del casamiento, que él veia á su sobrina muy inclinada siempre á lo que él la ordenase. Con esto quedó Octavio el mas contento hombre del mundo, y desde aquella noche fué dueño Garay de cuanto poseia.

Comenzóse, pues, á forjar la burla, comprando Garay algunas cosas que él encarecia valer mucho á Octavio, y todo era engaño. Previno nuevas hornachas, nuevos crisoles y alambiques, diciendo que los que allí habia no eran á propósito. Esto hizo en tanto que nuestro genovés andaba buscando los orines del muchacho bermejo, que fueron algo dificultosos de hallar, aunque lo consiguió con dineros, que todo lo allanan, porque temiéndose de un hechizo la madre del muchacho, quiso que se lo pagasen bien. Todo cuanto Garay dilataba su química cautela, era para hallar á propósito disposicion de dar el salto á Octavio; y para cuando se ofreciese la ocasion tenia comprados dos valientes rocines, á propósito para huir de Córdoba, y estos estaban en parte secreta.

Compuso las destilaciones sobre las hornachas á vista del genovés, compró alguna alquimia, bronce y azófar, diferentes sales, y otras cosas de lo que los químicos usan; y dando fuego á las hornachas, destilaban lo que se les ponia, que no era nada á propósito, sino solo para engañar al que gastaba sin órden, con la espera de lo que habia de resultar de allí. En cuanto á amor íbale mejor á Octavio, porque con lo pro-

puesto del casamiento, la señora Rufina, por pasar con su engaño adelante, le hacia algunos lícitos favores, en ausencia de Garay, con que Octavio andaba loco y manirroto.

Ofreciósele venirle á Octavio una letra de cantidad, que hubo de pagar á veinte dias vista; y con esto y alguna quiebra de correspondencias que tenia en partes extrangeras, con que temia faltar de todo punto á su crédito, si aquello no se componia en su favor; pero por lo que sucediese valióse del remedio que toman todos los hombres de negocios que quiebran, que es salvar los bienes, para despues hacer la fuga á su salvo. Así nuestro genovés no se dió por quebrado de todo punto, pero iba disponiendo la prevencion para si sucediese, que fué lo que le estuvo mejor á nuestra Rufina y á Garay. Ocultó algunos bienes de joyas y dineros Garay en nombre del genovés, de quien él ya hacia mucha confianza, y la persona que los tenia en depósito estaba avisada que á nadie los entregase sino á uno de los dos; sin esto llevóse otro tanto á la quinta, que á vista de Rufina encerró en un secreto lugar, que para fracasos como estos tenia fabricado con mucho artificio sin que nadie diese con ello, si no es que lo supiese. Ibase trabajando en la mentida destilacion, dándole Garay buenas esperanzas que dentro de veinte dias tendria fin aquel trabajo, y veria mucho oro en su casa para reparar aquellas quiebras, siendo mas de mil escudos los gastados en adherentes químicos, segun la cuenta de Garay, no habiendo gastado quinientos reales. Ofreciósele á Octavio en este tiempo llegar á Andújar á verse con un correspondiente suyo, para tratar con él cómo se sanearian estas quiebras que se esperaban, y encargando á Garay su casa, fué dejar carne al lobo, porque viendo la ocasion, como la pudo desear, sin aguardar á mas, sacó el depósito de aquella casa, lo que era dinero y joyas, y dejó la plata labrada, y lo que ocultaba la quinta no se quedó en ella; y acomodándolo bien, desampararon Rufina y Garay las hornachas y alambiques, y con su dinero acrisolado hicieron la piedra filosofal á costa del genovés ausente. Pusiéronse á caballo en ocasion que la gente de Octavio dormia, y tomando el camino de Málaga, que sabia muy bien Garay, caminaron por él toda la noche, con mas de seis mil ducados, en joyas y dineros. Tuvieron advertencia de dejar las hornachas puestas, y los crisoles y alambiques armados, y todo á punto, y encima de un bufete un papel que escribió Garay en verso, que los sabia hacer, para que con mas picazon quedase Octavio. Con esto, como está dicho, se partieron á media noche en sus rocines, que ya habian traido á la quinta, desviándose del camino real, adonde los dejaremos ir su viage, ricos y prósperos, á costa del paciente, por decir lo que sucedió.

Volvió Octavio de Andújar de allí á dos noches, no muy gustoso, por no haber negociado como quisiera, porque el agente no halló modo cómo guiar aquellas cosas para prevenir el daño que esperaban, por la quiebra de correspondencias y de caudal; pero lo que á nuestro genovés le consolaba mas, era tener en Garay fundadas unas firmes esperanzas de que saldria con su empresa; de modo que todo aquello se remediase y él quedase riquísimo, que tan ciego le tenia su química ó quimera. Llegó

á la quinta ya de noche, y halló en ella á un criado suyo, que en compañía de Garay y de Rufina habia dejado, que los demas estaban en Córdoba. Este le recibió con un semblante muy triste; y hallándose con él arriba, sin ver mudanza en él de semblante, le preguntó con alguna alteracion (temiendo que hubiese novedad) por sus huéspedes; de ellos no le pudo dar razon alguna el criado, porque no los vió partir de la quinta, que le dejaron durmiendo y cerrado en su aposento; y así se lo dijo á su amo, y que por ser fuerte la puerta de él, no la pudo abrir hasta que la hizo pedazos, estorbándose en esto hasta medio dia. Buscaron lo que por allí habia, y hallaron los cofres descerrajados y su dinero menos: no era esto lo que mas temia Octavio, sino que hubiese Garay llegado á su depósito. Al entrarse á acostar, poniendo él mismo la luz sobre el bufete donde estaba el papel, le abrió y vió en él escrito este romance:

Alquimistas mentecatos,
Mas codiciosos que ricos,
Que en multiplicar hacienda
Poneis todos los sentidos.
La piedra filosofal,
Que tanto habeis pretendido,
Para convertir en oro
Todo metal menos fino,
Enseña el doctor Garay,
En el orbe protoquímico,
Que vive ya escarmentado,
Si pecó de motolito.
Este, siguiendo la escuela
De Alejandro, Jervo y Rosino,
Paracelso, Morieno,
Raimundo, Avicena, Alquindo,
Con otros varios autores,
Que eminentes y eruditos,
Se quemaron las pestañas
Por parecer entendidos.
Desentrañando los senos
De sus bien pensados libros,
En el fin de sus estudios
Supo lo que en el principio.
Y así despues de gastar
Tiempo, que dió por perdido,
Solo el santo desengaño
Le curó de su delirio.
Lo que enseña desta ciencia,
En que tan docto ha salido,
Es á escapar deste daño,
Y á huir deste peligro.
Y porque los anhelantes,
Que siguen su laberinto,
No se queden sin vejámen,
Les pide atentos oidos.
Hombres de cascos baldados,
Ligeros de colodrillo,
Que para mofa de todos
Traeis al sesgo el juicio,
¿En qué fundais la intencion,
En qué estriba ese capricho,
Que corrupcion de materias
Engendren oro subido?
¿Putrefaccion de excrementos
Ha de producir al hijo
Del sol, que navega á España,
De donde lo inquiere el indio?
¿De cicuta ponzoñosa,
Del ópio, veneno impío,
Ha de formarse un metal,
Del mundo el mas pretendido?
¿El arsénico, y lo graso
Del oso, han de ser principios
De generacion tan noble?
No mirais que es desatino?
Si á interpretar jerigonzas
De vocablos inauditos,
Andais de autor en autor,
¿No veis, no veis que ellos mismos,
Cuando se dieron al ocio
De sus estudios prolijos,
Para desvelo de necios
Escribieron en guarismo?
Porque á saber ser verdad
Lo que tanto habeis creido,
Con lo oscuro no os hicieran
Escolásticos del limbo.
Lo enigmático y dudoso
(Pretendiendo ser Edipos)
Quereis deslobreguecer,
Cayendo en mayor abismo?

Si creeis que por verdad
Afirmaron los antiguos
Que la química era ciencia
Importante á los nacidos,
¿No echais de ver que en el modo
De vocablos exquisitos,
Para mas desatinaros
Huyeron del Calepino?
La virtud transmutativa
Llamaron (ved que delirio)
Polvo, piedra, cuerno, ungüento,
Elixir, y otros distintos
Nombres, para que la escuela,
Que inquiere transmutativos,
Dando en temas de locura,
Multiplica desvaríos.
Lo que os manda ejecutar
En los términos precisos,
No veis que echa bernardinas,
Pues son sus vocablos mismos,
Denso, raro, ánima, cuerno,
Bolatin, ingenio fijo,
Formas, materias, pureza,
Duro, blando, pùro, misto.
Los humos de que se vale
Son calcantes, litargirios,
Magnetos, férreos y talcos,
Calaminas, salcatinos.
A los cuerpos de las sales
Los llaman nombres de espíritus,
Hilipinguedo, baurat,
Tucar, coágulo, vitro.
Al azogue (que es el norte
En quien fundan sus principios)
Llaman Mercurio, Favonio,
Ecuato, Eufrate, unitivo.
A la plata, Luna, Reina,
Incineracion, lucinio,
Nigredo, calcinacion,
Hipostasis femenino:
Y vosotros para usar
De aquestas cosas, solícitos
Andais siempre entre crisoles,
Bacías, fuelles, hornillos,
Baños, morteros, cedazos,
Parrillas, copellas, vidrios,
Alambiques, cazos, ollas,
Fuego, cazuelas, lebrillos.
Tan tiznados y ahumados,
Tan quemados y curtidos,
Que parecen en los rostros
A los sulfúreos ministros.
Que el escarmiento en los necios,
Que fingieron tal camino,
No os libre de mentecatos,
Es de lo que mas me admiro.
Pues buscando incertidumbres,
Apurados de juicio,
Empeñadas las haciendas,
Y de caudales fallidos,
Andais mas pobres que andan
Vagabundos peregrinos,
Gramáticos y poetas,
Entre quien pocos se han visto
Con caudal, y así vosotros,
De la razon fugitivos,
Disipais todos los vuestros,
Emprendiendo desatinos.
Tú, Octavio, con tanto amor,
Como codicia, has venido
Confiado en este embuste,
A ver vanos tus designios.
Si bien el que esto escribe,
Bien con el suyo ha cumplido,
Pues de palabras de viento
A sacar moneda vino.
¿Qué piedra filosofal
Hay de quien se haga oro fino,
Como de un fingido engaño
Y un amoroso cariño?
El mio halló su provecho,
Y la moza hizo su oficio,
Que es fingir amor en quien
Estafado de ella ha sido.
Ahí quedan las hornachas,
Los alambiques y vidrios;
La receta de hacer oro,
Esa la llevo conmigo.
Si te pareciere bien,
Estafa á otro motolito,
Porque pague con su engaño
Lo que te hemos ofendido.
Porque cobrar tu moneda,
Con las armas de Filipo,
Tus ojos no lo verán
Por los siglos de los siglos.

No tardó poco el engañado genovés en leer los versos satíricos que sus fugitivos huéspedes le dejaron; luz tuvo de ser ellos los autores del robo,

mas no la halló para topar con ellos. Aquella noche la pasó cual puede considerar el discreto lector, de quien se veia en víspera de quebrar, y sin remedio de soldar su quiebra, y estafado ó robado. No perdió la esperanza, así de hallar en Córdoba el depósito intacto, como de alcanzar á los robadores de su moneda. Vuelcos daba por la cama, y no lo causaba el amor de la tacaña Rufina, que ya se le habia quitado con la falta de su moneda, sino el haberla perdido engañado de un embustero socarron: allí maldijo los principios de su química, aunque debiera echarlos bendiciones, pues le atajaron con la burla, que prosiguiera en su intencion. Apenas vió el dia, cuando levantándose á toda priesa fué luego á la ciudad y á la casa del depositario de su hacienda, y preguntóle si habia acudido allí Garay; le respondió que sí, y se habia llevado cuanto en su poder tenia, siguiendo la órden que le habia dado de entregárselo si viniese. En poco estuvo el desesperado genovés de no quedarse allí muerto de pena: hizo demostraciones de sentimiento, tantas que á no saber la causa el depositario le tuviera por falto de juicio. Consolóle lo mejor que pudo, y aconsejóle cuánto le importaba que luego se hiciesen apretadas diligencias en buscar á los delincuentes: hizo cuantas pudo, á costa de su dinero, que le llevaron comisarios despachados con requisitorias por varios caminos, pero el que llevaba Garay y Rufina era tan extraordinario que no dieron con ellos; y así se volvieron á Córdoba á cobrar los salarios de quien les habia despachado, con que fué añadir gasto al robo. Dilatóse luego por toda la ciudad, con que á otro letra que le vino al genovés hubo de ausentarse por no aceptarla, y dar consigo en Génova, con lo que pudo salvar de su moneda y hacienda, dejando á sus acreedores á la luna de Valencia, sin hallar bienes de que cobrar sus deudas y créditos que le habian dado: paradero ordinario de los que abrazan mucho con poco caudal, fiados en que con la fuga se libran de estos lances.

CAPITULO XI.

En el camino de Málaga encuentran Garay y Rufina á unos ladrones: los escuchan, sin que ellos lo adviertan, el plan de un robo, que debian depositar en un ermitaño: discurre Rufino el robarlo: lo pone en ejecucion, y se queda á vivir en la ermita con el ermitaño Crispin.

A largo paso caminaban Garay y Rufina por camino desusado; en cuatro noches no durmieron en poblado, temerosos de que no fuesen hallados de la justicia, presumiendo que el ofendido genovés los habia de hacer buscar con cuidado: al fin ellos desvanecieron sus diligencias, con guardarse en disfrazado trage de ocupar el poblado. Garay acudia á él por lo necesario para sustentarse, y por ser buen tiempo (que era entónces la primavera) dormian en el campo. Llegaron á un bosque una tarde al po-

nerse el sol, temerosos de que un nublado muy denso no descargase sobre ellos cantidad de agua y piedra, que eso prometia con dilatados truenos y recios : con este temor se acogieron á lo mas espeso, donde amparándose de las ramas, las tomaron por defensa de una recia agua que el cielo envió, envuelta en piedra. Con el mismo temor se valieron del bosque otros que eligieron por amparo otro puesto cercano al en que estaban los fugitivos Garay y Rufina. El rumor de su plática dió motivo á Garay para que quietamente saliese de donde estaba, y encubierto de las ramas se puso cerca de ellos.

Eran tres hombres los que estaban allí; y cuando Garay llegó comenzaba esta plática el uno de ellos : Si esta noche, compañeros mios, no se serena, mal lance podemos esperar en lo que emprendemos, porque á continuar así esta agua, vendrá á ser estorbo de nuestros intentos. Así es, dijo otro, y el ermitaño de la ermita del cerro se habrá cansado en balde de habernos aguardado para facilitar nuestro robo. Unico hombre es, dijo el otro, y la capa de su hábito lo es de nuestros latrocinios, y ha sido excelente el modo con que ha sabido grangear las voluntades de los que le han dado á su cargo aquella ermita. Él sabe tambien fingir con su estudiada hipocresía, que engañará á cualquiera, replicó el primero, y así lo ha hecho, acreditándose de virtuoso varon por toda esta tierra, siendo el mayor bellaco facineroso que habita en ella. Doce años ha que le conozco, dijo el segundo, usar el trato del araño, y en todo este tiempo ha tenido tanta dicha, que nunca puso pié en cárcel, habiendo otros que al primer hurto son castigados. Es el amparo de los de nuestro trato, y su ermita (con aquella cueva que ha hecho debajo de ella) el depósito de nuestros hurtos, dijo otro, y el de ántes de ayer fué el mas considerable que ha habido en esta tierra, pues pasaron de mas de mil y quinientos escudos en oro los que le quitamos al tratante en tocino. No me contento con otros tantos, dijo el que primero habia hablado, si la noche se mejora. Con esto trataron del modo cómo habian de ejecutar el hurto, de que no perdió sílaba Garay : sabia toda aquella tierra bien, y teníala medida á palmos; de modo que conocia razonablemente al ermitaño, si bien le tenia por un santo, no imaginando que tal trato tuviese, ni que su ermita fuese receptáculo de ladrones. Volvióse á su puesto con Rufina, á quien contó cuanto habia oido á los ladrones : estuviéronse quietos, deseando que así lo estuviesen sus dos rocines, porque de ser sentidos esperaban que tendrian mejor medra con sus despojos que con el hurto que iban á hacer. Sucedióles bien, estando la fortuna de su parte, porque las cabalgaduras estuvieron quietas, la noche se serenó, y los ladrones acudieron á hacer su herida : Garay y Rufina, sintiendo que se ausentaban de allí, tomaron el camino de una cercana venta, donde posaron aquella noche, y estuvieron en ella esotro dia : allí confirieron Garay y Rufina lo que habian de hacer, y se dirá adelante, dándoles motivo á nueva empresa lo que á los tres ladrones habian oido la noche ántes; y así dispuesto todo, los dos se fueron cerca de la ermita del cerro, donde estaba el hermano Crispin, que así era llamado, siendo ermitaño, y ántes Cosme de Malhagas, por mal nombre entre los de su trato.

Ensayada estaba Rufina en lo que habia de hacer; y así á un árbol que estaba al pié de un cerro, cercano á la ermita, fué atada de Garay, y luego comenzó ella en altos gritos á decir : ¿ No hay quien favorezca á una desdichada mujer que la quieren quitar la vida? Cielos, doleos de mí, y vengad el agravio que se le hace á mi inocencia. Aquí hacia su papel Garay, diciendo : No tienes que dar voces á quien no te ha de remediar; encomiéndate á Dios el poco tiempo que te queda de vida, que luego que seas atada á este árbol te he de sacar el alma á puñaladas. A los primeros gritos oyó Crispin á la mujer, y hallóse solo en la ermita, cosa nueva, porque siempre vivia las noches acompañado de la gente *non sancta* de su trato. Valióse el bendito de dos escopetas, ántes que de amonestaciones, que no son tan eficaces para el miedo entre la gente obstinada : y así bajó al puesto donde estaban Rufina y Garay, disparando una escopeta. Vínole de molde á Garay esto, porque habiendo de hacer su fuga como tenia concertado con su moza, la hacia con mayor causa, pues se le atribuiria á temor de aquella tremenda arma : y así poniéndose en su rocin, y tomando la rienda al otro, á todo correr se ausentó de allí. Bajó Crispin, donde á la luz clara de la luna, que entónces comenzaba á salir, vió á Rufina, mintiendo llanto, y fingiendo angustia del susto en que se habia visto : y así, para hacer mejor su papel, dijo al llegar el hipócrita ermitaño : ¿Dónde vuelves, enemigo mio, perdiste el miedo al tremendo rumor de la escopeta, para acabar mi vida? Aquí me tienes, da fin á ella, mas lo que te aseguro es que por este delito que cometes, estando inocente de lo que me imputas, te ha de castigar el cielo fieramente. Llegó en esto Crispin, y díjola : No soy, señora, quien habeis pensado, sino quien viene á remediar vuestra pena, y ponerse en defender vuestra vida. ¿ Dónde está quien pretendia ofenderla? que depuesto el modesto estilo de mi profesion, he venido con estas escopetas á seguir al que os ofende, por parecerme era servicio de nuestro Señor. Esto decia, y la desataba del árbol, y habiéndolo hecho, Rufina se arrojó á sus piés, diciendo : De vos, hermano Crispin (que ya sabia su nombre), me habia de venir este milagroso socorro : revelacion habreis tenido de este delito que se intentaba hacer, pues con armas agenas de vuestro hábito habeis acudido al remedio, prevencion que os vendria del cielo para castigar tal maldad : págueos Dios el socorro, que yo soy una flaca mujer, que no puedo mas que con sumisiones agradeceros este bien que me habeis hecho, debiéndoos no ménos que la vida, que estaba expuesta al furor de un hermano mio, que mal informado queria quitármela.

Parecióle la mujer muy bien al hermano Crispin, que no despreciaba nada que tocase al género femenino; mas como su compostura y modestia habian de sustentar su introducida hipocresía, abstúvose de no decirla mil cariciosas razones, y asido á las aldabas de su mentida santidad la dijo : Hermana mia, no soy tan digno de los favores del cielo como me hace, mas anhelo á procurar parecer bueno sirviendo en esta soledad al Señor : su divina Magestad ha permitido que en esta ocasion yo fuese el medio por quien vuestra vida no peligrase : gracias al cielo que todo ha parado en bien : una celda pobre os puedo ofrecer esta noche y las de-

mas que gustáredes, hasta negociar vuestra comodidad, miéntras se pasa la ira de de vuestro hermano; esta os ofrezco con una voluntad muy sencilla y un amor de prójimo, que este hábito se vistió para ejercer estas caridades. De nuevo le dió Rufina las gracias por el ofrecimiento que le hacia mintiendo lágrimas, que en la mujer es cosa fácil: aceptó el ofrecimiento que la hacia, por ser lo importante para lograr su intencion, y así caminaron hácia la ermita, yendo el hermano muy aficionado de Rufina y metido en varios pensamientos: llegaron á ella con no poco cansancio de la engañosa moza, mintiendo aun mas del que tenia; Crispin la esforzaba, llegándose á darla el brazo. Abrió la puerta de su celda y entraron dentro; para lo exterior tenia una tarima en que fingia dormia, una pobre mesilla, un crucifijo á la cabecera de la cama, una calavera al pié, y la disciplina colgada cerca en un clavo. De ver esto se admiró Rufina, arrepintiéndose de haber venido allí, porque la pobreza de la celda y el encogimiento de su dueño, parece que contradecian á la informacion que habian tenido de los tres ladrones en el bosque. Crispin viéndola notar todo su menage, la dijo: Hermanica, parecerále pobre albergue este, con que se prometerá toda descomodidad esta noche; pues no desespere de tenerla, porque ha sido dichosa en no haber hallado aquí quien asista en novenas, que suelen algunas personas devotas tenerlas en esta ermita; y así la providencia de los que cuidan de ella, tienen alguna ropa para hacer camas aquí. Mentia en esto el hipocriton, porque habiendo preguntado lo primero á Rufina si era de Málaga, y díchole que no, con esto se atrevió á fingir que habia allí camas para los que tenian novenas, y no era así, sino que él, para dormir con comodidad y regalo, tenia muy blandos colchones, y la ropa necesaria para una regalada cama, y aun para dos, por los secretos huéspedes que tenia; estaba esta ropa con otras alhajas en un sótano que él habia hecho secretamente, que era la custodia de los bienes que, contra la voluntad de sus dueños, se traian allí por la gente de rapiña. Rogóla que allí le atendiese, y el socarron solícito bajó abajo y subió la ropa, con que se hizo una cama en un retirado aposento, algo apartado del suyo; cenaron aquella noche algo mejor que Rufina habia pensado, porque no faltaron principios de regaladas frutas del tiempo, una sazonada olla, y un conejo ántes de ella, que dijo Crispin haberle dejado allí un devoto suyo, á quien debia muchas obligaciones. Rufina, forzando su natural alegre, estuvo muy mesurada en la cena, fingiendo mala gana de cenar, causada de su fingida desdicha; el hermano tambien mentia la hambre con que estaba, pues para sus buenos alientos era toda aquella cena poca; mas hubo de abstenerse, como Rufina, mas no lo estuvo de mirarla en cuanto la cena duró. Hubo gracias á la postre, como al principio bendicion, con que alzados unos pobres, aunque limpios manteles, el hermano deseó saber de Rufina la causa de quererla su hermano matar, y así la rogó que se la dijese. Ella por mostrar agradecimiento en esto, y reconocer la obligacion en que le estaba, le dijo: Aunque renovar sentimientos ha de ser para mí mas afliccion, tiéneme, hermano, tan obligada, que seria ingrata á no condescender con lo que me manda; y así prestándome oidos, pasa mi suceso de esta suerte.

Yo soy natural de Almería, nacida de padres nobles, pues ha muchos años que en aquella ciudad tuvieron su antiguo orígen: no tuvieron de su matrimonio mas que á mi hermano y á mí que es un año mayor que yo; y murieron nuestros padres, dejándonos á mí de quince años, moza, y con la cara que veis; tuve muchos pretendientes para casarse conmigo, mas mi hermano no se pagaba de ninguno, poniéndoles defectos, ya en la sangre, ó ya en sus personas, con que no llegó á tener efecto ninguno en su pretension: bien creo que era la causa de esto desear mi hermano que yo me entrase religiosa en un convento de monjas donde estaban dos tias mias, y de esto tuve premisas, por ver lo que yo era rogada de ellas que fuese allí religiosa; yo nunca tuve intento de serlo, y así nunca les salí á su pretension, con que mi hermano no me mostraba muy buen semblante. Acertó á venir de Flandes un hidalgo que habia salido de Almería niño, y por sus servicios mereció llegar al puesto de capitan de infantería, y de allí á capitan de caballos; quiso dar una vuelta á la patria, y así con licencia de su general vino á ella muy lucido de vestidos: tenia mediana hacienda, y muchos réditos caidos de ella desde que habia dejado su patria: vióme un dia en una iglesia, preguntó quién era, informáronle bien, y lo mas cierto es que se aficionó de mí, con que me comenzó á galantear y á escribir: al fin, por abreviar, yo, viendo sus finezas, su igualdad en sangre y buenas partes en él, procuré pagarle su aficion, de modo que le dí entrada en mí casa con pretexto de que sería mi marido; pudo hacer esto con mas seguridad, por estar entónces mi hermano enfermo de una larga enfermedad, de que pensó morir. ¡Pluguiera al cielo así fuera, para que no llegara yo á ver lo que ha pasado por mí! Uno de los que me festejaban, envidioso de que un recienvenido hubiese sido admitido en mi gracia, y tan adelante, dió en seguir sus pasos, y pudo su vigilancia llegar á verle entrar en mi casa y salir muy á deshora; con esto le pareció vengarse de mí, que le habia despreciado, en dar cuenta á mi hermano de lo que pasaba en su casa; y así un dia que le visitó, hallándose á solas con él, le dijo cuanto habia visto. Estaba entónces mi hermano mas esforzado, pues se comenzaba á levantar, y con mediana diligencia pudo certificarse en ver lo que el otro le habia dicho. No pudo por entónces vengarse por su gran flaqueza; mas dejólo estar para mejor ocasion, sintiendo mucho que yo hubiese puesto los ojos en el capitan; porque con cualquiera no sintiera tanto el verme prendada, como con él, que con un hermano suyo mayor habia tenido muchos disgustos, y nunca se llevaron bien.

Convaleció mi hermano, y viendo al capitan ausente de Almería, que habia ido á la córte á sus pretensiones, me dijo que me queria traer á Málaga á ver otra tia monja, de la órden de San Bernardo; yo creyéndole, como estaba ignorante que sabia estas cosas, condescendí con su voluntad, muy gustosa de tratar tal jornada, porque queria mucho á esta señora, y ella me pagaba este amor con muchos regalos que me enviaba. Con esto se dispuso la partida, y viniendo en dos andadores rocines, con dos criados, al llegar á este bosque los mandó adelantar á tomar posada, y al emparejar con ese sitio, donde me hallastes (que era cuando habia

anochecido) valiéndose de sus fuerzas me apeó y puso en el término que viste, donde perdiera la vida infaliblemente si vuestro socorro no llegara en la forma que llegó, porque del trueno de la escopeta temió de tal manera, que desamparó el puesto y me dejó atada á aquel árbol : Dios os guarde, que nunca me olvidaré, miéntras Dios me diere vida, de este beneficio.

Consoló mucho el hermano Crispin á su huéspeda, y ofrecióla que la ayudaria en cuanto se la ofreciese; y por ser algo tarde se recogieron á dormir, yendo Crispin lo bastantemente enamorado de Rufina, para desear hallar modo como supiese (sin escándalo) su intencion. Rufina ocupó la cama que se habia hecho para ella, y Crispin otra, que tenia escondida, con muy buena ropa, que no se procuraba tratar mal. Toda aquella noche estuvo desvelado, discurriendo cómo podria manifestar su amor á su huéspeda : con esto le halló la mañana anunciándola los pajarillos de los vecinos campos con sus arpadas lenguas; levantóse, y de allí á poco Rufina, la cual acudiendo á la iglesia de la ermita, que se podia entrar por ella desde la casa del ermitaño, le vió en ella de rodillas; apenas sintiõ ruido cuando dejando su oracion (si la hacia) volvió la cabeza á verla, no pudo acabar consigo menos, tanto la queria desde la pasada noche: tambien Rufina de su parte se acogió á la hipocresía, estando largo rato de rodillas, mas que ella quisiera, porque no era muy devota. Vió acabar de orar á Crispin, y así ella tambien dejó de hacerlo; vínose para ella el hermano, diciéndola : Loado sea el Señor, hermanita en Cristo, y déle tan felices dias para el cuerpo y para el alma como yo deseo : dígame, criatura de Dios (¡ y qué perfecta!), ¿cómo ha pasado la noche? Ella le dijo : Hermano, con su buen agasajo bien, aunque mi pena no ha permitido que el sueño diese sosiego. Es uno de los alimentos mayores que tiene el hombre, dijo Crispin, y así creo que hace tanto como la comida; encomiéndelo todo á Dios, que su pesar parará en alegra. Así lo permita su infinita bondad, dijo ella. Fuéronse de allí á una estancia que miraba al campo, donde sentados los dos, quien comenzó la plática fué Crispin, diciendo así :

Cierto que, cuando veo á los hombres salir de su quietud y andar con desasosiego por la hermosura de las mujeres, en parte los disculpo, porque los efectos humanos no pueden dejar de hacer su oficio, que es dejarse llevar de lo que los ojos han visto con delectacion suya, teniendo por objeto una de las muestras mayores, que nos ha dado la divina Magestad, para que por ellas rastreemos cuales serán las celestiales beldades de aquellos espíritus angélicos. Yo desde que dejé el mundo, que fué en edad que aun no conocia malicia, me procuro apartar de ver hermosuras, porque hallo que es para mí grande inconveniente el mirarlas, pues de hacerlo con atencion (como he visto por experiencia) resulta el verme inquieto, lazos que pone el demonio para que los que estamos agenos de él seamos suyos. Todo este período ha parado en llegaros á decir que el mayor servicio que os he hecho ha sido el admitiros por huéspeda mia, cuando vuestro rostro es el mayor peligro que tienen las almas, pues tiene tantos primores, que con ellos las hechiza y enagena : no os

admiren estas razones, agenas de este hábito, que por lo hombre me distraigo de él, para deciros esto.

Quedó con colores de vergüenza el que tenia tan poca, y no menos la mostró Rufina; mas como la ocasion la ofrecia cabellos, y aquella era la que habia de darla camino para su pretension, no quiso perder sus cabellos, y así le dijo: Aunque yo no me incluya en el número de las que pueden con su beldad inquietar á los hombres, le confieso, hermano Crispin, que me conformo con su opinion, que es tan poderosa la fuerza de la hermosura, que á mí con ser mujer me lleva y deja suspensa cuando tengo algun bello objeto delante de mis ojos; y así no me admira que los hombres hagan extremos estando enamorados, pues á mas les obliga la fuerza de la belleza que aman, ni aun me espanto de que comprenda aun hasta los que estan retirados del mundo, pues no se han purificado de los humanos afectos. Yo estimo en mas el hospedage que me haceis, pues es con tanta pension de vuestra quietud; quisiera que en mí misma no estuviera la causa, mas lo que podré hacer, será dejaros descansar, y aliviaros del enfadoso hospedage mio, si os tiene de costa lo que me significais pernicioso, que os pago, sino en la misma moneda, á lo menos con lastimarme que dejásedes tan presto el trato de las cosas del mundo por vivir en esta soledad, que aunque es por mejora de vuestro espíritu, todavía hallo en vos partes para que todos las estimaran algun tiempo, teniéndole despues para poner en ejecucion lo que habeis hecho. A medida de su deseo habló Rufina al hermano Crispin, y él contento con lo que la oia se atrevió á decirle que su hermosura era tan poderosa con él, que desde que entró en su albergue no podia sosegar, amándola tiernamente. Rufina no se esquivó de lo que le oia, disculpándole los afectos de hombre; no le desesperó de favor, porque la convenia; y así le dejó contentísimo. Fingióse Rufina indispuesta dos dias, sin levantarse de la cama, donde fué regalada de su huésped con grandísima puntualidad, que de noche le traian conocidos suyos, de los cofrades de Caco, cuanto podian desear. A mucho se atrevia Rufina, que fué á quedarse á solas con un hombre en una soledad; mas hizo este atrevimiento conociendo en él mucha voluntad y amor; y este cuando es perfecto siempre peca en cobarde, pues no hay ninguno que amando perfectamente se atreva á ofender con osadías á quien ama; así lo hacia Crispin: lo que estaba en su favor fué el prometerle Rufina que sabido de su hermano que no estaba en Málaga, le oiria con mas gusto, pero que la pena de no hallarse aun allí segura la tenia desazonada, para no atender á los muchos méritos que en él iba conociendo cada dia. Con esto pudo tener á Crispin á raya, con esperanzas de verla mas propicia en su favor; y así la prometió hacer las diligencias posibles con amigos suyos, para saber si su hermano estaba en Málaga.

CAPITULO XII.

Llegan los ladrones con el robo: se ponen á cenar, y después de la cena empieza uno á contar la novela de «El Conde de las Legumbres.»

Aquella noche los tres camaradas de la garra, amigos íntimos de Crispin, llegaron á su ermita con un grandioso hurto, que era el que no habia tenido efecto la noche que se acogieron al reparo del bosque, de quienes Garay oyó su plática; lo que traian eran dos bolsas con lindos doblones, en que habia mas de mil y quinientos escudos. A estos habia Crispin de franquear la entrada en una casa, donde le daban limosna en la ciudad, y aquella noche no tuvo efecto su pretension por el agua, que le fué estorbo al ermitaño Crispin para ir á la ciudad; ahora se facilitó mas con un muchacho que dejaron dentro, para que á media noche les abriese las puertas.

Estos tres garfios humanos se hallaron en la ermita, de quienes Crispin ocultó la huéspeda que tenia, y admitiólos á estos en su albergue, sin reparar en el recato de su estado, por la gran confianza que ya tenia de Rufina, de quien fiaba que le ayudaria en todo. Dióles de cenar á los tres, y sobre cena se trataron varias cosas: habia entre los tres uno, que habiendo dejado sus estudios, se dió á esta pícara y peligrosa vida, no mirando á su sangre y partes, que las tenia buenas. Este siempre era el fomento de las conversaciones, y el entretenimiento de sus amigos; y así le pidió Crispin que para divertir algo de la noche, y no acostarse acabando de cenar, les contase alguna historia ó novela, pues tantas habia leido. Esto hizo por entretener á Rufina, que toda su plática estaba oyendo desde su aposento, que era otro mas adentro de donde los tres estaban, no poco alegre de acabar de haber visto que Crispin era el encubridor de aquella gente tan honrada. Rogado, pues, el compañero, quiso darles gusto, y así dijo de esta manera.

NOVELA SEGUNDA.

EL CONDE DE LAS LEGUMBRES.

Don Pedro Osorio y Toledo, caballero nobilísimo, nació de ilustres padres en Villafranca del Vierzo, villa antigua, que confina con los términos del reino de Galicia. Crióse con su hermano mayor don Fernando Osorio, y con una hermana, llamada doña Costanza en su patria; mas por fal-

tarle sus padres á los tres lustros de su edad, le fué fuerza valerse del camino que toman los hijos segundos que les estan señalados unos cortos alimentos, y así siguió la guerra en Flandes, donde por sus heróicas hazañas, hechas en ofensa del rebelde holandés, de alferez, que fué el primer puesto que tuvo, subió al de capitan, donde con mayor fama mereció que el serenísimo archiduque Alberto le honrase con su magestad para que le diese el hábito de Alcántara, con futura sucesion de la primera encomienda que de aquel militar órden vacase. Con esto continuó su bélico ejercicio, hasta que hubo treguas con el enemigo, firmadas por un año: esto y saber que su hermano mayor era muerto, le obligó á pedir licencia para dar una vuelta por su patria, que dos hijos que habia dejado, y asimismo su hermana, necesitaban de su presencia: los unos para su amparo, y ella para tratar de su remedio.

Llegó don Pedro á Villafranca, á tiempo que su hermana faltaba de allí quince dias habia, porque una tia suya, hermana de su padre, viuda, se la habia llevado consigo á Valladolid, donde entónces estaba la córte, determinada esta señora de dejarla su hacienda, despues de sus dias, para que con ella se casase. Trató (luego que llegó don Pedro á su patria) de componer las cosas tocantes á la hacienda de su difunto hermano; y cuando ya las tenia puestas en razon, y dejado á sus sobrinos en compañía de un deudo suyo anciano, para que tratase de su crianza, determinaba irse á Valladolid á ver á su hermana. Previniendo estaba su partida, cuando un dia que se halló en la plaza de Villafranca, vió que por ella cruzaban, enderezando á un meson que estaba al fin de ella, mucha gente que acompañaba á dos literas: en la de adelante iba un anciano caballero, y en la que á esta seguia una dama, cuya hermosura y gentil aliño dejó á cuantos la vieron aficionados, y mucho mas á don Pedro, porque fué tanto lo que se pagó de verla, que embozado el hábito fué siguiendo la litera con una suspension tan grande, que no miró la nota que de ello podia dar á los que con él estaban: vióla apear á la puerta del meson, y si quedó pagado de su belleza, no menos lo fué de su bizarro talle y curioso prendido; finalmente, él quedó rematado por su hermosura, con que no sosegaba hasta saber muy de raiz quién era la que tan prestamente habia triunfado de su albedrío y cautivado su libertad; presto salió de este cuidado para ponerse en otros mayores, porque encontrándose con uno de los criados que la acompañaban, que acertó á salir del meson á la plaza, le preguntó, cortés y agradable, le dijese quién era aquel caballero, y dónde iba: el criado, que no era menos apacible, le dijo estas razones:

Señor mio, el caballero por quien me preguntais, que es mi dueño, se llama el marques Rodolfo; es un gran señor de Alemania, su venida á España fué á ser embajador ordinario en la córte de vuestro rey, por la cesárea magestad del emperador: trae á la hermosa Margarita consigo, hija suya, para casarla con Leopoldo su sobrino, que asiste en Valladolid. Este caballero es bizarro y de grandes partes; y hallándose en lo mejor de su juventud, deseó ver tierras, y salió de Alemania con ese intento; acompañado de cuatro criados, vió á toda Italia, Francia é Inglaterra, y paró en España, donde agradado de su temple y pagado de sus hijos ha que-

rido vivir en la córte con mucho lucimiento de casa y de criados, siendo muy favorecido de la magestad católica, y amado de todo lo noble de su córte, porque su generosidad y agradable condicion saben muy bien grangear las voluntades de todos. Habíase tratado este casamiento de Leopoldo con la señora Margarita en Alemania; y cuando salió el marques, mi dueño, con la merced de esta embajada, hízose mas esfuerzo en esto, deseando el emperador que tenga efecto: nuestra venida fué con tan mal temporal, que padeciamos en el mar una tormenta tan peligrosa, que muchas veces nos veiamos á pique de ser anegados. Entónces el marques, como tan cristiano caballero, hizo voto, si Dios le libraba de aquel peligro, por intercesion del glorioso patron de las Españas (de quien es muy devoto) visitar el santuario en que se venera su santísimo cuerpo. Llegamos á Valladolid, y apenas el marques descansó quince dias, en que se capitularon Leopoldo y Margarita, cuando quiso cumplir su promesa, viniendo á Santiago. No viene con él Leopoldo, porque le pareció no convenir, y así se queda en Valladolid á cuidar del despecho de la dispensacion que se ha de traer de Roma por ser primos hermanos. Esto es lo que os puedo decir á lo que me habeis preguntado.

Agradeció don Pedro al criado la relacion que le habia hecho, y ofrecióle servirle, si en algo valiese, con que se despidió de él. Esta plática fué ya de noche, paseándose por la plaza, y hacia algo oscuro; de modo que el forastero no pudo notar en don Pedro las señas del rostro, porque él con cuidado deseó encubrirse de él. Apartóse el amartelado caballero con no poca pena de haber sabido lo del casamiento, y que tan adelante estuviese; y así este cuidado como su amor no le daban un punto de sosiego; aquella noche quiso de embozo ver cenar al marques y á su hija, valiéndose del tercio que le hizo el mesonero, porque le puso en parte donde á su satisfaccion dió buen cebo á sus ojos, que fué echar mas leña al fuego. Esotro dia partió el marques de allí, sin que don Pedro tornase á ver á su hermosa hija, porque la noche ántes habia discurrido sobre su penosa inquietud, y convino para un nuevo capricho que le ocurrió, que no fuese en ninguna manera visto de dia del marques, de Margarita, ni de ningun criado suyo.

El camino de Santiago es áspero, porque todo el reino de Galicia es fragoso; y así el marques caminaba cortas jornadas, con que á don Pedro le pareció que su vuelta no seria en aquellos veinte dias, haciéndose la cuenta del descansar en Compostela algunos, para tornarse á poner en camino con mas aliento: dispuso con esto sus cosas, y despidiéndose de todos sus conocidos y amigos se vino á Ponferrada, villa mas hácia la corte cuatro leguas de la que habia dejado allí; se hospedó en un meson, de donde no salia de dia; las noches tomaba el fresco, con tanto recato de no tratar con nadie, que con ninguna persona de Ponferrada comunicó, sino con el huésped, de quien se hizo grande amigo, y á quien dió parte de sus intentos. Tenia don Pedro un criado que le habia servido desde que juntos salieron de Villafranca hasta entónces, en quien don Pedro habia conocido mucha fidelidad y amor: á este nunca se reservó secreto alguno, ni aficion que tuviese; de suerte que para con él no habia

cosa oculta, salvo esta aficion de que no le habia dado parte. Conocia Feliciano (que así se llamaba este fiel criado) que su dueño andaba con nueva inquietud, que tenia desvelo, pues lo mas de las noches se le pasaban sin dormir, dando vuelcos por la cama, suspirando, é ignoraba la causa de esto: veia por otra parte que en Ponferrada no estaba la causa de sus desvelos, porque á estar allí, ó de noche, ó por el dia, no dejara de acudir á su martelo, porque un corazon afligido brevemente descubre su pasion con los que le tratan de cerca, pues las acciones manifiestan su pena, y descubren la causa de ella. Todo esto faltaba en don Pedro, si bien no las ansias de su pecho, que en el silencio de la noche no le eran ocultas á Feliciano, y como andaba con cuidado de saberlas, costóle algunos desvelos examinarlas con los oidos.

Un dia, no pudiendo sufrir tanto silencio, hallándose solos, le habló Feliciano de esta suerte: Nunca imaginara, señor y dueño mio, que en tí pudiera caber tanto recato, que penas que encubres en tu pecho se me recelan, habiendo siempre sido el archivo de tus secretos y el fomento de tus empleos; poco me favoreces, pues cuando conozco en tí desasosiegos, inquietud y penas de amor, me las ocultas: véote desvelado las noches, retirado los dias, y siempre con un profundo silencio y una grave melancolía, que me tiene puesto en notable cuidado: tú saliste de tu patria publicando que ibas á la corte, has hecho asiento en esta villa, con tanto retiro de que te vean, que me trae confuso ver esto, é ignorar á qué fin se hace: no ignoro que á los criados solo les es dado servir á sus dueños con puntualidad y amor, y obedecer sus órdenes y mandatos, y no querer saber de ellos mas de lo que les digan: yo he seguido hasta ahora este estilo; mas con la licencia que me tomo por la antigüedad de criado tuyo, siempre fiel en tu servicio, me atrevo á preguntarte ¿qué designio te ha traido aquí? ¿por qué causa vives con desvelo? ¿y qué intentas hacer en esta posada, retirado de las conversaciones, que es lo que muchas veces, ó las mas, divierte las penas? ¿Merece mas este huésped, conocido de cuatro dias, que un criado que te ha servido muchos años? Decláreseme este enigma, que no es mi consejo tan para desechar, que en algunas ocasiones no te has valido de él. Aquí dió fin á su justa querella Feliciano, y su amo principio á su satisfaccion de esta suerte:

Feliciano amigo, resistir uno su estrella, mal puede, si del cielo está determinado que ha de dominar en él, aunque comunmente se dice que el sabio tiene dominio sobre ellas: yo debí de nacer para amar una beldad que ha rendido mi pecho, ha sujetado mis potencias, y puesto en prision mi albedrío; y así resistirme á lo que los hados disponen será yerro: déjome llevar de mi aficion con conocimiento de que sigo un imposible, y que intento una temeridad, y por eso me ves imaginativo, desvelado y melancólico, sin sosiego las noches, con silencio los dias, y padeciendo entre mí muchas penas, nacidas de que amo donde tengo por dudoso el premio de mi amor, con un impedimento que me desmaya la esperanza; al fin, por no tenerte confuso, yo ví aquella beldad, aquel serafin humano, aquel portento de hermosura, que pasó por nuestra patria en compañía del marques Rodolfo su padre; las partes que hay en ella,

pues tú la viste, bien serán disculpa de mi arrojamiento de amarla: conózcolas, ámolas, mas hay un estorbo que me impide el pretenderla. Esta dama (que es su nombre Margarita) está capitulada con un caballero, primo suyo, llamado Leopoldo, de tantas partes, que para competidor sobran: ya amé, ya quise, ya padezco; retroceder de esto, téngolo por imposible hasta probar los vados que en esto hay: galantearla un caballero pobre como yo, cuando la espera otro esposo galan, rico, bien entendido, conocido, y con sangre suya, es disparate; porque ¿de qué suerte introduciré este amor de manera que llegue á recibir un papel mio? Mi sangre no es inferior á la suya, pues la casa de Astorga y de Villafranca honran mi orígen noble; en esto no podian reparar, si mi suerte fuera tal, que con mas conocimiento me hubiera visto en la corte: á ella vuelve de su romería, y solo tengo de término para comunicarla tres meses, que será lo que tardare en venir la dispensacion: he hecho varios discursos sobre el introducirme con ella, y el que mas en mi favor está, es fingirme loco, y procurar con donaires caerla en gracia en esta villa, para que de ella me lleve consigo á la corte. Esto se me ofrece por ahora, aunque sea en desdoro de mi opinion, mas fíome en que en la corte seré conocido de pocos, por haber mucho tiempo que estoy fuera de España: sin esto el trage que pienso ponerme ha de ser ridículo, y esto me hará ser desconocido de todos, é introducido en la casa del marques, donde no pienso perder tiempo, porque hay tambien en mi favor saber de quien me hizo informacion de esta dama que no admite con mucho gusto el casamiento, por ver á su primo muy distraido con mujeres. El comunicar esto con el mesonero me ha estado á cuento, porque él ha de ser el todo de mi introduccion, deseando que haga un informe de mi persona muy en favor mio. Con esto sabrás, Feliciano, mi amor, mi pena y mis intentos.

Parecióle á Feliciano á propósito la traza de su dueño, pues por otra alguna no podia introducirse con su dama; y así fueron disponiendo algunas cosas para que tuviese mejor efecto; y la primera fué vestirse don Pedro de un hábito ridículo, que era á lo antiguo, con follados de paño verde, ropilla de faldas grandes, capa de capilla redonda, muy corta, y una gorra de Milan verde, de terciopelo: con este hábito se mudó á otra posada, que era de un hermano del huésped, persona de quien tambien fiaron el secreto, costándole esto á nuestro don Pedro algunos doblones, de muchos que habia traido de Flandes, con algunas ricas joyas de diamantes, ganado todo al juego, en que era muy dichoso.

Volvió, pues, nuestro marques con su hermosa hija de su romería, y ántes de llegar á Ponferrada los palos de la litera en que venia se rompieron; de modo que al anciano le fué fuerza ponerse á caballo, y llegar así á la villa, adonde trataron luego de hacer otros para proseguir su viage: no habia en aquel lugar maestro tan diestro que hubiese hecho semejante hacienda; y así no se la pudo dar en dos dias: pena para los caminantes ver esta detencion.

Pasó el marques en el meson donde habia estado don Pedro, por ser

el mejor de aquel lugar, y esa fué la causa porque él le habia dejado, y mudado de posada en otra cerca de aquella. Instruido el huésped en lo que le habia de decir al marques para la introduccion de su persona, vínole la ocasion como la podia desear; porque como es propio de señores ociosos el preguntar en ageno lugar por las cosas particulares de él, el marques, deseoso de saber lo que en Ponferrada habia, mandó llamar al huésped. Era muy afable caballero el embajador, y habíase visto en España algunas veces; de manera que sabia la lengua de ella, como si fuera nacido en su reino; pues como el huésped estuviese en su presencia, le comenzó á preguntar la antigüedad de aquella villa, las casas ilustres que habia en ella, el trato de sus vecinos, la hermosura de sus damas, y otras mil menudencias, á que satisfizo el huésped, dando larga cuenta de todo; y entre las cosas memorables que contó de aquella antigua villa, quiso poner la de la persona de don Pedro, hablando de él con estas razones.

Entre muchas cosas de que á vuestra excelencia he dado cuenta, tocantes á esta antigua villa, que causan admiracion, una que le prevengo sé que le ha de dar notable gusto. A este lugar vino, habrá quince dias, un hombre vestido á lo antiguo, de paño verde, y tratado de algunas personas de este lugar, le preguntaron quién era. A que respondió que él habia salido del rio Sil, que baña los muros de aquel lugar, y que era de gran prosapia en Galicia; hácese llamar señoría, porque se intitula conde de las Legumbres; los disparates que dice, acerca de apoyar su título, son ridículos; de modo que á todos hace reir: no sale mucho de la posada en que está, trátase bien, y no sabemos de donde le socorren: tiene solo un criado que le lleva su peregrino humor, y de esta manera pasa: tengo por rara maravilla no haber venido á visitar á vuestra excelencia, que es muy amigo de comunicarse con forasteros.

Dióle al marques mucho gusto lo que su huésped le contaba, y rogóle que se le trajese á su presencia, ayudándole á esto la hermosa Margarita, que estaba presente á esta plática; obedeció el huésped solícito, porque le importaba traer á don Pedro allí, y así salió de su casa á la de su hermano, para hacer que viniese, advirtiendo primero al embajador que le habia de tratar con muchos honores, si queria gozar de él gustoso; porque cuando no hallaba este agasajo se desesperaba; prometióselo así, con que el huésped fué por don Pedro, el cual vino vestido en la forma que le habia dicho al embajador; extrañóle el trage, y asimismo á la hermosa Margarita: acompañaba á don Pedro Feliciano su criado: salióle el marques á recibir á la puerta de la pieza donde estaba, diciéndole: Bien sea venida la gala de España, y la flor de todos los caballeros de ella. No gana vuestra excelencia las albricias, respondió don Pedro, en decirme esto, que muchos han alabado á la naturaleza por lo perfecto que me crió. Yo seré uno mas de los de ese voto, replicó el marques, que un diamante finísimo á todos parece bien; y así ese talle, con las perfecciones que el cielo puso en él, es agradable objeto de cuantos le miran. Ya don Pedro llegaba á la presencia de Margarita, y así, fingiendo aun mas suspension de ver su grande hermosura, de la verdadera que tenia, dijo: Cesen ya

las alabanzas de mi perfeccion, señor marques, que es tiranizárselas á esta dama: decidme si es hija vuestra, para que participeis de las alabanzas que la diere, por genitud de una beldad, que es prodigio de nuestro hemisferio, milagro de la naturaleza y asombro de los vivientes, si bien dulce y regalado objeto de los ojos, iman de las voluntades, y poderosa flecha de Cupido: juro á fe de conde que en este breve instante que he mirado su beldad me tiene el alma tan rendida que ya no soy mio, ni mi libertad prenda propia de mi alma. Tantas son vuestras ponderaciones, señor conde, dijo la dama, que me dejan sospechosa de que se pasan á lisonjas, é introduciros conmigo por ellas viene á ser descrédito vuestro, pues no aconsejaria á galan ninguno que al principio de su empeño mostrase sus defectos, pues es dar recelos de su verdad. La mia es, dijo el enamorado caballero, pura, cándida, limpia y sin mácula de socarronería, como vereis siempre en mí. Siéntese vuestra señoría, dijo el marques, que le queremos muy despacio. Así pluguiese al Plasmador del orbe, dijo don Pedro sentándose, mas veo que ha de ser tan breve este contento, tan momentáneo este júbilo, que menos que punto me ha de parecer la corta asistencia que habeis de tener en esta villa, no lugar terrestre, sino cielo hermoso, pues ha merecido que esta deidad ponga sus divinas plantas en él. Ahora bien, dijo el marques, comiéncese vuestra visita con decirnos quién sois, que hablar con caballeros, de quien tenemos cortas noticias, es darnos causa á ser groseros y cortos en las cortesías que se les deben. No lo podeis ser, dijo el disfrazado caballero; mas para que mi amor y deseos de serviros se entablen con fundamento de saber mi orígen, dadme atencion.

CAPITULO XIII.

Prosigue el ladron la novela de «El Conde de las Legumbres.»

El reino de Galicia fué gobernado antiguamente por condes, y despues por reyes. Imperaba Gundemaro, señor de este reino, el cual quedó viudo del segundo matrimonio, de quien tuvo sucesion á la infanta Teodomira, quien reinando despues, fué llamada la reina Loba; esta se enamoró de Recaredo el galan, uno de los ricos hombres de Galicia, que siempre siguió la córte; era deudo del rey, aunque poco, y muy favorecido suyo, con que pudo tener entrada en el cuarto de la infanta, y llegar á merecer sus brazos. De aquella amorosa union fuí yo engendrado, y llegado el tiempo de nacer al mundo, era en ocasion que el rey se halló en el cuarto de su hija; diéronla los dolores, y como primeriza en esto, no pudo disimularlo en la presencia de su padre, y él se pensó que otro accidente le habia sobrevenido. Lleváronla sus criadas á la cama, ignorando el verdadero mal que la fatigaba, y á pocas horas se llegó el parto en que me arrojó al mundo para conocer en él mis desdichas. Cuando me acabó

de parir mi madre (que fué en brazos de una criada, tercera de sus amores) salió conmigo á entregarme á un hermano suyo, que estaba avisado para esto, y al salir del cuarto de la infanta encontróse con el rey, que venia á verla; temió que curioso quisiese examinar lo que en la falda de la ropa llevaba, y así se volvió por excusar este lance, y atrevióse á bajarse al jardin, y por una puerta que caia al rio Sil, me arrojó en él metido en una cestilla de mimbres, dando cuenta á la infanta cómo me habia entregado á su hermano, como estaba dispuesto ántes; surcando iba las cristalinas ondas del claro rio, cuando las aguas se dividieron, y yo fuí sumergido en ellas, y recibido en los brazos del mismo Sil, que cercado de sus hermosas ninfas, fuí llevado á su cristalino albergue: bien pensareis que esto es poética ficcion de las que maquinan los poetas; pues creedme, que pasó como lo digo.

En este oculto albergue fuí criado de las ninfas, y doctrinado del anciano rio, que deseó sumamente que yo saliese consumado en todo, y para esto puso toda su diligencia en mi enseñanza: supe tres ó cuatro lenguas, en especial la latina, con mas cuidado que todas: bien seria de cuatro lustros cuando amor quiso que su fuego tuviese jurisdicion en el agua, porque se le diese feudo, como absoluto señor de lo terrestre y acuatil. Habia entre aquel virgíneo coro de ninfas una de quien el anciano Sil hacia mas estimacion que de las demas; llamábase Anacarsia, sus gracias eran superiores, porque su hermosura era singular, aventajando con ella á sus compañeras, con el exceso que el Délfico planeta aventaja en luz á los celestes astros; el tocar todos los instrumentos lo hacia con suma destreza, su entendimiento era superior; en fin, ella era un prodigio en todo. De esta beldad me aficioné de modo, que no tuve hora de sosiego despues que el niño Dios hirió mi corazon con las flechas de aquellos hermosos ojos: era dificultoso el declararme con ella, por haber poco lugar de dejarnos á solas las que habitaban aquel palacio cristalino; pero un dia que todas las ninfas asistian en una academia de música y versos, con que entretenian al padre Sil, fingióse enferma la divina Anacarsia, solo á fin de que yo tuviese lugar para hablarla; estaba avisado de su traza, y así me fuí á su aposento, donde le hallé en su mullido lecho, afrentando con su nieve animada al candor de las sábanas, y con su hermosura al mismo sol: turbéme cuando me hallé en su presencia, propio efecto de los que bien quieren; mas cobrándome algo, pude en balbucientes razones decirla estas: Hermosísima ninfa, gloria de este undoso albergue, si pena para las almas que advierten en tu hermosura, la mia desde que te vieron mis ojos se ha entregado á servirte, que ya no tengo dominio en ella: tuya es, por tuya se tiene, trátala como á prenda de quien te la entregó con puro amor y encendida voluntad. He tenido á gran favor que permitieses darme este lugar para hacerte sabedora de mis amorosas pasiones, y si tú las remedias, como son bien entendidas, dichoso yo que á tanta dicha he llegado.

Cobróme aficion la hermosa Anacarsia, y así á mis amorosas razones correspondió con otras, con que me dejó favorecido, y con esperanzas de mayores premios, si no las atajáran los pasos del undoso Sil, que como

me echase menos en su academia, y juntamente á su hermosa ninfa, acudió luego á su albergue á ver qué hacia, y llegándose á él con pasos quietos, pudo escuchar toda nuestra amorosa conversacion, con que enojado conmigo quiso que no pasase á mas mi atrevimiento, y así cercando el albergue de Anacarsia de claras olas, cubrió la puerta del aposento donde habitaba la ninfa, sacándome á mí de él violentamente, y de allí á la ribera del rio, de donde oí una voz que me dijo: Gundemaro, tú eres descendiente de reyes, aunque ha tiempo que dejaron su cetro, y le posee otro fuera de su línea; naciste gentil, tú escogerás la ley que mas te ha de convenir, que es la que observa ese reino, que fué de tus antecesores: tu expulsion de mi morada ha sido justa, porque no era razon consentir amores ilícitos con quien me tiene ofrecida su pureza, y yo á ella mi amparo y patrocinio: vive de hoy mas en tu reino, y cree que deseo tus aumentos mucho, y así yo tendré especial cuidado contigo. Dijo, y con un remolino alborotó las aguas, quedando allí un rato quietas, como si tal cosa no hubiera pasado: la parte donde me hallé fué en una huerta de hortaliza, en un cuadro sembrado de peregil: túvelo por buen agüero, porque de aquel sitio se derivó mi nombre; y así, despues que tuve el agua del bautismo, me llamo don Pedro Gil de Galicia, tomando el apellido del reino que fué de mis padres, que ha cuatrocientos años que murieron, segun he sabido por fieles tradiciones. Esto soy, con que me llamo conde de las Legumbres, estado que he prohijado á mí; porque un hombre tan ilustre como yo, no ha de vivir como particular caballero. Mi origen he dicho, mi prosapia he publicado; si mis partes merecen, ¡o ilustre marques! que con ellas me atreva á servir esta prodigiosa hermosura, esta singular belleza, y este templo de todas las perfecciones, vuestra licencia espero, vuestro beneplácito aguardo; mi nueva y encendida aficion pide que no me le negueis, pena de contravenir á ello, que dé fin á esta vida, en que se pierde el mas importante caballero que tiene la Europa, y el deudo mas honrado que tiene el católico Filipo.

Acabó aquí su plática, con tantos encarecimientos y tan notables afectos, así de visages como de significacion, que fué mucho no disparar la risa el marques y su hermosa hija. Feliciano estaba admirado, considerando á cuánto obliga el amor, pues á un caballero de tan gran juicio, que en la milicia se tomaba su voto por el primero, haciendo acciones de haberle perdido, se procuraba introducir por juglar, para galantear aquella dama. Despues que el marques hubo compuéstose, porque la risa de parte de adentro aun no la tenia sosegada, le habló de esta suerte: Señor don Pedro Gil, ilustre y fresco conde de las Legumbres, mucho me he holgado de conocer vuestra persona, y saber vuestro prodigioso nacimiento y crianza, y á no certificármele vuestra autoridad, creyera que me contábades ficciones que intentan los autores de los libros de caballerías, pues por fuerza de encantamientos vivian los hombres y las mujeres en ellos quinientos años; debo dar crédito á un caballero tan legumbroso como vos, con la dignidad de conde á cuestas, que acrecienta decoro al trato y respeto á la persona: la mia queda desde hoy tan aficionada á vuestras partes, que no perderé vuestra amistad en cuanto la

vida me durare, y quisiera ser natural de estos reinos para estar mas cercano á vuestro servicio; pero lo que en ellos asistiere, que será lo que la voluntad del césar dispusiere, eso me tendreis muy pronto á serviros: en cuanto á daros licencia que sirvais á Margarita, desde luego os la doy, y á ella licencia para que os admita el galanteo, pues sé cuanto gana en eso; pero ella está capitulada con un primo suyo, y despachado por la dispensacion á Roma, para hacerse, luego que venga, sus bodas: esto es un atasco para no pasar adelante con vuestro deseo: no me pesa poco no haberos conocido ántes para que, grangeando en vos un yerno tan ilustre, mi casa quedara calificada con sangre de reyes de Galicia: los mas galanteos llevan su fin al matrimonio, esto no puede ser, pues galantear sin este fin, ni vos lo querreis, ni el esposo que aguarda Margarita.

Aquí nuestro disfrazado caballero hizo grandísimas demostraciones de sentimiento, oyendo lo que el marques le decia, con que aumentaba la risa á los circunstantes, que ya no podian abstenerse de ella, y mucho mas á la hermosa Margarita, lastimándose igualmente con su padre, de ver en un buen talle y sugeto perdido el juicio con aquellas locuras, y que tuviese por tan cierto haber nacido quinientos años habia, y ser aborto del rio Sil. Miéntras algunos criados de porte ponian dificultades en la relacion que les habia hecho don Pedro, y él estaba allanándoselas, comunicó el marques con su hija un pensamiento que le habia ocurrido, que era llevarse á don Pedro á la córte, porque sus donaires y singular capricho no era posible, sino que les habia de entretener mucho, no quitándole el tratarle como hombre principal, informados del criado que lo era, y que en el fin de una grave enfermedad quedó con aquel delirio. Vino la hermosa Margarita en que le llevasen, dejando para otra visita el declararse con él. Don Pedro Gil significó al marques á la despedida que ya que su amor no podia aspirar al fin de merecer la mano de su hermosa hija, por lo menos no le quitase la gloria de amarla con amor casto y limpio, que ese ni aun su esposo le tendria por sospechoso. El marques se lo permitió, diciéndole que á la noche fuese su huésped en la cena, que tenia que comunicarle algunas cosas: aceptó con mucho gusto don Pedro, y despidióse de esta visita.

Quedaron el marques y sus criados hablando sobre la persona de don Pedro, admirados de su nuevo capricho y loco tema, y el marques trató con ellos cómo tenia determinado pedirle que fuese con él. Acertó á hallarse allí el mesonero, y díjole: Dudo mucho que don Pedro Gil haga eso, si es que ha de ser tratado como á inferior, porque es puntosísimo y vano; y caso que se determine, en el modo de caminar tambien hallo dificultad; porque ir vuestra excelencia en litera y él á caballo, dudo mucho que venga en ello. Para eso daremos un remedio, dijo el marques, y es que Margarita le mande que la vaya galanteando cerca de su litera, que si prosigue en lo enamorado no lo podrá rehusar, é irá en un macho regalado que traigo conmigo para salir algunos dias á caballo, que me canso de la litera, que por ser diferente en el adorno y buen aderezo que lleva de las demas cabalgaduras, no lo despreciará. Esto concertado, cuando anocheció vino don Pedro Gil á la posada del marques, hallán-

dole muy afable al recibirle : tomó silla cerca de la hermosa Margarita, que fué para él sumo favor; hablaron en diversas cosas, hallando el marques en él un entendimiento muy capaz, si no se descompusiera con algunos donaires disparatados que decia, costándole algun cuidado para deslumbrar su conocimiento. Cenaron gustosamente, porque en toda la cena no cesó don Pedro de decir donaires y apodos á los circunstantes, con lo que los tuvo muy entretenidos. En levantando los manteles el marques habló á don Pedro de esta suerte :

Señor conde, lástima es que esa persona, adornada con tantas partes de cordura, se malogre en esta pequeña villa, y que no participe y se honre de ella la insigne corte del rey de España : ya he sabido qué corta posibilidad estorba no estar donde digo, con la autoridad que esa persona merece; pero si se determina, por la aficion que le he cobrado, estimaré en mucho que vuestra señoría se quisiese dignar de irse conmigo á Valladolid, adonde le tendré en mi casa con el decoro que se debe á quien es, sin que le cueste nada : de estar allí se le sigue, que conocidas sus partes halle esposa igual á ellas, de calificada sangre y con riqueza, pues tratará con algunas señoras Margarita que las pueda hacer inclinar á esto : alcance yo este favor, de que vuestra señoría quiera ir conmigo, pues el amor que muestra á Margarita, que es puro y sincero, me asegura que no ha de disgustar á su esperado esposo. A esto que he dicho aguardo su respuesta, halle yo la que merece mi voluntad y bien nacidos deseos.

Notablemente se holgó don Pedro de que hubiese surtido efecto su traza, y no menos que yendo por huésped del marques y cerca de su adorado dueño. Lo que le respondió fué esto : Señor excelentísimo, sola esa voluntad y amor de vuestra excelencia podian sacarme de esta villa, donde determinaba acabar mi vida en sus soledades, pues cuando un conde como yo se halla con obligaciones á que mirar, poca renta con que acudir á ellas (desdicha de estos calamitosos tiempos) lo mejor que le puede estar es retirarse donde sea conocido por quién es, aunque ande sin el fausto de criados, ni tenga mas que un moderado vestido; yo no saliera de esta villa en toda mi vida, mas vuestras instancias pueden mucho, juntamente con esta beldad, que atrae á sí los corazones, como el tracio Orfeo con su dulce lira los fieros animales, plantas y piedras; vuestro soy desde este dia : no quiero advertiros el trato que se le debe á la calidad de mi persona, pues ya os consta mi regia sangre y título que poseo. Ir sirviendo en este camino á la beldad de vuestra hija, es para mí uno de los mayores favores que me podeis hacer, y así acepto cuanto me ofreceis con mucho gusto. Trataron del modo que habian de continuar aquel camino, y el marques allanó con don Pedro Gil que habia de asistir en él, cerca de la litera de su hija, yendo en un macho regalado de su persona, cosa que aceptó don Pedro con mucho contento, y lo quedó el marques de ver que la fineza de su amor olvidase la comodidad del caminar, cuando todos pensaban que escogeria litera, como él la llevaba, ó que no fuera. Esto concertado, el dia siguiente don Pedro puso en la litera á Margarita, gozando de que con su ayuda ella se acomodase, valiéndose de sus brazos, y esto le duró desde que salió de Ponferrada hasta

que entró en Valladolid. Las cosas que le iba diciendo por el camino, así de ternezas como de donaires, entretuvieron á la hermosa dama mucho, exagerándole á su padre en cada posada á que llegaban, lo divertida que habia venido aquel dia con don Pedro Gil de Galicia.

La última jornada que caminaron quiso don Pedro certificarse de su dama si apetecia el casamiento en que estaba capitulada, y así buscando conversacion á propósito, en que no fuese esto traido por los cabellos: como es ordinario en los afligidos descansar su pena con cualquiera persona que comunican á menudo, aunque conocia el sugeto de don Pedro Gil, á la pregunta que le hizo de si tomaba gustosa estado, le respondió: Señor don Pedro Gil, no hay duda sino que en mi primo Leopoldo hay partes para ser amado; mas hallo contra mí una condicion en él, tan inclinada á tratar con varias mujeres, sin reparar en estados (sean altos ó bajos) que me quita gran parte del gusto que tengo en este consorcio, lo que no hiciera á haber en él enmienda, despues que me ha visto en España, pues esto le habia de poner freno, para que con mas veras fuera amado de mí: Dios sabe con el temor que tomo estado; porque quien en los principios halla estos tropiezos ¿qué puede esperar adelante? La obediencia de mi padre, y la conveniencia para su casa con este casamiento me hace no salir un punto de su gusto, ya me he determinado: lo que hago es rogar á Dios que mis agasajos le obliguen para que con el conocimiento de ellos, él se reforme. No quisiera don Pedro que tan en ello estuviera Margarita, sino que tomara esto con menos gusto, para que su introduccion hallara mas esperanza que las que se prometia. Hablóla en este muy á su propósito, abonando la parte de su primo con decirla que podia esperar en él enmienda, y propuso entre sí de esforzar cuanto pudiese su pretension, declarándose con la dama en la primera ocasion que se ofreciese. Con esto llegaron ese dia á Valladolid, saliéndoles Leopoldo á recibir media jornada ántes de su llegada. Fué recibido del marques y de su prima con mucho gusto, cosa para el disfrazado don Pedro de poco; porque viendo el buen talle y persona de Leopoldo, le causó no pocos zelos, é hizo titubear en la empresa.

El marques dió á conocer la persona de don Pedro á su sobrino de esta suerte. Conoced, señor sobrino, á este caballero que nos viene desde Galicia favoreciendo, que su persona y partes merecen todo agasajo, como yo se le he hecho, bien debido á la real sangre de donde desciende, y á ser conde de las Legumbres; estado tan dilatado que en cualquiera parte tiene vasallos que le obedecen. Reparó Leopoldo en don Pedro, y así de su trage como del nombre y título infirió que aquel personage era hombre de humor, y que como á gracejante le traian consigo; y así, por convenir en su presencia con lo que su tio le habia dicho, se volvió á don Pedro, á quien dijo: Mucho me he holgado, señor conde, de conocer á vuestra señoria, y mucho mas de que venga haciendo este favor al marques, mi señor, y á mi prima; con los dos me ofrezco por su servidor y amigo, que basta haber estimado su persona y partes para que yo les imite. Agradeció don Pedro el favor que Leopoldo le hacia, y así le dijo: Todo lo que tocare á la hermosa Margarita debo tener en mucha estima-

cion; esta haré de aquí adelante de vuestra señoría, deseando valer algo para que me ocupeís en vuestro servicio todo el tiempo que el señor embajador gustare que le esté asistiendo en su casa. Qué ¿ese bien mas tenemos? replicó Leopoldo; yo quedo con esto gozosísimo, pues tan de puertas adentro nos viene. No sé cómo le tendreis por tal, dijo el marques, porque el señor don Pedro Gil viene muy enamorado de vuestra prima, y este conocimiento entró por amor, si bien ya me ha asegurado que despues que supo su empleo se ha quedado convertido en amor de hermano, y con ese viene favoreciéndola. Así es, dijo don Pedro, para que no tengais recelo ninguno, que á no aseguraros de esto, pudiérais tener alguna inquietud, y no solo vos, mas el mismo Narciso, que con mi gala y entendimiento no hay en el orbe quien compita. Ese conocimiento me queda, dijo Leopoldo, en lo poco que ha que os he visto; y así, fiado en vuestra palabra, me aseguraré, lo que sin ella no hiciera. Con esto llegaron á la córte, donde al apearse el embajador en sus casas, halló muchas señoras que estaban aguardando á su hermosa hija. Apeóse Margarita en los brazos de su esposo, nueva pena para el enamorado don Pedro, que ya iba sintiendo de veras los zelos. Aquella noche hubo una espléndida cena, en que cenaron cuantos se hallaron allí á su recibimiento: fué prevencion del galan Leopoldo, comenzando desde este dia á mostrar sus finezas. Posaba este caballero dentro de la casa del embajador, y tambien don Pedro, señalándole allí un cuarto muy bueno, como si no viniera en cuenta de juglar; porque de aquel modo queria entretenerse á sí y á la corte con don Pedro: él se fué á acostar despues de cena, no poco cuidadoso de verse empeñado en empresa donde hallaba tantas dificultades, dudoso cómo podria salir con ella, cuando de por medio habia tantos empeños, y el mayor el ver la resolucion de Margarita en obedecer á su padre, aun conociendo la condicion de su primo: no le animó mucho su criado Feliciano, ántes le reprendia su determinacion, pues se habia expuesto á aparecer truhan en una córte, por lo que no habia de alcanzar: en varios discursos pasaron gran parte de la noche los dos, resolviéndose don Pedro á que en declarándose con Margarita, si no era de ella bien admitido, volverse á Galicia.

Seis dias continuaron las visitas de los caballeros y damas, con quien el embajador y su hija se comunicaban, y en todos ellos sazonó sus conversaciones don Pedro con muchos donaires que dijo, cayéndoles á todos en mucha gracia, celebrando cuantas decia, con que corrió la voz por la corte de que era el mas entretenido bufon que en ella habia entrado. Aconsejaban algunos al embajador que le llevase á palacio, porque le aseguraban que el rey gustaria mucho de él: vino á oidos de don Pedro, y enojóse mucho, diciendo que los señores como él, que tenian por dudoso el agasajo, debido á su autoridad y sangre, que el rey le haria, no habian de ponerse en ocasion de tener despues sentimiento de haber andado corto con él. No quiso el embajador disgustarle viéndole rehusar esto, librando el convencerle para cuando estuviese sazonado.

CAPITULO XIV.

Da fin el ladron á la novela de « El Conde de las Legumbres. »

Habian caido enfermos dos criados de Leopoldo, de quien fiaba sus amorosos empleos; y aunque pudo abstenerse de su condicion, en tiempo que debia andar ajustado por contentar á Margarita, no miró á esto, sino á seguir su gusto, y así le pareció salir de noche, acompañado de Feliciano, sabiendo que era hombre de buenas manos, para fiar su seguridad de él: llevóle consigo tres ó cuatro noches á una casa, donde salia muy á deshora de ella; aunque entraba allá Feliciano, no quiso ser curioso en averiguar quién era el dueño de aquella casa, hasta la tercera ó cuarta noche que asistió allí, y hallándose con una criada (que deseó seguir el ejemplo de su ama con Feliciano) la preguntó cuya era aquella casa, y quién la dama del empleo de Leopoldo.

Con amor mal se guarda silencio: era criada, y con esto está dicho que diria cuanto le fué preguntado: de su informacion sacó Feliciano que aquella casa era de la tia de su dueño, y su hermana la dama que Leopoldo gozaba, con palabra que primero la habia dado de casamiento, y proseguia en esto porque su gran retiro la tenia ignorante del casamiento que Leopoldo tenia capitulado con su prima. Sabido esto por Feliciano lo trasladó á la noticia de su dueño esotro dia, de que don Pedro quedó tan absorto como indignado contra su hermana, si bien este procedimiento de Leopoldo, con quien tanto le tocaba, le esforzó su esperanza, viendo que por aquel medio le facilitaba mas su empresa; pues era cierto que viviendo él, é igualando en sangre á Leopoldo, no habia de consentir que con otra se casase sino con su hermana, á quien debia su honor. El medio que tomó para ver la resulta de este empeño fué que Feliciano dijese á la criada cómo Leopoldo estaba capitulado con su hermosa prima, exagerándole sus partes, para que ella diese copia de esto á su hermana, aguardando lo que haria sabiendo su agravio. Hízose así como lo dispuso don Pedro, y á la siguiente noche, que ya doña Blanca (así se llamaba la hermana de don Pedro) tenia sabido esto, tuvo una gran pesadumbre con Leopoldo, si bien él negaba á piés juntillas el estar capitulado, ni tratar de casarse con su prima, y así procuraba satisfacer á doña Blanca en esto. Ella fingió darse por satisfecha, con pretexto de hacer el dia siguiente una apretada diligencia sobre ello, con que despidió á Leopoldo, yendo él muy contento en pensar que quedaba su dama muy satisfecha; pero fuése con propósito de no volver á verla tan presto, fingiéndose indispuesto. Supo esa misma noche don Pedro, de Feliciano, todo cuanto habia pasado entre doña Blanca y Leopoldo, y sintió mucho que su hermana hubiese dádose por satisfecha de quien la trataba con

tanto engaño: quiso se pasasen dos dias, hasta ver qué era lo que su hermana hacia, mandando á Feliciano que estuviese á la mira de todo.

Esotro dia de la satisfaccion de Blanca, ella con la rabia de los zelos no tuvo sufrimiento para esperar á mas, y quiso saber su agravio de buen original, que fué de la boca del marques; tomó un coche, y yendo de embozo, se fué á su casa en tan mala ocasion, que habiendo llegado á los corredores de ella, para hacer llamar al embajador, se encontró con Leopoldo, el cual conociéndola, en breve se le ofreció presumir á lo que venia, que era á dar cuenta al embajador de su casamiento, y á mostrarle la cédula; y era así como lo imaginaba, que doña Blanca se dió por satisfecha de Leopoldo al cargo que le hacia de casarse con su prima, con ánimo de acudir el dia siguiente á saber del embajador todo esto. Recibióla Leopoldo con muchos agasajos, aunque ella no le mostró buen semblante, cosa que acreditó en Leopoldo mas su sospecha: díjola que le importaba hablarla sobre cierta cosa, y para eso que seria cómodo puesto un cuarto separado del de su tio: porfiaba Blanca, que ántes que la hablase habia de estar con el embajador; y esto defendia Leopoldo, diciéndola que estaba ocupadísimo en ver un pliego que le habia venido de Alemania, enviado del César. Tanto la persuadió á que le habia de hablar ántes que ella al embajador, que quiso por entónces Blanca darle gusto á Leopoldo; y así el caballero se valió del cuarto de don Pedro, pidiéndole que tuviese allí aquella dama, miéntras él volvia á hablarla, en asegurando á su tio y prima: como Blanca estaba de embozo, no la conoció don Pedro, aunque se sospechó (por lo que habia sabido) que era su hermana: tampoco Blanca conoció á su hermano, porque el trage que vestia era singular, y ademas de esto traia anteojos, con que se disfrazaba mucho. Acompañó don Pedro á su conocida hermana, y dejándola en su aposento cerrada, volvió á buscar á Leopoldo, para saber qué determinaba hacer de aquella dama; él se ocupó un largo rato con su tio, y así no pudo salir, con que envió á decir á don Pedro que entretuviese á aquella señora por un rato, diciéndola en disculpa suya que precisa ocupacion le estorbaba que no viniese tan presto; pero que no podria tardar. Entró don Pedro en su cuarto, cerrándose por dentro, para verse á solas con la dama. En tanto Margarita habia sabido que su primo habia hablado con una embozada en el corredor, y pedido á don Pedro que la llevase á su cuarto, y apasionada de zelos, quiso saber quién era, con la ocasion de poderlo hacer muy á su salvo por una puerta que de su cuarto iba al de don Pedro, de quien tenia la llave: hízolo así, abriendo muy quietamente, por no ser sentida; esto fué á tiempo que don Pedro entró en su cuarto, y pudo hallar sin embozo descuidada á su hermana, que aguardaba á Leopoldo, bien segura que podria ser vista de otro. Luego que la conoció, sin dar lugar á que echase sobre el rostro el manto, la dijo estas razones:

Mujer indigna de la noble sangre que heredaste de tus antecesores, y de llamarte hermana mia, ¿es posible que, olvidada de las obligaciones que te corren, confiada en una leve palabra, vengas tan en oprobio tuyo esta casa á renovar la infamia que has hecho? ¿á rogar á quien te ol-

vida? ¿á persuadir á quien con falso modo te engaña? Si llevada de tu ciego amor querias este empleo, deudos tenias para comunicarlo con ellos, ántes que cegarte, y entregar tu honra á quien te ha de tratar con tanto desden, pues esto se verifica en sus acciones, si bien lo adviertes, pues cuanto mas finezas te miente, trata de casarse con su prima; que vivas tan enamorada, que cuando toda la corte sabe este empleo, tú sola lo ignores. Si no mirara al lugar adonde estás, con este acero procurara acabar con tu vida, para que fuera escarmiento á otras: ¿tan agena vives de la obediencia de nuestra tia, que has dado entrada en su casa á Leopoldo? ¿tú habias de poner en contingencia tu honor, igualándole en sangre y calidad? Dicha ha sido tuya llegar en esta ocasion á esta córte, aunque en el ridículo trage en que me ves, para procurar con todo cuidado que Leopoldo no se burle de tí. Dime, fementida Blanca, lo que hay en este empleo, para que se ponga remedio en todo; y esto sin desdecir de la verdad, pues te va en ello no menos que la honra y la vida.

Estas razones oia la afligida doña Blanca con los ojos puestos en el suelo, y vertiendo de ellos hermosas perlas; tal se podian llamar sus lágrimas. Estaba tal la pobre dama, que no acertaba á pronunciar razon alguna; mas á persuasion de su hermano, en breves razones le dijo cómo en una fiesta la vió; y aficionado de ella, supo su casa, la paseó y envió papeles, y continuando el servirla con amantes finezas, pudo merecer tener entrada en su casa; y dándola palabra de casamiento por cédula que allí traia, firmada de su mano, y con testigos, llegó á sus brazos. Finalmente, la dama le dijo á su hermano cuanto habia, y él, por no afligirla mas, la dió buenas esperanzas de que acabaria con Leopoldo que le cumpliese la cédula. Toda esta plática habia escuchado la hermosísima Margarita por la puerta que de su cuarto venia al de don Pedro; y admiróse extrañamente de que persona calificada como don Pedro, segun inferia de sus razones, no falto de juicio, sino muy con él, se hubiese puesto en astillero de juglar, pasando plaza de tal en su casa y en la córte: Ignoraba la causa de haber hecho de sí aquella transformacion, si bien le dió alguna sospecha, que ella podia haberla dado: por otra parte consideraba el doble trato de su primo Leopoldo, pues trataba casamiento con ella, habiendo dado cédula y palabra á aquella dama tan principal; por salir de una y otra duda no quiso estar oculta escuchándoles, y así salió de donde estaba, á tiempo que ni doña Blanca tuvo lugar de embozarse, ni su hermano de disimular su enojo; pero cobrándose algo, dijo: ¿Qué celada ha sido esta? portento de la hermosura, dueño de mi alma, y gobierno de mi albedrío, ¿traiciones haceis con quien hallais descuidado? No de esa belleza tales sucesos, que será acabar la vida con un gozo, como otras se acaban con un pesar. No haya disimulos, señor mio, dijo Margarita, que ya sé que no sois lo que publicais, y que el pesar que os aflige pedia mas sentimiento á solas, que donaires en público; mi curiosidad, con una punta de zelosa, ha descubierto en vos mas fondos de lo que manifestais, y en Leopoldo mi primo mas cautela de la que me prometian sus mentidas finezas: de una vez quiero salir de la confusion en que estoy, declarándose este enigma vuestro, que así le juzgo, hasta hallar su solucion en vos:

mas ántes que esto yo sepa, conviene que esa dama, hermana vuestra, se pase á mi cuarto, diciendo vos á Leopoldo que de verle tardar tanto se fué con despecho de aquí, sin ser posible el detenerla, y dejadme despues hacer á mí. Llevóse consigo á doña Blanca, agasajándola, con que la animó á esperar mejor suceso en sus cosas del que se habia prometido en el desden de Leopoldo y la indignacion de su hermano. Dejó Margarita á Blanca en compañía de sus criadas, y volvióse donde estaba don Pedro, el cual, si bien al principio se alteró con su vista, y saber que habia oido la deshonra de su hermana, se holgó despues de que sus zelos y curiosidad hubiesen descubierto el rebozo á su disfraz, y hallado el desengaño de su primo. Pues con la venida de la hermosa Margarita don Pedro se alegró mucho, y así lo manifestó su semblante; ella le mandó tomar una silla, y haciendo lo mismo, comenzó su plática de esta suerte: Estoy metida en tantas confusiones de poco tiempo á esta parte, y con tanto pesar del término doblado de mi primo, que vengo á consolarme con vos, y á que me descifreis muchas cosas que hallo oscuras para mí: una es el veros remoto de esta córte, conocido fuera de ella por hombre falto de talento; otra, que como juglar y hombre de entretenimiento os hayais introducido en parte donde teneis prenda, y mas de tantas partes como la señora doña Blanca, vuestra hermana, debiendo mirar, si sois el que sospecho en la calidad, os afrentais con daros á conocer por truhan y hombre ridículo, así en el trage que vestis como en los donaires con que entreteneis: el haberos puesto en esto es por gran causa, esa deseo que me digais, porque yo salga de muchas dudas en que estoy.

Calló con esto la bella Margarita, y don Pedro para satisfacerla dijo así: Hermosísima señora, no ignorareis (aunque no lo hayais experimentado) que amor es poderosa deidad, y que como tal, no hay humano sugeto, que si se vence de su pasion, no busque modos, invente trazas, é investigue caminos para remediarla; este alado Dios (á quien han rendido vasallage cuantos sus poderosas razones han sentido) hirió con una mi pecho, viendo vuestra divina hermosura cuando pasó por Villafranca, patria mia; fuí informado de quién érades, el estado que esperábades tener, con mucho gusto de vuestro padre, aunque poco vuestro, por conocer la condicion de Leopoldo (que verifiqué con oirlo despues de vuestra boca); animóme esto (aun estando tan adelante el consorcio) á emprender esta empresa, por el camino extraordinario que habeis visto; pospuse mi autoridad, calidad y noble sangre, haciéndome hombre de humor con la quimera que habeis oido, para que esto me introdujese con vuestro padre y con vos: ha sido mi dicha tal que pude conseguirlo, si bien vuestro respeto enfrenó en mí el declararme con vos, temiendo que no habíades de darme crédito, y ser en tiempo que vuestras bodas estan tan adelante: la desdicha de mi hermana y vuestros zelos han sido causa de que oigais de mí que soy don Pedro Osorio de Toledo, caballero calificado, y de las dos casas de Villafranca y Astorga; hónrame el pecho la militar insignia de Alcántara, dada por muchos servicios hechos en la guerra, con esperanzas de encomendar presto. Mi estado os he dicho, mi atrevimiento tambien, por lo último os pido perdon, disculpando amor y vues-

tra divina beldad este yerro, que ha dado motivo para vuestro desengaño, y mi dicha haber sucedido la facilidad de mi hermana; quién la tiene á cargo su honor le cumplirá su palabra, ó yo perderé la vida sobre ello.

Admirada dejó á Margarita la relacion de su disfrazado amante, y puesta en obligacion de favorecer y estimar su fineza, lo cual iba ya haciendo, ofendida como desengañada, con el proceder de su primo, lo que le respondió fué: Señor don Pedro, con leve causa, como es mi poca hermosura, os dispusísteis á empeño tan grande contra vuestra opinion y sangre: yo estimo la fineza, si bien no os disculpo, pues vuestras partes eran dignas de mayor empleo que el mio. Yo he sentido la poca estimacion que de mí ha hecho mi primo, y así le costará el perderme, si bien creo, que quien teniendo tan adelante su boda no desistia de sus gustos, daba á entender con esto, que no era el suyo de casarse conmigo: bien me ha estado el desengaño ántes de haber enlazado el nudo que no se puede desatar sino con la muerte; habré conocido del todo su condicion y su poca fineza, como conoceré la vuestra, no me olvidando de lo que os debo. A sus pié se arrojara don Pedro á besárselos, si Margarita le diera lugar: agradeció con muchas sumisiones el favor que le hacia y prometia hacerle: lo que los dos determinaron allí, fué lo que adelante se sabrá. Fuése Margarita á agasajar á su huéspeda, y á poner en ejecucion lo que con don Pedro habia consultado. El enamorado caballero aguardó á Leopoldo, el cual vino de allí á media hora que su prima se habia retirado á su cuarto, preguntó á don Pedro por la dama de que le dejó en guarda, y la respuesta que dió fué que viendo su tardanza se habia ido, sin bastar persuasiones suyas á detenerla. Bien me ha estado el tardarme, dijo Leopoldo, pues ha resultado de esto cumplirse mi deseo, que era ver fuera de esta casa á esa mujer que ha dado en perseguirme: no he tenido poca dicha en que no se haya encontrado con mi tio, que tuviera muy mal rato con él á hablarle. Algunas preguntas le hizo don Pedro con su acostumbrado donaire para sacarle mas; pero Leopoldo no se declaró del todo, si bien para don Pedro ya estaba entendido su pensamiento; y era tanto el enojo con que estaba de ver el desprecio que hacia de su hermana, que fué mucho abstenerse de manifestarlo con la espada en la mano.

Ya Margarita habia vuelto á verse con Blanca, de quien mas dilatadamente supo sus amores, y los verificó la cédula de casamiento, que la mostró, dejándola de nuevo admirada el doble proceder de Leopoldo. Envió Margarita á llamar á su padre, y teniéndole en su presencia, á solas le dijo: Siempre fué buena razon de estado en los padres el casar á sus hijas con su gusto, pues un empleo que ha de durar toda la vida no es bien que sea sin voluntad; muchos fian en que las condiciones de los hombres se mudan con la mudanza de estado, y son pocas las que con él tienen enmienda, y así hace mucho de su parte quien con esta obediencia cierra los ojos á aventurarse, y mucho mas quien en su empleo tiene vistas premisas de cuan malo ha de ser. Mi obediencia nunca reparó, señor y padre mio, en cumplir con tu mandato, aunque conocí en mi primo Leopoldo condicion tan adversa á la mia, que ella me estaba prometiendo disgustado empleo; obedecí conociendo que otros pudieran serme mas

de gusto, no inferiores en calidad ni riqueza: ví en tí deseos de que estas bodas se hiciesen. Despachóse á Roma (despues de capitularlas) por la dispensacion; y cuando en mi primo habia de haber mas amor y mas fineza para conmigo, procede con diferente modo, pues ha dado palabra de casamiento á una dama que vereis presto en vuestra presencia. Entónces llamó á doña Blanca, á quien habia dejado en su aposento, la cual salió adonde estaba el embajador y su hija. Tomó silla con los dos, y prosiguió Margarita, diciendo: Esta dama es, señor, á quien digo que mi primo dió palabra de casamiento por escrito, y con esto le debe su honra; trae consigo la cédula que le hizo, y queriendo hablarte para darte razon de lo que pasaba en su ofensa, fué vista de Leopoldo, deteniéndola que te viese; y encerrándola en el cuarto de nuestro huésped, y esto pudo llegar á mi noticia, y con un poco de curiosidad, por la puerta que de mi cuarto va á él, pude escuchar una plática en que he sabido todo esto: salí por esta dama, y hela traido á mi cuarto para darte noticia de lo que me has oido. La calidad de esta señora es mucha, porque es Osorio y Toledo, descendiente de dos calificadas casas en España; tiene ánimo de dar cuenta á sus deudos, que los tiene en esta corte muy nobles para que estorben mis bodas. Hasta aquí ha llegado el obedecerte como á padre; de aquí adelante no permitirás que te obedezca, porque ántes tomaré un hábito en el mas estrecho convento de esta corte, donde acabaré con mi vida, que yo sea esposa de mi primo.

Quedó el embajador admirado con lo que oia á su hija: vió la cédula hecha á doña Blanca, convencióle la razon que tenia en poner por ella impedimento á las bodas que de futuro se esperaban, y determinó de despedirlas por su parte, y aun al sobrino, para que no viviesen juntos desde aquel dia. Hizo retirar las dos damas y mandó llamar á Leopoldo, y venido á su presencia, le mostró la cédula que hizo á Blanca, diciéndole si conocia aquella letra. Él, turbado y perdido el color, comenzó á negarlo, mas el embajador le dijo que no lo hiciese, porque con muchas cartas suyas le comprobarian ser una misma firma aquella y las otras: confesó últimamente Leopoldo, que ciego de aficion habia hecho aquello; pero que no pensaba cumplir la cédula, aunque sobre ello perdiese la vida. Habia estado don Pedro oyendo esta plática encubierto, y ya en diferente hábito que el que traia, con un vestido muy lucido, y su hábito de Alcántara en la ropilla y capa, y oyendo esta razon de Leopoldo, sin aguardar á mas, se entró donde estaba, y le dijo: Señor Leopoldo, vos mirareis mejor lo que decis, advirtiendo en la calidad de la que despreciais, pues con ella os iguala en sangre: ella es mi hermana, y por eso me toca el ampararla y defenderla si no la cumpliéredes la promesa hecha: espada traigo en la cinta, y sabré con ella haceros que se la cumplais ó perdais la vida. Replicó á esto Leopoldo que ya tenia mirado en aquel particular lo que podia mirar, y que amenazas no le habian de forzar á hacer lo que no era de su gusto. Encolerizóse don Pedro, y desafió á Leopoldo: la pesadumbre se iba encendiendo mas, las damas salieron á ser el remedio de todo: pusiéronse en medio de los dos, mandando cerrar las puertas, porque no saliesen fuera. Con todo lo que habia pasado en la pesadum-

bre, no habia reparado el embajador en la persona de don Pedro, sino que se creyó que habia venido tras de su hermana; y el verle con lucido vestido, hábito y sin anteojos, que siempre los traia, le hizo desconocer; mas reparando mas en él, conoció en que el huésped que tenia como truhan, era el que desafiaba á su sobrino. Como Margarita viese que su padre no apartaba los ojos de él con admiracion, cayendo en lo que podia ser, le dijo: Señor, el que miras en diferente hábito, es el que poco ha traia otro bien ridículo: don Pedro Osorio de Toledo es quien con donaires nos entretenia: apaciguado este disgusto, sabrás la causa que le movió á ponerse en esa forma. En nueva admiracion quedó el embajador, y no dejara de preguntar á su hija le declarase aquello, si el ver á los dos caballeros empuñadas las espadas, y en vísperas de hacer aquella sala palestra de su duelo no se lo estorbara. Comenzó por blandas razones á persuadir á su sobrino que no rehusase lo que le habia de estar tan bien, pues de no lo hacer, se seguian tantos pesares, y que no se fiase en él; porque vista la poca razon que tenia, y la ofensa que á aquella dama hacia, habia de ser contra él, ayudando á sus contrarios, hasta hacerle casar. Y que en cuanto á su hija, se desengañase, que no seria su esposa, porque ella no se hallaba obligada de él, con las pocas finezas que con ella habia hecho. Vióse Leopoldo atajado por todos caminos, y en víspera de perder la vida; y así hubo de condescender con lo que su tio le decia, dando de nuevo la mano á doña Blanca, y abrazando á su hermano ántes desconocido, por quien era. Entónces Margarita dijo á su padre, cómo aficionado de ella don Pedro, se habia introducido en su casa con hábito de juglar, cosa en que se hallaba con obligaciones de premiarle aquella fineza, si en ello tenia gusto: mostróle tener su padre, y con su licencia se dieron las manos, llegando don Pedro á ver cumplido su deseo. Las bodas de los dos fueron de allí á quince dias, en que asistió lo noble de la corte: hízose aquella noche una lucida encamisada, habiendo carrera pública aquella tarde. El rey honró á estos dos caballeros, con que vivieron en España muy contentos con sus esposas.

A todos los oyentes dió gusto la novela de Garceran, que así se llamaba el que la refirió, divirtiéndose asimismo Rufina, que desde su aposento la habia escuchado. Hacia el ermitaño Crispin gran confianza de ella; y así no excusó que se tratase aquella noche de muchos designios, que tenian los compañeros, de hurtar en partes donde tenian avisos que habia hacienda: algunos hurtos reprobó Crispín con su autoridad y experiencia, y otros reprobó por los inconvenientes que allí les propuso: era el norte de aquella compañía; y así ninguna excedia de lo que él ordenaba. Era hora de recogerse, y por aquella noche no se hizo particion de lo hurtado, difiriéndolo para mejor ocasion, quedando en depósito del ermitaño, que con fidelidad lo guardaba. Recogidos los compañeros, Crispin no lo quiso hacer hasta verse con Rufina y darle las buenas noches: hallóla mas gustosa que hasta allí habia estado, con que se holgó mucho: preguntóla ¿que qué la habia parecido la novela? Díjole que muy bien, y que con oir muchas como ella, divirtiera su melancolía. No la

tengais, dueño mio, se atrevió á decirla el falso hipocriton, que muchos divertimientos de estos habeis de tener, y aun medras en esta casa, si lo esquivo moderais. Parecióle á Rufina que era tiempo ya de dejar severidades y tristezas á un lado, y desde aquella noche comenzó á hacer mejor rostro al hipócrita, por llevar á efecto el asalto que le pensaba dar. Con esto se fué Crispin á dormir, llevando grande confianza que aquella roca se habia de rendir poco á poco, pues lo mas estaba hecho, que era echar á un lado la santimonia, y quitádose la máscara.

CAPITULO XV.

Rufina da á Crispin un narcótico: durante el sueño lo roba, y huye con Garay á Malaga: avisa con un anónimo al corregidor que Crispin es encubridor de ladrones; y sale con Garay para Toledo: escápase Crispin de la cárcel, y se encamina tambien á Toledo, en donde ve á Rufina, y prepara el modo de vengarse del robo que le hizo.

El dia siguiente, ántes de salir la aurora, ya los oficiales de la garra habian dejado la ermita, yéndose á buscar la vida á costa de pacientes: Crispin habia de ir á la ciudad á pedir la limosna ordinaria, y despidióse de Rufina; ella le encargó hiciese diligencia en saber si su hermana estaba en Málaga, dándole las señas de su rostro y talle, bien diferentes del rostro de Garay: dejóla cerrada el hermano, cosa que á ella se le dió poco; porque desde Córdoba traia hechas llaves maestras, forjadas contra el robado genovés. Quedóse sola en la ermita: ya estaban de concierto ella y Garay, que en viendo en Málaga al hermoso Crispin, él se viniese á la ermita; así lo hizo, viniendo en uno de los dos cuartagos: fuéle abierta la puerta par Rufina, y en breve espacio le dió cuenta del trato del ermitaño, de su aficion, y cómo tenia en aquella ermita lindo dinero junto, hurtado en buena guerra.

Deseaba Rufina engañar á Crispin; de modo que en lo que tocaba á moneda, no le quedase un dinero solo; y así previno á Garay que luego volviese á la ciudad, y le buscase unos polvos conficionados de modo que infundiesen sueño, que estos prevenia para la burla que le pensaba hacer; y que desde aquella noche no se le pasase ninguna, sin dormir con su cuartago cerca de la ermita, en una parte que le señaló desde una ventana que sojuzgaba toda aquella campaña. Con esta advertencia Garay volvió por la posta á Málaga, y le trajo los polvos en breve tiempo, sin que hubiese venido Crispin, porque todo el dia ocupaba en juntar la limosna, y hasta cerca de anochecer no volvia á la ermita. Volvió, pues, siendo alegremente recibido de Rufina con muchas caricias, que fueron para él grandes lisonjas, hallándose cada punto mas enamorado de la moza: mostróle lo que habia juntado de la limosna, dado de buena voluntad, y sin esto algunas cosas, que él pudo agarrar, sin verlo sus dueños, como eran dos jarros de plata y una gargantilla de perlas: descuido de quien las dejó á mal recaudo, sin temer las malas manos de Crispin; la gargantilla

dió luego á Rufina, haciéndosela poner, con que le dijo muchos requiebros. Ella le agradeció el presente, con que aquella noche cenaron amigablemente, haciendo la sobremesa un apuntamiento acerca de sus amores: no tuvo muy en contra la respuesta, con que libró su dicha en promesas de futuro, que esperaba ver presto cumplidas.

Estaba concertado entre los ladrones hacer capítulo la noche siguiente, y rehusábalo Crispin todo lo que podia, porque no se hiciese, porque lo hurtado se habia hecho carne y sangre en él; y así no quisiera que vinieran, aunque se previno de una traza, que fué luego que llegaron, decirles que no parasen allí, porque tenia aviso de la ciudad que la justicia andaba cuidadosa de buscar á un homicida, y que en caso de traicion no valian los sagrados á los delincuentes, que se temia no viniesen á su ermita, donde fuesen conocidos algunos de ellos, que los buscaba la justicia: en gente de este porte siempre es creible cualquier novela de este género; y así creyeron á su caudillo, y se fueron de la ermita, con que nuestro Crispin quedó á solas en ella con su dama, la cual le habia prometido favorecerle aquella noche, con que estaba loco de contento, no viendo ya la hora de verse favorecido de aquella hermosura. Llegóse la hora de cenar, y tenian bien con que hacerlo, porque Crispin habia traido el dia ántes mucha caza de bolatería, y la tenia para la cena prevenida, con muy gentil vino, de lo mejor que habia en Málaga, de que estaba llena una bota. Aderezada la cena con ayuda de Rufina, que en esto se mostró solícita, se puso la mesa, y comenzaron los dos á cenar gustosamente: los brindis se menudeaban, advertida la hembra de gobernar la taza con tal cautela, que Crispin siempre bebió vino que estaba misturado con aquellos povos que infundian sueño; bebió el hermano espléndidamente, rematándose con el postrero brindis la cena, á que se le siguió luego un pesado sueño, tan grande, que Rufina hizo experiencias de él, procurando despertarle con tirarle de las orejas y narices, y era como si tirara de un cuerpo sin sentido y muerto; con esta seguridad bajó á la bóveda, y de unas arcas que en ella habia sacó cuanta moneda ocultaban, que no era poca; esta puso en unos talegos muy liados con cordeles, y los acomodó en unas bizazas de cuero, en que parte de aquel dinero habia sido hurtado á un tratante de ganado mayor, y obligado de una carnicería.

Hecho esto, Rufina salió al campo, y con una seña que hizo acudió Garay á la ermita con brevedad: díjole Rufina en el estado que estaban las cosas, cargaron con el dinero, y las alhajas se dejaron, con no poco sentimiento de los dos, mas á su razon de estado importaba esto para no ser conocidos por alguna de aquellas piezas, y malograr con esto su diligencia. En breve acomodaron la moneda en el cuártago, y los dos se pusieron á caballo, yéndose á Málaga, no poco ufanos de habérsela pegado al mayor ladron de toda la Europa tan á su salvo. Llegaron á Málaga, y en la posada de Garay se aposentaron, estando Rufina oculta de los huéspedes aquella noche y esotro dia. Sabia Rufina cuando estaban determinados de tener junta los ladrones con su jefe Crispin, que era para de allí á cuatro dias, y previno lo que se dirá adelante, que me llama Crispin, á quien dejamos dormido.

Pasó toda la noche durmiendo, cerca de la mesa en que habia cenado, y ya bien entrado el dia despertó, no sabiendo lo que habia pasado aquella noche: llamó á Rufina, acordándose que por su mucho sueño habia perdido la ocasion que habia deseado, de que no poco se lastimaba: repitió con voces el nombre de la astuta moza, mas fueron en balde; buscóla por toda la casa, la iglesia y bóveda, y no hallándola salió al campo á buscarla, y halló las puertas cerradas, cosa de que se maravilló mucho, con que pensó que le habia sucedido á Rufina una desgracia: buscóla de nuevo, mas hallando las arcas abiertas y vacías de la moneda que guardaban, conoció que se la habia llevado, y que ella era causa de su fuga; parecióle que por aquel campo estaria, porque no se atreveria á salir con la oscuridad de la noche. Buscóla todo lo que pudo, pero fué en balde; con que á costa de su sentimiento hubo de tener paciencia, corrido de que á un ladron tan antiguo como él le hubiese hecho herida una flaca mujer, infiriendo de esto que todo cuanto habia hecho con él era fingido por robarle. Ese dia fué á Málaga, por si acertaba á toparla en la ciudad. Encontró con Garay, y como no le conocia Crispin, porque no le habia visto, todo fué cansarse.

Ya Rufina y Garay tenian prevenida su partida para Castilla; mas no quiso ella partirse sin darle un mal rato al hipócrita ermitaño. Ella sabia el dia que habian concertado los ladrones hacer capítulo y junta en la ermita, que quiso aquel mal hombre hacer receptáculo de delincuentes, digo su casa ó celda para que fuesen hallados juntos, y llevasen el castigo que merecian por sus delitos. Escribió un papel al corregidor, dándole en él razon de dónde y cómo se podrian prender; y con esto partiéronse de Málaga, deseando parar en Toledo, donde los dejaremos ir su camino, por decir que el corregidor, luego que recibió el papel, aguardó á que fuese ya de noche, y yendo con alguna gente á la ermita, la cercó, y entró dentro, donde halló á Crispin bien descuidado de aquella visita. Buscóle la casa, bajó á la bóveda, y dió con los compañeros: halló allí las escalas, ganzuas, y llaves maestras, cosas concernientes al rapante ejercicio: asimismo vió en las arcas piezas de plata y alhajas de precio, indicios que manifestaron el trato de aquella virtuosa gente, á quien mandó prender y maniatar fuertemente. Crispin estaba turbado de suerte, que no acertaba á hablar á lo que le preguntaban. El corregidor le dijo: Mal hombre, vil hipócrita, que con capa de santidad ejerces latrocinios, ¿no te bastaban para tu sustento las muchas limosnas que hallabas, dadas por caritativos pechos, suficientes para tener una muy buena pasada en un lugar cómodo para servir á Dios nuestro Señor, sino valerte del mas infame ejercicio del mundo? Tú has venido á mis manos, de ellas saldrás tú y todos tus compañeros para una horca. Con esto los llevaron, donde sustanciada la causa fueron condenados á muerte, porque confesaron muchos delitos, todos culpando á Crispin, que era quien les daba aviso de los hurtos, y abria las puertas para hacerlos. Él anduvo tan valeroso en el tormento, que negó fuertemente; mas con todo no se pudo librar de la sentencia, si bien despues se libró de la cárcel. Diéronle en ella unas terribles tercianas, por donde se dilató en él la ejecucion de la jus-

ticia, sino la de sus cómplices, que fueron luego ahorcados. Y cuando estaba Crispin para entrarle en la capilla, en hábito de mujer salió á medio dia de la cárcel, con no poca admiracion de todos, y con mucha pesadumbre para el alcaide de la cárcel, que le costó muchos dias de prision, culpándole que con subornos le habia dado libertad; mas él se libró de esta acusacion, dando la persona que le dió los vestidos, que por ello fué á galeras.

Caminando Rufina y Garay por sus jornadas, á toda priesa, con gentil moneda, llegaron á la imperial ciudad de Toledo, donde pensaban tomar asiento, llevando Rufina intencion de portarse en aquella ciudad con mucha ostentacion; y para dar mas honesta capa á su estancia, fingió que Garay era su padre, con esto tomó casa autorizada en buenos barrios; la familia era una esclava que compró en Málaga, y otra doncella de labor, que recibió allí, un pagecillo y un escudero: ella se puso las reverendas tocas de viuda, y Garay, vestido honestamente, llamábase don Gerónimo, y ella doña Emerenciana; el apellido fué Meneses, diciendo descender de los nobles que ilustran á Portugal; con todo esto puesto en astillero, fué comprando las alhajas convenientes á la casa de una principal viuda, fué visitada de las señoras del barrio, quedando muy pagadas de su agrado y cortesía, con que fué grangeando algunas amigas, de las que se pensaron que era oro todo lo que relucia en Rufina, teniendo creido descender de la noble familia de los Meneses. Salió Rufina á la iglesia mayor, adonde fué vista de la juventud ociosa, y conocida por dama recienvenida á la ciudad; y como era de buena cara presto tuvo aficionados, y que la paseaban su calle. Miéntras ella se iba informando de los que mas adinerados eran, para continuar con sus cautelas, la dejaremos, y á los penantes en su pretension amorosa, para dar la vuelta á Málaga, que dejamos libre de la cárcel al hermano Crispin.

Luego que Crispin se vió libre, por su buena maña, no paró en Málaga, ántes se fué á un bosque que está vecino á la ciudad, donde pasó todo el dia, y en viniendo la noche se acercó á la ermita, habitacion que fué suya, miéntras fué creido de los de Málaga que era buen cristiano. Habian puesto en su lugar á un buen hombre, que acudia á pedir por las iglesias para un hospital; este aun no estaba de asiento en la ermita, porque le habian de aderezar primero la casa. Fué, como está dicho, Crispin á ella, y en la parte que caia al mediodia, cerca de unas losas (señal que él habia puesto para conocer mejor el sitio) cavó con una estaca, que en el bosque habia hecho, la tierra, de donde desenterró un talego, que allí tenia reservado (con unos doblones) de la demas moneda que de monton se juntaba, que en estas partijas siempre salia mejor mejorado por el oficio de adalid de aquella gente *non sancta*. Con estos doblones, que serian hasta quinientos, se fué á la ciudad de Jaen, adonde tenia un amigo, hombre del trato de la rapiña: ya él sabia la fuga que habia hecho de la cárcel, como ántes habia sabido su prision, que le puso en harto cuidado, temeroso de que en el potro no le encartase, que se habian hallado en algunas caravanas de hurtos los dos. Holgóse este camarada mucho con la presencia de Crispin, el cual iba mal vestido.

porque el hábito se le habian quitado por indigno de traerle, y los bajos eran muy trabajosos: presto se remedió esto con dar Crispin dineros á su huésped para que le comprase un vestido bueno de color: este se vistió, y ciñó espada, con que parecia otro, habiéndose cortado la barba, que la traia muy larga.

En este nuevo hábito asistió algunos dias en Jaen el buen intencionado Crispin, hasta que se ofreció hacer un hurto en Andújar, y fué de cantidad: hubo particion de él, fiel y legalmente, y temiéndose que por las diligencias que hacia el lastimado no fuesen descubiertos los delincuentes, á Crispin le pareció bien poner tierra en medio, y no aguardar á verse en otra fiesta como la de Málaga, de donde no hizo poco en escaparse. Acompañóse de un mozo, natural de Valencia, persona de buen talle, y con su moneda dieron con sus cuerpos en Toledo, donde no habian estado mas que de paso, por lo cual estaban ciertos que no serian conocidos. Llamábase el valenciano Jaime, y era hijo de un alpargatero de Valencia, y por travesuras que habia hecho con alguna cantidad de ropa, de que se descuidaron sus dueños, andaba fuera de su patria: era de edad de veinticuatro años, blanco, rubio, de gentil disposicion, y sobre todo de vivo entendimiento, y gran bellaco socarron. Este mozo se vistió (á costa de los que lo padecian) muy al uso, con galanes vestidos; y un dia los dos se fueron á misa á la iglesia mayor, llegando á oirla á una capilla, donde acertó á estar Rufina, llamada allí doña Emerenciana: conocióla luego Crispin, de que recibió mucho gusto; cuanto pudo se encubrió de ella por no ser conocido, aunque de eso podia estar seguro; porque el haberse cortado la barba y mudado de trage, le hacian desconocido de quien ántes le vió con el hábito de ermitaño. Mostróle á Jaime su compañero á la viuda, la cual le pareció muy bien, y aconsejóle que la fuese siguiendo, sin ser notado de ella, hasta saber dónde posaba: fácil fué de saber la casa, y de los vecinos de la calle que se llamaba doña Emerenciana de Meneses, venida allí de Badajoz con su padre. Quedó escocido Crispin de la burla de esta moza, y juró que pues su dicha se la habia traido á sus ojos, no se habia de ir de aquella ciudad sin desquitarse del hurto con algunas mejoras, para lo cual instruyó á Jaime en lo que habia de hacer, y lo que se habia de fingir para con ella, no descubriéndole quién era. Presto se ofreció ocasion de representar el papel, que tanto estaba ensayado entre él y Crispin; y así, una tarde, cuando tocaban las oraciones, que era casi de noche, hubo una pendencia en la calle de Rufina, de que salieron dos de ella muy mal heridos. Apenas la justicia se halló allí, haciendo ir á curar los heridos á sus casas, y prendiendo algunos de la calle, que no se hallaron en la pendencia, la dejaron despejada de gente, porque nadie queria, por hallarse allí, verse puesto en prision, sin tener culpa.

En esta ocasion se comenzó la quimera de Crispin y Jaime, que este, instruido por el marrajo y mal ermitaño en lo que habia de hacer, se puso un hábito de Montesa en un galan vestido negro, y emparejando con la casa de Rufina, dejó la capa en manos de Crispin, y sacando la espada se entró en ella, fingiendo ir asustado: halló la puerta de la esca-

lera abierta, y subiéndose por ella llegó hasta la pieza del estrado de la señora viuda, en que estaban ella y sus dos criados. Alborotáronse de ver entrar á aquel hombre así, con la espada desnuda, en cuerpo y alborotado. Levantóse del estrado Rufina y sus criadas, y él la dijo: Si la piedad no falta en esa hermosura que veo, hermosa dama, os suplico que vuestra casa sea mi amparo, para ocultarme de la justicia, que viene en mi seguimiento; habiéndome conocido por delincuente de una muerte que he hecho en una pendencia que se trabó en esta calle, dió con mi persona en la que está vecina á ella, y cayera en sus manos, sin duda alguna, si con valor no me resistiera, hiriendo á dos ministros, que venian con el alcalde mayor; valíme de los piés, que con la justicia es respeto y cordura volverla las espaldas. Púseme en fuga, y ellos en mi seguimiento; acerté á ver esta puerta abierta, é hice eleccion de esta casa, para que sea mi amparo: suplícoos que si no recibis enfado, yo esté aquí, hasta que vea pacífica de gente esta calle, y pueda salir; pero si extrañais verme, y os causa algun enfado, aunque sea con riesgo mio, me volveré á salir á la calle; porque mas quiero ser preso que descortés con vos. Ya hemos pintado el talle de Jaime, que desde esta noche se ha de llamar con mas requisitos. Vióle Rufina con atencion, y la que estaba agena de aficionarse, sino solo á la moneda, y á ser polilla de ella, de solo ver á este hombre se le inclinó, y así le dijo: Nunca en las personas de mi calidad ha faltado la piedad, y mas con quien juzgo por el buen exterior la buena sangre que debe de tener: y así, pesándome de vuestro disgusto, os ofrezco esta casa, para que en ella esteis oculto todo lo que fuere menester para deslumbrar á quien os sigue, que no fuera razon dejaros en sus manos, pudiendo libraros de ellas: sosegaos, os suplico, que cuando la justicia os busque aquí, yo tengo parte secreta donde os podré esconder. Agradeció el jóven la merced que le hacia, y ella replicó: Mi estado os dice el recogimiento que debo tener en mi casa, por esto yo os la ofrezco por todo el tiempo que fuere necesario hasta componerse vuestras cosas; mas mi padre vendrá, aunque algo tarde, y si él gusta de que asistais en su cuarto, yo estaré muy contenta. De nuevo rindió gracias el cauteloso mozo por el favor. Ellos que estaban en esto, llamaron á la puerta con grandes golpes, diciendo que abriesen á la justicia: alborotáronse todos al principio; mas cobrándose del susto Rufina, tomó por la mano á Jaime, y lo llevó á un tocador suyo, donde habia cierto tabique doblado, que cubria un paño de tapicería, y allí le dejó, diciéndole que tuviese seguridad que no seria hallado; con esto mandó abrir la puerta; por ella entró Crispin, que se atrevió á mucho de ser conocido de Rufina, fiado en que en el nuevo trage se le deslumbraria: venia con Crispin otro picaron conocido suyo, traian á fuer de justicia linterna, vara corta, y armas de fuego; entraron, pues, adonde estaba la viuda, que los recibió con mucha cortesía, haciéndose de la que ignoraba á qué pudiesen venir. Crispin la saludó cortesmente, y dijo: Aunque sea atrevimiento, señora mia, el daros un poco de enfado, el oficio que ejercemos nos manda hacer las diligencias posibles, por cumplir con él: yo soy mandado del señor corregidor, que reconozca las casas de este

barrio, por si en ellas hallo un delincuente que andamos buscando; en las vecinas hemos estado, y solo falta por ver la vuestra; perdonad el que se mire todo, que con esto cumplimos con nuestros superiores, y nuestras conciencias. Aunque por mi verdad, dijo Rufina, os pudiérades asegurar, tanto como con la experiencia diciéndoos, que aquí no ha entrado nadie: no quiero que me tengais por persona que amparo delincuentes facinerosos, si este que buscais lo es, y así os hago la casa franca, para que se vea toda, si está en ella el que buscais. Alumbróles una criada con una bugía, y ellos miraron mucha parte de la casa, dejando algo de ella, porque esto se le atribuyese á cortesía. Esto hecho, con la misma cortesía que entraron se despidieron: habiendo hecho esto á costa de sú peligro, porque su compañero apoyase la trama que llevaba urdida.

CAPITULO XVI.

Sigue Crispin disponiendo los medios para robar á Rufina: se vale para ello de su compañero Jaime, que se enamora de ella.

Salió el mentido caballero de donde estaba, mostrando en el rostro alegría de haberse escapado de quien le buscaba, y con agradecidas razones comenzó á ponderar el favor que le habia hecho la viuda. Ella, que se iba prendando de él miéntras le veia, significó que si como su deseo era de servirle, lo pudiera ejecutar, que allí fuera servido, mas que aguardase á su padre, que ella acabaria con él, que por lo menos aquella noche no le permitiese salir de allí. Antes os suplico, dijo Jaime (conociendo ya en ella que se le inclinaba), que le diese licencia para irse, que lo que pensaba hacer era retirarse á un monasterio de religiosos, y desde allí avisar en la posada á sus criados que estaba retraido, para que acudiesen allá, y esotro dia partirse á Sevilla, porque á su tierra no podia por entónces volver: pesóle á Rufina de ver en él aquella resolucion, y díjole que le pedia no se determinase á lo que intentaba, por el peligro que le podia venir, que aguardase allí un par de horas.

Él se ofreció á obedecerla, y dejándole hablando con la criada que habia en Toledo recibido, le pidió Rufina licencia para acudir á cierta cosa que le dejó encargada su padre, ántes que viniese. Este achaque tomó para comunicar con su esclava (que era con quien mas se entendia) sus pensamientos; retiróse con ella á otro aposento, adonde la manifestó cuan bien le habia parecido aquel caballero, y que se le hacia de mal dejarle ir de su casa, á riesgo de que le prendiesen; y que por otra parte no sabia si Garay tomaria á bien que quedase allí aquella noche; la esclava era ladina, y sabia bien lo que habia de aconsejarla á su ama: hablóla al gusto, diciéndola: Señora, en tí seria felicidad hacer cualquiera demostracion de amor con este forastero, con tan poco trato; pues librar en que Garay

le admita en casa por esta noche, dúdolo mucho; lo que te aconsejo es que pues esta casa es grande, y tiene algunas piezas que no se habitan, como son dos, que se baja de tu cuarto á ellas, que allí le hospedes, y déjame el cuidado de aderezarle la cama y lo necesario, que yo lo haré con brevedad; y esto ha de ser sin que llegue á noticia de Garay, que él está de partida para Madrid dentro de dos dias, y tú quedarás con el que ya amas en casa, dándole (para que no se vaya) á entender que la justicia no se aparta de esta calle. Parecióle bien á Rufina el consejo de la esclava y mandóla ir á aderezar el aposento que se le señalaba al jóven, lo cual hiciese, poniendo en la cama limpia y olorosa ropa, de la mas delgada que habia; así la obedeció la berberisca, con que Rufina volvió á verse con el galan, diciéndole: Señor mio, yo sin licencia de mi padre la he tomado en mandaros aposentar en esta casa, donde á sus ojos esteis oculto, como lo deseais estar á los de la justicia; tenedlo por bien, y recibid de mí este pequeño servicio, de que debeis dar gracias por la voluntad con que le hago, deseosa de vuestra quietud. Con mayores exageraciones que las hechas, agradeció Jaime el favor que de nuevo se le hacia, contentísimo de ver que aquel peje habia dado en la red del amor, segun las demostraciones manifestaban. Estuvieron los dos hablando en varias pláticas, en que Jaime comenzó á alabar á la viuda su hermosura; lisonja siempre creida de las mujeres, y de esto resultó el mostrársele inclinado, con que fué hacerla á ella la cama, para entablar lo que deseaba, que era ver esto, y que su hermosura fuese quien estos milagros hacia de un fugitivo y temeroso un enamorado. Vino luego la esclava habiendo hecho lo que se le habia encargado; con esto llevó Rufina á Jaime al aposento, y dejándole en él con luz, le dijo que tuviese paciencia en quedarse solo, hasta que ella dejase recogido á su padre. Túvolo el galan por bien encargándola no dejase de volver á verle, porque sin su vista lo pasaria mal aquella noche. A mí me importa, dijo ella, porque deseo saber muy despacio quién sois, y el orígen de vuestra inquietud. Con esto se despidió de él, mirándole con una ternura de ojos, que le alentaron al astuto mancebo, para esperar buen fin en su empresa.

No era tan viejo Garay que no tuviese sus pocos de brios para desear ser galan de Rufina, y tratar de casarse con ella, si él no fuera casado; andaba ausente de su mujer (que la tenia en Madrid) como muchos, que, ó por varios en las condiciones, ó por enfadados de sus mujeres, las dejan, olvidándose de ellas, para que viendo su desprecio y olvido traten de buscar consuelo con quien mas atentos á sus gracias gusten de ellas, para ofensa de los que tampoco las estimaron. Habia dias que Garay no sabia de su esposa, y presumia que debia de ser muerta, y determinaba de dar una vuelta á Madrid, y certificarse de esto secretamente, para, si era muerta, tratar de casarse con Rufina, representándola las obligaciones que le tenia; con este pensamiento andaba de partida, y la tenia concertada de allí á dos dias. Dejémosle en esto, y volvamos á Rufina, la cual luego que hubo venido Garay le dió de cenar, excusándose de hacer esto en su compañía por fingirse indispuesta, cosa que el creyó fácilmente. Acabada la cena, era costumbre suya irse luego á la cama á dormir:

aguardó á que lo hiciese así Rufina, y cuando sintió que dormia, mandó á sus criadas prevenir la cena al encerrado galan, con quien pensaba cenar con mucho gusto. Hízose así con brevedad, con que cenaron los dos regaladamente, yéndose Rufina por puntos declarando con acciones demostrativas que estaba rematada de amores. Luego que se alzaron los manteles, miéntras las criadas cenaban lo que de la mesa habia sobrado, que no era poco, pidió á su huésped que le dijese su nombre, patria, y á qué habia venido á aquella ciudad; y él por darla gusto fingió esta quimera, para la cual le pidió atencion, y él dijo así:

Mi patria, hermosa señora, es Valencia, ciudad de las mas nobles de España, como os lo habrá dicho la fama que de ella corre siempre, pues con ella la gana á muchas ciudades en lo noble, en lo rico y en lo afable de su clima, y amenidad de sus campiñas; soy allí de la noble y antigua familia de Pertusa, bien conocida en todas partes; mi nombre es don Jaime Pertusa, á quien nuestro rey, por servicios de mis antepasados, me honró este pecho con la roja cruz de Montesa, y la encomienda de Silla, que es de las mejores de aquella órden; sin lo que vale tengo un mayorazgo que de mi padre heredé, que valdrá tres mil ducados de renta: nací solo y con las obligaciones dichas; puse los ojos en doña Blanca Centellas, dama ilustre y de muchas partes en Valencia, á quien serví con muchas finezas; no me las pagaba con el amor que ellas merecian, siendo de esto causa estar esta señora aficionada á un caballero que la servia tambien, llamado don Vicente Pujadas; este fué á mí preferido, con que yo desesperaba de zelos. Quiso este caballero quitar delante de sí todo lo que le podia hacer estorbo en su amorosa pretension; y así una noche que me halló en su calle, acompañado de tres criados me acometió, llevando yo solo uno conmigo; defendíme cuanto pude, mas salí mal herido de la pendencia; de suerte que pensaron que muriera de las heridas. No se pudo averiguar quién habia sido el que me hirió, aunque todos lo presumian, y la justicia por la fama de ser don Vicente mi competidor le prendió, mas él probó la coartada con sus criados, con que fué libre. Convaleci de mis heridas, y sentido de ver con la ventaja que mi competidor me habia acuchillado, no quise para vengarme guardarle nobles respetos, sino con la misma le acuchillé; de modo que él salió mas mal herido que yo; hubo personas que me conocieron en la calle, y depusieron contra mí, cosa bien nueva en Valencia, porque por este camino raras veces se averigua nada: fué fuerza ausentarme temiendo el peligro del herido, que le daban poco término de vida, y el mio, si sus deudos trataban de vengar su muerte. Salí de Valencia, y víneme á esta ciudad, donde ha un mes que estoy; en él he sabido de persona confidente de Valencia, con quien me correspondo, que mi contrario está ya sin peligro, y convalece á toda priesa, y juntamente está capitulado con doña Blanca. De esto he tenido mas sentimiento que de haber hoy encontrado dos hombres, que pagados por don Vicente, vinieron aquí á matarme por su órden; acometiéronme en esta calle, herí al uno, pienso que de muerte, con que me escapé de sus manos con la gente que acudió á meter paz: hallé vuestra casa para refugio mio, donde ya no temeré el peligro de la

justicia que me pueda prender el cuerpo, siendo presa mi alma de vuestra hermosura; si bien es dulce la prison, y en que yo estaré lo que mi vida durare, como sea con gusto vuestro.

Aquí cesó la narracion del fingido don Jaime, dejando á Rufina contentísima de ver en aquel caballero partes para ser amado, y principios de aficion en él, con que le prometia ser ya esposa suya. Esto discurrió en breve instante, y lo que le respondió fué: Señor don Jaime Pertusa, mucho me pesa que hayais conocido á Toledo para disgustos vuestros; que con ello no tengais intencion de volver tan presto á la patria, podria estarle bien á quien desea veros en esta ciudad muy asistente, y os aseguro que á poder por mi parte hacerlo, lo emprendiera por todos los caminos que hubiera, aunque entráran aquellos que con pactos fuerzan las voluntades; si es verdad esto, lo que la naturaleza no hizo quisiera que hiciera la industria. Una voluntad me debeis de poco tiempo á esta parte, que si como es os obligara, me pudiera tener por muy dichosa, y fuera el mas eficaz hechizo que yo pudiera hacer; no me hizo el cielo tan hermosa como deseara ser en esta ocasion, mas si afectos de amor obligan, yo espero de vos que conozcais en breve las obligaciones que me debeis. Mil veces, dijo don Jaime, beso la tierra que pisan vuestros chapines, pues aun de ella con el favor que de vos recibo no es digna mi boca; no pienso que os deba nada que no os haya pagado, y así no temo pleito de acreedores. En cuanto á desear forzarme el albedrío, os respondo que es menester poca fuerza para quien le tiene rendido, y con esto que os digo habreis excusado el valeros de ilícitos medios, cuando vuestra hermosura es el mas poderoso hechizo que me enagena de mí, por estar en vos: dichosa la hora en que fuí acometido por aquellos asesinos de mi patria, pues por un disgusto que en ella tuve, hallo en su descuento mil gustos que le consuelan; con los favores que oigo de vuestra divina boca, deme el cielo vida, que si va mi amor seguro y en bonanza, me prometo felicísimo puerto en vuestra gracia, con ella renuevo alientos y pierdo la memoria de mi patria, pues adonde tengo dicha y gusto allí es la mia. Estas y otras razones amorosas pasaron don Jaime y Rufina, sabiendo el bellacon enamorarla bien, y ella, dejándose llevár de su engaño, no atendia á otra cosa que estársele contemplando perdida de amor: el tiempo se pasaba en estos coloquios amorosos, y así cerca de las dos de la noche Rufina se retiró á su cuarto bien pesarosa de hacerlo, y el engañoso mozo se quedó á acostar, no poco contento de ver cuan bien habia surtido efecto la traza de Crispin. Él estaba con algun cuidado, porque en aquel dia ni otro no pudo ser avisado de lo que pasaba por la presencia de Garay; mas desde que este se partió á Madrid, con mas libertad vivió Rufina enamorada de su huésped. Avisó don Jaime á Crispin con la esclava, escribiéndole un papel de la manera que andaba favorecido; con ella le respondió Crispin dándola otro, y en un bolsillo cien doblones para que se entretuviese jugando, y diese algunos á las criadas para ir grangeando su voluntad, para lo que se ofreciese.

Luego ese dia que se fué Garay á Madrid, se halló Rufina ocupada con dos visitas que le vinieron, de dos damas vecinas suyas, cosa para ella

de grandísimo disgusto; porque en aquella ocasion mas estimara que la dejaran sola con su galan, que no ser visitada. Luego que las amigas se fueron, se fué al aposento de don Jaime (que así le llamaremos miéntras durare el engaño); en él le halló entreteniéndose con una guitarra que la esclava le habia dado. Era el jóven diestrísimo músico, y hacia tambien versos de buen aire, cosa que lleva el valenciano suelo, pues hay en él admirables músicos y poetas, de una gracia y otra estaba adornado. En fin, el tal don Jaime se estaba entreteniendo con la guitarra: llegó Rufina con pasos lentos al aposento, oyendo la dulce armonía de las templadas cuerdas heridas con diestra mano; y sin ser sentida del jóven, le estuvo aguardando, echando de ver que queria cantar este romance con dulce y sonora voz, que la tenia extremada.

¿Quién pensara que mis males
(De quien jamas estoy libre)
Trocara fortuna en bienes,
Para hacerme mas felice?
Penas que un tiempo me dió
El alado dios de Chipre,
Él mismo convierte en glorias,
Para que yo las estime.
Al bajel de mi esperanza,
Que el imperio de Anfitrite
Surcó por saladas ondas,
Viendo peligrosas sirtes.
Hoy (sin temer huracanes,
Adonde en golfos peligre)
Le conduce á alegre puerto
Una hermosura sublime.
A quien el alma y potencias
Se le postran, y se rinden,
Si bien tan poca victoria,
No es de sus blasones timbre.
¡O tú, dueño de mi alma!
Pues á conocerte vine,
Oye á tu Gerardo atenta
Lo que de su pena dice.
¿Bellas ninfas del Tajo, decid si vísteis,
Que se abrase con nieve quien ama firme?

A vuestra hermosura apelo,
Clori (aunque de exceso paso)
Por ver que en nieve me abraso,
Y que con fuego me hielo.
Nadie me dará consuelo,
En pena que es tan crecida,
Si la que da la herida
El remedio no la aplique.
Bellas ninfas del Tajo, decid si vísteis,
Que se abrase con nieve quien ama firme?

Nuevas llamas fueron las que abrasaron el tierno pecho de Rufina con oir al fingido don Jaime cantar; parecióle en extremo su dulce voz, su gran destreza, y sobre todo notó en la letra que habia cantado, que le pareció haberse hecho por él al suceso pasado; y era así, que el picaron era bellaco, y con unas puntas de poeta, y con buen natural que tenia, en breve hizo de memoria aquella letra para cantársela á Rufina, la cual cantó así como habia sentido que ella le escuchaba. Entró la enamorada moza donde el galan estaba, haciendo diferentes falsas en la guitarra, y díjole: Señor don Jaime ¿esa gracia mas teneis? Mucho me huelgo, aunque no me maravillo, porque Valencia cria regaladas y dulces voces. La mia es muy mala, dijo él, mas ha cantado esta letra muy gustosa. Ya veo, dijo Rufina, que la letra es tan moderna, que no ha tres dias que estaba por hacer. Así es verdad, dijo don Jaime: ¿mas qué mucho, si la causa por quien se hizo tiene tanto poder, que hará á los troncos tener alma y amarla, qué será á mí, que soy criatura racional, y conozco mejor sus partes amándolas? No seais lisonjero, dijo ella, que á saber que lo que me decis es cierto, aun pudiérades acordaros mejor de este hospedage; pero los hombres saben encarecer lo que no sienten, y fingir no amando. En uno y en otro os engañais, dijo él, y así, creed de mí que puedo dar por bien tenido el susto de mi pendencia, y el peligro de verme preso, á trueque de haber tenido la dicha de conoceros; lo que os suplico es que me pagueis esta fina voluntad confiando de mí, que os amo tiernamente. Con estas le supo decir don Jaime otras amorosas razones á Rufina; de modo que desde aquella tarde le comenzó á favorecer de suerte que el picaron desistió de la empresa comenzada, y dió en amar á Rufina: ella vivia engañada, porque se pensaba que su huésped era el que se habia pintado en la relacion, y lo que mas la aseguró esto, fué el preguntarla él quién era; no quiso parecerle inferior á sus ojos, y así en breves razones le dijo cómo descendia de los ilustres caballeros Meneses de Portugal, aunque habia nacido en la ciudad de Badajoz. Bien se pensó con esto el pícaro que hurtaba bogas y enderezó á casamiento, desengañado de lo que Crispin no queria en su edad desengañarse, que era el conocer los peligros de su trato, y cuan á pique andaban, hurtando, de subir á una horca. A este mozo le pareció bien Rufina, y mucho mas que fuese noble, y trató de enamorarla muy de veras, y merecerla por esposa. Lo mismo pensaba hacer ella; y así correspondiéndose como finos amantes, Rufina se descuidó, y don Jaime se halló favorecido de ella del todo.

Quedó Rufina con el temor de que Garay volveria presto allí, como le habia prometido; vió lo que le debia, que estaba en lugar de su padre, y que como tal le conocian en Toledo; echaba de ver tambien que venido habia de sentir mucho que le dejase, aunque ella le pensaba dar algun dinero secretamente, y despedirle de sí; considerólo mejor, y mudando intento, se resolvió en irse de Toledo, y que la hallase ausente de allí Garay cuando volviese de su jornada, persuadiendo á don Jaime que la llevase á su patria Valencia; esto determinaba decirle pasados dos ó tres dias, porque la vuelta de Garay no seria hasta pasados quince, segun él habia dicho á la partida. En tanto, pues, que Rufina lo consideraba me-

jor, pasaban ella y su amante gustosos, y él no poco enamorado de ella, por lo cual determinaba desistir de su primer intento, aunque le pesase á Crispin. Era por tiempo de invierno, en que las noches son largas; y así las entretenian los dos amantes, ya platicando de varias cosas de amores, ya cantando; habiendo tambien Rufina manifestado la gracia que en esto tenia, con que á dos voces cantaban algunos tonos de los que corrian entónces. Una noche que ya habian cantado y hablado de diferentes materias, deseó Rufina que su galan les entretuviese á ella y á sus criadas con alguna cosa; y así le dijo que si sabia alguna novela para que contándosela las entretúviese una parte de la noche. Era el jóven general en todo, y de buen ingenio; y así para obedecer á su dama, y manifestar que tenia buena prosa en las narraciones, dijo : Aunque quien es tan entendida como tú, hermosa Emerenciana, y dueño mio, le parezca mi prosa vulgar, préciome de ser obediente á tus mandatos, tanto que no dejaré de obedecer en este particular, con que haciéndolo presto, podrán tener disculpa los yerros que en mí se conocieren; y así habiendo oido á un caballero de Valencia bien entendido esta novela, quiero referírtela. Sosegóse un rato, y comenzó así.

NOVELA TERCERA.

CAPITULO XVII.

Jaime, para divertir á Rufina, da principio á la novela de «A lo que obliga el honor.»

En Sevilla, ciudad insigne, metrópoli de la Andalucía, madre de nobles familias, patria de claros ingenios, erario de los tesoros que envian las Indias occidentales á España, nació don Pedro de Ribera, nobilísimo caballero de la ilustre casa de los duques de Alcalá, tan estimada en aquel reino; por muerte de sus padres quedó heredero de cuatro mil ducados de renta, con que se portaba en Sevilla lucidamente, siendo el primero que en todos los actos públicos se hallaba, señalándose mas que todos en su lucimiento y porte. Tenia este caballero un primo hermano en Madrid, asistente en aquella corte del mayor Monarca; habia ido á ella á unos pleitos de que tuvo buen suceso con sentencia en favor, y pagado de la vivienda de la córte y trato de sus cortesanos, trocó la asistencia de su patria por la de esta ilustre villa : tuvo en ella amistad con un anciano

caballero, cuyo nombre era don Juan de la Cerda, en quien concurrian muchas partes, por donde era estimado de todos. Honrábase el pecho con la roja insignia del Patron de las Españas, á que se le añadia una encomienda de dos mil ducados. Era este caballero viudo, y de su matrimonio le quedó sola una hija heredera de cuanto tenia, en quien la naturaleza puso con particular cuidado todo su afecto en hacerla hermosa, con no poca envidia de las damas de Madrid. Pues como el luminoso planeta excede á los lucientes astros que toman de él luz, así esta hermosísima dama, como sol de la hermosura, excedia con ellas á las damas de Madrid.

Deseaba don Juan casar á esta señora con persona muy á su satisfaccion, que la igualase en la calidad y hacienda. Bien pudiera don Rodrigo de Ribera (que así se llamaba el primo de don Pedro, de quien primero he hablado) intentar este empleo, por su sangre, y por la amistad que con don Juan de la Cerda tenia; mas era hijo segundo en su casa, y esto le enfrenó á no tratar de emprenderlo, considerando cuan poca hacienda tenia para igualar dote tan aventajado. Lo que hizo fué proponer á su amigo don Juan la persona de su primo, que estaba en Sevilla, haciéndole relacion así de sus partes como de su mayorazgo; parecióle bien á don Juan, mas prudentemente quiso hacer informacion de esto primero, sospechando que don Rodrigo con la pasion de deudo podria haberse alargado en su alabanza y hacienda. Y así, teniendo don Juan un amigo en Sevilla, le escribió luego que se informase de las partes, persona y hacienda de don Pedro de Ribera con toda verdad, porque le importaba no menos que calificar su casa con él, y remediar á su hija doña Brianda. En breve tuvo respuesta, en que conformó el amigo con cuanto don Rodrigo habia dicho de su pariente: y aun se alargó mas que él, no excediendo de la verdad en su informacion; con ella se halló muy gustoso don Juan, y así se vió luego con don Rodrigo, y le dijo informase á su primo de esto, tratando con él el casamiento de su hija. Hízolo así, y don Juan quiso primero que se le enviase un retrato de la dama para no hacer esto á ciegas, fiándose de su primo, que no daria lugar al pintor para que la copiase lisonjeramente, sino con toda verdad y fidelidad. Hízolo así don Rodrigo, con que don Pedro quedó gustosísimo, y remitió á su primo que las capitulaciones se hiciesen en tanto que él partia, para lo cual le envió su poder. En tanto que don Rodrigo trataba de esto con don Pedro, doña Brianda contemplaba en otro retrato, que don Pedro le habia enviado. Este caballero hizo lucidas galas, con ellas partió á Madrid: no pudo partir con él su familia, porque quedaron á que se les acabase una lucida librea, y con solo un criado partieron en dos mulas con sola la compañía del mozo de camino, que en otra no peor que las que llevaban los dos, seguia su largo paso, llevando don Pedro no poco deseo de llegar á Madrid, por ver á la hermosa doña Brianda, de quien iba aficionadísimo por el retrato, que no le apartaba de su pecho, envuelto en la misma carta que su primo se le habia enviado.

Media jornada ántes de llegar á Toledo comieron, y mandando don Pedro al mozo de mulas que se adelantase á prevenirles posada en la ciu-

dad, él se quedó entreteniendo sobremesa con unos hidalgos de Orgaz (que era el lugar donde estaba) á los naipes; perdia, y picóse, con que el juego duró hasta que los dieron lugar á desquitarse, que fué algo mas tarde que quisiera. Púsose á caballo, é informado del camino que habia de tomar, comenzaron él y su criado á caminar; anocheciéles á una legua andada, y hubieron de proseguirle con la sombra de la noche, que fué mas oscura que otras, por estar el cielo nublado, y no dar lugar á que las estrellas mostrasen su resplandor, ya que la luna, por ser muy menguante, no les podia favorecer: con esto é ir divertidos erraron el camino; de modo que vinieron á dar en unos olivares, media legua ántes de llegar á Toledo. Como no sabian el camino, ignorando en la parte que estaban, determinaron (por no alejarse mas de Toledo) de apearse en aquel olivar, y aguardar allí hasta que el alba con su luz les mostrase el camino; quitaron las maletas á las mulas, y sobre ellas se tendieron debajo de un olivo, que fué el verde pabellon de aquella cama campesina; el cansancio les trajo sueño, y así se rindieron á él, que no debieran, pues cuando mas á placer dormian, descuidados de lo que les habia de suceder, acertaron á llegar á aquel sitio cuatro hombres con lentos pasos, que el patear de las mulas los llevó á aquel sitio. Estos eran unos ladrones que venian de hacer un hurto, mas no les salió cierto, y volvíanse á Toledo; no quisieron perder la ocasion, pues los ofrecia cabellos; y así, viendo á los dueños de aquellas mulas durmiendo, convenidos en lo que habian de hacer, se abrazaron dos con cada uno, y atándoles las manos atras les despojaron de cuanto tenian, exceptuando los jubones y calzoncillos de lienzo, y por hacer mas brevemente su fuga, hasta las mulas se llevaron.

Quedaron amo y criado lamentándose del suceso, culpando el criado á su señor en haberse divertido tan á lo largo al juego, pues por esto les vino aquella desgracia; haciendo varios discursos sobre ella estuvieron, hasta que las aves con su dulce canto comenzaron á hacer salvas á la aurora, que salió agradecida al aplauso que la hacian; oyeron entónces cerca de sí balidos de ganado, con que comenzaron á voces á llamar á su pastor, que vino luego adonde estaban, y les desató, compadecido de verlos desnudos. Preguntáronle ¿que cuánto habia de allí á Toledo? y díjoles que media legua corta; pero que si querian ir á un cigarral de su dueño, que estaba de allí muy cerca, que él los guiaria, donde fiaba de la piedad de una dama que en él asistia, que remediaria su necesidad. Tomaron su consejo, y siguiendo al pastor, los llevó á un cigarral, á quien el cristalino Tajo muraba por una parte; tenia lucida casa, con altas torres y dorados chapiteles; llegaron á él, y llamando el pastor, les fué luego abierta la puerta por un hombre anciano, que servia á aquella señora de mayordomo de su hacienda del campo, teniendo á su cargo gobernar la familia de los pastores, y beneficiar los esquilmos que de el ganado sacaban. Subió el pastor que los guió hasta allí, y en breves razones hizo relacion á su señora de la desgracia de los forasteros, y que se venian á valer de ella: mandólos subir, llegando don Pedro á su presencia con harta vergüenza suya, por venir desnudo; solo se abrigaba

con una capa que el pastor le prestó. Hizo relacion de su viage, y que iba á Madrid á un pleito, no diciendo quién era, sino solo que era un hidalgo de Sevilla, cuyo nombre era Fernan Sanchez de Triviño. Compadecióse doña Victoria de verlos así, en particular á don Pedro, que le pareció bien su persona; y entrándose adentro, de unos baules que tenia sacó dos vestidos de color, que les dió, mandándoles que se vistiesen luego; hiciéronlo así, con que don Pedro ya vestido, hizo mejor ostentacion de su talle, con que se agradó mas de él doña Victoria, no apartando de él los ojos. Llegó la hora de comer, y sin escrupulizar en hacerlo en su compañía, la dama comió con don Pedro, que no acababa de darla gracias de el favor y merced que le hacia.

De esta suerte estuvieron dos dias en el cigarral, sin declarar la dama lo aficionada que estaba de don Pedro, sino con los ojos, que ellos fueron intérpretes de su pena. Bien lo conocia don Pedro, y lo comunicaba con su criado, mas no se atrevia á decirla nada como estaba tan próximo á casarse. El criado le animaba que no perdiese aquella ocasion, pues se la habia ofrecido la fortuna, ni fuese cruel con quien se le habia mostrado tan piadosa. La soledad del sitio, la hermosura de la dama, y el habérsele declarado algo, le obligaron á don Pedro á que correspondiese á su aficion, empero la dama no quiso llegar á los brazos, si primero no le daba palabra de ser su esposo. Ya don Pedro estaba encendido en su amor, olvidada la dama del retrato, y aconsejándose de su criado sobre lo que debia hacer en esto, él le dijo que no perdiese la ocasion que le ofrecia la fortuna, que podia gozar aquella dama, cumpliendo con ella en darle palabra de esposo, y aun cédula, mas que en ella no dijese su nombre, sino el que le habia dicho; así lo hizo don Pedro, con que doña Victoria de Silva (que así se llamaba la dama) dió lugar á que el caballero llegase á los brazos con ella.

De esta manera estuvo en el cigarral otros cuatro dias, y haciéndola entender que iba á solicitar la sentencia de un pleito que traia en el consejo de Indias, á que era importante hallarse su persona, alcanzó licencia de doña Victoria, con palabra de que volveria con brevedad pronto á verla; con esto partió otro dia muy de mañana con muchas lágrimas de la dama, y él fingió con la cubierta de un lienzo en sus ojos, que la acompañaba en el llanto. Partió con esto del cigarral, habiéndole la dama dado mulas y dineros, para llegar á Madrid: de contado le vino el castigo por lo que habia hecho, pues al entrar en Illescas un machuelo espantadizo dió un brinco, cogiendo á don Pedro descuidado, y dió con él en el suelo desconcertándole una pierna, con que fué menester quedarse en aquella villa curando con un algebrista que trajeron de Toledo. Allí le dejaremos por volver á doña Victoria que quedaba con la partida de su galan llorosa, y con mucha pena. Una criada suya que acudió á componer la cama en que habia dormido, hallóse que por descuido habia dejádose don Pedro el retrato de la dama con quien iba á casarse envuelto en la carta que con él le envió su primo. Púsolo todo en manos de su señora, y ella descogiendo el papel vió el retrato, con que la puso en nuevo cuidado y pena; acrecentóle uno y otro leer el papel, que decia de esta suerte:

« Primo y señor mio: con esta va el retrato de mi señora doña Brianda
» de la Cerda, bien y fielmente sacado de su original; bien creo que su
» hermosura será para vos estímulo que apresure vuestra venida. Su pa-
» dre don Juan os aguarda con grande alborozo; no dilateis la jornada,
» que con esta hermosa copia será grosería; en tanto dispongo las capi-
» tulaciones en la forma que hemos tratado; con vuestra vista se firmarán,
» y podeis estar gozosísimo de haber hallado tanta dicha. Vuestro primo
» DON RODRIGO DE RIBERA. »

Apenas pudo doña Victoria acabar de leer el papel, y con la pena que de haberle leido recibió, la dió un desmayo, estando con él mas de media hora en brazos de su criada: volvió de él dando grandes suspiros y vertiendo muchas lágrimas; quejóse del engañador sevillano, y mucho mas de su facilidad, pues se habia determinado á entregar su honor á un hombre que vino á su casa despojado de unos ladrones. Aquel dia pasó en solo llorar, mas echando de ver que su reputacion corria riesgo, no quiso que se dijese de ella que un hombre la habia burlado; y así (con la luz que la habia dado la carta de á lo que iba, y con quien se casaba) determinó irse á Madrid, pues lo podia hacer mejor que otra, por no tener deudo cercano á quien dar cuenta de su intento, sino un hermano en Flandes sirviendo en aquellos ejércitos, donde era capitan de caballos. Dió parte de su intento á Alberto, un criado anciano de su casa que la habia criado desde niña, y á él le pareció bien ofreciéndose á acompañarla: con esto hizo cargar dos carros de su labranza, de todo lo necesario para el adorno de una casa principal, y partieron á Madrid, donde luego que hubieron llegado á aquella insigne villa, se informó Alberto de dónde vivia don Juan de la Cerda, y de si el novio que esperaban habia venido de Sevilla. Súpolo todo, y que don Pedro aun no era llegado á Madrid, cosa que puso en cuidado á doña Victoria, ignorando la desgracia que le habia sucedido en Illescas.

Lo primero que hizo esta agraviada dama, fué alquilar una casa sola que estaba muy cerca de la casa de don Juan de la Cerda; en ella quiso que estuviese Alberto, con nombre de que él era el señor de ella; luego le mandó que acudiese en casa de don Juan de la Cerda, y allí procurase saber si tenian necesidad de una dueña para su servicio, que en este trage se quiso mudar por desconocerse mejor á los ojos de don Pedro. Hizo la diligencia Alberto, con tantos deseos de acertar, que tuvo buen efecto, porque doña Brianda no deseaba otra cosa sino hallar una dueña que la sirviese; como le fué propuesta por Alberto, en nombre de hija suya, no solo la recibió en su servicio, pero á él tambien por su escudero, que tenia agradable presencia, y sus blancas canas le autorizaban mucho: habiendo, pues, negociado á medida de su deseo, volvió con la respuesta á doña Victoria, de que se mostró muy gustosa, y porque doña Brianda deseaba verla presto. Aquel dia sacaron todo lo necesario para vestirse una viuda moza, y se hizo á toda priesa; de suerte que otro dia ya doña Victoria pudo ir á verse con la que habia de ser su dueño, en compañía de Alberto, que hacia el papel de padre, y fueron los dos muy bien

recibidos del anciano don Juan de la Cerda y su hermosa hija: no quisiera Victoria que lo fuera tanto, por no ver muy pagado de ella al novio que esperaba; y aunque esto la podia enfriar el intento con la máquina que llevaba pensada, no desmayó en él; supo doña Brianda allí la patria de Alberto, que mudó el nombre en Esteban de Santillana, y así le llamaremos con el apellido: dijo ser de Utrera, cerca de Sevilla, y que allí fué casada su hija con un hidalgo honrado de aquella villa, que trataba en Indias, haciendo al Perú viages, en uno de los cuales habia muerto, dejando tantas deudas que toda su hacienda se habia consumido en pagar acreedores, y que de estas resultas habia puesto pleito á uno en el consejo de las Indias, esperando en breve sentencia de él. Como don Juan oyó decir á Santillana ser andaluz, le preguntó si habia asistido algun tiempo en Sevilla; él le dijo que á esta ciudad (como cercana á su patria) iba y venia muchas veces, pero que su hija era quien habia tenido alguna asistencia en aquella ciudad; por entónces no quiso don Juan preguntarles nada de don Pedro de Ribera. Quedóse Victoria por criada de doña Brianda muy contenta con tenerla en su servicio, á quien fió luego las llaves de todos sus cofres y escritorios, no con poca envidia de las demas criadas, que sentian (y con razon) que una de ayer recibida hubiese merecido mas que ellas, con servicios de algunos años. Santillana dijo tener casa cerca de aquella, y mujer (que hubo de hacer este papel Marcela, criada de Victoria), por lo cual no le dieron aposento dentro de la casa de don Juan.

Volvamos á don Pedro de Ribera, que habiendo convalecido llegó á Madrid, yendo á apearse á casa de su primo don Rodrigo, que le habia tenido cuidadoso su tardanza; la causa de ella se la manifestó don Pedro, no reservándole nada de cuanto le habia pasado en el cigarral de Victoria, hasta la palabra que la habia dado, con nombre supuesto, y preguntóle don Rodrigo la calidad de la dama, y don Pedro le dijo llamarse doña Victoria de Silva, y ser de lo noble de Toledo. Mostró poco gusto de esto don Rodrigo, afeándole la accion de haber burlado y deshonrado á aquella señora, de quien podia temerse; porque á saber que venia á casarse á Madrid, podia verse en algun peligro, si tratase de vengar su ofensa. Hablaron luego en doña Brianda, y dijo don Pedro cuan enamorado venia del retrato, aunque le habia perdido con lo demas que le hurtaron los ladrones cerca de Toledo; pero bien sabia don Pedro que esto no era así, sino que se le habia dejado olvidado debajo de la almohada de la cama, en el cigarral de Victoria, y no le daba poco cuidado de esto. Trató don Rodrigo que ántes que don Pedro viese á su suegro y esposa, se le hiciesen vestidos, así de camino, como negros, y en tanto hubo de estarse retirado: esto es cosa que con dineros en Madrid se hace brevemente; y así dentro de cuatro dias se le hicieron vistosas galas de camino, con que fingiendo ser recien venido él y su primo don Rodrigo, se fueron á casa de don Juan de la Cerda, siendo recibido él con mucho gusto, por ver en don Pedro tan buen talle. Avisaron á doña Brianda que entraba á su cuarto el que habia de ser su esposo; y ella estaba con sus criadas, que la acababan de vestir: púsose en su estrado, y sus due-

ñas en una alfombra cerca de ella, á donde entró don Pedro acompañado de don Juan y don Rodrigo. Estuvo el galan caballero muy gustoso en la visita, y muy despejado, sin que se le pudiese notar la primera necedad de los novios, porque era don Pedro de claro entendimiento, y de galan despejo. Vió en el original de la hermosa doña Brianda haber andado fidelísimo el pincel, pocas veces dado á copiar verdades, cuando se han de decir con las colores en empleos como estos. Pagóse mucho de la hermosura de la linda doña Brianda, y ella le pagó en esto, pues quedó muy contenta de la persona de don Pedro.

Habíanse de asentar algunas cosas acerca de este casamiento, que necesitaban la persona de don Pedro; y así él, don Juan, y don Rodrigo se retiraron á otro cuarto, donde se encerraron con un escribano y algunos deudos, que llamaron á hacer las capitulaciones. En tanto quedó doña Brianda con sus criadas, tratando de la persona de don Pedro, su esperado esposo: todas la daban sus parabienes de que fuese tan á su gusto; solo Victoria no la decia nada, cosa que notó su señora; quedóse á solas con ella, y díjola: Doña Teodora (que así dijo llamarse), ¿porqué, cuando todas mis criadas me dan enhorabuenas de haber acertado en la eleccion que he hecho para casarme, estás tú tan callada, que siquiera por lisonjearme no las imitas? ¿De qué nace tu silencio? Habia de propósito Victoria hecho aquella para venir despues á este lance, como vino. Vió la ocasion á medida de su deseo, y quiso aprovecharse de ella, respondiendo á la propuesta de doña Brianda así: Señora, en la persona del señor don Pedro no hay que poner falta ninguna, que es tan perfecto galan, que no hay mas que desear; y así todos confesarán esto: mi silencio ha nacido de que en Sevilla no conocí otra cosa que este caballero, porque yo viví en barrios que él frecuentaba mucho: la causa no te la he de negar, porque en esta ocasion no es justo que te trate con engaño quien solo desea servirte y tu quietud; pues vivir sin ella lo que ha de durar la vida, mas es muerte civil que vida gustosa de casada. Alteróse con lo que oia doña Brianda, y con apretadas amonestaciones rogó á su dueña que le declarase lo oscuro de aquellas razones preñadas, que no entendia. Ella que se vió en ocasion de derramar su ponzoña contra don Pedro, tirano de su honor, no fué perezosa en hacerlo; y así pidiéndola que se fuesen á lugar menos registrado de sus criadas, y mas solo, se retiraron á un camarin, donde la cauta Victoria dijo así:

No cumpliera yo con el amor, que como á señora mia te tengo, si no te hablase con claridad en lo que te importa, no menos que tu quietud: y así, dueño y señora mia, sabrás que don Pedro tuvo amores con una dama de Sevilla, muy hermosa y principal, si bien sus padres no la dejaron hacienda con que poder sustentar sus honradas obligaciones; el festejo fué tan apretado, que viéndose ella obligada de las muchas finezas, asistencias y regalos de don Pedro, se le rindió con palabra que la dió de casamiento, de que hubo testigos, aunque convino estar este matrimonio clandestino secreto, por entónces, por vivir don Fernando, padre de don Pedro, que sabia estos amores, y habia procurado con todas veras apartarlos, no viniendo en que don Pedro se casase con doña

Elvira de Monsalve, que así se llama esta señora. De la continuacion de su empleo resultaron prendas vivas, que fueron dos hijos y una hija, que hoy estan en poder de su madre. Aguardaba don Pedro á que su padre muriese, que vivia con achaques, y tenia mucha edad : sucedió así, y cuando doña Elvira se pensó que luego seria esposa de don Pedro, y acabarian sus pesares, que los tuvo muchos, de que estoy cierta, por vivir en su barrio, él se retiró de verla algunos dias, lo cual visto por ella, determinó de dar parte de este agravio á dos primos suyos, que lo sintieron tanto, que trataron luego de hacer que don Pedro le cumpliese la palabra que le habia dado á su prima. Vivia retirado don Pedro en un lugar suyo, cerca de Sevilla, y con cuidado de guardarse de sus enemigos, que visto que no venia en lo que era razon, trataban de matarle. En este estado lo dejé, cuando mi padre me trajo á Madrid, donde ha cosa de mes y medio que estoy. Esto es lo que puedo asegurarte del señor don Pedro, y que no estará seguro en esta corte, porque los primos de la dama, á quien yo conozco, son caballeros muy calificados y de hecho, los cuales no dudo que vengan aquí, adonde venguen el agravio de su prima, con mas seguridad que en Sevilla, adonde él vivia recatado de ellos.

CAPITULO XVIII.

Prosigue Jaime la novela de « A lo que obliga el honor. »

Atenta escuchó doña Brianda la relacion que le hizo su dueña acerca de la persona de don Pedro, y sintió en extremo que este caballero no viniese de Sevilla tan libre como ella deseaba : acerca del mentido empleo, que la encubierta doña Victoria fingió, le hizo algunas preguntas la afligida dama, de si estaba muy enamorado, de si era hermosa doña Elvira, y otras muchas circunstancias, á que satisfizo con mucho cuidado, llevando la mira á que quedase muy en desgracia suya don Pedro; con todo, no dando entero crédito doña Brianda á lo que habia oido á su dueña, remitió el dar cuenta de ello á su padre, y que él se informase mejor de todo. Entróse á hablar con él, que ya habian acabado las capitulaciones, y en tanto doña Victoria se quedó en la primera sala, lugar donde asisten las dueñas : allí llegó un criado de don Pedro, á quien él habia mandado acudir á la estafeta por las cartas que de Sevilla le viniesen, y trayéndole un pliego, preguntó á la dueña por su amo, sin haberla conocido, tan disfrazada estaba con las tocas. Ella le dijo estar allá dentro con su señor. Traíale este pliego, dijo el criado, que en la estafeta de Sevilla le ha venido, y estas cartas. Pues si gustais, dijo la astuta Victoria, que yo se le dé, pues que vos no podeis entrar donde él está, yo lo haré por haceros gusto. Hacéisme mucho favor, dijo el criado, con que se fué, dejando el pliego en manos de la dueña. Ella lo primero que hizo, fué abrir el pliego, y dentro de él poner una carta, que brevemente

escribió, y entrar delante de su señora con el pliego, habiéndole cerrado primero. Ella preguntó, ¿qué ádonde iba con aquellas cartas? Y ella nó mostrando malicia alguna, la dijo: Señora, llévolas al señor don Pedro, que se las trae su criado de la estafeta. Como las mujeres son curiosas, Brianda quiso en aquella ocasion serlo abriendo los pliegos, y en el uno halló la carta que habia escrito la dueña, cuya firma era doña Elvira de Monsalve. Con lo oido de la relacion, púsole deseo de saber lo que la carta contenia, porque ella le habia de dar luz de todo mejor; y así leyéndola, vió en ella escritas estas razones:

« Vuestra ausencia y mi poca salud, querido esposo mio, me tienen de » manera que acabarán presto con mi vida, y mas con las nuevas que he » tenido, de que os vais á casar á esa corte; no me puedo persuadir á » creer tal cosa de quien me tiene dada palabra de esposo, y hay de por » medio prendas de los dos: no os advierto mas, de que hay Dios, que » juzga rectamente, y que tengo á mis primos, que si saben este despre- » cio, con los hechos á mí, iran á vengar su agravio. El cielo guarde » vuestra vida, para que conozcais mi fineza, y vuestra obligacion. Vues- » tra esposa, DOÑA ELVIRA DE MONSALVE. »

Con haber leido esta carta, confirmó doña Brianda por verdad cuanto la habia dicho su vengativa dueña. Salió su padre en aquella ocasion; á quien dió cuenta de lo que sabia, acerca de don Pedro, mostrándole juntamente la carta de la fingida doña Elvira: quedó el viejo admirado, y haciéndose cruces de ver que un caballero de tan ilustre sangre hubiese tratado con engaño á aquella señora, con hijos de los dos, y que con esto se viniese á casar con su hija, reservó el darle cuenta de que sabia esto, hasta informarse mejor de un caballero de Sevilla, amigo suyo, á quien fué luego á buscar.

Apenas don Juan se salió de casa, cuando don Pedro, acompañado de su criado, volvió á ella, que habiéndole dicho como el pliego de Sevilla y las demas cartas se las habia dado á la dueña, venia á cobrarlas de ella, puesto que no se las habia enviado á la posada de su primo. Hallóse á doña Brianda en la primera sala, de quien su padre se habia apartado, y díjola: Con menos ocasion, dueño mio, pudiera volver á veros, cosa tan del interés mio, mas en esta me disculpa el volver por unas cartas de Sevilla, que mi criado dejó en poder de esa señora, criada vuestra. Esta se pensó, dijo Brianda, que vos estábades con mi padre, y os las entró á dar, encontró conmigo, y yo sabiendo de ella á lo que iba, se las tomé con un poco de curiosidad y recelo, por temer que en Sevilla caballeros de vuestra edad no vivirán sin empleo. Esta curiosidad me ha salido á la cara, si bien puedo agradecer el desengaño, venido tan ántes de mi empleo, que peor fuera despues de haberle hecho aquí: he visto esa carta que leereis, de quien vos conoceis tan bien: para mí bastaba, sin otra informacion que he tenido, para no tratar de admitir desde hoy

la plática de casarme con vos. De la carta sabreis lo que no ignorais, y quedad con Dios, que no os quiero cansar.

Quedóse don Pedro con la carta en la mano atónito, sin saber lo que le habia sucedido; leyó la carta, y vió en ella que algun pecho envidioso de su dicha se la queria barajar por aquel camino, fingiendo aquella quimera: vió á la dueña allí, y sin reparar mucho en ella, la dijo: Señora mia, ¿qué embustes son estos que contra mí se han ordenado? ¿yo tengo dama en Sevilla, y de este nombre? ¿yo hijos en ella, con palabra de marido? Si no es mentira la mayor que ha formado el embeleco, yo quiero perder mi cabeza. Por mí, dijo la dueña, yo creo vuestra satisfaccion; mi señora es bien que la crea, porque está tal que dudo mucho que permita pasar adelante en este matrimonio, porque á mí me consta que ha dado á su padre cuenta de todo esto, y que él va á hacer informacion de ello con un caballero de Sevilla, que está aquí, muy amigo suyo. Yo me huelgo de eso, dijo don Pedro, pues conocerá que eso es mentira, y que tal dama como esa doña Elvira no la hay en Sevilla; pero á vos, señora, os suplico me digais, ¿si privais mucho con mi señora doña Brianda? Soy á quien mas favorece, dijo ella. Pues siendo eso así, replicó don Pedro, bien podreis acabar con ella que oiga mi satisfaccion. Mucho dudo que ella os hable mas, que la ví muy indignada contra vos, y es persona que cuando se enoja (informada primero de la razon) no pierde el odio que cobra en muchos dias. Pues si vos privais tanto con ella, dijo él, bien creo que podreis ablandarla con ruegos, representándola lo que la amo y estimo. En mi mano está eso, dijo la dueña, ¿pero qué me dareis porque alcance con mi señora que haga eso? Cuanto me pidais, dijo él, si es que reparais en interés, que mi condicion es liberal, y no reparo en servir á quien me favorece. Moza soy como veis, dijo la dueña, y no tengo perdidas las esperanzas de casarme; lo que me falta para conseguir eso, es tener algun dote: en vuestra liberalidad fio, que sirviéndoos me favorecereis, porque veais cuanto deseo mi gusto. Haced lo que os tengo rogado, dijo él, que yo os prometo quinientos escudos para ayuda á remediaros, y para que esteis mas segura de que lo cumpliré, traed recado de escribir, que de ellos os quiero hacer luego una cédula. Quiso ver doña Victoria en qué paraba aquello; y así en breve trajo papel, tintero y pluma, y púsoselo en un bufete para que hiciese la cédula que le prometia. Don Pedro anduvo tan galante que hizo una firma en blanco, haciendo confianza de la dueña, para que sobre ella pusiese la cantidad nombrada: parecióle á ella venirle aquello de perlas, para afirmar mas su intencion; y agradeciéndole á don Pedro el favor que la hacia, le prometió ser muy fiel tercera con su señora, de quien podia esperar muy presto estar en su gracia; así se lo pensó el amante caballero, con que se despidió de ella. Entró en este tiempo Alberto, á quien doña Victoria dió cuenta de lo que pasaba, admirándose de que tan adelante estuviese el enredo, para estorbar aquel casamiento. Díjole la dama que sobre la firma de don Pedro escribiese una cédula de casamiento, que él la hacia, poniendo la fecha desde el tiempo que estuvo en el cigarral, y con testigos. Así lo hizo luego Alberto, procurando asimilar cuanto pudo

la letra de la firma de don Pedro, que era diestro en hacer aquello, por ser grande escribano.

Aquel dia don Juan de la Cerda no halló al caballero sevillano en su posada, y remitió el verse con él el dia siguiente. Esa tarde doña Victoria supo de doña Brianda que por ninguna cosa trataba del casamiento, aunque se quedase sin casar, y de camino descubrióse á su dueña, diciéndola como ántes que tratara de este empleo, era servida de un caballero muy calificado, llamado don Sancho de Leiba, á quien habia comenzado á favorecer con veras, por tenerle amor; mas que la instancia que su padre le hacia en que viniese en casarse con don Pedro, la habia obligado á serle obediente; pero que ahora que habia sabido el trato doble de don Pedro, pensaba volver á favorecer de nuevo á don Sancho. Holgóse mucho doña Victoria de saber esto, porque desde luego se prometió buen suceso en su comenzada empresa, y para mas asegurla, dispuso la voluntad de doña Brianda á que favoreciese á don Sancho. Téngole muy enojado, dijo ella; mas si yo le enviase un papel, no dudo que el enojo se le pasase y volveria á servirme. Ofrecióse la fingida dueña de llevársele, como la mandase poner el coche, informándose de dónde posaba: no se holgó poco doña Brianda de ver cuan solícita hallaba á su dueña en servirla, y mas en aquello que era tan de su gusto; y así, para tenerle, la mandó que esa tarde fuese en el coche á verse con don Sancho, escribiendo un papel para él, que le dió. No lo dijo á lerda, ni descuidada; y así Victoria se fué, no á la posada de este caballero, sino á la casa que habia alquilado, mandando volver el cochero á casa de Brianda, diciéndole que desde allí se iria ella á pié á casa, en compañía de Santillana, su fingido padre. Desde aquella casa escribió dos papeles, uno á don Juan de la Cerda, enviándole á llamar, y otro á don Sancho, haciendo lo mismo, y dándoles las señas de la casa á que habian de acudir. En tanto que los papeles se daban, ella se vistió un galan vestido, y como dama, dejados los hábitos de dueña, esperó estas dos visitas en su estrado, acompañada de su criada. No tardó mucho en venir don Sancho de Leiba, ignorando de quién era llamado, por no conocer al dueño del papel que habia recibido. Apenas habia tomado asiento, y hablado con doña Victoria algunas palabras de cumplimiento, cuando esta dama fué avisada que don Juan de la Cerda se acababa de apear de su coche, y subia á visitarla. Ella viendo esto dijo á don Sancho: Señor mio, á mí me es fuerza hablar á este caballero que viene, á solas, pero no que se os vede á vos el saber la plática que con él tratare: suplícoos que os retireis á esa alcoba, y detras de esa cortina esteis atento á cuanto hablaremos, que todo ha de redundar en gusto vuestro. Obedeció don Sancho, confuso de no saber en qué habia de parar aquella prevencion.

Entró don Juan, y habiendo tomado silla, doña Victoria le habló de esta suerte: Confuso juzgo, señor don Juan, que vendreis enviado á llamar por un papel de persona que no conoceis, y de haber venido á esta casa, cuyo dueño tampoco habeis visto; pues por que salgais de confusiones, yo os quiero decir quién soy. Mi patria es la imperial ciudad de Toledo; nací segunda hija en la casa de mis padres, porque un hermano

mio es el heredero de ella; nuestro apellido es Silva, que con esto no tengo mas que deciros sobre mi calidad; y sabed que mi padre y hermano, el uno tuvo el hábito de Santiago, y el otro tiene el de Alcántara, con que le fué á servir á su magestad á los estados de Flandes, donde es capitan de caballos. Dejóme en Toledo en compañía de una tia anciana que dentro de pocos dias murió, y por su muerte me retiré á un cigarral que tengo cerca de Toledo, donde asistia entretenida en la administracion de mi hacienda, que consiste en ganados y labranza: aquí pasaba la vida quietamente, entreteniéndome el campo, y no conociendo al amor; hasta que una mañana un pastor mio me trajo dos hombres á casa, desnudos de toda su ropa, á quien unos ladrones habian despojado de ella: compadecíme de ellos, en particular del mas principal, y de dos baules de vestidos que dejó mi hermano, les saqué dos, que se pusieron: agradeciéronme la piedad, si bien el principal de ellos no la tuvo de mí despues: sus lisonjas, cortesano estilo, y caricias que me supo hacer en cuatro dias, que allí le tuve huésped, me inclinaron, de modo que ya no era dueña de mí: el trato continuado obligó á creerle que me amaba, con que declaradamente le amé. Finalmente, con cédula que me hizo de casamiento, pudo llegar á mis brazos; y significándome que venia á un pleito cuantioso, en que le importaba asistir al salir la sentencia de él, me pidió licencia para llegarse á Madrid, ofreciéndome volver muy presto, esto con tales afectos de amor, que á otra que le tuviera menos voluntad que yo, la engañara; díle cuanto hubo menester para esta asistencia, y con esto partió de mis ojos, con harto sentimiento mio. Por un retrato y una carta que se dejó debajo de la almohada de la cama, he sabido que viene á casarse á esta corte, y no menos que con el prodigio de la hermosura, mi señora doña Brianda de la Cerda, vuestra hija. Como el honor es la prenda de mas estima, viendo el proceder de don Pedro, me determiné á venir á esta corte, y valerme de personas de prendas, que en ella fueron amigos de mi difunto padre, para que con su favor estorben este casamiento: parecióme que la primera diligencia era haceros sabedor de mi deshonra, y mal término de don Pedro, para que conocido lo uno y lo otro, no os determineis á hacer el empleo, que está capitulado segun he sabido. Yo tengo de seguir mi justicia con esta cédula, y los testigos que tengo: pasad los ojos por ella, y ved si me sobra la razon para molestar á don Pedro que cumpla lo que promete. Admirado dejó á don Juan de la Cerda lo que oia á doña Victoria, y con lo informado, conoció de la condicion de don Pedro ser voluntarioso y amigo de gozar cuanto se le ofrecia, con el ejemplar que tenia de lo de Sevilla; y así determinó que el casamiento de su hija no pasase adelante. Descogió el papel que le dió Victoria, y en él vió escritas estas razones.

« Digo yo don Pedro de Ribera, vecino de la ciudad de Sevilla, que
» por esta cédula firmada de mi nombre, me otorgo esposo de mi señora
» doña Victoria de Silva, natural de Toledo, á la cual le cumpliré esta

» palabra, cada, y cuando que por esta mi cédula me sea pedido. Tes-
» gos, Alberto y Marcela, criados de su casa.

» DON PEDRO DE RIBERA. »

Habiendo leido la cédula, y reparado bien en ella, le dijo don Juan. Pésame mucho, señora mia, que don Pedro haya procedido con vos (teniendo tan noble sangre) con trato tan doblado; pues cuando os hizo esta cédula, venia á ser esposo de Brianda, mi hija; lo que yo puedo hacer de mi parte es que con este advertimiento no pisará mas los umbrales de mi casa, ni hablaré mas en el casamiento, porque no fuera bien empeñarme á hacerle, cuando vuestra contradiccion con tanta justicia me le puede barajar; seguid vuestro intento, y no le dejeis hasta salir con él á cabo, pues os importa no menos que el honor; y en lo que fuere de mi parte para conseguir vuestra pretension, yo os ofrezco mi favor, que amigos tengo aquí, que podré valerme de ellos, cuando no por mi persona, para que os ayuden. Agradecióle Victoria la merced que la hacia, vertiendo algunas lágrimas, con que dispuso mejor el pecho del anciano don Juan, para ayudarla en cuanto pudiese: la cédula se llevó para mostrársela, y que fuese quien con mas verdad le hiciese reconocer su delito. Con esto se despidió de Victoria, diciendo que presto la volveria á ver, volviéndole la cédula, y ratificando al salirse de la visita el que la habia de ayudar, como lo veria por experiencia. Con esto se fué, dando lugar á que don Sancho de Leiba saliese del lugar en que estaba retirado: tomó asiento, y doña Victoria le dijo: Ya, señor don Sancho (si habeis estado atento á la plática que tuve con don Juan) habreis entendido mi suceso, y cómo don Pedro, por esta causa, no será marido de la hermosa doña Brianda: ella me envia á que os diga de su parte que violencia de su padre la obligaba á hacer este empleo muy contra su gusto, y que ha tenido á dicha suma ofrecerse ocasion de que se deje para volver á favoreceros. Esto vereis escrito de su mano en este papel que os envia. Diósele, y con su licencia don Sancho le leyó el hombre mas contento del mundo, por ver con aquello resucitar su muerta esperanza. Prosiguió doña Victoria su plática, diciendo: Ahora, señor don Sancho, os juzgo vacilante en discurrir con vos mismo, cómo este papel pudo llegar á mis manos: dudoso es el enigma á no daros la solucion de él. Ya sabeis (pues sois enamorado) que amor es padre de muchas transformaciones, y que por él todas cuantas tiene Ovidio se ejecutaron. Segun esto, quien amaba como yo á don Pedro, y de mas á mas tenia de mí las prendas que sabeis, bien creerá que por restaurar mi honor y cumplir con mi aficion, habré hecho cuanto pueda por mi parte. Yo vine á esta corte, con intento de entrar en servicio de doña Brianda, y lo he conseguido; pues aunque me veis en esta casa (que corre su alquiler por mi cuenta) estoy en la suya sirviéndola de dueña, hábito que escogí por encubrírme mejor á los ojos de don Pedro, y hacer cuanto pudiese con doña Brianda que le aborreciese: ya le tengo hecha la cama, para que su casamiento no pase ade-

lante, deseando que el vuestro tenga efecto. Y así ved qué me mandais que diga á vuestra dama; porque de aquí, en el trage que os he dicho, tengo de volver á su casa, que hago gran falta en ella: si gustáredes de escribir, ahí teneis todo recaudo; eso me parece que será lo mas acertado, porque vea Brianda que yo he hecho su mandato con puntualidad. El secreto que sabeis, en lo que toca á mi disfraz, habeis de guardar, que me importa no menos que conseguir mi intento; de vos fio que lo hareis, como de quien sois puedo esperar. Grande admiracion le causó á don Sancho lo que oia á doña Victoria; alabó su valor, y agradeció la merced de haber sido la tercera de sus amores, pidiendo al cielo le diese vida para agradecerle aquel favor: prometió guardarla el secreto hasta que fuese su voluntad de que le revelase. Y por hacérsele tarde á doña Victoria, escribió un papel á su dama, muy amoroso, estimando el favor que le hacia, y prometiéndola serle firme amante, en cuanto tuviese vida. Con esto se despidió de Victoria, á quien dejaremos desnudándose el vestido de dama, para vestirse el de dueña, con que habia de volver á verse con doña Brianda, por decir lo que halló don Juan de la Cerda en su casa.

Sentido don Pedro de Ribera de ver la mala informacion que le habian hecho á la que esperaba por esposa, dió cuenta de todo á su primo don Rodrigo, y los dos fueron á casa de don Juan de la Cerda. No estaba entónces en casa, y así preguntaron por doña Brianda, que salió á recibir su visita en pié, porque fuese mas breve, que no tenia mucho gusto de ver á don Pedro, con lo que sabia de él. El penante caballero comenzó á satisfacerla con mil salvas y juramentos de que en su vida habia conocido tal señora en Sevilla, como la que escribia aquel papel, y que algun envidioso de su dicha se la queria barajar por aquel camino; que se informase bien don Juan su señor, y que si hallase esto por verdad, queria perder el bien de merecer su mano. Salva fué esta que hizo dudar á Brianda si era embeleco el que habia sabido: libraba en la diligencia de su padre el saber la verdad con mas certeza; y así lo que les respondió á los dos primos fué que ella no era dueña de su voluntad, por haberla subordinado al gusto de su padre, que por sí no podia responderles, ni desistir de la mala presuncion que contra don Pedro tenia, que su padre vendria presto, y dispondria segun la informacion le hubiesen hecho. En esto estaban, cuando don Juan entró, que venia de verse con Victoria: en breve le hizo don Rodrigo relacion de lo que estaba tratando, y de la queja de su primo, y cómo se ofrecia á que con apretada informacion se supiese, si aquello que habian escrito de él era verdad, ó engaño. Tomaron todos asiento, y don Juan respondió así.

CAPITULO XIX.

Se da fin á la novela : Jaime se descubre á Rufina : entre los dos tratan de robar á Crispin : lo verifican : marchan á Madrid, en donde se casan : prenden y ahorcan á Crispin : sorprenden en un hurto á Garay, y es sentenciado á galeras, en donde acaba la vida.

Señores mios, yo he salido de casa con intento de averiguar con amigos de Sevilla la verdad de lo que á don Pedro se le imputa, y no los he hallado: pero cuando los hallara, pudiera ser que no hubiera llegado á su noticia este empleo, que Sevilla es gran ciudad, y hay barrios tan distantes unos de otros, que es como estar en dos lugares separados : lo que yo acabo de averiguar en este punto es que don Pedro ha dado palabra de esposo á una dama de Toledo, de quien fué huésped en un cigarral suyo, cuando le depojaron ladrones; y demas desto tiene á cargo su honor. Esto lo dice la misma dama, de quien fuí enviado á llamar, y lo confirma esta cédula, firmada de su nombre, que no podrá negar, pues todos conocemos su letra.

Puso la cédula en manos de don Rodrigo, y luego en las de don Pedro, sin fiársela de ellas, con que el uno y otro quedaron absortos, y don Pedro descubrió en su turbacion su delito, si bien juraba no haber dado tal cédula con nombre suyo, sino con otro supuesto. Como don Rodrigo sabia el caso, era quien mas afeaba la culpa del primo, por donde don Juan le dijo así : Señor don Pedro, hasta llegar un hombre mozo á conseguir su gusto, y mas si está enamorado, hará cualquiera cosa : vencióos amor, y no me espanto que os arrojásedes á ser causa del deshonor de aquella dama, no reparando en ser principal y de tan ilustre sangre, y que á la larga ó á la corta, dando cuenta á sus deudos de la ofensa, habian de vengarla; admírome de que viniendo á casaros con Brianda tan enamorado, como por carta significásteis, hubiese lugar en vuestro pecho para admitir otro amor en él; mas debió de ser apetito, pues tan olvidado de aquel empleo tratábades de segundo. Pues, señor mio, si como caballero deseais proceder, que no lo dudaré de quien sois, lo que os importa es cumplir con esta obligacion, ó habrá quien os haga que la cumplais, que no está esta dama tan desnuda de favor como la juzgásteis : ella ha venido á Madrid á emprender por cuantos caminos haya recuperar su pérdida; halo de hacer, y todos han de favorecer su causa, viendo la justicia que tiene; mi consejo es que no deis lugar á que de vos se hable en Madrid mal; cumplid con lo que debeis, y no os ciegue el amor de Brianda, porque ántes la encerraré entre cuatro paredes, y que allí acabe su vida, que no se case con vos.

Levantóse con esto de la silla en que estaba, y enojado se entró en otra

pieza; lo mismo hizo doña Brianda, con que los dos primos confusos, y sin hablarse palabra, se fueron á su posada, adonde don Rodrigo dió á su primo una grande fraterna, afeándole su doblado trato. No tenia don Pedro disculpa alguna que dar, solo dudaba cómo aquella cédula se habia hecho, firmada con su nombre; pues él no la habia hecho, sino la del nombre supuesto. Dejémoslos en esta confusion, haciendo varios discursos, y volvamos á la fingida dueña, que acudió á casa de don Pedro, y llevó el papel de don Sancho á Brianda, holgándose mucho con él, porque temia que don Sancho, enojado de verla casar, no volveria á verla mas. Contóle Brianda cómo habia estado allí don Pedro con su primo don Rodrigo, y lo que pasó con su padre, y cómo los habia despedido de el casamiento, con otro lance que se habia descubierto de haber don Pedro dado palabra de casamiento por cédula á una dama de Toledo, la cual venia siguiéndole, para estorbar su empleo. Hízose Victoria desentendida del caso, y comenzó á decir abominaciones de don Pedro. En esto le vino á doña Brianda un recado de una prima suya, en que la convidaba aquella noche para un particular de una comedia, que se hacia en su casa, á que respondió que iria allá. Ofreciósele á Victoria luego una traza, con que tuvieron fin estas cosas, porque se le logró como quiso; y es, que dijo á doña Brianda que si gustaba de verse con don Sancho aquella noche en parte segura, miéntras se hacia el particular, podia, porque la casa de su padre estaba franca para todo: queria bien la dama á don Sancho, y deseaba satisfacerle á la queja que habia tenido de ella; y así aceptó el envite de su dueña, la cual llamando á Alberto, le dió un papel para don Sancho, en que le llamaba, que acudiese á las ocho de la noche á la casa de doña Victoria, y con este llevó otro para don Pedro de Ribera, haciéndole saber cómo doña Brianda, no obstante lo que habia pasado delante de ella, y el enojo de su padre, se determinaba á darle la mano de esposa, viéndose aquella noche en una casa, de quien el escudero daria las señas, que no faltase á las nueve de la noche. No fué perezoso Alberto en dar los dos papeles, que entrambos hicieron harta novedad en los que los recibieron, y mas en don Pedro, pues de despedido se veia llamar á ser favorecido con la mano de doña Brianda, de quien era intercesora su dueña, y á quien debia esta obligacion, dando por bien empleado el donativo que la habia ofrecido. Previniéronse los dos galanes, y en tanto doña Brianda y su dueña se pusieron en el coche, dejando á don Juan de la Cerda para acostarse, y se fueron á la casa de Victoria, que pasaba por de Santillana, nombre supuesto de Alberto: llegando á ella, fueron recibidos de Marcela, criada de Victoria, que hacia papel de su madrastra: allí dejaron los mantos, y aguardaron á la hora concertada para don Sancho; en tanto que esta se llegaba, Victoria escribió con Santillana, ó Alberto, un papel á don Juan que contenia estas razones:

« Mi señora doña Brianda, en lugar de ir al particular que se hace en » casa de su prima, se ha venido á la casa de mi padre, con intento de » dar allí la mano á don Pedro, no obstante vuestra resolucion, lo que

» os aviso para que remedieis este daño, con que salgo de mi obligacion, » dándoos este advertimiento. »

Con este billete se fué Santillana, advertido que hasta dadas las nueve y media no se le diese á don Pedro; y así lo hizo. Miéntras esto se disponia, don Sancho no se descuidó de acudir adonde era llamado, hizo una seña y fué abierto, con que se halló muy presto en presencia de su dama, donde todas sus quejas se satisfacieron, y Victoria los dejó solos en un aposento, que cerró tras de sí. Llegóse la hora de las nueve, en que don Pedro cuidadoso acudió á la casa, de quien le habia dado las señas bastantes para no errarla, y haciendo tambien la seña le abrieron. Vióse con Victoria, la cual le entró en un aposento sin luz, diciéndole que importaba no se mover, ni hacer ruido allí, porque en breve vendria su señora á estar con él; él lo prometió, con que estuvo aguardando el tiempo que Victoria se ocupó en quitarse las tocas y mongil, y vestirse de gala. Hecho esto, se fué al aposento, donde hablando en baja voz, pudo engañar á don Pedro, y darle lugar á que se diese por favorecido. Dejémoslos así, y volvamos á don Juan, que al tiempo que se comenzaba á desnudar llegó Alberto, y le dió el papel de su señora. Alborotóse el anciano caballero, y saliendo de casa acompañado de Alberto, fueron á la del corregidor, que era muy cerca, á quien el afligido viejo dió cuenta de lo que pasaba; el corregidor era amigo suyo, y así, acompañado de sus ministros, fueron los dos á la casa de Alberto, donde llamando á grandes golpes, fueron abiertos. Llevaban de propósito linterna, y una hacha, por lo que sucediese, que fué bien menester, porque hallaron toda la casa á oscuras; encendieron la hacha, y alumbrando un criado con ella, fueron por todos los aposentos de la casa mirándolos: en uno hallaron á don Sancho y á doña Brianda; y preguntándoles el corregidor qué hacian allí, respondió don Sancho que estar con su esposa; y ella confirmó lo mismo. Quiso don Juan sacar la espada contra ellos, mas el corregidor le reportó, advirtiéndole que su hija no asistia allí con quien pensaba, que aquel caballero era don Sancho de Leiba, bien conocido en la córte por su mucha calidad. Tuvo por bien don Juan de la Cerda este casamiento, á trueque de no ver á su hija empleada en don Pedro, á quien queria mal desde que supo sus enredos. Pasaron luego á otro aposento, que hallaron cerrado, y queriendo derribar la puerta de él, abrió por de dentro don Pedro, saliendo adonde estaban, el cual les dijo que él estaba allí con doña Brianda su esposa, y que por gusto suyo habia venido á aquella casa á desposarse con ella. A estas razones salió del aposento doña Victoria diciendo: Engañado estais, señor don Pedro, que no soy quien pensais, sino doña Victoria de Silva, á quien debeis su honor, y él me ha obligado á ponerme en servicio de la señora doña Brianda, sirviéndola de dueña. Reconocióla don Juan de la Cerda con mas atencion, y asimismo su hermosa hija; y viendo todos el disfraz que habia hecho para recuperar su honor, le hicieron cargo de ello á don Pedro, el cual hallándose convencido de todos, de nuevo ratificó la palabra dada; lo

mismo hicieron don Sancho y su dama, reservando hacerse las bodas, para de allí á ocho dias: de quienes fueron padrinos dos grandes de España, con sus mujeres. Vivieron contentos los cuatro novios, teniendo despues hijos, que fueron el consuelo y alegría de sus padres.

Mucho gusto dió la bien referida novela de don Jaime á Rufina y á sus criadas, siendo ella otro eslabon mas en que se iba encadenando la voluntad de Rufina, y así le favorecia con mas caricias. Parecióle al jóven que ya tenia conquistada su voluntad, y que no habia mas que querer, y así se la pagaba, determinado desistir del intento que traia de robarla, y deseaba hallar ocasion para decírsele: ofrecióselа buena á Rufina; porque como ella creyese ser don Jaime el mismo que en su relacion habia dicho, le dijo cómo su intencion era, ántes que su padre volviese de Madrid, irse de su casa, llevándose lo mas precioso de ella, y que se podian ir á Valencia, pues allí era poderoso y de tal sangre, que tendria su padre por bien este casamiento. Aquí fué fuerza al mozo descubrir la tramoya que habia fabricado para rendir á Rufina, y porque no viviese en mas engaño, le dijo así: Dueño y bien mio; conociendo vuestra voluntad en favorecerme, os quiero tratar con claridad, hablando lisamente con vos, en lo que hasta aquí no habeis sabido, y perdonadme, que amor solo puede disculpar mi delito, no lo ha sido el amaros; porque claro es que no está en vuestra mano resistir que no os amen los que ven vuestra divina hermosura; yo la he visto, y vencido de su poder rendí mi albedrío, y tres potencias á vuestra beldad, victoria que conseguireis muy fácilmente de otros mas rebeldes pechos que el mio; luego que miró la luz de estos dos soles, se rindió por esclavo suyo, y lo confesaré siempre. Este preámbulo he anticipado á lo que os pienso decir, para que él disculpe mi yerro, y dore mi delito. Yo no soy el que mi relacion os ha dicho, si bien soy nacido en Valencia, pero de padres humildes, gente honrada y limpia; el mio pasaba su vida honestamente, valiéndose del trabajo de sus manos, que con esto os he dicho que fué oficial en el ministerio de alpargatero: nací con altos pensamientos, que no queriendo abatirme á ejercer aquel mecánico oficio, me vine á Castilla, habiendo estado primero en la Andalucía, y he tenido suerte que con mi honrado proceder nunca me faltaron amigos y dineros. Llegué á esta ciudad, en compañía de un hombre llamado Crispin, que en Málaga estuvo preso por no sé qué delito, que él no me ha querido confesar. He sido de este hombre obligado, con haberme hecho la costa del camino, y prestádome dineros, como conoció en mí buena voluntad, y deseos de ser su amigo: habiéndome grangeado esto con buenas obras, un dia se declaró conmigo, aconsejándome que procurase introducirme en vuestra casa, para que él despues se introdujese en ella; al fin á que esto se dirigió, fué, á que (sabiendo que teneis mucho dinero) os robásemos, que con esto que oí en su boca, acabé de creer lo que me presumia, que era haber estado preso por ladron en Málaga. Con este pensamiento fingimos una pendencia, me retiré á vuestra casa, donde he hallado tanto favor en vos, y tanto agasájo en vuestras caricias, que ellas frustrarán el intento de Crispin; porque desde hoy que os doy cuenta de esta máquina, trataré de

hacerle á él tiro en la moneda que trae, para castigo suyo, no permitiendo el cielo que á quien tanto me ha favorecido dé ingrato pago con ofensas. Yo os he descubierto mi pecho; ahora disponed de mí lo que fuéredes servida, que no tengo de consentir que os haga daño, aunque yo desdiga de la calidad que os habia fingido.

Admirada quedó Rufina de lo que oia á su galan, considerando la mala intencion de Crispin; que habiéndola en Toledo conocido, trataba de vengar el hurto que le habia hecho en Málaga, y estaba con temor de si Crispin le habia dicho á Jaime quién era, y su proceder. Esto de haberse declarado en decir quién era, dando por fabulosa la relacion que la habia hecho, la obligó para declararse tambien con él; y así en breves razones se desdijo de su primer informe, declarándole su orígen, y quien fueron sus padres, con lo sucedido hasta haber llegado á Toledo, cosa que habia ocultado hasta aquel punto; mas el amor y el vino hacen hablar mas de lo necesario. Cuadróle al mozuelo que Rufina fuese igual suya; y así siendo mas conforme la union, trataron de casarse, y dejar á Toledo por Madrid; pero que esto habia de ser (decia Rufina) habiéndose vengado primero de Crispin, que estaba indignada contra él, por la máquina que levantaba en su ofensa. Ofrecióla Jaime que le dejase á él hacer, que con capa de amistad entraria su engaño, no solo para dejarle sin moneda, mas para asegurarse dél cuando intentase vengarse del araño; porque habia de dejarle en la cárcel de Toledo: y así esa misma noche salió de casa de Rufina para verse con Crispin, á quien halló en su posada, bien desconfiado de verle: holgóse mucho con la presencia de su compañero, el cual le dió cuenta de cómo estaba introducido con Rufina, y que la tenia medio inclinada á favorecerle; pero que lo que le importaba para asegurarla mas, era tener algun dinero que gastar con ella y sus criadas, para que obligada con esto hiciese mas confianza dél, y creyese que la amaba. En esto fué estafado Crispin, con toda su antigüedad de ladron, pues para que hiciese ostentacion de lo que habia fingido, le dió cien escudos en oro, que gastase á su albedrío, esperando de ellos otros tres tantos de logro: sacólos de un talego donde tenia mas de quinientos doblones, habidos en buena guerra; echó toda su vista Jaime al lugar que escondia aquella amarilla moneda, y juró de dejar al talego sin opilacion de ella, como lo cumplió muy presto. Pues viendo que Crispin salia á dar dos perdices y un conejo á la huéspeda, para que los asase, para cenar con su camarada, él en tanto se llegó á una maletilla, depósito de aquella moneda, y haciendo saltar la chaveta del candado que la cerraba, como diestro en aquel oficio, la abrió, y de ella sacó el talego preñado de doblones, para que tuviese su parto en diferente lugar que el dueño se habia pensado. Cenaron muy á su placer, y Jaime se despidió de Crispin, dándole buenas esperanzas que brevemente veria conseguido su deseo. Con esto se volvió á casa de su Rufina, que fué de ella bien recibido; dióla cuenta de lo que le habia pasado con Crispin, y de cómo habia pagado con su dinero el atrevimiento de intentar robarla: mostróla los doblones á solas, con que la alegró la vista, que era muy aficionada á moneda, y mas si era en oro. Díjola Jaime cuánto importaba salir luego de Toledo,

ántes que Crispin hallase menos su dinero; mas á esto dió una salida buena Rufina, no obstante que se aprovechó del consejo de su galan en cuanto á la fuga: esta fué valerse del arbitrio de Málaga, dando aviso á un alguacil, muy gran perseguidor de ladrones, cómo Crispin estaba en Toledo, no le ocultando la posada y señas del tal arañuelo de las haciendas. Despues de haber escrito el papel que avisaba desto, trataron de su partida, en ocasion que hallaron dos carros, que partian luego á Madrid, en que cargaron toda su ropa y demas bienes, y con sola la esclava que les sirviese, se fueron á la córte, piélago que admite todo peje, adonde determinaba Rufina estar encubierta hasta saber de Garay.

Dejémoslos poniendo su casa, y volvamos á lo que resultó del papel que recibió el alguacil, el cual no hubo acabado de leerle, cuando puso en ejecucion el aviso que en él se le daba; porque llamando corchetes, fué acompañado de ellos esa noche despues del aviso: y llegando á la posada donde Crispin estaba, con mas esperanzas que un judío de que Jaime le habia de dar entrada en casa de Rufina, para hacerle señor de su moneda, fué cogido en su aposento y puesto en la cárcel. Habia poco que un juez de Málaga le buscaba en Toledo, y no hallándole, dejó á este alguacil las señas de su rostro, por las cuales fué luego conocido del que le fué á prender. Lleváronle á la cárcel, y toda su ropa se guardó, en la cual iba (á su entender) la moneda en oro, que le habia pillado Jaime, que nunca la habia echado menos, siendo esto favorable para los dos amantes. Lo que resultó de la prision de Crispin, fué que poniéndole á caballo en aquel tremendo potro de madera, fué muy mal ginete en él, hablando lo suyo y lo ageno; con que sustanciada la causa, le sentenciaron á muerte de horca, para que en ella hiciese cabriolas delante de todo un pueblo; y no fué poca misericordia de Dios venir á parar en esto, arrepentido de sus pecados; porque aunque es este el paradero de todos los de su oficio, las mas veces mueren de muertes súbitas, á la violencia de una escopeta ó al rigor de una espada. Ahorcaron á Crispin, y del tiempo que fué ermitaño le quedó morir buen predicador en el patíbulo. Bien echó de ver que aquel castigo le habia venido por Jaime, mas como buen cristiano le perdonó á la hora de su muerte.

Rufina y su amante, escondidos de los ojos de Garay, á lo menos ella, vivian en Madrid casados, porque luego que llegaron se hizo la boda. Garay habia pasado á Alcalá, donde le habian dicho que estaba su mujer, y no la hallando allí, comenzó á acompañarse de gente del araño, y así tuvo la medra; porque siendo hallados en un hurto, todos pasaron por la pena de azotes, y seis años de galeras: fué llevado á Toledo en la cadena, y allí entendiendo que estaba Rufina, la escribió un papel, en que la pedia que pues por su industria habia grangeado lo que tenia, se doliese de su trabajo, y le sacase dél, redimiéndole de las galeras, con dar un esclavo en su lugar, que esto se hacia cada dia. El portador del papel buscó á Rufina en la calle donde le dijeron, mas luego supo de los vecinos de su casa su mudanza, con que el buen Garay, cargado de hierros, de años y de trabajos, fué á ser batanador del agua, y criado de su magestad, con otros muchos que no pretendieron aquel cargo.

CAPITULO XX.

Saben Rufina y su marido que un autor de compañía de comedias tenia en su poder dos mil escudos, y disponen entre los dos el robárselos. lo logran y marchan á Zaragoza, en donde se establecen, poniendo una tienda de sedería, viviendo como honrados hasta su muerte.

Volvamos á Jaime, que campaba en Madrid lucidamente: presto se acompañó de buena gente, toda amiga de transportaciones, sin ser culta, porque estas eran de alhajas y moneda. Hicieron algunos hurtos rateros, con tanta cautela que no se pudo hacer averiguacion de los delincuentes; con que ellos andaban mas alentados, y nunca ociosos en buscar donde emplear las garras.

Habia hecho un autor de comedias, que asistia en Madrid, una lucidísima compañía, de lo mejor que habia en España, esto alentado de un poderoso príncipe, que con el ejemplar que otros le dieron ántes que hacian esto, quiso imitarles, aun con mas afecto, no sé si de piadoso en amparar á pobres, ó llevado de otra cosa; al fin, él tomó por su cuenta, á costa de su dinero, el amparo deste autor; y para principio de año, le grangeó los mayores cómicos que entónces habia; de manera que tenia dobles los personages: esto hizo con intencion de que sin ayuda de otro autor tuviese la fiesta del Corpus de Madrid, cosa que no se habia visto hasta allí. Compróle comedias, que le escribieron los mejores poetas de la córte, siendo de este señor pagados y rogados, de modo que les alentó á escribir cortado para esta grandiosa compañía; con que otra que estaba en Madrid, viendo ser sin fruto su competencia, desistió de la córte, y se fué á Toledo, donde tomó la fiesta de aquella imperial ciudad. Quedándose, pues, este flamante autor en la córte, la villa le dió la fiesta del Corpus y para lucirse de galas adelantó toda la paga, que fueron dos mil escudos en plata; así se sacó en condicion, con haber entónces tanta esterilidad de ella; pero fué negociacion de apasionados de la compañía. Llevóse el dinero el autor á su posada, que depositó en un cofre que tenia en su aposento. Tuvo aviso de esto la cuadrilla de Jaime, y queriendo hacerse dueño da aquella moneda, no supieron cómo harian el hurto, discurriendo con varios caprichos. Remitiéronse al parecer de Jaime, que le habian hallado bueno en algunas ocasiones, y él reservó para otro dia el dársele, por pensarla mas despacio. Aquella noche se retiró con su esposa, á quien dió parte de lo que traian entre manos él y sus amigos. Dudoso de cómo emprenderian aquella hazaña, ella que era viva de ingenio le dió el modo como consiguiese lo que deseaba, con el aparejo que tenia de ser poeta. Trazaron el hurto, y á la mañana Jaime lo comunicó con sus camaradas, que les pareció muy bien la traza: no se dice, reservándolo para la ejecucion de la empresa.

Vistióse otro dia Jaime de estudiante, comprando de los roperos de viejo una loba muy traida, y aun manchada, requisito de poetas; con ella casó un manteo de bayeta muy raida, calzóse anteojos grandes, y con un sombrero de grande falda, se previno de lo que era menester para lo que intentaba, costándole dos noches de desvelo. Otro dia se apareció en el mentidero, en ocasion que la compañía holgaba, por causa de unas tramoyas, que se hacian para una comedia de tres poetas, en el corral del Príncipe; halló allí al autor, y llegándose á él con mucho comedimiento (despues de haberle preguntado por su salud) le dijo así: Yo, señor autor (por la gracia de Dios) soy poeta, si no lo ha vuestra merced por enojo. Era socarron el autor, y acostumbrado á verse muchas veces con semejantes figuras, y respondióle: Séalo vuestra merced por muchos años, que no me enojaré por eso. El fundamento de mis letras, dijo Jaime, estriba en haber sido artista en Irache, donde soy graduado de bachiller, con no pocos aplausos de mi nacion, que soy vizcaino, para servir á Dios y á vuestra merced; mi patria es Orduña, nacido de la mejor sangre de aquella antigua villa; mi nombre es bachiller Domingo Joancho, bien conocido en toda Vizcaya; allí (no desestimado el bien que el cielo me ha hecho con la gracia gratisdata de ser poeta) he cursado la poesía, hasta venir á dar en hacer comedias: he trabajado algunas con no pocos desvelos, no de estas que corren en estos tiempos, porque son muy extraordinarias las que tengo escritas, que serán hasta doce. Víneme á esta córte, donde hay tan lucidos ingenios, para aprender de ellos, y manifestar mi gracia: ha sido mi suerte tan buena, que hallé aquí á vuestra merced con la mas lucida compañía que hay en España, en quien deseo emplear cuanto traigo; esto hallando gusto en vuestra merced para ponerme siquiera media docena de comedias mias, que en cuanto al precio de ellas no nos desconcertaremos: dígame vuestra merced su sentir acerca de mi proposicion. Era este autor diferente que otros, que en llegándoles cualquier poeta á dar una comedia, huyen del tal (si no es de los clásicos) y aun no quieren oirla, como si Dios, que dió ingenios á aquellos que están acreditados con ellos, limitara su poder, y no le diera á otros muchos, con mucha mas claridad. Vuelvo á decir que este autor era muy jovial, y el tiempo que no se hallaba ocupado gustaba de toparse con estas aventuras, y así quiso ver qué títulos eran los de las comedias que traia, porque ellos informasen del ingenio de su autor. Preguntóle, ¿que cómo se intitulaban las que tenia escritas? Entónces el fingido Jaime (que hacia aquel papel con mucha socarronería) sacó una memoria de ellas, y leyósela al autor, diciendo:

MEMORIA

De las comedias que el Bachiller Domingo Joancho, poeta vizcaino, ha escrito en este año, en que al presente vive, cuyos títulos son estos:

LA INFANTA DESCARRIADA.
EL QUE TENGA, TENGA.
AHÍ ME LAS DEN TODAS.
ESCARPINES EN ASTURIAS.
EL LUCIFER DE SAYAGO.
LA GANDAYA.
EL ROTO PARA VESTIR.
NO ME LOS AME NADIE.
TARRAGA, POR AQUÍ VAN A MALAGA.
LOS LAMPARONES EN FRANCIA.
TURRONES DONDE NO HAY MUELAS.
LA SEÑORA DE VIZCAYA.

Estas son las doce comedias que tengo escritas, y de todas ellas no quisiera que otra se representara mas presto que la última, por ser cosa de la patria : es una comedia de gran migajon, y casazo para alborotar diez córtes; y pondérola con decir que me ha costado inmenso trabajo hacerla.

Mucho hizo el autor en disimular los golpes de risa que le vinieron, oyendo los títulos de las comedias, y quisiera tener mas espacio para gozar del entretenimiento del poeta vizcaino; lo que le dijo, fué : Señor mio, mucho me he holgado de conocer á vuestra merced, aunque hasta ahora no sabia su nombre : justo es que se manifieste en esta insigne córte de España; lo que por mi parte puedo hacer es el oirle con toda mi compañía la comedia de quien tiene mas satisfaccion, y esta á fuer de poeta nuevo, se me ha de dar de gracia, que es cosa esta usada; las demas que me contentáren pagaré á como nos concertaremos, que tanto me podrán satisfacer, que haga un empleo para todo mi año, aunque me empeñe : esta noche habrá lugar de leer en mi posada; al anochecer vendrá vuestra merced y nos manifestará sus gracias, en la comedia que quisiere. Esta de la Señoresa de Vizcaya he de leer primero, dijo él, que es la que ha de ser apoyo de mi fama. He reparado, dijo el autor, en que la llame vuestra merced señoresa, pudiendo llamarla señora, que es vocablo mas usado. Así es, dijo el fingido poeta; pero como simboliza tanto la cadencia de señoresa con princesa, duquesa, marquesa, condesa, baronesa, etc., así la llamo señoresa, y es cosa de novedad; que como vuestra merced mejor sabe, el tiempo no está para otra cosa, sino para oir novedades, que lo comun y trivial hasta los rústicos no se dignan de oirlo. Cada instante se pagaba el autor del disimulado poeta, que con no poco artificio hablaba de aquel modo con él. Prevínole que no faltase á la hora

dicha, con que se despidió de él. Jaime dió luego cuenta á su cuadrilla de cómo habia negociado con el autor audiencia, ofreciendo que por su parte le entretendria de modo que pudiesen hacer el hurto: valiéronse de llaves y ganzúas (hurones de las arcas). Llegada la noche, acudió á casa del autor el disfrazado poeta á leer su obra. Ya el autor tenia hecha relacion á su compañía del sugeto que aguardaba, y que tendrian con él alegre noche, con que no faltó persona de ella, y en la sala de los ensayos aguardaban todos al poeta, que vino muy disimulado. Recibiéronle todos con corteses agasajos, haciéndole sentar en una silla, delante de la cual estaba un bufete con dos bugías; y sacando su comedia encuadernada lucidamente, viendo al auditorio con quieto silencio, leyó así:

COMEDIA FAMOSA

DE LA SEÑORESA DE VIZCAYA,

HECHA POR EL BACHILLER

DOMINGO JOANCHO,

poeta vizcaino.

Son las personas que hablan en ella las siguientes:

DON OCHOA, *caballero.*
DON GARNICA, *caballero.*
GOYENECHE CUCHARON, *su lacayo.*

Tenga vuestra merced, dijo el autor, ¿no le basta al lacayo un nombre? No, señor, dijo Jaime, que el primero es su apellido, y el segundo muy conforme á la propiedad de lo que representa; pues como el cucharon revuelve los guisados, este revuelve la maraña de la comedia. Pase vuestra merced adelante, dijo el autor. Prosiguió diciendo:

GRACEGELINDA, *señoresa de Vizcaya* (nombre muy propio para las gracias que dice).
GARIBAYA, GAMBOINA, } *criadas suyas.*
LORDUY, *escudero viejo.*
ARANCIBIA, *mayordomo.*
UNA HERRERÍA.

Páre vuestra merced por amor de Dios, dijo el autor; esa herrería ha de hablar? No, señor, dijo el poeta; pero esta se herre herre allí, porque es necesaria en la comedia. Pues no se ponga, dijo el autor, entre los personages de ella. Así será, dijo el bachiller.

Trece vasallos de la señoresa.

¿Trece? replicó el cómico; ¿no se pueden reducir á menos número? No, señor, dijo el poeta, porque estos son de trece casas solariegas, y cada uno en su nombre da el voto para casarse esta señora, y el faltar una era hacer un desprecio de una familia honrada; yo voy muy legal con la historia de Vizcaya, y no querria faltar un átomo de lo que dice. Pues eso se me hace fuerte cosa llenar la comedia de tanta gente, dijo el autor, que no tengo yo tanta. Alquílela vuestra merced, dijo el poeta, que para una comedia como esta no hará mucho. ¿Hay mas gente? dijo el autor. Sí hay, dijo el poeta fingido. Item *siete doncellas*, que hacen un sarao á su señora, á la entrada de Vizcaya. Vuestra merced traza una comedia, dijo el autor, con cosas esquisitas; ¿dónde quiere vuestra merced que busquemos siete doncellas, y mas en esta córte? Señor, no hay medra sin costa dijo el poeta: doncellas habrá de anillo, ya que no las haya en propiedad, que sean para representar, y estas suplirán la falta de las verdaderas; aunque si se hallasen seria mas propia la comedia. Con eso me ha dejado vuestra merced consolado, dijo el autor, y toda esa cantidad tengo en mi compañía, aunque me valga de las mujeres que no pisan tablado. Vaya vuestra merced comenzando los versos. Así lo haré, dijo el poeta.

Salen en la primera escena don Ochoa, galan primero, y Goyeneche Cucharon, su lacayo, de camino entrambos, con botas, espuelas, fieltros y quitasoles. Pues si fieltros, para qué quitasoles? dijo el autor. Mal sabe vuestra merced, dijo el poeta, lo que es el temple de Vizcaya en verano; señor mio, hay unos aguaceros que parece que se abren los cielos de agua, y es recísima, y luego sale un sol que derrite los sesos. Bien lo creo, dijo el autor: ahora diga vuestra merced. Sosegóse el poeta, y con buena gracia comenzó así:

OCHOA. Goyeneche Cucharon,
Esta es Vizcaya la bella,
Y este su primer mojon,
Y aquello que me vuelve á ella
Es aficion, aficion, aficion.
Esta es del pais la raya,
Sin que le falte una pizca,
Hasta donde el mar se esplaya.
CUCHA. Y por una haya vasca
Le dieron nombre Vizcaya.
OCHOA. La señoresa del pais
Es Gracegelinda hermosa,
El dueño suyo, y de mis
Potencias.
CUCHA. Es una rosa.
OCHOA. Desde Sansueña hasta Paris.
Mi competidor Garnica
Entiende hacerme la mueca,

Mas si este ingenio se aplica
A atajarle en cuanto pica;
Yo estorbaré en lo que peca:
De amor la cruel borrasca
Pasé, y su furia diablesca,
Con la boca de tarasca
Favores que de ella pesca
Los masca, y aun los remasca.
Aquí vengo revenido,
Y reconvenido mas,
Que amor mucho me ha rendido.

CUCHA. De tu fineza tendrás
En premio.

OCHOA. ¿Qué?

CUCHA. Zelos y olvido.

OCHOA. Mucho mi astucia machucha
En buscar favor acecha,
Para gozar de esta trucha.

CUCHA. Pero poquito aprovecha,
Que no has de verte en la lucha.

OCHOA. Este es el palacio, aquel
Estuche, que fiel me guarda,
Mas que alentado lebrel,
La vizcaina alabarda
De dama, que asiste en él.
Llama á la vela.

CUCHA. A candil,
O vela.

Aquí sale uno de los trece, que se llama Chavarría, con un candil en la frente, y dice desde lo altó de un castillo, que ha de estar formado en el tablado:

CHAVA. ¿Quién, pesia tal,
Viene pasado el abril
A llamar con furia tal?
¿Es corchete ó alguacil?

OCHOA. No soy corchete ni broche,
Sino un hombre que despacha
Cuanto topa á trocho y moche.

CHAVA. Pues no se me da una hilacha,
Desde el punto del alba haste la noche.

CUCHA. Tu cólera aquí se aplaque.
Aunque este mozo contra tí peque.

OCHOA. ¡O pesia su badulaque
Quién se volviera alfaneque
Para castigar á este traque barraque!

Consideró el auditorio que si con estos versos continuaba el referir una larga comedia de quince pliegos, que seria darles á cada uno un tabar-

dillo; y así con un murmureo sordo comenzó á alterar el silencio. No deseaba otra cosa el fingido bachiller; pero dando un golpe en el bufete, con que hizo temblar las dos bugías, dijo en alta voz: Señores, tacete, tacete; no entendia el lego auditorio el latin, y así se comenzó á alterar mas, hasta matar las luces; desenvainaron luego botas de camino, talegazos de arena, y en forma de culebra de cárcel, se vió una confusion en aquella sala, de donde salió el poeta maltratado, y perdida su comedia: harto le pesó despues de haberse puesto en aquel lance, por donde juzgó á los peligros que se ponen los poetas pésimos, que se atreven á leer sus comedias á gente maleante y fisgona, reservando los comedidos, para que cada uno piense serlo él. Lo que resultó de la culebra fué que la cuadrilla de Jaime, que eran tres buenas lanzas, no se descuidó; porque con su buena maña dejaron al autor sin el dinero de las fiestas. Llevóse en casa de Jaime, adonde se partió dándole á él de conformidad, y por tener parte en la traza de su esposa, doscientos escudos mas. El siguiente dia que el autor quiso comenzar á sacar galas, acudiendo á su dinero, vió el cofre abierto, y que faltaba de él dinero; quedó del susto sin sentido. Preguntó á su mujer, ¿quién habia entrado allí? y no supo darle razon alguna. Hizo luego varias diligencias, dando cuenta á la justicia; visitaron las calles vecinas al mentidero, y fué sin provecho. Fué lastimado el autor á dar á su protector cuenta del suceso, mas el príncipe, entendiendo que era estafa, no le creyó. Cayó malo de pesadumbre, con que se le fué creyendo la mala burla, atribuyendo á tener parte en ella el poeta, el cual fué buscado con mucho cuidado, mas no pareció, que él se supo guardar y sus compañeros. Con esto fué condenado el príncipe á darle la hurtada cantidad, que estas generosidades han de hacer los que nacieron con mas prerogativas que otros. Al fin el autor convaleció en breve, con la restauracion de su dinero, á costa de la generosa mano que lo suplió: con todo, no cesaban los alguaciles de hacer averiguaciones del hurto y de buscar al poeta: lo cual sabido de Jaime, dando cuenta de ello á su esposa, le aconsejó que dejasen á Madrid, pues tenian dinero con que poder pasar en otra parte, tomando algun trato: siguió su parecer el mancebo; y así, dejando á Madrid, se fueron á Aragon, donde en su metrópoli la insigne ciudad de Zaragoza tomaron casa, y en ella pusieron tienda de mercaderías de seda, ocupándose en este tráfico el tiempo que les duró la vida; la que pasaron dedicándose á actos de virtud, á fin de enmendar en parte sus extravíos pasados.

DOS NOVELAS,

POR

Don Alonso del CASTILLO SOLORZANO LUDOVICO.

LA INCLINACION ESPAÑOLA.

Gobernaba el poderoso reino de Polonia Casimiro, prudente y esforzado rey, temido de sus enemigos y amado de sus vasallos: este en las guerras que tuvo con sus comarcanos reyes siempre salió vencedor, porque asistia en ellas, sin exceptuarse del cuidado y trabajo que causa el peso de la guerra, considerando que la presencia del rey en ella acrecienta el brio del soldado para pelear mejor; pues como conoce que su dueño le mira, procura aventajarse para gozar despues el premio que merece por sus hazañas. Conociendo esto Casimiro, premiaba á sus soldados, viniendo por sus puños á verse en mayores estados, y de esta suerte tuvo en sus ejércitos valientes capitanes que le ganaron ricas provincias, con que era el rey mas temido de la Europa. Entre los capitanes que mas se señalaron en las guerras que tuvo con el de Dinamarca y Moscovita, fué uno que acertó á venirse de España por cierta desgracia que no refiero. Era un gran caballero de las calificadas casas de Castilla: vínose con su mujer, que á esto le obligó temer una violencia de un rey airado, con quien estaba descompuesto por medio de émulos suyos, que envidiaban sus partes y valor. El nombre de este caballero era Enrique, y el de su esposa amada Blanca; tan lealmente sirvió á Casimiro que le obligó á darle premios muy iguales á sus grandes servicios, con que llegó á verse conde en la corte de Polonia.

Un dia que el rey salió á caza (libre del trabajo de la guerra, que no se la daban sus contrarios de temor), despues de haber muerto dos jabalíes y un ligero corzo, quiso descansar en la márgen de una clara fuente, á donde no con magestad de rey, sino con llaneza de igual á sus caballeros, quiso merendar en su compañía, accion que no disminuye la magestad real, usada tal vez; ántes acrecienta amor en los súbditos. Despues de haber merendado se trató de varias materias, y entre ellas del esfuerzo de todas las naciones. Los polacos se daban el primer lugar entre todas, y el segundo al español: otros se apasionaban por el francés: otros por el húngaro: en efecto hubo diversos pareceres entre ellos, estándoles atento á todo Enrique con mucha nota del rey, porque conoció que por mode-

no celebraba su nacion, cuando merecia tan buen lugar entre todas; y para meterle en conversacion le dijo el rey: Amigo Enrique, qué es la causa, porque alabando todas las naciones, dándoles el lugar que merecen, ó su pasion les dicta, tú estas tan mudo, pudiendo dar voto tan bien como todos, segun conozco de tu prudencia? A esto respondió el cuerdo caballero: Serenísimo señor, en competencias tales, que suelen resultar de ellas disgustos, nunca yo doy mi voto; fuera de que seria ignorancia mia introducirme á darle siendo extrangero, donde tantos caballeros naturales hablan con tanto acierto. Con todo, dijo el rey, gustaré de oirte; y así te mando que en este particular digas tu sentimiento. Porque la obediencia me obliga, dijo Enrique, habré de obedecerte, y así digo: que en las victorias se conoce el mayor valor, pues cuantas mas se ganaron, eso adquieren de fama á la nacion que las consigue; y si hemos de dar crédito á las historias, es cierto que por ellas se sabe que nacion ninguna ha alcanzado mas nombre, por las grandes victorias que ha tenido, que la española; esta belicosa nacion parece que nació solo para aventajarse á todas las demas en el valor y en la bizarría: y la mayor señal de que es esto que digo cierto, es ver que todas las naciones en poniéndose en competencia de otras, todas se dan á sí el primer lugar en el valor, porque es cierto que cada una se ha de alabar á sí, y luego el segundo le dan á la española; de donde se infiere que, reconocida esta por segunda de todas, viene con esto á ser la primera. Y porque vuestra alteza vea cuan inclinados somos los Españoles á las armas, si se pudiera hacer una experiencia que diré, lo conociera mejor. ¿Cual es? dijo el rey, que por dificultosa que sea, yo la haré poner en ejecucion. Es, dijo Enrique, tomar un niño pequeño que apenas haya hecho mas que dejar el pecho de su madre ó ama, y encerrar á este tal en una parte oscura donde no vea la luz del sol, y cuando salga hombre de allí, aunque vea cuanto pueda serle cebo de los ojos de agrado, á lo primero que se inclinará será á las armas, porque estas le mueven el apetito á seguir su profesion, y le da incentivos para pelear. Esto es lo que siento. Mucho me huelgo, dijo el rey, de haberte oido eso, y quisiera hacer la experiencia mas á mí gusto que ahora puedo; pero tú verás que la hago, sino con la propiedad que quisiera, con la que pueda; y aun será castigo tuyo por no haber alabado mi nacion, siquiera por cumplimiento. Esto dijo el rey con algun enfado, de que quedó Enrique con pesar de verle así: presto le tuvo él de haber alabado su nacion tanto, y de darle intencion para pruebas de ella, porque sabiendo el rey que Enrique tenia un solo hijo de solo dos dias que le habia nacido, violentamente se le tomó de su casa, con tiernísimo sentimiento de Blanca, su madre, y de su padre. A este le hizo encerrar en una oscura cueva que hizo á propósito con sus aposentos cavados en peña viva, capaz de habitar en ellos con mucha comodidad. Cuidaban de este niño dos mujeres, la ama que le criaba, y otra: estas dos sin luz alguna criaron este pequeño infante hasta la edad de cuatro años, enseñándole la lengua polaca. Desde esta edad á la de quince años entró un caballero, y por mandado del rey le doctrinó con luz de vela, de quien aprendió desde las primeras letras hasta saber bien la filosofía, siendo en

él la enseñanza aun mas dificultosa, porque como estaba encerrado y carecia de noticias, era menester trabajar mas, por darle á entender lo que ignoraba de vista: era el niño de gallardo entendimiento, y así cuanto le fué enseñado lo aprendió con eminencia, dando muy buena razon de todo, hasta llegar á la edad de cinco lustros, en la cual mostraba grande impaciencia de que el rey le tuviese allí encerrado, careciendo de lo que Dios crió en el mundo para regalo del hombre. Su prision era secreta para muchos, porque cuando fué traido á la cueva se le llevaron á su madre de un lugar cercano á la corte donde vivia, y se le puso pena de la vida á ella y á su esposo si decian que por mandado del rey se habia hecho esta violencia; y así, si no era el rey, el caballero que le enseñaba, su ama, y la compañera que le servian en la prision, no lo sabian, y esto con el gravámen de ser castigados si revelasen el secreto. El sentimiento de Enrique y Blanca de verse sin su hijo, y no tener otro para su consuelo, les quitó la vida en breve tiempo, pesándole ya al rey de haber comenzado á hacer experiencia que le costaba perder en Enrique un gran soldado: hizo que se les honrase en muerte mucho, y propuso que en saliendo el jóven de la cueva le haria grandes mercedes. Su maestro, entre las cosas que le enseñaba (despues de haberle instruido en la ley cristiana), eran diversas lenguas, en que salió muy erudito. Decíale muchas veces que ninguna cosa habia mas hermosa que el sol de cuantas criaturas Dios habia formado despues de los ángeles y el hombre, que él era regocijo de la vista, alma del dia, fomento de las plantas, y quien ayudaba á engendrar todas las cosas. Esto habia concebido Cárlos, que así se llamaba el jóven encerrado, con que era sumo el deseo que tenia de verle.

Tenia el rey dos hijas, las mas hermosas y bizarras damas que habia en la Europa; la mayor se llamaba Sol, y la segunda Claudomira; eran dotadas de cuantas gracias puede tener una hermosura, sin las que con el estudio habian ellas adquirido, que era saber muchas lenguas, cantar y danzar; y Sol en particular sabia hacer excelentes versos. De esta dama habia alcanzado un retrato Rosardo, príncipe de Dinamarca, mancebo bizarro y valiente; aunque tan soberbio que era mal querido de los vasallos de su padre por las demasías que con ellos usaba. Con el de Dinamarca tenia Casimiro firmadas paces, y acabábase el tiempo; de modo que presumian que volverian á sus temas antiguas de la guerra, porque el dinamarqués habia perdido en las pasadas guerras doce fuerzas que le habia ganado el polaco, y deseaba cobrarlas, por ser las mas importantes de su reino. Bien quisiera Rosardo que su padre no intentara guerra con Casimiro, porque estaba enamorado por el retrato de la bella infante Sol, y gustara mas de que se tratara de paces y casamiento con ella que de guerras. Era el de Dinamarca altivo y soberbio, al fin padre de Rosardo, que tuvo él á quien parecer, y no osaba el hijo tratarle estas cosas, porque sabia cuan ofendido estaba del polaco. Tenia este príncipe grande amistad con el príncipe de Suecia Felisardo, y hallándose los dos en una caza general que se hizo en los confines de los dos reinos, que duró casi un mes, el dinamarqués le mostró al sueco el retrato de la infanta de Polonia, y de solo verle quedó tan enamorado Felisardo, que desde aquel dia

no tuvo un punto de sosiego, con lo cual, por poder vivir, se determinó ir á Cracovia, corte del polaco, á ver este prodigio de hermosura: provino lo necesario, aunque determinó ir encubierto, y puesto en el camino le dejarémos, por decir lo que pasó en Polonia.

Tenia Casimiro tanto cuidado con el encerramiento de Cárlos, por ver el fin de la experiencia que en él hacia, que siempre tenia la llave de la cueva consigo: y para llevarle lo necesario para su persona, y doctrinarle el maestro, se la habia de pedir al rey; dióla en presencia de sus hijas algunas veces, cosa que puso deseo y cuidado en Sol de saber de donde era aquella llave; y así un dia llamó á Doristeo, el maestro de Cárlos, y preguntóselo; mas él, como le estaba encargado aquel secreto, dijo que era de la librería de su padre. No se satisfizo de esto la hermosa Sol, y así el primer dia que vió darle la llave al rey mandó á un page que le siguiese y tuviese cuenta donde abria con aquella llave: anduvo el page diligente en servirla, y obedeciéndola puntual, siguió á Doristeo, y vió que atravesando un ameno jardin del cuarto del rey salia á la calle, y abria unos sótanos que estaban contiguos al palacio, volviendo despues á cerrar: esto le dijo á la infanta, la cual tuvo mas deseo de saber aquel secreto, y anduvo de allí adelante con mas cuidado por saberlo. Un dia que el rey se estaba paseando por una galería que caia á este jardin, habia dado la llave de la prision de Cárlos á Doristeo; esto vió la infanta, y tuvo cuidado, cuando se la volviese, para estar de secreto encubierta, y oir lo que los dos platicaban. Volvió Doristeo á entregar la llave al rey, como acostumbraba, y preguntóle él: ¿Cómo está el preso? A que Doristeo respondió: Prometo á vuestra alteza que le tengo lástima; él está gallardo mozo, y tiene de unos dias á esta parte unas impaciencias de verse encerrado, que temo no se quite la vida con ellas, y así, si es llegado el tiempo en que vuestra alteza ha de hacer la experiencia que desea, tendré por acierto que le dé libertad para que salga, y se manifieste á todos. En cuanto á mi enseñanza, no tengo ya que hacer, porque cuanto sé lo sabe, y con mas eminencia que yo, porque en muchas cosas que me pregunta con vivo y claro ingenio me hallo atajado de respuesta. Vuestra alteza disponga su salida, y no malogre con su prision una bizarra juventud, que excede con las partes que tiene á muchas. Presto, dijo el rey, tendrá libertad Cárlos, que aguardo á cierta ocasion para verle libre, y entónces veré lo que tengo en él; en tanto será bien que se le hagan vestidos los mas costosos que pudieren ser, porque como esto es contrario á lo que espero que se incline, desearé que con las galas no lo ejecute, y tambien con los regalos; y así te torno á encargar que en la materia de guerra no le trates, ni por el pensamiento, ántes sepa de cosas de gusto, placer, música y deleites, porque con esto, teniendo puesto el gusto en ellas, no le llevará la inclinacion á lo que su natural pide. Quedó Doristeo muy encargado de servir al rey en lo que le mandaba, con que dejó su presencia. Toda esta plática habia escuchado la hermosa infanta Sol con mucha atencion, dejándola confusa, porque no podia dar en lo que fuese con certeza; por una parte sospechaba que este Cárlos, de quien habian hablado Doristeo y el rey, era hermano bastardo suyo, que el rey su

padre le ocultaba por algunos respetos que debian de importar. Este y otros discursos hacia la dama, mas como no sabia la verdad, no daba en lo cierto: con esto creció en ella mas el deseo de saber esto; y así se determinó á tomar la llave al rey, y porque no hiciese falta hacer otra, y procurar salir de su confusion. Aquella noche se le ofreció ocasion para ello, porque habiéndole dado al rey cierto accidente que le obligó á acostarse, como lo supiesen las infantas sus hijas, pasaron á su cuarto á verle, y estando Sol á la cabecera de su cama, vió que por debajo de la última almohada de ella asomaba el anillo de la llave, con cuya vista se alegró sumamente, y entreteniendo al rey, pudo con disimulo sacársela, y guardarla en la manga de la ropa. Volvió á su cuarto, y llamando á un criado suyo, de quien en muchas cosas hacia confianza, le encargó que en el mas breve tiempo que fuese posible mandase hacerle otra llave como aquella, porque la importaba mucho: obedecióla el criado, y dentro de dos horas la tuvo en su poder, con que se alegró sumamente, agradeciéndole el cuidado con una dádiva de valor.

A la mañana acudió la infanta algo temprano á ver á su padre, y con el mismo disimulo volvió á ponerle la llave en su lugar, de modo que no fué echada menos, porque aun no habia venido Doristeo por ella como acostumbraba para ver á Cárlos. No veia la hora la infanta de examinar aquel secreto, y con el temor que tenia de ser descubierta aguardaba ocasion de cumplir su deseo; ofreciósele muy á medida de él, porque dentro de dos dias salió el rey á caza, y haciendo que Doristeo visitase algo de mañana á Cárlos, llevósele consigo á esta holgura, habiendo de ser la vuelta el dia siguiente á la hora de comer. Apenas vió la infanta á su padre ausente, cuando haciendo poner una carroza, la mandó entrar en el jardin; púsose en ella, y saliendo por la puerta de él encubierta con las cortinas, llegó á la prision de Cárlos guiada por el page que la sabia, sin quererse acompañar de otra persona: salió de la carroza secretamente, haciendo esperar dentro de ella al page, y abrió la puerta en ocasion que no fué de nadie vista, por ser en parte sola aquella prision. Con la codicia que llevaba de averiguar lo que aquello fuese, olvidóse de cerrar la puerta por de dentro, y fuése entrando por la oscuridad de la cueva con mas ánimo que su natural pedia: de esta suerte llegó á lo último de un callejon que venia á rematar en una pieza cuadrada, donde vió en un candelero de plata una vela ardiendo que estaba sobre un bufete, y cerca de él un jóven sentado en una silla leyendo en un libro, cuya presencia le enamoró tanto, que desde aquel punto quedó sujeta al vendado hijo de Vénus.

Volvió Cárlos la cabeza al ruido de las pisadas que habia sentido; y pensando ser Doristeo, le dijo: ¿Qué novedad es esta, maestro mio, venirme á ver tan á menudo? Con esto que la hermosa Sol le oyó hablar, se arrimó á la pared, atajada, sin poder dar paso adelante, pesarosa ya de haber venido allí. Levantóse de su asiento Cárlos, y tomando la luz, quiso ver quien era el que se escondia, y no le daba respuesta, y descubrió con ella un portento de hermosura, un erario de perfecciones; en fin la mas hermosa vista que sus ojos habian tenido hasta allí: es circun-

stancia de esto saber que ya Cárlos estaba solo en aquel encerramiento sin su ama y la mujer que le acompañaba, porque para servirle acudia solamente un criado con la misma fidelidad de guardar el secreto de esto que Doristeo. Volvamos á Cárlos, que así como vió á Sol quedó suspenso con la vela en la mano sin hablar palabra. Estuviéronse mirando el uno al otro un rato, y quien primero rompió el silencio fué Cárlos, diciendo: Mi maestro me aseguró que la mas admirable cosa que habia de ver para alegría de mis ojos era el sol, y así creo que el que me favorece en este oscuro albergue, y el que tengo presente, es esta criatura de Dios: díme si te llamas así, para que estime y venere tu persona. Respondióle la infanta: Mi nombre es ese que dices: Sol me llamo, pero no el que tú piensas, porque ese no es criatura racional; que solo sirve de alumbrar la tierra y criar las plantas de ella con el ayuda de su calor. ¿Pues quién eres, replicó Cárlos, que tanto deleite recibo con tu vista? Una mujer, respondió la dama, que curiosa de saber este secreto he querido averiguarle; y ya que lo he conseguido, te pido licencia para volverme. ¿Vienes con beneplácito de mi maestro? dijo Cárlos. Sin él he venido, replicó ella, que con mi industria pude hacer llave para esa prision. Luego en tu mano está el darme libertad ahora, dijo él. Así es, dijo Sol, mas corre riesgo tu vida, y aun la mia, si por mi ocasion llegases á salir de aquí sin la voluntad del que te encierra. Yo no conozco, dijo él, superior ninguno, ni eso me ha enseñado mi maestro, aunque sé que se ha de obedecer á los reyes despues de Dios. Desear uno su libertad, y procurar ser hombre quien ha sido tronco hasta aquí, es justo: perdóname que hasta saber qué es la luz del dia, por esta vez lo tengo de ver. Poníale inconvenientes la hermosa infanta para que no saliese, pesarosa de no haber cerrado la puerta por dedentro; mas el jóven, aunque aficionado á la dama, tomó el camino de la puerta, siguiéndole la infanta con mucho pesar de haber emprendido cosa con que habia de dar disgusto á su padre. Llegaron los dos á un tiempo á la puerta, que abrió luego Cárlos, sin oir persuasiones de la infanta que le rogaba no lo hiciese; salió por ella, admirándose de ver la luz del dia, la hermosura del sol, y de todo aquello de que le habia dado noticia Doristeo, y él habia carecido en aquel encerramiento. Suspenso estaba de ver esto, sin acordarse ya de la hermosura del sol que tanto le habia enamorado, tanto le divertia la novedad de lo que ignoraba por práctica, cuando acertó á pasar por la calle un tambor tocando una caja de guerra, y iba á echar un bando por el rey: agradóse del rumor y son que hacia con las baquetas, y fuése embelesado tras él, sin reparar en que se reian todos de ver á un hombre de su edad en buen hábito ir admirado de ver tocar una caja, no quitando los ojos del parche de ella. De esta suerte siguió su camino dejándose á la infanta, la cual, afligida de haber sido curiosa, se volvió á palacio, dejándose con la pena la puerta de la prision abierta.

Volvamos á Cárlos, que suspenso en oir la caja caminaba tras ella, hasta llegar á una plaza donde se publicó el bando, el cual era que todos los hombres que fuesen solteros, desde edad de diez y seis años hasta cuarenta, se alistasen para la guerra que se esperaba contra el rey de Di-

namarca, pena de la vida. Bien entendió el bando Cárlos, digo lo razonado de él, mas con la advertencia que el rey dió á Doristeo, no tocándole en la materia de guerra, no sabia qué cosa era; y así queriéndolo preguntar, vió venir hácia sí un hombre huyendo de otro, con una espada desnuda en la mano; el que le seguia traia otra espada en blanco: detúvole Cárlos dejando pasar al primero; mas viéndose detenido el segundo, le dijo: ¡O qué mala obra me has hecho en estorbarme que siga á mi contrario! ¿Por qué causa? replicó Cárlos. Porque ese hombre me dió un bofeton, con que me afrentó, fiado en que tenia valedores cerca de sí, y no pude entónces vengarme de él, y ahora lo procuraba. Miéntras esto decia el ofendido, Cárlos miraba atentamente la espada que traia desnuda, y muy pagado de sus acerados filos, le preguntó que qué era aquel instrumento. El hombre le dijo, admirado de su inocente pregunta: Esta se llama espada. ¿Para qué es? replicó Cárlos. Para adorno del hombre, y para defensa suya, dijo el otro, porque con ella se ofende y se defiende de su enemigo. Tenia Cárlos en esta sazon la espada en la mano, y oyéndole decir aquello, le dijo: ¿Pues teniendo tú instrumento con que ofender á quien te ha afrentado, te estuviste quieto por el temor, y no te defendiste? ¡O cobarde gallina! no estés mas en mi presencia, que no me agradan hombres afeminados. Con esto le tiró dos ó tres cuchilladas, con que le hizo huir de allí, y se quedó muy ufano con su espada en la mano, mirándola, y contentándose mas de ella cada instante. Contemplando estaba en sus lucidos aceros, cuando se ofreció una cuestion en la misma plaza, y fué que vió venir acuchillando á un hombre tres, el cual se vino retirando á donde estaba Cárlos; él, que vió esto, se puso á su lado, y le defendió valerosamente, hiriendo á los dos, con que huyeron de su presencia todos, dejando libre al solo. Preguntóle Cárlos que porqué le venian ofendiendo aquellos tres, y él le dijo que habiéndoles ganado al juego una cantidad de dineros, ellos sentidos de verse despojados de su caudal se los querian quitar á cuchilladas, y lo hicieran si no fuera por tu ayuda. ¿Qué es dinero? le preguntó Cárlos. Este que traigo conmigo, dijo el hombre, riéndose de su simple pregunta. Mostróselo, y volvióle á decir Cárlos: ¿De qué sirve este metal? Este, dijo el hombre, es aquello con que compramos cuantas cosas son necesarias para la vida humana; quien esto tiene en cantidad es estimado por ello, sube con su valor á dignidades, alcanza tener muchos amigos, y aun es causa de tener enemigos, como ahora se ha visto, pues por tiranizármele me querian quitar la vida, que es la mas preciosa joya del hombre. Tenia en la mano Cárlos una cantidad de reales que el hombre le habia dado, y oyéndole decir aquello, dijo: Si esto es causa de perder un hombre la prenda que mas estima, ¿para qué se ha de hacer caso de ello? Con esto lo arrojó en el suelo, acudiendo á tomarlo mucha gente del vulgo, que sobre apoderarse de los reales esparcidos, se dieron muchos mogicones, experimentando de nuevo Cárlos que el dinero era peligroso en quien le gozaba, pues codiciándolo se procurarian quitar la vida por él, y que tambien era causa de ensoberbecerse los hombres poderosos con mucha cantidad de aquel metal, con que se compraban todas las cosas. Estando en esto se

vió cercado de ministros de justicia, que habiendo sabido haber herido á dos hombres, le venian á prender: dijéronle que se diese á prision, y rindiese las armas: dos cosas le pedian que para el orgullo y aliento que habia cobrado Cárlos eran bien dificultosas de obedecer por él: lo de la prision ya se veia si lo aceptaria quien la habia tenido tan larga desde que nació hasta aquel dia; y la segunda menos, pues habiendo oido que la espada era defensa del hombre, teniéndola consigo, no se la habia de dejar quitar. Porfiaron á que se diese á prision, mas él, colérico de oirles esto, les acometió con tanto brio, que en breve dejó dos hombres á sus piés sin vida. Acrecentóse el número de los ministros para prenderle, y tambien el de los heridos por defenderse, tanto era su ardimiento y valor, admirando á todos su arrojamiento; pero como cargó tanta gente á ayudar á la justicia, fué abrazado por detras, y rendido, quitándole la espada, con que ligándole las manos fué llevado á la cárcel, donde le pusieron esposas á ellas, y una gruesa cadena á un pié, dejándole no poco impaciente de experimentar esto, porque se le figuró que habia de durar otro tanto como la pasada prision, y ser mas rigurosa, pues en esta le oprimian con hierros, cosa que no habia tenido en la otra.

Dejémosle estar aquí, despechado de verse oprimido, y volvamos al príncipe Felisardo de Suecia, el cual llegó encubierto á Cracovia, córte del de Polonia, el mismo dia que salió de su prision Cárlos. Habia tenido Casimiro con el padre de este príncipe grandes encuentros en sus guerras, como valedor que fué del rey de Dinamarca, y deseaba él de Polonia vengarse de él, y así venia este príncipe encubierto, solo á gozar de la vista de la hermosísima Sol, y llevarse un retrato suyo, para tratar despues casamiento con ella, y anticiparse al príncipe de Dinamarca. Entró, pues, en la ciudad algo de noche, y todo el dia siguiente estuvo oculto; esta noche supo que habia en palacio un sarao, porque habiendo venido el rey de caza aquel dia, quiso que se hiciese por divertirse. El de Suecia quiso ir de embozo, pero no se encubrió tanto que un caballero polaco no le conociese; este se lo dijo á otro, y vino á oirlo un criado del príncipe, el cual se lo dijo á su dueño dentro de la sala del sarao, advirtiéndole el riesgo que corria su persona si era conocida entre sus enemigos: vió á la infanta, y retiróse luego á su posada, yendo perdido de amores de ella. Al pasar por junto á la prision de donde habia salido Cárlos, encontróse con una muy grande tropa de ministros de justicia que venian reconociendo á cuantos encontraban; y temiendo ser conocido, adelantóse á sus criados, y arrimóse á la puerta de la prision que fué de Cárlos, la cual habia dejado abierta la infanta, porque con el susto de verle partir con tanta celeridad no se acordó de volver á cerrar, y así apenas se arrimó Felisardo, cuando la puerta se abrió del todo: parecióle que el cielo disponia aquello para que él no fuese conocido, y así echando de ver que habia llave puesta en la cerraja, la quitó de ella, y encerrándose echó la llave por dentro, y se la guardó: luego que hubo hecho esto se fué entrando por aquella estancia, admirado de no encontrar con persona, y llegó hasta el primer aposento de ella, donde vió luz en una lamparilla, porque la de una bugía se habia acabado; esta tenia siempre encendida

Cárlos, por carecer de la luz del dia en la lóbrega estancia que habitaba.

Reconoció Felisardo el aposento, y vió en él un lecho de grana, con alamares de oro, y ropa en él muy delgada: cerca de este lecho habia dos cofres con vestidos, que reconoció, habiendo primero encendido una bugía que halló allí sobre un bufete: vió diversidad de libros, así de ciencias como de entretenimiento; admirándose de que en estancia donde habia tantas comodidades para habitarla no estuviese su dueño. Aquí estuvo el extrangero príncipe hasta la mañana que se vistió; esto no porque le avisase ser de dia la luz de algun resquicio, por carecer de esto aquel albergue, sino que por la costumbre de su dormir, cuando despertó juzgó ser de dia. Levantóse, y apenas se habia acabado de vestir, cuando oyó abrir la puerta de aquella estancia, cosa que le puso en no poco cuidado, por tener la llave él, y haber otra; era que entraba Doristeo á que le llevasen lo necesario, el cual como le sintiese Felisardo escondió la luz de la lamparilla: reconoció Doristeo estar sin ella, y así le dijo: Cárlos, ¿parece que estás sin luz? Así es, dijo Felisardo, hablando en lengua polaca, que era en la que Doristeo le habló. Pues yo vuelvo, replicó él, á que traigan luz y lo necesario. Ya tenia Felisardo prevenido un vestido de los que halló en un cofre, el cual á toda priesa se le vistió porque no le hallasen con el que traia al uso de Suecia. Dióle lugar para esto el espacio que tardó en volver Doristeo con la luz; esta la trajo el hombre que acudia á servirle. Entraron dentro, y advirtiendo en la persona de Felisardo, le desconoció, diciéndole muy alborotado: Mancebo, ¿quién os ha traido á este lugar en que habitaba otra persona? Yo me he venido á él, dijo Felisardo, hallando la puerta abierta. ¿Pues cómo, replicó Doristeo, la puerta hallastes abierta? Bien lo conocereis, dijo Felisardo, pues extrañais que no soy el que aquí habitaba. Extraño fué el sentimiento que tuvo Doristeo de oirle esto, conociendo la mala cuenta que habia de dar al rey de lo que se le encomendó; pero el remedio que halló para librarse de su castigo fué, que pues tenia debajo de su mano á aquel mancebo que se habia encerrado allí, que él supliese la falta del ausente, sustituyéndole; y así le dijo: Jóven (á quien no conozco), ¿qué causa os ha obligado á entrar aquí sin licencia del dueño de esta estancia? Librarme de mis enemigos, dijo Felisardo, que me querian quitar la vida. ¿Pues cómo hallé cerrada la puerta? replicó Doristeo. Porque en ella habia llave, dijo Felisardo. De esto se maravilló Doristeo, y le preguntó donde la tenia: mostrósela Felisardo, que no debiera, que estaba encima de un bufete, de la cual se apoderó Doristeo por tenerle seguro para lo que habia pensado hacer, y luego le dijo: En este albergue asistia por mandado de nuestro rey un caballero de vuestra edad, el cual no sé por cual medio ha conseguido su libertad, y se ha escapado de esta, que por haberle encerrado podemos llamar prision, á donde no estaba por delito ninguno, sino por gusto del rey, para hacer cierta experiencia, que si era curiosa para su alteza, era muy pesada para el paciente. Yo os hablo claramente, á mí se me habia cometido la guarda de este jóven: yo he dado mala cuenta de él, no por culpa mia, sino por diligencia suya; el faltar de

aquí me ha de costar la vida, y así siendo primero yo que otro, habreis de prestar paciencia, y suplir por él en tanto, asegurándoos de dos cosas. La primera que no os ha de venir ningun daño de esto; y la segunda que yo procure que salgais de este encerramiento con brevedad. El que se ausentó de aquí se llamaba Cárlos, vos habreis de suplir por él, tomando este nombre, volviéndoos á asegurar que procuraré en breve vuestra libertad, y quizá será para medra vuestra.

Mucho sintió Felisardo que se dispusiesen sus cosas de modo diferente del que se pensó; pero considerando que de ser hallado por órden del rey, tambien habia de ser preso, y que de esta suerte, fiándose de aquel caballero en lo que le prometia, podria ser mejorase de dicha, le dijo: Yo, caballero, hice mal en no pelear con mis enemigos ántes que encerrarme aquí; ya lo hice, yo estoy dispuesto á pasar por la pena que me viniere: de vos me fio, que como caballero trazareis modo como no me venga ningun daño. Reconoció Doristeo en los acentos de lo que hablaba que no era natural de aquel reino, y así le dijo: Holgaríame mucho de saber quien sois, con la misma promesa de que en nada sereis deservido: fiaos de mí, y creed que soy caballero que os sabré servir en todo. Parecióle al príncipe que le estaria bien descubrírsele, y así le dijo quien era, á lo que venia, y lo que le habia sucedido hasta entrar allí, dejando admirado á Doristeo oirle esto, y no discurriendo en el modo de haberse librado de allí Cárlos. De nuevo se le ofreció, pidiéndole con muchos encarecimientos que le ayudase á cumplir con el rey en su fidelidad, pues con eso le libraba de la muerte, que era infalible, á saber su descuido. Con esto le dejó lo que habia de comer, sirviéndole el hombre, á quien encargó el mismo secreto, advirtiéndole que corria el mismo riesgo por su persona que el mismo Doristeo. Con esto se dejaron al pobre caballero encerrado, cercado de varios pensamientos sobre lo que sucederia de él. Sus criados fueron presos de la justicia, y tenidos por espías; diéronles graves tormentos porque confesasen á qué habian venido allí, y ellos dijeron que pasaban adelante, y les obligó á hacer noche en Cracovia el deseo de ver aquella gran corte: no pudieron saber de ellos otra cosa, que no fué poco no revelar el secreto de que su príncipe estaba allí encubierto.

Volvamos á Cárlos, el cual estaba en la cárcel preso; y habiéndose dado cuenta á los jueces de lo criminal como aquel hombre se habia resistido á la justicia sobre prenderle, y muerto dos hombres, le condenaron á muerte; pero en su descargo se ofrecieron algunas personas á jurar como aquel hombre estaba sin juicio, porque viendo tocar una caja de guerra, que echaban un bando, la fué siguiendo en cuerpo, muy admirado, que habia arrojado el dinero, que habia quitado á otro hombre la espada, y otras cosas de las referidas que por ellas se debia de argüir que estaba loco. No se satisfacieron de esto los jueces, y quisieron verse con el preso, al cual hicieron algunas preguntas en términos jurídicos; pero como él no tenia noticia de aquellas cosas por su maestro Doristeo, á cada una preguntaba lo que era muy en su juicio, cosa que dió á los jueces motivo para echarle fuera de la cárcel, mandándole alistar en una de las

compañías que se hacian contra el de Dinamarca y Suecia, solo para que abultase con la gente, porque en él conocieron que le faltaba capacidad, pues despues de haberle preguntado su nombre no supo decir quién era, ni donde habia nacido. Con esto salió Cárlos de la cárcel, y comenzó á seguir la profesion de Marte, porque acabado el tiempo de las paces, asentadas entre el polaco y dinamarques, se comenzaron los dos reyes con sus valedores á prevenir para volver á sus antiguas enemistades; y así á toda priesa con el publicado bando el polaco hacia gente; pues con la hecha sin dejarse ver apenas, salió por soldado ordinario Cárlos en una compañía de infantes, marchando para juntarse con el ejército del rey.

Doristeo, confuso y discursivo siempre sobre la libertad de Cárlos, se vió con el rey, á quien suplicó que se sirviese de dar libertad á aquel jóven, que ya estaba en edad para salir de aquel encerramiento. Estaba el rey con deseo de verle, y así permitió que saliese de allí, y que se le tuviese cuenta con las acciones suyas, para ver á lo que se inclinaba: con esto fué Doristeo á la prision por Felisardo, á quien dió cuenta de lo bien que habia negociado su libertad, y díjole que se vistiese el mas rico vestido de los que allí habia, que eran de Cárlos, y fuese á besar la mano al rey; obedecióle, y vestido lucidamente fué acompañado de Doristeo á verse con el rey. Habia la infanta oido algo de esta plática, y estaba aguardando á ver á Cárlos, que pensó que se habia vuelto á la prision. Llegaron Felisardo y Doristeo á la presencia del rey, que los estaba aguardando con grandísimo alborozo; ya el jóven venia instruido de Doristeo en lo que habia de decir, y para llevar su mentira adelante, y así luego que se postró delante del rey, le dijo: Cuando hubiera estado mas tiempo encerrado en aquel oscuro albergue por gusto de vuestra alteza, lo debia de haber dado por bien empleado por llegar á recibir este sumo favor de besar su real mano: aquí está este humilde vasallo vuestro deseoso de seguir el camino de mi padre en vuestro servicio. Holgóse el rey de ver la persona del fingido Cárlos, y abrazándole le dijo: Costosa experiencia he querido hacer en vos, pero os ha de ser muy bien premiada por lo que habeis padecido; id á besar las manos á mis hijas para que os conozcan, que Doristeo tendrá cuenta de vuestra persona, pues sustituye el lugar de vuestro padre. En ese le tengo, serenísimo señor, dijo Felisardo, y así le guardaré el mismo respeto que al que me dió el ser. Llevóle Doristeo á la presencia de las infantas, á quien besó las manos, admirándose la hermosa Sol de verle, porque no olvidó tan brevemente las especies del verdadero Cárlos de su memoria, que no echase de ver que este era otro, y no el que ella vió con tanto gusto en la cueva, y este cuidado la mudó de semblante, de modo que se lo conoció Doristeo. Ya sabian las damas que aquel caballero era el de la experiencia que hacia el rey, porque las infantas se lo habian dicho, y así todas pusieron los ojos en Felisardo, que tenia buen talle, deseosas de que él se pagara de alguna de ellas.

Volvió Doristeo con Felisardo á la presencia del rey, y él le habló en varias materias, hallándole capaz de todo, porque en todas discurria bien.

La última de que se trató, donde el rey queria comenzar á ver el efecto de su experiencia, fué de la guerra, tratándole de la que al presente tenia con el rey de Dinamarca, y el de Suecia, su valedor, y que iba disponiendo su ejército para marchar con él contra los dos reyes, de quien tenia aviso que tambien se prevenian contra él. Aquí á nuestro fingido Cárlos y verdadero Felisardo se le mudó el semblante por dos cosas, de modo que el rey lo echó de ver. La primera, porque le pesó de que se hiciese la guerra contra su padre, y la segunda (que se le puede mejor dar nombre de primera, y mas principal) porque el príncipe era pusilánime y de cobarde y afeminado corazon, de manera que nunca se vió en ejercicio de armas, porque el poco brio y aliento le hizo caer muchas veces en vergüenza; lo que le dijo al rey fué que pareceria mal al mundo que entre reyes que habian sido amigos (segun estaba informado) hubiese tan reñidas guerras, de donde resultaba menoscabo de las haciendas y pérdida de vida; que si su voto valiera, él le diera ántes á la composicion que al rompimiento. No le pareció bien al rey esta primera accion en el jóven, cuando de su persona y edad se prometia que en oyendo nombrar guerra, y viendo gusto en él de que se hiciese, él se habia de ofrecer á servirle, y aun molestarle á que se apresurase á partir. Dióle cuenta el rey del bando que habia echado, y de como ningun caballero bien nacido dejaba de irle sirviendo; á que respondió con mucha tibieza que él los imitaria, pero estando siempre cerca de su real persona, pareciéndole que allí era estar en el cuarto de la salud. Todo esto notaba el rey, y le pesaba mucho de que le saliese mal la crianza del jóven, y así le dijo: Yo te tengo, ó Cárlos, por tan hijo de tu padre, que aunque has hablado tibiamente en la guerra, puesto en ella sé que me molestarás para que te ponga en puestos peligrosos donde mostrar tu valor. Aquí mucho mas turbado que ántes, respondió: Yo haré lo que los caballeros que asisten á vuestra alteza cerca de sí, que fué lo mismo que decir; Estaria con los ancianos acompañándole, aunque la razon fué equívoca. No quiso el rey apurarle mas en esto, mandóle que tuviese por posada la casa de Doristeo, y así le llevó á ella, pesaroso este de que en el príncipe hubiese tan poco valor que hablase así al rey.

Vinieron todos los caballeros de la corte á visitarle allí, y sacáronle á caballo á ver la ciudad; en este tiempo habia el rey dispuesto hacer otra prueba de este jóven, y así un dia que paseaba el terrero del cuarto de las infantas solo, aguardando unos caballeros que habian ofrecídole venir allí, mandó el rey salir á un balcon á una dama de las mas hermosas de palacio, y que le favoreciese, trabando plática con él. Era esta señora de las que mas privaban con las infantas, llamada Laudomira; parecióle bien á Felisardo, y comenzó á llegarse hácia el balcon, y viendo la ocasion á medida del deseo para hablarla, la dijo: Bien deseaba mi afecto la libertad del encerramiento que tuve, pues con ella carecia de tantos gustos. Muchos son los que se pierden sin ella, dijo la dama, y esta corte perdia en vos un gran caballero que la ilustrase. Bésoos la mano por el favor que me haceis, dijo él; pero quiero advertiros que no he mudado de estado en cuanto á estar preso, si bien es mas dulce pri-

sion la que padezco. Nos os entiendo, dijo la dama, mas infiero de esa razon que vivis contento con algun empleo. Con el que tengo presente, dijo él, que de solo haberos visto hoy con atencion me habeis robado la libertad. Sin duda, dijo la dama, estais pensando en la brevedad de la vida, que no habeis tenido espera, á que con mas finezas ó demostraciones yo conociera vuestra voluntad, pues tan presto me la habeis dicho. El estilo que se tiene en palacio, si no lo sabeis, es enamorar, servir y obligar sin declarar la pena hasta que el tiempo permita que se diga sin ofensa de la dama; mas yo os disculpo, que como quien ha pasado poco por estos lances, recluso en un encerramiento, no habeis sido curioso en informaros primero de lo que aquí se usa en este particular. Así es, dijo él, pero ya que mi inadvertencia ha pecado en esta parte, no desmerezca mi fe en dejar por eso de ser favorecido vuestro, y que tenga permision para serviros. Yo os la doy, dijo la dama, con tal condicion que seais muy firme, porque si veo que no lo sois, demas de la opinion que perdereis, me daré por tan ofendida, y procuraré muy de veras vuestro castigo. Así se lo prometió Felisardo, aunque picado de la dama, que por razon de estado la galanteaba, que él mas enamorado estaba de Sol desde que la vió la primera vez, pero deseaba llevar adelante el engaño de ser el fingido Cárlos, y así pasaba con él. Continuó algunos dias el galanteo, siendo ya público en palacio, y aun envidiado de algunas damas.

Otro dia se ofreció ocasion de hablar Felisardo con la hermosa Laudomira en el mismo puesto, y ella le arrojó desde el balcon una banda por favor, de que Felisardo hizo mucha estimacion. Todo esto ordenaba el rey, el cual mandó á Darisio, un caballero de su cámara, que como que era galan antiguo de Laudomira, le sacase al campo, y procurase quitarle aquella banda. Aguardó este caballero á que desamparase el príncipe el lugar en que habia recibido el favor, y encontrándose con él, le dijo: Señor Cárlos, yo tengo necesidad de hablaros á solas fuera de este lugar, y aun de la ciudad; si sois servido, venios conmigo, que en breve sabreis para lo que sois llamado. Parecióle á Felisardo que venia Darisio con disgusto, y que el llamarle era para tener con él alguna pesadumbre; y así le dijo: Si es tan breve lo que me quereis decir, ¿para qué hemos de cansarnos en salir fuera, pudiéndolo saber donde estamos? No conviene, replicó Darisio, y así haced lo que os pido. Hubo el príncipe de seguirle, bien cercado de temores, porque era en extremo tímido. Salieron fuera de la ciudad, y habiéndose apeado, y dado los caballos á sus lacayos, Darisio le dijo esto: Señor Cárlos, el ignorar que yo soy galan de la hermosa Laudomira, y mas antiguo que vos, ha sido causa de haber inadvertidamente tratado de galantearla; por forastero, y estar conmigo disgustada, ha querido despicarse con vos, y llegado á favoreceros con esa banda: á mí me importa que la corte no vea prenda suya en vuestro poder, y así os pido que me la deis de bueno á bueno, porque sino será fuerza que la cobre con la espada en la mano. Turbóse Felisardo viendo la resolucion de Darisio, que no la quisiera tan determinada; y así le respondió: Señor Darisio, no puedo negar que esta banda

que traigo no me la haya dado la hermosa Laudomira; yo no sabia que vos la servíades, y así no culpareis que yo admitiese el favor: huélgome de haber sabido ser vos quien la festeje, y porque prendas en quien con veras no es favorecido estan de mas, hago cuenta que me ha dado esta banda para vos; tomadla, que no es razon que yo traiga lo que se me dió mas por despique que por voluntad. Dióle la banda, y muy ufano con ella Darisio quiso ponérsela luego al cuello, mas Felisardo le pidió que no lo hiciese, ya que se la habia dado. Condescendió Darisio con su gusto, y volviéronse los dos muy en paz á la ciudad, admirado Darisio de que el fingido Cárlos hubiese tan corto ánimo que no le tuviese para defender el recibido favor. Vióse luego con el rey, á quien dió cuenta de lo que habia sucedido, mostrándole la banda, con que se admiró mucho, viendo cuan mal le salia el pronóstico del difunto Enrique, padre del que pensaba ser Cárlos, y mandó á Darisio que publicase aquella mengua de Cárlos por la corte, hasta ver si en otra ocasion hacia otro desaire como el sucedido, y así se lo prometió Darisio.

Hecha la prevencion del ejército, se dispuso el rey (habiendo nombrado general á Darisio, y él oficiales en los tercios) á partir de allí á dos dias. No quedó en todo el reino persona de importancia que no fuese con el rey: él hizo dar á sus criados muy buenas ayudas de costa para que fuesen lucidos, y entre ellos fué uno Felisardo, el cual, pareciéndole que ir contra su padre á pelear no era cosa que le habia de estar bien, determinóse á pedir al rey le nombrase por alcaide del alcázar de Cracovia, palacio real, con tres fines: el primero, de no ir á la guerra contra su padre; el segundo, procurar enamorar á la hermosa infanta Sol; y el tercero, para que si no era favorecido de ella, irse secretamente á su tierra. Este oficio le pidió al rey, dejándole con mucho sentimiento de oir tal peticion, porque aquello era declaradamente mostrarse cobarde y enemigo de ir á la guerra. Lo que le respondió fué: Cárlos, sois muy mozo para ese cargo; nunca le doy á caballeros de vuestros pocos años, sino á personas que me han servido mucho, y ya por ancianos debo jubilarlos. Venid conmigo donde yo fuere, pues lo hacen todos los grandes príncipes y caballeros de Polonia, y yo mismo no me reservo de lo que me puede suceder: y adviértoos que en tanta juventud parece muy afrentosa cosa que excuseis el trabajo, y no sigais á vuestros progenitores que fueron tan grandes soldados. Iba á disculparse Felisardo, mas no le quiso oir el rey; lo que hizo fué mandarle apercibir para el dia siguiente, con que no se pudo excusar.

Partió el rey de su gran corte en busca de su enemigo, donde le dejarémos marchando con un ejército de veinte mil hombres, por decir lo que hizo nuestro Cárlos con un trozo de gente que habia partido ántes. Iba, como dije, por un soldado ordinario, aunque muy estimado de su capitan por su buena persona. Estaba el enemigo fortificado tres leguas de donde hizo alto aquel trozo del ejército, y era un grande llano capaz para darse batalla campal: allí quisieron fortificarse, pero habiendo pareceres en contra, pasaron una legua mas adelante, y en un puesto mas á propósito asentaron su real y se comenzaron á fortificar. Desde

este puesto enviaron algunos soldados por espías del enemigo para saber qué gente era la que traia y qué designios; entre ellos fué nombrado Cárlos, el cual, gozosísimo de ir á ganar nombre, se adelantó á los otros, y aquella noche, acercándose cuanto pudo á las trincheras del contrario, pudo toparse con otra espía que se despachaba á lo mismo que él para saber del ejército polaco lo que hacia y determinaba; pidiéronse el uno al otro el nombre, y como no se le pudiesen dar por ser de contrarios ejércitos, lo remitieron á las armas: en breve despachó con la espia contraria Cárlos, porque murió á sus manos. Sucedióle á esta espía otra, y siguió los pasos de su compañero; y llegando otro soldado en seguimiento de los dos difuntos, Cárlos peleó con él y pudo rendirle y llevársele prisionero á la presencia de su general, á quien dió cuenta de lo que le habia sucedido, y del mismo prisionero se certificó el general, estimando en mucho el valor de Cárlos. Allí supo la gente que traia el contrario y como venia con presupuesto de ganar un puesto eminente, para desde allí estar ventajoso al contrario para cualquier faccion: mandóle poner á recaudo el general, y á Cárlos le hizo luego alférez de una compañía de caballos. Desde aquel dia alentado con el premio este jóven dió mas dilatadamente á conocer su valor, porque teniendo un encuentro con el enemigo, sobre el referido puesto, defendiendo el ganarle, se vió pelear con mucho aliento y brio matando muchos enemigos, hasta que pudo prender á un coronel de los mejores soldados que tenia el de Dinamarca. Todo esto fué á vista del rey, que desde una colina pudo ver la batalla y en ella las proezas de Cárlos. Murió gente de una parte y otra, y húbolos de hacer retirar la noche: mandó el rey llamar á Cárlos, y por lo esforzado que anduvo en la prision del coronel le hizo capitan de caballos de su misma compañía por muerte del que la gobernaba. Ya tenemos capitan á nuestro héroe, con no poca envidia de muchos soldados.

Continuóse la guerra, y por no ser largo en referirla por menudo, digo que la última batalla que se dió, que fué la campal, habiendo peleado los reyes por sus personas, vió el de Polonia hacer hechos portentosos á Cárlos. Hallóse el rey sin caballo, que se le habian muerto, y él apeándose del suyo se le dió, y á fuerza de armas cobró otro, con que se metió por lo mas peligroso de la batalla, hiriendo y matando á cuantos topaba hasta llegar á encontrarse con el estandarte real del rey de Suecia, que iba cerca de él; allí, ayudado de solo su valor, se entró por lo peligroso de las armas y pudo prender al rey Floriseo de Suecia, encomendándole á cuatro soldados que eran de su compañía, y él yendo delante haciendo con su espada lugar hasta que le dejó en puesto seguro en una tienda de su maestre de campo. La batalla tuvo fin con la muerte del rey de Dinamarca, con que el ejército se desbarató y puso en huida, siguiendo el alcance lo que duró el dia la gente del polaco. Con esto se retiraron los de Polonia, y el maestre de campo á quien se entregó el rey de Suecia preso quiso ganar las gracias con lo que Cárlos habia peleado á costa de su sangre; y así tomando al rey en su compañía le llevó á la tienda del de Polonia y se le presentó, diciendo que él por su persona le habia preso.

No se puede decir el gusto con que el polaco le recibió; hízole muchas honras al maestre de campo, y despues muchos agasajos al prisionero, el cual no pudo sufrir que aquel soldado usurpase la gloria al que le habia preso, y así le dijo: Mi suceso no es nuevo en lances de guerra, pues de la manera que ha sido mi prision pudiera haber sido la tuya á tener al cielo de mi parte; seria novedad que quien no me ha preso peleando gozase de la gloria del premio; y así lo primero que te advierto, ó rey de Polonia, es que sepas que quien me prendió no es este caballero; menos edad tiene, y creo que le oí nombrar Cárlos. Tenia ya el rey noticia de Cárlos por el servicio que le habia hecho aquel dia con darle su caballo, y así mandó llamarle, muy enfadado con el maestre de campo por la tiranía que queria usar con el verdadero autor de aquella hazaña. Mandóle dejar su presencia y el cargo que tenia, y que le buscasen luego á Cárlos; muchos se dispusieron á buscarle por dar gusto al rey, que le vieron deseoso de tenerle en su presencia, y con la diligencia que hicieron le hallaron que venia á curarse de dos heridas que traia, aunque no peligrosas. Llegó á besar la mano al rey, el cual le echó los brazos al cuello, diciendo: Bien sea venido el nuevo Aquiles de mi ejército: llegad, Cárlos (que así me dicen os llamais), que quiero honraros con el cargo que vuestro maestre de campo ha perdido por ambicioso, pues deseaba quitaros la gloria que vos merecísteis á costa de vuestra sangre, por haber preso al rey de Suecia: este os doy con cuatro mil escudos de renta. Besóle la mano Cárlos por el favor que le hacia, y pidióle licencia para irse á curar; diósela el rey, mandando que la cura se le hiciese en una tienda que tenia de respeto cerca de la suya, á donde quiso que se alojase. Siguiéronle muchos caballeros deseosos de agradar al rey, y así por lisonjearle le comenzaron desde aquel dia á cortejar acompañándole.

No permitió el rey que el de Suecia se alojase fuera de su tienda, y así le tenia en su compañía, siendo este agasajo algun consuelo para la pena de su prision. En dos sillas estaban sentados los reyes cuando acertó á venir á la tienda Felisardo, el cual, miéntras duró la batalla, ahorrándose de peligros, se habia retirado fuera de ella, y desde el lugar que escogió para seguro de su persona vió toda la refriega, y ahora venia entre la tropa de la gente á ver al rey; pues como entrase en la tienda acertó á poner en él los ojos su padre el de Suecia, el cual, sin poderse contener, se levantó con los brazos abiertos, y se fué para su hijo, diciendo: Felisardo mio, en buen hora te vean aquí mis ojos, que tanto han sentido tu ausencia, y el no saber donde estabas. No pudo Felisardo huir el cuerpo á este impensado suceso, y así toda su máquina dió en tierra, con pedirle al rey su padre la mano y besársela. Novedad se le hizo al rey ver el favor que el de Suecia hacia al que tenia por Cárlos, caballero de su córte; y así le preguntó que de dónde conocia á Cárlos. A Felisardo dirá vuestra alteza, dijo el sueco: conózcole de que es el heredero de mis estados, y príncipe de Suecia. Volvió el polaco con esto al príncipe y díjole: ¿Vos no sois Cárlos el que yo tuve recluso en una cueva? No, señor, dijo Felisardo, si bien es verdad que en esa cueva me retiré temiendo ser conocido en vuestra córte, por las diferencias que entre vuestra alteza y mi

padre habia. Aquí se quedó el rey admirado y confuso con lo que le oia, no sabiendo cómo se habia abierto la prision de Cárlos; y para certificarse mejor determinó enviar á llamar á Doristeo con el correo que despachaba á sus hijas avisándolas de su victoria, así lo hizo aquella noche, porque le sacase de la confusion en que estaba. Cenaron los dos reyes y el príncipe Felisardo juntos, y miéntras se daba órden en hacer curar los heridos y enterrar las muertos, hubo lugar de llegar el correo á Cracovia y dar las cartas á las infantas, que se holgaron mucho con la felice nueva de la victoria; y sabiendo que el rey enviaba á llamar á Doristeo, le cometieron el visitar á su padre de su parte y darle la norabuena de su dichoso suceso. Llegó Doristeo al ejército, y habiendo hecho su embajada de parte de las infantas en presencia de muchos caballeros que acompañaban al rey, este se apartó con él á un retiro de su tienda, á quien dijo estas razones:

Doristeo, bien se te acordará que corrió por tu cuenta la crianza de Cárlos, depositándole tú en aquel retiro y encerramiento, para experimentar en él la inclinacion que sacaba de allí, curiosidad que yo emprendí hacer por lo que oí á su padre; tú me ibas informando cada dia de cuanto se pasaba con él, y tenia avisos así de sus condiciones como de lo que aprendia de tí. Despues de tenerle allí veinte años, y mas, me suplicaste que le sacase de allí, que ya tomaba con impaciencia aquel retiro; yo vine en lo que me pediste, y así salió, trujístemele á mi presencia, al cual examinándole en la suficiencia no me descontentó, mas probándole en el valor, le hallé con un natural temor, ageno de ser hijo de tal padre. Prosiguió en esto con la prueba que hice de la banda, y ví ser tan pusilánime que se la dejó llevar á Darisio. Despues ví que el venir á la guerra lo hizo de mala gana, ántes procuraba excusarlo con pedirme el oficio de alcaide de mi alcázar. Aquí sé cuan mal ha probado, pues en esta batalla última me han informado que infame y encogidamente se retiró de pelear, cuando todos hicieron su deber en mi servicio. Este jóven que he tenido por Cárlos ha parecido ser Felisardo, príncipe de Suecia; él me ha dicho que salió del encerramiento de Cárlos, y por no ser conocido se valió de la astucia de ser tenido por él. A mí bien me pudo engañar, que nunca ví á Cárlos, mas á tí no puede ser. Yo deseo salir de esta confusion, y para eso te he enviado á llamar. Pues estamos solos, dime la verdad de lo que en esto sabes con claridad, porque de no lo hacer, no tienes segura tu cabeza.

Turbósele el semblante á Doristeo, y balbuciente en las palabras, dijo de rodillas estas: Invictísimo Casimiro, rey de Polonia y señor mio, yo no te pienso negar nada de lo que me mandas decir, aunque me cueste la vida, y si lo he hecho hasta aquí, ha sido por defenderla de tu rigor, pues era cierto que me habias de mandar cortar la cabeza. Yo entrando como solia á la prision de Cárlos hallé á este jóven en ella, cosa que me causó no poca admiracion. Preguntéle que quién le habia traido allí; y él me dijo que habia hallado aquella puerta abierta, de donde infiero que el mismo Cárlos no pudo salir de allí, sino que alguno le sacó con otra llave que hizo, porque esa la tenia en mi poder. Temiendo, como he dicho,

tu rigor, me valí de hacerte aquel engaño: no es posible escondérsenos Cárlos, que no sea conocido de mí.

Oyendo el rey esto, le vino al pensamiento si aquel caballero que tan hazañosos hechos habia ejecutado en la guerra era Cárlos, pues tenia este nombre, y así se lo comunicó á Doristeo. Preguntóle al rey por las señas de él, y dándoselas, vió que era el mismo, con que el rey recibió extraño gusto; y para verificar mas esto mandó á Doristeo que de su parte fuese á visitarle á su tienda, que estaba herido en la cama: hízolo Doristeo con no poco alborozo, deseando que fuese aquel caballero herido el fugitivo Cárlos. Entró Doristeo en su tienda, y hallóle en la cama, con cuya vista fué grande la alegría que recibió. No menos la tuvo Cárlos, que echándole los brazos al cuello le dijo: Padre mio (que así le llamaba como le habia criado y doctrinado), ¿qué venida ha sido esta aquí que tanto regocijo me habeis dado con vuestra presencia? Mas le recibireis, hijo de mi alma, dijo el anciano Doristeo, si supiésedes de qué parte vengo á visitaros. Sentóse en una silla y díjole como el rey le mandó que de su parte supiese cómo se hallaba de las heridas, y que despues de saber de su salud deseaba conocerle por el que habia tenido encerrado en la cueva, y que de esto le habia de resultar gran bien. Holgóse Cárlos mucho de oir aquello, y díjole que las heridas no eran cosa de consideracion que le obligasen desde ese otro dia á estar en la cama, que besaba á su alteza su real mano por el favor que le hacia sin méritos de su parte. Aquí le preguntó Doristeo cómo habia salido de la cueva, y él le dijo que una bizarra y hermosa dama le abrió la puerta, de cuya vista quedó muy pagado, y con esto le contó como la habia dejado por irse tras el son de la caja de guerra, con todo lo demas que le sucedió, admirándose de oírselo Doristeo, porque no llegó á saber la resistencia de la justicia, ni su prision, ni tampoco daba en quien pudiese ser la dama que le abrió. Preguntóle las señas de su rostro, y como aquel que las tenia muy en la memoria, se las dijo, con que Doristeo presumió que seria la infanta Sol, pero no daba cómo hubiese podido hacer llave para la puerta, ni aun saber aquel secreto. Estúvose con Cárlos Doristeo una hora, y al cabo de ella se despidió, y fué á dar al rey cuenta de que el herido era el verdadero Cárlos. Holgóse el rey de esto, y no veia la hora de verle: esotro dia cumpliósele su deseo, porque Cárlos fué á besar la mano al rey, y él le honró mucho, y le hizo conde con diez mil escudos de renta. Supo allí Cárlos quien era, y el rey dijo en presencia de sus caballeros la prueba que habia hecho de él, y como salió cierto lo que habia dicho Enrique, su difunto padre, de la inclinacion española, pues por tenerla á las armas habia señaládose en ellas mas que todos, y ocupado el puesto que gozaba.

En este tiempo murió el general Darisio de una aguda enfermedad que le dió, con que luego ascendió á aquel puesto Cárlos, encomendándole el rey su ejército, y dándole órden para que con él siguiese al de Dinamarca hasta hacerle guerra: se entró en su tierra, y él se fué á Cracovia, donde fué recibido con mucho regocijo de toda la ciudad, haciéndose muchas fiestas por la victoria; llevóse al rey de Suecia y á su hijo Feli-

sardo consigo, teniéndolos en su corte en forma de presos, sin salir de un cuarto de su palacio, que era no poca pena para Felisardo, porque estaba muy deseoso de galantear á la hermosa Sol, con quien deseaba casar; y así le habia dado de esto parte al rey su padre.

Volvamos á Cárlos, que con su ejército entró en Dinamarca, y á dos jornadas se encontró con el del rey nuevo, á quien osó dar batalla campal, en la cual fué tambien preso como el de Suecia, por demasiado alentado, y haber querido empeñarse en lo peligroso de la batalla. Su ejército, viendo preso á su rey, se desbarató, y volvió á entrarse la tierra adentro; no quiso seguir Cárlos el alcance por ser ya la entrada del invierno y comenzar los frios en aquella tierra, que son grandes, y así se volvió á Cracovia, donde se le hizo un recibimiento muy grande, por mandarlo así el rey. Besóle la mano, y de él oyó muchos favores, con no poca envidia de los caballeros de su corte. Al nuevo rey de Dinamarca aposentaron en otro cuarto de palacio, dándole gente que le sirviese y guarda que asistiese á tener cuenta con él.

El segundo dia que Cárlos llegó le hizo el rey su almirante, dándole tierras y todo cuanto era de su padre. Con esta merced fué á besar la mano á las infantas, que ya lo deseaban, en particular la hermosísima Sol, que desde que le vió la primera vez le amaba. Allí conoció Cárlos que quien le habia dado libertad en la cueva era Sol, con cuya vista quedó muy enamorado.

Las dos hermanas le hicieron muchas honras, que así se lo mandó el rey. Con esto Cárlos era el mas estimado caballero de la córte de Polonia, y á quien todos cortejaban y aplaudian por dar gusto al rey, el cual le comenzó desde entónces á ocuparle en el manejo del gobierno del reino, hallando en él grandísima capacidad para todo.

En medio de estas felicidades fué el cielo servido de querer llevarse al rey de Polonia. Dióle una enfermedad en tiempo que los reyes de Dinamarca y Suecia trataban de medios de paz. Esta se hacia con ofrecerle feudo cada año, y así se concertó. Tenia el enfermo Casimiro noticia de cuan gran soldado era el rey de Dinamarca, y tambien la tenia del encogido ánimo del príncipe de Suecia, y así escogió al primero para yerno suyo, casándole con la segunda hija; esto dispuso hacer, aunque no lo publicó hasta que vió que su mal se aumentaba, manifestando los médicos que estaba muy de peligro. Visto esto mandó juntar á los grandes de su reino, y hallándose todos en su aposento, y Cárlos entre ellos, dijo estas razones:

Grandes y príncipes de Polonia, mi enfermedad crece, de modo que los médicos afirman que es mortal. He mandado juntaros para deciros que la felicidad de un reino consiste en tener rey que le sepa gobernar con valor y prudencia; el valor para saber defenderle de sus enemigos, y la prudencia para saber guardar justicia, dándole á cada uno lo que le pertenece. Yo no dejo varon que me suceda; el reino ha de heredar Sol, mi primera hija, la cual deseo que halle muy buen empleo en príncipe que tenga las calidades que he dicho; de los comarcanos á este reino no hallo ninguno que me contente, y mas por el inconveniente que hay en que, si

caso á mi hija con príncipe heredero de reino, dárle primer lugar al suyo ántes que al mio, y al reino de Polonia no le está bien admitir segundo lugar, siendo tan poderoso que merece el primero. Para esto he considerado que mi hija case con vasallo mio, y este con las calidades que he dicho: muchos hay que la merecen, mas el que mas accion tiene á ser interesado en este favor es Cárlos, á quien para experimentar su inclinacion tuve en un encerramiento desde que nació hasta la edad de veinte años, poco mas. Este es mi gusto, Cárlos se case con mi hija Sol, y sean mis herederos, y á esto no me ha de contradecir ninguno, pena de la vida. En segundo lugar quiero que el rey de Dinamarca case con Claudomira mi segunda hija, obligado siempre á la promesa del feudo que ha prometido darme; y Felisardo, si gustare, le daré á mi sobrina Claristá, hija de un hermano mio, que por su muerte tengo en tutela.

A todo esto no le replicó vasallo, ántes todos con mucho gusto se holgaron tener á Cárlos por su rey, el cual besando la mano á Casimiro, dió la mano á Sol, desposándolos el arzobispo de Cracovia que se halló presente: lo mismo hizo el de Dinamarca con Claudomira, y Felisardo con Clarista, que fueron llamados allí para este efecto, estando de ello muy gustoso el rey de Suecia. Apretóse el mal del polaco, con que murió dentro de tres dias; hiciéronsele suntuosas exequias, y acabadas fueron luego jurados por reyes de la Polonia Cárlos y Sol, con que los lutos se convirtieron en fiestas; los demas señores se fueron á sus retiros con sus esposas, donde vivieron con mucho contento, y Cárlos mucho mas, que fué muy valeroso rey.

EL DISFRAZADO.

Es en la insigne y coronada villa de Madrid, corte de los reyes de España, el campo que llaman de Leganitos un ameno sitio donde las calurosas noches del verano concurren muchas damas y caballeros con el ligero trage que permite la noche, á gozar el fresco, que pocas falta de aquel lugar, con la vecindad del altivo puerto de Guadarrama, piadoso socorro contra el fuego de la canícula, así con su blanca nieve como con sus regalados y frescos vientos. Aquí pues, una noche que la luna no comunicaba sus plateados rayos, por ser el último cuarto de menguante, se salieron dos damas vecinas de aquel sitio á gozar del sonoro murmureo de la fuente de Leganitos, con la permision que da la noche y el embozo de los sereneros: iban acompañadas de dos criadas en solo el trage de enaguas brillantes y pretinillas de lo mismo, habiendo mandado á un anciano escudero (en cuya confianza salieron) que se quedase algo detras

por no ser conocidas por él, y tener mas libertad para desenfadarse con el embozo. De esta suerte, pues, iban las dos damas con sus criadas y el escudero á la vista, cuando, habiendo tomado el camino alto del colegio que llaman de doña María de Aragon, bajaron por él á la fuente de Leganitos, y ántes de ella como cuarent apasos se les ofreció al encuentro un hombre vestido en tosco trage; venia con una capa de paño pardo, una montera de lo mismo, capote de dos faldas y calzones de lienzo blanco. Este, pues, emparejando con las damas, acertó á caer al lado de la mas hermosa, cuyo nombre era Serafina; y el de la otra (que era su hermana) Teodora; y con el despejo que permite la noche, habiendo visto el buen brio de la dama, y por estar cerca de su hermosura, le dijo: Bien hace la luna en no salir á mostrarnos su luz si sabia que á este feliz campo habia de salir beldad de mas lucidos rayos. Repararon las dos damas en la persona que les habia hablado, habiendo entendido el hipérbole, y causóles admiracion en ver que desdijese el trage del lenguage cortesano que le oian. Paráronse con esto atentamente á mirarle, y él, embozándose en la tosca capa con que se cubria, se estuvo quédo.

Era doña Serafina despejada, y á esto se le añadia ser mujer, que todas son perdidas por novedades, y quiso descifrar aquella enigma, y así con libre despejo quitando el rebozo al encubierto, le dijo: Corramos la cortina á este personage embozado, hermana mia, que me ha dado antojo de saber de él, porque miente en sus encarecimientos, mas de lisonjero cortesano que de tosco plebeyo. No os juzgo por tan desconfiada, hermosa señora, dijo él, que os ha ya dicho el espejo que he andado corto en alabaros lo que el cielo os concedió, para que muchos me han ganado por la mano en las alabanzas. Ninguna merecen mis partes, dijo Serafina, pero una lisonja cuesta poco, y así por lo bien que me está admito el encarecimiento, que no lo fuera á haberme visto con la claridad del dia: con ella quisiera veros, por deshacer sospechas que tengo de que habeis gustado mudar de trage, por seros conveniente el disfraz, ó por querer con él tener esta noche entretenimiento cansado del cortesano que siempre usais. Os habeis engañado, dijo él, que este me concedió mi humilde nacimiento, si bien encubro unos altos pensamientos muy agenos de él. Y cuales son esos deseo saber, dijo ella, tomando asiento algo apartado de la gente. Él, acercándose mas, dijo: Mis pensamientos son anhelar á ser mas de lo que soy, y así me llego donde veo que se pueden ajustar á mi deseo, comunicándole con quien me los pueda dar realce. Los habeis empleado mal, dijo ella, porque si pensais haber topado con alguna señora encubierta, soy tan amiga de desengañar que os digo luego que aquí se remontan muy poco con la bajeza del empleo. Si, como conozco que me engañais, supiera la verdad de lo que sois, dijo él, aun hablara con mas gusto; pero topar engaños á los principios, ¿qué me puedo prometer despues? ¿Luego aquí llegaste con deseo de empleo? replicó ella. No soy tan desvanecido, dijo el embozado, que presuma que con tan pocas partes le puedo tener sin mayores asistencias y finezas: mas en esta dicha de haberos topado quisiera continuar con esperar que mi voluntad os merezca siquiera este breve rato de audiencia, porque no en

balde el cielo guió mis pasos á este sitio, donde tanta ventura he tenido de encontraros. Yo venia con ánimo de refrescarme en la fuente con sus claros cristales, dijo ella; de esto estoy desahuciada por faltarme un búcaro que se olvidó en casa, y así admito vuestro deseo, y esta noche á costa de mi sed la quiero pasar en conversacion con vos. Bésoos la mano, dijo él, por el favor que me haceis, que no es poco, cuando en mí veis tan pocas partes para merecérosle. Así Dios os guarde, dijo Serafina, que nos digais qué capricho ha sido el vuestro en vestir esta noche ese trage, que me ha dado sospecha que aquí entreteneis el tiempo hasta que se llegue la hora en que con él entreis donde os aguardará otro mejor empleo. Soy tan nuevo en esta corte, dijo él, que aun no he tenido esa buena suerte; mi trage es este, no ageno de mi nacimiento, en él ando de dia; y porque la noche es capa que encubre muchos defectos, quise, ya que encubre los mios de andar mal vestido, que el alma os diga que ha sido gran dicha mia haberos visto para que sepais que en mí acrecentais desde hoy el número á muchos rendidos que tendreis con vuestra hermosura. Muy á ciegas os habeis enamorado, dijo ella, ó lo fingis estar, señor encubierto. Respondedme derechamente á lo que os pregunto, que sabiendo quien sois aun me tendreis mas de espacio aquí por esta noche. ¿No me dais esperanzas que serán otras? dijo él. Como sepa la causa de ese disfraz, podrá ser que vuestra cortesía me vaya obligando, dijo Serafina. Bien pudiera, dijo él, mentiros, como fingido cortesano, diciéndoos lo que no soy, mas no os he mirado tan apriesa que me obligue á fingir mentiras cuando deseo que de mí experimenteis verdades. Admirábase Serafina de ver hablar aquel hombre así, y porfiar en que era lo que mostraba por su hábito, y deseaba que con mas luz la luna le desengañase. Hablaron gran rato el embozado tratando de que le debia ya voluntad, y ella no se persuadiendo á que la hablaba con veras, ni que era hombre plebeyo.

Cumplió la hermosa Cintia sus deseos á la dama saliendo á desterrar alguna parte de las sombras de la noche. Era esto á tiempo que la mas gente desamparaban el sitio de la fuente de Leganitos, con que las damas y el disfrazado se fueron acercando á la fuente, ellas seguidas de su anciano guardian, y él de otro hombre vestido en el mismo tosco trage. Miéntras ellas se refrescaban, el nuevo aficionado se llegó al que le seguia, y hablándole un poco al oido, se apartó de ellos, causándoles algun recelo á las damas aquella breve plática, porque como la corte es madre de tantos embusteros y gente de mala vida, se temieron de que el nuevo amartelado y su compañero no fuesen de los que con prendas agenas viven y campan en Madrid; así se lo comunicó Serafina á Teodora, dándola motivo á esto venir las dos adornadas con algunas joyas de valor, de que juzgaron que á costa de alguna violencia se querian apoderar de ellas: consoláronse en que aun habia gente en aquel sitio, si bien apartada del que ellas habian de nuevo elegido. Volvieron á la plática con el disfrazado galan, ellas porfiando en que les dijese quien era, y él en perseverar que no tenia mas calidad de la que manifestaba su trage; si bien la que habia adquirido con haber sido admitido á su conversacion era ya mucha.

Con la luz que comunicaba la blanca hermana de Febo reparó Serafina con mas atencion en el nuevo acompañante suyo. Consideróle un mozo de edad de veinte y cuatro años, de gentil disposicion y buen rostro. El trage es el que se ha referido, mas como cuerda hízose una consideracion la dama, y fué que siempre la gente agreste y humilde manifiestan en las manos quien son, por mas que se quieran encubrir, ó curtidas de andar en el trabajo, ó toscas en la hechura por aquello en que se ejercitan. Teníalas el disfrazado de bonísima hechura y blancas, por donde conoció la dama que era él hombre mas de lo que publicaba. Confirmóse esto con que habiéndose refrescado en la fuente sacó un lienzo para limpiarse la boca, el cual se manifestaba blanco, grande y delgado, y con buen olor. No quedó Serafina poco contenta de ver esto, porque en lo que habia hablado con ella le habia parecido bien, y su deseo era saber quien fuese, y la causa porque venia en aquel trage.

Daba el anciano escudero priesa á las damas para que se volviesen á casa, y ellas resistian juntamente con el embozado que con ruegos le pedia dilatase la estada otro poco; en esto llegó el que se habia despedido de él con una bandeja en que traia búcaros finos de Portugal y unos dulces de Génova, cosa que se halla con mucha facilidad en Madrid habiendo de todo mucho. Presentóselo á las damas, y ellas, así en la galantería con que se ofreció como en la calidad del regalo, calificaron el buen gusto del que se le ofrecia, y hicieron mas misterio del personage. El ver aquel lugar fresco ya solo y sin gente obligó á las damas á recogerse á su posada, diciendo Serafina: Yo he tenido, señor mio, muy buena noche pasándola con vuestra cortés conversacion, si bien me holgara de no dormir con el cuidado de saber á quien tengo de agradecer el agasajo que á mi hermana y á mí habeis hecho sin conocernos: este sitio le frecuentamos algunas noches, no os aseguro que vendremos á él la que viene, por haber en esta dilatado nuestra estada; con todo acudid mañana aquí, que deseo (si os lo merezco) saber quien seais. Sintiera mucho, dijo él, que habiéndome costado vuestra vista no verme en la libertad con que ántes estaba, parara en no continuar el recibir este favor: estimo el que me haceis, y prometo veros mañana, mas ha de ser con pretexto de que no os puedo servir por ahora con deciros quien sea por cierta causa que lo impide, pero asegúroos que no la habrá para dejaros de servir miéntras el cielo me diere vida. Con esto se despidieron las damas del disfrazado, á quien pidieron que ni las acompañase ni siguiese, que en obedecerles echarian de ver su cortesía. Prometióselo así, con que dejaron su presencia: mas el compañero del encubierto las siguió á largo trecho, y supo su casa.

Llevó Serafina algun cuidado, inclinada al encubierto galan y obligada de su cortesía: y aquella noche comunicó con su hermana Teodora su inclinacion, hablando de él mucha parte de la noche, deseando la que venia verse con él. No menos cuidadoso partió el amartelado galan, que la hermosura de Serafina le hizo perder la libertad, y así poco sosiego tuvo aquella noche, mas al fin la pasó con esperanzas de verla la que venia.

Vino la siguiente noche, bien deseada de Serafina y del encubierto enamorado: y en el mismo puesto en que se habian encontrado la noche ántes se hallaron esta. No mudó de trage el galan, cosa que sintió Serafina; por de no haberlo hecho se presumió que no debia ser hombre principal, sino plebeyo, y de baja suerte, porque cuando lo fuera, por agradar á sus ojos habia de mudar de trage. Hablólas el forastero con mucha cortesía, mostrando no poco gusto de que hubiesen cumplido su palabra en salir á gozar de la noche, de que les dió las gracias. No hemos hecho poco, os prometo, dijo Teodora, que hay quien impida el gozar de nuestra libertad, y quien nos pida cuenta de nuestras dilaciones. No lo dudaré yo, dijo el forastero, pero perdonando el atreverme, sin habéroslo merecido ántes, ¿no me direis si es marido ó hermano el que pide cuenta de eso? Basta que haya quien la pida, dijo Serafina, á vos no os toca saber mas de que hacemos esto con alguna pension. Yo lo estimo, dijo el forastero, mas volviendo á la plática pasada, os suplico me digais si sois casada. ¿Qué os importa saberlo? dijo ella. Algo me debe de importar desde anoche acá, que no deseo veros empleada, dijo el forastero. Dueño tengo, dijo Serafina, fingiendo, aunque no en Madrid. Juráralo yo, dijo el galan, de mi corta dicha, que nunca me la da la fortuna sino menguada. Si supiera que lo habiades de sentir, dijo Serafina, no os lo dijera. Pues no os encarezco, replicó, cuanto me holgara de veros en libre estado, que aunque el mio es tan indigno de merecer serviros por la desigualdad que hay entre los dos, siendo yo un bajo hombre, nacido de padres labradores, y vos una señora principal, como el amor no excepta á nadie, despues que me ha hecho suyo, habiéndome rendido con vuestros ojos, deseara veros sin dueño, de la manera que si hubiérades de serlo mio. Extraño capricho es el vuestro, dijo Serafina, que conozcais las desigualdades entre los dos y deseeis aun en esto verme desocupada: pues porque aprendais de lo claro que os hablo, os digo que he fingido que soy casada no lo siendo, ni aun deseo por ahora verme en esa sujecion. Mucho me habeis obligado, dijo el forastero, con haberme hablado con veras; con las mismas os digo que si de aquí fuera desengañado de esto, no me volviérades á ver. Con cada razon de estas engendraban Serafina y Teodora nuevas confusiones, no acabando de dar en lo que aquel hombre podria ser. Vianle con afectos de enamorado, oian que confesaba ser hombre plebeyo, el trage lo aseguraba, y mucho mas no le habiendo mudado la segunda noche que le vian. Deseaba ver á Serafina en estado libre, que parece que esto tiraba á pretenderla. En todo discurrian y nada averiguaban. Con la misma galantería que la noche pasada habló el forastero con las dos hermanas, y con mas prevencion las regaló junto á la fuente. Allí estuvieron hasta ser hora de recogerse, dando al encubierto galan licencia para acompañarlas hasta cerca de su casa, de suerte que no se extrañaron que él ni el compañero que traia consigo las viesen entrar en su casa.

Eran estas damas hijas de un principal caballero, que por servicios que hizo á la magestad de Felipe Tercero en Flandes tuvo un hábito con encomienda, y cuando murió se le hizo merced de dar la misma enco-

mienda á quien casase con la hermosa Serafina, la cual tenia varios pretendientes, pero era tan moza que no trataba de casarse, aunque su anciana madre le instaba en esto: con la encomienda, que era de tres mil ducados de renta, pasaban madre y dos hijas, ahorrando de ella para el dote de la segunda: y con intento que fuese cantidad no trataba Serafina de casarse por entónces, tanto deseaba el remedio de su hermana. Despedidas las dos damas del forastero, él se fué á su posada perdido de amores por Serafina. No iba con menos cuidado la dama, porque se le acrecentó el afecto con que el galan preguntó su estado, y le pesó de su ficcion, persuadiéndose á que en aquel bajo trage habia mas de lo que publicaba, aunque él confesase ser un humilde hombre.

Con alborozo aguardaban la siguiente noche, cuando ántes que á la luz del dia venciesen las nocturnas sombras, estando las dos hermanas en un cuarto bajo de su casa haciendo labor, se les entró por la puerta una dama embozada con el manto; su entrada fué con alguna alteracion, y vióse de esto el efecto, porque apenas puso el pié en la sala donde las dos damas estaban, cuando ella misma acudió á cerrar la puerta con la aldaba, indicio que dió de que lo hacia para mas asegurarse. Alteráronse Serafina y Teodora, y dejando la labor se levantaron á recibirla. La dama recien llegada, con alguna congoja que del susto que traía procedia, les dijo: Perdonadme, hermosas damas, el atrevimiento de haberme entrado aquí sin pediros licencia, que la causa de haberlo hecho lo pide, pues es tal que á no hacerlo ponia en gran peligro mi vida. Mi entrada aquí ha sido huyendo de quien juzgué muchas leguas de esta corte, y aun imposibilitado con prisiones de poder venir aquí. Mi corta suerte ha querido (por castigo de mi inobediencia) que todo se le haya hecho fácil para que yo lo padezca. Temo perder la vida á manos de quien presumo que me sigue; si hay piedad en vuestros pechos (que donde hay nobleza nunca falta), os suplico me ampareis por esta noche, que á la mañana yo daré aviso á persona que me favorezca y defienda de quien me intenta matar. Cuando esto acabó de decir la afligida mujer, ya habia descubierto el rostro, en quien vieron las dos hermanas mas que mediana hermosura, y con la congoja la acrecentaba mas. Consigo trae la recomendacion la beldad; ella movió á piedad los pechos de las dos damas, y así Serafina, como hermana mayor, tomó la mano en responderla, diciendo: Afligida señora, sosegad el pecho, que en parte estais donde seréis servida con mucho gusto, y amparada de quien os pretende ofender; á esta casa no se atreverá nadie, y así con esa seguridad podeis perder el temor que habeis cobrado. La peticion vuestra es muy justa, y nos favoreceis en quereros valer de esta casa para refugio vuestro esta noche, y todas las que fuéredes servida podreis estar en ella hasta que os veais asegurada de vuestros recelos y temores. Agradeció la dama lo que le ofrecia Serafina con las mas corteses razones que pudo, con que á importunacion suya y de Teodora su hermana, se quitó el manto y ocupó una almohada de su estrado. Esta ocasion fué parte para no ir Serafina y Teodora á verse con el forastero en la fuente de Leganitos, cosa que él sintió mucho, acompañándole en el sentimiento Serafina, que

como tan inclinada al disfrazado galan no quisiera que se hubiera ofrecido aquel estorbo con la apasionada y temerosa dama.

No perdió el galan la esperanza de ver á las dos hermanas hasta que vió que por ser algo tarde no vendrian al puesto: prestó paciencia á su despecho, y retiróse con su compañero á su posada. En tanto las dos hermanas trataban de asegurar los temores á la huéspeda que impensadamente se les habia venido. Regaláronla con una sazonada cena, habiendo dado cuenta á su anciana madre (que estaba entónces indispuesta) de su venida, hallando aprobacion en su piedad de haberla amparado, viendo en su agradable y hermosa presencia ser digna de todo buen agasajo. Llegóse la hora de retirarse á dormir, y lleváronla Serafina y Teodora á su aposento, donde se le habia hecho una limpia cama muy cerca de la en que las dos hermanas dormian. Despues de acostadas quiso Serafina que su huéspeda les diese cuenta de la causa de haber escogido su casa para refugio y seguridad de su fuga; y para obligarla á que de ella les hiciese relacion, le dijo así: Perdonad, hermosa señora, si en esta casa no se os ha hecho el hospedage que merece vuestra persona, que en la voluntad no se ha podido errar, ántes cuanto viéredes que se usa de llaneza con vos lo habeis de atribuir todo á muestras de amor: digo esto por haberos dado cama en este mismo aposento que nosotras la tenemos, que á dárosla en otra parte habia de ser apartada algo de aquí, y quien está con desconsuelo y temores mejor le estará en compañía que en soledad, y mas de quien como nosotras os desea servir. Estimaremos mucho (si la causa lo pide) que nos deis parte de vuestra pena, que las que se comunican suelen descansar los pechos en que dan aflicciones. De nuevo, dijo la afligida dama, os vuelvo á dar las gracias de las honras y favores que me habeis hecho, y en lo que me pedis perdon me hallo mas agradecida, pues con la pena que tengo no pudiera tener mas alivio que con estar cerca de quien me la consuele; y así cumpliendo con lo que me mandais (aunque sea renovar mi sentimiento) os haré relacion de mis trabajos, que pasan de esta suerte.

Sevilla, metrópoli de la Andalucía, ciudad populosa y de las mas ricas de España, es mi patria; nací en ella, hija de padres nobles, de la familia de los Monsalves, bien conocida en todas partes. Don Enrique de Monsalve, veinticuatro de Sevilla, y del hábito de Alcántara, fué quien me dió el ser en su casa; fuí la tercera de sus hijos, porque dos varones nacieron primero que yo. En mi tierna edad faltaron mis padres, quedando á cargo de mi hermano mayor, cuyo nombre es don Rodrigo de Monsalve, del hábito de Santiago, el cual, sustituyendo el lugar de mis padres, tuvo siempre particular cuidado con mi persona, porque me queria en extremo. El hermano segundo, llamado don Antonio, inclinóse á la guerra, y así fué á servir á su magestad á los estados de Flandes, donde es capitan, habiendo ganado mucha reputacion en la milicia y crédito de gran soldado. Yo me estaba en compañía de mi hermano don Rodrigo, que no deseaba poco mi remedio, y este amor le debí, que aunque le salieron grandes casamientos (porque es cuantioso su mayorazgo), no trató de efectuar ninguno hasta ver mi empleo: la poca edad que tenia cau-

saba no haberle hecho, y así mis mayores cuidados por entónces eran ocuparme (despues de la labor) en los pueriles juegos de las niñas, hasta que me ví en edad de tratar de otros entretenimientos: tuve maestros de danzar y cantar, porque tengo razonable voz, y estas dos cosas supe con gran destreza.

Una señora que habia sido grande amiga de mi madre, y yo lo era de una hija que tiene, quiso hacerme un agasajo una tarde de las de la primavera, y así pidió licencia á mi hermano para llevarme á una quinta que tenia, á quien bañaban los cristales del undoso Guadalquivir, rio de Sevilla, en la parte que llaman de San Juan de Alfarache; fuí con ella y otras señoras á la quinta donde tenia gran prevencion de merienda. Tenia esta señora, juntamente con aquella dama hija suya, un hijo estudiante; eran de segundo matrimonio los dos. Este fué de secreto á la quinta sin saberlo su madre, y llevóse consigo un caballero grande amigo suyo, natural de Córdoba, del ilustre linage de los Godoyes, bien conocido en nuestra España. Habíanse escondido los dos en un aposento de la casa de la quinta, que se correspondia por una puerta secreta con el cuarto principal de ella, y desde allí gozaron aquella tarde de cuanto hicimos, que ya podeis considerar, damas mozas, y que salen tarde á estas holguras, cuanto se dan á la libertad una vez que les toca el gozar de ella, con la seguridad que teníamos de que no éramos juzgadas de nadie; si bien doña Rufina, la hija de la señora de la quinta, no ignoraba el estar escondido allí su hermano con el otro caballero, y tambien sabia esto el jardinero, con cuyo beneplácito habian entrado allí regalándole, que no hay cosa que no facilite el dinero. Habíamos paseado el jardin de la quinta, y un pedazo de la huerta que en ella habia, no perdonando aun á la fruta que no habia llegado á sazon, golosina de mujeres: despues de esto nos retiramos á una espaciosa sala, donde cada una de las damas mostró sus habilidades, y yo tambien las mias de cantar y danzar, con no poca admiracion de las amigas, y aun de los escondidos caballeros, que todo lo estaban viendo por dos barrenos que habian dado á la puerta que caia á aquella parte. Caíle en gracia al cordobés don Esteban (que este es su nombre) y vino á ser esto cuidado y amor en breve término.

Con haber el sol templado la fuerza de sus rayos, dilatando la tierra sombras, nos salimos otra vez al jardin, llevando allá los instrumentos de arpa y guitarras que habíamos traido, adonde continuamos la música, acompañándome dos criadas de la señora de la quinta, que tenian buenas voces y mucha destreza. Nada se les escapaba á los galanes, que todo lo oyeron, y enviaron con el jardinero un recado á doña Rufina que procurase venirse á la casa de la quinta conmigo solamente. Quiso dar gusto á su hermano (cuyo ero el recado) y como que alguna precisa causa le molestase, me pidió la acompañara. Yo que estaba ignorante de lo que me habia de suceder, víneme con ella dejando á las demas amigas á la orilla de un estanque entreteniéndose en varios juegos, y mano á mano nos entramos en la sala, donde nos salieron al encuentro los dos caballeros. Asustéme con su presencia, mas conociendo ser el uno hermano de la amiga que iba conmigo, aseguréme. Recibiéronnos con mu-

chas alabanzas de mis gracias, en particular quien mas las exageró fué don Esteban. Yo le estimé el favor que me hacia, y mudando otra plática, tuvo este caballero lugar de declararme cuanta aficion me tenia despues que me habia visto allí, pidiéndome licencia para servirme y galantearme desde aquel dia. Yo que nunca me habia visto en aquellos lances, turbada y perdido el color no supe que me le responder. Callaba á todo con el empacho en que me hallaba, mas mi amiga esforzando la parte de don Esteban, me dijo: Cierto, doña Clara (que este es mi nombre) que estás tan turbada y asustada como si hubieses visto dos dragones. ¿Es nuevo desear galantear los caballeros á las damas, siendo iguales en calidad, cuando se dirigen sus pensamientos para honestos fines? El señor don Esteban es tan gran caballero, como todos saben, desea servirte; no es justo que á esto le seas desconocida y des mal pago á su voluntad. Tanto me persuadió esta dama y su hermano, que cuando salí de allí ya don Esteban habia alcanzado licencia de mí para servirme, y yo tenia un cuidado mas en mi pecho: grandes son los efectos que causa el amor, pues quien nunca habia sabido qué cosa era, ántes hacia burla de los que oia quejarse de él, ya comenzaba á amar á quien no habia visto hasta entónces. La causa lo merecia, porque sin exageracion os digo que no he visto caballero de mejor presencia, talle, rostro y demas partes que don Esteban, si bien mi hermano don Rodrigo casi le llega á igualar. Desde aquel dia comenzó este caballero á festejarme secretamente. Escribímonos, donde en amorosos conceptos y encarecidos amores iba nuestra correspondencia echando mas raices. Tal vez por el órden de doña Rufina nos veíamos en su casa, mas eso era teniéndola á ella presente, ó á la vista por lo menos, con que no recibió mi amante de mí mas favor que darle una mano. Tenia un pleito de consideracion en Sevilla sobre un mayorazgo, y hasta salir con él no determinaba pedirme á mi hermano; y así con esperanzas de tener presto sentencia en favor, se pasaba el enamorado caballero importunándome siempre en que le diese entrada en mi casa. Tanto instó en esto que hube de permitirle que me hablase á una reja de noche algo tarde, porque como mi hermano era mozo venia á deshora á recogerse, y temia que le viese. La continuacion de los amantes en comunicarse aumenta mas eslabones á la cadena del amor.

Amábame tiernamente don Esteban, pagábale esta encendida aficion, y como amor tiene cosas de niño en pedir siempre mas de lo que le dan, él importunaba en desear ser mas favorecido de mí, hasta que ablandó esto mi pecho, de manera que le hube de dar entrada en casa, de que resultó por mi mal acuerdo perder la prenda de mas estimacion en las mujeres, si bien con el pretexto de ser mi esposo, de que me dió la palabra delante de un devoto crucifijo con grandes protestas de que la cumpliria. La continua asistencia todas las noches en mi cuarto causó el tener prenda viva de don Esteban, cosa que me puso en notable cuidado, porque como crecia cada dia mas el preñado, así se aumentaban en mí los temores. Instaba en que me pidiese por esposa á don Rodrigo, pues con eso se soldaban todos los defectos: mas él me animaba á que en viéndome

desembarazada de aquel peligro lo haria luego. Aumentáronseme temores, recelándome que este caballero me trataba con engaño, pues en cosa que tan bien le estaba, y mas para su seguridad, ponia inconvenientes. Aquí, señoras mias, pagaron mis ojos con lágrimas la poca advertencia y mucha determinacion que tuve á arrojarme con don Esteban. De mi flaqueza vinieron á ser testigos dos criadas que pluguiera al cielo nunca yo les diera parte de ella, pues tan caro me cuesta habérsela dado, pues quien lo hace cautiva su libertad y presta sujecion á quien es inferior á ella. Ya se llegaba el término en que esperaba mi parto, cuando hallando á una de estas dos criadas y un hombre que de su aposento salia á deshora, la reñí con alguna blandura, por no poder mostrar el rigor que pudiera á no saber ella mis defectos. Pues esto solo la irritó de modo que me dijo algunas libertades que me encendieron en cólera; y presumiendo que no se atreviera á lo que hizo, la castigué con mis manos, pesándome no poco de haberlo hecho: ¿pero qué cólera repentina fué buena? Por tenerla han sucedido mil desdichas, yo soy una de las que han pasado por sus desdichados efectos. Trató la criada de vengarse de mí, y hízolo muy á su salvo. Era moza de buena cara, á quien mi hermano habia inclinádose, si bien ella nunca le admitió; mas despues ella con mi ejemplar desdijo de su primera constancia en sugeto mas humilde, como era el que hallé en su aposento. Tuvo, pues, ocasion de verse con don Rodrigo, á quien dió parte de los amores de don Esteban y mios, hasta decirle en el estado en que me hallaba, cosa que él no habia caido en ello, porque este nuevo uso de guarda infante (tomado de Francia) me fué propicio para encubrir mi defecto. Deseó don Rodrigo hallar ocasion de vengarse de mí y de don Esteban, quitándonos las vidas, pero reparaba en que no era culpada en esto la inocente criatura que habitaba en mi vientre, y así lo que le encargó á la criada fué que le avisase cuando yo hubiese desembarazádome del penoso preñado; así se lo prometió la traidora mujer, aunque no tuvo lugar de hacerlo, como sabreis.

Llegó el dia de mi parto, comenzándome los dolores desde la tarde; envié á avisar á don Esteban, y quiso mi corta suerte que estuviese ausente de Sevilla en una aldea dos leguas de aquella ciudad. Diósele un papel mio á don Fernando, un hermano suyo, el cual sabia este empleo, y acudió algunas noches acompañando á don Esteban: este, viendo que su hermano no venia, envió un criado á llamarle á toda diligencia. Ya era de noche, y mi parto se fué dilatando hasta la mitad de ella. Estaban don Fernando y un criado suyo en la calle aguardando allí para recibir la criatura. Y sucedió que mi hermano viniese á aquella hora á acostarse: era la noche muy oscura, y aunque él divisó dos bultos á la puerta falsa de su casa, ellos no le vieron. Dióle deseo de averiguar si era don Esteban, el que era causa de su deshonor, y arrimándose á una pared previno una pistola de dos que traia para su defensa todas las noches. En esto sintió que abrian la puerta, y que una criada salia fuera á la calle; á su salida se llegaron los dos hombres á recibirla: ella les dió un niño que habia yo parido, y que con gritos manifestaba el deshonor de su madre; penetraron estos el pecho de mi airado hermano, y así irritado de la có-

lera que oyendo esto recibió, pensando que el uno de aquellos hombres fuese la causa de su deshonra, apuntándole la pistola no le erró; fué el desgraciado don Fernando el que perdió la vida con la violencia de dos balas que le pasaron el pecho. El criado, que vió el estado de las cosas, con su criatura gritando comenzó á huir, mas siendo seguido de don Rodrigo con la espada en la mano, á pocos pasos le atrevesó de una punta por las espaldas, dejándole allí pidiendo confesion á voces. Todo esto habian visto las criadas, las cuales me lo fueron á decir á mí luego; yo, temiendo verme ya trofeo de la muerte, y en las manos de mi hermano, animándome me vestí á toda priesa y me salí de casa, yéndome á a de don Esteban, que no era léjos de allí. Aun no habia venido, por no poder haberse desembarazado de un negocio importante á su pleito; pero el criado que le fué á avisar, que era el gobierno de su casa, habia vuelto á dar órden á don Fernando que me asistiese. Contéle cuanto pasaba, aunque incierta de que don Fernando era muerto; y lo que él hizo fué tomar dos caballos y dineros, y ponerme en el uno; subióse en el otro, y partióse de Sevilla para Córdoba.

Llegamos á Carmona, donde estuvimos de secreto dos noches, porque yo me reparase mas de mi flaqueza y susto. Allí supimos lo que pasaba en Sevilla, de un forastero que posó en nuestra posada. Dijo, pues, que asi como don Rodrigo mató á don Fernando y hirió de muerte á su criado, tomando la criatura la dejó en una casa del barrio á una mujer de un criado suyo encomendada, y él se volvió á casa con ánimo de acabar con mi vida. De las criadas supo mi fuga, cosa que le dió notable pena, por no poder vengarse del todo. No lo creyó, y andando buscándome por la casa, que es grande, llegó entónces la justicia á ella, que habiendo llegado adonde estaba muerto don Fernando, de su criado (que aun estaba con vida) supo quién fué el que le habia muerto. Fué preso don Rodrigo, y llevado á la cárcel, donde se le entregó al alcaide; buscáronme luego en casa, y visto que no parecia, con la luz que le dieron las criadas de la ficcion de don Esteban, fueron á su casa al tiempo que él venia de su jornada, que era bien tarde; diéronle cuenta de lo sucedido, trayéndole al difunto hermano á su presencia; y llamando él al criado que gobernaba su casa, le dijo un mozo de caballos que él le habia ensillado dos, en que se habia partido en compañía de una mujer. No quiso oir mas el alcalde de la justicia, que era quien hacia la averiguacion, para mandar despachar gente por los caminos que procurasen detenerme á mí y al criado, y á don Esteban dieron la casa por cárcel, con guardas de vista.

Esto fué lo que dijo el forastero, con lo cual el criado determinó tomar otro camino del que habia pensado, y venirse á esta corte; así lo ejecutó, y nos venimos por extrañas veredas á deshoras hasta Madrid, donde habrá que llegamos como un mes, poco mas; desde aquí escribió el criado de don Esteban á su amo mi llegada á esta corte, y con la pena que estaba, así de saber que estuviese preso, como de carecer de su vista. En respuesta de esta carta vino otra, no como yo esperaba, porque, ¿qué culpa tenia yo de la muerte de don Fernando? ¿mandéle yo matar por

ventura? ¿si mi hermano lo hizo, era justo tener el enojo contra mí? Lo que la carta contenia era que luego que la leyese se partiese de Madrid y me dejase. Fuerte mandato le pareció á Leandro (que así se llamaba el criado de don Esteban), al cual pareciéndole mal que usase de este rigor con quien no se lo habia merecido, y le costaba muchas lágrimas, le significó cuanto me debia, y que pagaba un firme amor que le tenia con ingratitud, y que aunque perdiese su gracia no habia de dejarme. Esta carta se le envió á don Esteban por la estafeta; desconsiderada resolucion de Leandro, no advirtiendo las diligencias que se hacian para saber donde yo estaba. Andaba el alcalde de la justicia solícito en esto, y vino á dar con la carta enviada por la estafeta, y por ella supo donde estaba yo. Habiendo sido Leandro el que me habia traido, y no obstante que vieron el despego con que don Esteban me trataba, se persuadieron á que por su órden me habian traido aquí, y que despues se habia cansado de mí; con esto doblaron las guardias á don Esteban, que le pedia don Rodrigo mi hermano la fuerza de su casa, y don Esteban á don Rodrigo la muerte de su hermano don Fernando. Determinóse el alcalde de la justicia (sin darse por entendido de donde yo estaba) á despachar un alguacil, para que con una requisitoria me trajese á Sevilla y á Leandro preso en mi compañía. Habia sido el alguacil hijo de un criado de mi hermano, y dióle cuenta del caso, para ver qué determinaba que hiciese, el cual le mandó que hiciese cuanta apretada diligencia pudiese en Madrid para hallarme, y que hallada avisase con un propio. Esto me avisó un criado de mi hermano que oyó hablar á don Rodrigo con el alguacil, sabiendo la parte donde por entónces me tenia Leandro, que sabido esto mudó de posada, y se vino cerca de estos barrios.

Ayer que salia acompañada de la huéspeda de casa á tomar el fresco en el campo de Leganitos, al volver de una esquina ví á mi hermano en el mas extraño traje que se puede imaginar; venia con una capa parda de las que usan traer los labradores manchegos, una montera parda, capotillo de dos faldas del color de la capa, y polainas, con calzoncillos de lienzo; extrañé su disfraz, y alteróme de manera que apenas pude dar un paso adelante. La compañera que me llevaba de la mano reparó en esto, y preguntóme la causa de mi susto; yo se la dije, y cuan temerosa estaba de que me habia conocido. Confirmé esta sospecha con verle enderezar con pasos algo acelerados hácia la parte donde estaba; viendo esto mi compañera me dejó, y se entró en una casa. Yo, con la turbacion que tenia, sin reparar en que me dejase, aceleré pasos, y valíme de vuestro amparo, de que hago la estimacion que es justo, pues si no eligiera vuestra casa (que es ya sagrado para mí) creo lo pasara mal. El que mi hermano no me haya seguido he extrañado mucho; no sé qué haya sido la causa, que tengo por sin duda que no reparó en mí, aunque me lo pareció, porque á hacerlo es sin duda que me siguiera, y mi vida corriera peligro. Esta es mi infeliz historia, yo me hallo bien confusa en no saber en qué hayan parado las cosas de don Esteban, y en ver á mi hermano aquí libre de la prision donde le dejé.

No se holgaron poco las dos hermanas de oir la relacion que doña Clara

les hizo de sus trabajos, por sacar de ella que el embozado á quien ellas hablaron las noches pasadas era don Rodrigo sin duda alguna, porque las señas que daba de su vestido conformaban con las que ellas habian visto en el disfrazado caballero; quien con mas exceso se alegró era Serafina, que deseaba que aquel entendimiento, cortesía y demas partes que en él habia conocido fuese en sugeto principal, y así se persuadió siempre á esto. De nuevo consolaron Serafina y Teodora á doña Clara, dándola buenas esperanzas que todo pararia en bien con el favor del cielo, en quien esperase que la habia de remediar sus trabajos. Con esto se durmieron hasta la mañana, aunque doña Clara, con la pena que tenia, no lo pudo hacer como Teodora, que vivia sin cuidados, que Serafina ya tenia los que bastaban para no sosegar con descuido, y así fué ella quien mas noticia podia dar del desasosiego de su huéspeda.

Parecióle á doña Clara el dia siguiente escribir un papel á Leandro á la posada, en que le daba cuenta de donde estaba, y la causa que la obligó á quedarse allí, de la cual ya tenia noticia por la huéspeda, que volvió asustada, y con pesar de haber perdido á doña Clara. Quien mayor le recibió fué Leandro, que con amor y lealtad servia á esta dama desde que la sacó de Sevilla, y aunque pudiera hacer diligencias por saber donde estuviese no osó salir de casa, por el aviso que tenia de que los andaban buscando en Madrid por órden de la justicia. Admiróse mucho de que don Rodrigo se hubiese venido á Madrid, habiéndole dejado preso, y trató de vivir con mas cuidado porque no le encontrase, por saber de su resolucion que donde quiera que fuese le quitaria la vida. Con esto en anocheciendo fué á verse con doña Clara, consolándola en su afliccion, diciéndola que todas aquellas cosas habian de parar en bien. Dió las gracias á la madre de Serafina y Teodora de la merced que hacian á doña Clara, y díjoles que con su licencia queria llevarla á la posada; no se lo consintieron, enojándose mucho, así de que tratase de mudarla en ocasion que corria peligro su vida, como de que lo hiciese por temer que les causaria fastidio, que aunque estuviese años en su casa no le podria dar á quien con tanto gusto la servia. De nuevo les rindió gracias doña Clara, con que Leandro se volvió á su posada: halló en ella una carta de don Esteban que le reprehendia de su inadvertencia de haberle escrito por la estafeta, habiendo otros modos como hacerlo, que habia esto sido causa de despachar juez á prenderlo, de que le dieron aviso á don Esteban, que se pusiese en cobro, y tambien la persona de doña Clara, hasta que él avisase otra cosa, tratando de servirla y regalarla con mucho cuidado. Dábale con esto aviso de como don Rodrigo se habia salido de la cárcel engañando á los porteros de ella, y que se entendia iba á Madrid, que de nuevo le encargaba el ocultar á doña Clara, y el cuidado con ella, hasta que él saliese libre de su prision, pues al alcalde le constaba ser él tan ofendido con la muerte de su hermano, como don Rodrigo con haber faltado su hermana de su casa. Mucho contento recibió Leandro con leer esta carta de su dueño, conociendo por sus razones que presto vendrian á bien estas cosas. Dió aviso de esto á doña Clara el dia siguiente, con que fué parte para que se consolase, y esperase presto verdad en descanso.

Este mismo dia recibió doña Serafina un papel de la mano de una mujer embozada, la cual le dijo que aguardaba respuesta de él. Lo que contenia era esto:

« Como en los amantes que bien quieren es su mayor tormento la au-
» sencia, quien la padece, faltando la presencia de quien ama, suplica á
» la causa (si no hay otra precisa que lo estorbe) se sirva de dar lugar á
» que ejerza la piedad obras suyas, y cesen las del rigor de faltar tantos
» siglos del puesto en que su dicha mereció el mayor empleo que podia es-
» perar su deseo. »

No poco se holgó la hermosa Serafina de leer este papel, que ya acusaba al dueño de remiso ó olvidado, y no la habia puesto en poco cuidado haber faltado su recuerdo, cuando ella faltaba del señalado puesto, que era descuido en él no haber sabido la causa de no verle. Pidió á la mujer embozada que esperase, y respondiendo al papel se le entregó, el cual puesto en las manos de quien con afecto le esperaba, que era el disfrazado don Rodrigo, leyó en él estas razones:

« No merecia piedades quien con tanto descuido vive, que lo mismo
» que exagera con voluntad lo trata como con olvido: este nombre le
» diera ántes, si no me pareciera la cortedad recato, y que por él se deben
» perdonar los yerros, con la pena de haber padecido ausencia: de ha-
» berla tenido hubo precisa causa que impidió nuestra salida. Esta noche
» nos veremos donde sabeis, que hay muchas cosas que deciros. Dios os
» guarde. »

Contentísimo quedó don Rodrigo con la promesa de la dama, la cual comunicó su salida con su hermana en la forma que habia de ser, pues por la huéspeda que tenian les parecia grosería dejarla en casa, sospechosa de su salida. Dióla muy buena Teodora, con tener á una amiga de su madre enferma, á quien pidieron licencia para irla á ver un rato: concedióselá, y acompañadas de solo su escudero se fueron á la casa de la amiga por cumplir con él, y habiendo estado allí un poco rato con la amiga, dieron la vuelta por el campo que llaman de Leganitos, y en el mismo puesto señalado hallaron al disfrazado don Rodrigo en el propio trage en que hasta entónces andaba. Recibiólas con mucho gusto, exagerándoles cuanto habia sentido su larga ausencia, padeciéndola con mil temores de que hubiese sido por falta de salud ó quiebra de voluntad. Ni uno ni otro ha sido, dijo Serafina, sino haber tenido á nuestra madre indispuesta, pero cuando lo que decis fuera, bien se os ha mostrado el amor que publicais tener, pues haber dejado pasar tiempo sin procurar saber de las dos, pues no ignorábades nuestra casa, puesto que se os permitió venirnos acompañando hasta ella, ¿qué respondereis á esto? Dijo el enamorado caballero: No falta de voluntad (que esa no la puede haber en mí) sino temor ó recelo de dar nota en vuestra casa con venir á ella, ó enviar papel, hasta que ya no lo pudiendo sufrir me resolví á lo que viste.

¿Cortedades tiene quien encarece que ama? dijo Teodora; no me parece que os disculpais derechamente. Apretaban las dos sobre esto al caballero, y él porque se mudase plática les dijo: Si yo como amo con voluntad dispusiera las cosas á medida de mi deseo, no errara en ninguna accion, mas quien tiene rudo natural, como nacido en agrestes paños, ¿cómo quereis que acierte? Vió aquí Serafina la ocasion á su propósito para lo que traia pensado, y no la quiso perder, diciéndole: Señor don Rodrigo de Monsalve, basta el disfraz para conmigo, que ya sois conocido, y dure lo que mandáredes para vuestros vengativos intentos. Yo he sabido quien sois, y tanto de vuestras cosas que os admirareis: con que en cuanto á disculparos no teneis salida. Decid vos que habeis andado ocupado en cosas tocantes á lo que venistes de Sevilla aquí, saliéndoos de la prision, y nos daremos por satisfechas; yo á lo menos que deseo sumamente vuestra quietud, y que todos vuestros negocios se hagan como deseais. Absorto se quedó don Rodrigo, sin poder hablar, tal le tenia la turbacion, admirado de cómo podia ser conocido de aquella dama andando en aquel traje, y no habiendo puesto los piés jamas en Madrid. Discurrió sobre esto, de modo que el callar tanto aseguró á las damas que era él. Lo que le respondió á Serafina fué: Señora mia, yo no sé qué es lo que me decis con rebozos: mi nombre no es ese, ni yo nací con tal dicha que merezca ese noble apellido que me dais: vos me habreis tenido por otro de quien os han dicho algo, que en cuanto á mí estoy seguro que no me ha traido cuidado alguno á Madrid sino ver la corte, y mi venida ha sido importante á ella. A buscar á vuestra hermana, acudió Teodora; no hay que encubriros, que de vuestras cosas sabemos las dos mucho, y os diremos cuanto hay en esto si gustais. Volvió don Rodrigo á turbarse, y ellas á apretarle de modo que por saber él como habian tenidonoticia de sus cosas, vino á confesar ser don Rodrigo de Monsalve, y quien decian.

Holgóse sumamente Serafina de que le hubiese salido cierto lo que ella tenia por dudoso, habiendo con cautela habládole: y así en conformidad de haber confesado quien era, se sentaron en otro puesto menos juzgado que aquel, y don Rodrigo refirió de nuevo su historia sin discrepar en nada de cuanto habian las dos damas oido á doña Clara; solo lo que varió en ella fué, no el decir que venia á Madrid en busca de su hermana, sino que habiendo estado preso por la muerte de don Fernando, y salido de la prision engañando á los porteros de ella, se habia venido á Madrid disfrazado para estarse así en tanto que se componia la muerte: y la fuga de su hermana decia que habia sido para Lisboa, adonde pretendia ir presto en busca suya. Bien quisiera Serafina componer aquellas cosas por la seguridad de doña Clara, y por tener en Madrid mas quieto á don Rodrigo, mas parecióle temprano, que quiso tenerle mas obligado para tratar de esto. Aquella noche se ocupó toda en relaciones, y así no se trató de la voluntad, aunque á la despedida bien significó la suya don Rodrigo para con la hermosa Serafina, la cual le favoreció con decirle que estimaba su fineza, pero que deseaba saber con apretada informacion si dejaba algun cuidado en Sevilla, ántes de determinarse á favore-

cerle, que ella tenia quien se lo dijese; bien lo creyó don Rodrigo, y así apretando en saber quien le habia dicho sus cosas, no pudo conseguir el saberlo, por donde quedó con sospechas de que de su hermana se sabian, cosa que le aumentó el cuidado para hacer mayor diligencia en buscarla.

Correspondíanse estos dos amantes en amor, y estaba tan adelante esta correspondencia, que se trataba entre los dos de casamiento, enterado cada uno de la calidad del otro. En tanto la justicia de Sevilla hacia sus diligencias en buscar á don Rodrigo con requisitorias, en que le gastaron alguna cantidad de hacienda. El alguacil que habia venido en busca de doña Clara y de Leandro hizo sus diligencias tambien en buscarlos en Madrid, pero todas en balde, por el cuidado con que Leandro vivia, habiendo mudado de posada, y no saliendo de ella sino de noche, y esto á solo visitar á doña Clara, á quien daba buenas esperanzas de que presto se habia de ver empleada en don Esteban. Doña Clara era regalada de las dos hermanas sus huéspedas y de su anciana madre con mucho amor, y á ella se le habian cobrado de manera que cuando fuera hermana suya no se le tuvieran mayor. Deseó Serafina ver acabadas aquellas cosas y reducidas á paz por lo que interesaba, pues no tendria de asiento á don Rodrigo allí, menos que con saber donde estaba su hermana: y para comenzar á tratar de esto, lo primero que hizo fué dar cuenta á doña Clara como se comunicaba con don Rodrigo su hermano. Díjole la correspondencia que habia entre los dos, y asimismo con el fin que se continuaba, deseando pagarle su amor y finezas con darle la mano de esposa. No se puede exagerar cuanto se holgó la afligida dama de oir esto, pareciéndole que el cielo abria camino para que sus cosas parasen en bien, teniendo de su parte á Serafina, que era cierto habia de aplacar el enojo de su hermano y alcanzarle el perdon de él.

Comunicó Serafina con esta dama qué modo ó camino se podia tomar para que don Esteban y don Rodrigo se conformasen, y ocurrióle á doña Clara este. Tiene en Sevilla tan ganadas las voluntades de todos el conde de Palma con su agasajo y afabilidad, que no se ofrecia en aquella ciudad cosa ardua ni dificultosa que como él la emprendiese no la alcanzase, y así todos se valian de su amparo y intercesion para todas sus cosas; en particular tenia gran suerte en componer enemistades, como se habia visto por experiencia en muchas que habia compuesto entre caballeros, que á no mediar su autoridad paráran en muertes y desdichas: pues quiso doña Clara valerse del conde para que con su intercesion se templase la justicia, y su hermano y don Esteban se compusiesen, y así se le escribió una carta en órden á esto, dándole cuenta de quien era, dónde estaba, y de como don Rodrigo asistia en Madrid, habiendo llegado allí en su busca, y el traje que traia para hacer su hecho, de modo que su vida corria peligro; finalmente le daba cuenta de todo y le suplicaba mediase en esto, solicitando el que don Esteban le cumpliese la palabra que le habia dado casándose con ella, y haciendo paces con don Rodrigo. Recibió la carta el conde, el cual habiendo sabido de quien era, y enterado tambien del caso, quiso servir á esta dama, como lo

sabe hacer con tanta galantería y generosidad de ánimo. Vióse con don Esteban, y sin darle cuenta de la carta de doña Clara, le comenzó á persuadir tratase de cumplirle la palabra que le habia dado habiendo prendas de por medio. No rehusaba esto don Esteban, que si bien estuvo algo frio cuando la fuga de su dama, entónces estaba tan enamorado y deseoso de verla como á los principios de su amor: lo que sentia era ver que don Rodrigo no hubiese acometido á tratar de que esto se hiciese, estándole tan bien á su honor; de modo que don Esteban vivia quejoso de dos cosas, la una de la muerte de su hermano, y la otra del despego de don Rodrigo en no haber tratado de conciertos. A todo esto se obligó el conde que pondria la mano en ello: y dejando á don Esteban muy en hacer cuanto le pedia, trató con la justicia que esto viniese á concierto, perdonando don Esteban la muerte de don Fernando, con que aplacó su rigor, y don Esteban tuvo libertad con una fianza de estar á lo que le sentenciasen. Esto sabido en Sevilla, no sabiendo el conde adonde habia de dar aviso de lo que habia hecho á doña Clara, se resolvió de irse á Madrid: en su compañía se llevó á don Esteban, y á un primo de este caballero natural de Córdoba. Tuvo aviso de esto don Rodrigo por su confidente, y holgóse que el negocio tuviese este concierto.

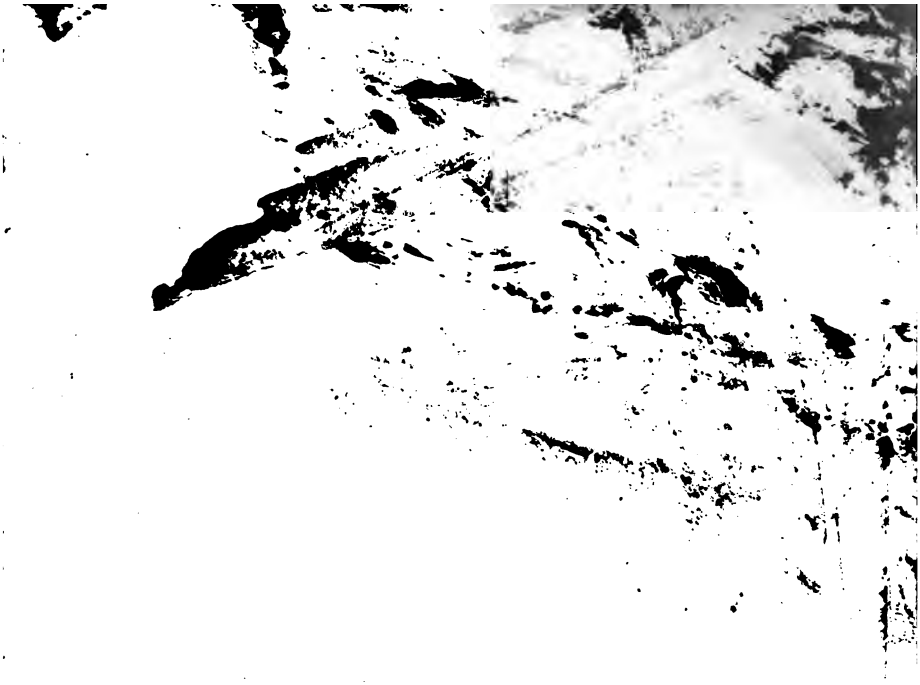
En tanto que llegaban á Madrid el conde, don Esteban y su primo, la hermosa Serafina, viéndose una noche con su don Rodrigo, le dijo como su hermana se comunicaba con ella, y era muy su amiga, de quien habia sabido todos sus sucesos, y que si le importaba su empleo, entendiese que primero habia de preceder el perdon de ella que el darle su mano. Ya tenia doña Clara noticia por Leandro de como el conde de Palma habia reducido á don Esteban, y lo traia consigo á Madrid, que así se lo habia don Esteban escrito. Viendo don Rodrigo esto, con mucha facilidad dijo que perdonaria á su hermana por lo bien que le estaba darle su mano despues. Agradecióselo Serafina, y mandóle que para la noche siguiente mudase de traje y viniese á su casa, adonde estaria su hermana con ella aguardándole, que no queria mas rebozos ni guardarse de su madre. Obedecióla don Rodrigo, el hombre mas contento del mundo: y así luego que vino la noche, con un bizarro vestido de color vino á casa de Serafina acompañado de dos criados lucidos con una vistosa librea. Fué recibido de la hermosa Serafina y de su hermana Teodora, y llevado á la presencia de su madre, á quien habia Serafina dado cuenta de todo el suceso, y de la aficion que este caballero la tenia con el fin de ser su esposo. Allí halló don Rodrigo grandes agasajos en los brazos de doña Blanca (que así se llamaba la anciana señora) y muchas lágrimas en los ojos de su hermana, que postrada á sus piés le pedia su mano y perdon de haberle sido causa de sus disgustos. Don Rodrigo la abrazó sin muestra de enojo alguno, y aquella noche estuvo dos horas de visita muy gustoso, siendo favorecido de los ojos de su Serafina, que por estar en la presencia de su madre no se extendió á mas el favor. Supo don Rodrigo como su hermana era huéspeda de doña Blanca y sus hijas, y por el camino que habia venido allí, que fué ponerle en muchas obligaciones, estimando el gran favor que la habian hecho. Con esto se acabó la visita,

mandándole en secreto Serafina que volviese á verla todos los dias, cosa que don Rodrigo obedeció con mucha puntualidad, por lo que en hacerlo interesaba.

Llegó el conde de Palma á Madrid con los caballeros que le acompañaban, y sabiendo Leandro la casa que le tenian apercebida para posar, acudió á ella á verse con su dueño, el cual se holgó mucho con él: preguntóle luego por doña Clara, de cuya salud le dió muy buenas nuevas, y asimismo de todo cuanto pasaba y se ha dicho, porque así se lo habia mandado doña Clara. Holgóse don Esteban de tener esto vencido, y que don Rodrigo la hubiese hablado y visitase: y así se lo dijo luego al conde, el cual el siguiente dia, llevando consigo á don Esteban y á su primo en su carroza, se fué á casa de doña Blanca guiado de Leandro: fué en ocasion que acertó á estar allí don Rodrigo, cosa de que el conde recibió mucho gusto. Pidió licencia á doña Blanca para visitarla: túvola, y en su presencia careó los dos caballeros enemigos ántes, á quienes hizo amigos luego. Y para aumentar mas su gusto, llamando al párroco, don Esteban dió la mano de esposo á su doña Clara, y don Rodrigo á doña Serafina. Habíale parecido bien á don Sancho de Godoy, primo de don Esteban, la hermosa Teodora, y quiso que á estas bodas acompañase la suya: informó el conde de quien era, y así se dieron las manos. La fiesta de las velaciones celebraron muchos caballeros mozos de Madrid con una lucida máscara, á que se siguieron muchos saraos, siendo todo fiestas un mes que estuvieron en la corte, el cual pasado se volvieron á Sevilla todos tres contentos con sus queridas esposas, despidiéndose del conde de Palma con muchos agradecimientos que le dieron por el favor que les habia hecho.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

PARIS.—EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odeon.



THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

MAR 21 1812	1-23-22	
[illegible] 1916	JAN 25 1922	
[illegible]	JAN 31 1922	
JUN 21 1917	1/1/22	
AUG 23 1918		
JAN 22 1917		
[illegible] 1917		
[illegible]		
[illegible]		
[illegible]		
[illegible]		

Form 410

B' D. AUG 19 1912